Miguel de Cervantes Saavedra

EL QUIJOTE

PARA TODOS.

abreviado y anotado por un entusiasta del autor (Fernando de Castro)

Madrid.-1856

Es propiedad del Editor.

Publicado por Gaspar y Roig
Madrid.

PRÓLOGO DEL ABREVIADOR.

»Yo apostaré, decia Sancho, que ántes de mucho tiempo no »ha de haber bodegon, venta ni meson ó tienda de barbero, »adonde no ande pintada la historia de nuestras hazañas.» Y como lo dijo así sucedió; pues ya en vida del mismo Cervantes los niños la manosearon, los mozos la leyeron, los hombres la entendieron y los viejos la celebraron. Y desde entonces acá en tales términos ha corrido y ha sido celebrada, que no hay un español que no tenga noticia de la famosísima historia del ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha. Mas si eso es cierto, y si lo es tambien que los viejos la celebran y los hombres la entienden, ¿lo es asimismo que la lean los mozos y la manoseen los niños? ¿se oye que sean los pajes los que más se dén á su lectura, y que no haya antecámara de señor donde no se halle algun D. Quijote; y se habla, por último, de que unos le toman si otros le dejan, de que estos le embisten y aquellos le piden? En vano seria poner en duda que, segun se le traslucia al bachiller Sanson Carrasco, ya no hay nacion ni lengua donde no se haya traducido, y que el moro en su lengua y el cristiano en la suya nos pintan muy al vivo la gallardía del héroe manchego, el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia

en las adversidades, y el sufrimiento, así en las desgrácias como en las heridas. Y á buén seguro que treinta mil volúmenes se han impreso ya de esa historia, y que lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares si el cielo no lo remedia. La historia, pues, del caballero de la Triste Figura es conocida del vulgo, no es extraña á las mujeres, ni la ignoran los niños. Pero ¿la lee hoy el vulgo, se entretienen con ella las mujeres, la hojean y deletrean los niños? ¿Es tan trillada, tan leida y tan sabida de todo género de gentes, que apenas vean algun rocin flaco cuando digan: *allí vá Rocinante?* Para mí santiguada que no. Y ¿debe serlo en el estado de nuestra despreocupacion, de nuestros adelantos y de nuestras costumbres sobre la despreocupacion, los adelantos y las costumbres de los tiempos en que se supone sucedida? Y ¿debe serlo hoy en dia, en que ya no es necesario llevar al escribir puesta la mira en derribar la máquina mal fundada de esos libros de caballerías, aborrecidos de tantos y alabados de muchos más?

Como las cosas humanas no sean eternas, especialmente las vidas de los hombres, y como D. Quijote no tuviese privilegio del cielo para detener el curso de la suyá, llegó el fin y acabamiento cuando ménos lo pensaba. Y momentos ántes de su acabamiento, por las misericordias que usó Dios con él, tuvo juicio pleno y libre, sin las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre él pusieron los libros de caballerías. Y conociendo sus disparates y embelecos, y no pesándole sino de que ese desengaño hubiese llegado tan tarde que no le dejase tiempo para hacer alguna recompensa leyendo otros libros que fuesen luz del alma, fué enemigo desde entonces de Amadis de Gáula y de toda la infinita caterva de su linaje: le fueron odiosas todas las historias profanas de la andante caballería: conoció su necedad y el peligro en que le pusieron por haberlas leido: y en fin, por la misericordia de Dios, y escarmentado en cabeza propia, de una vez para siempre las abominó, no siendo otro ya su deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros que por las dél mismo iban ya tropezando y habian de caer del todo sin duda alguna. Con efecto, desde que el indomable caballero de los Leones, desde que el valentón del mundo, la flor y la nata de la caballería andantesca, re-

conciliado con Dios y puesto de acuerdo consigo mismo, se divorció de ella, la abominó y la maldijo, ya no hay caballeros que saliendo de su patria, empeñando su hacienda, dejando su regalo y entregándose en los brazos de la fortuna, que los lleve donde más fuere servida, quieran resucitar y volver al mundo la ya muerta andante caballería. Ni hay quienes tropezando aquí, cayendo allí, despeñándose acá y levantándose acullá, cumplan gran parte de su deseo deshaciendo tuertos, socorriendo viudas, amparando doncellas y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, cuyas valerosas, muchas y cristianas hazañas merezcan andar en estampa en todas las naciones del mundo. Y no solo no los hay, sino que no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bién como el que gozaron las edades donde los caballeros andantes tomaron á su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el castigo de los soberbios y el prémio de los humildes. No hay, pues, hoy ningun hidalgo tan loco que se haga caballero andante, porque todo el mundo vé que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo, cuando se dice que andaban por el mundo esos famosos caballeros. Ni se recogen tampoco los segadores en las fiestas, rodeándose más de treinta de uno que lee algunos de esos libros de caballerías, á quien escuchan los demás con tanto gusto que les quita mil canas, y al que quisieran estarle oyendo noches y dias como la mejor lectura del mundo; pues no hay uno que no conozca en estos tiempos que nunca tales caballeros existieron, ni tales hazañas ni disparates en él acontecieron. Buéno fuera que en el ilustrado, descreido, revuelto y bienaventurado siglo del *sonambulismo*, del *movimiento contínuo*, de las *mesas parlantes*, de los *aereonautas* y de los *falansterios* se nos quisiese dar á entender que todo aquello que esos buénos libros dicen no sea disparates y mentiras, siquiera esté impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos *ú otros* no fueran gente que dejáran imprimir tanta mentira junta, tantas batallas, tantos encantamentos, y *tantas otras cien mil cosas más*, que quitan el juicio. ¿En dónde hubo ni hay caballeros andantes? ¿Dónde hay gigantes en España, ó malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que en esos libros

se cuentan? Ni nadie tiene ya eso por cierto, ni harán creer otra cosa frailes descalzos. Ántes bien todos creen, como Sancho, que su amo era un loco de atar, y que él no le quedaba en zaga, pues que le seguia y le servía.

Mas porque no ande hoy por el mundo ninguno de esos caballeros que dicen las gentes que á sus aventuras van; porque no se conozca hoy eso de ser caballero andante, que era una cosa que en dos palabras se veía *apaleado* y *emperador*, pues hoy era la más desdichada criatura del mundo, y la más menesterosa, y mañana tenía dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero; aunque nadie lea hoy los libros de caballerías, ni nadie crea que ha habido en el mundo Amadíses de Gáula ni de Grécia, ni todos los otros caballeros de que las escrituras están llenas; y últimamente, porque la amarga y ociosa lectura de esos libros no turben los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, ni vuelvan el juicio á ninguno, trayéndole á términos de que sea forzoso encerrarle en una jaula y llevarle sobre un carro de bueyes, como quien trae ó lleva algun leon ó algun tigre de lugar en lugar para ganar con él dejando que le vean; ¿se ha de decir por eso que la historia del ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha no es hoy digna de un buén entendimiento, y que no puede todavía entretener, enseñar, deleitar y admirar á los más altos ingenios que la leyeren? Eso fuera buéno si aparte del principal intento de deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tenian los libros de caballerías, desacreditando esos mismos libros con ridiculizar á su héroe, haciendo de modo que las acciones y aventuras que en los demás caballeros se representaban sérias y graves surtiesen en D. Quijote un efecto ridículo y terminasen en un éxito jocoso, como dice el docto Pellicer; no encerrase esa historia otros fines sinó tan manifiestos y tan en primer término como el de ridiculizar la caballería y los caballeros andantes, por lo ménos tanto y más verdaderos, tanto y más prácticos y propios para corregir los vicios inherentes á la débil condicion humana. Es un error múy vulgar el de creer que en la novela del Quijote no se trata sino de jayanes, sierpes, endriagos, gigantes, enanos, aventuras, encantamentos, rieptós, batallas, encuentros, golpes, cuchilladas, caballeros, escuderos y damas; no sino de

aquella infinidad de Amadíses y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Felixmárte de Hircánia, tantas princesas enamoradas, tanto palafrén, tanta doncella andante, tanto amor, tanto billete, tanto requiebro, y finalmente, tantas y tan disparatadas cosas como los libros de caballerías contienen: nada de eso, es una preocupacion perjudicialísima y destituida de todo fundamento, como vamos á demostrar.

La caballería era una ciencia que encerraba en sí todas ó las más ciencias del mundo, á causa de que el que las profesaba habia de ser jurisperito para dar á cada uno lo que fuere suyo; habia de ser teólogo para saber dar razon clara y distintamente, adonde quiera que le fuese pedido, de la cristiana ley que profesaba; habia de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud para sanar las heridas; habia de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuántas horas eran pasadas de la noche, y en qué parte y en qué clima del mundo se hallaba; habia de saber las matemáticas, porque á cada paso se le podria ofrecer tener necesidad de ellas. Y descendiendo á otras menudencias, habia de saber nadar, aderezar la silla y el freno, herrar el caballo, y, volviendo á lo de arriba, guardar la fé á Dios y á su dama, y mantener la verdad, aunque le costase la vida el defenderla. Y estando adornado D. Quijote de esa ciencia y de todas esas grandes y mínimas partes de que se componia un buén caballero andante, ese loco tan rematado que no solo creia que su profesion era favorecer y acorrer á los necesitados de este mundo, sino tambien acorrer y ayudar á las ánimas del Purgatorio en el otro; ese desventurado hidalgo que con tanta formalidad creia todas las invenciones y mentiras de los libros de caballerías, solo porque llevaban el estilo y modo de las necedades de esos libros; en todo picaba, en todo metia su cucharada, todo lo sabia, todo lo alcanzaba. Apostaré, decia su sobrina, á que si quisiera ser albañil, que supiera hacer una casa, como una jaula. ¡Quién le oyera la descripcion de la edad dorada, la pintura de la salida del sol, la de los dos ejércitos, y el discurso sobre la conveniencia de andar por todo el mundo como en aprobacion, buscando las aventuras ántes de ir á la córte de algun

emperador ó monarca, que no le tuviera por un loco cuerdo, por un entreverado loco con lúcidos intérvalos! Y ¿quién que le hubiera oido razonar sobre la poesía con el caballero del Verde Gaban, y quién que hubiera estado atento á los consejos que dió á Sancho Panza cuando fué al gobierno de la ínsula Barataria, no le hubiera tenido sino por persona muy cuerda, de claro y desenfadado entendimiento? En una palabra, fuera de las simplicidades que decia tocantes á su locura, si le hablaban de otras cosas discurria con bonísimas razones y mostraba tener un entendimiento claro y apacible en todo. Razon tenia Sancho para decir que cuando comenzaba su amo á enhilar sentencias y á dar consejos, no solo podia tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas á qué quieres, boca... No sin fundamento quedó admirado el canónigo de Toledo de los concertados disparates de D. Quijote, y del modo con que habia pintado la aventura del lago. No es de extrañar que á los que le habian escuchado el discurso sobre las armas y las letras les sobreviniese nueva lástima de ver que hombre que al parecer tenia buén entendimiento y buén discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente hablándole de la negra y pizmienta caballería. Ni debe sorprender lo que supone el autor de ese libro, que el emperador de la China le escribió suplicándole que le enviase la famosa historia de su héroe, porque queria fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana, y que el libro que se leyéra fuese el de la historia del ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha. Nada de eso debe sorprender, ni mucho más, pues ese ingenioso hidalgo sabía un punto más que el diablo en cuanto pensaba, y en cuanto obraba, era, para decirlo de una vez, un Cid en la guerra, un Ciceron en la elocuencia.

Quede, pues, sentado, que de todo sabian y han de saber los caballeros andantes, y que D. Quijote, como la quinta esencia de ellos, sabia más que desfacer entuertos, vencer endriágos, matar y derribar gigantes. Y conste ya no por razones y cuentos de fingidas historias, sino por cuentos y discursos de historias verdaderas, que el libro que compuso el más original, el mayor y más esclarecido ingenio de la nacion española, Miguel de Cervantes Saavedra, tiende á más que á lo que parece,

pues tiende á corregir en general los vícios de los hombres, y á desterrar las preocupaciones de los pueblos. Y tiende no solo á eso, sino, y más particularmente, á reprender los vícios y á poner como de bulto las preocupaciones de la nacion española; y no ya las preocupaciones y los vícios accidentales y transitorios de la época en que él vivió, sino los esenciales é inherentes al genio y carácter de nuestro pais en todas las vicisitudes de su vida histórica y de pueblo europeo y meridional. Párese, sinó, la consideracion en lo que piensan, dicen y hacen los dos interlocutores principales de esa novela, y se encontrará confirmado en ellos que lo que más caracteriza á nuestro pueblo es ser el *más grave* al par que el *más entusiasta* de Europa. Fíjese la atencion en las dos relaciones opuestas de nobleza y pueblo á que pertenecen y que representan amo y mozo, caballero y escudero, y se verá que abrazan la sociedad española entera con todas las gerarquías y gradaciones que median entre esos dos extremos de la cadena social, retratándose en cada suceso y en cada aventura muy al vivo y con un gran fondo de verdad algo y áun mucho de lo que es nuestra vida meridional, absorta toda en una cierta idealidad perezosa y fantástica, unas veces embebecida en dulces y sabrosas memorias, otras agitada de quiméricos y aéreos pensamientos, y cási nunca ocupada sériamente en lo material de sí misma, en una vida compuesta y refleja de la naturaleza y del espíritu. Y si se repara bien en las personas que hacen papel en ese cuento cómico-satírico, se hallará, por último, que son otros tantos tipos de la sociedad española del tiempo de Cervántes, y que lo son tambien del nuestro, porque son, en suma, los españoles pintados por sí mismos; pero con tal propiedad, verdad y colorido, que el que se busque en él con diligencia y con estudio se encontrará tan semejante y tan parecido á aquellos, que no podrá dudar que el trascurso de tres siglos no há bastado para alterar la fisonomía, el carácter, las costumbres, las preocupaciones y los hábitos del original pueblo español.

Al decir Cervantes que el hidalgo manchego los ratos que estaba ocioso (que eran los más del año) se dedicaba á leer libros de caballerías con tanta aficion y gusto que olvidó casi de todo punto áun la administracion de su hacienda, y al decir lo de

vender una cosa, empeñar otra, malbaratarlas todas, salir de su patria, dejar su regalo y entregarse en los brazos de la fortuna que le llevase donde más fuere servida; pinta la vida ideal, ociosa, vagamunda y aventurera de los hidalgos del tiempo de Cervantes, no siendo tan difícil encontrarse hoy todavía con algunos de esos tipos de raza pura española. Y cuando hace decir á D. Quijote en el altercado con el eclesiástico de casa del duque que si por ventura era asunto vano ó tiempo mal gastado el que se empleaba en vagar por el mundo satisfaciendo agrávios, enderezando tuertos, castigando insolencias, venciendo gigantes, atropellando vestiglos, siendo enamorado no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean, y no de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes, enderezando siempre sus intenciones á buénos fines, que eran hacer bien á todos y mal á ninguno; dibuja Cervantes de mano maestra el modelo más acabado y más perfecto del noble y enamorado caballero español. En lo de que, segun el estilo de la caballería, es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se extiendan á más sus pensamientos que á servirla por solo ser ella quien es, sin esperar otro prémio de sus muchos y buénos deseos sino que ella se contente de acetarlos por sus caballeros; y en aquello de que no hay otra cosa en la tierra más honrada ni de más provecho que servir á Dios primeramente y luego á su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas; «y así, oh Sancho, decia D. Quijote, »nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto »la religion cristiana que profesamos;» ¿quién no vé como estereotipadas la galantería, la religiosidad y lealtad españolas, tan nunca desmentidas como siempre y justamente celebradas por nacionales y extranjeros? Y sobre todo, en aquel *valgo por ciento* con que replica D. Quijote á Sancho en la aventura de los yangüeses, y en aquel echar mano á su espada y arremeter contra ellos sin pensar en más y sin hacer más discursos, está marcado el punto más alto adonde llega la temeridad, el arrojo y la bravura de los hidalgos españoles.

Y si D. Quijote es el mejor dechado del más cabal y cumplido caballero español, la expresion más genuina de los hidalgos y nobles de su tiempo, y más ó ménos del nuestro; tambien

Sancho, su escudero, es la personificacion más propia de nuestros aldeanos y campesinos, y más verdadera quizá que lo era su amo respecto de los caballeros y de los hidalgos. Porque eso de que le habia dicho una agüela suya que habia dos linajes en el mundo, el tener y el no tener, y que él al del tener se atenia; eso de decir él mismo de sí que era algo malicioso y que tenia sus ciertos asomos de bellaco, pero que todo eso lo encubria la gran capa de la simpleza suya, siempre natural y nunca artificiosa; aquello de no querer buscar á Cardenio en Sierra Morena, porque claro está que si le hallaban y fuese el dueño del dinero, tendria que restituírselo; aquello de llamar á su mujer bestia y mujer de Barrabás, porque decía que queria estorbarle el hacer á su hija condesa, y casarla con quien le diese nietos que se llamasen señoría; lo de sentir que su amo se hiciese arzobispo y no emperador, porque más mercedes podian hacer á sus escuderos los emperadores que los arzobispos andantes; lo del ajuste con su señor D. Quijote sobre los azotes para desencantar á Dulcinea en tanto más cuanto, y lo de la cédula de los tres pollinos, con otras mil y mil ocurrencias é incidentes, es todo tan natural y propio de nuestros aldeanos, caracteriza tan bien esa parte de nuestro pueblo tan servicial, tan sencilla al parecer, tan honrada, mas tan codiciosa, con esa especie de codicia ambiciosa que no se manifiesta con violencia y á las claras, sino encogida y tímidamente; y es tan cierto eso de que en su rústica sencillez hay sus ciertos asomos de malicia y socarronería, y en el todo de su carácter cierta mezcla de simplicidad y discrecion con sus puntas de agudeza y de donaire; que los que han nacido entre ellos lo saben y lo celebran, que los que les tratan algun tiempo lo notan y gustan de ello, y que á ningun atento observador se encubre ni despinta ese carácter. Demos ya la última pincelada, y que ella retrate lo más gráficamente posible, segun ese libro, el carácter social del pueblo español. Párense mientes en aquel pasaje en que poniéndose á cenar D. Quijote con unos cabreros, y quedándose Sancho en pié para servirle la copa, le dice: «quiero, Sancho, que aquí á »mi lado y en compañía de esta buena gente te sientes, y que »seas una misma cosa conmigo, que soy tu amo y natural se»ñor, y comas de mi plato y bebas por donde yo bebiere, que

»de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor »se dice: que todas las cosas iguala;» y dígase sinó está en él harto bien caracterizado ese espíritu democrático encarnado en nuestra sociedad, en nuestras costumbres, en nuestras antiguas instituciones y en todos los sucesos, así notables como ménos importantes, de nuestra historia. ¿No es ese pasaje una muestra de la union en que han vivido siempre la nobleza y el estado llano entre nosotros, de esa especie de llaneza é igualdad en que han alternado y con que han sido honradas todas las clases y profesiones de nuestra sociedad? ¿No se vé claro el sentido de aquel de nuestros refranes que dice: «haz lo que tu amo te manda y siéntate con él á la mesa?» Y al lado de ese rasgo distintivo de nuestras costumbres, repárese en ese otro no ménos significativo, el de la independéncia del español, al contestar Sancho á su señor: «¡Gran merced! pero sé decirle que como »yo tuviera bien de comer, tan bien y mejor me lo comería »en pié y á mis solas, como sentado á par de un emperador.»

Pero áun hay más. Cuantos estados, ocupaciones y oficios se conocen en una república, cuantos cuadros y escenas de costumbres pasan en nuestra vida meridional, cási otros tantos están pintados en esa novela con admirable maestría é inventiva. ¿Quién no vé en la compañía de los recitantes de Angúlo el Malo que en la octava del *Corpus* habian hecho en un pueblo el auto de las Córtes de la muerte, y por la tarde iban á hacerle en otro lugar, á los cómicos de la legua de nuestros dias? ¿Quién no há visto aún en sus dias procesiones de disciplinantes como aquella de la aventura á que D. Quijote dió felice fin á costa de su sudor? ¿Quién no há oido hablar de luchas algo parecidas, sinó idénticas, á las de los cazalleros, berengeneros, ballenatos, jaboneros y otras como la de los dos pueblos por causa del rebuzno? ¿Quién no há presenciado en la aldea escenas de familia tan originales y tan cómicas como la de la mujer de Sancho Panza y su hija con el paje de la duquesa, el cura y el bachiller Sanson Carrasco; y á quién no han entretenido alguna vez los cuentos y hablillas que en tales ocasiones y con tan plausible motivo en las solanas, hilanderos y velórios se forjan? ¿Qué cortesano no há tomado parte en giras y dias de campo como aquellos á que fué convidado el caballero de la Triste Figura cuando iba

camino de Zaragoza? ¿Quién no há visto algazára y zambra en dia de verbena como la que vió el mismo caballero en la mañana de San Juan á su entrada en Barcelona; y quién, por fin, no há sido convidado á bodas tan ostentosas como las del rico y espléndido Camacho? Y si eso nó, á buén seguro que haya uno que al ver cómo pululan por nuestra coronada villa á cientos y á miles tanto traductor, tanto poetastro y tanto escritorzuelo imberbes, no se haya más de una vez acordado de aquel traductor á quien examinó D. Quijote en Barcelona, de D. Lorenzo, el hijo del caballero del Verde Gaban, y del primo del licenciado. Y así como creemos que háya algunos que tengan por cosa fácil encontrar todavía canónigos tan doctos y tan discretos como el de Toledo, que se propuso nada ménos que volver el juicio al que nunca le habia tenido; así habrá otros que no tengan por imposible encontrar eclesiásticos tan iracundos é intratables como el ayo ó capellan de casa de los duques; y duques tambien burladores, tan tontos como los burlados. Y por si es caso que nosotros hoy no conocemos, lo que es nuestros padres indudablemente conocieron á señorones de título y grandeza supeditarse vil é infamemente al oro deslumbrador del acaudalado prestamista, tal y de la misma manera de como lo contaba á D. Quijote la maldiciente de Doña Rodriguez. Más como quiera que eso sea, estamos seguros que no habrá uno que no haya posado en ventas como la que D. Quijote imaginaba ser castillo; que no haya conocido posaderos tan socarrones y tan taimados como el que le armó andante caballero; ni que no haya regateado con venteras tan deslenguadas como la que arremetió al barbero en demanda de la cola donde su marido acostumbraba colgar el peine. Porque haber oido hablar de agoreros que si se derrama la sal encima de la mesa se les derrama á ellos la melancolía en el corazon; de ermitaños de los que decia Sancho que pocos estaban sin gallinas; de peregrinos que vienen á visitar los santuarios de España como á sus Indias, por la certísima granjería y conocida ganancia que sacan de ella; de titereros que como maese Pedro recorren nuestras poblaciones enseñando el mundo nuevo y los monos sábios; de tahures, barateros y gente perdida, en todo igual á aquellos de quien se habla en la crónica del gobierno de Sancho Panza; de pordioseros de la manquedad fingida

y de la llaga falsa, en que andan los brazos ladrones y la salud borracha; de ciegos que cantan cantares lascivos y milagros en coplas; de placeras, en fin, tan desvergonzadas, desalmadas y atrevidas, ni más ni ménos de como lo eran las del tiempo del Manco de Lepanto; todo eso y mucho más de puro sabido se calla y por olvidado se tiene. Y de puro sabido se calla y por olvidado se tiene que áun hay en nuestro siglo bandoleros como Roque Guinart, presidarios como Ginés de Pasamonte, sastres tan listos y tan diestros para burlarse de la buena fé de sus parroquianos como el de las monteras, juzgado por Sancho Panza, estudiantes tan tunos y tan burlones como el bachiller Sanson Carrasco, barberos tan habladores, tan entrometidos y tan fisgones como maese Nicolás, médicos alópatas tan antiflogísticos como el doctor Pedro Récio de Tirteafuera, y por último, gobernadores como Panza, majaderos como Sancho, jumentos como el rúcio y rocines como Rocinante. Y si vá á decir verdad, apurando un poco más el caso, y sin que se nos quede nada en el tintero, ¿por qué no hemos de decir tambien que hemos visto y conocemos amores tan platónicos como los del enamorado caballero de la Mancha, enamorados de todos calibres, como Grisóstomo, Cardenio y D. Fernando, mujeres caprichosas como Marcela, antojadizas como Leandra, burladas como Dorotea, contrariadas como Luscinda, criadas de rompe y rasga como Maritornes, doncellas desenvueltas como Altisidora, dueñas remilgadas como Doña Rodriguez, y, por último, señoras que vapulean á sus dueñas por echarlas en la calle el Aranjuez de sus fuentes, como la duquesa? De una sola cosa, cuando más, dudamos, y es de si habrá hoy muchos venteros como aquel en cuya venta mantearon á Sancho, que con la misma formalidad y buena fé que él puedan decir ahora: «aunque ventero, todavía soy cristiano.» Sin embargo, eso no quita que declaremos rotunda y magistralmente que la vida del ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha es todavía un libro de actualidad para los españoles.

Mas ¿para nosotros sólos? Pues qué, ¿Cervantes no era más que español y poeta? Si sabia hacer resonar la lira de los infortunios y de los padecimientos humanos de una manera tan elevada y tan digna como dolorida, si acertó á decir que «la vida »humana corre á su fin ligera más que el tiempo, sin esperar

»renovarse sinó es en la otra que no tiene términos que la limi»ten;» si trata de lo que se llama razon de estado y modos de gobierno, y da consejos acertadísimos á los gobernantes; si declara por qué cosas se han de tomar las armas y da avisos muy oportunos al soldado; si habla de linajes; de ser caballero por nacimiento y de serlo por virtud, y hace mérito del grande que fuere vicioso y del rico no liberal; si discurre tan discretamente sobre la hermosura y la mujer hermosa; si dice del gran tiento y particular favor del cielo para acertar en el matrimónio; si da consejos á los padres sobre la crianza, educacion y carrera de sus hijos; si razona sobre los diferentes estados de la vida y acerca de los diferentes fines con que van los hombres en su busca y grandeza; si conoce tan profundamente el corazon humano y enseña tanto acerca del conocimiento del mundo y de los hombres, y de la mejor manera de conducirse con todos; si con un vuelo tan remontado de conceptos y de miras elevadas, con perspicacia, sagacidad y penetracion tan raras todo lo registra y todo lo vé; y por último, si nada huelga en esa admirable fábula, si todo despierta, aviva y hace más avisados y entendidos á los hombres quienquiera que sean, y de donde quiera que fuéren; ¡ah! entonces Cervantes era español y era hombre, era poeta y tambien filósofo: y D. Quijote y Sancho no son ya solos el caballero y el escudero en quien se ridiculiza la caballería y á los caballeros andantes, ni son solo aquellos en quienes se hacen notar las extravagancias y preocupaciones de los de su nacion; sino tambien el sujeto en quien se hacen notar y se corrigen las exageraciones y defectos del hombre en general, limitado de suyo, finito é imperfecto.—«Mire v. m., decia »Sancho á D. Quijote, que aquellos son molinos de viento y no »gigantes; mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el »diablo que le engañe.» Y sin atender á nada el entusiasmado caballero, y llevado del buén deseo de quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra, embiste contra el primero molino, y del primer bote va rodando maltrecho por el campo.—«Mira, »Sancho, le decia su amo; no te muestres codicioso, porque en »sabiendo el pueblo y los que te tratan tu ambicion determinada, »por allí te darán batería hasta derribarte en lo profundo de la »perdicion.» Y por no hacer tampoco caso, fué derribado, aco-

cado y molido. Y maldecia el gobierno de la ínsula y á quien se le habia dado, y pedia que le dejasen volver á su antigua libertad y á su vida pasada, y confesaba, aunque tarde y bien á su pesar, que no habia nacido para gobernar ínsulos ni ínsulas, y que se estaba bien San Pedro en Roma. «Quédense en esta caballeriza, »decia, las alas de la hormiga que me levantaron en el aire para »que me comiesen los vencejos y otros pájaros, y volvámonos á »andar por el suelo con pié llano, que sinó le adornáren zapatos »picados de cordobán, no le faltarán alpargatas toscas de cuer»da: cada oveja con su pareja: y nadie tienda más la pierna de »cuanto fuére larga la sábana.» De esta manera supo Cervantes castigar en D. Quijote las exageraciones en lo buéno y á buénos fines enderezado, y en su escudero Sancho la inclinacion grosera, animal y baja á los intereses puramente materiales, y á querer salirse de la condicion oscura y humilde en que habia nacido. Y haciendo el retrato del caballero del Verde Gaban en contraposicion al de D. Quijote, de aquel hidalgo más que medianamente rico, que pasaba la vida con su mujer y sus hijos, que tenia hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latin, de historia algunos y de devocion otros; que alguna vez comia con sus vecinos y amigos, y muchas los convidaba; que ni gustaba de murmurar, ni consentia que delante de él se murmurase; que oia misa cada dia, repartia de sus bienes con los pobres y procuraba poner en paz á los que sabía que estaban desavenidos; haciendo esto, decimos, y presentando á Sancho besándole los piés con devoto corazon, y cási con lágrimas, por parecerle que era el primer santo á la gineta que habia visto en todos los dias de su vida; redondea el pensamiento y queda acabado el cuadro de lo que debe ser el hombre completo, de aquello á que puede aspirar para hacer el bien y perfeccionarse, libre así de toda exageracion utópica como de todo instinto brutal. Si para concluir este punto hubiéramos de reducir á una síntesis filosófica el pensamiento de ese libro con aplicacion á la vida toda del individuo, habríamos de decir que D. Quijote es el espíritu, Sancho el cuerpo, y el caballero del Verde Gaban el hombre. Y si para concluir del todo nos fuera permitido extender la aplicacion de esa misma síntesis filosófica á la vida toda de la sociedad humana, diríamos que D. Quijote es en embrion como el pro-

totipo de todos los utopistas antiguos y modernos, y su escudero Sancho la personificacion de ese vulgo ignorante, más ambicioso que sencillo, que no entendiendo la parte teórica de los quijutopistas de nuestros dias, ni creyendo en la moralidad de su bello ideal de desfacer tuertos y de derribar endriagos y gigantes, entiende bien lo de realizar la parte práctica de esas predicaciones de nivelacion y de igualdad, haciendo á rio revuelto lo mismo exactamente que aquel; arremeter aquí contra el fraile caido y comenzarle á quitar los hábitos, desbalijar allí una acémila de repuesto de los clérigos que acompañaban al cuerpo muerto, apropiarse allá los aparejos del otro Martino ó Mambrino, y acullá apoderarse de los cien escudos de oro encontrados en Sierra Morena, poniéndole el diablo siempre ante los ojos un talego de doblones de oro, que le parece que á cada paso le toca con la mano, y se abraza con él, y le lleva á su casa, y echa censos, y funda rentas, y vive como un príncipe; y aquí, allí y acullá, en casa de D. Diego de Miranda, en la de los duques y de D. Antonio Moreno pasarlo bien y holgadamente, sin dársele un ardite de su mujer ni de sus hijos. Bien se nos alcanza que así como el gran Newton no previó la aplicacion vastísima que habian de tener con el tiempo sus leyes de la gravitacion universal y de la atraccion; así Cervantes no conoció seguramente todas las deducciones y consecuencias que tiempos adelante podrian sacarse de su D. Quijote. Mas á la manera que no puede negarse la evidencia de aquellas, del mismo modo no puede tampoco ponerse en duda la de estas, ni la conveniencia y oportunidad de leer el Quijote en nuestros dias atentos muy principalmente á esta significacion, la de haber sido tambien ridiculizadas y castigadas en esa novela las excentricidades del uno por sobra de bondad, y el materialismo grosero del otro por falta de virtud. En este sentido y por estas razones es tambien el Quijote un libro europeo, y hasta pudiéramos decir que pertenece en cierto modo á la *humanidad*, si para todos tuviese la misma significacion esa palabra.

Y si á todo lo dicho sobre el fondo de esa obra manifestamos ahora las bellezas de su forma; si decimos que está escrito ese libro con tal primor y galanúra, con una riqueza tal de fantasía, de

originalidad y de inventiva, con una novedad tan grande en los pensamientos, viveza en las descripciones, donosura y chiste en los diálogos, claridad en la expresion, verdad en los conceptos, verosimilitud en los tan variados sucesos de la fábula; en suma, con un encanto y un colorido tan vivos, pero de tanta suavidad, dulzura y grácia que arrébata, embelesa, admira y entretiene quieta y regaladamente á cuantos han recibido del cielo un alma capaz de percibir el gusto de lo armónico y de lo bello; si á todo esto añadimos que el argumento de esa fábula está tan bien ideado, que la manera de dirigirla es tan hábil, tan seguido y tan igual el interés, el efecto tan dramático, tan una la accion principal, tan diferentes, tan impensados, tan nuevos los incidentes y los episodios, el desenlace tan sencillo y tan natural, tan idénticos siempre á sí mismos los interlocutores principales, y por último, que tan naturalmente viene á presentarse todo en la escena, así los hombres como los sucesos, que solo el irlos viendo venir bajo la idea precisa de que es todo pura invencion y fábula, hace que no se tenga por una historia sucedida y verdadera, nada habremos exagerado. Y si, para concluir y dar el último toque á este tosco y desaliñado cuadro, aseverásemos que la riqueza de pensamientos, máximas, sentencias, refránes, dichos y palabras que han hecho fortuna y se repiten por todos, y á cada momento son un tesoro de doctrina y de erudicion popular de que carecen las demás naciones; y que su estilo, su dicción y su acento cadencioso, entonado y músico son una de las galas más preciadas que le adornan; pues el estilo, que recorre todos los tonos, desde el sencillo hasta el sublime, y que es por lo comun claro y correcto, y muchas veces además oratorio, elegante y hermoso, hace que la diccion sea pura, corriente, fluida y copiosa, la frase limpia y propia, la palabra noble y castiza, las cláusulas majestuosas y floridas, y los períodos tan redondos, tan sonoros, tan graves, tan eufónicos y tan pomposos, que suenan al concluir como si dejasen una especie de vibracion musical y armónica en el oido; si dijésemos y nos afirmásemos en todo esto, ¿qué otra cosa haríamos sinó repetir lo mismo que tantas veces han dicho los escritores más distinguidos de nuestra patria y de las naciones todas? Qué importa, pues, que en medio de este gran foco de luz haya algunas ligeras sombras que pa-

rezcan como oscurecerle. Á mia fé que no son pardos nubarrones que nos oculten ese sol, sino átomos imperceptibles de un sol clarísimo, blancas nubecillas cuando más, que nos advierten que así en la materia como en el espíritu nada es puro, nada completamente diáfano y trasparente, porque la inteligencia es escasa, la vida finita, el hombre todo imperfecto en sus obras, limitado en sus elucidaciones. Aquí diéramos fin al juicio que tenemos formado de ese libro, á los elogios que le hemos tan justamente prodigado, sinó fuera que queremos decir, por via de epílogo ó conclusion, que su sátira es tan fina, tan delicada, tan oportuna, tan atenta, tan impersonal y tan superior á toda emulacion y respeto humanos, que está hecha sin hiel y sin amargura, para corregir á muchos, para ilustrar y deleitar á todos, no para mortificar ni ofender á alguno. En el pensamiento, en la forma, en el desenvolvimiento del plan, en el método y en el todo de la invencion y de la composicion reina un gusto tan clásico, tan literario, tan elegante, tan señor, tan aristocrático y tan popular, digámoslo así, como de uno y otro tienen los dos principales interlocutores de esa novela. Y últimamente, está ese libro tan lleno de agudezas, donáires y discreciones, y está escrito tan á la llana, con palabras tan significantes, honestas y bien colocadas, y áun con tal artificio y estilo, que leyéndole el melancólico se mueve á risa, el risueño la acrecienta, el simple no se enfada, el discreto se admira de la invencion, el grave no la desprecia ni el prudente deja de alabarla. Con sobrada razon deberemos ya preguntar: ¿en qué consiste pues que sean tan pocos los que estudien ese libro, que sean muchos ménos los que le sepan de memoria, que algunos más no hagan sino leerle por puro pasatiempo, y que el mayor número ó no le lea, ó si comienza á leerle no tenga paciencia para acabarle? ¿Cómo es que si siguen entendiéndole los hombres y celebrándole los viejos, ni le leen los mozos ni le manosean los niños? ¿Por qué no es hoy esa historia tan trillada, tan leida y tan sabida de todo género de gentes, que apenas vean algun rocín flaco cuando digan: *allí vá Rocinante?* ¡Ah! porque estamos ya algo distantes del tiempo en que se escribió esa historia, y nos interesa más y conocemos mejor la manera de vivir de ahora que la de entonces: porque el vulgo ignorante, en cuyo número debe entrar no

solamente la gente plebeya y humilde, sino todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, sigue creyendo que el Quijote no trata más que de caballerías y caballeros andantes; y finalmente, porque otros tiempos otros gustos tienen, y otros modos requieren. Y mejor que entretenernos en averiguaciones de esos otros gustos y de esos otros modos, pensamos que es preferible indicar y proponer luego los medios para que la lectura del Quijote vuelva á ser, sinó tan popular y comun como lo fué en su tiempo, más de lo que lo es al presente; tanto como lo necesita nuestra lengua, maltratada por el rudo golpe que está sufriendo de hambrientos traductores y de zurcidores de periódicos; y tanto como lo reclama nuestro pueblo, falto de una lectura entretenida é instructiva, puesto que los libros de honesto entretenimiento que deleiten con el lenguaje y admiren y suspendan con la invencion, son muy pocos en España y muchísimos ménos en las demás naciones. Esto nos conduce como por la mano al fin de razonar sobre el pensamiento de esta nueva edicion y acerca de la manera de ejecutarle.

Contribuir por nuestra parte á que se disminuya esa aficion frenética de nuestro siglo por la lectura de novelas inmorales é irreligiosas de folletin, ó si se quiere, de surtido y de propaganda revolucionaria; hacer que nuestra clase media, que nuestros labriegos y artesanos lean algo útil y entretenido, dando de mano á las historias del rústico Bertoldo, de Carlo-Magno y de los doce Pares de Francia, de Oliveros de Castilla y Artús de Algarbe, y hacer que por su menor lectura y su módico precio pueda ser de fácil adquisicion para todos el libro del ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha, en términos de que llegue á ser un libro de faltriquera que alterne con el devocionário y el libro de confesar; es nuestro atrevido, pero bienintencionado pensamiento.

Y callarémos para ello nuestro insignificante nombre: primero, porque al frente de la inmortal obra del Quijote no debe ir ni sonar ningun otro más que el de su esclarecido y celebrado autor: segundo, porque siendo apenas conocido el nuestro como de escritor público, sería acogido este pensamiento cuando ménos con desconfianza: y tercero, porque no teniendo la presuncion de haber acertado en todo, pedimos que se nos advierta y

se nos corrija como entre caballeros y gente, sinó bien nacida, bien educada se acostumbra. Mas como desgraciadamente hasta en las luchas pacíficas de la inteligencia los hombres se van derechamente trás el hombre, en busca de quién es él, y no de qué es y qué vale ello, hemos creido que sinó tomábamos esta determinacion, no conseguiríamos quizá nuestro objeto como sinceramente lo deseamos, ya para que se conserve y se guarde nuestro trabajo, ó ya para purgar con un poco de ruibarbo la demasiada cólera suya y darle término ultramarino, y como se enmendáre así se use con él de misericordia ó de justicia; ó ya, en fin, para que se haga rajas y se queme, y que áun no queden dél las cenizas.

Dicho esto así tan claro, tan sin rodeos y con tanta llaneza, lo primero que se le viene en mientes al discreto lector y que preguntaria, si tuviese delante á su interlocutor, habria de ser: está bien: pero ¿cómo piensa vd. realizar ese atrevido pensamiento? Contestacion: de la misma manera que lo dice el autor de ese libro por boca de su protagonista. Es pues el caso que durante la cena que en la venta cerca de Zaragoza tuvieron D. Juan y D. Gerónimo con D. Quijote, rodó la conversacion sobre la segunda parte dél mismo compuesta por el licenciado Avellaneda. Y como se dijese que el tal Avellaneda habia querido usurpar el nombre de D. Quijote y aniquilar sus hazañas errando y desviándose de la verdad en lo más principal de la historia, dijo D. Juan: «Si fuera posible se habia de mandar »que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran D. Qui»jote, sinó fuese Cide Hamete su primer autor, bien así como »mandó Alejandro que ninguno fuese osado á retratarle sino »Apeles. *Retráteme el que quisiere, dijo D. Quijote, pero no »me maltrate*; que muchas veces suele caerse la paciencia cuando »la cargan de injurias.» Prévia, pues esta licencia eso es lo que vamos á hacer nosotros. Y de esa única manera y con esa sola condicion, nos hemos obligado para con nosmismo á hacer esta nueva edicion, *retratando á D. Quijote, no maltratándole*. Y si él en vida concedió á quienquiera ese salvoconducto, no creemos que le negára al que hoy se le pidiese atenta y respetuosamente para resucitarle y darle como una nueva vida, y quizá, quizá, quién sabe, tanta ó más duradera y dilatada fama

que la que alcanzó entre sus contemporáneos. Aventuramos más á propósito de la autorizacion para poder retratar á D. Quijote, que á ser consultado el inmortal Cervantes, tenemos por seguro que consentiria en que se sacasen de su asendereado caballero tres retratos diferentes á trueque de hacerle más popular y conocido de lo que lo va siendo en los tiempos que alcanzamos. El primero al natural y de cuerpo entero, como existe hoy y le conserva la real academia de la Lengua, para los que estudian lo que leen: el segundo de cuerpo entero tambien, pero aligerado de todo lo que le impedia moverse libre y desembarazadamente como le damos ahora á luz, para los que solamente leen por gusto y pasatiempo; y el tercero en boceto, digámoslo asi, para los que empiezan á deletrear y han de llegar á leer. De esta manera todo nuestro trabajo está reducido á sacar un retrato tan parecido y semejante al original que sea el mismo D. Quijote de la Mancha compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra; pero no puesto sobre Rocinante, afirmado en sus estribos, apretada la espada y bien cubierto de su rodela, ni tal, que puesta la celada y alzada la visera de papelon no pueda comer nada con sus manos si otro no se lo dá, ni beber á no que se horáde una caña, y puesto el un cabo en la boca no le sea echado por el otro el vino; sino en gregüescos, con un manton de escarlata sobre los hombros y una montera de raso verde en la cabeza, todo á la manera de cómo le vistieron, le dieron aguamanos y le enjabonaron las doncellas de la Duquesa. En suma, no armado de punta en blanco, con la lanza en el ristre y en actitud de acometer y derribar endriagos y gigantes, no temeroso, polvoriento, pesado, rígido, duro, inflexible; sino desarmado, límpio, suelto, ligero, vistoso, accesible á los más y amigo de todos.

Con tal prosupuesto, continuando la metáfora y siendo una de las tachas que se pusieron á la historia del D. Quijote en su tiempo, la de que su autor habia puesto en ella la novela del *Curioso impertinente*, y no por mala ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tener que ver con la tal historia, la suprimimos por entero, asi como tambien los amores de D. Luis y Doña Clara, los de Cláudia Gerónima y los de Ana Félix; comenzando asi por partes á descargar del grave peso de sus armas al

paladin manchego. Y por no ser de aquel lugar ni tener que ver con la tal historia la segunda mitad del capítulo 6.º que trata del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron de la libreria del ingenioso hidalgo, ni la última parte del capítulo 48 donde el canónigo de Toledo prosigue la materia de los libros de caballerías; pues en aquella el cura y el barbero no ya se ocupan en el escrutínio y expurgo de los tales libros, sino en la censura de varias obras y composiciones en verso de escritores españoles contemporáneos de Cervantes; y en ésta el canónigo no trata de censurar los dichos libros ni de dar reglas para su invencion y composicion, sino de las disparatadas comédias que entónces se representaban, y que decian que habian de ser así porque así las queria el vulgo, y que no habian de ser de otra manera; asimismo las suprimimos, para seguir aligerando á D. Quijote de su férrea y pesada armadura. Y porque cuando supo el armado caballero ser moro el autor de su historia, se desconsoló, porque decia que de los moros no se podia esperar verdad alguna, y porque temia que hubiese tratado sus amores con alguna indecencia que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso; hacemos tambien caso omiso de aquellos como prólogos que sirven de introduccion á varios capítulos, y especialmente al del capítulo 9.º en que se interrumpe á lo mejor, y sin gran efecto dramático la estupenda batalla que el gallardo vizcaino y el valiente manchego tuvieron. Y últimamente, como el traductor español de esa historia, aunque escribió, como no cabe mejor de la poesía en el coloquio que tuvo su D. Quijote con un discreto caballero de la Mancha, y cómo aunque era excelente poeta, no hacia en general buénos versos; por esto y en grácia tambien de la brevedad, suprimimos todos los sonetos que sirven como de principio y fin á la primera parte, los que compuso D. Quijote en Sierra Morena, los desesperados del pastor Grisóstomo, la glosa y el soneto de D. Lorenzo el hijo del caballero del Verde Gaban, y algunos otros ménos conocidos.

Mas no basta esto para descargar á D. Quijote de tanto peso como le abruma y le embaraza. Con lo que le hemos quitado puede ya moverse, comer y beber por sí mismo, mas no puede hacerlo con holgura y ligereza; áun no es accesible á los más,

ni todos querrán disfrutar de su buéna amistad y alegre compañía. Porque á los unos les parecerá que repite demasiado, á los otros que cuenta las cosas muy difusamente, y no faltará alguno á quien le parezca que, rematadamente malo como se dice que es nuestro siglo, no sufre, sin embargo, y hasta le ofenden y ruborizan ciertas pinturas y donáires permitidos en él del hidalgo manchego. A decir verdad, somos tan impacientes, hemos oido hablar tanto de caminar al vapor, de trasmitirse por los aires la palabra desde Madrid á París, y de París á San Petersburgo instantáneamente, en segundos; estamos tan despiertos cuando dormimos, y tan sobresaltados cuando velamos, queremos, en una palabra, ver el fin de las cosas tan pronto, que si leyendo una novela, por ejemplo, se alarga un poco el desenlace con digresiones y episodios, aunque buénos, nos inquietamos, perdemos la paciencia, y arrojamos el libro: ó bien sucede que de hoy á mañana una revolucion nos ha llevado á algunos siglos más lejos del argumento de la novela, ó que un negocio de bolsa nos ha trasportado en horas al otro hemisfério dél en que vivimos, y el enredo y desenlace de la novela no nos interesan ya, porque nuevos enredos y desenlaces en nosotros, ó en los demás, ó nuevos caminos y rumbos descubiertos en la historia de la *humanidad*, nos han hecho olvidar y dejar hoy lo que pensábamos ayer. Aprovechándonos pues de lo que haya de verdad en esas indicaciones sobre nuestro estado social, y con aplicacion al nuevo D. Quijote, decimos tambien que abreviamos la relacion del cautivo, el episodio de Grisóstomo, el de las bodas de Camacho, y el de Cardenio y Dorotea con todos sus incidentes. Y últimamente, siendo la historia de D. Quijote del más gustoso y ménos perjudicial entretenimiento que hasta ahora se haya visto, porque en toda ella no se descubre ni por semejas una palabra deshonesta ni un pensamiento ménos que católico, puesto que D. Quijote decia que de las cosas obscenas y torpes los pensamientos se han de apartar, cuanto más los ojos; como la que más campeaba de sus virtudes era la honestidad, y como en nuestro siglo no sean honestas y corrientes cosas y palabras que lo eran en él de Cervantes; nos tomamos la libertad de suprimir cuentos como el del capítulo 25, parte primera; de modificar escenas como la de Maritornes con el arriero; y

de sustituir con otras ciertas palabras nada decentes y aún deshonestas. Y tanto esto es más necesario, cuanto que el Quijote es un libro que convida á leerse en sociedad, pues nada más sociable y comunicativo que la alegria, la risa, el humor festivo y decidor. Y tal como existe hoy, dudamos mucho que ningun padre consienta que se lea en familia por via de solaz y pasatiempo.

De esta manera el valiente caballero desarmado, no por aporreado ni vencido sino por falto de sueño, de libertad y de reposo, no será ya temible á nadie, ni sus arreos serán pesados, ni sus armas desusadas por enmohecidas y antíguas, ántes bien correrá con nueva vida por nuestros caminos de hierro, suelto, vistoso, bien humorado, honesto, cortés y discreto; haciéndole muy honrosa compañia su gracioso y fiel escudero Sancho Panza, todo para honra y gloria de Dios y prosperidad de esta monarquía, en mucho pró de las buénas costumbres, con gran estima y ganáncia de la lengua que hablaron Rioja, Cervantes y Granada, para aviso y esparcimiento de sábios, para instruccion, aprovechamiento y recreo de muchisimos más que no lo son. En una palabra, y dejándonos ya de metáforas, tenemos el convencimiento de que prestamos algun servicio á nuestro pais con publicar esta obra, de la manera que lo hacemos. En el prólogo de *Trozos escogidos de los mejores hablistas castellanos* decia el sábio é inolvidable Sr. Lista: «Entre nuestros escritores clá»sicos antíguos solo hay un libro que por su variedad pudiera »fijar la inquietud de la niñez, y es el *Quijote*. Pero este *pre»ciosísimo* libro no está escrito con todo el miramiento y cir»cunspeccion que requiere aquella tierna y respetable edad.» Con las dos ediciones que ahora damos á luz, la una abreviada para los que leen el Quijote por pasatiempo, y la otra aún mas abreviada para los que empiezan á deletrear y han de llegar á leer, ¿habremos salvado ese inconveniente? Sinó lo hemos conseguido, lo hemos intentado al ménos; y sobre todo creemos que al hacerlo no hemos *maltratado, sino retratado al hidalgo manchego*. Porque si orgulloso debe estar todo español de que sea suya la más preciosa joya de la literatura moderna europea, si con respeto debe llegar á ella para no profanarla, y si con fé y entusiasmo debe rendir homenaje á la esclarecida memoria del

autor del *ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*, su abreviador raya tan alto, como español, en todas esas consideraciones y miramientos, que si pobre y de escaso mérito como es su trabajo llegase no obstante á tener la décima parte de aceptacion quél de su autor, una estátua levantada á Cervantes en la capital de Castilla la Vieja donde vivió algun tiempo pobre y trabajosamente, seria el tributo con que le pagaria lo mucho que ha aprendido en él, y lo muchísimo más que le ha tan agradablemente entretenido. Pero con la misma franqueza dice que si el público imparcial, á cuyo juicio somete sus dos ediciones, si las academias y corporaciones literarias, si los sábios, si todos unánimemente las desaprobasen, sabria aplicarse del mejor modo que pudiére los versos que Cervantes aplicó al escritor fingido y tordesillesco y á cuantos se atrevieren á imitarle en lo sucesivo:

Tate, tate, folloncicos,
de ninguno sea tocada.
porque esta empresa, buén rey,
para mí estaba guardada.

Madrid 30 de Mayo de 1856.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse. Pero no hé podido yo contravenir la órden de la naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así ¿qué podría engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mio, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno; bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion? El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu, son grande parte para que las musas más estériles se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento. Acontece tener un padre un hijo feo y sin grácia alguna: y el amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas, ántes las juzga por discreciones y lindezas, y las cuenta á sus amigos por agudezas y donaires. Pero yo, que aunque parezco padre soy padrastro de D. Quijote, no quiero irme con la corriente del uso, ni suplicarte cási con las lágrimas en los ojos, como otros hacen, lector carísimo, que perdones ó disimules las faltas que en este mi hijo vieres: pues ni eres su pariente ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres señor della como el rey de sus alcabalas, y sabes lo que comunmente se dice, que debajo de mi manto al rey mato. Todo lo cual te exenta y hace libre de todo respeto y obligacion, y así puedes decir de la histó-

ria todo aquello que te pareciere, sin temor que te calumnien por el mal, ni te premien por el bien que dijeres della.

Solo quisiera dártela monda y desnuda, sin el ornato de prólogo; ni de la inumerabilidad y catálogo de los acostumbrados sonetos, epígramas y elogios que al principio de los libros suelen ponerse. Porque te sé decir que aunque me costó algun trabajo componerla, ninguno tuve por mayor que hacer esta prefacion que vas leyendo. Muchas veces tomé la pluma para escribilla, y muchas la dejé, por no saber lo que escribiria; y estando una suspenso, con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete y la mano en la mejilla, pensando lo que diria, entró á deshora [1] un amigo mio gracioso y bien entendido, el cual viéndome tan imaginativo me preguntó la causa, y no encubriéndosela yo, le dije que pensaba en el prólogo que habia de hacer á la historia de D. Quijote, y que me tenia de suerte, que ni queria hacerle, ni ménos sacar á luz las hazañas de tan noble caballero. Porque ¿cómo quereis vos que no me tenga confuso el qué dirá el antiguo legislador que llaman vulgo, cuando vea que al cabo de tantos años como há que duermo en el silencio del olvido, salgo ahora con todos mis años acuestas con una leyenda seca como un esparto, ajena de invencion, menguada de estilo, pobre de concetos, y falta de toda erudicion y doctrina, sin acotaciones en las márgenes y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que están otros libros aunque sean fabulosos y profanos, tan llenos de sentencias de Aristóteles, de Platon y de toda la caterva de filósofos, que admiran á los leyentes, y tienen á sus autores por hombres leidos, eruditos y elocuentes? ¡Pues qué cuando citan la divina escritura! No dirán sino que son unos santos Tomáses y otros doctores de la Iglesia, guardando en esto un decoro tan ingenioso, que en un renglon han pintado un enamorado distraido, y en otro hacen un sermoncico cristiano, que es un contento y un regalo oirle ó leelle. De todo esto há de carecer mi libro, porque ni tengo qué acotar en el márgen, ni qué anotar en el fin, ni ménos sé qué autores sigo en él, para ponerlos al principio, como hacen todos, por las letras del A B C, comenzando en Aristóteles y acabando en Xenofonte y en Zoilo ó Zeuxis, aunque fué maldiciente el uno y pintor el otro. Tambien há de carecer mi libro de sonetos al principio, á lo ménos de sonetos cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas ó poetas celebérrimos. Aunque si yo los pidiese á dos ó tres oficiales amigos, yo sé que me los darian, y tales que no les igualasen los de aquellos que tienen más nombre en nuestra España. En fin, señor y amigo mio, proseguí, yo determino que el señor D. Quijote se quede sepultado en sus archivos en la Mancha, hasta que el cielo de-

1 Inesperadamente, cuando no se aguarda.

pare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas por mi insuficiencia y pocas letras, y por-que naturalmente soy poltron y perezoso de andarme buscando autores que digan lo que yo me sé decir sin ellos. De aquí nace la suspension y elevamiento en que me hallastes: bastante causa para ponerme en ella la que de mí habeis oido. Oyendo lo cual mi amigo, dándose una palmada en la frente y disparando en una larga risa, me dijo: por Dios, hermano, que ahora me acabo de desengañar de un engaño en que hé estado todo el mucho tiempo que há que os conozco, en el cual siempre os hé tenido por discreto y prudente en todas vuestras acciones. Pero ahora veo que estais tan lejos de serlo como lo está el cielo de la tierra.

¿Cómo qué? ¿es posible que cosas de tan poco momento, y tan fáciles de remediar, puedan tener fuerza de suspender y absortar [2] un ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho á romper y atropellar por otras dificultades mayores? Á la fé, esto no nace de falta de habilidad, sino de sobra de pereza y penuria de discurso. ¿Quereis ver si es verdad lo que digo? Pues estadme atento, y vereis como en un abrir y cerrar de ojos confundo todas vuestras dificultades, y remedio todas las faltas que decís que os suspenden y acobardan para dejar de sacar á la luz del mundo la historia de vuestro famoso D. Quijote, luz y espejo de toda la caballería andante. Decid, le repliqué yo, oyendo lo que me decia, ¿de qué modo pensais llenar el vacío de mi temor, y reducir á claridad el caos de mi confusion? Á lo cual él dijo: lo primero en que reparais de los sonetos, epígramas ó elogios que os faltan para el principio, y que sean de personajes graves y de título, se puede remediar en que vos mismo tomeis algun trabajo en hacerlos, y despues los podais bautizar y poner el nombre que quisiéredes, ahijándolos al Preste Juan de las Indias ó al emperador de Trapisonda, de quien yo sé que hay noticia que fueron famosos poetas: y cuando no lo hayan sido, y hubiera algunos pedantes y bachilleres que por detrás os muerdan y murmuren desta verdad, no se os dé dos maravedís, porque ya que os averigüen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escribistes.

En lo de citar en las márgenes los libros y autores de donde sacáredes las sentencias y dichos que pusiéredes en vuestra historia, no hay más sino hacer de manera que vengan á pelo algunas sentencias ó latines que vos sepais de memoria, ó á lo ménos que os cueste poco trabajo buscar. En lo que toca al poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeis hacer desta manera. Si nombrais algun gigante en

2 Arrebatar el ánimo con alguna cosa extraordinaria.

vuestro libro, hacelde que sea el gigante Golías, y con solo esto, que os costará cási nada, teneis una grande anotacion, que podeis poner: *El gigante Golías ó Goliat fué un filisteo á quien el pastor David mató de una gran pedrada en el valle de Terebinto, segun se cuenta en el libro de los Reyes, en el capítulo que vos hallarédes que se escribe.*

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas y cosmógrafo, haced de modo como en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y veréisos luego con otra famosa anotacion, poniendo: *El rio Tajo fué así dicho por un rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Océano besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa, y es opinion que tiene las arenas de oro,* etc. Si tratáredes de ladrones, yo os daré la historia de Caco, que la sé de coro. Si de mujeres rameras; ahí está el obispo de Mondoñedo, que os prestará á Lamia, Laida y Flora, cuya anotacion os dará gran crédito. Si de crueles, Ovídio os entregará á Medea. Si de encantadoras y hechiceras, Homero tiene á Calipso, y Virgilio á Circe. Si de capitanes valerosos, el mismo Julio César os prestará á sí mismo en sus Comentarios, y Plutarco os dará mil Alejandros. Si tratáredes de amores, con dos onzas que sepais de la lengua toscana, toparéis con Leon Hebreo, que os hincha las medidas. En resolucion, no hay más sino que vos procureis nombrar estos nombres, ó tocar estas historias en la vuestra, que aquí hé dicho, y dejadme á mí el cargo de poner las anotaciones y acotaciones, que yo os voto á tal de llenaros los márgenes y de gastar cuatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos ahora á la citacion de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy fácil, porque no habeis de hacer otra cosa que buscar un libro que los acote todos, desde la A hasta la Z, como vos decís. Pues ese mismo abecedario pondreis vos en vuestro libro: que puesto que á la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teníades de aprovecharos dellos, no importa nada: y quizá alguno habrá tan simple que crea que de todos os habeis aprovechado en la simple y sencilla historia vuestra. Y cuando no sirva de otra cosa, por lo ménos servirá aquel largo catálogo de autores á dar de improviso autoridad al libro. Y más, que no habrá quien se ponga á averiguar si los seguistes ó no los seguistes, no yéndole nada en ello. Cuanto más que, si bien caigo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos decís que le faltan, porque todo él es una invectiva contra los libros de caballerías, de quien nunca se acordó Aristóteles, ni dijo nada San Basilio: ni alcanzó Ciceron: ni caen debajo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las observaciones de la astrología, ni le son de importancia las medidas

geométricas, ni la confutacion de los argumentos de quien se sirve la retórica: ni tiene para qué predicar á ninguno, mezclando lo humano con lo divino, que es un género de mezcla de quien no se há de vestir ningun cristiano entendimiento. Solo tiene que aprovecharse de la imitacion en lo que fuere escribiendo, que cuanto ella fuere más perfecta, tanto mejor será lo que se escribiere. Y pues esta vuestra escritura no mira á más que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y en el vulgo tienen los libros de caballerías, no hay para qué andeis mendigando sentencias de filósofos, consejos de la divina escritura, fábulas de poetas, oraciones de retóricos, milagros de santos, sino procurar que á la llana, con palabras significantes, honestas y bien colocadas salga vuestra oracion y período sonoro y festivo; pintando, en todo lo que alcanzáredes y fuere posible, vuestra intencion, dando á entender vuestros conceptos, sin intricarlos y escurecerlos. Procurad tambien que leyendo vuestra historia el melancólico se mueva á risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invencion, el grave no la desprecie, ni el prudente deje de alabarla. En efecto, llevad la mira puesta á derribar la máquina mal fundada destos caballerescos libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos más: que si esto alcanzásedes, no habríades alcanzado poco.

Con silencio grande estuve escuchando lo que mi amigo me decia, y de tal manera se imprimieron en mí sus razones, que sin ponerlas en disputa las aprobé por buenas, y de ellas mismas quise hacer este prólogo, en el cual verás, lector suave, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia en hallar en tiempo tan necesitado tal consejero, y el alívio tuyo en hallar tan sincera y tan sin revueltas la historia del famoso D. Quijote de la Mancha, de quien hay opinion por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel que fué el más casto enamorado y el más valiente caballero que de muchos años á esta parte se vió en aquellos contornos. Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte á conocer tan notable y tan honrado caballero; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien á mi parecer te doy cifradas todas las grácias escuderíles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas. Y con esto Dios te dé salud y á mí no olvide. VALE.

AL LIBRO

DE

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

URGANDA LA DESCONOCIDA.

Si de llegarte á los bue-
libro, fueres con letu-[1]
no te dirá el boquirru-
que no pones bien los de-
Mas si el pan no se te cue-
por ir á manos de idio-
verás de manos á bo-
áun no dar una en el cla-
si bien se comen las ma-
por mostrar que son curio-
Y pues la experiencia ense-
que el que á buen árbol se arri-
buena sombra le cobi-
en Bejar tu buena estre-
Un árbol real te ofre-
que da príncipes por fru-
en el cual floreee un du-
que es nuevo Alejandro Ma-
llega á su sombra, que á osa-
favorece la fortu-
De un noble hidalgo manche-
contarás las aventu-
á quien ociosas letu-
trastornaron la cabe-
Damas, armas, caballe-
le provocaron de mo-
que cual Orlando furio-
templado á lo enamora-

1 *Ir con letura* significa ir con *intencion ó propósito.*

alcanzó á fuerza de bra-
á Dulcinea del Tobo-
No indiscretos hierogli-
estampes en el escu-
que, cuando es todo figu-
con ruines puntos se embi-
Si en la direccion te humi-
no dirá mofante algu-
que Don Alvaro de Lu-
que Aníbal el de Carta-
que el Rey Francisco en Espa-
se queja de la fortu-
Pues al cielo no le plu-
que salieses tan ladi-
como el negro Juan Lati-
hablar latines rehu-
No me despuntes de agu-
ni me alegues con filo-
porque torciendo la bo-
dirá el que entiende la le-
no un palmo de las ore-
¿Para qué conmigo flo-
No te metas en dibu-
ni en saber vidas age-
que en lo que no va ni vie-
pasar de largo es cordu-
Que suelen en caperu-
darles á los que grace-
mas tú quémate las ce-
solo en cobrar buena fa-
que el que imprime neceda-
dálas á censo perpe-
Advierte que es desati-
siendo de vidrio el teja-
tomar piedras en la ma-
para tirar al veci-
Deja que el hombre de jui-
en las obras que compo-
se vaya con piés de plo-
que el que saca á luz pape-
para entretener donce-
escribe á tontas y á lo-

ERRATAS.

PÁGINA.	LÍNEA.	DICE.	LÉASE.
11	21	deba	daba.
37	3	casas	cosas.
64	17	medrosa	medrosica.
89	28	pues. Pensar	Pues pensar.
131	1	gasto	gusto.
133	37	ventana	venta.
315	11	al mencantador	mal encantador.
395	16	arrus	á Rus.
413	17	longícuos	longíncuos.
414	16	occidentales	orientales.
520	6	aventuras	venturas.
546	8	venir	avenir.

PRIMERA PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

CAPITULO PRIMERO.

Que trata de la condicion y ejercicio del famoso hidalgo D. Quijote de la Mancha.

En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivia un hidalgo de los de lanza en astillero [1], adarga antigua, rocin flaco y galgo corredor. Una olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos y quebrantos los sábados, [2] lantejas los viernes, algun palomino de añadidura los domingos consumian las tres partes de su hacienda. El resto della concluian sayo de velarte [3], calzas de velludo para las fiestas con sus pantuflos de lo mismo, y los dias de entre semana se honraba con su vellorí [4] de lo mas

1 O lancera, que era un estante en donde los hidalgos ponian las lanzas en el patio ó soportal de sus casas. La adarga era un arma defensiva de forma ovada, como un escudo, y cubierta de piel.

2 Carne acecinada de las reses que entre semana se morian ó desgraciaban: se llamaba esta comida *duelos* y *quebrantos*, lo primero por el sentimiento que causaba á los amos la pérdida de una res, y lo segundo porque para salar los huesos se quebrantaban.

3 Paño fino y estimado. Las *calzas y pantuflos de velludo* eran las medias y borceguies, los zapatos y chinelas de felpa ó terciopelo.

4 Paño entrefino y sin teñir, del color de la lana, pardo y cenicionto.

fino. Tenia en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de campo y plaza, que asi ensillaba el rocin como tomaba la podadera. Frisaba la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años: era de complexion recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. Quieren decir que tenia el sobrenombre de Quijada ó Quesada, aunque por conjeturas verosímiles se deja entender que se llamaba Quijana. Pero esto importa poco á nuestro cuento: basta que en la narracion dél no se salga un punto de la verdad.

Es pues de saber que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaba ocioso (que eran los mas del año) se daba á leer libros de caballerías con tanta aficion y gusto, que olvidó casi de todo punto el ejercicio de la caza, y aun la administracion de su hacienda; y llegó á tanto su curiosidad y desatino en esto, que vendió muchas hanegas de tierra de sembradura para comprar libros de caballerías que leer, y asi llevó á su casa todos cuantos pudo haber dellos: y de todos ningunos le parecian tan bien como los que compuso el famoso Feliciano de Silva; porque la claridad de su prosa y aquellas entrincadas razones suyas le parecian de perlas: y mas cuando llegaba á leer aquellos requiebros y cartas de desafios, donde en muchas partes hallaba escrito: *la razon de la sinrazon que á mi razon se hace, de tal manera mi razon enflaquece, que con razon me quejo de la vuestra fermosura.* Y tambien cuando leia: *los altos cielos que de vuestra divinidad divinamente con las estrellas os fortifican, y os hacen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.* Con estas razones perdia el pobre caballero el juicio, y desvelabase por entenderlas y desentrañarles el sentido, que no se lo sacára ni las entendiera el mismo Aristóteles si resucitára para solo ello. No estaba muy bien con las heridas que don Belianis daba y recibia, porque se imaginaba que por grandes maestros que le hubiesen curado no dejaria de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales. Pero con todo alababa en su autor aquel acabar su libro con la promesa de aquella inacabable aventura, y muchas veces le vino deseo de tomar la pluma, y dalle fin al pie de la letra como alli se promete: y sin duda alguna lo hiciera y aun saliera con ello, si otros mayores y contínuos pensamientos no se lo estorbáran. Tuvo muchas veces competencia con el cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Sigüenza) sobre cuál habia sido mejor caballero, Palmerin de Inglaterra, ó Amadis de Gaula: mas maese Nicolás, barbero del mismo pueblo, decia que ninguno llegaba al caballero del Febo, y que si alguno se le podia comparar era don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condicion para todo. En resolucion, él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los dias de

turbio en turbio: y asi del poco dormir y del mucho leer se le secó el celebro de manera que vino á perder el juicio. Llenósele la fantasia de todo aquello que leia en los libros, asi de encantamentos como de pendencias, batallas, desafios, heridas, requiebros, amores, tormentas y disparates imposibles. Y asentósele de tal modo en la imaginacion que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leia, que para él no habia otra historia mas cierta en el mundo.

En efecto, rematado ya su juicio, vino á dar en el mas extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, y fué que le pareció conveñible y necesario, asi para el aumento de su honra como para el servicio de su república, hacerse caballero andante y irse por todo el mundo con sus armas y caballo á buscar las aventuras, y á ejercitarse en todo aquello que él habia leido que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravio, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama. Imaginábase el pobre yá coronado por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda: y asi con estos tan agradables pensamientos, llevado del extraño gusto que en ellos sentia, se dió priesa á poner en efecto lo que deseaba. Y lo primero que hizo, fué limpiar unas armas que habian sido de sus bisabuelos, que tomadas de orin y llenas de moho, luengos siglos habia que estaban puestas y olvidadas en un rincon. Limpiólas y aderezólas lo mejor que pudo; pero vió que tenian una gran falta, y era que no tenian celada de encaje, sino morrion simple: mas á esto suplió su industria, porque de cartones hizo un modo de media celada, que encajada con el morrion hacia una apariencia de celada entera. Es verdad que para probar si era fuerte y podia estar al riesgo de una cuchillada sacó su espada y le dió dos golpes, y con el primero y en un punto deshizo lo que habia hecho en una semana: y no dejó de parecerle mal la facilidad con que la habia hecho pedazos, y por asegurarse deste peligro la tornó á hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por de dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza, y sin querer hacer nueva experiencia de ella, la diputó y tuvo por celada finísima de encaje. Fué luego á ver á su rocin, y aunque tenia mas cuartos que un real, y mas tachas que el caballo de Gonela, le pareció que ni el Bucéfalo de Alejandro ni Babieca el del Cid con él se igualaban. Cuatro dias se le pasaron en imaginar qué nombre le pondria; porque (segun se decia él á sí mismo) no era razon que caballo de caballero tan famoso, y tan bueno él por sí, estuviese sin nombre conocido, y asi procuraba acomodársele de manera que declarase quién habia sido antes que fuese de caballero andante, y lo que era entonces; pues estaba muy puesto en razon que mudando su señor estado, mudase él tambien el nombre, y le cobrase famoso y de estruendo, como convenia á la nueva órden y

al nuevo ejercicio que ya profesaba: y así, despues de muchos nombres que formó, borró, quitó, añadió, deshizo y tornó á hacer en su memoria é imaginacion, al fin le vino á llamar ROCINANTE, nombre á su parecer alto, sonoro y significativo de lo que habia sido cuando fué rocin, antes de lo que ahora era, que era antes y primero de todos los rocines del mundo. Puesto nombre y tan á su gusto á su caballo, quiso ponérsele á sí mismo, y en este pensamiento duró otros ocho dias, y al cabo se vino á llamar D. QUIJOTE. Pero acordándose que el valeroso Amadis no solo se habia contentado con llamarse Amadis á secas, sino que añadió el nombre de su reino y patria para hacerla famosa, y se llamó Amadis de Gaula, así quiso como buen caballero añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse D. QUIJOTE DE LA MANCHA, con que á su parecer declaraba muy al vivo su linaje y patria, y la honraba con tomar el sobrenombre della. Limpias, pues, sus armas, hecho del morrion celada, puesto nombre á su rocin, y confirmádose á sí mismo, se dió á entender que no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto, y cuerpo sin alma. Decíase él: si yo por malos de mis pecados [5], ó por mi buena suerte me encuentro por ahí con algun gigante, como de ordinario les acontece á los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó finalmente le venzo y le rindo, ¿no será bien tener á quien enviarle presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde y rendida: yo soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, á quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero D. Quijote de la Mancha, el cual me mandó que me presentase ante la v. m. [6] para que la vuestra grandeza disponga de mí á su talante? [7] ¡Oh cómo se holgó nuestro buen caballero cuando hubo hecho este discurso, y mas cuando halló á quien dar nombre de su dama! Y fué, á lo que se cree, que en un lugar cerca del suyo habia una moza labradora de muy buen parecer, de quien él un tiempo anduvo enamorado, aunque segun se entiende, ella jamás lo supo ni se dió cata dello [8]. Llamábase Aldonza Lorenzo, y á esta le pareció ser bien darle título de señora de sus pensamientos: y buscándole nombre que no desdijese mucho del suyo, y que tirase y se encaminase al de princesa y gran señora, vino á llamarla DULCINEA DEL TOBOSO, porque era natural del Toboso: nombre á su parecer músico y peregrino, y significativo como todos los demas que á sí y á sus cosas habia puesto.

5 Por mi desgracia. 6 V. m. que quiere decir *vuestra merced*. Téngase presente para en adelante. 7 A su gusto. 8 Ni se apercibió de ello.

CAPITULO II.

Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso D. Quijote.

Hechas, pues, estas prevenciones, no quiso aguardar mas tiempo á poner en efecto su pensamiento, apretándole á ello la falta que él pensaba que hacia en el mundo su tardanza, segun eran los agravios que pensaba deshacer, tuertos que enderezar, sinrazones que enmendar, abusos que mejorar y deudas que satisfacer. Y así, sin dar parte á persona alguna de su intencion, y sin que nadie le viese, una mañana antes del dia se armó de todas sus armas, subió sobre Rocinante, puesta su mal compuesta celada; embrazó su adarga, tomó su lanza, y por la puerta falsa de un corral salió al campo con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad habia dado principio á su buen deseo. Mas apenas se vió en el campo cuando le asaltó un pensamiento terrible, y tal, que por poco le hiciera dejar la comenzada empresa, y fué que le vino á la memoria que no era armado caballero, y que conforme á la ley de caballeria ni podia ni debia tomar armas con ningun caballero: y puesto que lo fuera, habia de llevar armas blancas como novel caballero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerzo la ganase. Estos pensamientos le hicieron titubear en su propósito; mas pudiendo mas su locura que otra razon alguna, propuso de hacerse armar caballero del primero que topase, á imitacion de otros muchos que así lo hicieron, segun él habia leido en los libros que tal le tenian. En lo de las armas blancas, pensaba limpiarlas de manera en teniendo lugar, que lo fuesen mas que un armiño: y con esto se quietó y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su caballo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerza de las aventuras. Yendo pues caminando nuestro flamante aventurero, iba hablando consigo mismo y diciendo: ¿quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere, no ponga, cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? Apenas habia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habian saludado con dulce y melíflua armonia la venida de la rosada aurora, que dejando la blanda cama del zeloso marido por las puertas y balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba, cuando el famoso caballero D. Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el anti-

guo y conocido campo de Montiel; y añadió diciendo: dichosa edad y siglo dichoso aquel adonde saldrán á luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas para memoria en lo futuro. ¡Ó tú, sabio encantador, quien quiera que seas, á quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia! ruégote que no te olvides de mi buen Rocinante, compañero eterno mio en todos mis caminos y carreras. Luego volvia diciendo, como si verdaderamente fuera enamorado: ¡ó princesa Dulcinea, señora de este cautivo corazon! mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento [1] de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membraros [2] deste vuestro sujeto corazon, que tantas cuitas por vuestro amor padece. Con estos iba ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le habian enseñado, imitando en cuanto podia su lenguaje; y con esto caminaba tan de espacio, y el sol entraba tan apriesa y con tanto ardor, que fuera bastante á derretirle los sesos, si algunos tuviera. Casi todo aquel dia caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo.

Autores hay que dicen, que la primera aventura que le avino fué la del puerto Lápice, otros dicen que la de los molinos de viento; pero lo que yo he podido averiguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los anales de la Mancha, es que él anduvo todo aquel dia, y al anochecer su rocin y él se hallaron cansados y muertos de hambre; y que mirando á todas partes por ver si descubriria algun castillo ó alguna majada de pastores donde recogerse, y adonde pudiese remediar su mucha necesidad, vió no lejos del camino por donde iba una venta, que fué como si viera una estrella que no á los portales, sino á los alcázares de su redencion le encaminaba. Dióse priesa á caminar, y llegó á ella á tiempo que anochecia. Estaban acaso á la puerta dos mujeres mozas, destas que llaman *del partido*, las cuales iban á Sevilla con unos arrieros, que en la venta aquella noche acertaron á hacer jornada: y como á nuestro aventurero todo cuanto pensaba, veia ó imaginaba le parecia ser hecho, y pasar al modo de lo que habia leido, luego que vió la venta, se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuése llegando á la venta (que á él le parecia castillo), y á poco trecho della detuvo las riendas á Rocinante, esperando que algun enano se pusiese entre las almenas á dar señal con alguna trompeta de que llegaba caba-

1 Apremio, violencia. 2 Acordaos.

llero al castillo. Pero como vió que se tardaban, y que Rocinante se daba priesa por llegar á la caballeriza, se llegó á la puerta de la venta, y vió á las dos distraidas mozas que alli estaban, que á él le parecieron dos hermosas doncellas ó dos graciosas damas, que delante de la puerta del castillo se estaban solazando. En esto sucedió acaso que un porquero que andaba recogiendo de unos rastrojos una manada de puercos (que sin perdon asi se llaman), tocó un cuerno, á cuya señal ellos se recogen, y al instante se le representó á D. Quijote lo que deseaba, que era que algun enano hacia señal de su venida; y asi con extraño contento llegó á la venta y á las damas; las cuales, como vieron venir un hombre de aquella suerte armado, y con lanza y adarga, llenas de miedo se iban á entrar en la venta; pero D. Quijote, coligiendo por su huida su miedo, alzándose la visera de papelon, y descubriendo su seco y polvoroso rostro, con gentil talante y voz reposada les dijo: non fuyan las vuestras mercedes, nin teman desaguisado [3] alguno, cá á la órden de caballeria que profeso non toca ni atañe facerle á ninguno, cuanto mas á tan altas doncellas como vuestras presencias demuestran. Mirábanle las mozas, y andaban con los ojos buscándole el rostro que la mala visera le encubria: mas como se oyeron llamar doncellas, no pudieron tener la risa, y fué de manera que D. Quijote vino á correrse, y á decirles: bien parece la mesura [4] en las fermosas, y es mucha sandez ademas la risa que de leve causa procede; pero non vos lo digo porque os acuitedes [5] ni mostredes mal talante, que el mio non es de ál [6] que de serviros. El lenguaje no entendido de las señoras y el mal talle de nuestro caballero acrecentaba en ellas la risa y esta en él el enojo, y pasara muy adelante si á aquel punto no saliera el ventero, hombre que por ser muy gordo era muy pacífico, el cual viendo aquella figura contrahecha, armada de armas tan desiguales, como eran la brida, lanza, adarga y coselete, no estuvo en nada en acompañar á las doncellas en las muestras de su contento. Mas en efecto, temiendo la máquina de tantos pertrechos determinó de hablarle comedidamente, y asi le dijo: si v. m. señor caballero, busca posada, amen [7] del lecho (porque en esta venta no hay ninguno), todo lo demas se hallará en ella en mucha abundancia. Viendo D. Quijote la humildad del alcaide de la fortaleza (que tal le pareció á él el ventero y la venta) respondió: para mí, señor castellano [8], cualquiera cosa basta, porque mis arreos son las armas, mi descanso el pelear, etc. Pensó el huésped que el haberle llamado castellano habia sido por haberle parecido de los sanos de Castilla [9], aunque él era andaluz y de los de la

3 Desacato. 4 El comedimiento. 5 Aflijais, ó angustieis. 6 De otra cosa. 7 Menos el lecho. 8 Alcaide ó defensor del castillo. 9 Sano de Castilla en la Germania significa el ladron disimulado.

playa de Sanlucar, no menos ladron que Caco, ni menos maleante [10] que estudiante ó paje. Y así le respondió: segun eso, las camas de v. m. serán duras peñas, y su dormir siempre velar: y siendo así, bien se puede apear con seguridad de hallar en esta choza ocasion y ocasiones para no dormir en todo un año, cuanto mas en una noche. Y diciendo esto fué á tener del estribo á D. Quijote, el cual se apeó con mucha dificultad y trabajo, como aquel, que en todo aquel dia no se habia desayunado. Dijo luego al huésped que le tuviese mucho cuidado de su caballo, porque era la mejor pieza que comia pan en el mundo. Miróle el ventero, y no le pareció tan bueno como D. Quijote decia, ni aún la mitad: y acomodándole en la caballeriza, volvió á ver lo que su huésped mandaba, al cual estaban desarmando las doncellas (que ya se habian reconciliado con él), las cuales, aunque le habian quitado el peto y el espaldar, jamás supieron ni pudieron desencajarle la gola, ni quitarle la contrahecha celada, que traia atada con unas cintas verdes, y era menester cortarlas, por no poderse quitar los ñudos; mas él no lo quiso consentir en ninguna manera; y asi se quedó toda aquella noche con la celada puesta, que era la mas graciosa y extraña figura que se pudiera pensar: y al desarmarle (como él se imaginaba que aquellas traidas y llevadas que le desarmaban eran algunas principales señoras y damas de aquel castillo) les dijo con mucho donaire:

Nunca fuera caballero
de damas tan bien servido,
como fuera D. Quijote
cuando de su aldea vino;
doncellas curaban dél,
princesas de su rocino,

ó Rocinante, que este es el nombre, señoras mias, de mi caballo, y D. Quijote de la Mancha el mio: que puesto que no quisiera descubrirme fasta que las fazañas fechas en vuestro servicio y pró me descubrieran, la fuerza de acomodar al propósito presente este romance viejo de Lanzarote ha sido causa que sepais mi nombre antes de toda sazon: pero tiempo vendrá en que las vuestras señorias me manden y yo obedezca, y el valor de mi brazo descubra el deseo que tengo de serviros. Las mozas que no estaban hechas á oir semejantes retóricas, no respondian palabra; solo le preguntaron si queria comer alguna cosa. Cualquiera yantaria yo [11], respondió D. Quijote, porque á lo que entiendo me haria mucho al caso. A dicha acertó á ser viernes aquel

10 Burlon. 11 Comeria.

dia, y no habia en toda la venta sino unas raciones de un pescado, que en Castilla llaman abadejo, y en Andalucia bacallao, y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntáronle si por ventura comeria su merced truchuela, que no habia otro pescado que darle á comer. Como haya muchas truchuelas, respondió D. Quijote, podrán servir de una trucha; porque eso se me da que me den ocho reales en sencillos, que una pieza de á ocho. Cuanto mas que podria ser que fuesen estas truchuelas como la ternera, que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero sea lo que fuere, venga luego, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas. Pusiéronle la mesa á la puerta de la venta por el fresco, y trújole el huésped una porcion del mal remojado y peor cocido bacallao, y un pan tan negro y mugriento como sus armas: pero era materia de grande risa verle comer, porque como tenia puesta la celada y alzada la visera, no podia poner nada en la boca con sus manos, si otro no se lo daba y ponia, y así una de aquellas señoras servia deste menester; mas al darle de beber no fué posible, ni lo fuera si el ventero no horadara una caña, y puesto el un cabo en la boca, por el otro le iba echando el vino: y todo esto lo recebia en paciencia á trueco de no romper las cintas de la celada. Estando en esto llegó acaso á la venta un castrador de puercos, y así como llegó, sonó su silbato de cañas cuatro ó cinco veces, con lo cual acabó de confirmar D. Quijote que estaba en algun famoso castillo y que le servian con música, y que el abadejo eran truchas, el pan candial, y las rameras damas, y el ventero castellano del castillo, y con esto daba por bien empleada su determinacion y salida. Pero lo que mas le fatigaba era el no verse armado caballero, por parecerle que no se podria poner legítimamente en aventura alguna sin recebir la órden de caballeria.

CAPITULO III.

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo D. Quijote en armarse caballero.

Y así fatigado deste pensamiento abrevió su venteril y limitada cena, la cual acabada llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza se hincó de rodillas ante él diciéndole: no me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesia me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pró del género humano. El ventero que vió á su huésped á sus pies, y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamás qui-

so, hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedia. No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mio, respondió D. Quijote; y así os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana me habeis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana como tengo dicho se cumplirá lo que tanto deseo, para poder, como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pró de los menesterosos, como está á cargo de la caballeria, y de los caballeros andantes como yo soy, cuyo deseo á semejantes fazañas es inclinado. El ventero, que como está dicho era un poco socarron y ya tenia algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oir semejantes razones, y por tener que reir aquella noche, determinó de seguirle el humor; y así le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba, y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecia y como su gallarda presencia mostraba, y que él ansimismo en los años de su mocedad se habia dado á aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los percheles de Málaga, islas de Riaran, compás de Sevilla, azoguejo de Segovia, la olivera de Valencia, rondilla de Granada, playa de San Lúcar, potro de Córdoba, y las ventillas de Toledo [1], y otras diversas partes donde habia ejercitado la ligereza de sus pies y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando [2] muchas viudas, engañando á algunos pupilos, y finalmente, dándose á conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España; y que á lo último se habia venido á recoger á aquel su castillo, donde vivia con su hacienda y con las agenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes de cualquiera calidad y condicion que fuesen, solo por la mucha aficion que les tenia, y porque partiesen con él de sus haberes en pago de su buen deseo. Díjole tambien que en aquel su castillo no habia capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que en caso de necesidad él sabia que se podian velar donde quiera, y que aquella noche las podria velar en un patio del castillo, que á la mañana, siendo Dios servido, se harian las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero que no pudiese ser más en el mundo. Preguntóle si traia dineros: respondió D. Quijote que no traia blanca, porque él nunca habia leido en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traido. A esto dijo el ventero que se engañaba, que puesto caso que en las historias no se

1 Puntos todos donde se reunia la gente de mal vivir. 2 Requebrando.

escribia, por haberles parecido á los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara, no por eso se habia de creer que no los trujeron; y asi tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes llevaban bien herradas [3] las bolsas por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recebian, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatian y salian heridos, habia quien los curase, si ya no era que tenian algun sábio encantador por amigo, que luego los socorria trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella ó enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas como si mal alguno no hubiesen tenido: mas que en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveidos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse: y cuando sucedia que los tales caballeros no tenian escuderos (que eran pocas y raras veces) ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecian, á las ancas del caballo: porque no siendo por ocasion semejante, esto de llevar alforjas no fué muy admitido entre los caballeros andantes: y por esto le deba por consejo (pues aun se le podia mandar como á su ahijado que tan presto lo habia de ser) que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas, y que veria cuán bien se hallaba con ellas cuando menos se pensase. Prometióle D. Quijote de hacer lo que se le aconsejaba con toda puntualidad; y asi se dió luego órden como velase las armas en un corral grande que aun lado de la venta estaba, y recogiéndolas D. Quijote todas, las puso sobre una pila que junto á un pozo estaba, y embrazando su adarga asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó á pasear delante de la pila, y cuando comenzó el paseo comenzaba á cerrar la noche.

Contó el ventero á todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas, y la armazon de caballeria que esperaba. Admirándose de tan extraño género de locura, fuéronselo á mirar desde lejos, y vieron que con sosegado ademan unas veces se paseaba, otras arrimado á su lanza ponia los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabó de cerrar la noche con tanta claridad de la luna, que podia competir con el que se la prestaba, de manera que cuanto el novel caballero hacia era bien visto de todos. Antojósele en esto á uno de los arrieros que estaban en la venta ir á dar agua á su recua, y fué menester quitar las armas de D. Quijote, que estaban

3 Bien provistas de dinero.

sobre la pila, el cual viéndole llegar, en voz alta le dijo: ó tú quien quiera que seas, atrevido caballero, que llegas á tocar las armas del mas valeroso andante que jamás se ciñó espada, mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento. No se curó [4] el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud), antes trabando de las correas las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por D. Quijote, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento en su señora Dulcinea, dijo: acorredme, señora mia, en esta primera afrenta que á este vuestro avasallado pecho se le ofrece; no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo: y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga alzó la lanza á dos manos, y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan mal trecho, que si segundara con otro no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto recogió sus armas, y tornó á pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí á poco, sin saberse lo que habia pasado (por que aún estaba aturdido el arriero) llegó otro con la misma intencion de dar agua á sus mulos, y llegando á quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar D. Quijote palabra, y sin pedir favor á nadie, soltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza, y sin hacerla pedazos hizo mas de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto D. Quijote, embrazó su adarga, y puesta mano á su espada, dijo: ó señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazon mio, ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza á este tu cautivo caballero, que tamaña aventura está atendiendo [5]. Con esto cobró á su parecer tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo no volviera el pié atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos á llover piedras sobre D. Quijote, el cual lo mejor que podia se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les habia dicho como era loco, y que por loco se libraria aunque los matase á todos. D. Quijote las daba mayores llamándolos de alevosos y traidores, y decia que el señor del castillo era un follon y mal nacido caballero, pues de tal manera consentia que se tratase á los andantes caballeros, y que si él hubiera recebido la órden de caballeria, que él le diera á entender su alevosia; pero de vosotros, soez y baja canalla, no hago caso alguno: tirad, llegad, venid, y ofendedme en cuanto pudiéredes, que vosotros vereis el pago que llevais de vuestra sandez y demasía. Decia esto con

4 No hizo caso. 5 Esperando.

tanto brio y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometian: y así por esto como por las persuasiones del ventero le dejaron de tirar, y él dejó retirar á los heridos, y tornó á la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero. No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra órden de caballeria luego, antes que otra desgracia sucediese: y así llegándose á él se desculpó de la insolencia que aquella gente baja con él habia usado, sin que él supiese cosa alguna; pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole, como ya le habia dicho, que en aquel castillo no habia capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria: que todo el toque de quedar armado caballero, consistia en la pescozada y en el espaldarazo, segun él tenia noticia del ceremonial de la órden, y que aquello en mitad de un campo se podia hacer; y que ya habia cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplia, cuanto mas que él habia estado mas de cuatro. Todo se lo creyó D. Quijote, y dijo que él estaba allí pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; porque si fuese otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, ceteo [6] aquellas que él le mandase, á quien por su respeto dejaria. Advertido y medroso desto el castellano, trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, y con un cabo de vela que le traia un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas se vino adonde D. Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas, y leyendo en su manual como que decia alguna devota oracion, en mitad de la leyenda alzó la mano, y dióle sobre el cuello un gran golpe [7], y tras él con su misma espada un gentil [8] espaldarazo, siempre murmurando entre dientes como que rezaba. Hecho esto, mandó á una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discrecion, porque no fué menester poca para no reventar de risa á cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habian visto del novel caballero les tenia la risa á raya. Al ceñirle la espada dijo la buena señora: Dios haga á v. m. muy venturoso caballero y le dé ventura en lides. D. Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante á quién quedaba obligado por la merced recebida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad, que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendon natural de Toledo, que vivia á las tendillas de Sancho Bienaya, y que donde quiera que ella estuviese le serviria y le tendria por señor. D. Quijote le replicó, que

6 Lo mismo que excepto. 7 La pescozada. 8 Gallardo, brioso.

por su amor le hiciese merced que de alli adelante se pusiese don, y se llamase Doña Tolosa. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera: á la cual tambien rogó D. Quijote que se pusiese don, y se llamase Doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes. Hechas pues de galope y apriesa las hasta alli nunca vistas ceremonias, no vió la hora D. Quijote de verse á caballo, y salir buscando las aventuras; y ensillando luego á Rocinante subió en él, y abrazando á su huésped le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas aunque con mas breves palabras respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir á la buena hora.

CAPITULO IV.

De lo que sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta.

La del alba [1] seria cuando D. Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huésped cerca de las prevenciones tan necesarias que habia de llevar consigo, en especial la de los dineros y camisas, determinó volver á su casa y acomodarse de todo y de un escudero, haciendo cuenta de recebir á un labrador vecino suyo que era pobre y con hijos, pero muy apropósito para el oficio escuderil de la caballeria. Con este pensamiento guió á Rocinante hácia su aldea, el cual casi conociendo la querencia [2], con tanta gana comenzó á caminar, que parecia que no ponia los pies en el suelo. No habia andado mucho cuando le pareció que á su diestra mano de la espesura de un bosque que alli estaba salian unas voces delicadas como de persona que se quejaba; y apenas las hubo oido, cuando dijo: gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo á mi profesion, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos: estas voces sin duda son de algun menesteroso ó menesterosa que ha menester mi favor y ayuda, y volviendo las riendas encaminó á Rocinante hácia donde le pareció que las voces

1 La hora del alba. 2 El lugar donde el animal acude de ordinario á comer y dormir.

salian. Y á pocos pasos que entró por el bosque vió atada una yegua á una encina, y atado en otra un muchacho desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprehension y consejo, porque decia: la lengua queda y los ojos listos. Y el muchacho respondia: no lo haré otra vez, señor mio: por la pasion de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aqui adelante mas cuidado con el hato. Y viendo D. Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo: descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede, subid sobre vuestro caballo, y tomad vuestra lanza (que tambien tenia una lanza arrimada á la encina adonde estaba arrendada [3] la yegua) que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estais haciendo. El labrador que vió sobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió: señor caballero, este muchacho que estoy castigando es un mi criado que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos; el cual es tan descuidado que cada dia me falta una, y porque castigo su descuido ó bellaqueria, dice que lo hago de miserable por no pagalle la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente. ¿Miente delante de mí, ruin villano? dijo D. Quijote: por el sol que nos alumbra que estoy por pasaros de parte á parte con esta lanza: pagalde luego sin mas réplica; si nó, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto: desatalde luego. El labrador bajó la cabeza, y sin responder palabra desató á su criado, al cual preguntó D. Quijote que cuánto le debia su amo. Él dijo que nueve meses á siete reales cada mes. Hizo la cuenta Don Quijote, y halló que montaba sesenta y tres reales, y díjole al labrador que al momento lo desembolsase si no queria morir por ello. Respondió el medroso villano que por el paso en que estaba y juramento que habia hecho (y aún no habia jurado nada) que no eran tantos; porque se le habian de descontar y recebir en cuenta tres pares de zapatos que le habia dado, y un real de dos sangrias que le habian hecho estando enfermo. Bien está todo eso, replicó D. Quijote, pero quédense los zapatos y las sangrias por los azotes que sin culpa le habeis dado, que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagastes, vos le habeis rompido el de su cuerpo; y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habeis sacado: así qué por esta parte no os debe nada. El daño está, señor caballero, en que no tengo aqui dineros: véngase Andres conmigo á mi casa, que yo se los pagaré

3 Atada por la rienda.

un real sobre otro. ¿Irme yo con él, dijo el muchacho, mas? ¡mal año! no señor, ni por pienso, porque en viéndose solo conmigo me desollará como á un san Bartolomé. No hará tal, replicó D. Quijote, basta que yo se lo mande para que me tenga respeto, y con que él me lo jure por la ley de caballeria que ha recebido, le dejaré ir libre y aseguraré la paga. Mire v. m., señor, lo que dice, dijo el muchacho, que este mi amo no es caballero, ni ha recebido órden de caballeria alguna, que es Juan Haldudo el rico, el vecino del Quintanar. Importa poco eso, respondió D. Quijote, que Haldudos puede haber caballeros, cuanto mas que cada uno es hijo de sus obras. Así es verdad, dijo Andres; pero este mi amo ¿de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo? No niego, hermano Andres, respondió el labrador, y hacedme placer de veniros conmigo, que yo juro por todas las órdenes de caballerias que hay en el mundo, de pagaros como tengo dicho un real sobre otro y aún sahumados [4]. Del sahumerio os hago gracia, dijo D. Quijote, dádselos en reales, que con eso me contento; y mirad que lo cumplais como lo habeis jurado: si nó por el mismo juramento os juro de volver á buscaros y á castigaros, y que os tengo de hallar aunque os escondais mas que una lagartija. Y si quereis saber quien os manda esto, para quedar con mas veras obligado á cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso D. Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones; y á Dios quedad, y no se os parta de las mientes [5] lo prometido y jurado, sopena de la pena pronunciada. Y en diciendo esto, picó á su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos. Desta manera deshizo el agravio el valeroso D. Quijote, el cual contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que habia dado felicísimo y alto principio á sus caballerias con gran satisfaccion de sí mismo iba caminando hácia su aldea, diciendo á media voz: bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven sobre la tierra, ó sobre las bellas, bella Dulcinea del Toboso, pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido á toda tu voluntad é talante á un tan valiente y tan nombrado caballero como lo es y será D. Quijote de la Mancha, el cual, como todo el mundo sabe, ayer recebió la órden de caballeria, y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazon y cometió la crueldad: hoy quitó el látigo de la mano á aquel desapiadado enemigo, que tan sin ocasion vapulaba á aquel delicado infante.

En esto llegó á un camino que en cuatro se dividia, y luego se le vino á la imaginacion las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponian á pensar cuál camino de aquellos tomarian; y por imitarlos estuvo un rato quedo, y al cabo de haberlo muy bien pensado, soltó la

4 Esto es, mejorados. 5 No se os olvide.

rienda á Rocinante, dejando á la voluntad del rocin la suya, el cual siguió su primer intento, que fué el irse camino de su caballeriza. Y habiendo andado como dos millas, descubrió D. Quijote un grande tropel de gente, que eran unos mercaderes toledanos que iban á comprar seda á Murcia. Eran seis, y venian con sus quitasoles, con otros cuatro criados á caballo y tres mozos de mulas á pié. Apenas los divisó D. Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura, y por imitar en todo cuanto á él le parecia posible los pasos que habia leido en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer: y así con gentil continente y de nuevo se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen (que ya él por tales los tenia y juzgaba), y cuando llegaron á trecho que se pudieron ver y oir, levantó D. Quijote la voz, y con ademan arrogante dijo: todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella mas hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso. Paráronse los mercaderes al son destas razones, y á ver la extraña figura del que las decia, y por la figura y por ellas luego echaron de ver la locura de su dueño: mas quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesion que se les pedia, y uno de ellos, que era un poco burlon y muy mucho discreto, le dijo: señor caballero, nosotros no conocemos quien es esa buena señora que decís; mostrádnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significais, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrára, replicó D. Quijote, ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habeis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender: donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia; que ahora vengais uno á uno, como pide la órden de caballeria, ora todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aqui os aguardo y espero, confiado en la razon que de mi parte tengo. Señor caballero, replicó el mercader, suplico á v. m. en nombre de todos estos príncipes que aqui estamos, que porque no carguemos nuestras conciencias confesando una cosa por nosotros jamás vista ni oida, y mas siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas del Alcarria y Estremadura, que v. m. sea servido de mostrarnos algun retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y v. m. quedará contento, y pagado. Y aún creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo, y que del otro le mana bermellon y piedra azufre, con todo eso, por complacer á v. m., diremos en su favor todo lo que quisiere. No le mana, canalla

infame, respondió D. Quijote encendido en cólera; no le mana, digo, eso que decis, sino ámbar y algalia entre algodones, y no es tuerta ni corcovada, sino mas derecha que un huso de Guadarrama; pero vosotros pagareis la grande blasfemia que habéis dicho contra tamaña beldad como es la de mi señora. Y en diciendo esto arremetió con la lanza baja contra el que lo habia dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasára mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fué rodando su amo una buena pieza [6] por el campo, y queriéndose levantar, jamás pudo; tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada con el peso de las antiguas armas. Y entre tanto que pugnaba por levantarse y no podia, estaba diciendo: non fuyais, gente cobarde, gente cautiva; atended, que no por culpa mia sino de mi caballo estoy aquí tendido. Un mozo de mulas de los que allí venian, que no debia de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caido tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas. Y llegándose á él, tomó la lanza, y despues de haberla hecho pedazos, con uno dellos comenzó á dar á nuestro D. Quijote tantos palos, que á despecho y pesar de sus armas le molió como cibera. Dábanle voces sus amos que no le diese tanto y que le dejase; pero estaba ya el mozo picado, y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su cólera [7], y acudiendo por los demas trozos de la lanza, los acabó de deshacer sobre el miserable caido, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él llovia, no cerraba la boca, amenazando al cielo y á la tierra y á los malandrines, que tal le parecian. Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando que contar en todo él del pobre apaleado, el cual despues que se vió solo, tornó á probar si podia levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando sano y bueno, ¿cómo lo haria molido y casi deshecho? Y aún se tenia por dichoso, pareciéndole que aquella era desgracia propia de caballeros andantes, y toda la atribuia á la falta de su caballo.

Viendo, pues, que en efecto no podia menearse, acordó de acogerse á su ordinario remedio, que era pensar en algun paso de sus libros, y trújole su locura á la memoria aquel de Valdovinos y del marqués de Mantua cuando Carloto le dejó herido en la montiña, repitiendo con debilitado aliento lo mismo que dicen decia el herido caballero del bosque:

¿Dónde estás, señora mia,
que no te duele mi mal?

6 Un buen espacio. 7 Hasta desfogar toda su cólera.

ó no lo sabes, señora,
ó eres falsa y desleal.

Y desta manera fué prosiguiendo el romance hasta aquellos versos que dicen:

Oh noble marqués de Mantua,
mi tio y señor carnal.

Y quiso la suerte que cuando llegó á este verso acertó á pasar por allí un labrador de su mismo lugar y vecino suyo, que venia de llevar una carga de trigo al molino; el cual viendo aquel hombre allí tendido, se llegó á él, y le preguntó que quién era, y qué mal sentia que tan tristemente se quejaba. D. Quijote creyó sin duda que aquel era el marqués de Mantua su tió, y así no le respondió otra cosa sino fué proseguir en su romance, donde le daba cuenta de su desgracia y de los amores del hijo del emperante con su esposa, todo de la misma manera que el romance lo canta. El labrador estaba admirado oyendo aquellos disparates, y quitándole la visera, que ya estaba hecha pedazos de los palos, le limpió el rostro, que lo tenia lleno de polvo: y apenas le hubo limpiado cuando le conoció y le dijo: señor Quijada (que asi se debia de llamar cuando él tenia juicio y no habia pasado de hidalgo sosegado á caballero andante), ¿quién ha puesto á v. m. desta suerte? Pero él seguia con su romance á cuanto le preguntaba. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto y espaldar para ver si tenia alguna herida; pero no vió sangre ni señal alguna. Procuró levantarle del suelo, y no con poco trabajo le subió sobre su jumento, por parecerle caballeria mas sosegada. Recogió las armas, hasta las astillas de la lanza, y liólas sobre Rocinante, al cual tomó de la rienda y del cabestro al asno, y se encaminó hácia su pueblo, bien pensativo de oir los disparates que Don Quijote decia; y no menos iba D. Quijote, que de puro molido y quebrantado no se podia tener sobre el borrico, y de cuando en cuando daba unos suspiros que los ponia en el cielo, de modo que de nuevo obligó á que el labrador le preguntase qué mal sentia; y no parece sino que el diablo le traia á la memoria los cuentos acomodados á sus sucesos, porque en aquel punto, olvidándose de Valdovinos, se acordó del moro Abindarraez, cuando el alcaide de Antequera Rodrigo de Narvaez le prendió y llevó preso á su alcaidia, aprovechándose desa historia tan de propósito, que el labrador se iba dando al diablo de oir tanta máquina de necedades: por donde conoció que su vecino estaba loco, y dábase priesa á llegar al pueblo, por escusar el enfado que D. Quijote le causaba con su larga arenga; al cabo de la cual dijo: sepa v. m., señor D. Rodrigo de Narvaez, que esta hermosa Jarifa que he dicho, es ahora

la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los mas famosos hechos de caballerías que se han visto, vean y verán en el mundo. A esto respondió el labrador: mire v. m., señor, ¡pecador de mí! que yo no soy D. Rodrigo de Narvaez ni el marqués de Mantua, sino Pedro Alonso su vecino, ni v. m. es Valdovinos ni Abindarraez, sino el honrado hidalgo del señor Quijada. Yo sé quien soy, respondió Don Quijote, y sé que puedo ser, no solo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia y aún todos los nueve de la fama [8], pues á todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventajarán las mias. En estas pláticas y en otras semejantes llegaron al lugar á la hora que anochecia; pero el labrador aguardó á que fuese algo mas noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero [9].

Llegada, pues, la hora que le pareció, entró en el pueblo y en casa de D. Quijote, la cual halló toda alborotada, y estaban en ella el cura y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de D. Quijote, á quienes estaba diciendo su ama á voces: ¿qué le parece á v. m., señor licenciado Pero Perez (que asi se llamaba el cura) de la desgracia de mi señor? Seis dias há que no parecen él ni el rocin, ni la adarga, ni la lanza, ni las armas. ¡Desventurada de mí! que me doy á entender, y asi es ello la verdad como nací para morir, que estos malditos libros de caballerías que él tiene y suele leer tan de ordinario, le han vuelto el juicio; que ahora me acuerdo haberle oido decir muchas veces hablando entre sí, que queria hacerse caballero andante é irse á buscar las aventuras por esos mundos. Encomendados sean á Satanás y á Barrabás tales libros, que asi han echado á perder el mas delicado entendimiento que habia en toda la Mancha. La sobrina decia lo mismo, y aún decia mas: sepa, señor maese Nicolás (que este era el nombre del barbero), que muchas veces le aconteció á mi señor tio estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos dias con sus noches, al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos, y ponia mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las paredes, y cuando estaba muy cansado, decia que habia muerto á cuatro gigantes como cuatro torres, y el sudor que sudaba del cansancio decia que era sangre de las feridas que habia recebido en la batalla, y bebíase luego un gran jarro de agua fria, y quedaba sano y sosegado diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le habia traido el sabio Esquife [10], un grande encantador y amigo suyo. Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé á v. ms. de los disparates de mi señor tio, para que lo remediaran antes de llegar á lo

8 Josué, David y Judas Macabeo; Héctor, Alejandro Magno y Julio César; Carlo Magno. Artus y Godofredo de Bullon. 9 Es aqui lo mismo que ginete. 10 Su verdadero nombre es Alquife.

que ha llegado, y quemáran todos esos descomulgados libros, que bien merecen ser abrasados como si fuesen de hereges. Esto digo yo tambien, dijo el cura, y á fé que no se pase el dia de mañana sin que dellos se haga auto público, y sean condenados al fuego, porque no den ocasion á quien los leyere de hacer lo que mi buen amigo debe de haber hecho. Todo esto estaban oyendo el labrador y D. Quijote, con lo que acabó de entender el labrador la enfermedad de su vecino, y asi comenzó á decir á voces: abran v. ms. al señor Valdovinos y al señor marqués de Mantua, que viene malferido, y al señor moro Abindarraez, á quien trae cautivo el valeroso Rodrigo de Narvaez, alcaide de Antequera. A estas voces salieron todos, y como conocieron los unos á su amigo, las otras á su amo y tio, que aún no se habia apeado del jumento porque no podia, corrieron á abrazarle. Él dijo: ténganse todos, que vengo mal ferido por la culpa de mi caballo: llévenme á mi lecho, y llámese si fuere posible á la sabia Urganda que cate y cure mis feridas. Mira en hora mala, dijo á este punto el ama, si me decia á mí bien mi corazon del pié que cojeaba mi señor. Suba v. m. en buen hora, que sin que venga esa Urgada le sabremos aqui curar. Malditos, digo, sean otra vez y otras ciento estos libros de caballerias que tal han parado á v. m. Lleváronle luego á la cama, y catándole [11] las feridas, no le hallaron ninguna, y él dijo que todo era molimiento por haber dado una gran caida con Rocinante su caballo, combatiéndose con diez jayanes [12], los mas desaforados y atrevidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. Ta, ta, dijo el cura: ¿jayanes hay en la danza? Para mi santiguada [13] que yo los queme mañana antes que llegue la noche. Hiciéronle á D. Quijote mil preguntas, y á ninguna quiso responder otra cosa sino que le diesen de comer y le dejasen dormir, que era lo que mas le importaba. Hízose así, y el cura se informó muy á la larga del labrador del modo como habia hallado á D. Quijote. Él se lo contó todo con los disparates que al hallarle y al traerle habia dicho, que fué poner mas deseo en el licenciado de hacer lo que otro dia hizo, que fué llamar á su amigo el barbero maese Nicolás, con el cual se vino á casa de D. Quijote.

CAPITULO V.

Del donoso y grande escrutinio que el cura y el barbero hicieron en la libreria de nuestro ingenioso hidalgo.

El cual aún dormia. Pidió á la sobrina las llaves del aposento donde estaban los libros autores del daño, y ella se las dió de muy bue-

11 Registrándoselas. 12 Nombre que se dá á los gigantes en los libros de caballeria.
13 A fé mia, por quién soy.

na gana; entraron dentro todos y el ama con ellos, y hallaron mas de cien cuerpos de libros grandes muy bien encuadernados y otros pequeños; y así como el ama los vió, volvióse á salir del aposento con gran priesa, y tornó luego con una escudilla de agua bendita y un hisopo, y dijo: tome v. m., señor licenciado, rocie este aposento, no esté aqui algun encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten en pena de la que les queremos dar, echándolos del mundo. Causó risa al licenciado la simplicidad del ama, y mandó al barbero que le fuese dando de aquellos libros uno á uno para ver de qué trataban, pues podia ser hallar algunos que no mereciesen castigo de fuego. No, dijo la sobrina, no hay para qué perdonar á ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hacer un rimero dellos y pegarlos fuego, y si no llevarlos al corral, y allí se hará la hoguera y no ofenderá el humo. Lo mismo dijo el ama: tal era la gana que las dos tenian de la muerte de aquellos inocentes; mas el cura no vino en ello sin primero leer siquiera los títulos. Y el primero que maese Nicolás le dió en las manos, fué los cuatro de *Amadís de Gáula*, y dijo el cura: parece cosa de misterio esta, porque, segun he oido decir, este libro fué el primero de caballerias que se imprimió en España, y todos los demás han tomado principio y orígen deste, y así me parece que como á dogmatizador de una seta [1] tan mala le debemos sin escusa alguna condenar al fuego. No señor, dijo el barbero, que tambien he oido decir que es el mejor de todos los libros que de este género se han compuesto, y así como á único en su arte se debe perdonar. Así es verdad, dijo el cura, y por esa razon se le otorga la vida por ahora. Veamos esotro que está junto á él. Es, dijo el barbero, *Las Ergas de Esplandian* [2], hijo legítimo de Amadís de Gáula. Pues en verdad, dijo el cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: tomad, señora ama, abrid esa ventana y echalde al corral, y dé principio al monton de la hoguera que se ha de hacer. Hízolo así el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fué volando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaba. Adelante, dijo el cura. Este que viene, dijo el barbero, es *Amadís de Grecia*, y aún todos los deste lado, á lo que creo, son del mismo linaje de Amadís. Pues vayan todos al corral, dijo el cura, que á trueco de quemar á la reina Pintiquiniestra y al pastor Darinel, y á sus églogas y á las endiabladas y revueltas razones de su autor, quemára con ellos al padre que me engendró, si anduviera en figura de caballero andante. De ese parecer soy yo, dijo el barbero; y aún yo, añadió la sobrina. Pues así es, dijo el ama, vengan y al corral con ellos. Diéronselos, que eran

1 Secta. 2 Las proezas de Esplandian.

muchos, y ella ahorró la escalera, y dió con ellos por la ventana abajo ¿Quién es ese tonel? dijo el cura. Este es, respondió el barbero, *Don Olivante de Láura*. El autor dese libro, dijo el cura, fué el mismo que compuso á *Jardin de flores*, y en verdad que no sepa determinar cuál de los dos libros es mas verdadero, ó por decir mejor, menos mentiroso: solo sé decir que este irá al corral por disparatado y arrogante. Este que se sigue es *Florismarte de Hircania*, dijo el barbero. ¿Ahí está el señor Florismarte? replicó el cura; pues á fé que ha de parar presto en el corral á pesar de su extraño nacimiento y soñadas aventuras, que no da lugar á otra cosa la dureza y sequedad de su estilo: al corral con él y con esotro, señora ama. Que me place, señor mio, respondia ella, y con mucha alegria ejecutaba lo que le era mandado. Este es *El Caballero Platir*, dijo el barbero. Antiguo libro es ese, dijo el cura, y no hallo en él cosa que merezca venia; acompañe á los demás sin réplica, y así fué hecho. Abrióse otro libro, y vieron que tenia por título *El Caballero de la Cruz*. Por nombre tan santo como este libro tiene, se podia perdonar su ignorancia; mas tambien se suele decir tras la cruz está el diablo: vaya al fuego. Tomando el barbero otro libro dijo: este es *Espejo de caballerias*. Ya conozco á su merced, dijo el cura: ahí anda el señor Reinaldos de Montalvan con sus amigos y compañeros, más ladrones que Caco, y los doce Pares con el verdadero historiador Turpin, y en verdad que estoy por condenarlos no mas que á destierro perpétuo, siquiera porque tienen parte de la invencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien tejió su tela el cristiano poeta Ludovico Ariosto, al cual si aquí le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardaré respeto alguno; pero si habla en su idioma le pondré sobre mi cabeza [3]. Pues yo le tengo en italiano, dijo el barbero, mas no le entiendo. Ni aún fuera bien que vos le entendiérades, respondió el cura, y aquí le perdonáramos al señor capitan que no le hubiera traido á España y hecho castellano; que le quitó mucho de su natural valor, y lo mismo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua, que por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efecto, que este libro y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen y depositen en un pozo seco hasta que con mas acuerdo se vea lo que se ha de hacer dellos, excetuando á un *Bernardo del Carpio* que anda por ahí, y á otro llamado *Roncesvalles*, que estos en llegando á mis manos han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego sin remision alguna. Todo lo confirmó el barbero, y lo tuvo por bien y por cosa muy acertada, por

3 Tener una cosa en grande aprecio y respeto.

entender que era el cura tan buen cristiano, y tan amigo de la verdad, que no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro vió que era *Palmerin de Oliva*, y junto á él estaba otro que se llamaba *Palmerin de Ingalaterra*, lo cual visto por el licenciado, dijo: esa Oliva se haga luego rajas y se queme, que aún no queden della las cenizas; y esa palma de Ingalaterra se guarde y se conserve como á cosa única, y se haga para ella otra caja como la que halló Alejandro en los despojos de Darío, que la diputó [4] para guardar en ella las obras del poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas; la una porque él por sí es muy bueno, y la otra porque es fama que le compuso un discreto rey de Portugal. Todas las aventuras del castillo de Miraguarda son bonísimas y de grande artificio, las razones cortesanas y claras, que guardan y miran el decoro del que habla con mucha propiedad y entendimiento [5]. Digo, pues, salvo vuestro buen parecer, señor Maese Nicolás, que este y Amadís de Gáula queden libres del fuego, y todos los demás, sin hacer mas cala y cata, perezcan. No, señor compadre, replicó el barbero, que este que aquí tengo es el afamado *Don Belianís*. Pues ese, replicó el cura, con la segunda, tercera y cuarta parte tienen necesidad de un poco de ruibarbo para purgar la demasiada cólera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la fama, y otras impertinencias de mas importancia, para lo cual se les da término ultramarino, y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia ó de justicia; y en tanto tenedlos vos, compadre, en vuestra casa, más no los dejeis leer á ninguno. Que me place, respondió el barbero, y sin querer cansarse mas en leer libros de caballerias, mandó al ama que tomase todos los grandes y diese con ellos en el corral. No se dijo á tonta ni á sorda, sino á quien tenia mas gana de quemallos que de echar una tela por grande y delgada que fuera, y asiendo casi ocho de una vez, los arrojó por la ventana.

Estando en esto, comenzó á dar voces D. Quijote diciendo: aquí, aquí, valerosos caballeros, aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo. Por acudir á este ruido y estruendo, no se pasó adelante con el escrutinio de los demas libros que quedaban. Cuando llegaron á D. Quijote, ya él estaba levantado de la cama, y proseguia en sus voces y en sus desatinos, dando cuchilladas y reveses á todas partes, estando tan despierto como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él, y por fuerza le volvieron al lecho, y despues que hubo sosegado un poco, volviéndose á hablar con el cura le dijo: por cierto, señor arzobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares, dejar tan sin mas ni mas

4 Destinó. 5 Sin hacer mas exámen de ellos.

llevar la vitoria deste torneo á los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres dias antecedentes. Calle v. m., señor compadre, dijo el cura, que Dios será servido que la suerte se mude, y que lo que hoy se pierde, se gane mañana; y atienda v. m. á su salud por ahora, que me parece que debe de estar demasiadamente cansado, si ya no es que está malferido. Ferido no, dijo D. Quijote; pero molido y quebrantado, no hay duda en ello, porque aquel bastardo de D. Roldan me ha molido á palos con el tronco de una encina, y todo de envidia, porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías, mas no me llamaria yo Reinaldos de Montalban, si en levantándome deste lecho, no me lo pagáre á pesar de todos sus encantamentos: y por ahora tráiganme de yantar, que sé que es lo que mas me hará al caso, y quédese lo del vengarme á mi cargo. Hiciéronlo así; diéronle de comer, y quedóse otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros habia en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder que merecian guardarse en perpétuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutiñador, y así se cumplió en ellos el refran de que pagan á las veces justos por pecadores.

CAPITULO VI.

De la segunda salida de nuestro buen caballero D. Quijote de la Mancha.

Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entonces para el mal de su amigo, fué que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase no los hallase, y que dijesen que un encantador se los habia llevado y el aposento y todo; y así fue hecho con mucha presteza. De allí á dos dias se levantó D. Quijote, y lo primero que hizo, fué ir á ver sus libros, y como no hallaba el aposento donde le habia dejado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solia tener la puerta y tentábala con las manos, y volvia y revolvia los ojos por todo sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza preguntó á su ama que hácia qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que habia de responder, le dijo: ¿qué aposento ó qué nada busca v. m.? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo. No era diablo, replicó la sobrina, sino un encantador que vino sobre una nube la noche despues del dia que v. m. de aquí se partió, y apeándose de una sierpe en que venia caballero, entró en el aposento y no sé lo que hizo dentro, que á cabo de poca pieza salió volando por el tejado y dejó la casa llena de humo; y cuando acordamos

á mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni aposento alguno, solo se nos acuerda muy bien á mí y al ama, que al tiempo de partirse aquel mal viejo dijo en altas voces, que por enemistad secreta que tenia al dueño de aquellos libros y aposento dejaba hecho el daño en aquella casa que despues se veria: dijo tambien que se llamaba el sabio Muñaton. Freston diria, dijo D. Quijote. No sé, respondió el ama, si se llamaba Freston ó Friton, solo se que acabó en ton su nombre. Así es, dijo D. Quijote, que ese es un sabio encantador, grande enemigo mio, que me tiene ojeriza porque sabe por sus artes y letras, que tengo de venir, andando los tiempos, á pelear en singular batalla con un caballero á quien él favorece, y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede: y mándole yo que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado. ¿Quién duda de eso? dijo la sobrina: ¿pero quién le mete á v. m., señor tio, en esas pendencias? ¿no será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo á buscar pan de trastrigo, [1] sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados? ¡Oh sobrina mia! respondió D. Quijote, y cuan mal que estás en la cuenta: primero que á mí me tresquilen, tendré peladas y quitadas las barbas á cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello. No quisieron las dos replicarle más, porque vieron que se le encendia la cólera. Es pues el caso, que él estuvo quince dias en casa muy sosegado sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos; en los cuales dias pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el cura y el barbero, sobre que él decia que la cosa de que mas necesidad tenia el mundo, era de caballeros andantes, y de que en él se resucitase la caballeria andantesca. El cura algunas veces le contradecia, y otras concedia, porque si no guardaba este artificio, no habia poder averiguarse con él.

En este tiempo solicitó D. Quijote á un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera [2]. En resolucion, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas D. Quijote, que se dispusiese á ir con él de buena gana, porque tal vez le podia suceder aventura que ganase en quítame allá esas pajas alguna ínsula, y le dejase á él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales Sancho Panza (que asi se llamaba el labrador) dejó su mujer é hijos, y asentó por escudero de su vecino. Dió luego D. Quijote órden en buscar dine-

1 Pan de flor; y metafóricamente hablando, es empeñarse en satisfacer caprichos, ó antojos. 2 De poco seso, de poco talento.

ros; y vendiendo una cosa y empeñando otra, y malbaratándolas todas, llegó una razonable cantidad. Acomodóse asimismo de una rodela [3] que pidió prestada á un su amigo, y pertrechando su rota celada [4] lo mejor que pudo, avisó á su escudero Sancho del dia y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que mas le era menester; sobre todo le encargó que llevase alforjas. Él dijo que sí llevaria, y que ansimismo pensaba llevar un asno que tenia muy bueno, porque él no estaba duecho [5] á andar mucho á pié. En lo del asno reparó un poco D. Quijote, imaginando si se le acordaba si algun caballero andante habia traido escudero caballero asnalmente; pero nunca le vino alguno á la memoria: mas con todo eso determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de mas honrada caballeria en habiendo ocasion para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demas cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le habia dado. Todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni D. Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese; en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarian aunque los buscasen. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le habia prometido. Acertó D. Quijote á tomar la misma derrota y camino que habia tomado en su primer viaje, que fué por el Campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana y herirles á soslayo los rayos del sol, no les fatigaban. Dijo en esto Sancho Panza á su amo: mire v. m., señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea. A lo cual le respondió D. Quijote: has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antíguos hacer gobernadores á sus escuderos de las ínsulas ó reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza, antes pienso aventajarme en ella, porque ellos algunas veces, y quizá las mas, esperaban á que sus escuderos fuesen viejos, y ya despues de hartos de servir y de llevar malos dias y peores noches, les daban algun título de conde, ó por lo menos de marqués de algun valle ó provincia de poco mas ó menos; pero si tú vives y yo vivo, bien podria ser que antes de seis dias ganase yo tal reino, que tuviese otros á él adherentes que viniesen de molde para coronarte por rey de

3 Escudo redondo. 4 Pieza de armadura antigua que servia para cubrir y defender la cabeza. 5 Ducho, enseñado, diestro.

uno dellos. Y no lo tengas á mucho, que cosas y casos acontecen á los tales caballeros por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podria dar aún mas de lo que te prometo. Desa manera, respondió Sancho Panza, si yo fuese rey por algun milagro de los que v. m. dice, por lo menos Juana Gutierrez mi oíslo [6] vendria á ser reina y mis hijos infantes. ¿Pues quién lo duda? respondió D. Quijote. Yo lo dudo, replicó Sancho Panza, porque tengo para mí, que aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaria bien sobre la cabeza de Mari Gutierrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aún Dios y ayuda. Encomiéndalo tú á Dios, Sancho, respondió D. Quijote, que él le dará lo que mas le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto que te vengas á contentar con menos que con ser adelantado [7]. No haré, señor mio, respondió Sancho, y mas teniendo tan principal amo en v. m., que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.

CAPITULO VII.

Del buen suceso que el valeroso D. Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento; del encuentro con dos frailes de San Benito, y de la estupenda batalla que con el gallardo vizcaino tuvo.

En esto descubrieron treinta ó cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y así como D. Quijote los vió, dijo á su escudero: la ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos á desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta ó pocos mas desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla y quitarles á todos las vidas, con cuyos despojos comenzarémos á enriquecer: que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. ¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza. Aquellos que allí ves, respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire v. m., respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió D. Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras: ellos son gigantes, y si tienes miedo quítate de ahí y ponte en oracion en el espacio que yo voy á entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y diciendo esto, dió de espuelas á su caballo Rocinante, sin atender á las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de

6 Mi mujer. 7 Gobernador de provincia.

viento y no gigantes aquellos que iba á acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oia las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas: non fuyádes, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron á moverse, lo cual visto por D. Quijote, dijo: pues aunque movais mas brazos que los del gigante Briaréo, me lo habeis de pagar. Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazon á su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre [1], arremetió á todo el galope de Rocinante, y embistió con el primero molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy mal trecho [2] por el campo. Acudió Sancho Panza á socorrerle á todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podia menear, tal fué el golpe que dió con él Rocinante. ¡Válame Dios! dijo Sancho, ¿no le dije á v. m. que mirase bien lo que hacia, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondió D. Quijote, que las cosas de la guerra mas que otras estan sujetas á contínua mudanza: cuanto mas que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Freston que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; mas al cabo al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza, y ayudándole á levantar, tornó á subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba.

Y hablando de la pasada aventura, siguieron el camino del puerto Lápice, porque allí decia D. Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero; sino que iba muy pesaroso por haberle faltado la lanza, y diciéndoselo á su escudero, le dijo: yo me acuerdo haber leido que un caballero español llamado Diego Perez de Vargas, habiéndosele en una batalla roto la espada, desgajó de una encina un pesado ramo, y con él hizo tales cosas aquel dia, y machacó tantos moros, que le quedó por sobrenombre Machuca, y así él como sus descendientes se llamaron desde aquel dia en adelante Vargas y Machuca. Héte dicho esto, porque de la primera encina ó roble que se me depare, pienso desgajar otro ramo tal y tan bueno como aquel, que me imagino y pienso hacer con él tales hazañas, que tú te tengas por bien afortunado de haber merecido venir á verlas,

1 Hierro que se introduce en el peto á la parte derecha. 2 Mal parado, ó mal tratado.

y á ser testigo de cosas que apenas podrán ser creidas. A la mano de Dios, dijo Sancho, yo lo creo todo así como v. m. lo dice; pero enderécese un poco, que parece que va de medio lado, y debe ser del molimiento de la caida. Así es la verdad, respondió D. Quijote; y si no me quejo del dolor, es porque no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella. Si eso es así, no tengo yo que replicar, respondió Sancho; pero sabe Dios si yo me holgára que v. m. se quejára cuando alguna cosa le doliera. De mí sé decir que me he de quejar del mas pequeño dolor que tenga, si ya no se entiende tambien con los escuderos de los caballeros andantes eso del no quejarse. No se dejó de reir D. Quijote de la simplicidad de su escudero, y así le declaró que podia muy bien quejarse como y cuando quisiese, sin gana ó con ella, que hasta entonces no habia leido cosa en contrario en la órden de caballeria. Díjole Sancho que mirase que era hora de comer. Respondióle su amo que por entonces no le hacia menester, que comiese él cuando se le antojase. Con esta licencia se acomodó Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas habia puesto, iba caminando y comiendo detrás de su amo muy de espacio, y de cuando en cuando empinaba la bota con tanto gusto, que le pudiera envidiar el mas regalado bodegonero de Málaga. Y en tanto que él iba de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaba de ninguna promesa que su amo le hudiese hecho, ni tenia por ningun trabajo sino por mucho descanso andar buscando las aventuras por peligrosas que fuesen. En resolucion, aquella noche la pasaron entre unos árboles, y de uno dellos desgajó D. Quijote un ramo seco, que casi le podia servir de lanza, y puso en él el hierro que quitó de la que se le habia quebrado. Toda aquella noche no durmió D. Quijote pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse á lo que habia leido en sus libros cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la pasó así Sancho Panza, que como tenia el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de un sueño se la llevó toda, y no fueran parte para despertarle, si su amo no le llamára, los rayos del sol que le daban en el rostro, ni el canto de las aves que muchas y muy regocijadamente la venida del nuevo dia saludaban. Al levantarse dió un tiento á la bota, y hallóla algo mas flaca que la noche antes, y afligióse le el corazon por parecerle que no llevaban camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse D. Quijote, porque, como está dicho, dió en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron á su comenzado camino del puerto Lápice, y á obra de las tres del dia le descubrieron. Aquí, dijo en viéndole D. Quijote, podemos, hermano Sancho Panza, meter las manos hasta los codos en esto que

llaman aventuras; mas advierte que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano á tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden es canalla y gente baja, que en tal caso bien puedes ayudarme; pero si fueren caballeros, en ninguna manera te es lícito ni concedido por las leyes de caballeria que me ayudes, hasta que seas armado caballero. Por cierto, señor, respondió Sancho, que v. m. será muy bien obedecido en esto, y mas que yo de mí me soy pacífico y enemigo de meterme en ruidos ni pendencias; bien es verdad que en lo que tocare á defender mi persona, no tendré mucha cuenta con esas leyes, pues las divinas y humanas permiten que cada uno se defienda de quien quisiere agraviarle. No digo yo menos, respondió D. Quijote; pero en esto de ayudarme contra caballeros has de tener á raya tus naturales ímpetus. Digo que así lo haré, respondió Sancho, y que guardaré ese preceto tan bien como el dia del domingo.

Estando en estas razones, asomaron por el camino dos frailes de la órden de San Benito, caballeros sobre dos dromedarios, que no eran mas pequeñas dos mulas en que venian. Traian sus antojos [3] de camino y sus quitasoles. Detrás dellos venia un coche con cuatro ó cinco de á caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas á pié. Venia en el coche, como despues se supo, una señora vizcaina que iba á Sevilla, donde estaba su marido, que pasaba á las Indias con un muy honroso cargo. No venian los frailes con ella, aunque iban el mismo camino; mas apenas los divisó D. Quijote cuando dijo á su escudero: ó yo me engaño, ó esta ha de ser la mas famosa aventura que se haya visto, porque aquellos bultos negros que allí parecen deben de ser y son sin duda algunos encantadores, que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche, y es menester deshacer este tuerto á todo mi poderío. Peor será esto que los molinos de viento, dijo Sancho: mire, señor, que aquellos son frailes de San Benito, y el coche debe de ser de alguna gente pasajera: mire que digo que mire bien lo que hace, no sea el diablo que le engañe. Ya te he dicho, Sancho, respondió D. Quijote, que sabes poco de achaque de aventuras: lo que yo digo es verdad, y ahora lo verás. Y diciendo esto, se adelantó y se puso en la mitad del camino por donde los frailes venian, y en llegando tan cerca que á él le pareció que le podian oir lo que dijese, en alta voz dijo: gente endiablada y descomunal, dejad luego al punto las altas princesas que en ese coche llevais forzadas: si nó, aparejaos á recebir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras. Tuvieron los frailes las riendas, y quedaron admirados, así de la figura de D. Quijote como de sus razones, á las cuales respondieron: señor caballero, nosotros no somos

3 Anteojos.

endiablados ni descomunales, sino dos religiosos de San Benito que vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen ó no ningunas forzadas princesas. Para conmigo no hay palabras blandas, que ya yo os conozco, fementida canalla, dijo D. Quijote: y sin esperar mas respuesta picó á Rocinante, y la lanza baja arremetió contra el primero fraile con tanta furia y denuedo, que si el fraile no se dejara caer de la mula, él le hiciera venir al suelo mal de su grado, y aún mal ferido si no cayera muerto. El segundo religioso, que vió del modo que trataban á su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y comenzó á correr por aquella campaña mas ligero que el mismo viento. Sancho Panza, que vió en el suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno, arremetió á él, y le comenzó á quitar los hábitos. Llegaron en esto dos mozos de los frailes, y preguntáronle que por qué le desnudaba. Respondióles Sancho que aquello le tocaba á él legítimamente, como despojos de la batalla que su señor D. Quijote habia ganado. Los mozos, que no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos ni batallas, viendo que ya D. Quijote estaba desviado de allí, hablando con las que en el coche venian, arremetieron con Sancho, y dieron con él en el suelo, y sin dejarle pelo en las barbas, le molieron á coces y le dejaron tendido en el suelo, sin aliento ni sentido; y sin detenerse un punto tornó á subir el fraile todo temeroso y acobardado y sin color en el rostro; y cuando se vió á caballo picó tras su compañero, que un buen espacio de allí le estaba aguardando y esperando en qué paraba aquel sobresalto, y sin querer aguardar el fin de todo aquel comenzado suceso, siguieron su camino, haciéndose mas cruces que si leváran el diablo á las espaldas. D. Quijote estaba, como se ha dicho, hablando con la señora del coche, diciéndole: la vuestra fermosura, señora mia, puede facer de su persona lo que mas le viniere en talante, porque ya la soberbia de vuestros robadores yace por el suelo derribada por este mi fuerte brazo. Y porque no peneis por saber el nombre de vuestro libertador, sabed que yo me llamo D. Quijote de la Mancha, caballero andante, y cautivo de la sin par hermosa doña Dulcinea del Toboso: y en pago del beneficio que de mí habeis recebido, no quiero otra cosa sino que volvais al Toboso, y que de mi parte os presenteis ante esta señora y le digais lo que por vuestra libertad he fecho. Todo esto que D. Quijote decia escuchaba un escudero de los que el coche acompañaban, que era vizcaino: el cual, viendo que no queria dejar pasar el coche adelante, sino que decia que luego habia de dar la vuelta al Toboso, se fué para D. Quijote, y asiéndole de la lanza le dijo en mala lengua castellana y peor vizcaina desta manera: anda, caballero, que mal andes; por el Dios que crióme, que si no dejas coche, así te matas como estás ahí vizcaino. Entendióle muy bien D. Quijote, y con mucho sosiego le respondió: si

fueras caballero, como no lo eres, ya yo hubiera castigado tu sandez y atrevimiento, cautiva criatura. A lo cual replicó el vizcaino: ¿yo no caballero? juro á Dios tan mientes como cristiano: si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuán presto verás que al gato llevas: vizcaino por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, que mira si otra dices cosa. Ahora lo veredes, dijo Agrajes, respondió D. Quijote; y arrojando la lanza en el suelo, sacó su espada, embrazó su rodela, y arremetió al vizcaino con determinacion de quitarle la vida. El vizcaino que así le vió venir, aunque quisiera apearse de la mula, que por ser de las malas de alquiler no habia que fiar en ella, no pudo hacer otra cosa sino sacar su espada; pero avínole bien que se halló junto al coche, de donde pudo tomar una almohada que le sirvió de escudo, y luego se fueron el uno para el otro como si fueran dos mortales enemigos. La demas gente quisiera ponerlos en paz; mas no pudo, porque decia el vizcaino en sus mal trabadas razones que si no le dejaban acabar su batalla, que él mismo habia de matar á su ama y á toda la gente que se lo estorbase. La señora del coche, admirada y temerosa de lo que veia, hizo al cochero que se desviase de allí algun poco, y desde lejos se puso á mirar la rigurosa contienda, en el discurso de la cual dió el vizcaino una gran cuchillada á D. Quijote encima de un hombro por encima de la rodela, que á dársela sin defensa le abriera hasta la cintura. D. Quijote, que sintió la pesadumbre [4] de aquel desaforado golpe, dió una gran voz diciendo: Oh señora de mi alma, Dulcinea, flor de la fermosura, socorred á este vuestro caballero, que por satisfacer á la vuestra mucha bondad en este riguroso trance se halla. El decir esto, y el apretar la espada, y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al vizcaino, todo fué en un tiempo, llevando determinacion de aventurarlo toda al trance de un solo golpe. El vizcaino, que así le vió venir contra él, bien entendió por su denuedo su coraje, y determinó de hacer lo mismo que D. Quijote, y así le aguardó bien cubierto de su almohada, sin poder rodear la mula á una ni á otra parte, que ya de puro cansada y no hecha á semejantes niñerias no podia dar un paso. Venia, pues, como se ha dicho, D. Quijote contra el cauto vizcaino con la espada en alto, con determinacion de abrirle por medio, y el vizcaino le aguardaba ansimismo levantada la espada y aforrado con su almohada, y todos los circunstantes estaban temerosos y colgados de lo que habia de suceder de aquellos tamaños golpes con que se amenazaban; y la señora del coche y las demas criadas suyas estaban haciendo mil votos y ofrecimientos á todas las imágenes y casas de devocion de España, porque

4 Peso material.

Dios librase á su escudero y á ellas de aquel tan grande peligro en que se hallaban.

Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecia sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenian. Y el primero que fué á descargar el golpe fué el colérico vizcaino, el cual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que á no volvérsele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á su rigurosa contienda y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada de su contrario, de modo que aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy maltrecho. ¡Válame Dios, y quien será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazon de nuestro manchego viéndose parar de aquella manera! No se diga más sino que fué de manera que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaino, acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña comenzó á echar sangre por las narices, por la boca y por los oidos, y á dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera sin duda si no se abrazara con el cuello; pero con todo eso sacó los pies de los estribos, y luego soltó los brazos, y la mula espantada del terrible golpe dió á correr por el campo, y á pocos corcovos dió con su dueño en tierra. Estábaselo con mucho sosiego mirando D. Quijote, y como le vió caer saltó de su caballo, y con mucha ligereza se llegó á él, y poniéndole la punta de la espada en los ojos le dijo que se rindiese, sinó que le cortaria la cabeza. Estaba el vizcaino tan turbado que no podia responder palabra, y él lo pasara mal segun estaba ciego D. Quijote, si las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo habian mirado la pendencia, no fueran adonde estaba y le pidieran con mucho encarecimiento les hiciese tan gran merced y favor de perdonar la vida á aquel su escudero; á lo cual D. Quijote respondió con mucho entono y gravedad: por cierto, fermosas señoras, yo soy muy contento de hacer lo que me pedís; mas ha de ser con una condicion y concierto, y es que este caballero me ha de prometer de ir al lugar del Toboso y presentarse de mi parte ante la sin par Doña Dulcinea, para que ella haga dél lo que mas fuere de su voluntad. Las temerosas y desconsoladas señoras, sin entrar en cuenta de lo que D. Quijote pedia, y sin preguntar quién Dulcinea fuese, le prometieron que el escudero haria to-

do aquello que de su parte le fuese mandado. Pues en fé de esa palabra, yo no le haré mas daño, puesto que me lo tenia bien merecido.

CAPITULO VIII.

De los graciosos razonamientos que pasaron entre D. Quijote y Sancho Panza su escudero.

Ya en este tiempo se habia levantado Sancho Panza algo maltratado de los mozos de los frailes, y habia estado atento á la batalla de su señor D. Quijote, y rogaba á Dios en su corazon fuese servido de darle vitoria, y que en ella ganase alguna ínsula de donde le hiciese gobernador, como se lo habia prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia, y que su amo volvia á subir sobre Rocinante, llegó á tenerle el estribo, y antes que subiese se hincó de rodillas delante dél, y asiéndole de la mano se la besó y le dijo: sea v. m. servido, señor D. Quijote mio, de darme el gobierno de la ínsula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea, yo me siento con fuerzas de saberla gobernar, tal y tan bien como otro que haya gobernado ínsulas en el mundo. A lo cual respondió D. Quijote: advertid hermano Sancho, que esta aventura y las á esta semejantes no son aventuras de ínsulas sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza ó una oreja menos: tened paciencia, que aventuras se ofrecerán donde no solamente os pueda hacer gobernador, sino más adelante. Agradecióselo mucho Sancho, y besándole otra vez la mano y la falda de la loriga, [1] le ayudó á subir sobre Rocinante, y él subió sobre su asno y comenzó á seguir á su señor, que á paso tirado, sin despedirse ni hablar mas con las del coche, se entró por un bosque que allí junto estaba. Seguíale Sancho á todo el trote de su jumento; pero caminaba tanto Rocinante, que viéndose quedar atras le fué forzoso dar voces á su amo que se aguardase. Hízolo así D. Quijote teniendo las riendas á Rocinante hasta que llegase su cansado escudero, el cual en llegando le dijo: paréceme, señor, que seria acertado irnos á retraer á alguna iglesia, que segun quedó maltrecho aquel con quien os combatísteis, no será mucho que den noticia del caso á la santa Hermandad y nos prendan, y á fé que si lo hacen primero que salgamos de la cárcel nos ha de sudar el hopo [2]. Calla, dijo D. Quijote; y ¿dónde has visto tú ó leido jamás que caballero andante haya sido puesto ante la justicia por mas homicidios que hubiese cometido? Yo

1 Armadura hecha de láminas pequeñas por lo comun de acero, que caian unas sobre otras, y servian para defensa del cuerpo en la guerra. 2 Es frase familiar que se usa para dar á entender que cuesta mucho afan y trabajo el conseguir ó ejecutar alguna cosa.

no sé nada de omecillos [3], respondió Sancho, ni en mi vida le caté á ninguno, solo sé que la santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en esotro no me entremeto. Pues no tengas pena, amigo, respondió D. Quijote, que yo te sacaré de las manos de los caldeos, cuanto mas de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida ¿has tú visto mas valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿has leido en historias otro que tenga ni haya tenido mas brio en acometer, mas aliento en perseverar, mas destreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad sea, respondió Sancho, que yo no he leido ninguna historia jamás, porque ni sé leer ni escribir; mas lo que osaré apostar es que mas atrevido amo que v. m. yo no le he servido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atrevimientos no se paguen donde tengo dicho: lo que le ruego á v. m. es que se cure, que se le va mucha sangre de esa oreja, que aquí traigo hilas y un poco de ungüento blanco en las alforjas.

Todo eso fuera bien excusado, respondió D. Quijote, si á mí se me acordara de hacer una redoma de bálsamo del Fierabrás [4], que con solo una gota se ahorráran tiempo y medicinas. ¿Qué redoma y qué bálsamo es ese? dijo Sancho Panza. Es un bálsamo, respondió D. Quijote, de quien tengo la receta en la memoria, con el cual no hay que tener temor á la muerte, ni hay pensar morir de ferida alguna: y así cuando yo le haga y te le dé, no tienes mas que hacer sino que cuando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo, como muchas veces suele acontecer, bonitamente la parte del cuerpo que hubiere caido en el suelo, y con mucha sotileza antes que la sangre se hiele la pondrás sobre la otra mitad que quedare en la silla, advirtiendo de encajalla igualmente y al justo: luego me darás á beber solos dos tragos del bálsamo que he dicho, y verásme quedar mas sano que una manzana. Si eso hay, dijo Panza, yo renuncio desde aqui el gobierno de la prometida ínsula, y no quiero otra cosa en pago de mis muchos y buenos servicios, sino que v. m. me dé la receta de ese extremado licor, que para mí tengo que valdrá la onza adonde quiera mas de á dos reales, y no he menester yo mas para pasar esta vida honrada y descansadamente; pero es de saber ahora si tiene mucha costa el hacelle. Con menos de tres reales se pueden hacer tres azumbres, respondió D. Quijote. Pecador de mí, replicó Sancho, ¿pues á qué aguarda v. m. á hacelle y á enseñármele? Calla, amigo, respondió D. Quijote, que mayores secretos pienso enseñarte y mayores mercedes hacerte: y por ahora curémonos, que la oreja me duele mas de lo que yo quisiera. Sacó Sancho de las

3 Homicidio en la boca de gente rústica é ignorante.—*catar*, es *procurar*. 4 Él de los fuertes brazos.

alforjas hilas y ungüento; mas cuando D. Quijote llegó á ver rota su celada, pensó perder el juicio, y puesta la mano en la espada y alzando los ojos al cielo, dijo: yo hago juramento al criador de todas las casas y á los santos cuatro evangelios donde mas largamente estan escritos, de hacer la vida que hizo el grande marqués de Mantua cuando juró de vengar la muerte de su sobrino Valdovinos, que fué de no comer pan á manteles, ni con su mujer folgar, y otras cosas, que aunque dellas no me acuerdo, las doy aquí por expresadas, hasta tomar entera venganza del que tal desaguisado me fizo. Oyendo esto Sancho, le dijo: advierta v. m., señor D. Quijote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado de irse á presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debia, y no merece otra pena, si no comete nuevo delito. Has hablado y apuntado muy bien, respondió D. Quijote, y así anulo el juramento en cuanto lo que toca á tomar dél nueva venganza; pero hágole y confírmole de nuevo de hacer la vida que he dicho hasta tanto que quite por fuerza otra celada tal y tan buena como esta á algun caballero; y no pienses, Sancho, que así á humo de pajas [5] hago esto, que bien tengo á quien imitar en ello, que esto mismo pasó al pié de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costó á Sacripante. Que dé al diablo v. m. tales juramentos, señor mio, replicó Sancho, que son muy en daño de la salud, y muy en perjuicio de la conciencia: sino dígame ahora, si acaso en muchos dias no topamos hombre armado con celada ¿qué hemos de hacer? ¿háse de cumplir el juramento á despecho de tantos inconvenientes é incomodidades como será el dormir vestido, y el no dormir en poblado y otras mil penitencias que contenia el juramento de aquel loco viejo del marqués de Mantua, que v. m. quiere revalidar ahora? Mire v. m. bien que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros y carreteros, que no solo no traen celadas, pero quizá no las han oido nombrar en todos los dias de su vida. Engáñaste en eso, dijo D. Quijote, porque no habremos estado dos horas por estas encrucijadas, cuando veamos mas armados que los que vinieron sobre Albraca á la conquista de Angélica la bella. Alto pues, sea así, dijo Sancho, y á Dios prazga [6] que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esa ínsula que tan cara me cuesta, y muérame yo luego. Ya te he dicho, Sancho, que no te dé eso cuidado alguno, que cuando faltáre ínsula ahí está el reino de Dinamarca ó el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo, y mas que por ser en tierra firme te debes mas alegrar.

Pero dejemos esto para su tiempo, y mira si traes algo en esas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo donde

5 Con ligereza, sin fundamento. 6 Plegue á Dios.

alojemos esta noche, y hagamos el bálsamo que te he dicho, porque yo te voto á Dios que me va doliendo mucho la oreja. Aquí trayo [7] una cebolla y un poco de queso y no sé cuantos mendrugos de pan, dijo Sancho; pero no son manjares que pertenecen á tan valiente caballero como v. m. Qué mal lo entiendes, respondió D. Quijote: hágote saber, Sancho, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y ya que coman sea de aquello que hallaren mas á mano: y esto se te hiciera cierto, si hubieras leido tantas historias como yo, que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caballeros andantes comiesen, sino era acaso, y en algunos suntuosos banquetes que les hacian, y los demas dias se los pasaban en flores [8]. Y aunque se deja entender que no podian pasar sin comer y sin hacer todos los otros menesteres naturales, porque en efecto eran hombres como nosotros, háse de entender tambien que andando lo mas del tiempo de su vida por las florestas y despoblados y sin cocinero, que su mas ordinaria comida seria de viandas rústicas, tales como las que tú ahora me ofreces: así que, Sancho amigo, no te congoje lo que á mí me da gusto, ni quieras tú hacer mundo nuevo ni sacar la caballeria andante de sus quicios. Perdóneme v. m., dijo Sancho, que como yo no sé leer ni escrebir, como otra vez he dicho, no sé ni he caido en las reglas de la profesion caballeresca; y de aquí adelante yo proveeré las alforjas de todo género de fruta seca para v. m. que es caballero, y para mí las provéeré, pues no lo soy, de otras cosas volátiles y de mas sustancia. No digo yo, Sancho, replicó D. Quijote, que sea forzoso á los caballeros andantes no comer otra cosa sino esas frutas que dices, sino que su mas ordinario sustento debia de ser dellas y de algunas yerbas, que hallaban por los campos, que ellos conocian y yo tambien conozco. Virtud es, respondió Sancho, conocer esas yerbas, que segun yo me voy imaginando, algun dia será menester usar de ese conocimiento. Y sacando en esto lo que dijo que traia, comieron los dos en buena paz y compaña. Pero deseosos de buscar adonde alojar aquella noche, acabaron con mucha brevedad su pobre y seca comida: subieron luego á caballo, y diéronse priesa por llegar á poblado antes que anocheciese; pero faltóles el sol y la esperanza de alcanzar lo que deseaban junto á unas chozas de unos cabreros, y así determinaron de pasarla allí: que cuanto fué de pesadumbre para Sancho no llegar á poblado, fué de contento para su amo dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedia era hacer un acto posesivo que facilitaba la prueba de su caballeria.

7 Traigo. 8 En cosas fútiles, sin sustancia.

CAPITULO IX.

De lo que le sucedió á D. Quijote con unos cabreros.

Fué recogido de los cabreros con buen ánimo, y habiendo Sancho lo mejor que pudo acomodado á Rocinante y á su jumento, se fué tras el olor que despedian de sí ciertos tasajos de cabra que hirviendo al fuego en un caldero estaban; y aunque él quisiera en aquel mismo punto ver si estaban en sazon de trasladarlos del caldero al estómago, lo dejó de hacer porque los cabreros los quitaron del fuego, y tendiendo por el suelo unas pieles de ovejas, aderezaron con mucha priesa su rústica mesa, y convidaron á los dos con muestras de muy buena voluntad con lo que tenian. Sentáronse á la redonda de las pieles seis de ellos, que eran los que en la majada habia, habiendo primero con groseras ceremonias rogado á D. Quijote que se sentase sobre un dornajo que vuelto del revés le pusieron. Sentóse D. Quijote, y quedábase Sancho en pié para servirle la copa, que era hecha de cuerno. Viéndole en pié su amo, le dijo: porque veas, Sancho, el bien que en sí encierra la andante caballeria, y cuán á pique estan los que en cualquiera ministerio della se ejercitan de venir brevemente á ser honrados y estimados del mundo, quiero que aquí á mi lado y en compañia desta buena gente te sientes, y que seas una misma cosa conmigo, que soy tu amo y natural señor, que comas en mi plato y bebas por donde yo bebiere, porque de la caballeria andante se puede decir lo mismo que del amor se dice, que todas las cosas iguala. ¡Gran merced! dijo Sancho; pero sé decir que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comeria en pié y á mis solas como, sentado á par de un emperador. Y aún si va á decir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincon sin melindres ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipavos de otras mesas donde me sea forzoso mascar despacio, beber poco, limpiarme á menudo, no estornudar ni toser si me viene gana, ni hacer otras cosas que la soledad y la libertad traen consigo. Así que, señor mio, estas honras que v. m. quiere darme por ser ministro y adherente de la caballeria andante, como lo soy siendo escudero de v. m., conviértalas en otras cosas que me sean de mas cómodo y provecho: que estas, aunque las doy por bien recebidas, las renuncio para desde aquí al fin del mundo. Con todo eso te has de sentar, porque á quien se humilla Dios le ensalza, y asiéndole por el brazo, le forzó á que junto á él se sentase. No entendian los cabreros aquella gerigonza de escuderos y de caballeros andantes, y no hacian otra cosa que comer y callar y mirar á sus huéspedes, que con mucho donaire y gana embaulaban tasajo como el

puño. Acabado el servicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas avellanadas, y juntamente pusieron un medio queso mas duro que si fuera hecho de argamasa. No estaba en esto ocioso el cuerno, porque andaba á la redonda tan amenudo, ya lleno ya vacío como arcaduz de noria, que con facilidad vació un zaque de dos que estaban de manifiesto. Despues que D. Quijote hubo bien satisfecho su estómago tomó un puño [1] de bellotas en la mano, y mirándolas atentamente soltó la voz á semejantes razones.

Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivian, ignoraban estas dos palabras de *tuyo y mio*. Eran en aquella santa edad todas las cosas comunes; á nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios en magnífica abundancia sabrosas y trasparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas y en lo hueco de los árboles formaban su república las solícitas y discretas abejas, ofreciendo á cualquiera mano sin interés alguno la fértil cosecha de su dulcísimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de sí, sin otro artificio que el de su cortesia, sus anchas y livianas cortezas, con que se comenzaron á cubrir las casas sobre rústicas estacas, sustentadas no mas que para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces! todo amistad, todo concordia: aún no se habia atrevido la pesada reja de corvo arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forzada ofrecia por todas las partes de su fértil y espacioso seno lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que entonces la poseian. Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero en trenza y en cabello, sin mas vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra; y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de Tiro y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretejidas, con lo que quizá iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se declaraban los concetos amorosos del alma simple y sencillamente del mismo modo y manera que ella los concebia, sin buscar artificioso rodeo de palabras para encarecerlos. No habia la frau-

1 Puñado.

de, el engaño ni la malicia mezcládose con la verdad y llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interese, que tanto ahora la menoscaban, turban y persiguen. La ley del encaje [2] aún no se habia sentado en el entendimiento del juez, porque entonces no habia que juzgar ni quien fuese juzgado. Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera solas y señeras [3] sin temor que la agena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdicion nacia de su gusto y propia voluntad. Y ahora en estos nuestros detestables siglos no está segura ninguna, aunque la oculte y cierre otro nuevo laberinto como el de Creta; porque allí por los resquicios ó por el aire con el celo de la maldita solicitud se les entra la amorosa pestilencia, y les hace dar con todo su recogimiento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los tiempos y creciendo mas la malicia, se instituyó la órden de los caballeros andantes para defender las doncellas, amparar las viudas, y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos. De esta órden soy yo, hermanos cabreros, á quien agradezco el agasajo y buen acogimiento que haceis á mí y á mi escudero: que aunque por ley natural estan todos los que viven obligados á favorecer á los caballeros andantes, todavía porque sin saber vosotros esta obligacion me acogistes y regalastes, es razon que con la voluntad á mí posible os agradezca la vuestra.

Toda esta larga arenga dijo nuestro caballero, porque las bellotas que le dieron le trujeron á la memoria la edad dorada; y antojósele hacer aquel inútil razonamiento á los cabreros, que sin respondelle palabra embobados y suspensos le estuvieron escuchando. Sancho asimismo callaba y comia bellotas, y visitaba muy amenudo el segundo zaque, que porque se enfriase el vino le tenian colgado de un alcornoque. Mas tardó en hablar D. Quijote que en acabarse la cena, al fin de la cual uno de los cabreros dijo: para que con mas veras pueda v. m. decir, señor caballero andante, que le agasajamos con pronta y buena voluntad, queremos darle solaz y contento con hacer que cante un compañero nuestro que no tardará mucho en estar aquí, el cual es un zagal muy entendido y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer y escrebir, y es músico de un rabel [4], que no hay mas que desear. Apenas habia el cabrero acabado de decir esto, cuando llegó á sus oidos el son del rabel, y de allí á poco llegó el que le tañia, que era un mozo de hasta veinte y dos años, de muy buena gracia. Preguntáronle sus compañeros si habia cenado, y respondió que sí; el que habia hecho los ofre-

2 Voluntaria y caprichosa. 3 *Señera*, término anticuado, lo mismo que sola. 4 Instrumento músico pastoril que se tañia con arquillo. Hoy el Rabel es una caña montada de una vejiga henchida de aire y por encima una cuerda de guitarra.

cimientos le dijo: de esa manera, Antonio, bien pobrás hacernos placer de cantar un poco, porque vea este señor huésped que tenemos, que tambien por los montes y selvas hay quien sepa de música: hémosle dicho tus buenas habilidades, y deseamos que las muestres y nos saques verdaderos: y así te ruego por tu vida, que te sientes y cantes el romance de tus amores que te compuso el beneficiado tu tio, que en el pueblo ha parecido muy bien. Que me place, respondió el mozo; y sin hacerse mas de rogar se sentó en el tronco de una desmochada encina, y templando su rabel, de allí á poco con muy buena gracia comenzó á cantar diciendo desta manera:

ANTONIO.

Yo sé, Olalla, que me adoras,
puesto que no me lo has dicho
ni aun con los ojos siquiera,
mudas lenguas de amorios.
Porque sé que eres sabida,
en que me quieres me afirmo,
que nunca fué desdichado
amor que fué conocido.
Bien es verdad que tal vez,
Olalla, me has dado indicio
que tienes de bronce el alma,
y el blanco pecho de risco.
Mas allá entre tus reproches
y honestísimos desvios
tal vez la esperanza muestra
la orilla de su vestido.
Si el amor es cortesia,
de que la tienes colijo
que el fin de mis esperanzas
ha de ser cual imagino.
Y si son servicios parte
de hacer un pecho benigno,
algunos de los que he hecho
fortalecen mi partido.
Porque, si has mirado en ello,
mas de una vez habrás visto
que me he vestido en los lunes
lo que me honraba el domingo.
Como el amor y la gala

andan un mismo camino,
en todo tiempo á tus ojos
quise mostrarme polido.
Dejo el bailar por tu causa,
ni las músicas te pinto
que has escuchado á deshoras
y al canto de gallo primo.
No cuento las alabanzas
que de tu belleza he dicho,
que, aunque verdaderas, hacen
ser yo de algunas mal quisto.
Teresa del Berrocal,
yo alabándole, me dijo:
tal piensa que adora un angel,
y viene á adorar á un gimio:
Merced á los muchos dijes
y á los cabellos postizos,
y á hipócritas hermosuras,
que engañan al amor mismo.
Desmentíla, y enojóse;
volvió por ella su primo:
dasafióme, y ya sabes
lo que yo hice, y él hizo.
No te quiero yo á monton,
ni te pretendo y te sirvo
por lo de barragania,
que mas bueno es mi designio.
Coyundas tiene la iglesia,
que son lazadas de sirgo [5];
pon tu cuello en la gamella,
verás como pongo el mio.
Donde no, desde aquí juro
por el santo mas bendito
de no salir destas sierras
sinó para capuchino.

Con esto dió el cabrero fin á su canto, y aunque D. Quijote le rogó que algo mas cantase, no lo consintió Sancho Panza, porque estaba mas para dormir que para oir canciones. Y así dijo á su amo: bien puede v. m. acomodarse desde luego adonde ha de pasar esta noche, que el

5 Se cree que era seda.

trabajo que estos buenos hombres tienen todo el dia no permite que pasen las noches cantando. Ya te entiendo, Sancho, le respondió Don Quijote, que bien se me trasluce que las visitas del zaque piden mas recompensa de sueño que de música. A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho. No lo niego, replicó D. Quijote, pero acomódate tú donde quisieres, que los de mi profesion mejor parecen velando que durmiendo; pero con todo eso seria bien, Sancho, que me vuelvas á curar esta oreja, que me va doliendo mas de lo que es menester. Hizo Sancho lo que se le mandaba; y viendo uno de los cabreros la herida le dijo que no tuviese pena, que él pondria remedio con que fácilmente se sanase, y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por allí habia, las mascó y las mezcló con un poco sal, y aplicándoselas á la oreja se la vendó muy bien, asegurándole que no habia menester otra medicina, y asi fué la verdad.

CAPITULO X.

De lo que contó un cabrero á los que estaban con D. Quijote.

Estando en esto llegó otro mozo de los que les traian del aldea el bastimento [1], y dijo: ¿sabeis lo que pasa en el lugar, compañeros? ¿Cómo lo podemos saber? respondió uno de ellos. Pues sabed, prosiguió el mozo, que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante llamado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moza de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en hábito de pastora por esos andurriales. Por Marcela dirás, dijo uno. Por esa digo, respondió el cabrero; y es lo bueno que mandó en su testamento que le enterrasen en el campo como si fuera moro, y que sea al pié de la peña donde está la fuente del Alcornoque, porque segun es fama aquel lugar es adonde él la vió la vez primera. Y tambien mandó otras cosas tales, que los abades del pueblo dicen que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles. A todo lo cual responde aquel gran su amigo Ambrosio el estudiante, que tambien se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo sin faltar nada como lo dejó mandado Grisóstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado; mas, á lo que se dice, en fin se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen á enterrar con gran pompa adonde tengo dicho: y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver: á lo menos yo no dejaré de ir á verla si supiese no volver mañana al lugar. Todos haremos lo mesmo, respondieron los cabre-

1 Provisiones de boca.

ros, y echaremos suertes á quién ha de quedar á guardar las cabras de todos. Bien dices, Pedro, dijo uno de ellos, aunque no será menester usar de esa diligencia, que yo me quedaré por todos: y no lo atribuyas á virtud y á poca curiosidad mia, sino á que no me deja andar el garrancho que el otro dia me pasó este pié. Con todo eso, te lo agradecemos, respondió Pedro.

Y D. Quijote rogó á Pedro le dijese qué muerto era aquel y qué pastora aquella. A lo cual Pedro respondió que lo que sabia era que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual habia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales habia vuelto á su lugar con opinion de muy sabio y muy leido. Principalmente decian que sabia la ciencia de las estrellas, y de lo que pasa allá en el cielo, porque puntualmente decia el cris [2] del sol y de la luna. Eclipse se llama, amigo, que no cris, el escurecerse esos dos luminares mayores, dijo D. Quijote. Mas Pedro, no reparando en niñerias, prosiguió su cuento diciendo: asimesmo adevinaba cuando habia de ser el año abundante ó estil. Estéril querreis decir, amigo, dijo D. Quijote. Estéril ó estil, respondió Pedro, todo se sale allá. Y digo que con esto que decia se hicieron su padre y sus amigos, que le daban crédito, muy ricos, porque hacian lo que él les aconsejaba diciéndoles: sembrad este año cebada, no trigo; en este podeis sembrar garbanzos, y no cebada; el que viene será de guilla [3] de aceite; los tres siguientes no se cogerá gota. Esa ciencia se llama *Astrología*, dijo D. Quijote. No sé yo cómo se llama, replicó Pedro, mas sé que todo esto sabia y aún mas. Finalmente, no pasaron muchos meses despues que vino de Salamanca, cuando un dia remaneció vestido de pastor con su cayado y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos que como escolar traia, y juntamente se vistió con él de pastor otro su grande amigo llamado Ambrosio, que habia sido su compañero en los estudios. Cuando los del lugar vieron tan de improviso vestidos de pastores á los dos escolares, quedaron admirados y no podian adivinar la causa que les habia movido á hacer aquella tan extraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda, ansí en muebles como en raices, y en no pequeña cantidad de ganado mayor y menor, y en gran cantidad de dineros: de todo lo cual quedó el mozo señor desoluto; y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero y caritativo y amigo de los buenos, y tenia una cara como una bendicion. Despues se vino á entender

2 *Cris, adevinaba, estil, desoluto, denantes*: palabras estropeadas en boca rústica: por *eclipse, adivinaba, estéril, absoluto, antes*. 3 Año de guilla es año de muchos frutos y abundante cosecha.

que el haberse mudado de traje no habia sido por otra cosa que por andarse por estos despoblados en pos de aquella pastora Marcela que nuestro zagal nombró denantes, de la cual se habia enamorado el pobre difunto de Grisóstomo. Y quiéroos decir ahora, porque es bien que lo sepais, quién es esta rapaza: quizá y aún sin quizá no habreis oido semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque vivais mas años que sarna. Decid Sarra [4], replicó D. Quijote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero. Harto vive la sarna, respondió Pedro, y si es, señor, que me habeis de andar zaheriendo á cada paso los vocablos, no acabaremos en un año. Perdonad, amigo, dijo D. Quijote, que por haber tanta diferencia de sarna á Sarra os lo dije; pero vos respondisteis muy bien, porque vive mas sarna que Sarra, y proseguid vuestra historia, que no os replicaré mas en nada.

Digo, pues, señor mio de mi alma, dijo el cabrero, que en nuestra aldea hubo un labrador aún mas rico que el padre de Grisóstomo, el cual se llamaba Guillermo, y á quien dió Dios, amen de las grandes y muchas riquezas, una hija, de cuyo parto murió su madre, que fué la mas honrada mujer que hubo en todos estos contornos: no parece sino que ahora la veo con aquella cara que del un cabo tenia el sol y del otro la luna, y sobre todo hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima á la hora de ahora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena mujer murió su marido Guillermo, dejando á su hija Marcela muchacha y rica en poder de un tio suyo sacerdote y beneficiado en nuestro lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacia acordar de la de su madre, pues la tuvo muy grande, y con todo esto se juzgaba que le habia de pasar la de la hija: y así fué que cuando llegó á edad de catorce á quince años nadie la miraba que no bendecia á Dios que tan hermosa la habia criado, y los mas quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardábala su tio con mucho recato y con mucho encerramiento; pero con todo esto la fama de su mucha hermosura se extendió de manera, que así por ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas á la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado é importunado su tio se la diese por mujer. Mas él, que á las derechas es buen cristiano, aunque quisiera casarla luego, así como la vió de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo á la ganancia y granjeria que le ofrecia el tener la hacienda de la moza, dilatando su casamiento. Y á fé que se dijo esto en mas de un corrillo en el pueblo en alabanza del buen sacerdote. Que quiero que sepa,

4 Decid *Sarra* y no *Sarna*. Nosotros decimos *Sara*, pero los antiguos llamaban *Sarra* á la mujer de Abrahan.

señor andante, que en estos lugares cortos de todo se trata y de todo se murmura: y tened para vos, como yo tengo para mí, que debia de ser demasiadamente bueno el clérigo que obliga á sus feligreses á que digan bien dél, especialmente en las aldeas.

Así es la verdad, dijo D. Quijote, y proseguid adelante, que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contais con muy buena gracia. La del Señor no me falte, que es la que hace al caso. Y en lo demás, sabreis que aunque el tio proponia á la sobrina, y le decia las calidades de cada uno en particular de los muchos que por mujer la pedian, rogándole que se casase y escogiese á su gusto, jamás ella respondió otra cosa sino que por entonces no queria casarse, y que por ser tan muchacha no se sentia hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba al parecer justas excusas dejaba el tio de importunarla, y esperaba que entrase algo mas en edad, y ella supiese escoger compañia á su gusto. Porque decia él, y decia muy bien, que no habian de dar los padres á sus hijos estado contra su voluntad. Pero hételo aquí, cuando no me cato, que remanece un dia la melindrosa Marcela hecha pastora: y sin sér parte su tio ni todos los del pueblo que se lo desaconsejaban, dió en irse al campo con las demas zagalas del lugar, y dió en guardar su mesmo ganado. Y así como ella salió en público y su hermosura se vió al descubierto, no os sabré buenamente decir cuántos ricos mancebos, hidalgos y labradores han tomado el traje de Grisóstomo, y la andan requebrando por esos campos. Uno de los cuales, como ya está dicho, fué nuestro difunto, del cual decian que la dejaba de querer y la adoraba. Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta y de tan poco ó ningun recogimiento, que por eso ha dado indicio ni por semejas, que venga en menoscabo de su honestidad y recato; antes es tanta y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de cuantos la sirven y solicitan ninguno se ha alabado, ni con verdad se podrá alabar, que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su deseo. Que puesto que no huye ni es esquiva de la compañia y conversacion de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en llegando á descubrirle su intencion cualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí como un trabuco. Y con esta manera de condicion hace mas daño en esta tierra que si por ella entrára la pestilencia, porque su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan á servirla y amarla; pero su desden y desengaño los conduce á términos de desesperarse, y así no saben qué decirle, sino llamarla á voces cruel y desagradecida, con otros títulos á este semejantes, que bien la calidad de su condicion manifiestan: y si aquí estuviésedes, señor, algun dia, veríades resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los desengañados que la

siguen. No está muy lejos de aquí un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguno una corona grabada en el mesmo árbol, como si mas claramente dijera su amante que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aquí suspira un pastor, allí se queja otro, acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas. Cual hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pié de alguna encina ó peñasco, y allí sin plegar los llorosos ojos, embebecido y trasportado en sus pensamientos, le halló el sol á la mañana; y cual hay que sin dar vado ni tregua á sus suspiros en mitad del ardor de la mas enfadosa siesta de verano, tendido sobre la ardiente arena, envia sus quejas al piadoso cielo: y deste y de aquel, y de aquellos y destos, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos estamos esperando en qué ha de parar su altivez, y quién ha de ser el dichoso que ha de venir á domeñar condicion tan terrible, y gozar de hermosura tan extremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy á entender que tambien lo es lo que nuestro zagal dijo que se decia de la causa de la muerte de Grisóstomo. Y asi os aconsejo, señor, que no dejeis de hallaros mañana á su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está deste lugar á aquel donde manda enterrarse media legua. En cuidado me lo tengo, dijo D. Quijote, y agradézcoos el gusto que me habeis dado con la narracion de tan sabroso cuento. Sancho Panza, que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó que su amo se entrase á dormir en la choza de Pedro. Hízolo asi, y todo lo mas de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea, á imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido á coces.

CAPITULO XI.

Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos.

Mas apenas comenzó á descubrirse el dia por los balcones del Oriente, cuando los cinco de los seis cabreros se levantaron y fueron á despertar á D. Quijote, y á decille si estaba todavia con propósito de ir á ver el famoso entierro de Grisóstomo, y que ellos le harian compañia. D. Quijote, que otra cosa no deseaba, se levantó y mandó á Sancho que ensillase y enalbardase al momento, lo cual él hizo con mucha diligencia, y con la misma se pusieron luego todos en camino. Y no hubieron andado un cuarto de legua, cuando al cruzar de una senda vieron venir hácia

ellos hasta seis pastores vestidos con pellicos negros y coronadas las cabezas con guirnaldas de ciprés y de amarga adelfa. Traia cada uno un grueso baston de acebo en la mano: venian con ellos asimismo dos gentileshombres de á caballo, muy bien aderezados de camino, con otros tres mozos de á pié que los acompañaban. En llegándose á juntar se saludaron cortésmente, y preguntándose los unos á los otros dónde iban, supieron que todos se encaminaban al lugar del entierro, y así comenzaron á caminar todos juntos. Uno de los de á caballo hablando con su compañero le dijo: paréceme, señor Vivaldo, que habemos de dar por bien empleada la tardanza que hiciéremos en ver este famoso entierro, que nó podrá dejar de ser famoso, segun estos pastores nos han contado extrañezas, así del muerto pastor como de la pastora homicida. Así me lo parece á mí, respondió Vivaldo, y no digo yo hacer tardanza de un dia, pero de cuatro la hiciéra á trueco de verle. Preguntóles D. Quijote qué era lo que habian oido de Marcela y de Grisóstomo. El caminante dijo que aquella madrugada habian encontrado con aquellos pastores, y que por haberles visto en aquel tan triste traje, les habian preguntado la ocasion por qué iban de aquella manera: que uno dellos se la contó, contando la extrañeza y hermosura de una pastora llamada Marcela, y los amores de muchos que la recuestaban, con la muerte de aquel Grisóstomo á cuyo entierro iban. Finalmente él contó todo lo que Pedro á D. Quijote habia contado.

Cesó esta plática, y comenzóse otra, preguntando el que se llamaba Vivaldo á D. Quijote, qué era la ocasion que le movia á andar armado de aquella manera por tierra tan pacífica. A lo cual respondió D. Quijote: la profesion de mi ejercicio no consiente ni permite que yo ande de otra manera: el buen paso [1], el regalo y el reposo allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas solo se inventaron é hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes, de los cuales yo, aunque indigno, soy el menor de todos. Apenas le oyeron esto cuando todos le tuvieron por loco; y por averiguarlo más, y ver qué género de locura era el suyo, le tornó á preguntar Vivaldo que qué queria decir caballeros andantes. ¿No han v. ms. leido, respondió D. Quijote, los anales é historias de Inglaterra, donde se tratan las famosas fazañas del rey Arturo, que comunmente en nuestro romance castellano llamamos el rey Artús, de quien es tradicion antigua y comun en todo el reino de la Gran Bretaña, que no murió, sino que por arte de encatamento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos ha de volver á reinar y á cobrar su reino y cetro; á cuya causa no se probará que desde aquel tiempo á este haya ningun inglés muerto

1 La buena vida, el pasarlo bien.

cuervo alguno? Pues en tiempo de este buen rey fué instituida aquella famosa órden de caballeria de los caballeros de la Tabla Redonda; y desde entonces de mano en mano fué esa órden extendiéndose y dilatándose por muchas y diversas partes del mundo; y en ella fueron famosos y conocidos por sus fechos el valiente Amadís de Gáula con todos sus hijos y nietos hasta la quinta generacion, y el valeroso Felixmarte de Hircania, y el nunca como se debe alabado Tirante el Blanco, y casi que en nuestros dias vimos, comunicamos y oimos al invencible y valeroso caballero D. Belianís de Grecia. Esto, pues, señores, es ser caballero andante, y la que he dicho es la órden de su caballeria, en la cuál, como otra vez he dicho, yo aunque pecador he hecho profesion, y lo mismo que profesaron los caballeros referidos profeso yo, y así me voy por estas soledades y despoblados buscando las aventuras, con ánimo deliberado de ofrecer mi brazo y mi persona á la mas peligrosa que la suerte me depare en ayuda de los flacos y menesterosos. Por estas razones que dijo, acabaron de enterarse los caminantes que era D. Quijote falto de juicio, y del género de locura que lo señoreaba, de lo cual recibieron la misma admiracion que recebian todos aquellos que de nuevo venian en conocimiento della. Y Vivaldo, que era persona muy discreta y de alegre condicion, por pasar sin pesadumbre el poco camino que decian que les faltaba para llegar á la sierra del entierro, quiso darle ocasion á que pasase mas adelante con sus disparates. Y asi le dijo: paréceme, señor caballero andante, que v. m. ha profesado una de las mas estrechas profesiones que hay en la tierra, y tengo para mí que aún la de los frailes cartujos no es tan estrecha. Tan estrecha bien podia ser, respondió nuestro D. Quijote; pero tan necesaria en el mundo, no estoy dos dedos de ponello en duda. Porque si va á decir verdad, no hace menos el soldado que pone en ejecucion lo que su capitan le manda, que el mismo capitan que se lo ordena. Quiero decir, que los religiosos con toda paz y sosiego piden al cielo el bien de la tierra; pero los soldados y caballeros ponemos en ejecucion lo que ellos piden, defendiéndola con el valor de nuestros brazos y filos de nuestras espadas; no debajo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del sol en el verano, y de los erizados hielos del invierno. Así que somos ministros de Dios en la tierra, y brazos por quien se ejecuta en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra y las á ellas tocantes y concernientes no se pueden poner en ejecucion sino sudando, afanando y trabajando excesivamente, síguese que aquellos que la profesan tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sosegada paz y réposo estan rogando á Dios favorezca á los que poco pueden. No quiero yo decir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de caballero andante, como el del encerrado religioso; solo quiero inferir por lo que yo

padezco, que sin duda es mas trabajoso, mas aporreado, mas hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso, porque no hay duda sino que los caballeros andantes pasados pasaron mucha mala ventura en el discurso de su vida. Y si algunos subieron á ser emperadores por el valor de su brazo, á fé que les costó buen por qué [2] de su sangre y de su sudor: y que si á los que á tal grado subieron les faltáran encantadores y sabios que los ayudáran, que ellos quedáran bien defraudados de sus deseos y bien engañados de sus esperanzas.

De ese parecer estoy yo, replicó el caminante; pero una cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caballeros andantes, y es que cuando se ven en ocasion de acometer una grande y peligrosa aventura, en que se vé manifiesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse á Dios, como cada cristiano está obligado á hacer en peligros semejantes; antes se encomiendan á sus damas con tanta gana y devocion como si ellas fueran su dios: cosa que me parece que huele algo á gentilidad. Señor, respondió D. Quijote, eso no puede ser menos en ninguna manera, é incurriria en mal caso el caballero andante que otra cosa hiciese; que ya está en uso y costumbre en la caballeria andantesca, que el caballero andante, que al acometer algun gran fecho de armas tuviese su señora delante, vuelva á ella los ojos blanda y amorosamente, como que le pide con ellos le favorezca y ampare en el dudoso trance que acomete; y aún si nadie le oye está obligado á decir algunas palabras entre dientes, en que de todo corazon se le encomiende, y desto tenemos innumerables ejemplos en las historias. Y no se ha de entender por esto, que han de dejar de encomendarse á Dios, que tiempo y lugar les queda para hacello en el discurso de la obra. Con todo eso, replicó el caminante, mejor fuera que esas palabras entre dientes que en la carrera gastó encomedándose á su dama, las gastára en lo que debia y estaba obligado como cristiano: cuanto mas que yo tengo para mí, que no todos los caballeros andantes tienen damas á quien encomendarse, porque no todos son enamorados. Eso no puede ser, respondió D. Quijote: digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y tan natural les es á los tales ser enamorados como al cielo tener estrellas, y á buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores, y por el mismo caso que estuviese sin ellos, no seria tenido por legítimo caballero, sino por bastardo, y que entró en la fortaleza de la caballeria dicha, no por la puerta, sino por las bardas como salteador y ladron. Con todo eso, dijo el caminante, me parece, si mal no me acuerdo, haber leido que D. Galaor, hermano

2 Gran cantidad, gran porcion.

del valeroso Amadís de Gáula, nunca tuvo dama señalada á quien pudiese encomendarse, y con todo esto no fué tenido en menos, y fué un muy valiente y famoso caballero. A lo cual respondió nuestro D. Quijote: señor, una golondrina sola no hace verano; cuanto mas que yo sé que de secreto estaba ese caballero muy bien enamorado, fuera de que aquello de querer á todas bien cuantas bien le parecian, era condicion natural, á quien no podia ir á la mano. Pero en resolucion, averiguado está muy bien que él tenia una sola á quien habia hecho señora de su voluntad, á la cual se encomendaba muy á menudo y muy secretamente, porque se preció de secreto caballero. Luego si es de esencia que todo caballero andante haya de ser enamorado, dijo el caminante, bien se puede creer que v. m. lo es, pues es de la profesion; y si es que v. m. no se précia de ser tan secreto como D. Galaor, con las veras que puedo le suplico en nombre de toda esta compañia y en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad y hermosura de su dama, que ella se tendrá por dichosa de que todo el mundo sepa que es querida y servida de de un tal caballero como v. m. parece.

Aquí dió un gran suspiro D. Quijote, y dijo: yo no podré afirmar si la dulce mi enemiga gusta ó no de que el mundo sepa que yo la sirvo; solo sé decir, respondiendo á lo que con tanto comedimiento se me pide, que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso, un lugar de la Mancha, su calidad por lo menos ha de ser de princesa, pues es reina y señora mia, su hermosura sobrehumana, pues en ella se vienen á hacer verdaderos todos los imposibles y quiméricos atributos de belleza que los poetas dan á sus damas; que sus cabellos son oro, su frente campos eliseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mejillas rosas, sus labios corales, perlas sus dientes, alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieve, y las partes que á la vista humana encubrió la honestidad son tales, segun yo pienso y entiendo, que sola la discreta consideracion puede encarecerlas y no compararlas. El linaje, prosapia y alcúrnia querriamos saber, replicó Vivaldo. A lo cual respondió Don Quijote: no es de los antiguos Curcios, Gayos y Cipiones romanos, ni de los modernos Colonas y Ursinos, ni de los Moncadas y Requesenes de Cataluña, ni menos de los Rebellas y Villanovas de Valencia, Palafoxes, Nuzas, Rocabertis, Corellas, Lunas, Alagones, Urreas, Foces y Gurreas de Aragon; Cerdas, Manriques, Mendozas y Guzmanes de Castilla; Alencastros, Pallas y Meneses de Portugal; pero es de los del Toboso de la Mancha, linaje aunque moderno tal, que puede dar generoso principio á las mas ilustres familias de los venideros siglos; y no se me replique en esto, si no fuere con las condiciones que puso Cervino al pié del trofeo de las armas de Orlando, que decia: *Nadie las mueva que estar no pueda con Roldan á prueba.* Aunque el mio es de los Cachopi-

nes de Laredo, respondió el caminante, no le osaré yo poner con el del Toboso de la Mancha, puesto que para decir verdad semejante apellido hasta ahora no ha llegado á mis oidos. Con gran atencion iban escuchando todos los demás la plática de los dos, y aún hasta los mismos cabreros y pastores conocieron la demasiada falta de juicio de nuestro D. Quijote. Sólo Sancho Panza pensaba que cuanto su amo decia era verdad, sabiendo él quien era, y habiéndole conocido desde su nacimiento; y en lo que dudaba algo, era en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porque nunca jamás tal nombre ni tal princesa habia llegado á su noticia, aunque vivia tan cerca del Toboso.

En estas pláticas iban, cuando vieron que por la quiebra que dos altas montañas hacian, bajaban hasta veinte pastores, todos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados con guirnaldas que á lo que despues pareció, eran cual de tejo y cual de ciprés. Entre seis dellos traian unas andas cubiertas de mucha diversidad de flores y de ramos. Lo cual visto por uno de los cabreros, dijo: aquellos que allí vienen son los que traen el cuerpo de Grisóstomo, y el pié de aquella montaña es el lugar donde él mandó que le enterrasen. Por esto se dieron priesa á llegar, y fué á tiempo que ya los que venian habian puesto las andas en el suelo, y cuatro dellos con agudos picos estaban cavando la sepultura á un lado de una dura peña. Recibiéronse los unos y los otros cortésmente, y luego D. Quijote y los que con él venian, se pusieron á mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores un cuerpo muerto vestido como pastor, de edad al parecer de treinta años; y aunque muerto, mostrába que vivo habia sido de rostro hermoso y de disposicion gallarda. Al rededor de sí tenia en las mismas andas algunos libros y muchos papeles abiertos y cerrados que habia mandado entregar al fuego en habiendo entregado su cuerpo á la tierra; y así los que esto mirabán como los que abrian la sepultura, y todos los demás que allí habia, guardaban un maravilloso silencio, hasta que uno de los que al muerto trujeron, dijo á otro: mira bien, Ambrosio, si es este el lugar que Grisóstomo dijo, ya que quereis que tan puntualmente se cumpla lo que dejó mandado en su testamento. Este es, respondió Ambrosio, que muchas veces en él me contó mi desdichado amigo la historia de su desventura. Allí me dijo él que vió la vez primera á aquella enemiga mortal del linaje humano, y allí fué tambien donde la primera vez le declaró su pensamiento tan honesto como enamorado, y allí fué la última vez donde Marcela le acabó de desengañar y desdeñar, de suerte que puso fin á la tragedia de su miserable vida; y aquí en memoria de tantas desdichas quiso él que le depositasen en las entrañas del eterno olvido. Y volviéndose á D. Quijote y á los caminantes, prosiguió diciendo: ese cuerpo, señores, que con piadosos ojos estais mirando, fué depo-

sitario de un alma en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas. Ese es el cuerpo de Grisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presuncion, alegre sin bajeza; y finalmente, primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado.

Iba á continuar, mas lo estorbó una maravillosa vision (que tal parecia ella) que improvisamente se les ofreció á los ojos, y fué que por cima de la peña donde se cavaba la sepultura pareció la pastora Marcela, tan hermosa que pasaba á su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la habian visto, la miraban con admiracion y silencio, y los que ya estaban acostumbrados á verla, no quedaron menos suspensos que los que nunca la habian visto. Y en acercándose, y en diciendo unas cuantas palabras para dar á entender cuán fuera de razon iban todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo la culpaban; sin querer oir respuesta alguna, volvió las espaldas, y se entró por lo mas cerrado de un monte que allí cerca estaba, dejando admirados tanto de su discrecion como de su hermosura á todos los que allí estaban. Y algunos dieron muestras de quererla seguir. Lo cual visto por D. Quijote, pareciéndole que allí venia bien usar de su caballeria, socorriendo á las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada, en altas é inteligibles voces, dijo: niñguna persona de cualquier estado y condicion que sea, se atreva á seguir á la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado con claras razones la poca ó ningun culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuán ajena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes, á cuya causa es justo que en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es sola la que con tan honesta intencion vive. Ó ya que fuese por las amenazas de D. Quijote, ó porque Ambrosio les dijo que concluyesen con lo que á su buen amigo debian, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí, hasta que acabada la sepultura, y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y dando todos el pésame á su amigo Ambrosio, se despidieron dél. Lo mismo hicieron Vivaldo y su compañero, y D. Quijote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniese con ellos á Sevilla, por ser lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen mas que en otro alguno. D. Quijote les agradeció el aviso y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dijo que por entonces no queria ni debia ir á Sevilla, hasta

que hubiese limpiado aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinacion, no quisieron los caminantes importunarle más, sino tornándose á despedir de nuevo, le dejaron y prosiguieron su camino, en el cual no les faltó de que tratar así de la historia de Marcela y Grisóstomo, como de las locuras de D. Quijote, el cual determinó de ir á buscar á la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que él podia en su servicio. Mas no le avino como él pensaba, segun se cuenta en el discurso desta verdadera historia.

CAPITULO XII.

Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó D. Quijote en topar con unos desalmados yangüeses.

Cuenta el sabio Cide Hamete Ben-Engeli que así como D. Quijote se despidió de sus huéspedes y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisóstomo, él y su escudero se entraron por el mismo bosque donde vieron que se habia entrado la pastora Marcela, y habiendo andado mas de dos horas por él, buscándola por todas partes sin poder hallarla, vinieron á parar á un prado lleno de fresca yerba, junto del cuál corria un arroyo apacible y fresco, tanto que convidó y aun forzó á pasar allí las horas de la siesta, que rigurosamente comenzaba ya á entrar. Apeáronse D. Quijote y Sancho, y dejando al jumento y á Rocinante á sus anchuras pacer de la mucha yerba que allí habia, dieron saco á las alforjas, y sin ceremonia alguna en buena paz y compañía amo y mozo comieron lo que en ellas hallaron. No se habia curado Sancho de echar sueltas [1] á Rocinante, seguro de que le conocia por tan manso y tan poco rijoso, que todas las yeguas de la dehesa de Córdoba no le hicieran tomar mal siniestro. Ordenó pues la suerte y el diablo, que no todas veces duerme, que andaban por aquel valle paciendo una manada de hacas galicianas de unos arrieros yangüeses, [2] de los cuales es costumbre sestear con su recua en lugares y sitios de yerba y aguas, y aquel donde acertó á hallarse D. Quijote, era muy al propósito de los yangüeses. Sucedió pues que á Rocinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras facas, y saliendo así como las olió de su natural paso y costumbre, sin pedir licencia á su dueño, tomó un trotecillo algo picadillo, y se fué á comunicar su necesidad con ellas; mas

1 Es poner una especie de trabas ó maniotas hechas de cáñamo, cerda ó esparto á las caballerías cuando se las deja sueltas en el campo para que pazcan. 2 Del distrito de Yanguas, en la Rioja, entre Logroño y Santo Domingo de la Calzada.

ellas, que á lo que pareció debian de tener más gana de pacer que de ál, recibiéronle con las herraduras y con los dientes, de tal manera que á poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla en pelota; pero lo que él debió mas de sentir fué, que viendo los arrieros la fuerza que á sus yeguas se les hacia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron malparado en el suelo. Ya en esto D. Quijote y Sancho, que la paliza de Rocinante habian visto, llegaban ijadeando, y dijo D. Quijote á Sancho: á lo que yo veo, amigo Sancho, estos no son caballeros, sino gente soéz y de baja raléa: dígolo, porque bien me puedes ayudar á tomar la debida venganza del agravio que delante de nuestros ojos se le ha hecho á Rocinante. ¿Qué diablos de venganza hemos de tomar, respondió Sancho; si estos son mas de veinte, y nosotros no más de dos, y aún quizá uno y medio? Yo valgo por ciento, replicó D. Quijote, y sin hacer mas discursos, echó mano á su espada y arremetió á los yangüeses, y lo mismo hizo Sancho Panza incitado y movido del ejemplo de su amo; y á las primeras dió D. Quijote una cuchillada á uno que le abrió un sayo de cuero de que venia vestido, con gran parte de la espalda. Los yangüeses, que se vieron maltratar de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron á sus estacas, y cogiendo á los dos en medio, comenzaron á menudear sobre ellos con grande ahinco y vehemencia; verdad es que al segundo toque dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le avino á D. Quijote, sin que le valiese su destreza y buen ánimo, y quiso su ventura que viniese á caer á los piés de Rocinante, que aún no se habia levantado; donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Viendo pues los yangüeses el mal recado que habian hecho, con la mayor presteza que pudieron, cargaron su recua y siguieron su camino, dejando á los dos aventureros de mala traza y de peor talante.

El primero que se resintió [3] fué Sancho Panza, y hallándose junto á su señor, con voz enferma y lastimada dijo: señor D. Quijote, ah señor D. Quijote! ¿Qué quieres, Sancho hermano? respondió D. Quijote con el mismo tono afeminado y doliente que Sancho. Querria, si fuese posible, que v. m. me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas, si es que la tiene v. m. ahí á mano, quizá será de provecho para los quebrantamientos de huesos como lo es para las ferídas. Pues á tenerla yo aquí, desgraciado yo, ¿qué nos faltaba? respondió D. Quijote; mas yo te juro, Sancho Panza, á fé de caballero andante, que antes que pasen dos dias, si la fortuna no ordena otra cosa, la tengo de tener en mi poder: ó mal me han de andar las manos. [4] ¿Pues en cuántos le parece á v. m. que podrémos mo-

3 Lo mismo que empezar á dar muestras de dolor. 4 O poco he de perder ó valer.

ver los piés? replicó Sancho Panza. De mí sé decir, dijo el molido caballero D. Quijote, que no sabré poner término á esos dias; más yo me tengo la culpa de todo, que no habia de poner mano á la espada contra hombres que no fuesen armados caballeros como yo, y así creo que en pena de haber pasado las leyes de la caballería, ha permitido el Dios de las batallas que se me diese este castigo; por lo cual, hermano Sancho, conviene que estés advertido en esto que ahora te diré, porque importa mucho á la salud de entrambos; y es que cuando veas que semejante canalla nos hace algun agravio, no aguardes á que yo ponga mano á la espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tú mano á tu espada y castígalos muy á tu sabor, que si en su ayuda y defensa acudieren caballeros, yo te sabré defender y ofendellos con todo mi poder, que ya habrás visto por mil señales y experiencias hasta donde se extiende el valor de este mi fuerte brazo; tal quedó de arrogante el pobre señor con el vencimiento del valiente vizcaino. Mas no le pareció tan bien á Sancho Panza el aviso de su amo, que dejase de responder diciendo: señor, yo soy hombre pacífico, manso, sosegado, y sé disimular cualquiera injuria, porque tengo mujer é hijos que sustentar y criar: así que séale á v. m. tambien aviso, pues no puede ser mandato, que en ninguna manera pondré mano á la espada ni contra villano ni contra caballero, y que desde aquí para delante de Dios perdono cuantos agravios me han hecho y han de hacer, ora me los haya hecho ó haga ó haya de hacer persona alta ó baja, rico ó pobre, hidalgo ó pechero, sin exceptar[5] estado ni condicion alguna.

Lo cual oido por su amo, le respondió: quisiera tener aliento para poder hablar un poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacára tanto cuanto para darte á entender, Panza, el error en que estás. Ven acá, pecador, si el viento de la fortuna, hasta ahora tan contrario, en nuestro favor se vuelve, llenándonos las velas del deseo para que seguramente y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las ínsulas que te tengo prometida, ¿qué seria de tí si, ganándola yo te hiciese señor della, pues ló vendrás á imposibilitar por no ser caballero ni quererlo ser, ni tener valor ni intencion de vengar tus injurias y defender tu señorio? Porque has de saber que en los reinos y provincias nuevamente conquistados nunca estan tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar las cosas, y volver, como dicen, á probar ventura; y así es menester que el nuevo posesor tenga entendimiento para saberse gobernar, y valor para ofender y defenderse en cualquier acontecimiendo. En este que ahora nos ha aconte-

5 Exceptuar.

cido, respondió Sancho, quisiera yo tener ese entendimiento y ese valor que v. m. dice; mas yo le juro á fé de pobre hombre que mas estoy para bizmas que para pláticas. Mire v. m. si se puede levantar, y ayudarémos á Rocinante, aunque no lo merece, porque él fué la causa principal de todo este molimiento: jamás tal creí de Rocinante, que le tenia por persona casta y tan pacífica como yo. En fin, bien dicen que es menester mucho tiempo para venir á conocer las personas, y que no hay cosa segura en esta vida, ¿Quién dijera que trás de aquellas tan grandes cuchilladas como v. m. dió á aquel desdichado caballero andante, habia de venir por la posta y en seguimiento suyo esta tan grande tempestad de palos que ha descargado sobre nuestras espaldas? Aún las tuyas, Sancho, replicó D. Quijote, deben de estar hechas á semejantes nublados; pero las mias, criadas entre sinabafas y holandas, [6] claro está que sentirán mas el dolor desta desgracia; y si no fuese porque imagino, ¿qué digo imagino? sé muy cierto que todas estas incomodidades son muy anejas al ejercicio de las armas, aquí me dejaria morir de puro enojo. A esto replicó el escudero: señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caballeria; dígame v. m. si suceden muy á menudo, ó si tienen sus tiempos limitados en que acaecen; porque me parece á mí que á dos cosechas quedaremos inútiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre.

Sábete, amigo Sancho, respondió D. Quijote, que la vida de los caballeros andantes está sujeta á mil peligros y desventuras, y ni mas ni menos está en potencia propíncua de ser los caballeros andantes reyes y emperadores, como lo ha mostrado la experiencia en muchos y diversos caballeros de cuyas historias yo tengo entera noticia, y pudiérate contar ahora, si el dolor me diera lugar, de algunos que solo por el valor de su brazo han subido á los altos grados que he contado, y estos mismos se vieron antes y despues en diversas calamidades y miserias; porque quiero hacerte sabidor, Sancho, que no afrentan las heridas que se dan con los instrumentos que acaso se hallan en las manos, y esto está en la ley del duelo escrito por palabras expresas: que si el zapatero da á otro con la horma que tiene en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por eso se dirá que queda apaleado aquel á quien dió con ella. Digo esto, porque no pienses que puesto que quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traian con que nos machacaron, no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos, á lo que se me acuerda, tenia estoque, espada ni puñal. No me dieron á mí lugar, respondió Sancho, á que mirase en tanto, porque apenas puse mano á mi tizona, [7] cuando

6 Tela muy delgada. 7 Espada.

me santiguaron los hombros con sus pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos y la fuerza de los pies, dando conmigo adonde ahora yago, [8] y adonde no me da pena alguna el pensar si fué afrenta ó no lo de los estacazos, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impresos en la memoria como en las espaldas. Con todo esto te hago saber, hermano Panza, replicó D. Quijote, que no hay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma. ¿Pues qué desdicha puede ser mayor, replicó Panza, de aquella que aguarda al tiempo que la consuma, y á la muerte que la acabe? Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con un par de bizmas se curan, aún no tan malo; pero voy viendo, que no han de bastar todos los emplastos de un hospital para ponerlas en buen término siquiera. Déjate deso y saca fuerzas de flaqueza, Sancho, respondió D. Quijote, que así haré yo, y veamos como está Rocinante, que á lo que me parece no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No hay que maravillarse deso, respondió Sancho, siendo él tambien caballero andante; de lo que yo me maravillo, es de que mi jumento haya quedado libre y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas. Siempre deja la aventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio á ellas, dijo D. Quijote: dígolo, porque esa bestezuela podrá suplir ahora la falta de Rocinante, llevándome á mí desde aquí á algun castillo, donde sea curado de mis feridas. Y más que no tendré á deshonra la tal caballeria, porque me acuerdo haber leido que aquel buen viejo Sileno, ayo y pedagogo del alegre Dios de la risa, cuando entró en la ciudad de las cien puertas iba muy á su placer caballero sobre un muy hermoso asno. Verdad será que él debia de ir caballero como v. m. dice, respondió Sancho; pero hay gran diferencia del ir caballero al ir atravesado como costal de basura. A lo cual respondió D. Quijote: las feridas que se reciben en las batallas, antes dan honra que la quitan; asiqué, Panza amigo, no me repliques más, sino como ya te he dicho, levántate lo mejor que pudieres, y pónme de la manera que mas te agradare encima de tu jumento, y vamos de aquí antes que la noche venga y nos saltée en este despoblado. Pues yo he oido decir á v. m., dijo Panza, que es muy de caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo mas del año, y que lo tienen á mucha ventura. Eso es, dijo D. Quijote, cuando no pueden más, ó cuando estan enamorados; y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña al sol, á la sombra y á las inclemencias del cielo dos años sin que lo supiese su señora, y uno destos fué Amadís, cuando llamándose Beltenébros se alojó en la Peña Pobre, ni sé si ocho años ú

8 Yazgo.

ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta; basta que él estuvo allí haciendo penitencia por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana; pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba antes que suceda otra desgracia al jumento como á Rocinante. Aún ahí seria el diablo, dijo Sancho; y despidiendo treinta ayes y sesenta sospiros, y ciento veinte pésetes y reniegos de quien allí le habia traido, se levantó quedándose agobiado en la mitad del camino como arco turquesco sin poder acabar de enderezarse; y con todo este trabajo aparejó su asno, que tambien habia andado algo distraido con la demasiada libertad de aquel dia: levantó luego á Rocinante, el cual si tuviera lengua con que quejarse, á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolucion, Sancho acomodó á D. Quijote sobre el asno, y puso de reata á Rocinante, y llevando al asno del cabestro, se encaminó poco mas ó menos hácia donde le pareció que podia estar el camino real; y la suerte que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aún no hubo andado una pequeña legua, cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta, que á pesar suyo y gusto de D. Quijote habia de ser castillo: porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo, y tanto duró la porfía, que tuvieron lugar sin acabarla de llegar á la venta, en la cual Sancho se entró sin mas averiguacion con toda su recua.

CAPITULO XIII.

De lo que sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo.

El ventero, que vió á D. Quijote atravesado en el asno, preguntó á Sancho qué mal traia. Sancho le respondió que no era nada, sino que habia dado una caida de una peña abajo, y que venia algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por mujer á una, no de la condicion que suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa, y se dolia de las calamidades de sus prójimos; y así acudió luego á curar á D. Quijote, é hizo que una hija suya doncella, muchacha y de muy buen parecer, la ayudase á curar á su huésped. Servia en la venta asimismo una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del uno ojo tuerta y del otro no muy sana: verdad es que la gallardia del cuerpo suplia las demas faltas: no tenia siete palmos de los piés á la cabeza, y las espaldas, que algun tanto le cargaban, la hacian mirar al suelo mas de lo que ella quisiera. Esta gentil moza, pues, ayudó á la doncella, y las dos hicieron una muy mala cama á D. Quijote en un camaranchon que daba manifiestos indicios de que habia servido de pajar muchos años, en el cual tambien alojaba un arriero, que tenia su cama hecha un poco mas allá de la de nuestro D. Quijote, y aunque era

de las enjalmas y mantas de sus machos, hacía mucha ventaja á la de D. Quijote, que sólo contenia cuatro mal lisas tablas sobre dos no muy iguales bancos, y un colchon que en lo sutil parecia colcha, lleno de bodoques, que á no mostrar que eran de lana por algunas roturas, al tiento en la dureza semejaban de guijarro, y dos sábanas hechas de cuero de adarga [1], y una frazada, cuyos hilos, si se quisieran contar, no se perdiera uno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostó D. Quijote; y luego la ventera y su hija le emplastaron de arriba abajo, alumbrándoles Maritornes, que así se llamaba la asturiana; y como al bizmalle viese la ventera tan acardenalado á partes á D. Quijote, dijo que aquello mas parecian golpes que caida. No fueron golpes, dijo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos y tropezones, y que cada uno habia hecho su cardenal, y tambien le dijo: haga v. m., señora, de manera que queden algunas estopas, que no faltará quien las haya menester, que tambien me duelen á mí un poco los lomos. ¿Desa manera, respondió la ventera, tambien debistes vos de caer? No caí, dijo Sancho Panza, sino que del sobresalto que tomé de ver caer á mi amo, de tal manera me duele á mí el cuerpo que me parece que me han dado mil palos. Bien podria ser eso, dijo la doncella, que á mí me ha acontecido muchas veces soñar que caia de una torre abajo, y que nunca acababa de llegar al suelo, y cuando despertaba del sueño, hallarme tan molida y quebrantada como si verdaderamente hubiera caido. Ahí está el toque, señora, respondió Sancho Panza, que yo sin soñar nada, sino estando mas despierto que ahora estoy, me hallo con pocos menos cardenales que mi señor D. Quijote. ¿Cómo se llama este caballero, preguntó la asturiana Maritornes? D. Quijote de la Mancha, respondió Sancho Panza, y es caballero aventurero, y de los mejores y mas fuertes que de luengos tiempos acá se han visto en el mundo. ¿Qué es caballero aventurero? replicó la moza. ¿Tan nueva sois en el mundo que no lo sabeis vos? Pues sabed, hermana mia, que caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador: hoy está la mas desdichada criatura del mundo y la mas menesterosa, y mañana tendrá dos ó tres coronas de reinos que dar á su escudero. ¿Pues cómo vos, siéndolo deste tan buen señor, dijo la ventera, no teneis á lo que parece siquiera algun condado? Aún es temprano, respondió Sancho, porque no ha sino un mes que andamos buscando las aventuras, y hasta ahora no hemos topado con ninguna que lo sea, y tal vez hay que se busca una cosa y se halla otra: verdad es que si mi señor D. Quijote sana de esta herida ó caida, y yo no quedo contrecho [2] della, no trocaria mis esperanzas con el mejor título de España. Todas estas pláticas estaba escuchando

1 Cuero de búfalo. 2 Contrahecho.

muy atento D. Quijote, y sentándose en el lecho como pudo, tomando de la mano á la ventera, le dijo: creedme, fermosa señora, que os podeis llamar venturosa por haber alojado en este vuestro castillo á mi persona, que es tal, que si yo no la alabo es por lo que suele decirse, que la alabanza propia envilece; pero mi escudero os dirá quien soy: solo os digo que tendré eternamente escrito en mi memoria el servicio que me habedes fecho, para agradecéroslo mientras la vida me durare; y pluguiera á los altos cielos que el amor no me tuviera tan rendido y tan sujeto á sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata que digo entre mis dientes, que los desta fermosa doncella fueran señores de mi libertad. Confusas estaban la ventera y su hija y la buena Maritornes oyendo las razones del andante caballero, que así las entendian como si hablára en griego, aunque bien alcanzaron que todas se encaminaban á ofrecimientos y requiebros; y como no usadas á semejante lenguaje, mirábanle y admirábanse, y parecíales otro hombre de los que se usaban, y agradeciéndole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dejaron; y la asturiana Maritornes curó á Sancho, que no menos lo habia menester que su amo.

Habia el arriero concertado con ella que aquella noche departirian juntos, y ella le habia dado su palabra de que en estando sosegados los huéspedes y durmiendo sus amos, le iria á buscar al propósito. Pero fué el caso que el duro, estrecho, apocado y fementido lecho de D. Quijote estaba primero en mitad de aquel estrellado [3] establo, y luego junto á él hizo el suyo Sancho, que solo contenia una estera de enea y una manta que antes mostraba ser de anjeo tundido [4] que de lana. Sucedia á estos dos lechos el del arriero, fabricado, como se ha dicho, de las enjalmas y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traia, aúnque eran doce, lúcios, gordos y famosos, porque era uno de los ricos arrieros de Arévalo, segun lo dice el autor desta historia, que deste arriero hace particular mencion, porque le conocia muy bien, y aún quieren decir que era algo pariente suyo. Digo, pues, que despues de haber visitado el arriero á su recua y dádole el segundo pienso, se tendió en sus enjalmas, y se dió á esperar á su puntualísima Maritornes. Ya estaba Sancho bizmado y acostado, y aunque procuraba dormir no lo consentia el dolor de sus sostillas, y D. Quijote con el dolor de las suyas tenia los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaba en silencio, y en toda ella no habia otra luz que la que daba una lámpara que colgada en medio del portal ardia. Esta maravillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro caballero traia de los sucesos que á cada

3 Destechado y descubierto, desde el cual se veian las estrellas. 4 *Anjeo*, tela basta y grosera, llamada así porque se traia de la provincia de *Anjou* en Francia.

paso se cuentan en los libros autores de su desgracia, le trujeron á la imaginacion una de las extrañas locuras que buenamente imaginarse pueden; y fué que él se imaginó haber llegado á un famoso castillo (que como se ha dicho castillos eran á su parecer todas las ventas donde alojaba), y que la hija del ventero lo era del señor del castillo, la cual vencida de su gentileza se habia enamorado dél, y prometido que aquella noche á furto de sus padres vendria á yacer con él una buena pieza; y teniendo toda esta quimera que él se habia fabricado por firme y valedera, se comenzó á acuitar y á pensar en el peligroso trance en que su honestidad se habia de ver, y propuso en su corazon de no cometer alevosía á su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma reina Ginebra con su dueña Quintañona se le pusiesen delante.

Pensando, pues, en estos disparates, se llegó el tiempo y la hora (que para él fué menguada), de la venida de la asturiana, la cual en camisa y descalza, cogidos los cabellos en una albanega [5] de fustan, con tácitos y atentados pasos entró en el aposento donde los tres alojaban; pero apenas llegó á la puerta cuando D. Quijote la sintió, y sentándose en la cama, á pesar de sus bizmas y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recebir á su fermosa doncella la asturiana, que toda recogida y callando iba con las manos delante buscando á su arriero. Topó con los brazos de D. Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca, y tirándola hácia sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama. Traia en las muñecas unas cuentas de vidrio, pero á él le dieron vislumbres de preciosas perlas orientales: los cabellos, que en alguna manera tiraban á crines, él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escureciera; y el aliento, que sin duda alguna olía á ensalada fiambre y trasnochada, á él le pareció que arrojaba de su boca un olor suave y aromático; y finalmente, él la pintó en su imaginacion de la misma traza y modo que lo habia leido en sus libros de la otra princesa que vino á ver al malferido caballero, vencida de sus amores, con todos los adornos que aquí van puestos. Y era tanta la ceguedad del pobre hidalgo, que ni el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traia en sí la buena doncella le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero; antes le parecia que tenia entre sus brazos á la diosa de la hermosura. Y teniéndola bien asida, con voz amorosa y baja le comenzó á decir tales cosas y tan disparatados despropósitos, que Maritornes estaba congojadísima y trasudando de verse tan asida de D. Quijote, y sin entender ni estar atenta á las razones que le decia, procuraba sin hablar palabra desasirse. El bueno del arriero, á quien tenian

5 Cófia, ó red de tela con que las mujeres recogian los cabellos.

despierto sus malos deseos, desde el punto que entró su coima la sintió, estuvo atentamente escuchando todo lo que D. Quijote decia, y zeloso de que la asturiana le hubiese faltado á la palabra por otro, se fué llegando más al lecho de D. Quijote, y estúvose quedo hasta ver en qué paraban aquellas razones que él no podia entender; pero como vió que la moza forcejeaba por desasirse, y D. Quijote trabajaba por tenerla, pareciéndole mal la burla, enarboló el brazo en alto, y descargó tan terrible puñada sobre las estrechas quijadas del enamorado caballero, que le bañó toda la boca en sangre, y no contento con esto, se le subió encima de las costillas, y con los piés mas que de trote se las paseó todas de cabo á cabo. El lecho, que era un poco endeble y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadidura del arriero, dió consigo en el suelo, á cuyo gran ruido despertó el ventero, y luego imaginó que debian de ser pendencias de Maritornes, porque habiéndola llamado á voces, no respondia. Con esta sospecha se levantó, y encendiendo un candil se fué hácia donde habia sentido la pelaza. La moza, viendo que su amo venia, y que era de condicion terrible, toda medrosa y alborotada, se acogió á la cama de Sancho Panza, que aún dormia, y allí se acorrucó y se hizo un ovillo. El ventero entró diciendo: ¿adónde estás, bribona? á buen seguro que son tus cosas estas. En esto despertó Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de sí, pensó que tenia la pesadilla, y comenzó á dar puñadas á una y otra parte, y entre otras alcanzó con no sé cuantas á Maritornes, la cual sentida del dolor, echando á rodar la honestidad, dió el retorno á Sancho con tantas, que á su despecho le quitó el sueño; el cual, viéndose tratar de aquella manera y sin saber de quién, alzándose como pudo, se abrazó con Maritornes, y comenzaron entre los dos la mas reñida y graciosa escaramuza del mundo. Viendo, pues, el arriero á la lumbre del candil cual andaba su dama, dejando á D. Quijote, acudió á dalle el socorro necesario: lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente, porque fué á castigar á la moza, creyendo sin duda que ella sola era la ocasion de toda aquella armonia. Y así como suele decirse el gato al rato, el rato á la cuerda, la cuerda al palo, daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza, y todos menudeaban con tanta priesa, que no se daban punto de reposo; y fué lo bueno que al ventero se le apagó el candil, y como quedaron á escuras, dábanse tan sin compasion todos á bulto, que á do quiera que ponian la mano no dejaban cosa sana.

Alojaba acaso aquella noche en la venta un cuadrillero [6] de los que llaman de la santa hermandad vieja de Toledo, el cual oyendo asimismo

6 Los ministros de la santa hermandad, llamados así porque salian en cuadrilla.

el extraño estruendo de la pelea, asió de su media vara y de la caja de lata de sus títulos, y entró á escuras en el aposento diciendo: ténganse á la justicia, ténganse á la santa hermandad; y el primero con quien topó fué con el apuñeado de D. Quijote, que estaba en su derribado lecho tendido boca arriba sin sentido alguno, y echándole á tiento mano á las barbas no cesaba de decir: favor á la justicia; pero viendo que el que tenia asido no se bullia ni meneaba, se dió á entender que estaba muerto, y que los que allí dentro estaban eran sus matadores, y con esta sospecha reforzó la voz diciendo: ciérrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aquí á un hombre. Esta voz sobresaltó á todos, y cada cual dejó la pendencia en el grado que le tomó la voz. Retiróse el ventero á su aposento, el arriero á sus enjalmas, la moza á su rancho; solos los desventurados D. Quijote y Sancho no se pudieron mover de donde estaban. Soltó en esto el cuadrillero la barba de D. Quijote, y salió á buscar luz para buscar y prender los delincuentes; mas no la halló, porque el ventero de industria habia muerto la lámpara cuando se retiró á su estancia, y fuéle forzoso acudir á la chimenea, donde con mucho trabajo y tiempo encendió el cuadrillero otro candil.

Habia ya vuelto en este tiempo de su parasísmo D. Quijote, y con el mismo tono de voz con que el dia antes habia llamado á su escudero cuando estaba tendido en el val[7] de las estacas, le comenzó á llamar diciendo: ¿Sancho amigo, duermes? ¿duermes, amigo Sancho? ¿Qué tengo de dormir, pésia á mí? respondió Sancho lleno de pesadumbre y de despecho; que no parece sino que todos los diablos han andado conmigo esta noche. Puédeslo creer así sin duda, respondió D. Quijote, porque ó yo sé poco, ó este castillo es encantado, porque has de saber... mas esto que ahora quiero decirte hásme de jurar que lo tendrás secreto hasta despues de mi muerte. Sí juro, respondió Sancho. Dígolo, replicó D. Quijote, porque soy enemigo de que se quite la honra á nadie. Digo que sí juro, tornó á decir Sancho, que lo callaré hasta despues de los dias de v. m., y plega á Dios que lo pueda descubrir mañana. ¿Tan malas obras te hago, Sancho, respondió D. Quijote, que me querrias ver muerto con tanta brevedad? No es por eso, respondió Sancho, sino porque soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no querria que se me pudriesen de guardadas. Sea por lo que fuere, dijo D. Quijote, que mas fio de tu amor y de tu cortesía; y así has de saber que esta noche me ha sucedido una de las mas extrañas aventuras que yo sabré encarecer, y por contártela en breve sabrás que poco ha que á mí vino la hija del señor deste castillo, que es la mas apuesta y fermosa

7 Valle.

doncella que en gran parte de la tierra se puede hallar. ¡Qué te podria decir del adorno de su persona! ¡qué de su gallardo entendimiento! ¡qué de otras cosas ocultas, que por guardar la fé que debo á mi señora Dulcinea del Toboso dejaré pasar intactas y en silencio! Solo te quiero decir que envidioso el cielo de tanto bien como la ventura me habia puesto en las manos, ó quizá (y esto es lo mas cierto) que como tengo dicho es encantado este castillo, al tiempo que yo estaba con ella en dulcísimos y amorosísimos coloquios, sin que yo la viese ni supiese por donde venia, vino una mano pegada á algun brazo de algun descomunal gigante, y asentóme una puñada en las quijadas, tal que las tengo todas bañadas en sangre, y despues me molió de tal suerte, que estoy peor que ayer cuando los arrieros por demasías de Rocinante nos hicieron el agravio que sabes: por donde conjeturo, que el tesoro de la fermosura desta doncella le debe de guardar algun encantado moro, y no debe de ser para mí. Ni para mí tampoco, respondió Sancho, porque mas de cuatrocientos moros me han aporreado, de manera que el molimiento de las estacas fué tortas y pan pintado. Pero dígame, señor, ¿cómo llama á esta buena y rara aventura habiendo quedado della cual quedamos? Aún v. m. menos mal, pues tuvo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho; pero yo ¿qué tuve sino los mayores porrazos que pienso recebir en toda mi vida? Desdichado de mí y de la madre que me parió, que ni soy caballero andante ni lo pienso ser jamás, y de todas las malandanzas me cabe la mayor parte. ¿Luego tambien estás tú aporreados? repondió D. Quijote. ¿No le he dicho que sí, pese á mi linaje? dijo Sancho. No tengas pena, amigo, que yo haré ahora el bálsamo precioso con que sanarémos en un abrir y cerrar de ojos.

Acabó en esto de encender el candil el cuadrillero, y entró á ver el que pensaba que era muerto, y así como le vió entrar Sancho, viéndole venir en camisa y con su paño de cabeza y candil en la mano, y con una muy mala cara, preguntó á su amo: señor ¿si será este á dicha el moro encantado que nos vuelve á castigar si se dejó algo en el tintero? No puede ser el moro, respondió D. Quijote, porque los encantados no se dejan ver de nadie. Si no se dejan ver, déjanse sentir, dijo Sancho: si no díganlo mis espaldas. Tambien lo podrian decir las mias, respondió D. Quijote; pero no es bastante indicio ese para creer que este que se ve sea el encantado moro. Llegó el cuadrillero, y como los halló hablando en tan sosegada conversacion, quedó suspenso. Bien es verdad que aún D. Quijote se estaba boca arriba sin poderse menear de puro molido y emplastado. Llegóse á él el cuadrillero, y díjole: pues ¿cómo va buen hombre? Hablára yo mas bien criado, respondió D. Quijote, si fuera que vos: ¿úsase en esta tierra hablar desa suerte á los caballeros andantes, majadero? El cuadrillero que se vió tratar tan mal de

un hombre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alzando el candil con todo su aceite dió á D. Quijote con él en la cabeza, de suerte que le dejó muy bien descalabrado: y como todo quedó á escuras salióse luego, y Sancho Panza dijo: sin duda, señor, que este es el moro encantado, y debe de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas y los candilazos. Así es, respondió D. Quijote, y no hay que hacer caso destas cosas de encantamentos, ni hay para qué tomar cólera ni enojo con ellas, que como son invisibles y fantásticas no hallarémos de quien vengarnos aunque mas lo procuremos: levántate, Sancho, si puedes, y llama al alcaide desta fortaleza, y procura que se me dé un poco de aceite, vino, sal y romero para hacer el salutífero bálsamo, que en verdad que creo que lo he bien menester ahora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado. Levantóse Sancho con harto dolor de sus huesos, y fué á escuras donde estaba el ventero, y encontrándose con el cuadrillero, que estaba escuchando en qué paraba su enemigo, le dijo: señor, quien quiera que seais, hacednos merced y beneficio de darnos un poco de romero, aceite, sal y vino, que es menester para curar uno de los mejores caballeros andantes que hay en la tierra, el cual yace en aquella cama malferido por las manos del encantado moro que está en esta venta. Cuando el cuadrillero tal oyó túvole por hombre falto de seso; y porque ya comenzaba á amanecer abrió la puerta de la venta, y llamando al ventero le dijo lo que aquel buen hombre queria. El ventero le proveyó de cuanto quiso, y Sancho se lo llevó á D. Quijote, que estaba con las manos en la cabeza quejándose del dolor del candilazo, que no le habia hecho mas mal que levantarle dos chichones algo crecidos, y lo que él pensaba que era sangre no era sino sudor que sudaba con la congoja de la pasada tormenta. En resolucion, él tomó sus simples, de los cuales hizo un compuesto mezclándolos todos y cociéndolos un buen espacio, hasta que le pareció que estaban en su punto. Pidió luego alguna redoma para echallo, y como no la hubo en la venta, se resolvió de ponello en una alcuza ó aceitera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donacion; y luego dijo sobre la alcuza mas de ochenta *pater-nostres* y otras tantas *ave-marías*, *salves* y *credos*, y á cada palabra acompañaba una cruz á modo de bendicion; á todo lo cual se hallaron presentes Sancho, el ventero y cuadrillero, que ya el arriero sosegadamente andaba entendiendo en el beneficio de sus machos. Hecho esto quiso él mismo hacer luego la experiencia de la virtud de aquel precioso bálsamo que él se imaginaba, y así se bebió de lo que no pudo caber en la alcuza y quedaba en la olla donde se habia cocido casi media azumbre, y apenas lo acabó de beber cuando comenzó á vomitar de manera que no le quedó cosa en el estómago, y con las ánsias y agita-

cion del vómito le dió un sudor copiosísimo, por lo cual mandó que le arropasen y le dejasen solo. Hiciéronlo así, y quedóse dormido mas de tres horas, al cabo de las cuales despertó y se sintió aliviadísimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento que se tuvo por sano, y verdaderamente creyó que habia acertado con el bálsamo de Fierabrás, y que con aquel remedio podia acometer desde allí adelante sin temor alguno cualesquiera riñas, batallas y pendencias por peligrosas que fuesen.

Sancho Panza, que tambien tuvo á milagro la mejoría de su amo, le rogó que le diese á él lo que quedaba en la olla, que no era poca cantidad. Concedióselo D. Quijote, y él tomándola á dos manos con buena fé y mejor talante se la echó á pechos y envasó bien poco menos que su amo. Es pues el caso que el estómago del pobre Sancho no debia de ser tan delicado como el de su amo, y así primero que vomitase le dieron tantas ánsias y bascas con tantos trasudores y desmayos, que él pensó bien que verdaderamente era llegada su última hora; y viéndose tan afligido y congojado maldecia el bálsamo y al ladron que se lo habia dado. Viéndole así D. Quijote, le dijo: yo creo, Sancho, que todo este mal te viene de no ser armado caballero, porque tengo para mí que este licor no debe de aprovechar á los que no lo son. Si eso sabia v. m., replicó Sancho, mal haya yo y toda mi parentela, ¿para qué consintió que lo gustase? En esto hizo su operacion el brebage, y comenzó el pobre escudero á desaguarse por entrambas canales con tanta priesa, que ni la estera de enea sobre que se habia vuelto á echar, ni la manta de angeo con que se cubria, fueron mas de provecho: sudaba y trasudaba con tales parasismos y accidentes, que no solamente él, sino todos pensaron que se le acababa la vida. Duróle esta borrasca y malandanza casi dos horas, al cabo de las cuales no quedó como su amo, sino tan molido y quebrantado que no se podia tener. Pero D. Quijote, que como se ha dicho, se sintió aliviado y sano, quiso partirse luego á buscar aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba, era quitársele al mundo y á los en él menesterosos de su favor y amparo, y mas con la seguridad y confianza que llevaba en su bálsamo; y así forzado deste deseo él mismo ensilló á Rocinante, y enalbardó el jumento de su escudero, á quien tambien ayudó á vestir y á subir en el asno: púsose luego á caballo, y llegándose á un rincon de la venta asió de un lanzon que allí estaba para que le sirviese de lanza. Estábanle mirando todos cuantos habia en la venta, que pasaban de veinte personas; mirábale tambien la hija del ventero, y él tampoco quitaba los ojos della, y de cuando en cuando arrojaba un suspiro que parecia que lo arrancaba de lo profundo de sus entrañas, y todos pensaban que debia de ser del dolor que sentia en las costillas, á lo menos

pensábanlo aquellos que la noche antes le habian visto bizmar. Ya que estuvieron los dos á caballo, puesto á la puerta de la venta llamó al ventero, y con voz muy reposada y grave, le dijo: muchas y muy grandes son las mercedes, señor alcaide, que en este vuestro castillo he recibido, y quedo obligadísimo á agradecéroslas todos los dias de mi vida. Si os las puedo pagar en haceros vengado de algun soberbio que os haya fecho algun agravio, sabed que mi oficio no es otro sino valer á los que poco pueden, y vengar á los que reciben tuertos, y castigar alevosías: recorred vuestra memoria, y si hallais alguna cosa deste jaez que encomendarme, no hay sino decilla, que yo os prometo por la órden de caballero que recebí de faceros satisfecho y pagado á toda vuestra voluntad. El ventero le respondió con el mismo sosiego: señor caballero, yo no tengo necesidad de que v. m. me vengue ningun agravio, porque yo sé tomar la venganza que me parece cuando se me hace: solo he menester que v. m. me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, así de la paja y cebada de sus dos bestias, como de la cena y camas. ¿Luego venta es esta? replicó D. Quijote. Y muy honrada, respondió el ventero. Engañado he vivido hasta aquí, respondió D. Quijote, que en verdad que pensé que era castillo, y no malo, pero pues es así que no es castillo, sino venta, lo que se podrá hacer por ahora es que perdoneis por la paga, que yo no puedo contravenir á la órden de los caballeros andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta ahora haya leido cosa en contrario) que jamás pagaron posada ni otra cosa en venta donde estuviesen, porque se les debe de fuero y de derecho cualquier buen acogimiento que se les hiciere en pago del insufrible trabajo que padecen buscando las aventuras de noche y de dia, en invierno y en verano, á pié y á caballo, con sed y con hambre, con calor y con frio, sujetos á todas las inclemencias del cielo y á todos los incómodos de la tierra. Poco tengo yo que ver en eso, respondió el ventero; págueseme lo que se me debe, y dejémonos de cuentos ni de caballerías; que yo no tengo cuenta con otra cosa que con cobrar mi hacienda. Vos sois un sandio y mal hostalero, respondió D. Quijote, y poniendo piernas á Rocinante, y terciando su lanzon se salió de la venta sin que nadie le detuviese; y él sin mirar si le seguia su escudero se alongó un buen trecho.

El ventero que le vió ir y que no le pagaba, acudió á cobrar de Sancho Panza, el cual dijo que pues su señor no habia querido pagar, que tampoco él pagaria, porque siendo él escudero de caballero andante como era, la mesma regla y razon corria por él como por su amo en no pagar cosa alguna en los mesones y ventas. Amohinóse mucho desto el ventero, y amenazóle que si no le pagaba que lo cobraria de modo que le pesase. A lo cual Sancho respondió que por la ley de caballeria que

su amo habia recebido no pagaria un solo cornado [8] aunque le costase la vida, porque no habia de perder por él la buena y antigua usanza de los caballeros andantes, ni se habian de quejar dél los escuderos de los tales que estaban por venir al mundo, reprochándole el quebrantamiento de tan justo fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que entre la gente que estaba en la venta se hallasen cuatro perailes de Segovia [9], tres agujeros del potro de Córdoba y dos vecinos de la heria de Sevilla [10], gente alegre, bien intencionada [11], maleante y juguetona, los cuales casi como instigados y movidos de un mismo espíritu, se llegaron á Sancho, y apeándole del asno, uno dellos entró por la manta de la cama del huésped, y echándole en ella alzaron los ojos y vieron que el techo era algo mas bajo de lo que habian menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenia por límite el cielo, y allí, puesto Sancho en mitad de la manta, comenzaron á levantarle en alto, y á holgarse con él como con perro por carnestolendas. Las voces que el mísero manteado daba fueron tantas, que llegaron á los oidos de su amo, el cual deteniéndose á escuchar atentamente, creyó que alguna nueva aventura le venia, hasta que claramente conoció que el que gritaba era su escudero, y volviendo las riendas, con un penado [12] galope llegó á la venta, y hallándola cerrada, la rodeó por ver si hallaba por donde entrar; pero no hubo llegado á las paredes del corral, que no eran muy altas, cuando vió el mal juego que se le hacia á su escudero. Vióle bajar y subir por el aire con tanta gracia y presteza, que si la cólera le dejára tengo para mí que se riera. Probó á subir desde el caballo á las bardas, pero estaba tan molido y quebrantado, que aún apearse no pudo, y así desde encima del caballo comenzó á decir tantos denuestos y baldones á los que á Sancho manteaban, que no es posible acertar á escrebillos; mas no por esto cesaban ellos de su risa y de su obra, ni el volador Sancho dejaba sus quejas, mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos; mas todo aprovechaba poco ni aprovechó hasta que de puro cánsados le dejaron. Trujéronle allí su asno, y subiéndole encima le arroparon con su gaban, y la compasiva de Maritornes, viéndole tan fatigado, le pareció ser bien socorrelle con un jarro de agua, y así se le trújo del pozo por ser mas fria. Tomóle Sancho, y llevándole á la boca se paró á las voces que su amo le daba diciendo: hijo Sancho, no bebas agua; hijo, no la bebas, que te matará: ves, aquí tengo el santísimo

8 Moneda muy baja de ley: tres coronados valian una *blanca*. 9 Anagrama de *pelaires*, que eran ciertos operarios de las fábricas de paños, llamados así porque trabajaban en ellos colgados al aire.—*Agujeros*, fabricantes ó revendedores de agujas.—*Potro de Córdoba*, uno de los parajes de España de mayor concurso de gente baladí y mal entretenida. 10 De cierta sociedad de tahures y rateros. 11 *Gente bien intencionada*, dicho por ironía. 12 Trabajoso.

bálsamo (y enseñábale la alcuza del brebaje), que con dos gotas que dél bebas sanarás sin duda. A estas voces volvió Sancho los ojos como de través, y dijo con otras mayores: ¿por dicha hásele olvidado á v. m. como yo no soy caballero, ó quiere que acábe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche? Guárdese su licor con todos los diablos, y déjeme á mí, y el acabar de decir esto y el comenzar á beber todo fué uno; mas como al primer trago vió que era agua, no quiso pasar adelante, y rogó á Maritornes que se le trujese de vino, y así lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagó de su mismo dinero, porque en efecto se dice de ella que aunque estaba en aquel trato tenia unas sombras y lejos de cristiana. Así como bebió Sancho, dió de los carcaños [11] á su asno, y abriéndole la puerta de la venta de par en par, se salió della muy contento de no haber pagado nada y de haber salido con su intencion, aunque habia sido á costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es que el ventero se quedó con sus alforjas en pago de lo que se le debia, mas Sancho no las echó menos segun salió turbado.

CAPITULO XIV.

Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor D. Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas.

Llegó Sancho á su amo marchito y desmayado, tanto, que no podia arrear á su jumento. Cuando así le vió D. Quijote le dijo: ahora acabo de creer, Sancho bueno, que aquel castillo ó venta es encantado sin duda, porque aquellos que tan atrozmente tomaron pasatiempo contigo ¿qué podian ser sino fantasmas y gente del otro mundo? Y confirmo esto por haber visto que cuando estaba por las bardas del corral mirando los actos de tu triste tragedia, no me fué posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rocinante, porque me debian de tener encantado; que te juro por la fé de quien soy que si pudiera subir ó apearme, que yo te hiciera vengado de manera que aquellos follones [1] y malandrines se acordáran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contravenir á las leyes de caballeria, que como ya muchas veces te he dicho no consienten que caballero ponga mano contra quien no lo sea, si no fuere en defensa de su propia vida y persona en caso de urgente y gran necesidad. Tambien me vengára yo si pudiera, fuera ó no fuera armado caballero; pero no pude, aunque tengo para mí que aquellos que se holgaron conmigo no eran fantasmas ni hombres encantados como v. m. dice, sino hombres de carne y hueso como nosotros, y todos, segun

13 Arreó á su asno. 1 Insensatos, vanos.

los oí nombrar cuando me volteaban, tenian sus nombres, que el uno se llamaba Pedro Martinez, el otro Tenorio Hernandez, y el ventero oí que se llamaba Juan Palomeque el Zurdo; así que, señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del caballo, en él estuvo que en encantamentos; y lo que yo saco en limpio de todo esto es, que estas aventuras que andamos buscando al cabo al cabo nos han de traer á tantas desventuras, que no sepamos cual es nuestro pié derecho; y lo que seria mejor y mas acertado, segun mi poco entendimiento, fuera el volvernos á nuestro lugar ahora que es tiempo de la siega, y de entender en la hacienda, dejándonos de andar de ceca en meca [2] y de zoca en colodra, como dicen. ¡Qué poco sabes, Sancho, respondió D. Quijote, de achaque de caballería! Calla y ten paciencia, que dia vendrá donde veas por vista de ojos cuan honrosa cosa es andar en este ejercicio: sinó, díme ¿qué mayor contento puede haber en el mundo, ó qué gusto puede igualarse al de vencer una batalla, y al de triunfar de su enemigo? ninguno sin duda alguna. Así debe de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo sé; solo sé que despues que somos caballeros andantes, ó v. m. lo es (que yo no hay para qué me cuente en tan honroso número), jamás hemos vencido batalla alguna, sino fué la del vizcaino, y aún de aquella salió v. m. con media oreja y media celada menos: que despues acá todo ha sido palos y mas palos, puñadas y mas puñadas, llevando yo de ventaja el manteamiento, y haberme sucedido por personas encantadas de quien no puedo vengarme, para saber hasta dónde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como v. m. dice. Esa es la pena que yo tengo y la que tú debes tener, Sancho, respondió D. Quijote; pero de aquí adelante yo procuraré haber á las manos alguna espada hecha por tal maestria, que al que la trujere consigo no le puedan hacer ningun género de encantamentos, y aún podria ser que me deparase la ventura aquella de Amadís cuando se llamaba *El Caballero de la ardiente espada*, que fué una de las mejores espadas que tuvo caballero en el mundo, porque fuera que tenia la virtud dicha, cortaba como una navaja, y no habia armadura, por fuerte y encantada que fuese, que se le parase delante. Yo soy tan venturoso, dijo Sancho, que cuando eso fuese, y v. m. viniese á hallar espada semejante, solo vendria á servir y aprovechar á los armados caballeros, como el bálsamo, y á los escuderos que se los papen duelos [3]. No temas eso, Sancho, dijo D. Quijote, que mejor lo hará el cielo contigo.

En estos coloquios iban D. Quijote y su escudero, cuando vió D. Quijote que por el camino que iban venia hácia ellos una gran-

2 Salir de un peligro y entrar en otro mayor. 3 Que penen, que sufran.

de y espesa polvareda, y en viéndola, se volvió á Sancho y le dijo: este es el dia, ó Sancho, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte: este es el dia, digo, en que se ha de mostrar tanto como en otro alguno, el valor de mi brazo, y en el que tengo de hacer obras que queden escritas en el libro de la fama por todos los venideros siglos. ¿Ves aquella polvareda que allí se levanta, Sancho? pues toda es cuajada de un copiosísimo ejército que de diversas é innumerables gentes por allí viene marchando. A esa cuenta dos deben de ser, dijo Sancho, porque desta parte contraria se levanta asimesmo otra semejante polvareda. Volvió á mirarlo D. Quijote; vió que así era la verdad, y alegrándose sobremanera, pensó sin duda alguna que eran dos ejércitos que venian á embestirse y á encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura, porque tenia á todas horas y momentos llena la fantasia de aquellas batallas, encantamentos, sucesos, desatinos, amores, desafios que en los libros de caballerias se cuentan; y todo cuanto hablaba, pensaba ó hacia era encaminado á cosas semejantes, y la polvareda que habia visto la levantaban dos grandes manadas de ovejas y carneros que por aquel mismo camino de dos diferentes partes venian, las cuales con el polvo no se echaron de ver hasta que llegaron cerca; y con tanto ahinco afirmaba D. Quijote que eran ejércitos, que Sancho lo vino á creer y á decirle: señor, ¿pues qué hemos de hacer nosotros? ¿Qué? dijo D. Quijote, favorecer y ayudar á los menesterosos y desvalidos: y has de saber, Sancho, que este que viene por nuestra frente le conduce y guia el grande emperador Alifanfaron, señor de la grande isla Trapobana [4]; este otro que á mis espaldas marcha es el de su enemigo el rey de los Garamantas [5] Pentapolin del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo. ¿Pues por qué se quieren tan mal estos dos señores? preguntó Sancho. Quiérense mal, respondió D. Quijote, porque este Alifanfaron es un furibundo pagano y está enamorado de la hija de Pentapolin, que es una muy fermosa y ademas agraciada señora, y es cristiana, y su padre no se la quiere entregar al rey pagano sinó deja primero la ley de su falso profeta Mahoma y se vuelve á la suya. Para mis barbas [6], dijo Sancho, si no hace muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en cuanto pudiere. En eso harás lo que debes, Sancho, dijo D. Quijote, porque para entrar en batallas semejantes no se requiere ser armado caballero. Bien se me alcanza eso, respondió Sancho; ¿pero dónde pondremos á este asno que estemos ciertos de hallarle despues de pasada la refriega? porque el entrar en ella en semejante caballeria no creo que está en uso hasta ahora. Así es

4 Isla de Ceilan en la antigüedad. 5 Pueblos del interior de Africa. 6 Fórmula familiar de juramento.

verdad, dijo D. Quijote; lo que puedes hacer dél es dejarle á sus aventuras, ahora se pierda ó no, porque serán tantos los caballos que tendremos despues que salgamos vencedores, que aún corre peligro Rocinante no le trueque por otro; pero estáme atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros mas principales que en estos dos ejércitos vienen; y para que mejor los veas y notes, retirémonos á aquel altillo que allí se hace, de donde se deben descubrir los dos ejércitos. Hiciéronlo así, y pusiéronse sobre una loma, desde la cual se verian bien las dos manadas, que á D. Quijote se le hicieron ejércitos, si las nubes del polvo que levantaban no les turbáran y cegáran la vista; pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia ni habia, con voz levantada comenzó á decir:

Aquel caballero que allí ves de las armas jaldes [7], que trae en el escudo un leon coronado rendido á los piés de una doncella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolembo, gran duque de Quirocia: el otro de los miembros giganteos que está á su derecha mano es el nunca medroso Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo una puerta, que segun fama es una de las del templo que derribó Sanson cuando con su muerte se vengó de sus enemigos; pero vuelve los ojos á estotra parte, y verás delante y en la frente de estotro ejército al siempre vencedor y jamás vencido Timonel de Carcajona, príncipe de la Nueva Vizcaya, que viene armado con las armas partidas á cuarteles azules, verdes, blancas y amarillas, y trae en el escudo un gato de oro en campo leonado, con una letra que dice: *Miu*, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dice es la sin par Miulina, hija del duque Alfeñiquen del Algarbe: el otro que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana [8], que trae las armas como nieve blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nacion francés, llamado Pierres Papin, señor de las baronías de Utrique: el otro que bate las ijadas con los herrados carcaños á aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso duque de Nerbia Espartafilardo del bosque, que trae por empresa en el escudo una esparraguera con una letra en castellano que dice así: *Rastrea mi suerte*. Y desta manera fué nombrando muchos caballeros del uno y del otro escuadron que él se imaginaba, y á todos les dió sus armas, colores, empresas y motes de improviso, llevado de la imaginacion de su nunca vista locura; y sin parar prosiguió diciendo: á este escuadron frontero forman y hacen

7 De color de oro ó amarillo. 8 Yegua grande y desmesurada.

gentes de diversas naciones: aquí estan los que beben las dulces aguas del famoso Janto, los montuosos que pisan los masílicos campos, los que criban el finísimo y menudo oro en la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riberas del claro Termodonte, los que sangran por muchas y diversas vias al dorado Pactolo, los númidas dudosos en sus promesas, los persas en arcos y flechas famosos, los partos, los medos que pelean huyendo, los árabes de mudables casas, los escitas tan crueles como blancos, los etiopes de horadados labios, y otras infinitas naciones cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo. En estotro escuadron vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los que pisan los tartésios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los elíseos jerezanos prados, los manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frio del silvoso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino: finalmente, cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra.

¡Válame Dios, y cuántas provincias dijo, cuantas naciones nombró, dándole á cada una con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo absorto y empapado en lo que habia leido en sus libros mentirosos! Estaba Sancho Panza colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvia la cabeza á ver si veia los caballeros y gigantes que su amo nombraba, y como no descubria á ninguno, le dijo: señor, encomiendo al diablo, hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos v. m. dice parece por todo esto: á lo menos yo no los veo, quizá todo debe de ser encantamento, como las fantasmas de anoche. ¿Cómo dices eso? respondió D. Quijote; ¿no oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores? No oigo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ovejas y carneros, y así era la verdad, porque ya llegaban cerca los dos rebaños. El miedo que tienes dijo D. Quijote, te hace Sancho, que ni veas ni oyas á derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos, y hacer que las cosas no parezcan lo que son; y si es que tanto temes, retírate á una parte y déjame solo, que solo basto á dar la vitoria á la parte á quien yo diere mi ayuda; y diciendo esto puso las espuelas á Rocinante, y puesta la lanza en el ristre bajó de la costezuela como un rayo. Dióle voces Sancho diciéndole: vuélvase v. m., señor D. Quijote, que voto á Dios que son carneros y ovejas las que va á embestir: vuélvase,

desdichado del padre que me engendró: ¡qué locura es esta! mire que no hay gigante, ni caballero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos ni enteros, ni veros azules ni endiablados; ¿qué es lo que hace? pecador soy yo á Dios! Ni por esas volvió D. Quijote, antes en altas voces iba diciendo: ea caballeros, los que seguís y militais debajo de las banderas del valeroso emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos, vereis cuan fácilmente le doy venganza de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto diciendo se entró por medio del escuadron de las ovejas; y comenzó de alancealas con tanto coraje y denuedo, como si de veras alanceára á sus mortales enemigos. Los pastores y ganaderos que con la manada venian dábanle voces que no hiciese aquello; pero viendo que no aprovechaban, desciñéronse las hondas y comenzaron á saludalle los oidos con piedras como el puño. D. Quijote no se curaba de las piedras, antes discurriendo á todas partes decia: adónde estás, soberbio Alifanfaron, vente á mí, que un caballero solo soy que desea de solo á solo probar tus fuerzas, y quitarte la vida en pena de la que das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegó en esto una peladilla de arroyo; y dándole en un lado le sepultó dos costillas en el cuerpo. Viéndose tan maltrecho creyó sin duda que estaba muerto ó mal ferido, y acordándose de su licor sacó su alcuza y púsosela á la boca, y comenzó á echar licor en el estómago: mas antes que acabase de envasar lo que á él le parecia que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y machacándole malamente dos dedos de la mano. Tal fué el golpe primero y tal el segundo, que le fué forzoso al pobre caballero dar consigo del caballo abajo. Llegáronse á él los pastores, y creyeron que le habian muerto, y así con mucha priesa recogieron su ganado, y cargaron las reses muertas que pasaban de siete, y sin averiguar otra cosa se fueron.

Estábase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta mirando las locuras que su amo hacía, y arrancábase las barbas maldiciendo la hora y el punto en que la fortuna se le habia dado á conocer: viéndole pues caido en el suelo, y que ya los pastores se habian ido, bajó de la cuesta y llegóse á él, y hallóle de muy mal arte, aunque no habia perdido el sentido, y díjole: ¿no le decia yo, señor D. Quijote, que se volviese, que los que iba á acometer no eran ejércitos sino manadas de carneros? Como eso puede desaparecer y contrahacer aquel ladron del sabio mi enemigo: sábete, Sancho, que es muy fácil cosa á los tales hacernos parecer lo que quieren, y este maligno que me persigue, envidioso de la gloria que vió que yo habia de alcanzar desta batalla, ha vuelto los escuadrones de enemigos en manadas de ovejas: sinó, haz una

cosa, Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo: sube en tu asno, y síguelos bonitamente, y verás como en alejándose de aquí algun poco, se vuelven en su ser primero, y dejando de ser carneros, son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero. Pero no vayas ahora, que he menester tu favor y ayuda; llégate á mí, y mira cuantas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegóse Sancho tan cerca que casi le metia los ojos en la boca, y fué á tiempo que ya habia obrado el bálsamo en el estómago de D. Quijote, y al tiempo que Sancho llegó á mirarle la boca, arrojó de sí mas recio que una escopeta cuanto dentro tenia, y dió con todo ello en las barbas del compasivo escudero. ¡Santa María! dijo Sancho, ¿y qué es esto que me ha sucedido? Sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca; pero reparando un poco mas en ello, echó de ver en la color, sabor y olor que no era sangre, sino el bálsamo de la alcuza que él le habia visto beber, y fué tanto el asco que tomó, que revolviéndosele el estómago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudió Sancho á su asno para sacar de las alforjas con que limpiarse, y con que curar á su amo, y como no las halló, estuvo á punto de perder el juicio: maldíjose de nuevo, y propuso en su corazon de dejar á su amo, y volverse á su tierra, aunque perdiese el salario de lo servido y las esperanzas del gobierno de la prometida ínsula.

Levantóse en esto D. Quijote, y puesta la mano izquierda en la boca, porque no se le acabasen de salir los dientes, asió con la otra las riendas de Rocinante, que nunca se habia movido de junto á su amo (tal era de leal y bien acondicionado), y fuese adonde su escudero estaba de pechos sobre su asno con la mano en la mejilla en guisa de hombre pensativo ademas; y viéndole D. Quijote de aquella manera con muestras de tanta tristeza, le dijo: sábete, Sancho, que no es un hombre mas que otro, sinó hace mas que otro: todas estas borrascas que nos suceden, son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y han de sucedernos bien las cosas; porque no es posible que el mal ni el bien sean durables, y de aquí se sigue, que habiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca: así que no debes congojarte por las desgracias que á mí me suceden, pues á tí no te cabe parte dellas. ¿Cómo no? respondió Sancho; ¿por ventura el que ayer mantearon era otro que el hijo de mi padre? ¿y las alforjas que hoy me faltan con todas mis alhajas, son de otro que del mismo? ¿Qué, te faltan las alforjas, Sancho? dijo D. Quijote. Si que me faltan, respondió Sancho. Dese modo no tenemos que comer hoy, replicó D. Quijote. Eso fuera, respondió Sancho, cuando faltáran por estos prados las yerbas que

v. m. dice que conoce, con que suelen suplir semejantes faltas los tan mal aventurados caballeros andantes como v. m. es. Con todo eso, respondió D. Quijote, tomára yo ahora mas aina [9] un cuartal de pan, ó una hogaza y dos cabezas de sardinas arenques, que cuantas yerbas describe Dioscórides, aunque fuera el ilustrado por el doctor Laguna; mas con todo esto sube en tu jumento, Sancho el bueno, y vente tras mí, que Dios, que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y mas andando tan en su servicio como andamos, pues no falta á los mosquitos del aire, ni á los gusanillos de la tierra, ni á los renacuajos del agua, y es tan piadoso que hace salir su sol sobre los buenos y malos, y llueve sobre los injustos y justos. Mas bueno era v. m., dijo Sancho, para predicador que para caballero andante. De todo sabian y han de saber los caballeros andantes, Sancho, dijo D. Quijote, porque caballero andante hubo en los pasados siglos que así se paraba á hacer un sermon ó plática en mitad de un camino real, como si fuera graduado por la universidad de París; de donde se infiere que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza. Ahora bien, sea así como v. m. dice, respondió Sancho, vamos ahora de aquí, y procuremos donde alojar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no haya mantas, ni manteadores, ni fantasmas, ni moros encantados, que si los hay daré al diablo el hato y el garabato [10]. Pídeselo tú á Dios, hijo, dijo D. Quijote, y guia tú por donde quisieres, que esta vez quiero dejar á tu eleccion el alojarnos; pero dame acá la mano, y atiéntame con el dedo, y mira bien cuantos dientes y muelas me faltan deste lado derecho de la quijada alta, que allí siento el dolor. Metió Sancho los dedos, y estándole atentando le dijo: ¿cuántas muelas solia v. m. tener en esta parte? Cuatro, respondió D. Quijote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas. Mire v. m. bien lo que dice, señor, respondió Sancho. Digo cuatro, si no eran cinco, respondió D. Quijote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caido, ni comido de neguijon ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho, no tiene v. m. mas de dos muelas y media; y en la de arriba ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. ¡Sin ventura yo! dijo D. Quijote oyendo las tristes nuevas que su escudero le daba, que mas quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada; porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar un diente que un diamante; mas á todo esto estamos sujetos los que profesamos la estrécha órden de la caballeria: sube amigo, y guia, que yo te seguiré al paso que quisieres. Hízolo así Sancho; y encaminóse

9 Bien, fácilmente, pronto. 10 Renegaré de todo.

hácia donde le pareció que podia hallar acogimiento sin salir del camino real, que por allí iba muy seguido. Yéndose pues poco á poco, porque el dolor de las quijadas de D. Quijote no le dejaba sosegar ni atender á darse priesa, quiso Sancho entretenelle y divertirle diciéndole alguna cosa, y entre otras que le dijo fué lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XV.

De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos.

Paréceme, señor mio, que todas estas desventuras que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna, han sido pena del pecado cometido por v. m. contra la órden de su caballeria, no habiendo cumplido el juramento que hizo de no comer pan á manteles ni con la reina folgar, con todo aquello que á esto se sigue y v. m. juró de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino [1] ó como se llama el moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon, Sancho, dijo D. Quijote; mas para decirte verdad, ello se me habia pasado de la memoria, y tambien puedes tener por cierto que por la culpa de no habérmelo tú acordado en tiempo, te sucedió aquello de la manta; pero yo haré la enmienda, que modos hay de composicion en la órden de la caballeria para todo. ¿Pues juré yo algo por dicha? respondió Sancho. No importa que no hayas jurado, dijo D. Quijote: basta que yo entiendo que de participantes no estás muy seguro, y por sí ó por no, no será malo proveernos de remedio. Pues si ello es así, dijo Sancho, mire v. m. no se le torne á olvidar esto como lo del juramento; quizá les volverá la gana á las fantasmas de solazarse otra vez conmigo, y aún con v. m. si le ven tan pertinaz.

En estas y otras pláticas les tomó la noche en mitad del camino sin tener ni descubrir donde aquella noche se recogiesen; y lo que no habia de bueno en ello, era que perecian de hambre, que con la falta de las alforjas les faltó toda la despensa y matalotaje. Y para acabar de confirmar esta desgracia les sucedió una aventura, que sin artificio alguno verdaderamente lo parecia, y fué que yendo desta manera, la noche escura, el escudero hambriento, y el amo con ganas de comer, vieron, que por el mismo camino que iban, venian hácia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas que se movian. Pasmóse Sancho en viéndolas, y D. Quijote no las tuvo todas consigo: tiró el uno del cabestro á su asno, y el otro de las riendas á su rocino,

1 El yelmo de Mambrino.

y estuvieron quedos mirando atentamente lo que podia ser aquello, y vieron que las lumbres se iban acercando á ellos, y mientras mas se llegaban mayores parecian, á cuya vista Sancho comenzó á temblar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le erizaron á D. Quijote, el cual animándose un poco dijo: esta sin duda, Sancho, debe de ser grandísima y peligrosísima aventura, donde será necesario que yo muestre todo mi valor y esfuerzo. ¡Desdichado de mí! respondió Sancho, si acaso esta aventura fuese de fantasmas como me lo va pareciendo, ¿adónde habrá costillas que la sufran? Por mas fantasmas que sean, dijo D. Quijote, no consentiré yo que te toquen en el pelo de la ropa, que si la otra vez se burlaron contigo, fué por que no pude saltar las paredes del corral; pero ahora estamos en campo raso, donde podré yo como quisiere esgrimir mi espada. Y si le encantan y entomecen, como la otra vez lo hicieron, dijo Sancho, ¿qué aprovechará estar en campo abierto ó no? Con todo eso, replicó D. Quijote, te ruego, Sancho, que tengas buen ánimo, que la experiencia te dará á entender el que yo tengo. Si tendré, si á Dios place, respondió Sancho, y apartándose los dos á un lado del camino, tornaron á mirar atentamente lo que aquello de aquellas lumbres que caminaban podia ser, y de allí á muy poco descubrieron muchos encamisados [2], cuya temerosa vision de todo punto remató el ánimo de Sancho Panza, el cual comenzó á dar diente con diente como quien tiene frio de cuartana, y creció mas el batir y dentellear, cuando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veinte encamisados, todos á caballo, con sus hachas encendidas en las manos, detras de los cuales venia una litera cubierta de luto, á la cual seguian otros seis de á caballo enlutados hasta los pies de las mulas, que bien vieron que no eran caballos en el sosiego con que caminaban: iban los encamisados murmurando entre sí con una voz baja y compasiva. Esta extraña vision á tales horas y en despoblado bien bastaba para poner miedo en el corazon de Sancho y aún en el de su amo, y así fuera en cuanto á D. Quijote, que ya Sancho habia dado al través con todo su esfuerzo: lo contrario le avíno á su amo, al cual en aquel punto se le representó en su imaginacion al vivo que aquella era una de las aventuras de sus libros. Figurósele que la litera eran andas donde debia de ir algun malferido ó muerto caballero, cuya venganza á él solo estaba reservada; y sin hacer otro discurso, enristró su lanzon, púsose bien en la silla, y con gentil brio y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamisados forzosamente habian de pasar; y cuando los vió cerca alzó la voz y dijo: deteneos, caballeros, quien quiera que seais, y dad-

2 Clérigos con sobrepelliz.

me cuenta de quien sois, de donde venís, adonde vais, qué es lo que en aquellas andas llevais, que segun las muestras, ó vosotros habeis fecho ó vos han fecho algun desaguisado, y conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para castigaros del mal que fecistes, ó bien para vengaros del tuerto que vos ficieron. Vamos de priesa, respondió uno de los encamisados, y está la venta lejos, y no nos podemos detener á dar tanta cuenta como pedís; y picando la mula pasó adelante. Sintióse desta respuesta grandemente D. Quijote, y trabando del freno dijo: deteneos y sed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, sinó conmigo sois todos en batalla. Era la mula asombradiza, y al tomarla del freno se espantó de manera que alzándose en los pies, dió con su dueño por las ancas en el suelo. Un mozo que iba á pié, viendo caer al encamisado, comenzó á denostar [3] á D. Quijote, el cual ya encolerizado, sin esperar más, enristrando su lanzon arremetió á uno de los enlutados, y malferido dió con él en tierra, y revolviéndose por los demas, era cosa de ver con la presteza que los acometia y desbarataba, que no parecia sino que en aquel instante le habian nacido alas á Rocinante segun andaba de ligero y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa y sin armas, y así con facilidad en un momento dejaron la refriega y comenzaron á correr por aquel campo con las hachas encendidas, que no parecian sino á los de las máscaras que en noche de regocijo y fiesta corren. Los enlutados así mismo revueltos y envueltos en sus faldamentos y lobas [4] no se podian mover; así que muy á su salvo D. Quijote los apaleó á todos, y les hizo dejar el sitio mal de su grado, porque todos pensaron que aquel no era hombre sino diablo del infierno, que les salia á quitar el cuerpo muerto que en la litéra llevaban. Todo lo miraba Sancho admirado del ardimiento de su señor, y decia entre sí: sin duda este mi amo es tan valiente y esforzado como él dice. Estaba un hacha ardiendo en el suelo junto al primero que derribó la mula, á cuya luz le pudo ver D. Quijote, y llegándose á él le puso la punta del lanzon en el rostro, diciéndole que se rindiese, sinó que le mataria, á lo cual respondió el caido: harto rendido estoy, pues no me puedo mover, que tengo una pierna quebrada: suplico á v. m., si es caballero cristiano, que no me mate, que cometerá un gran sacrilegio, que soy licenciado y tengo las primeras órdenes. ¿Pues quién diablos os ha traido aquí, dijo D. Quijote, siendo hombre de iglesia? ¿Quién, señor? replicó el caido, mi desventura. Pues otra mayor os amenaza, dijo D. Quijote, sinó me satisfaceis á todo cuanto primero os pregunté. Con facilidad será v. m. satisfecho, respondió el licenciado, y así sabrá v. m., que aunque denantes dije que yo era li-

3 Injuriar. 4 Ropa talar negra, á manera de balandran.

cenciado, no soy sino bachiller, y llámome Alonso Lopez, soy natural de Alcovendas, vengo de la ciudad de Baeza con otros once sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas, vamos á la ciudad de Segovia acompañando un cuerpo muerto que va en aquella litéra, que es de un caballero que murió en Baeza donde fué depositado, y ahora, como digo, llevamos sus huesos á su sepultura, que está en Segovia, de donde es natural. ¿Y quién le mató? preguntó D. Quijote. Dios por medio de unas calenturas pestilentes que le dieron, respondió el bachiller. Desa suerte, dijo D. Quijote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que habia de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le hubiera muerto; pero habiéndole muerto quien le mató, no hay sino callar y encoger los hombros, porque lo mismo hiciera, si á mí mismo me matára: y quiero que sepa vuestra reverencia, que yo soy un caballero de la Mancha, llamado D. Quijote, y es mi oficio y ejercicio andar por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios. No sé como pueda ser eso de enderezar tuertos, dijo el bachiller, pues á mí de derecho me habeis vuelto tuerto dejándome una pierna quebrada, la cual no se verá derecha en todos los dias de su vida, y el agravio que en mí habeis deshecho ha sido dejarme agraviado de manera que me quedaré agraviado para siempre, y harta desventura ha sido topar con vos que vais buscando aventuras. No todas las cosas, respondió D. Quijote, suceden de un mismo modo: el daño estuvo, señor bachiller Alonso Lopez, en venir como veníades de noche, vestidos con aquellas sobrepellices con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejábades cosa mala y del otro mundo, y así yo no pude dejar de cumplir con mi obligacion acometiéndoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mismos satanases del infierno, que por tales os juzgué y tuve siempre. Ya que así lo ha querido mi suerte, dijo el bachiller, suplico á v. m., señor caballero andante, que tan mala andanza me ha dado, me ayude á salir de debajo desta mula, que me tiene tomada una pierna entre el estribo y la silla. Hablára yo para mañana, dijo D. Quijote, ¿y hasta cuándo aguardábades á decirme vuestro afan? Dió luego voces á Sancho Panza que viniese; pero él no se curó de venir, porque andaba ocupado desbalijando una acémila de repuesto que traian aquellos buenos señores bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gaban, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego cargó su jumento, y luego acudió á las voces de su amo, y ayudó á sacar al señor bachiller de la opresion de la mula, y poniéndole encima della le dió la hacha, y D. Quijote le dijo que siguiese la derrota de sus compañeros, á quien de su parte pidiese perdon del agravio, que no habia sido en su mano dejar de haberle hecho. Díjole tambien Sancho: si acaso quisieren sa-

ber esos señores quien ha sido el valeroso que tales los puso, diráles v. m. que es el famoso D. Quijote de la Mancha, que por otro nombre se llama *El caballero de la triste figura*.

Con esto se fué el bachiller, y D. Quijote preguntó á Sancho que qué le habia movido á llamarle *El caballero de la triste figura* mas entonces que nunca. Yo se lo diré, respondió Sancho, porque le he estado mirando un rato á la luz de aquella hacha que lleva aquel malandante, y verdaderamente tiene v. m. la mas mala figura de poco acá que jamás he visto; y débelo de haber causado ó ya el cansancio deste combate, ó ya la falta de las muelas y dientes. No es eso, respondió D. Quijote, sino que el sabio á cuyo cargo debe de estar el escrebir la historia de mis hazañas, le habrá parecido que será bien que yo tome algun nombre apelativo como lo tomaban todos los caballeros pasados: por cuyos nombres é insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra; y así digo que el sabio ya dicho te habrá puesto en la lengua y en el pensamiento ahora que me llamases *El caballero de la triste figura*, como pienso llamarme desde hoy en adelante; y para que mejor me cuadre tal nombre, determino de hacer pintar cuando haya lugar en mi escudo una muy triste figura. No hay para qué, señor, querer gastar tiempo y dineros en hacer esta figura, dijo Sancho, sino lo que se ha de hacer es que v. m. descubra la suya, y dé rostro á los que le miraren, que sin mas ni mas y sin otra imágen ni escudo le llamarán *El de la triste figura*; y créame que le digo verdad, porque le prometo á v. m., señor (y esto sea dicho en burlas), que le hace tan mala cara la hambre y la falta de las muelas que, como ya tengo dicho, se podrá muy bien escusar la triste pintura. Rióse D. Quijote del donaire de Sancho; pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre en pudiendo pintar su escudo ó rodela, como habia imaginado, y díjole: yo entiendo, Sancho, que quedo descomulgado por haber puesto las manos violentamente en cosa sagrada, aunque sé bien que no puse las manos, sinó este lanzon; cuanto mas que yo no pensé que ofendia á sacerdotes ni á cosas de la iglesia, á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy, sino á fantasmas y á vestiglos del otro mundo. Quisiera D. Quijote mirar si el cuerpo que venia en la litéra eran huesos ó no, pero no lo consintió Sancho, diciéndole: señor, v. m. ha acabado esta peligrosa aventura lo mas á su salvo de todas la que yo he visto: esta gente, aunque vencida y desbaratada, podria ser que cayese en la cuenta de que los venció sola una persona, y corridos y avergonzados desto volviesen á rehacerse y á buscarnos, y nos diesen muy bien en que entender: el jumento está como conviene, la montaña cerca, la hambre carga, no hay que hacer sino retirarnos con gentil compás de pies, y como dicen váyase el muerto á la sepultura y el vivo á la ho-

gaza; y antecogiendo su asno rogó á su señor que le siguiese, el cual pareciéndole que Sancho tenia razon, sin volverle á replicar le siguió: y á poco trecho que caminaban por entre dos montañuelas se hallaron en un espacioso y escondido valle, donde se apearon, y Sancho alivió el jumento, y tendidos sobre la verde yerba con la salsa de su hambre almorzaron, comieron, merendaron y cenaron á un mismo punto, satisfaciendo sus estómagos con mas de una fiambrera que los señores clérigos en la acémila de su repuesto traian. Mas sucedióles otra desgracia, que Sancho tuvo por la peor de todas, y fué que no tenian vino que beber, ni aún agua que llegar á la boca, y acosados de la sed dijo Sancho, viendo que el prado donde estaban estaba colmado de verde y menuda yerba, lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XVI.

De la jamás vista ni oida aventura que con mas poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso D. Quijote de la Mancha.

No es posible, señor mio, sino que estas yerbas, dan testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna fuente ó arroyo que las humedece, y así será bien que vamos [1] un poco mas adelante, que ya toparémos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Parecióle bien el consejo á Don Quijote, y tomando de la rienda á Rocinante, y Sancho del cabestro á su asno, despues de haber puesto sobre él los relieves [2] que de la cena quedaron, comenzaron á caminar por el prado arriba á tiento, porque la escuridad de la noche no les dejaba ver cosa alguna; mas no hubieron andado doscientos pasos, cuando llegó á sus oidos un gran ruido de agua, como que de algunos grandes y levantados riscos se despeñaba. Alegróles el ruido en gran manera, y parándose á escuchar hácia que parte sonaba, oyeron á deshora otro estruendo que les aguó el contento del agua, especialmente á Sancho, que naturalmente era medroso y de poco ánimo: digo que oyeron que daban unos golpes á compás, con un cierto crujír de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua pusieran pavor á cualquier otro corazon que no fuera el de D. Quijote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaron á estar entre unos árboles altos, cuyas hojas, movidas del blando viento hacian un temeroso y manso ruido; de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruido de la agua con el susurro de las hojas, todo causaba horror y espanto, y mas cuando vieron que ni los

1 Vayamos. 2 Las sobras que se levantan de la mesa.

golpes cesaban, ni el viento dormia, ni la mañana llegaba, añadiéndose á todo esto el ignorar el lugar donde se hallaban. Pero D. Quijote, acompañado de su intrépido corazon, saltó sobre Rocinante, y embrazando su rodela terció su lanzon y dijo: Sancho amigo, has de saber que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la de oro, ó la dorada como suele llamarse: yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos: yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la Tabla Redonda, los doce de Francia, y los nueve de la fama, y el que ha de poner en olvido los Platires, los Tablantes, Olivantes y Tirantes, los Febos y Belianises, con toda la caterva de los famosos caballeros andantes del pasado tiempo, haciendo en este en que me hallo tales grandezas, extrañezas y fechos de armas, que escurezcan las mas claras que ellos ficieron. Bien notas, escudero fiel y legal, las tinieblas de esta noche, su extraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos árboles, el temeroso ruido de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos montes de la luna, y aquel incesable golpear que nos hiere y lastima los oidos; las cuales cosas todas juntas y cada una por sí son bastantes á infundir miedo, temor y espanto en el pecho del mismo Marte, cuanto mas en aquel que no está acostumbrado á semejantes acontecimientos y aventuras: pues todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazon me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura por mas dificultosa que se muestra: así que aprieta un poco las cinchas á Rocinante, y quédate á Dios, y espérame aquí hasta tres dias no más, en los cuales sinó volviere, puedes tú volverte á nuestra aldea, y desde allí por hacerme merced y buena obra irás al Toboso, donde dirás á la incomparable señora mia Dulcinea, que su cautivo caballero murió por acometer cosas que le hiciesen digno de poder llamarse suyo. Cuando Sancho oyó las palabras de su amo, comenzó á llorar con la mayor ternura del mundo y á decirle: señor, yo no sé por qué quiere v. m. acometer esta tan temerosa aventura: ahora es de noche, aquí no nos vé nadie, bien podemos torcer el camino y desviarnos del peligro, aunque no bebamos en tres dias; y pues no hay quien nos vea, menos habrá quien nos note de cobardes: cuanto mas que yo he oido muchas veces predicar al cura de nuestro lugar, que v. m. muy bien conoce, que quien busca el peligro perece en él: así que no es bien tentar á Dios acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro; y basta los que ha hecho el cielo con v. m. en librarle de ser manteado como yo lo fuí, y en sacarle vencedor, libre y salvo entre tantos enemigos como acompañaban al difunto. Y cuando todo esto no mueva ni ablande ese duro corazon, muévale, el

pensar y creer que apenas se habrá v. m. apartado de aquí, cuando yo de miedo dé mi ánima á quien quisiere llevarla. Yo salí de mi tierra y dejé hijos y mujer por venir á servir á v. m., creyendo valer mas y no menos; pero como la cudicia rompe el saco, á mí me ha rasgado mis esperanzas, pues cuando mas vivas las tenia de alcanzar aquella negra y malhadada ínsula que tantas veces v. m. me ha prometido, veo que en pago y trueco della me quiere ahora dejar en un lugar tan apartado del trato humano: por un solo Dios, señor mio, que non se me faga tal desaguisado; y ya que del todo no quiera v. m. desistir de acometer este fecho, dilátelo á lo menos hasta la mañana, que á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendí cuando era pastor, no debe de haber desde aquí al alba tres horas, porque la boca de la bocina está encima de la cabeza, y hace la media noche en la línea del brazo izquierdo. ¿Cómo puedes tú, Sancho, dijo D. Quijote, ver donde hace esa línea, ni donde está esa boca ó ese colodrillo que dices, si hace la noche tan escura que no parece en todo el cielo estrella alguna? Así es, dijo Sancho; pero tiene el miedo muchos ojos, y vé las cosas debajo de tierra, cuanto mas encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aquí al dia. Falte lo que faltáre, respondió D. Quijote, que no se ha de decir por mí ahora ni en ningun tiempo, que lágrimas y ruegos me apartaron de hacer lo que debia á estilo de caballero: y así te ruego, Sancho, que calles, que Dios que me ha puesto en corazon de acometer ahora esta tan no vista y tan temerosa aventura, tendrá cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza: lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto ó vivo ó muerto. Viendo pues Sancho la última resolucion de su amo, y cuán poco valian con él sus lágrimas, consejos, y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el dia si pudiese; y así cuando apretaba las cinchas al caballo bonitamente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ambos pies á Rocinante, de manera que cuando D. Quijote se quiso partir, no pudo, porque el caballo no se podia mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dijo: ea, señor, que el cielo conmovido de mis lágrimas y plegarias ha ordenado que no se pueda mover Rocinante; y si vos quereis porfiar y espolear y dalle, será enojar á la fortuna y dar coces, como dicen, contra el aguijon. Desesperábase con esto Don Quijote, y cuanto mas ponia las piernas al caballo, menos le podia mover, y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse y esperar ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease, creyendo sin duda que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho, y así le dijo: pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ria el alba, aunque yo llore lo que ella

tardáre en venir. No hay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendré á v. m. contando cuentos desde aquí al dia, si ya no es que se quiere apear, y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba á uso de caballeros andantes, para hallarse mas descansado cuando llegue el dia y punto de acometer esta tan desemejable aventura que le espera. ¿A qué llamas apear, ó á qué dormir? dijo D. Quijote; ¿soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? Duerme tú que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres, que yo haré lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje v. m., señor mio, respondió Sancho, que no lo dije por tanto; y llegándose á él puso la una mano en el arzon delantero, y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo sin osarse apartar dél un dedo: tal era el miedo que tenia á los golpes que todavia alternativamente sonaban. Díjole D. Quijote que contase algun cuento para entretenerle como se lo habia prometido; á lo que Sancho dijo que sí hiciera, si le dejára el temor de lo que oia; pero con todo eso yo me esforzaré á decir una historia, que si la acierto á contar y no me van á la mano, es la mejor de las historias, y estéme v. m. atento, que ya comienzo.

Érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien le fuere á buscar; y advierta v. m., señor mio, que el principio que los antiguos dieron á sus consejas no fué así como quiera, que fué una sentencia de Caton Zonzorino romano, que dice: *y el mal para quien le fuere á buscar*, que viene aquí como anillo al dedo, para que v. m. se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos este donde tantos miedos nos sobresaltan. Sigue tu cuento, Sancho, dijo D. Quijote, y del camino que hemos de seguir déjame á mí el cuidado. Digo, pues, prosiguió Sancho, que en un lugar de Extremadura habia un pastor cabrerizo, quiero decir, que guardaba cabras, el cual pastor ó cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaba Lope Ruiz, y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora que se llamaba Torralva, la cual pastora llamada Torralva era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico..... Si desa manera cuentas tu cuento, Sancho, dijo D. Quijote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos dias: dílo seguidamente, y cuéntalo como hombre de entendimiento, y sinó, no digas nada. De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no sé contarlo de otra, ni es bien que v. m. me pida que haga usos nuevos. Dí como quisieres, respondió D. Quijote, que pues la suerte quiere que no pueda dejar de escucharte, prosigue. Así que, señor mio de mi ánima, prosiguió Sancho, que como ya tengo dicho, este pastor andaba enamorado de Torralva la pastora, que era una moza rolliza, zahareña,

y tiraba algo á hombruna, porque tenia unos pocos bigotes, que parece que ahora la veo. ¿Luego conocístela tú? dijo D. Quijote. No la conocí yo, pero quien me contó este cuento, me dijo que era tan cierto y verdadero que podia bien cuando lo contase á otro, afirmar y jurar que lo habia visto todo: asique yendo dias y viniendo dias, el diablo que no duerme, y que todo lo añasca, hizo de manera, que el amor que el pastor tenia á la pastora se volviese en homecillo [3] y mala voluntad, y la causa fué segun malas lenguas una cierta cantidad de zelillos que ella le dió, tales que pasaban de la raya y llegaban á lo vedado; y fué tanto lo que el pastor la aborreció de allí adelante, que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra, é irse donde sus ojos no la viesen jamás: la Torralva que se vió desdeñada del Lope, luego le quiso bien mas que nunca le habia querido. Esa es natural condicion de mujeres, dijo D. Quijote, desdeñar á quien las quiere, y amar á quien las aborrece: pasa adelante, Sancho. Sucedió, dijo Sancho, que el pastor puso por obra su determinacion, y antecogiendo sus cabras se encaminó por los campos de Extremadura para pasarse á los reinos de Portugal: la Torralva que lo supo se fué tras él, y seguíale á pié y descalza desde lejos con un bordon en la mano y con unas alforjas al cuello, donde llevaba, segun es fama, un pedazo de espejo y otro de un peine, y no sé que botecillo de mudas [4] para la cara; mas llevase lo que llevase, que yo no me quiero meter ahora en averiguallo, solo diré, que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el rio Guadiana, y en aquella sazon iba crecido y casi fuera de madre, y por la parte que llegó no habia barca ni barco, ni quien le pasase á él ni á su ganado de la otra parte, de lo que se congojó mucho, porque veia que la Torralva venia ya muy cerca, y le habia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas; mas tanto anduvo mirando, que vió un pescador que tenia junto á sí un barco tan pequeño, que solamente podian caber en él una persona y una cabra, y con todo esto le habló y concertó con él que le pasase á él y á trescientas cabras que llevaba: entró el pescador en el barco y pasó una cabra, volvió y pasó otra, tornó á volver y tornó á pasar otra: tenga v. m. cuenta con las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria se acabará el cuento, y no será posible contar mas palabra dél. Sigo pues y digo, que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso, y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver: con todo esto volvió por otra cabra, y otra y otra. Haz cuenta que las pasó todas, dijo D. Quijote, no andes yendo y viniendo desa manera, que no acabarás de pasarlas en un año. ¿Cuántas

3 En aborrecimiento y mala voluntad. 4 Colores postizos con que las mujeres se pintan la cara.

han pasado hasta ahora? dijo Sancho. Yo qué diablos sé, respondió Don Quijote. Hé ahí lo que yo dije, que tuviese buena cuenta; pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante. ¿Cómo puede ser eso? respondió D. Quijote; ¿tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso, que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia? No, señor, en ninguna manera, respondió Sancho, porque así como yo pregunté á v. m. que me dijese cuantas cabras habian pasado, y me respondió que no sabia, en aquel mesmo instante se me fué á mí de la memoria cuanto me quedaba por decir, y á fé que era de mucha virtud y contento. ¿De modo, dijo D. Quijote, que ya la historia es acabada? Tan acabada es como mi madre, dijo Sancho. Dígote de verdad, que tú has contado una de las mas nuevas consejas, cuento ó historia que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla ni dejarla, jamás se podrá ver ni habrá visto en toda la vida, aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso; mas no me maravillo, pues quizá estos golpes que no cesan te deben de tener turbado el entendimiento. Todo puede ser, respondió Sancho; mas yo sé que en lo de mi cuento no hay mas que decir, que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasaje de las cabras. Acábe norabuena donde quisiere, dijo D. Quijote, y veamos si se puede mover Rocinante, tornóle á poner las piernas, y él tornó á dar saltos y á estarse quedo: tanto estaba de bien atado.

En esto parece ser ó que el frio de la mañana que ya venia, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese cosa natural (que es lo que mas se debe creer), á él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que habia entrado en su corazon, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo pues. Pensar de no hacer lo que tenia gana, tampoco era posible, y asi lo que hizo por bien de paz fué soltar la mano derecha que tenia asida al arzon trasero, con la cual bonitamente y sin rumor alguno se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenian sin ayuda de otra alguna, y en quitándosela dieron luego abajo, y se le quedaron como grillos: tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al aire entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas: hecho esto (que él pensó que era lo mas que tenia que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia) le sobrevino otra mayor, que fué que le pareció que no podia mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes y á encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo cuanto podia; pero con todas estas diligencias fué tan desdichado que al cabo vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponia tanto miedo. Oyólo D. Quijote y dijo: ¿qué rumor es ese, Sancho? No sé, señor, respondió él, alguna cosa

nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca comienzan por poco: tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin mas ruido ni alboroto que el pasado, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le habia dado. Mas como D. Quijote tenia el sentido del olfato tan vivo como el de los oidos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por línea recta subian los vapores hácia arriba, no se pudo excusar de que algunos no llegasen á sus narices, y apenas hubieron llegado, cuando él fué al socorro apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dijo: paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo. Sí tengo, respondió Sancho, ¿mas en qué lo echa de ver v. m. ahora mas que nunca? En que ahora mas que nunca hueles, y no á ámbar, respondió D. Quijote. Bien podrá ser, dijo Sancho; mas yo no tengo la culpa, sino v. m. que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos. Retírate tres ó cuatro allá, amigo, dijo D. Quijote (todo esto sin quitarse los dedos de las narices), y desde aquí adelante ten mas cuenta con tu persona, y con lo que debes á la mia, que la mucha conversacion que tengo contigo ha engendrado este menosprecio. Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba. Peor es meneallo, amigo Sancho, respondió D. Quijote.

En estos coloquios y otros semejantes pasaron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho que á mas andar se venia la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corbetas, con perdon suyo, no las sabia hacer. Viendo, pues, D. Quijote que ya Rocinante se movia, lo tuvo á buena señal, y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba, y de parecer distintamente las cosas, y vió D. Quijote que estaba entre unos árboles altos, que eran castaños, que hacen la sombra muy escura: sintió tambien que el golpear no cesaba; pero no vió quien lo podia causar, y así sin mas detenerse hizo sentir las espuelas á Rocinante, y tornando á despedirse de Sancho, le mandó que allí le aguardase tres dias á lo mas largo, como ya otra vez se lo habia dicho, y que si al cabo dellos no hubiese vuelto, tuviese por cierto que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias. Tornóle á referir el recado y embajada que habia de llevar de su parte á su señora Dulcinea, y que en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tuviese pena, porque él habia dejado hecho su testamento antes que saliera de su lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante á su salario rata por cantidad[5] del tiempo que hubiese servido; pero que si Dios le sa-

5 A prorata, en proporcion.

caba de aquel peligro sano, salvo y sin cautela, se podia tener por muy mas que cierta la prometida ínsula. De nuevo tornó á llorar Sancho, oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor, y determinó de no dejarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. Destas lágrimas y determinacion tan honrada de Sancho Panza saca el autor desta historia que debia de ser bien nacido y por lo menos cristiano viejo: cuyo sentimiento enterneció algo á su amo; pero no tanto que mostrase flaqueza alguna, antes disimulando lo mejor que pudo comenzó á caminar hácia la parte por donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venia. Seguíale Sancho á pié, llevando como tenia de costumbre del cabestro á su jumento, perpétuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas; y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos, dieron en un pradecillo que al pié de unas altas peñas se hacia, de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua: al pié de las peñas estaban unas casas mal hechas, que mas parecian ruinas de edificios que casas, de entre las cuales advirtieron que salia el ruido y estruendo de aquel golpear, que aún no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes, y sosegándole D. Quijote se fué llegando poco á poco á las casas, encomendándose de todo corazon á su señora, suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese, y de camino se encomendaba tambien á Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado, el cual alargaba cuanto podia el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante, por ver si veria ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos serian los que anduvieron cuando al doblar de una punta pareció descubierta y patente la misma causa, sin que pudiese ser otra, de aquel horrísono y para ellos espantable ruido, que tan suspensos y medrosos toda la noche los habia tenido; y eran (si no lo has, oh lector, por pesadumbre y enojo) seis mazos de batan, que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Cuando D. Quijote vió lo que era enmudeció y pasmóse de arriba abajo. Miróle Sancho, y vió que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró tambien D. Quijote á Sancho, y vióle que tenia los carrillos hinchados y la boca llena de risa con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dejar de reirse: y como vió Sancho que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera que tuvo necesidad de apretarse las ijadas con los puños por no reventar riendo. Cuatro veces sosegó, y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo cual ya se daba al diablo D. Quijote, y mas cuando le oyó decir como por modo de fisga [6]: has de saber, oh Sancho

6 Burla que se hace de alguno.

amigo, que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada ó de oro: yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos; y por aquí fué repitiendo todas ó las mas razones que D. Quijote dijo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo, pues, D. Quijote que Sancho hacia burla dél, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon y le asentó dos palos tales, que si como los recibió en las espaldas los recibiera en la cabeza, quedára libre de pagarle el salario sinó fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dijo: sosiéguese v. m., que por Dios que me burlo. Pues porque os burlais no me burlo yo, respondió D. Quijote. Venid acá, señor alegre, ¿paréceos á vos que si como estos fueron mazos de batan fueran otra peligrosa aventura, no habia yo mostrado el ánimo que convenia para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado á dicha, siendo como soy caballero, á conocer y distinguir los sones y saber cuáles son de batanes ó no? y mas que podria ser, como es verdad, que no los he visto en mi vida, como vos los habreis visto, como villano ruin que sois, criado y nacido entre ellos: sinó, haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes, y echádmelos á las barbas [7] uno á uno ó todos juntos, y cuando yo no diere con todos patas arriba, haced de mí la burla que quisiéredes. No haya mas, señor mio, replicó Sancho, que yo confieso que he andado algo risueño en demasía; pero dígame v. m. ahora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado de esta, ¿no ha sido cosa de reir y lo es de contar el gran miedo que hemos tenido? á lo menos el que yo tuve, que de v. m. ya yo sé que no le conoce ni sabe qué es temor ni espanto. No niego yo, respondió D. Quijote, que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa; pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en su punto las cosas. A lo menos, respondió Sancho, supo v. m. poner en su punto el lanzon, apuntándome á la cabeza y dándome en las espaldas: gracias á Dios y á la diligencia que puse en ladearme; pero vaya que todo saldrá en la colada [8], que yo he oido decir: ese te quiere bien que te hace llorar; y mas que suelen los principales señores tras una mala palabra que dicen á un criado darle luego unas calzas, aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos, si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos ínsulas ó reinos en tierra firme. Tal podria correr el dado, dijo D. Quijote, que todo lo que dices viniese á ser

7 Ponédmelos delante, haced que me acometan. 8 Todo se enmendará, remediará ó compensará al fin.

verdad; y perdona lo pasado, pues eres discreto y sabes que los primeros movimientos no son en mano del hombre: y está advertido de aquí adelante en una cosa, para que te abstengas y reportes en el hablar demasiado conmigo, que en cuantos libros de caballerías he leido, que son infinitos, jamás he hallado que ningun escudero hablase tanto con su señor como tú con el tuyo, y en verdad que lo tengo á gran falta tuya y mia: tuya en que me estimas en poco; mia en que no me dejo estimar en mas: si que Gandalin, escudero de Amadís de Gáula, conde fué de la ínsula firme, y se lee dél que siempre hablaba á su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeza y doblado el cuerpo *more turquesco*. De lo que has de inferir, Sancho, que es menester hacer diferencia de amo á mozo, de señor á criado y de caballero á escudero: así que desde hoy en adelante nos hemos de tratar con mas respeto, sin darnos cordelejo [9], porque de cualquiera manera que yo me enoje con vos ha de ser mal para el cántaro [10]: las mercedes y beneficios que yo os he prometido llegarán á su tiempo, y si no llegaren, el salario á lo menos no se ha de perder, como ya os he dicho. Está bien cuanto v. m. dice, dijo Sancho; pero querria yo saber (por si acaso no llegase el tiempo de las mercedes y fuese necesario acudir al de los salarios) cuánto ganaba un escudero de un caballero andante en aquellos tiempos, y si se concertaban por meses ó por dias como peones de albañil. No creo yo, respondió D. Quijote, que jamás los tales escuderos estuvieron á salario, sino á merced, y si yo ahora te le he señalado á tí en el testamento cerrado que dejé en mi casa, fué por lo que podria suceder, que aún no sé cómo prueba en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caballeria, y no querria que por pocas cosas penase mi ánima en el otro mundo: porque quiero que sepas, Sancho, que en él no hay estado mas peligroso que el de los aventureros. Así es verdad, dijo Sancho, pues solo el ruido de los mazos de un batan pudo alborotar y desasosegar el corazon de un tan valeroso andante aventurero como es v. m.; mas bien puede estar seguro que de aquí adelante no despliegue mis labios para hacer donaire de las cosas de v. m., sinó fuere para honrarle como á mi amo y señor natural. Desa manera, replicó D. Quijote, vivirás largo tiempo sobre la haz de la tierra, porque despues de á los padres, á los amos se ha de respetar como si lo fuesen.

CAPITULO XVII.

Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero.

En esto comenzó á llover un poco, y quisiera Sancho que se entrá-

9 Tentarle á uno, ó probarle la paciencia con chanzas, ó críticas picantes aunque indirectas. 10 Mal para el inferior o mas débil.

ran en el molino de los batanes; mas habíales cobrado tal aborrecimiento D. Quijote por las pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro, y así torciendo el camino á la derecha mano dieron en otro como el que habian llevado el dia de antes. De allí á poco descubrió D. Quijote un hombre á caballo, que traia en la cabeza una cosa que relumbraba como si fuera de oro, y apenas le hubo visto, cuando se volvió á Sancho y le dijo: paréceme, Sancho, que no hay refran que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice: donde una puerta se cierra otra se abre. Dígolo porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la que buscábamos engañándonos con los batanes, ahora nos abre de par en par otra para otra mejor y mas cierta aventura, que si yo no acertáre á entrar por ella, mia será la culpa, sin que la pueda dar á la poca noticia de batanes ni á la escuridad de la noche: digo esto porque, sinó me engaño, hácia nosotros viene uno que trae en su cabeza puesto el yelmo de Mambrino [1] sobre que yo hice el juramento que sabes. Mire v. m. bien lo que dice, y mejor lo que hace, dijo Sancho, que no querria que fuesen otros batanes que nos acabasen de batanar y aporrear el sentido. Válate el diablo por hombre, replicó D. Quijote, ¿qué va de yelmo á batanes? No sé nada, respondió Sancho, mas á fé que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quizá diera tales razones que v. m. viera como se engañaba en lo que dice. ¿Cómo me puedo engañar en lo que digo, traidor escrupuloso? dijo D. Quijote: dime, ¿no ves aquel caballero que hácia nosotros viene sobre un caballo rucio rodado [2] que trae puesto en la cabeza un yelmo de oro? Lo que veo y columbro, respondió Sancho, no es sino un hombre sobre un asno pardo como el mio, que trae sobre la cabeza una cosa que relumbra. Pues ese es el yelmo de Mambrino, dijo D. Quijote: apártate á una parte, y déjame con él á solas, verás cuan sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mio el yelmo que tanto he deseado. Yo me tengo en cuidado el apartarme, replicó Sancho; mas quiera Dios, torno á decir, que orégano sea y no batanes. Ya os he dicho, hermano, que no me menteis ni por pienso más eso de los batanes, dijo D. Quijote, que voto... y no digo mas, que os batanee el alma. Calló Sancho con temor que su amo no cumpliese el voto que le habia echado redondo como una bola.

Es pues el caso que el yelmo, el caballo y caballero que D. Quijote veia, era esto: que en aquel contorno habia dos lugares, el uno tan pequeño que ni tenia botica ni barbero, y el otro que estaba junto á él

1 Era un yelmo encantado, que ganó Reinaldos de Montalban al rey moro Mambrino.

2 Mezclado de blanco con rojo ó negro; *rodado* se llama el caballo que tiene ciertas como manchas ó visos circulares, á manera de ruedas en la piel.

sí, y así el barbero del mayor servia al menor, en el cual tuvo necesidad un enfermo de sangrarse, y otro de hacerse la barba, para lo cual venia el barbero, y traia una bacía de azofar, y quiso la suerte que al tiempo que venia comenzó á llover, y porque no se le manchase el sombrero, que debia de ser nuevo, se puso la bacía sobre la cabeza, y como estaba limpia, desde media legua relumbraba. Venia sobre un asno pardo, como Sancho dijo, y esta fué la ocasion de que á D. Quijote le pareció caballo rucio rodado, caballero y yelmo de oro: que todas las cosas que veia con mucha facilidad las acomodaba á sus desvariadas caballerías y malandantes pensamientos: y cuando él vió que el pobre caballero llegaba cerca, sin ponerse con él en razones, á todo correr de Rocinante le enristró con el lanzon bajo, llevando intencion de pasarle de parte á parte: mas cuando á él llegaba, sin detener la furia de su carrera le dijo: defiéndete, cautiva criatura, ó entriégame de tu voluntad lo que con tanta razon se me debe. El barbero, que tan sin pensarlo ni temerlo vió venir aquella fantasma sobre sí, no tuvo otro remedio para guardarse del golpe de la lanza, sino fué el dejarse caer del asno abajo, y no hubo tocado al suelo cuando se levantó mas ligero que un gamo, y comenzó á correr por aquel llano, que no le alcanzára el viento. Dejóse la bacía en el suelo, con la cual se contentó D. Quijote, y dijo que el pagano [3] habia andado discreto, y que habia imitado al castor, el cual viéndose acosado de los cazadores se taraza y corta con los dientes aquello por lo que él por distinto [4] natural sabe que es perseguido: mandó á Sancho que alzase el yelmo, el cual tomándole en las manos dijo: por Dios que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho como un maravedí, y dándosela á su amo se la puso en la cabeza, rodeándola á una parte y á otra, buscándole el encaje, y como no se le hallaba dijo: sin duda que el pagano á cuya medida se forjó primero esta famosa celada, debia de tener grandísima cabeza, y lo peor dello es que le falta la mitad. Cuando Sancho oyó llamar á la bacía celada no pudo tener la risa, mas vínosele á las mientes la cólera de su amo, y calló en la mitad della. ¿De qué te ries, Sancho? dijo D. Quijote. Ríome, respondió él, de considerar la gran cabeza que tenia el pagano dueño deste almete, que no semeja sino una bacía de barbero pintiparada. ¿Sabes qué imagino, Sancho? Que esta famosa pieza deste encantado yelmo por algun extraño accidente debió venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor, y sin saber lo que hacía, viéndolo de oro purísimo debió de fundir la mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bacía de barbero, como tú dices. Pero sea lo que fuere, que para mí que la conozco no hace al caso su

3 Aldeano. 4 En lugar de instinto.

trasmutacion, que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte que no le haga ventaja ni aun le llegue la que hizo y forjó el dios de las herrerias para el dios de las batallas: y en este entretanto la traeré como pudiere, que mas vale algo que no nada, cuanto mas que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada. Eso será, dijo Sancho, sinó se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos ejércitos cuando le santiguaron á v. m. las muelas, y le rompieron el alcuza donde venia aquel benditísimo brevaje que me hizo vomitar las asaduras. No me da mucha pena el haberle perdido, que ya sabes tú, Sancho, dijo D. Quijote, que yo tengo la receta en la memoria. Tambien la tengo yo, respondió Sancho; pero si yo le hiciere ni le probare mas en mi vida, aqui sea mi hora: cuanto mas que no pienso ponerme en ocasion de haberle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos de ser ferido ni de ferir á nadie. De lo del ser otra vez manteado no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden prevenir, y si vienen no hay que hacer otra cosa sino encoger los hombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dejarse ir por donde la suerte y la manta nos lleváre. Mal cristiano eres, Sancho, dijo oyendo esto D. Quijote, porque nunca olvidas la injuria que una vez te han hecho: pues sábete que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerias. ¿Qué pié sacaste cojo? ¿qué costilla quebrada? ¿qué cabeza rota, para que no se te olvide aquella burla? Que bien apurada la cosa, burla fué y pasatiempo, que á no entenderlo yo así ya yo hubiera vuelto allá y hubiera hecho en tu venganza mas daño que el que hicieron los griegos por la robada Elena: la cual si fuera en este tiempo, ó mi Dulcinea fuera en aquel; pudiera estar segura que no tuviera tanta fama de hermosa como tiene: y aquí dió un suspiro y le puso en las nubes. Y dijo Sancho: pase por burlas, pues la venganza no puede pasar en veras; pero yo sé de qué calidad fueron las veras y las burlas, y sé tambien que no se me caerán de la memoria, como nunca se quitarán de las espaldas. Pero dejando esto aparte, dígame v. m. qué haremos deste caballo rucio rodado, que parece asno pardo, que dejó aquí desamparado aquel Martino que v. m. derribó, que segun él puso los pies en polvorosa y cogió las de villadiego, no lleva pergenio [5] de volver por él jamás, y para mis barbas sinó es bueno el rucio. Nunca yo acostumbro, dijo D. Quijote, despojar á los que venzo, ni es uso de caballeria quitarles los caballos y dejarlos á pié: si ya no fuese que el vencedor hubiese perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso lícito es tomar el del vencido, como ganado en guerra lícita: asique, Sancho, deja ese caballo ó asno, ó lo que tú quisieres que sea,

5 No lleva trazas.

que como su dueño nos vea alongados de aquí volverá por él. Dios sabe si quisiera llevarle, replicó Sancho, ó por lo menos trocalle con este mio, que no me parece tan bueno: verdaderamente que son estrechas las leyes de caballeria, que no se extienden á dejar trocar un asno por otro, y querria saber si podria trocar los aparejos siquiera. En eso no estoy muy cierto, respondió D. Quijote, y en caso de duda hasta estar mejor informado digo que los trueques si es que tienes dellos necesidad extrema. Tan extrema es, respondió Sancho, que si fueran para mi mesma persona no los hubiera menester mas; y luego habilitado con aquella licencia hizo *mutatio capparum*, y puso su jumento á las mil lindezas, dejándole mejorado en tercio y quinto. Hecho esto almorzaron de las sobras del real que del acémila despojaron, y bebieron del agua del arroyo de los batanes sin volver la cara á mirallos: tal era el aborrecimiento que les tenian por el miedo en que les habian puesto, y cortada la cólera y aún la melancolía subieron á caballo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de caballeros andantes el no tomar ninguno cierto) se pusieron á caminar por donde la voluntad de Rocinante quiso, que se llevaba tras sí la de su amo y aún la del asno, que siempre le seguia por donde quiera que guiaba en buen amor y compañia: con todo esto volvieron al camino real, y siguieron por él á la ventura sin otro designio alguno.

Yendo pues así caminando, dijo Sancho á su amo: señor, ¿quiere v. m. darme licencia que departa[6] un poco con él? que despues que me puso aquel áspero mandamiento del silencio se me han podrido mas de cuatro cosas en el estómago, y una sola que ahora tengo en el pico de la lengua no querria que se malograse. Díla, dijo D. Quijote, y sé breve en tus razonamientos, que ninguno hay gustoso si es largo. Digo pues, señor, respondió Sancho, que de algunos dias á esta parte he considerado cuán poco se gana y granjea de andar buscando estas aventuras que v. m. busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde ya que se venzan y acaben las mas peligrosas, no hay quien las vea ni sepa, y así se han de quedar en perpétuo silencio y en perjuicio de la intencion de v. m. y de lo que ellas merecen. Y así me parece que seria mejor (salvo el mejor parecer de v. m.) que nos fuésemos á servir á algun emperador, ó á otro príncipe grande que tenga alguna guerra, en cuyo servicio v. m. muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento: que visto esto del señor á quien serviremos, por fuerza nos ha de remunerar á cada cual segun sus méritos; y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de v. m. para perpétua memoria: de las mias no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles; aunque sé decir que

6 Departir es razonar con otro.

si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones.[7] No dices mal, Sancho, respondió D. Quijote; mas antes que se llegue á ese término es menester andar por el mundo como en aprobacion buscando las aventuras, para que acabando algunas se cobre nombre y fama, tal que cuando se fuere á la córte de algun gran monarca, ya sea el caballero conocido por sus obras, y que apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, cuando todos le sigan y rodeen, dando voces diciendo: este es el caballero del Sol ó de la Serpiente, ó de otra alguna insignia debajo de la cual hubiere acabado grandes hazañas: este es, dirán, el que venció en singular batalla al gigantazo Brocabruno de la gran fuerza, el que desencantó al gran mameluco de Persia del largo encantamiento en que habia estado casi novecientos años: asíque de mano en mano irán pregonando sus hechos, y luego al alboroto de los muchachos y de la demas gente se parará á las fenestras de su real palacio el rey de aquel reino; y así como vea al caballero, conociéndole por las armas ó por la empresa del escudo forzosamente ha de decir: ea, sús[8] salgan mis caballeros cuantos en mi córte están á recebir á la flor de la caballería que allí viene, á cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora reina, á donde el caballero la hallará con la infanta su hija, que ha de ser una de las mas fermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra á duras penas se puede hallar. Sucederá tras esto luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca al otro cosa mas divina que humana, y sin saber cómo ni cómo no, han de quedar presos y enlazados en la intrincable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones por no saber cómo se han de fablar para descubrir sus ansias y sentimientos. Desde allí le llevarán sin duda á algun cuarto del palacio ricamente aderezado, donde habiéndole quitado las armas, le traerán un rico manton de escarlata con que se cubra, y si bien pareció armado, tan bien y mejor ha de parecer en farseto. Venida la noche cenará con el rey, reina é infanta, donde nunca quitará los ojos della, mirándola á furto de los circunstantes, y ella hará lo mismo con la misma sagacidad, porque como tengo dicho, es muy discreta doncella. Levantarse han las tablas, y entrará á deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano con una fermosa dueña, que entre dos gigantes detras del enano viene con cierta aventura hecha por un antiquísimo sabio, que el que la acabare será tenido por el mejor caballero del mundo: mandará luego el rey que to-

7 Esto es, olvidadas. 8 Arriba.

dos los que están presentes la prueben, y ninguno le dará fin y cima, sino el caballero huésped en mucho pró de su fama, de lo cual quedará contentísima la infanta, y se tendrá por contenta y pagada además por haber puesto y colocado sus pensamientos en tan alta parte. Y lo bueno es que este rey ó príncipe, ó lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero huésped le pide licencia para ir á servirle en aquella guerra dicha: darásela el rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortesmente las manos por la merced que le face: y aquella noche se despedirá de su señora la infanta por las rejas de un jardin que cae al aposento donde ella duerme, por las cuales ya otras muchas veces la habia fablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la infanta mucho se fia: suspirará él, desmayaráse ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mucho porque viene la mañana, y no querria que fuesen descubiertos por la honra de su señora: finalmente la infanta volverá en sí, y dará sus blancas manos por la reja al caballero el cual se las besará mil y mil veces, y se las bañará en lágrimas: quedará concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos ó malos sucesos, y rogarále la princesa que se detenga lo menos que pudiere: prometérselo ha él con muchos juramentos: tórnale á besar las manos, y despídese con tanto sentimiento, que estará poco por acabar la vida: váse desde allí á su aposento, échase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida, madruga muy de mañana, váse á despedir del rey, de la reina y de la infanta; dícenle, habiéndose despedido de los dos, que la señora infanta está mal dispuesta, y que no puede recebir visita; piensa el caballero que es de pena de su partida, traspásasele el corazon, y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena. Está la doncella medianera delante, hálo de notar todo, váselo á decir á su señora, la cual la recibe con lágrimas, y le dice que una de las mayores penas que tiene es no saber quién sea su caballero y si es de linaje de reyes ó no: asegura la doncella que no puede caber tanta cortesía, gentileza y valentía como la de su caballero sino en sujeto real y grave: consuélase con esto la cuitada, y procura consolarse por no dar mal indicio de sí á sus padres, y al cabo de dos dias sale en público. Ya se es ido el caballero; pelea en la guerra, vence al enemigo del rey, gana muchas ciudades, triunfa en muchas batallas: vuelve á la córte, ve á su señora por donde suele, conciértase que la pida á su padre por mujer en pago de sus servicios, no se la quiere dar el rey porque no sabe quién es; pero con todo esto, ó robada, ó de otra cualquier suerte que sea, la infanta viene á ser su esposa, y su padre lo viene á tener á gran ventura, porque se vino á averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé que reino; porque creo que no debe de estar en el mapa: muérese el padre, hereda la infanta, queda

rey el caballero en dos palabras. Aquí entra luego el hacer mercedes á su escudero y á todos aquellos que le ayudaron á subir á tan alto estado: casa á su escudero con una doncella de la infanta, que será sin duda la que fué tercera en sus amores, que es hija de ún duque muy principal.

Eso pido, y barras derechas [9], dijo Sancho; á eso me atengo, porque todo al pié de la letra ha de suceder por v. m., llamándose *El caballero de la triste figura*. No lo dudes, Sancho, replicó D. Quijote, porque del mismo modo y por los mismos pasos que esto he contado, suben y han subido los caballeros andantes á ser reyes y emperadores: solo falta ahora mirar qué rey de los cristianos, ó de los paganos tenga guerra, y tenga hija hermosa; pero tiempo habrá para pensar esto, pues como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes, que se acuda á la córte. Tambien me falta otra cosa, que puesto caso que se halle rey con guerra y con hija hermosa, y que yo haya cobrado fama increible por todo el universo, no sé yo cómo se podia hallar que yo sea de linaje de reyes, ó por lo menos primo segundo de emperador; porque no me querrá el rey dar á su hija por mujer sinó está primero muy enterado en esto, aunque mas lo merezcan mis famosos hechos: asique por esta falta temo perder lo que mi brazo tiene bien merecido. Bien es verdad que yo soy hijodalgo de solar conocido, de posesion y propiedad, y de devengar quinientos sueldos; y podria ser que el sabio que escribiese mi historia deslindase de tal manera mi parentela y decendencia, que me hallase quinto ó sesto nieto de rey. Porque te hago saber, Sancho, que hay dos maneras de linajes en el mundo, unos que traen y derivan su decendencia de príncipes y monarcas, á quien poco á poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta como pirámides; otros tuvieron principio de gente baja, y van subiendo de grado en grado hasta llegar á ser grandes señores: de manera que está la diferencia en que unos fueron que ya no son, y otros son ya que no fueron, y podria ser yo destos que despues de averiguado hubiese sido mi principio grande y famoso, con lo cual se debia de contentar el rey mi suegro que hubiere de ser: y cuando no, la infanta me ha de querer de manera, que á pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de un azacán, me ha de admitir por señor y por esposo: y sinó, aquí entra el roballa y llevarla donde mas gusto me diere, que el tiempo ó la muerte ha de acabar el enojo de sus padres. Ahí entra bien tambien, dijo Sancho, lo que algunos desalmados dicen: no pidas de grado lo que puedes tomar por fuerza, aunque mejor cuadra decir: mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos: dígolo porque si el señor rey suegro de v. m. no se quisiere domeñar á entregarle á mi señora la infanta, no hay sinó, como v. m.

9 Y habré hecho mi jugada.

dice, roballa y trasponella; pero está el daño que en tanto que se hagan las paces y se goce pacíficamente del reino, el pobre escudero se podrá estar á diente [10] en esto de las mercedes, si ya no es que la doncella tercera que ha de ser su mujer se sale con la infanta, y él pasa con ella su mala ventura hasta que el cielo ordene otra cosa; porque bien podrá, creo yo, desde luego dársela su señor por legítima esposa. Eso no hay quien lo quite, dijo D. Quijote. Pues como eso sea, respondió Sancho, no hay sino encomendarnos á Dios, y dejar correr la suerte por donde mejor lo encamináre. Hágalo Dios, respondió D. Quijote, como yo deseo, y tú, Sancho, has menester, y ruin sea quien por ruin se tiene. Sea por Dios, dijo Sancho, que yo cristiano viejo soy, y para ser conde esto me basta. Y aún te sobra, dijo D. Quijote, y cuando no lo fueras no hacía nada al caso, porque siendo yo el rey, bien te puedo dar nobleza sin que la compres ni me sirvas con nada, porque en haciéndote conde cátate ahí caballero, y digan lo que dijeren, que á buena fé que te han de llamar señoría mal que les pese. Y montas, que no sabria yo autorizar el litado, dijo Sancho. Dictado has de decir, que no litado, dijo su amo. Sea así, respondió Sancho Panza: digo que le sabria bien acomodar, porque por vida mia que un tiempo fuí muñidor de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decian todos que tenia presencia para poder ser prioste de la mesma cofradía. ¿Pues qué será cuando me ponga un ropon ducal á cuestas, ó me vista de oro y de perlas á uso de conde extranjero? Para mí tengo que me han de venir á ver de cien leguas. Bien parecerás, dijo D. Quijote; pero será menester que te rapes las barbas á menudo, que segun las tienes de espesas, aborrascadas y mal puestas, sinó te las rapas á navaja cada dos dias por lo menos, á tiro de escopeta se echará de ver lo que eres. ¿Qué hay mas, dijo Sancho, sino tomar un barbero, y tenerle asalariado en casa? y aún si fuere menester le haré que ande tras mí como caballerizo de grande. ¿Pues cómo sabes tú, preguntó D. Quijote, que los grandes llevan detrás de sí á sus caballerizos? Yo se lo diré, respondió Sancho: los años pasados estuve un mes en la córte, y allí ví que paseándose un señor muy pequeño, que decian que era muy grande, un hombre le seguia á caballo á todas las vueltas que daba, que no parecia sino que era su rabo: pregunté que cómo aquel hombre no se juntaba con el otro hombre, sino que siempre andaba tras dél: respondiéronme que era su caballerizo, y que era uso de grandes llevar tras sí á los tales: desde entonces lo sé tan bien, que nunca se me ha olvidado. Digo que tienes razon, dijo D. Quijote, y que así puedes tú llevar á tu barbero, que los usos no vinieron todos juntos ni se inventaron á una, y puedes ser tú el primero conde que

10 Estar sin comer.

lleve tras sí su barbero; y aún es de mas confianza el hacer la barba que ensillar un caballo. Quédese eso del barbero á mi cargo, dijo Sancho, y al de v. m. se quede el procurar venir á ser rey, y el hacerme conde. Así será, respondió D. Quijote, y alzando los ojos vió lo que se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO XVIII.

De la libertad que dió D. Quijote á muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.

Cuenta Cide Hamete Ben-Enjeli, en esta gravísima, altisonante, mínima, dulce é imaginada historia, que despues que entre el famoso Don Quijote de la Mancha y Sancho Panza su escudero pasaron aquellas razones que en el fin del capítulo diez y siete quedan referidas, que Don Quijote alzó los ojos y vió que por el camino que llevaba, venian hasta doce hombres á pié, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas á las manos. Venian asimismo con ellos dos hombres de á caballo y dos de á pié: los de á caballo con escopetas de rueda, y los de á pié con dardos y espadas, y así como Sancho Panza los vido, dijo: esta es cadena de galeotes, gente forzada del rey, que va á las galeras. ¿Cómo gente forzada? preguntó D. Quijote: ¿es posible que el rey haga fuerza á ninguna gente? No digo eso, respondió Sancho, sino que es gente que por sus delitos va condenada á servir al rey en las galeras de por fuerza. En resolucion, replicó D. Quijote, como quiera que ello sea, esta gente, aunque los llevan, van de por fuerza y no de su voluntad. Así es, dijo Sancho. Pues desa manera, dijo su amo, aquí encaja la ejecucion de mi oficio, desfacer fuerzas, socorrer y acudir á los miserables. Advierta v. m., dijo Sancho, que la justicia, que es el mesmo rey, no hace fuerza ni agravio á semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos.

Llegó en esto la cadena de los galeotes, y D. Quijote con muy corteses razones pidió á los que iban en su guarda fuesen servidos de informalle y decille la causa ó causas porque llevaban aquella gente de aquella manera. Una de las guardas de á caballo respondió que eran galeotes, gente de su majestad, que iba á galeras, y que no habia mas que decir, ni él tenia mas que saber. Con todo eso, replicó D. Quijote, querria saber de cada uno dellos en particular la causa de su desgracia: añadió á estas otras tales y tan comedidas razones para moverlos á que le dijesen lo que deseaba, que la otra guarda de á caballo le dijo: aunque llevamos aquí el registro y la fé de las sentencias de cada uno destos

malaventurados, no es tiempo este de detenernos á sacarlas ni á leellas: v. m. llegue y se lo pregunte á ellos mismos, que ellos lo dirán si quisieren, que si querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías. Con esta licencia, que D. Quijote se tomára aunque no se la dieran, se llegó á la cadena, y al primero le preguntó que por qué pecados iba de tan mala guisa. Él respondió que por enamorado. ¿Por eso no mas? replicó D. Quijote; pues si por enamorados echan á galeras, dias há que pudiera yo estar bogando en ellas. No son los amores como los que v. m. piensa, dijo el galeote, que los mios fueron que quise tanto á una canasta de colar atestada de ropa blanca, que la abracé tan fuertemente, que á no quitármela la justicia por fuerza, aún hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad: fué en fragante; no hubo lugar de tormento; concluyóse la causa; acomodáronme las espaldas con ciento [1], y por añadidura tres años de gurapas, y acabóse la obra. ¿Qué son gurapas? preguntó D. Quijote. Gurapas son galeras, respondió el galeote, el cual era un mozo de hasta edad de veinte y cuatro años, y dijo que era natural de Piedrahita. Lo mismo preguntó D. Quijote al segundo, el cual no respondió palabra, segun iba de triste y melancólico: mas respondió por él el primero, y dijo: este, señor, va por canario [2], digo que por músico y cantor. ¿Pues cómo? repitió D. Quijote, ¿por músicos y cantores van tambien á galeras? Si, señor, respondió el galeote, que no hay peor cosa que cantar en el ánsia. Antes he oido decir, dijo D. Quijote, que quien canta sus males espanta. Acá es al revés, dijo el galeote, que quien canta una vez llora toda la vida. No lo entiendo, dijo D. Quijote; mas una de las guardas le dijo: señor caballero, cantar en el ánsia se dice entre esta gente *non saneta* confesar en el tormento: á este pecador le dieron tormento y confesó su delito, que era ser cuatrero, que es ser ladron de bestias, y por haber confesado le condenaron por seis años á galeras, amen de doscientos azotes que ya lleva en las espaldas; y va siempre pensativo y triste, porque los demas ladrones que allá quedan y aquí van, le maltratan, aniquilan, escarnecen y tienen en poco, porque confesó y no tuvo ánimo para decir nones; porque dicen ellos que tantas letras tiene un nó como un sí, y que harta ventura tiene un delincuente que está en su lengua su vida ó su muerte, y no en la de los testigos y probanzas. D. Quijote, pasando al tercero, preguntó lo que á los otros, el cual de presto y con mucho desenfado respondió y dijo: yo voy por cinco años á las señoras gurapas por faltarme diez ducados. Yo daré veinte de muy buena gana, dijo D. Quijote, por libraros desa pesadumbre. Eso me parece, respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo y se está muriendo

1 Con cien azotes. 2 Por haber confesado en el tormento.

de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester: dígolo porque si á su tiempo tuviera yo esos veinte ducados que v. m. ahora me ofrece, hubiera untado con ellos la péndola [3] del escribano y avivado el ingenio del procurador de manera que hoy me viera en mitad de la plaza de Zocodover de Toledo, y no en este camino atraillado como galgo; pero Dios es grande; paciencia, y basta. Pasó D. Quijote al cuarto, que era un hombre de venerable rostro, con una barba blanca que le pasaba del pecho, el cual, oyéndose preguntar la causa porque allí venia, comenzó á llorar y no respondió palabra; mas el quinto condenado le sirvió de lengua, y dijo: este hombre honrado va por cuatro años á galeras, habiendo paseado las acostumbradas [4] vestido en pompa y á caballo. Eso es, dijo Sancho Panza, á lo que á mí me parece, haber salido á la vergüenza. Así es, replicó el galeote, y la culpa porque le dieron esta pena es por haber sido corredor de oreja y aún de todo el cuerpo: en efecto, quiero decir que este caballero va por alcahuete y por tener asimesmo sus puntas y collar de hechicero. A no haberle añadido esas puntas y collar, dijo D. Quijote, por solamente el alcahuete limpio no merecia el ir á bogar en las galeras, sino á mandallas y á ser general dellas, porque no es así como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos y necesarísimo en la república bien ordenada, y que no le debia ejercer sino gente muy bien nacida, y aún habia de haber veedor y examinador de los tales, como le hay de los demas oficios, con número deputado y conocido, como corredores de lonja. Y desta manera se excusarian muchos males que se causan por andar este oficio y ejercicio entre gente idiota y de poco entendimiento, como son mujercillas de poco mas ó menos, pajecillos y truhanes de pocos años y de muy poca experiencia, que á la mas necesaria ocasion, y cuando es menester dar una traza que importe, se les hielan las migas de las manos á la boca, y no saben cuál es su mano derecha. Quisiera pasar adelante, y dar las razones porque convenia hacer eleccion de los que en la república habian de tener tan necesario oficio, pero no es el lugar acomodado para ello; algun dia lo diré á quien lo pueda proveer y remediar: solo digo ahora que la pena que me ha causado ver estas blancas canas y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me la ha quitado el adjunto de ser hechicero, aunque bien sé que no hay hechizos en el mundo que puedan mover y forzar la voluntad, como algunos simples piensan; que es libre nuestro albedrío, y no hay yerba ni encanto que le fuerce. Lo que suelen hacer algunas mujercillas simples y algunos embusteros bellacos es algunas misturas y venenos con que vuelven locos á los hombres, dando á entender que tienen fuerza para hacer querer bien,

3 La pluma. 4 Se entiende ó suple, calles.

siendo, como digo, cosa imposible forzar la voluntad. Así es, dijo el buen viejo; y en verdad, señor, que en lo de hechicero que no tuve culpa, en lo de alcahuete no lo pude negar; pero nunca pensé que hacia mal en ello, que toda mi intencion era que todo el mundo se holgase y viviese en paz y quietud sin pendencias ni penas; pero no me aprovechó nada este buen deseo para dejar de ir adonde no espero volver, segun me cargan los años y un mal de orina que llevo que no me deja reposar un rato: y aquí tornó á su llanto como de primero, y túvole Sancho tanta compasion, que sacó un real de á cuatro del seno y se le dió de limosna. Pasó adelante D. Quijote, y preguntó á otro su delito, el cual respondió con no menos sino con mucha mas gallardia que el pasado: yo voy aquí porque me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mias y con otras dos hermanas que no lo eran mias: finalmente, tanto me burlé con todas, que resultó de la burla crecer la parentela tan intrincadamente, que no hay sumista que la declare. Probóseme todo, faltó favor, no tuve dineros, víme á pique de perder los tragaderos [5], sentenciáronme á galeras por seis años, consentí, castigo es de mi culpa, mozo soy, dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si v. m., señor caballero, lleva alguna cosa con que socorrer á estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuidado de rogar á Dios en nuestras oraciones por la vida y salud de v. m., que sea tan larga y tan buena como su buena presencia merece. Este iba en hábito de estudiante, y dijo una de las guardas que era muy grande hablador y muy gentil latino.

Tras todos estos venia un hombre de muy buen parecer de edad de treinta años, sino que al mirar metia el un ojo en el otro un poco; venia diferentemente atado que los demas, porque traía una cadena al pié tan grande, que se la liaba por todo el cuerpo, y dos argollas á la garganta, la una en la cadena, y la otra de las que llaman guarda-amigo, ó pié de amigo, de la cual decendian dos hierros que llegaban á la cintura, en los cuales se asian dos esposas donde llevaba las manos cerradas con un grueso candado, de manera que ni con las manos podia llegar á la boca, ni podia bajar la cabeza á llegar á las manos. Preguntó D. Quijote que cómo iba aquel hombre con tantas prisiones mas que los otros. Respondióle la guarda: porque tenia aquel solo mas delitos que todos los otros juntos, y que era tan atrevido y tan grande bellaco, que aunque le llevaban de aquella manera no iban seguros dél, sino que temian que se les habia de huir. ¿Qué delitos puede tener, dijo D. Quijote, sinó han merecido mas pena que echarle á las galeras? Va por diez años, replicó la guarda, que es como muerte civil: no se quiera saber mas sino que

5 El gaznate.

este buen hombre es el famoso Ginés de Pasamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla. Señor comisario, dijo entonces el galeote, váyase poco á poco, y no andemos ahora á deslindar nombres y sobrenombres; Ginés me llamo, y no Ginesillo, y Pasamonte es mi alcurnia, y no Parapilla como voacé [6] dice, y cada uno se dé una vuelta á la redonda [7], y no hará poco. Hable con menos tono, replicó el comisario, señor ladron de mas de la marca, sinó quiere que le haga callar mal que le pese. Bien parece, respondió el galeote, que va el hombre como Dios es servido; pero algun dia sabrá alguno si me llamo Ginesillo de Parapilla ó no. ¿Pues no te llaman así, embustero? dijo la guarda. Sí llaman, respondió Ginés; mas yo haré que no me lo llamen, ó me las pelaria [8] donde yo digo entre mis dientes. Señor caballero, si tiene algo que darnos, dénoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querer saber vidas ajenas; y si la mia quiere saber, sepa que soy Ginés de Pasamonte, cuya vida está escrita por estos pulgares. Dice verdad, dijo el comisario, que él mismo ha escrito su historia, que no hay mas que desear, y deja empeñado el libro en la cárcel en doscientos reales. Y le pienso desempeñar, dijo Ginés, si quedára en doscientos ducados. ¿Tan bueno es? dijo D. Quijote. Es tan bueno, respondió Ginés, que mal año para Lazarillo de Tormes, y para todos cuantos de aquel género se han escrito ó escribieren: lo que le sé decir á voacé, es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se les igualen. ¿Y cómo se intítula el libro? preguntó Don Quijote. *La vida de Ginés de Pasamonte*, respondió él mismo. ¿Y está acabado? preguntó D. Quijote. ¿Cómo puede estar acabado, respondió él, si aún no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras. ¿Luego otra vez habeis estado en ellas? dijo D. Quijote. Para servir á Dios y al rey, otra vez he estado cuatro años, y ya sé á qué sabe el bizcocho y el corbacho [9], respondió Ginés, y no me pesa mucho ir á ellas, porque allí tendré lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que decir, y en las galeras de España hay mas sosiego de aquel que seria menester, aunque no es menester mucho para lo que yo tengo de escribir, porque me lo sé de coro. Hábil pareces, dijo D. Quijote. Y desdichado, respondió Ginés, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen á los bellacos, dijo el comisario. Ya le he dicho, señor comisario, respondió Pasamonte, que se vaya poco á poco, que aquellos señores no le dieron esa vara para que maltratase á los pobretes que aquí vamos, sino para que nos guiase y llevase adonde su ma-

6 Esto es, vuesa merced ó usted. 7 Se mire bien á sí mismo. 8 Las barbas.
9 Bizcocho, lo que hoy se llama galleta.—Corbacho, el látigo con que les castigaba el comitre.

jestad manda; sinó, por vida de... basta, que podria ser que saliesen algun dia en la colada las manchas que se hicieron en la venta, y todo el mundo calle y viva bien y háble mejor, y caminemos, que ya es mucho regodeo este. Alzó la vara en alto el comisario para dar á Pasamonte en respuesta de sus amenazas; mas D. Quijote se puso en medio, y le rogó que no le maltratase, pues no era mucho que quien llevaba tan atadas las manos tuviese algun tanto suelta la lengua; y volviéndose á todos los de la cadena dijo: de todo cuanto me habeis dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vais á padecer no os dan mucho gusto, y que vais á ellas muy de mala gana y muy contra vuestra voluntad, y que podria ser que el poco ánimo que aquel tuvo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco favor del otro, y finalmente el torcido juicio del juez hubiese sido causa de vuestra perdicion, y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades. Todo lo cual se me representa á mí ahora en la memoria, de manera que me está diciendo, persuadiendo y aún mandando que muestre con vosotros el efecto para que el cielo me arrojó al mundo, y me hizo profesar en él la órden de caballería que profeso, y el voto que en ella hice de favorecer á los menesterosos y opresos de los mayores. Pero porque sé que una de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hacer por bien no se haga por mal, quiero rogar á estos señores guardianes y comisario sean servidos de desataros y dejaros ir en paz, que no faltarán otros que sirvan al rey en mejores ocasiones, porque me parece duro caso hacer esclavos á los que Dios y naturaleza hizo libres: cuanto mas, señores guardas, añadió D. Quijote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros; allá se lo haya cada uno con su pecado, Dios hay en el cielo que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno, y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre y sosiego, porque tenga, si lo cumplís, algo que agradeceros; y cuando de grado no lo hagais, esta lanza y esta espada con el valor de mi brazo harán que lo hagais por fuerza. Donosa majadería, respondió el comisario: bueno está el donaire con que ha salido á cabo de rato: los forzados del rey quiere que le dejemos, como si tuviéramos autoridad para soltarlos, ó él la tuviera para mandárnoslo: váyase v. m., señor, norabuena su camino adelante, y enderécese ese bacin que trae en la cabeza, y no ande buscando tres piés al gato. Vos sois el gato y el rato y el bellaco, respondió D. Quijote; y diciendo y haciendo arremetió con él tan presto, que sin que tuviese lugar de ponerse en defensa, dió con él en el suelo mal herido de una lanzada, y avínole bien, que este era el de la escopeta. Las demas guardas quedaron atónitas y suspensas del no esperado aconteci-

miento; pero volviendo sobre sí pusieron mano á sus espadas los de acaballo, y los de á pié á sus dardos, y arremetieron á D. Quijote que con mucho sosiego los aguardaba; y sin duda lo pasára mal si los galeotes, viendo la ocasion que se les ofrecia de alcanzar libertad, no la procuráran rompiendo la cadena donde venian ensartados. Fué la revuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes que se desataban, ya por acometer á D. Quijote, no hicieron cosa que fuese de provecho. Ayudó Sancho por su parte á la soltura de Ginés de Pasamonte, que fué el primero que saltó en la campaña libre y desembarazado, y arremetiendo al comisario caido le quitó la espada y la escopeta, con la cual apuntando al uno y señalando al otro, sin disparalla jamás, no quedó guarda en todo el campo, porque se fueron huyendo, así de la escopeta de Pasamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tiraban.

Entristecióse mucho Sancho deste suceso, porque se le representó que los que iban huyendo habian de dar noticia del caso á la santa Hermandad, la cual á campana herida [10] saldria á buscar los delincuentes, y así se lo dijo á su amo, y le rogó que luego de allí se partiesen, y se emboscasen en la sierra que estaba cerca. Bien está eso, dijo D. Quijote; pero yo sé lo que ahora conviene que se haga, y llamando á todos los galeotes, que andaban alborotados, y habian despojado al comisario hasta dejarle en cueros, se le pusieron todos á la redonda para ver lo que les mandaba, y así les dijo: de gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y uno de los pecados que mas á Dios ofende es la ingratitud: dígolo porque ya habeis visto, señores, con manifiesta experiencia el que de mí habeis recebido, en pago del cual querria, y es mi voluntad, que cargados de esa cadena que quité de vuestros cuellos, luego os pongais en camino y vayais á la ciudad del Toboso, y allí os presenteis ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digais que su caballero el de la Triste Figura se le envia á encomendar, y la conteis punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura hasta poneros en la deseada libertad, y hecho esto, os podreis ir donde quisiéredes á la buena ventura. Respondió por todos Ginés de Pasamonte, y dijo: lo que v. m. nos manda, señor y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos ir juntos por los caminos, sino solos y divididos y cada uno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca. Lo que v. m. puede hacer, y es justo que haga, es mudar ese servicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso en alguna cantidad de *Avemarías* y *Cre-*

10 A sonatén, á rebato.

dos, que nosotros diremos por la intencion de v. m., y esta es cosa que se podrá cumplir de noche y de dia, huyendo ó reposando, en paz ó en guerra; pero pensar que hemos de volver ahora á las ollas de Egipto, digo á tomar nuestra cadena, y á ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aún no son las diez del dia, y es pedir á nosotros eso como pedir peras al olmo. Pues voto á tal, dijo D. Quijote (ya puesto en cólera) don ladron, D. Ginesillo de Paropillo, ó como os llamais, que habeis de ir vos solo rabo entre piernas [11] con toda la cadena á cuestas. Pasamonte, que no era nada bien sufrido (estando ya enterado que D. Quijote no era muy cuerdo, pues tal disparate habia cometido como el de darles libertad), viéndose tratar mal y de aquella manera, hizo del ojo á los compañeros, y apartándose, comenzaron á llover tantas y tantas piedras sobre D. Quijote, que no se daba manos á cubrirse con la rodela, y el pobre de Rocinante no hacia mas caso de la espuela que si fuera hecho de bronce. Sancho se puso trás su asno, y con él se defendia de la nube y pedrisco que sobre entrambos llovia. No se pudo escudar tan bien D. Quijote que no le acertasen no sé cuantos guijarros en el cuerpo con tanta fuerza, que dieron con él en el suelo; y apenas hubo caido cuando fué sobre él el estudiante, y le quitó la bacia de la cabeza y dióle con ella tres ó cuatro golpes en las espaldas y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi pedazos: quitáronle una ropilla que traia sobre las armas, y las medias calzas le querian quitar si las grebas [12] no lo estorbáran. A Sancho le quitaron el gaban, dejándole en pelota repartiendo entre sí los demás despojos de la batalla, se fueron cada uno por su parte, con mas cuidado de escaparse de la Hermandad que temian, que de cargarse de la cadena, é ir á presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento y Rocinante, Sancho y D. Quijote, el jumento cabizbajo y pensativo, sacudiendo de cuando en cuando las orejas, pensando que aún no habia cesado la borrasca de las piedras que le perseguian los oidos; Rocinante tendido junto á su amo, que tambien vino al suelo de otra pedrada; Sancho en pelota, y temeroso de la santa Hermandad; D. Quijote mohinísimo de verse tan mal parado por los mismos á quien tanto bien habia hecho.

CAPITULO XIX.

De lo que le aconteció al famoso D. Quijote en Sierramorena, que fué una de las mas raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan.

Viéndose tan mal parado D. Quijote dijo á su escudero: siempre, San-

11 Vencido y corrido. 12 La armadura de las piernas desde la rodilla hasta la garganta del pié.

cho, he oido decir, que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar. Si yo hubiera creido lo que me dijiste, yo hubiera excusado esta pesadumbre; pero ya está hecho, paciencia, y escarmentar para desde aquí adelante. Así escarmentará v. m., respondió Sancho, como yo soy turco; pero pues dice que si me hubiera creido se hubiera excusado este daño, créame ahora, y se excusará otro mayor; porque le hago saber que con la santa Hermandad no hay usar de caballerías, que no se le da á ella por cuantos caballeros andantes hay dos maravedís: y sepa que ya me parece que sus saetas me zumban por los oidos. Naturalmente eres cobarde, Sancho, dijo D. Quijote: pero porque no digas que soy contumaz, y que jamás hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu consejo, y apartarme de la furia que tanto temes: mas ha de ser con una condicion, que jamás en vida ni en muerte has de decir á nadie que yo me retiré y aparté deste peligro de miedo, sino por complacer á tus ruegos: que si otra cosa dijeres mentirás en ello, y desde ahora para entonces, y desde entonces para ahora te desmiento, y digo que mientes y mentirás todas las veces que lo pensares ó lo dijeres. Y no me repliques más, que en solo pensar que me aparto y retiro de algun peligro, especialmente deste que parece que lleva un si es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme y para aguadar aquí solo, no solamente á la santa Hermandad que dices y temes, sino á los hermanos de las doce tribus de Israel, á Castor y Polux, y aún á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo. Señor, respondió Sancho, que el retirarse no es huir, ni el esperar es cordura cuando el peligro sobrepuja á la esperanza, y de sabios es guardarse hoy para mañana, y no aventurarse todo en un dia; y sepa que aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno: asíque no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante si puede, ó sinó yo le ayudaré, y sígame, que el caletre me dice que hemos menester ahora mas los piés que las manos. Subió D. Quijote sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por una parte de Sierramorena que allí junto estaba, llevando Sancho intencion de atravesarla toda, é ir á salir al Viso ó á Almodovar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas, por no ser hallados si la Hermandad los buscase. Animóle á esto haber visto que de la refriega de los galeotes se habia escapado libre la despensa que sobre su asno venia, cosa que la tuvo á milagro, segun fué lo que buscaron y llevaron los galeotes.

Aquella noche llegaron á la mitad de las entrañas de Sierramorena, adonde le pareció á Sancho pasar aquella noche y aún otros algunos dias, á lo menos todos aquellos que durase el matalotaje que llevaba, y así hicieron noche entre dos peñas y entre muchos alcornoques. Pero la

suerte fatal, que segun opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera fé todo lo guia, guisa y compone á su modo, ordenó que Ginés de Pasamonte, el famoso embustero y ladron, que de la cadena por virtud y locura de D. Quijote se habia escapado, llevado del miedo de la santa Hermandad, de quien con justa razon temia, acordó de esconderse en aquellas montañas, y llevóle su suerte y su miedo á la misma parte donde habia llevado á D. Quijote y á Sancho Panza á hora y tiempo que los pudo conocer, y á punto que los dejó dormir: y como siempre los malos son desagradecidos, acordó tambien de hurtar el asno de Sancho Panza, como lo hizo, de modo que antes que amaneciese se halló bien lejos de poder ser hallado. Salió el aurora alegrando la tierra y entristeciendo á Sancho Panza, porque halló menos su rucio; viéndose sin él, comenzó á hacer el mas triste y doloroso llanto del mundo, y fué de manera que D. Quijote despertó á las voces, y oyó que en ellas decia: ¡ó hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas, y finalmente sustentador de la mitad de mi persona, porque con veinte y seis maravedís que ganaba cada dia mediaba yo mi despensa! D. Quijote, que vió el llanto y supo la causa, consoló á Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogó que tuviese paciencia, prometiéndole de darle una cédula de cambio para que le diesen tres en su casa de cinco que habia dejado en ella. Consolóse Sancho con esto, limpió sus lágrimas, templó sus sollozos, y agradeció á D. Quijote la merced que le hacia, el cual como entró por aquellas montañas se le alegró el corazon, pareciéndole aquellos lugares acomodados para las aventuras que buscaba. Reducíansele á la memoria los maravillosos acaecimientos que en semejantes soledades y asperezas habian sucedido á caballeros andantes: iba pensando en estas cosas tan embebecido y trasportado en ellas, que de ninguna otra se acordaba, ni Sancho llevaba otro cuidado sino de satisfacer su estómago con los relieves que del despojo clerical habian quedado, y así iba tras su amo, cargado con todo aquello que habia de llevar el rúcio, sacando de un costal y embaulando en su panza; y no se le diera por hallar otra aventura, entre tanto que iba de aquella manera, un ardite. En esto alzó los ojos y vió que su amo estaba parado, procurando con la punta del lanzon alzar un bulto que estaba caido en el suelo, por lo cual se dió priesa á llegar á ayudarle si fuese menester, y cuando llegó fué á tiempo que alzaba con la punta del lanzon un cogin y una maleta asida á él, medio podridos, ó podridos del todo y deshechos; mas pesaban tanto, que fué necesario que Sancho se apease á tomarlos, y mandóle su amo que viese lo que en la maleta venia. Hízolo con mucha presteza Sancho, y aunque la maleta venia cerrada con una cadena y su candado, por lo roto y podrido della vió lo que en ella

habia, que eran cuatro camisas de delgada holanda, y otras cosas de lienzo no menos curiosas que limpias, y en un pañizuelo halló un buen montoncillo de escudos de oro, y así como los vió dijo: ¡bendito sea todo el cielo, que nos ha deparado una aventura que sea de provecho! Y buscando más halló un librillo de memoria ricamente guarnecido; este le pidió D. Quijote, y mandóle que guardase el dinero y lo tomase para él. Besóle las manos Sancho por la merced, y desbalijando á la balija de su lenceria, la puso en el costal de la despensa. Todo lo cual visto por D. Quijote, dijo: paréceme, Sancho, que algun caminante descaminado debió de pasar por esta sierra, y salteándole malandrines le debieron de matar, y le trujeron á enterrar en esta tan escondida parte. No puede ser eso, respondió Sancho, porque si fueran ladrones no se dejáran aquí este dinero. Verdad dices, dijo D. Quijote, y así no adivino lo que esto pueda ser; mas espérate, veremos si en este librillo de memoria hay alguna cosa escrita por donde podamos venir en conocimiento de lo que deseamos. Abrióle, y lo primero que halló en él escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fué un soneto, del cual despues de leido no pudo sacarse nada en resolucion. Lea mas v. m., dijo Sancho, que ya hallará algo que nos satisfaga. Volvió la hoja D. Quijote, y dijo: esto es prosa, y parece carta. ¿Carta misiva, señor? preguntó Sancho. En el principio no parece sino de amores, respondió D. Quijote. Pues lea v. m. alto, dijo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores. Que me place; y acabando de leerla dijo D. Quijote: ni por esta ni por los versos se puede sacar otra cosa sinó que quien la escribió es algun desdeñado amante; y hojeando casi todo el librillo halló otros versos y cartas, que algunos pudo leer y otros no; pero lo que todos contenian eran quejas, lamentos, desconfianzas, sabores y sinsabores, favores y desdénes, solemnizados los unos y llorados los otros. En tanto que D. Quijote pasaba el libro pasaba Sancho la maleta, sin dejar rincon en toda ella ni en el cogin que no buscase, escudriñase é inquiriese, ni costura que no deshiciese, ni vedija de lana que no escarmenase, porque no se quedase nada por diligencia ni mal recado: tal golosina habian despertado en él los hallados escudos, que pasaban de ciento, y aunque no halló mas de lo hallado, dió por bien empleados los vuelos de la manta, el vomitar del brevaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del arriero, la falta de las alforjas, el robo del gabán y toda la hambre, sed y cansancio que habia pasado en servicio de su buen señor, pareciéndole que estaba mas que rebien pagado con la merced recebida de la entrega del hallazgo. Con gran deseo quedó el caballero de la Triste Figura de saber quién fuese el dueño de la maleta, conjeturando por el soneto y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que debia de ser de algun principal enamorado, á quien desdenes y malos tratamientos de

su dama debian de haber conducido á algun desesperado término; pero como por aquel lugar inhabitable y escabroso no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curó de más que de pasar adelante, sin llevar otro camino que aquel que Rocinante queria, que era por donde él podia caminar, siempre con imaginacion que no podia faltar por aquellas malezas alguna extraña aventura.

Yendo, pues, con este pensamiento, vió que por cima de una montañuela que delante de los ojos se le ofrecia, iba saltando un hombre de risco en risco y de mata en mata, con extraña ligereza. Y aunque lo procuró, no pudo seguille, porque no era dado á la debilidad de Rocinante andar por aquellas asperezas; y mas siendo él de suyo pasicorto y flemático. Luego imaginó D. Quijote que aquel era el dueño del cogín y de la maleta, y propuso en sí de buscalle, aunque supiese andar un año por aquellas montañas hasta hallarle, y así mandó á Sancho qué se apease del asno y atajase por la una parte de la montaña, que él iria por la otra, y podria ser que topasen con esta diligencia con aquel hombre que con tanta priesa se les habia quitado de delante. No podré hacer eso, respondió Sancho, porque en apartándome de v. m. luego es conmigo el miedo, que me asalta con mil géneros de sobresaltos y visiones; y sírvale esto que digo de aviso para que de aquí adelante no me aparte un dedo de su presencia. Así será, dijo el de la Triste Figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi ánimo, el cual no te ha de faltar aunque te falte el ánima del cuerpo, y vénte ahora tras mí poco á poco ó como pudieres, y haz de los ojos lanternas, rodearemos esta serrezuela; quizá toparemos con aquel hombre que vimos, el cual sin duda alguna no es otro que el dueño de nuestro hallazgo. Á lo que Sancho respondió: harto mejor seria no buscarle, porque si le hallamos y acaso fuese el dueño del dinero, claro está que lo tengo de restituir; y así fuera mejor, sin hacer esta inútil diligencia, poseerlo yo con buena fé, hasta que por otra via menos curiosa y diligente pareciera su verdadero señor, y quizá fuera á tiempo que lo hubiera gastado, y entonces el rey me hacía franco. Engáñaste en eso, Sancho, respondió D. Quijote, que ya que hemos caido en sospecha de quién es el dueño, estamos obligados á buscarle y volvérselos: y cuando no le buscásemos, la vehemente sospecha que tenemos de que él lo sea nos pone ya en tanta culpa como si lo fuese: asique, Sancho amigo, no te dé pena el buscalle por la que á mí se me quitará si le hallo; y así picó á Rocinante, y siguióle Sancho á pié y cargado, merced á Ginesillo de Pasamonte: y habiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en un arroyo muerta, medio comida de perros y picada de grajos, una mula ensillada y enfrenada; todo lo cual confirmó en ellos mas la sospecha de que aquel que huia era el dueño de la mula y del cogín. Estándola

mirando oyeron un silbo como de pastor que guardaba ganado, y á deshora á su siniestra mano parecieron una buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña pareció el cabrero que las guardaba, que era un hombre anciano. Dióle voces D. Quijote, y rogóle que bajase donde estaban. Él respondió á gritos que quién les habia traido por aquel lugar, pocas ó ningunas veces pisado, sino de piés de cabras ó de lobos y otras fieras que por allí andaban. Respondióle Sancho que bajase, que de todo le darian buena cuenta. Bajó el cabrero, y en llegando adonde D. Quijote estaba dijo: apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en esa hondonada, pues á buena fé que há ya seis meses que está en ese lugar: díganme, ¿han topado por ahí á su dueño? No hemos topado á nadie, respondió D. Quijote, sino un cogín y una maletilla que no lejos deste lugar hallamos. Tambien la hallé yo, respondió el cabrero, mas nunca la quise alzar ni llegar á ella, temeroso de algun desmán y de que no me la pidiesen por de hurto: que es el diablo sotil y debajo de los piés se levanta allombre cosa donde tropiece y caya, sin saber cómo ni cómo no. Eso mesmo es lo que yo digo, respondió Sancho, que tambien la hallé yo y no quise llegar á ella con un tiro de piedra: allí la dejé y allí se queda como se estaba, que no quiero perro con cencerro.

Decidme, buen hombre, dijo D. Quijote, ¿sabeis vos quién sea el dueño destas prendas? Lo que sabré yo decir, dijo el cabrero, es que habrá al pié de seis meses poco mas ó menos que llegó á una majada de pastores que estará como tres leguas deste lugar, un mancebo de gentil talle y apostura, caballero sobre esa mesma mula que ahí está muerta, y con el mesmo cogín y maleta que decís que hallastes y no tocastes: preguntónos que cuál parte desta sierra era la mas áspera y escondida: dijímosle que era esta donde ahora estamos; y es así la verdad, porque si entrais media legua más adentro quizá no acertareis á salir, y estoy maravillado de cómo habeis podido llegar aquí, porque no hay camino ni senda que á este lugar encamine. Digo, pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo volvió las riendas y encaminó hácia el lugar donde le señalamos, dejándonos á todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda y de la priesa con que le viamos caminar y volverse hácia la sierra; y desde entonces nunca más le vimos, hasta que de allí á algunos dias salió al camino á uno de nuestros pastores, y sin decille nada se allegó á él, le dió muchas puñadas y coces, y luego se fué á la borrica del hato, le quitó cuanto pan y queso en ella traia, y con extraña ligereza, hecho esto, se volvió á entrar en la sierra. Como esto supimos, algunos cabreros le anduvimos á buscar casi dos dias por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los cuales le hallamos metido en el hueco de un grue-

so y valiente alcornóque. Salió á nosotros con mucha mansedumbre, ya roto el vestido, el rostro desfigurado y tostado del sol, de tal suerte, que apenas le conocimos, sinó que los vestidos, aunque rotos, con la noticia que dellos teníamos, nos dieron á entender que era el que buscábamos. Saludónos cortésmente, y en pocas y muy buenas razones nos dijo que no nos maravillásemos de verle andar de aquella suerte, porque así le convenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le habia sido impuesta. Rogámosle que nos dijese quién era; mas nunca lo pudimos acabar con él: pedímosle tambien que cuando hubiese menester el sustento, sin el cual no podia pasar, nos dijese dónde le hallaríamos, porque con mucho amor y cuidado se lo llevaríamos; y que si esto tampoco fuese de su gusto, que á lo menos saliese á pedirlo y no á quitarlo á los pastores. Agradeció nuestro ofrecimiento, pidió perdon de los asaltos pasados, y ofreció de pedillo de allí adelante por amor de Dios sin dar molestia alguna á nadie: y estando en lo mejor de su plática paró y enmudecióse; clavó los ojos en el suelo por un buen espácio, en el cual todos estuvimos quedos y suspensos, esperando en qué habia de parar aquel embelesamiento, con no poca lástima de verlo; porque por lo que hacia de abrir los ojos, estar fijo mirando al suelo sin mover pestaña gran rato, y otras veces cerrarlos apretando los labios y enarcando las cejas, fácilmente conocimos que algun accidente de locura le habia sobrevenido; mas él nos dió á entender presto ser verdad lo que pensábamos, porque se levantó con gran furia del suelo donde se habia echado, y arremetió con el primero que halló junto á sí con tal denuedo y rabia, que sinó se le quitáramos le matára á puñadas y á bocados. Quitámossele, pues, con no poca pesadumbre, y él sin decir palabra se apartó de nosotros y se emboscó corriendo por entre estos jarales y malezas, de modo que nos imposibilitó el seguille. Esto es, señores, lo que sabré deciros de lo que me habeis preguntado.

Admirado quedó D. Quijote de lo que al cabrero habia oido, y quedó con mas deseo de saber quién era el desdichado loco, y propuso en sí lo mismo que ya tenia pensado de buscalle por toda la montaña, sin dejar rincon ni cueva en ella que no mirase hasta hallarle. Pero hízolo mejor la suerte de lo que él pensaba ni esperaba, porque en aquel mismo instante pareció por entre una quebrada de una sierra que salia donde ellos estaban, el mancebo que buscaba, el cual venia hablando entre sí cosas que no podian ser entendidas de cerca, cuanto mas de lejos. En llegando cerca vió D. Quijote que un coleto hecho pedazos que sobre sí traia era de ámbar, por donde acabó de entender que persona que tales hábitos traia no debia de ser de ínfima calidad. En llegando el mancebo á ellos los saludó con una voz desentonada y bronca, pero con mucha cortesía. D. Quijote le volvió las saludes con no menos co-

medimiento, y apeándose de Rocinante con gentil continente y donaire, le fué á abrazar y le tuvo un buen espácio estrechamente entre sus brazos, como si de luengos tiempos lo hubiera conocido. El otro, á quien podemos llamar el *Roto de la mala figura*, como á D. Quijote el de la *triste*, despues de haberse dejado abrazar, le apartó un poco de sí, y puestas sus manos en los hombros de D. Quijote, le estuvo mirando como que queria ver si le conocia, no menos admirado quizá de ver la figura, talle y armas de D. Quijote, que D. Quijote lo estaba de verle á él. En resolucion, el primero que habló despues del abrazamiento fué el Roto, y dijo lo que se verá.

Dice la historia que era grandísima la atencion con que D. Quijote escuchaba al astroso caballero de la *Sierra*, el cual prosiguiendo su plática dijo: por cierto, señor, quien quiera que seais, yo os agradezco las muestras y la cortesía que conmigo habeis usado, y quisiera yo hallarme en términos que con mas que la voluntad pudiera servir [1] la que habeis mostrado tenerme en el buen acogimiento que me habeis hecho; mas no quiere mi suerte darme otra cosa con que corresponda á las buenas obras que me hacen, que buenos deseos de satisfacerlas. Los que yo tengo, respondió D. Quijote, son de serviros, tanto que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos si al dolor que en la extrañeza de vuestra vida mostrais tener, se podia hallar algun género de remedio, y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia posible. Y cuando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas á todo género de consuelo, pensaba ayudaros á llorarla y á plañirla como mejor pudiera, que todavia es consuelo en las desgracias hallar quien se duela dellas. Y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun género de cortesía, yo os suplico, señor, por la mucha que veo que en vos se encierra, y juntamente os conjuro por la cosa que en esta vida más habeis amado ó amais, que me digais quien sois, y la causa que os ha traido á vivir y á morir entre estas soledades como bruto animal, pues morais entre ellos tan ajeno de vos mismo cual lo muestra vuestro traje y persona; y juro, añadió D. Quijote, por la órden de caballería que recebí, aunque indigno y pecador, y por la profesion de caballero andante, si en esto, señor, me complaceis, de serviros con las veras á que me obliga el ser quien soy, ora remediando vuestra desgracia si tiene remedio, ora ayudándoos á llorarla como os lo he prometido. El caballero del *Bosque*, que de tal manera oyó hablar al de la *Triste Figura*, no hacía sino mirarle y remirarle y tornarle á mirar de arriba abajo, y despues que le

1 Pagar.

hubo bien mirado le dijo: si tienen algo que darme á comer, por amor de Dios que me lo den, que despues de haber comido yo haré todo lo que se me manda en agradecimiento de tan buenos deseos como aquí se me han mostrado. Luego sacaron Sancho de su costal y el cabrero de su zurron con que satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le dieron como persona atontada, tan apriesa que no daba espácio de un bocado al otro, pues antes los engullia que tragaba, y en tanto que comia ni él ni los que le miraban hablaban palabra. Como acabó de comer comenzó á decir desta manera:

Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores de esta Andalucia, mi linaje noble, mis padres ricos, mi desventura tanta, que la deben de haber llorado mis padres, y sentido mi linaje, sin poderla aliviar con su riqueza, que para remediar desdichas del cielo poco suelen valer los bienes de fortuna. Vivia en esta misma tierra un cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertára á desearme: tal es la hermosura de Luscinda, doncella tan noble y tan rica como yo, pero de más ventura, y de ménos firmeza de la que á mis honrados pensamientos se debia. A esta Luscinda amé, quise y adoré desde mis tiernos y primeros años, y ella me quiso á mí con aquella sencillez y buen ánimo que su poca edad permitia. Sabian nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaba dello, porque bien veian que cuando pasáran adelante no podian tener otro fin que el de casarnos, cosa que casi la concertaba la igualdad de nuestro linaje y riqueza. Creció la edad, y con ella el amor de entrambos, de tal suerte, que al padre de Luscinda le pareció que por buenos respetos estaba obligado á negarme la entrada en su casa, y fué esta negacion añadir llama á llama y deseo á deseo; porque aunque pusieron silencio á las lenguas, no le pudieron poner á las plumas, las cuales con mas libertad que las lenguas suelen dar á entender á quien quieren lo que en el alma está encerrado; que muchas veces la presencia de la cosa amada turba y enmudece la intencion mas determinada y la lengua mas atrevida. ¡Ay cielos, y cuántos billetes la escribí! ¡cuán regaladas y honestas respuestas tuve! ¡cuántas canciones compuse, y cuántos enamorados versos, donde el alma declaraba y trasladaba sus sentimientos, pintaba sus encendidos deseos, entretenia sus memorias, y recreaba su voluntad! En efecto, viéndome apurado, y que mi alma se consumia con el deseo de verla, determiné poner por obra y acabar en un punto lo que me pareció que mas convenia para salir con mi deseado y merecido premio, y fué el pedírsela á su padre por legítima esposa, como lo hice: á lo que él me respondió que me agradecia la voluntad que mostraba de honrarle, y de querer honrarme con prendas suyas, pero que siendo mi padre vivo, á él tocaba de justo derecho hacer aquella demanda, porque sinó fuese con mucha

voluntad y gusto suyo, no era Luscinda para tomarse ni darse á hurto. Yo le agradecí su buen intento, pareciéndome que llevaba razon en lo que decia, y que mi padre vendria en ello como yo se lo dijese; y con este intento luego en aquel mismo instante fuí á decirle á mi padre lo que deseaba; y al tiempo que entré en un aposento donde estaba, le hallé con una carta abierta en la mano, la cual antes que yo le dijese palabra me la dió, y me dijo: por esa carta verás, Cardenio, la voluntad que el duque Ricardo tiene de hacerte merced. Este duque Ricardo, como ya vosotros, señores, debeis de saber, es un grande de España, que tiene su estado en lo mejor desta Andalucía. Tomé y leí la carta, la cual venia tan encarecida, que á mí mismo me pareció mal si mi padre dejaba de cumplir lo que en ella se le pedia, que era que me enviase luego donde él estaba, que queria que fuese compañero, no criado de su hijo el mayor, y que él tomaba á cargo el ponerme en estado que correspondiese á la estimacion en que me tenia. Leí la carta, y enmudecí leyéndola, y más cuando oí que mi padre me decia: de aquí á dos dias te partirás, á hacer la voluntad del duque: y da gracias á Dios que te va abriendo camino por donde alcances lo que yo sé que mereces: añadió á estas otras razones de padre consejero.

Llegóse el término de mi partida, hablé una noche á Luscinda, díjele todo lo que pasaba, y lo mismo hice á su padre, suplicándole se entretuviese algunos dias, y dilatase el darla estado hasta que yo viese lo que Ricardo me queria: él me lo prometió, y ella me lo confirmó con mil juramentos y mil desmayos. Vine en fin donde el duque Ricardo estaba, fuí dél muy bien recebido y tratado, igualmente que del hijo segundo del duque, llamado Fernando, mozo gallardo, gentil hombre, liberal y enamorado, el cual en poco tiempo quiso que fuese tan su amigo, que daba que decir á todos, y aunque el mayor me queria bien y me hacia merced, no llegó al extremo con que D. Fernando me queria y trataba. Es pues el caso, que como entre los amigos no hay cosa secreta que no se comunique, y la privanza que yo tenia con D. Fernando dejaba de serlo por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraba, especialmente uno enamorado que le traia con un poco de desasosiego. Queria bien á una ladradora vasalla de su padre, y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta y honesta, que nadie que la conocia se determinaba en cuál de estas cosas tuviese más excelencia ni más aventajase. Estas tan buenas partes de la hermosa labradora redujeron á tal término los deseos de D. Fernando, que se determinó, para poder alcanzarlos y conquistar la entereza de la labradora, á darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera era procurar lo imposible. Yo, obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y con los mas vivos ejemplos

que pude, procuré estorbarle y apartarle de tal propósito; pero viendo que no aprovechaba, determiné de decirle el caso al duque Ricardo su padre; mas D. Fernando, como astuto y discreto, se receló y temió desto, por parecerle que estaba yo obligado á fuer de buen criado á no tener encubierta cosa que tan en perjuicio de la honra de mi señor el duque venia; y así por divertirme y engañarme me dijo que no hallaba otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sujeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses, y que queria que el ausencia fuese que los dos nos viniésemos en casa de mi padre, dando por pretexto al duque que venia á ver y á feriar unos muy buenos caballos que en mi ciudad habia, que es madre de los mejores del mundo. Apenas le oí yo decir esto, cuando movido de mi aficion, aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprobára yo por una de las mas acertadas que se podian imaginar, por ver cuán buena ocasion y coyuntura se me ofrecia de volver á ver á mi Luscinda. Con este pensamiento y deseo, aprobé su parecer y esforcé su propósito, diciéndole que lo pusiese por obra con la brevedad posible, porque en efecto la ausencia hacía su oficio á pesar de los mas firmes pensamientos; y cuando él me vino á decir esto, segun despues se supo, habia gozado á la labradora con título de esposo: y si primero fingia quererse ausentar por olvidar sus amores, ahora de veras procuraba irse por no responder de sus consecuencias. Dióle el duque licencia, y mandóme que le acompañase. Fuimos á mi ciudad, recibióle mi padre como quien era; ví yo luego á Luscinda; tornaron á vivir (aunque no habian estado muertos ni amortiguados) mis deseos, de los cuales dí cuenta por mi mal á D. Fernando, por parecerme que en la ley de la mucha amistad que mostraba no le debia encubrir nada: alabéle la hermosura, donaire y discrecion de Luscinda, de tal manera que mis alabanzas movieron en él los deseos de querer ver doncella de tan buenas partes adornada: cumplíselos yo por mi corta suerte, enseñándosela una noche á la luz de una vela por una ventana por donde los dos soliamos hablarnos. Vióla en sayo tal, que todas las bellezas hasta entonces por él vistas las puso en olvido: enmudeció, perdió el sentido, quedó absorto, y finalmente tan enamorado, cual lo vereis en el discurso del cuento de mi desventura; y para encenderle mas el deseo, quiso la desgracia que hallase un dia un billete suyo pidiéndome que la pidiese á su padre por esposa, tan discreto, tan honesto y tan enamorado, que en leyéndolo me dijo que en sola Luscinda se encerraban todas las gracias de hermosura y de entendimiento que en las demas mujeres del mundo estaban repartidas. Bien es verdad que quiero confesar ahora que puesto que yo veia con cuán justas causas D. Fernando á Luscinda alababa, me pesaba de oir aquellas alabanzas de su boca, y comencé á temer y con razon á recelarme dél, por-

que no se pasaba momento donde no quisiese que tratásemos de Luscinda, y él movia la plática aunque la trujese por los cabellos; cosa que despertaba en mí un no sé qué de zelos, no porque yo temiese revés alguno de la bondad y de la fé de Luscinda; pero con todo eso me hacía emer mi suerte lo mismo que ella me aseguraba. Procuraba siempre D. Fernando leer los papeles que yo á Luscinda enviaba, y los que ella me respondia, á título de que de la discrecion de los dos gustaba mucho. Acaeció, pues, que habiéndome pedido Luscinda un libro de caballerías en que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de Amadís de Gáula...

No hubo bien oido D. Quijote nombrar libro de caballerías, cuando dijo: con que me dijera v. m. al principio de su historia que s. m. de la señora Luscinda era aficionada á libros de caballerías, no fuera menester otra exageracion para darme á entender la alteza de su entendimiento, porque no le tuviera tan bueno como vos, señor, le habeis pintado, si careciera del gusto de tan sabrosa leyenda. Asique para conmigo no es menester gastar mas palabras en declararme su hermosura, valor y entendimiento, que con solo haber entendido su aficion, la confirmo por la mas hermosa y mas discreta mujer del mundo; y quisiera yo, señor, que v. m. le hubiera enviado junto con Amadís de Gáula al bueno de D. Rugel de Grecia, que yo sé que gustára la señora Luscinda mucho de Daraida y Garaya y de las discreciones del pastor Darinel, y de aquellos admirables versos de sus bucólicas, cantadas y representadas por él con todo donaire, discrecion y desenvoltura; pero tiempo podrá venir en que se enmiende esa falta; y no dura mas en hacerse la enmienda de cuanto quiera v. m. ser servido de venirse conmigo á mi aldea, que allí le podré dar mas de trescientos libros, que son el regalo de mi alma y el entretenimiento de mi vida, aunque tengo para mí que ya no tengo ninguno, merced á la malicia de malos y envidiosos encantadores. Y perdóneme v. m. el haberle interrumpido su plática, pues en oyendo cosas de caballerías y de caballeros andantes, así es en mi mano dejar de hablar dellos como lo es en la de los rayos del sol dejar de calentar ni humedecer en los de la luna: asique, perdon y proseguir, que es lo que ahora hace más al caso. En tanto que D. Quijote estaba diciendo lo que queda dicho, se le habia caido á Cardenio la cabeza sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensativo, y puesto que dos veces le dijo D. Quijote que prosiguiese su historia, ni alzaba la cabeza, ni respondia palabra; pero al cabo de un buen espacio la levantó y dijo: no se me puede quitar del pensamiento, ni habrá quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé á entender otra cosa, y seria un majadero el que lo contrario entendiese ó creyese, sino que aquel bellaconazo del maestro Elisabad estaba amancebado con la reina

Madásima. Eso no, voto á tal, respondió con mucha cólera D. Quijote (y arrojóle como tenia de costumbre), y esa es una muy gran malicia ó bellaquería por mejor decir: la reina Madásima fué muy principal señora, y no se ha de presumir que tan alta princesa se habia de amancebar con con un sacapotras [2]; y quien lo contrario entendiere miente como muy gran bellaco, y yo se lo daré á entender á pié ó á caballo, armado ó desarmado, de noche ó de dia, ó como más gusto le diere. Estábale mirando Cardenio muy atentamente, al cual ya habia venido el accidente de su locura, y no estaba para proseguir su historia, ni tampoco D. Quijote se la oyera segun le habia disgustado lo que de Madásima le habia oido. ¡Extraño caso! que así volvió por ella como si verdaderamente fuera su verdadera y natural señora: tal le tenian sus descomulgados libros.

Digo, pues, que como ya Cardenio estaba loco, y se oyó tratar de mentís y de bellaco con otros denuestos semejantes, parecióle mal la burla, y alzó un guijarro que halló junto á sí, y dió con él en los pechos tal golpe á D. Quijote, que le hizo caer de espaldas. Sancho Panza, que de tal modo vió parar á su señor, arremetió al loco con el puño cerrado, y el Roto le recibió de tal suerte, que con una puñada dió con él á sus piés, y luego se subió sobre él y le brumó las costillas muy á su sabor. El cabrero, que le quiso defender, corrió el mismo peligro, y despues que los tuvo á todos rendidos y molidos, los dejó y se fué con gentil sosiego á emboscarse en la montaña. Levantóse Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado tan sin merecerlo, acudió á tomar la venganza del cabrero, diciéndole que él tenia la culpa de no haberles avisado que á aquel hombre le tomaba á tiempos la locura, que si esto supieran, hubieran estado sobre aviso para poderse guardar. Respondió el cabrero que ya lo habia dicho, y que si él no lo habia oido que no era suya la culpa. Replicó Sancho Panza y tornó á replicar el cabrero, y fué el fin de las réplicas asirse de las barbas, y darse tales puñadas, que si D. Quijote no los pusiera en paz, se hicieran pedazos. Decia Sancho asido con el cabrero: déjeme v. m., señor caballero de la *Triste Figura*, que en este que es villano como yo y no está armado caballero bien puedo á mi salvo satisfacerme del agravio que me ha hecho, peleando con él mano á mano como hombre honrado. Así es, dijo D. Quijote; pero yo sé que él no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguó, y D. Quijote volvió á preguntar al cabrero si seria posible hallar á Cardenio, porque quedaba con grandísimo deseo de saber el fin de su historia. Díjole el cabrero lo que primero habia dicho, que era no saber de cierto su manida; pero que si anduviese mucho por aquellos contornos, no dejaria de hallarle ó cuerdo ó loco.

2 Curador de hérnias.

CAPITULO XX.

Que trata de las extrañas cosas que en Sierramorena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitacion que hizo de la penitencia de Beltenébros.

Despidióse del cabrero D. Quijote, y subiendo otra vez sobre Rocinante mandó á Sancho que le siguiese, el cual lo hizo con su jumento de muy mala gana. Ibanse poco á poco entrando en lo mas áspero de la montaña, y Sancho iba muerto por razonar con su amo, y deseaba que él comenzase la plática, por no contravenir á lo que le tenia mandado; mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dijo: Sr. D. Quijote, v. m. me eche su bendicion, y me dé licencia, que desde aquí me quiero volver á mi casa, á mi mujer, y á mis hijos, con los cuales por lo menos hablaré y departiré todo lo que quisiere; porque querer v. m. que vaya con él por estas soledades de dia y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales habláran, como hablaban en tiempo de Guisopete[1], fuera menos mal, porque departiera yo con mi jumento lo que me viniere en gana, y con esto pasára mi mala ventura; que es recia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces, manteamientos, candilazos y puñadas, y con todo esto nos hemos de coser la boca, sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazon, como si fuera mudo. Ya te entiendo, Sancho, respondió D. Quijote, tú mueres porque te alze el entredicho que te tengo puesto en la lengua: dále por alzado, y dí lo que quisieres, con condicion de que no ha de durar este alzamiento mas de en cuanto anduviéremos por estas sierras. Sea así, dijo Sancho, háble yo ahora, que despues Dios sabe lo que será; y comenzando á gozar de ese salvo conducto, digo que ¿qué le iba v. m. en volver tanto por aquella reina Majimasa, ó como se llama? ¿ó qué hacia al caso que aquel abad fuese su amigo ó no? que si v. m. pasára con ello, pues no era su juez, bien creo yo que el loco pasára adelante con su historia, y se hubieran ahorrado el golpe del guijarro y las coces, y aún mas de seis torniscones. A fé, Sancho, respondió D. Quijote, que si tú supieras como lo sé cuán honrada y principal señora era la reina Madásima, yo sé que dijeras que tuve mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron; porque es muy gran blasfemia decir ni pensar que una reina esté amancebada con un cirujano: y porque veas que Cardenio no supo lo que dijo, has de advertir que cuando lo dijo ya estaba sin juicio.

1 *Guisopete*. Sancho, como rústico, llamó así al fabulista Esopo como tambien á *Madásima* Majimasa, y á *Mambrino* Martino y Malandrino.

Eso digo yo, dijo Sancho, que no habia para qué hacer cuenta de las palabras de un loco, porque si la suerte no ayudára á v. m., y encaminára el guijarro á la cabeza como le encaminó al pecho, buenos quedáramos por haber vuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda [2]; pues montas [3] que no se librára Cardenio por loco. Contra cuerdos y contra locos está obligado cualquier caballero andante á volver por la honra de las mujeres cualesquiera que sean, cuanto mas por las reinas de tan alta guisa y pro como fuë la reina Madásima, á quien yo tengo particular aficion por sus buenas partes; porque fuera de haber sido fermosa, además fué muy prudente y muy sufrida en sus calamidades, que las tuvo muchas, y los consejos y compañia del maestro Elisabad le fué y le fueron de mucho provecho y alivio para poder llevar sus trabajos con prudencia y paciencia, y de aquí tomó ocasion el vulgo ignorante y mal intencionado de decir y pensar que ella era su manceba; y mienten, digo otra vez, y mentirán otras doscientas todos los que tal pensaren y dijeren. Ni yo lo digo ni lo pienso, respondió Sancho, allá se lo hayan, con su pan se lo coman: si fueron amancebados ó no, á Dios habrán dado la cuenta: de mis viñas vengo, no sé nada; no soy amigo de saber vidas ajenas, que el que compra y miente en su bolsa lo siente: cuanto mas, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; mas que lo fuesen ¿ qué me va á mí? y muchos piensan que hay tocinos y no hay estacas; ¿mas quién puede poner puertas al campo? cuánto mas que de Dios dijeron.....

Válame Dios, dijo D. Quijote, y que de necedades vas, Sancho, ensartando. ¿Qué va de lo que tratamos á los refranes que enhilas? Por tu vida, Sancho, que calles, y de aquí adelante entremétete en espolear á tu asno, y deja de hacello en lo que no te importa; y entiende con todos tus cinco sentidos, que todo cuanto yo he hecho, hago é hiciere, va muy puesto en razon y muy conforme á las reglas de caballería, que las sé mejor que cuantos caballeros las profesaron en el mundo. Señor, respondió Sancho, ¿y es buena regla de caballería que andemos perdidos por estas montañas sin senda ni camino, buscando á un loco, al cual despues de hallado quizá le vendrá en voluntad de acabar lo que dejó comenzado, no de su cuento, sino de la cabeza de v. m. y de mis costillas, acabándonoslas de romper de todo punto? Calla, te digo otra vez, Sancho, dijo D. Quijote, porque te hago saber que no tanto me trae por estas partes el deseo de hallar al loco, cuanto el que tengo de hacer en ellas una hazaña con que he de ganar perpétuo nombre y fama en todo lo descubierto de la tierra; y será tal, que he de echar con ella el sello á todo aquello que puede hacer perfeto y famoso á un an-

2 Confunda. 3 *Pues montas*, lo mismo que *pues añádese á esto*.

dante caballero. ¿Y es de muy gran peligro esa hazaña? preguntó Sancho Panza. No, respondió el de la Triste Figura, puesto que de tal manera podia correr el dado, que echásemos azár en lugar de encuentro [4]; pero todo ha de estar en tu diligencia. ¿En mi diligencia? dijo Sancho. Sí, dijo D. Quijote, porque si vuelves presto de á donde pienso enviarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria: y porque no es bien que te tenga mas suspenso esperando en lo que han de parar mis razones, quiero, Sancho, que sepas que el famoso Amadís de Gáula fué uno de los mas perfetos caballeros andantes. No he dicho bien fué uno; fué el solo, el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo. Digo asimesmo que cuando algun pintor quiere salir famoso en su arte procura imitar los originales de los mas únicos pintores que sabe, y esta misma regla corre por todos los mas oficios ó ejercicios de cuenta; que sirven para adorno de las repúblicas. Y siendo Amadís el norte, el lucero, el sol de los valientes y enamorados caballeros, él es á quien debemos de imitar todos aquellos que debajo de la bandera de amor y de la caballería militamos. Siendo pues esto así como lo es, hallo yo, Sancho amigo, que el caballero andante que mas le imitáre, estará mas cerca de alcanzar la perfeccion de la caballería: y uno de los casos en que mas este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor fué cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, á hacer penitencia en la Peña Pobre, mudando su nombre en el de Beltenébros; nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad habia escogido: asique me es á mí mas fácil imitarle en esto, que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar [5] armadas y deshacer encantamentos: y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para que se deje pasar la ocasion, que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas. En efecto, dijo Sancho, ¿qué es lo que v. m. quiere hacer en este tan remoto lugar? ¿No te he dicho ya, respondió D. Quijote, que quiero imitar á Amadís, haciendo tambien del desesperado, del sándio y del furioso, por imitar juntamente al valiente D. Roldan cuando halló en una fuente las señales de que Angélica la Bella habia cometido vileza con Medoro, de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó los árboles, enturbió las aguas de las claras fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas, é hizo otras cien mil insolencias dignas de eterno nombre y escritura? Paréceme á mí, dijo Sancho, que los caballeros que lo tal ficieron fueron provocados y tuvieron causa para hacer esas necedades y penitencias; pero v. m. ¿qué causa tiene para volver-

4 Con estas palabras quiere dar á entender D. Quijote que la hazaña que medita hacer, conforme le podia salir bien pudiera salirle mal. 5 Por destruir armadas.

se loco? ¿qué dama le ha desdeñado? ¿ó qué señales ha hallado que le den á entender que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñería con moro ó cristiano? Ahí está el punto, respondió D. Quijote, y esa es la fineza de mi negocio: que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias: el toque está en desatinar sin ocasion, y dar á entender á mi dama, que si en seco hago esto, qué hiciera en mojado. Cuanto más, que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho de la siempre señora mia Dulcinea del Toboso; que como ya oiste decir á aquel pastor de marras Ambrosio, quien está ausente todos los males tiene y teme: asique, Sancho amigo, no gastes tiempo en aconsejarme que deje tan rara, tan felice y tan no vista imitacion. Loco soy, loco he de ser hasta tanto que tú vuelvas con la respuesta de una carta que contigo pienso enviar á mi señora Dulcinea: y si fuere tal cual á mi fé se le debe, acabarse há mi sandez y mi penitencia; y si fuere al contrario, seré loco de veras, y siéndolo no sentiré nada. Asique de cualquiera manera que responda saldré del conflito y trabajo en que me dejares, gozando el bien que me trujeres por cuerdo, ó no sintiendo el mal que me aportares por loco. Pero dime, Sancho, ¿traes bien guardado el yelmo de Mambrino? que ya ví que le alzaste del suelo cuando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos, pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple. A lo cual respondió Sancho: vive Dios, señor caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que v. m. dice, y que por ellas vengo á imaginar que todo cuanto me dice de caballerías, y de alcanzar reinos é imperios, de dar ínsulas, y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña ó patraña, ó como lo llamáremos; porque quien oyere decir á v. m. que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en mas de cuatro dias, ¿qué ha de pensar sino que quien tal dice y afirma debe de tener güero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal toda abollada, y llévola para aderazarla en mi casa, y hacerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia que algun dia me vea con mi mujer y mis hijos. Mira, Sancho, por el mismo que denantes jurastes te juro, dijo D. Quijote, que tienes el mas corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo: ¿qué es posible que en cuanto ha que andas conmigo no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés? Y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores que todas nuestras cosas mudan, truecan, y las vuelven segun su gusto, y segun tienen la gana de favorecernos ó destruirnos; y así eso que á tí te parece bacía de barbero, me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le pa-

recerá otra cosa : guárdale, amigo, que por ahora no le he menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como cuando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia mas á Roldan que á Amadís.

Llegaron en estas pláticas al pié de una alta montaña, que casi como peñon tajado estaba sola entre otras muchas que la rodeaban : corria por su falda un manso arroyuelo, y hacíase por toda su redondez un prado tan verde y vicioso, que daba contento á los ojos que le miraban: habia por allí muchos árboles silvestres, y algunas plantas y flores que hacian el lugar apacible. Este sitio escogió el caballero de la Triste Figura para hacer su penitencia, y así en viéndole comenzó á decir en voz alta, como si estuviera sin juicio: este es el lugar, ó cielos, que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habeis puesto : este es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentará las aguas deste pequeño arroyo, y mis contínuos y profundos suspiros moverán á la contínua las hojas destos montaraces árboles, en testimonio y señal de la pena que mi asendereado corazon padece. Oh vosotros, quien quiera que seais, rústicos dioses, que en este inhabitable lugar teneis vuestra morada, oid las quejas deste desdichado amante, á quien una luenga ausencia y unos imaginados zelos han traido á lamentarse entre estas asperezas, y á quejarse de la dura condicion de aquella ingrata y bella, término y fin de toda humana hermosura. Oh vosotras, Napeas y Dríadas, que teneis por costumbre de habitar en las espesuras de los montes, así los ligeros y lascivos sátiros, de quien sois aunque en vano amadas, no perturben jamás vuestro dulce sosiego, que me ayudeis á lamentar mi desventura, ó á lo menos no os canseis de oilla. Oh, Dulcinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de mi ventura, asi el cielo te la dé buena en cuanto acertares á pedirle, que consideres el lugar y el estado á que tu ausencia me ha conducido, y que con buen término correspondas al que á mi fé se le debe. Oh tú, escudero mio, agradable compañero en mis prósperos y adversos sucesos, toma bien en la memoria lo que aquí me verás hacer; para que lo cuentes y recites á la causa total de todo ello : y diciendo esto se apeó de Rocinante, y en un momento le quitó el freno y la silla; y dándole una palmada en las ancas le dijo: libertad te da el que sin ella queda, oh caballo tan extremado por tus obras cuan desdichado por tu suerte ; vete por do quisieres, que en la frente llevas escrito, que no te igualó en ligereza el Hipógrifo de Astolfo, ni el nombrado Frontino; que tan caro le costó á Bradamante. Viendo esto Sancho, dijo: bien haya quien nos quitó ahora del trabajo de desenalbardar al rucio, que á fé que no faltaran palmadicas que dalle ni cosas que decille en su alabanza; pero si él aquí estuviera, no consintiera yo

que nadie le desalbardara, pues no habia para qué, que á él no le tocaban las generales de enamorado ni de desesperado, pues no lo estaba su amo, que era yo cuando Dios queria: y en verdad, señor caballero de la Triste Figura, que si es que mi partida y su locura de v. m. va de veras, que será bien tornar á ensillar á Rocinante para que supla la falta del rúcio, porque será ahorrar tiempo á mi ida y vuelta, que si la hago á pié no sé cuando llegaré, ni cuando volveré, porque en resolucion soy mal caminante. Digo, Sancho, respondió D. Quijote, que sea como tú quisieres, que no me parece mal tu designio; y digo que de aquí á tres dias te partirás, porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago y digo, para que se lo digas. ¿Pues qué más tengo de ver, dijo Sancho, que lo que he visto? Bien estás en el cuento, respondió D. Quijote: ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas, y darme de calabazadas [6] por estas peñas, con otras cosas deste jaez que te han de admirar. Por amor de Dios, dijo Sancho, que mire v. m. como se da esas calabazadas, que á tal peña podrá llegar, y en tal punto, que con la primera se acabase la máquina desta penitencia, y seria yo de parecer, que ya que á v. m. le parece que son aquí necesarias calabazadas, y que no se puede hacer esta obra sin ellas, se contentase, pues todo esto es fingido y cosa contrahecha y de burla, se contentase, digo, con dárselas en el agua, ó en alguna cosa blanda como algodon, y déjeme á mí el cargo, que yo diré á mi señora que v. m. se las daba en una punta de peña mas dura que la de un diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondió D. Quijote; mas quiérote hacer sabidor de que todas estas cosas que hago no son de burlas, sino muy de veras, porque de otra manera sería contravenir á las órdenes de la caballería, que nos mandan que no digamos mentira alguna, pena de relasos [7], y el hacer una cosa por otra lo mismo es que mentir: asique mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada del sofístico ni del fantástico: y será necesario que me dejes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltase el bálsamo que perdimos. Más fué perder el asno, respondió Sancho, pues se perdieron en él las hilas y todo; y ruégole á v. m. que no se acuerde mas de aquel maldito brevaje, que en solo oirle mentar se me revuelve el alma, cuanto y mas el estómago. Y mas le ruego, que haga cuenta que son ya pasados los tres dias que me ha dado de término para ver las locuras que hace, que ya las doy por vistas y por pasadas en cosa juzgada, y diré maravillas á mi señora; y

6 *Calabazada*, nombre que se atribuye familiarmente á los golpes que se dan con la cabeza, chocando con otro cuerpo duro. 7 *Relapsos* ó relasos se llamaba á los que despues de castigados reincidian en los delitos de que juzgaba la Inquisicion.

escriba la carta, y despácheme luego, porque tengo gran deseo de volver á sacar á v. m. deste purgatorio donde le dejo. ¿Purgatorio le llamas, Sancho? dijo D. Quijote; mejor hicieras en llamarle infierno, y aún peor si hay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno, respondió Sancho, *nulla est retentio* [8], segun he oido decir. No entiendo qué quiere decir *retentio*, dijo D. Quijote. *Retentio* es, respondió Sancho, que quien está en el infierno nunca sale dél, ni puede, lo cual será al revés en v. m., ó á mí me andarán mal los piés si es que llevo espuelas para avivar á Rocinante: y póngame yo una por una en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas de las necedades y locuras que v. m. ha hecho y queda haciendo, que la venga á poner mas blanda que un guante, aunque la halle mas dura que un alcornoque, con cuya respuesta dulce y melificada volveré por los aires como brujo, y sacaré á v. m. deste purgatorio, que parece infierno, y no lo es, pues hay esperanza de salir dél, la cual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que estan en el infierno, ni creo que v. m. dirá otra cosa. Asi es la verdad, dijo el de la Triste Figura; ¿pero qué haremos para escribir la carta? Y la libranza pollinesca tambien, añadió Sancho. Todo irá inserto, dijo D. Quijote; y seria bueno, ya que no hay papel, que la escribiésemos, como hacian los antiguos, en hojas de árboles ó en unas tablitas de cera, aunque tan dificultoso será hallarse eso ahora como el papel. Mas ya me ha venido á la memoria dónde será bien y aún más que bien escribilla, que es en el librillo de memoria que fué de Cardenio, y tú tendrás cuidado de hacerla trasladar en papel, de buena letra, en el primer lugar que hallares, donde haya maestro de escuela de muchachos, ó sinó cualquiera sacristan te la trasladará: y no se la des á trasladar á ningun escribano, que hacen letra procesada, que no la entenderá Satanás. ¿Pues qué se ha de hacer de la firma? dijo Sancho. Nunca las cartas de Amadís se firmaron, respondió D. Quijote. Está bien, respondió Sancho; pero la libranza forzosamente se ha de firmar, y esa, si se traslada, dirán que la firma es falsa, y quedaréme sin pollinos. La libranza irá en el mismo librillo firmada, que en viéndola mi sobrina no pondrá dificultad en cumplilla: y en lo que toca á la carta de amores pondrás por firma: *Vuestro hasta la muerte, el caballero de la Triste Figura.* Y hará poco al caso que vaya de mano ajena, porque, á lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia ni carta mia, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse á mas que á un honesto mirar, y aun esto tan de cuando en cuando, que osaré jurar con verdad, que en doce años que ha que la quiero mas que á la lumbre destos ojos que ha

8 La expresion latina que aquí se indica es: *in inferno nulla est redemptio.*

de comer la tierra, no la he visto cuatro veces, y aún podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba: tal es el recato y encerramiento con que sus padres Lorenzo Corchuelo y Aldonza Nogales la han criado. Tá, tá, dijo Sancho, ¿qué la hija de Lorenzo Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre Aldonza Lorenzo? Esa es, dijo D. Quijote, y es la que merece ser señora de todo el universo. Bien la conozco, dijo Sancho, y sé decir que tira tambien una barra como el mas forzudo zagal de todo el pueblo: vive el Dador que es moza de chapa [9], hecha y derecha y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo á cualquier caballero andante ó por andar que la tuviere por señora. ¡O Santa Bárbara, qué rejo que tiene, y qué voz! sé decir, que se puso un dia encima del campanario del aldea á llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí mas de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pié de la torre, y lo mejor que tiene, es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo hace mueca y donaire. Ahora digo, señor caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe v. m. hacer locuras por ella, sino que con justo título puede desesperarse y ahorcarse, que nadie habrá que lo sepa, que no diga que lo hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo. Y confieso á v. m. una verdad, Sr. D. Quijote, que hasta aquí hé estado en una grande ignorancia, que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debia de ser alguna princesa de quien v. m. estaba enamorado, ó alguna persona tal que mereciese los ricos presentes que v. m. le há enviado, así el del vizcaino como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, segun deben de ser muchas las victorias que v. m. ha ganado y ganó en el tiempo que yo aún no era su escudero; pero bien considerado, ¿qué se le há de dar á la señora Aldonza Lorenzo, digo, á la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan á hincar de rodillas delante della los vencidos que v. m. envia y há de enviar? Porque podria ser que al tiempo que ellos llegasen estuviese ella rastrillando lino ó trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese y enfadase del presente. Ya te tengo dicho antes de ahora muchas veces, Sancho, dijo D. Quijote, que eres muy grande hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo. ¿Piensas tú que todos los poetas que alaban damas debajo de un nombre que ellos á su albedrío les ponen, es verdad que las tienen? ¿Piensas tú, que las Amarílis, las Fílis, las Silvias, las Dianas, las Galatéas, y otras tales de que los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias estan llenos, fueron verdadera-

9 Es moza de fundamento é importancia.

mente damas de carne y hueso, y de aquellos que las celebran y celebraron? No por cierto, sino que las más se las fingen por dar sujeto á sus versos, y porque los tengan por enamorados y por hombres que tienen valor para serlo; y así bástame á mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta; y en lo del linaje importa poco, que no han de ir á hacer la informacion dél para darle algun hábito, y yo me hago cuenta que es la mas alta princesa del mundo. Porque hás de saber, Sancho, sinó lo sabes, que dos cosas incitan á amar más que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan: y para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada; y píntola en mi imaginacion como la deseo así en la belleza como en la principalidad; y diga cada uno lo que quisiere, que si por esto fuere reprendido de los ignorantes, no seré castigado de los rigurosos. Digo que en todo tiene vuestra merced razon, respondió Sancho, y que soy un asno. Mas no sé yo para qué nombro asno en mi boca, pues no se há de mentar la soga en casa del ahorcado; pero venga la carta; y á Dios que me mudo. Sacó el libro de memoria D. Quijote, y apartándose á una parte, con mucho sosiego comenzó á escribir la carta, y en acabándola llamó á Sancho y le dijo que se la queria leer porque la tomase de memoria, por si acaso se le perdiese en el camino, porque de su desdicha todo se podia temer. A lo cual respondió Sancho; escríbala v. m. dos ó tres veces ahí en el libro, y démele, que yo le llevaré bien guardado, porque pensar que yo la hé de tomar en la memoria es disparate, que la tengo tan mala que muchas veces se me olvida como me llamo; pero con todo eso dígamela, que me holgaré mucho de oilla, que debe de ir como de molde. Escucha, que dice así, dijo D. Quijote.

CARTA DE D. QUIJOTE Á DULCINEA DEL TOBOSO.

SOBERANA Y ALTA SEÑORA:

El ferido de punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazon, dulcísima Dulcinea del Toboso, te envia la salud que él no tiene. Si tu fermosura me desprecia, si tu valor no es en mi pró, si tus desdenes son en mi afincamiento, magüer que yo sea asaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuita, que ademas de ser fuerte es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te dará entera relacion, ó bella ingrata, amada enemiga mia, del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo

soy, y sinó, haz lo que te viniere en gasto, que con acabar mi vida habré satisfecho á tu crueldad y á mi deseo.

Tuyo hasta la muerte,
El caballero de la Triste Figura.

Por vida de mi padre, dijo Sancho en oyendo la carta, que es la mas alta cosa que jamás he oido: pésia á mí, y como que le dice v. m. ahí todo cuanto quiere, y qué bien que encaja en la firma *El caballero de la Triste Figura*. Digo de verdad que es v. m. el mesmo diablo, y que no hay cosa que no sepa. Todo es menester respondió D. Quijote, para el oficio que yo traigo. Ea pues, dijo Sancho, ponga v. m. en esotra vuelta la cédula de los tres pollinos, y fírmela con mucha claridad porque la conozcan en viéndola. Que me place, dijo D. Quijote, y habiéndola escrito se la leyó, que decia así: =*Mandará v. m. por esta primera de pollinos, señora sobrina, dar á Sancho Panza mi escudero tres de los cinco que dejé en casa, y están á cargo de v. m.: los cuales tres pollinos se los mando librar y pagar por otros tantos aquí recibidos de contado, que con esta y con su carta de pago serán bien dados. Fecha en las entrañas de Sierramorena á veinte y dos de agosto deste presente año.* =Buena está, dijo Sancho, fírmela v. m. No es menester firmarla, dijo D. Quijote, sino solamente poner mi rúbrica, que es lo mismo que firma, y para tres asnos y aún para trecientos fuera bastante. Yo me confio de v. m., respondió Sancho: déjeme, iré á ensillar á Rocinante, y aparéjese á echarme su bendicion, que luego pienso partirme sin ver las sandeces que v. m. há de hacer, que yo diré que le vi hacer tantas, que no quiera más. Por lo menos quiero, Sancho, y porque es menester asi, quiero, digo, que me veas en cueros y hacer una ó dos docenas de locuras, que las haré en menos de media hora, porque habiéndolas tú visto por tus ojos puedas jurar á tu salvo en las demas que quisieres añadir; y asegúrote que no dirás tú tantas cuantas yo pienso hacer. Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo en cueros á v. m., que me dará mucha lástima, y no podré dejar de llorar, y tengo tal la cabeza del llanto que anoche hice por el rucio, que no estoy para meterme en nuevos lloros: y si es que v. m. gusta de que yo vea algunas locuras, hágalas vestido, breves y las que le vinieren mas á cuento. Cuanto mas que para mí no era menester nada deso, y como ya tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi vuelta, que há de ser con las nuevas que v. m. desea y merece: y sinó aparéjese la señora Dulcinea, que sinó responde como es razon, voto hago solene á quien puedo que le tengo de sacar la buena respuesta del estómago á coces y á bofetones. Porque ¿dónde se há de sufrir que un caballero andante tan famoso como v. m. se vuelva loco sin qué ni para qué por una?... no

me lo haga decir la señora, porque por Dios que despotrique y lo eche todo á doce aunque nunca se venda [10]: bonico soy yo para eso; mal me conoce, pues á fé que si me conociese, que me ayunase. A fé Sancho, dijo D. Quijote, que á lo que parece no estás tú mas cuerdo que yo. No estoy tan loco, respondió Sancho, mas estoy mas colérico; pero dejando esto aparte, ¿qué es lo que ha de comer v. m. en tanto que yo vuelvo? ¿Ha de salir al camino como Cardenio á quitárselo á los pastores? No te dé pena ese cuidado, respondió D. Quijote, porque aunque tuviera, no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieren, que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas. A esto dijo Sancho: ¿sábe v. m. qué temo? que no tengo de acertar á volver á este lugar donde ahora le dejo segun está escondido. Toma bien las señas, que yo procuraré no apartarme destos contornos, dijo D. Quijote, y áun tendré cuidado de subirme por estos mas altos riscos por ver si te descubro cuando vuelvas, cuanto más que lo mas acertado será, para que no me yerres y te pierdas, que córtes algunas retamas de las muchas que por aquí hay, y las vayas poniendo de trecho á trecho hasta salir á lo raso, las cuales te servirán de mojones y señales para que me halles cuando vuelvas, á imitacion del hilo del laberinto de Teseo. Así lo haré, respondió Sancho Panza, y cortando algunas pidió la bendicion á su señor, y no sin muchas lágrimas de entrambos se despidió dél; y subiendo sobre Rocinante, á quien D. Quijote encomendó mucho, y que mirase por él como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparciendo de trecho á trecho los ramos de la retama como su amo se lo habia aconsejado; y así se fué, aunque todavía le importunaba D. Quijote que le viese siquiera hacer dos locuras. Mas no hubo andado cien pasos cuando volvió y dijo: digo, señor, que v. m. há dicho muy bien, que para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le hé visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la hé visto en la quedada de v. m. ¿No te lo decía yo? dijo D. Quijote: espérate, Sancho, que en un credo las haré: y desnudándose con toda priesa los calzones, quedó en carnes y en pañales, y luego sin más ni más dió dos zapatetas en el aire, y dos tumbas la cabeza abajo y los piés en alto, descubriendo cosas que por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por contento y satisfecho de que podia jurar que su amo quedaba loco; y así le dejarémos ir su camino hasta la vuelta, que fué breve.

10 Vale lo mismo que hablar claro, sin reparo, no guardar modo, respeto ni miramiento, atropellar por todo.—*Que me ayunase*, expresion familiar, *tener miedo*, tratar *con sumo respeto*.

Y volviendo á contar lo que hizo el de la Triste Figura despues que se vió solo, dice la historia que así como D. Quijote acabó de dar las tumbas ó vueltas de medio abajo desnudo y de medio arriba vestido, y que vió que Sancho se habia ido sin querer aguardar á ver mas sandeces, se subió sobre la punta de una alta peña, y allí tornó á pensar lo que otras muchas veces habia pensado, sin haberse jamás resuelto en ello, y era, qué seria mejor y le estaria mas á cuento, si imitar á Roldan en las locuras desaforadas que hizo, ó á Amadís en las malencónicas; y al cabo de un buen espácio de estarlo pensando, prorumpió diciendo: Viva la memoria de Amadís, y sea imitado de D. Quijote de la Mancha en todo lo que pudiere: del cual se dirá lo que del otro se dijo, que sinó acabó grandes cosas, murió por acometellas; y si yo no soy desechado ni desdeñado de mi Dulcinea, bástame, como ya hé dicho, estar ausente della. Ea pues, manos á la obra, venid á mi memoria cosas de Amadís, y enseñadme por donde tengo de comenzar á imitaros: más ya sé que lo mas que él hizo fué rezar, y así lo haré yo: y sirviéronle de rosario unas agallas grandes de un alcornoque, que ensartó, de que hizo un diez; y lo que le fatigaba mucho era no hallar por allí otro ermitaño que le confesase, y con quien consolarse, y así se entretenia paseándose por el padrecillo, escribiendo y grabando por las cortezas de los árboles y por la menuda arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea. En esto, en suspirar, en llamar á los Faunos y Silvanos de aquellos bosques, á las Ninfas de los rios, á la dolorosa y húmeda Eco, que le escuchasen, respondiesen y consolasen, se entretenia, y en buscar algunas yerbas con que sustentarse en tanto que Sancho volvia; que si como tardó tres dias tardára tres semanas, el caballero de la Triste Figura quedára tan desfigurado que no lo conociera la madre que lo parió: y será bien dejalle envuelto entre sus suspiros y versos para contar lo que le avino á Sancho Panza en su mandadería.

Y fué que en saliendo al camino real se puso en busca dél del Toboso, y otro dia llegó á la venta donde le habia sucedido la desgracia de la manta; y no bien la hubo visto cuando le pareció que otra vez andaba en los aires, y no quiso entrar dentro aunque llegó á hora que lo pudiera y debiera hacer por ser la del comer; y llevar deseo de gustar algo caliente, que habia grandes dias que todo era fiambre. Esta necesidad le forzó á que llegase junto á la ventana todavía dudoso si entraria ó no; y estando en esto salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron y dijo el uno al otro: dígame, señor licenciado, ¿aquel del caballo no es Sancho Panza, el que dijo el ama de nuestro hidalgo que habia salido con su señor por escudero? Sí es, dijo el licenciado, y aquel es el caballo de nuestro D. Quijote; y conociéronle tan bien como

aquellos que eran el cura y el barbero de su mismo lugar, y los que hicieron el escrutinio y auto general de los libros, los cuales así como acabaron de conocer á Sancho Panza y á Rocinante deseosos de saber de D. Quijote se fueron á él, y el cura le llamó por su nombre, diciéndole: amigo Sancho Panza, ¿adónde queda vuestro amo? Conocióles luego Sancho Panza, y determinó de encubrir el lugar y la suerte dónde y cómo su amo quedaba; y así les respondió que su amo quedaba ocupado en cierta parte y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la cual él no podia descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dijo el barbero, Sancho Panza, si vos no nos decís dónde queda, imaginaremos, como ya imaginamos que vos le habeis muerto y robado, pues venís encima de su caballo; en verdad que nos habeis de dar el dueño del rocin, ó sobre eso morena [11]. No hay para qué conmigo amenazas, que yo no soy hombre que robo ni mato á nadie; á cada uno mate su ventura ó Dios que le hizo: mi amo queda haciendo penitencia en la mitad desta montaña muy á su sabor: y luego de corrida y sin parar, les contó de la suerte que quedaba, las aventuras que le habian sucedido, y cómo llevaba la carta á la señora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenzo Corchuelo, de quien estaba enamorado hasta los hígados. Quedaron admirados los dos de lo que Sancho Panza les contaba; y aunque ya sabian la locura de D. Quijote y el género della, siempre que la oian se admiraban de nuevo: pidiéronle á Sancho Panza que les enseñase la carta que llevaba á la señora Dulcinea del Toboso. Él dijo que iba escrita en un libro de memoria, y que era órden de su señor que la hiciese trasladar en papel en el primer lugar que llegase; á lo cual dijo el cura que se la mostrase, que él la trasladaria de muy buena letra. Metió la mano en el seno Sancho Panza buscando el librillo; pero no le halló, ni le podia hallar, si le buscára hasta ahora, porque se habia quedado D. Quijote con él, y no se le habia dado, ni él se acordó de pedírsele. Cuando Sancho vió que no hallaba el libro, fuésele parando mortal el rostro, y tornándose á tentar todo el cuerpo muy apriesa, tornó á echar de ver que no le hallaba, y sin mas ni mas se echó entrambos puños á las barbas, y se arrancó la mitad dellas, y luego apriesa y sin cesar se dió media docena de puñadas en el rostro y en las narices, que se las bañó todas en sangre. Visto lo cual por el cura y el barbero le dijeron que qué le habia sucedido que tan mal se paraba. ¿Qué me ha de suceder, respondió Sancho, sino el haber perdido de una mano á otra en un instante tres pollinos, que cada uno era como un castillo? ¿Cómo es eso? replicó el barbero. He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venia la carta para Dulcinea, y una cédula firmada de mi señor, por la

11 Como si dijésemos, sino nos veremos.

cual mandaba que su sobrina me diese tres pollinos de cuatro ó cinco que estaban en casa, y con esto les contó la pérdida del rúcio. Consolóle el cura, y díjole que en hallando á su señor, él le haria revalidar la manda, y que tornase á hacer la libranza en papel, como era uso y costumbre, porque las que se hacian en libros de memorias jamás se acetaban ni cumplian. Con esto se consoló Sancho, y dijo que como aquello fuese así, que no le daba mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque él la sabia casi de memoria, de la cual se podria trasladar dónde y cuándo quisiesen. Decidla Sancho, dijo el barbero, que despues la trasladaremos. Paróse Sancho Panza á rascar la cabeza para traer á la memoria la carta, y ya se ponia sobre un pié y ya sobre otro; unas veces miraba al suelo, otras al cielo y al cabo de haberse roido la mitad de la yema de un dedo, teniendo suspensos á los que esperaban que ya la dijese, dijo al cabo de grandísimo rato: por Dios, señor licenciado, que los diablos lleven la cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el principio decia: *Alta y sobajada señora.* No dirá, dijo el barbero, sobajada sinó sobrehumana, ó soberana señora. Así es dijo Sancho: luego, si mal no me acuerdo, proseguia, si mal no me acuerdo, *el llagado y falto de sueño, y el ferido besa á v. m. las manos, ingrata, y muy desconocida hermosa*; y no sé qué decia de salud y de enfermedad que le enviaba, y por aquí iba escurriendo hasta que acababa en: *Vuestro hasta la muerte el caballero de la Triste Figura.*

No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Panza, alabáronsela mucho, y le pidieron que dijese la carta otras dos veces, y para que ellos ansimismo la tomasen de memoria para trasladalla á su tiempo. Tornóla á decir Sancho otras tres veces, y otras tantas volvió á decir otros tres mil disparates: trás esto contó asimismo las cosas de su amo; pero no habló palabra acerca del manteamiento que le habia sucedido en aquella venta, en la cual rehusaba entrar. Dijo tambien como su señor, en trayendo que le trujese buen despacho de la señora Dulcinea del Toboso, se habia de poner en camino á procurar como ser emperador, ó por lo menos monarca, que así lo tenian concertado entre los dos, y era cosa muy fácil venir á serlo segun era el valor de su persona y la fuerza de su brazo: y que en siéndolo le habia de casar á él, porque ya seria viudo, que no podia ser menos, y le habia de dar por mujer á una doncella de la emperatriz, heredera de un rico y grande estado de tierra firme, sin ínsulos ni ínsulas, que ya no las queria. Decia esto Sancho con tanto reposo, limpiándose de cuando en cuando las narices, y con tan poco juicio, que los dos se admiraron de nuevo considerando cuán vehemente habia sido la locura de D. Quijote, pues habia llevado tras sí el juicio de aquel pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaba, pareciéndoles que pues no le

dañaba nada la conciencia, mejor era dejarle en él, y á ellos les seria de mas gusto oir sus necedades; y así le dijeron que rogase á Dios por la salud de su señor, que cosa contingente y muy agible era venir con el discurso del tiempo á ser emperador, como él decia, ó por lo menos arzobispo ú otra dignidad equivalente. A lo cual respondió Sancho: señores, si la fortuna rodease las cosas de manera que á mi amo le viniese en voluntad de no ser emperador, sino de ser arzobispo, querria yo saber ahora qué suelen dar los arzobispos andantes á sus escuderos. Suélenles dar, respondió el cura, algun beneficio simple ó curado, ó alguna sacristanía, que les vale mucho de renta rentada [12], amen del pié de altar, que se suele estimar en otro tanto. Para esto será menester, replicó Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar á misa por lo menos; y si esto es así, ¡desdichado yo, que soy casado, y no sé la primera letra del A. B. C.! ¿Qué será de mí, si á mi amo le da antojo de ser arzobispo y no emperador, como es uso y costumbre de caballeros andantes? No tengais pena, Sancho amigo, dijo el barbero, que aquí rogaremos á vuestro amo, y se lo aconsejaremos, y áun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea emperador y no arzobispo, porque le será mas fácil á causa de que él es mas valiente que estudiante. Así me ha parecido á mí, respondió Sancho, aunque sé decir que para todo tiene habilidad: lo que yo pienso hacer de mi parte es rogarle á nuestro Señor que le eche á aquellas partes donde él más se sirva y adónde á mí más mercedes me haga. Vos lo decís como discreto, dijo el cura, y lo hareis como buen cristiano; mas lo que ahora se ha de hacer es dar órden como sacar á vuestro amo de aquella inútil penitencia que decís que queda haciendo; y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer, que ya es hora, será bien nos entremos en esta venta. Sancho dijo que entrasen ellos, que él esperaria allí fuera, y que despues les diria la causa porque no entraba ni le convenia entrar en ella; mas que les rogaba que le sacasen allí algo de comer, que fuese cosa caliente, y asímesmo cebada para Rocinante. Ellos se entraron y le dejaron, y de allí á poco el barbero le sacó de comer. Despues habiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que deseaban, vino el cura en un pensamiento muy acomodado al gusto de D. Quijote, y para lo que ellos querian; y fué que el cura se vistiera en hábito de doncella andante, y el barbero procurase ponerse de escudero, como mejor pudiese, y que así irian adonde Don Quijote estaba, fingiendo ser ella una doncella afligida y menesterosa; y le pediria un don, el cual él no podria dejársele de otorgar como valeroso caballero andante, y que el don que le pensaba pedir, era que se

12 *Renta fija, conocida*, amen de lo eventual.

viniese con ella donde ella le llevase, á desfacelle un agravio que un mal caballero le tenia fecho, y que le suplicaba ansimesmo que no la mandase quitar su antifaz, ni la demandase cosa de su facienda fasta que la hubiese fecho derecho de aquel mal caballero; y que creyese sin duda, que D. Quijote vendria en todo cuanto le pidiese por este término, y que desta manera le sacarian de allí, y le llevarian á su lugar, donde procurarian ver si tenia algun remedio su extraña locura.

CAPITULO XXI.

De cómo salieron con su intencion el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia.

No le pareció mal al barbero la invencion del cura, sino tan bien que luego la pusieron por obra. Pidiéronle á la ventera una saya y unas tocas, dejándole en prendas una sotana nueva del cura. El barbero hizo una gran barba de una cola rucia ó roja de buey, donde el ventero tenia colgado el peine. Preguntóle la ventera que para qué le pedian aquellas cosas. El cura le contó en breves razones la locura de D. Quijote, y cómo convenia aquel disfraz para sacarle de la montaña donde á la sazon estaba. Cayeron luego el ventero y la ventera en que el loco era su huésped el del bálsamo y el amo del manteado escudero, y contaron al cura todo lo que con él les habia pasado, sin callar lo que tanto callaba Sancho. En resolucion, la ventera vistió al cura de modo que no habia mas que ver; púsole una saya de paño llena de fajas de terciopelo negro de un palmo en ancho, todas acuchilladas, y unos corpiños de terciopelo verde guarnecidos con unos ribetes de raso blanco, que se debieron de hacer ellos y la saya en tiempo del rey Wamba. No consintió el cura que le tocasen [1], sinó púsose en la cabeza un birretillo de lienzo colchado que llevaba para dormir de noche, y ciñóse por la frente una liga de tafetan negro, y con otra liga hizo un antifaz con que se cubrió muy bien las barbas y el rostro: encasquetóse su sombrero, que era tan grande que le podia servir de quitasol, y cubriéndose su herreruelo [2] subió en su mula á mujeriegas, y el barbero en la suya, con su barba que le llegaba á la cintura, entre roja y blanca, como aquella que, como se ha dicho, era hecha de la cola de un buey barroso. Despidiéronse de todos y de la buena de Maritornes, que prometió de rezar un rosario, aunque pecadora, porque Dios les diese buen suceso en tan árduo y tan cristiano negocio como era el que habian emprendido. Mas

1 Que le pusiesen en la cabeza el tocado ó la toca. 2 En el traje antiguo español servia de lo que ahora la capa.

apenas hubo salido de la venta cuando le vino al cura un pensamiento, que hacía mal en haberse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente que un sacerdote se pusiese así aunque le fuese mucho en ello; y diciéndoselo al barbero le rogó que trocasen trajes, pues era mas justo que él como lego fuese la doncella menesterosa, y que sinó lo queria ser, determinaba de no pasar adelante aunque á D. Quijote se le llevase el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver á los dos en aquel traje no pudo tener la risa.

En efecto, el barbero vino en todo aquello que el cura quiso, y trocando la invencion, el cura le fue informando el modo que habia de tener, y las palabras que habia de decir á D. Quijote para moverle y forzarle á que con él se viniese, y dejase la querencia del lugar que habia escogido para su vana penitencia. El barbero respondió, que sin que le diese licion él lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entonces hasta que estuviesen junto de donde D. Quijote estaba, y así dobló sus vestidos, y el cura acomodó su barba, y siguieron su camino guiándolos Sancho Panza, el cual les fue contando lo que les aconteció con el loco que hallaron en la sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta y de cuanto en ella venía, que magüer que tonto era un poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho habia dejado puestas las señales de las retamas para acertar el lugar donde habia dejado á su señor, y en reconociéndole, les dijo como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir si era que aquello hacía al caso para la libertad de su señor; porque ellos le habian dicho antes, que el ir de aquella suerte y vestirse de aquel modo era toda la importancia para sacar á su amo de aquella mala vida que habia escogido, y que le encargaban mucho que no dijese á su amo quién ellos eran, ni que los conocia, y que si le preguntase como se lo habia de preguntar, si dió la carta á Dulcinea, dijese que sí, y que por no saber leer le habia respondido de palabra, diciéndole que le mandaba, sopena de la su desgracia, que luego al momento se viniese á ver con ella, que era cosa que le importaba mucho; porque con esto y con lo que ellos pensaban decirle, tenian por cosa cierta reducirle á mejor vida, y hacer con él que luego se pusiese en camino para ir á ser emperador ó monarca, que en lo de ser arzobispo no habia de que temer. Todo lo escuchó Sancho, y lo tomó muy bien en la memoria, y les agradeció mucho la intencion que tenian de aconsejar á su señor fuese emperador y no arzobispo, porque él tenia para sí que para hacer mercedes á sus escuderos más podian los emperadores que los arzobispos andantes. Tambien les dijo que seria bien que él fuese delante á buscarle, y darle la respuesta de su señora, que ya seria ella bastante á sacarle de aquel lugar sin que ellos se pusiesen en tanto trabajo. Parecióles bien lo que

Sancho Panza decia, y así determinaron de aguardarle hasta que volviese con las nuevas del hallazgo de su amo. Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra dejando á los dos en una por donde corría un pequeño y manso arroyo, á quien hacian sombra agradable y fresca otras peñas y algunos árboles que por allí estaban. El dia que allí llegaron era de los del mes de agosto, en que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande, la hora las tres de la tarde, todo lo cual hacía al sitio mas agradable, y que convidase á que en él esperasen la vuelta de Sancho, como lo hicieron.

Estando pues los dos allí sosegados y á la sombra, llegó á sus oidos una voz, que sin acompañarla són de algun otro instrumento, dulce y regaladamente sonaba, de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiese haber quien tan bien cantase, porque aunque suele decirse que por las selvas y campos se hallan pastores de voces extremadas, mas son encarecimientos de poetas que verdades. La hora, el tiempo, la soledad, la voz y la destreza del que cantaba, todo causó admiracion y contento en los dos oyentes, los cuales se estuvieron quedos esperando si otra alguna cosa oian; pero viendo que duraba algun tanto el silencio determinaron de salir á buscar el músico que con tan buena voz cantaba, y queriéndolo poner en efecto hizo la misma voz que no se moviesen, la cual llegó de nuevo á sus oidos. El canto se acabó con un profundo suspiro, y los dos con atencion volvieron á esperar si más se cantaba; pero viendo que la música se habia vuelto en sollozos y en lastimeros ayes, acordaron de saber quién era el triste tan extremado en la voz como doloroso en los gemidos, y no anduvieron mucho cuando al volver de la punta de una peña vieron á un hombre del mismo talle y figura que Sancho Panza les habia pintado, cuando les contó el cuento de Cardenio; el cual sin sobresaltarse al verlos, estuvo quedo con la cabeza inclinada sobre el pecho, á guisa de hombre pensativo, sin alzar los ojos á mirarlos más de la vez primera cuando de improviso llegaron. El cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le habia conocido) se llegó á él, y con breves aunque muy discretas razones le rogó y aconsejó que aquella tan miserable vida dejase, porque allí no la perdiese, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaba Cardenio entonces en su entero juicio, libre de aquel furioso accidente que tan á menudo le sacaba de sí mismo, y así viendo á los dos en traje tan no usado de los que por aquellas soledades andaban, no dejó de admirarse algun tanto, y mas cuando oyó que le habian hablado en su negocio como en cosa sabida, porque las razones que el cura le dijo, así lo dieron á entender, y así respondió desta manera: si es que vosotros, señores, venís con la misma intencion que otros han venido, antes que

paseis adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego que escucheis el cuento, que no le tiene, de mis desventuras, porque quizá despues de entendido ahorrareis del trabajo que tomáreis en consolar un mal que de todo consuelo es incapaz. Los dos, que no deseaban otra cosa que saber de su misma boca la causa de su daño, le rogaron se la contase, ofreciéndole de no hacer otra cosa de la que él quisiese en su remedio ó consuelo: y con esto el triste caballero comenzó su lastimera historia casi por las mismas palabras y pasos que la habia contado á D. Quijote y al cabrero pocos dias atrás, cuando por ocasion del maestro Elisabad y puntualidad de D. Quijote en guardar el decoro á la caballería, se quedó el cuento imperfecto, como la historia lo deja contado; pero ahora quiso la buena suerte que se detuvo el accidente de la locura, y le dió lugar de contarlo hasta el fin: y así llegando al paso del billete que habia hallado D. Fernando en el libro de Amadís de Gaula, y en el que Luscinda decia que Cardenio la pidiese á su padre por esposa, Cardenio continuó diciendo.

Por este billete me moví á pedir á Luscinda por esposa, como ya os he contado, y este fué por quien quedó Luscinda en la opinion de D. Fernando por una de las mas discretas y avisadas mujeres de su tiempo, y este billete fué el que le puso en deseo de destruirme antes que el mio se efectuase. Díjele yo á D. Fernando en lo que reparaba el padre de Luscinda, que era en que el mio se la pidiese, lo cual yo no le osaba decir, temeroso que no vendria en ello, no porque no tuviese bien conocido el mérito de Luscinda y que tenia partes bastantes para ennoblecer cualquier otro linaje de España, sino porque yo entendia dél que deseaba que no me casase tan presto hasta ver lo que el duque Ricardo hacia conmigo. A todo esto me respondió D. Fernando que él se encargaba de hablar á mi padre, y hacer con él que hablase al de Luscinda. ¡Quién pudiera imaginar que D. Fernando, caballero ilustre, discreto, obligado de mis servicios, poderoso para alcanzar lo que el deseo amoroso le pidiese, donde quiera que le ocupase, se habia de enconar, como suele decirse, en tomarme á mí una sola oveja que áun no poseia! Pero quédense estas consideraciones aparte como inútiles y sin provecho, y añudemos el roto hilo de mi desdichada historia. Digo pues, que pareciéndole á D. Fernando que mi presencia le era inconveniente para poner en ejecucion su falso y mal pensamiento, determinó de enviarme á su hermano mayor con ocasion de pedirle unos dineros para pagar seis caballos, que el mismo dia que ofreció hablar á mi padre, compró, mas todo hecho de industria y solo para este efecto de que me ausentase. ¿Púde yo prevenir esta traicion? ¿púde por ventura caer en imaginarla? No por cierto, antes con grandísimo gusto me ofrecí á partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Lus-

cinda, y le dije lo que con D. Fernando quedaba concertado, y que tuviese firme esperanza de que tendrian efecto nuestros buenos y justos deseos. Ella me dijo, tan ajena como yo de la traicion de D. Fernando, que procurase volver presto, porque creia que no tardaría mas la conclusion de nuestras voluntades, de lo que tardase mi padre en hablar al suyo. No sé que se fué, que en acabando de decirme esto se le llenaron los ojos de lágrimas, y un nudo se le atravesó en la garganta, que no le dejaba hablar palabra de otras muchas que me pareció que procuraba decirme. Quedé admirado deste nuevo accidente hasta allí jamás en ella visto, porque siempre nos hablábamos, las veces que la buena fortuna y mi diligencia lo proporcionaban con todo regocijo y contento, sin mezclar en nuestras pláticas, lágrimas, suspiros, zelos, sospechas ó temores: todo era engrandecer yo mi ventura por habérmela dado el cielo por señora: exageraba su belleza, admirábame de su valor y entendimiento, volvíame ella el cambio alabando en mí lo que como enamorada le parecia digno de alabanza. Con esto nos contábamos cien mil niñerías y acaecimientos de nuestros vecinos y conocidos, y á lo que mas se extendia mi desenvoltura era á tomarle casi por fuerza una de sus bellas y blancas manos, y llegarla á mi boca, segun daba lugar la estrecheza de una baja reja que nos dividia; pero la noche que precedió al triste dia de mi partida, ella lloró, gimió, suspiró, se fué, y me dejó lleno de confusion y sobresalto, espantado de haber visto tan nuevas y tan tristes muestras de dolor y sentimiento en Luscinda. En fin yo me partí triste y pensativo, llena el alma de imaginaciones y sospechas, sin saber lo que sospechaba ni imaginaba: claros indicios que mostraban el triste suceso y desventura que me estaba guardada. Llegué al lugar donde era enviado, dí las cartas al hermano de D. Fernando, fuí bien recibido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar, bien á mi disgusto, ocho dias, y en parte donde el duque su padre no me viese, porque su hermano le escribia que le enviase cierto dinero sin su conocimiento: y todo fué invencion del falso D. Fernando, pues no le faltaban á su hermano dineros para despacharme luego. Orden y mandato fue este que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida en el ausencia de Luscinda, y mas habiéndola dejado con la tristeza que os he contado; con todo esto obedecí como buen criado, aunque veia que habia de ser á costa de mi salud. Pero á los cuatro dias que allí llegué llegó un hombre en mi busca con una carta que me dió, que en el sobrescrito conocí ser de Luscinda, porque la letra era suya. Abríla temeroso y con sobresalto, creyendo que cosa grande debia de ser la que la habia movido á escribirme estando ausente, pues presente pocas veces lo hacia. Preguntéle al hombre antes de leerla quién se

la habia dado y el tiempo que habia tardado en el camino: díjome que acaso pasando por una calle de la ciudad á la hora de medio dia, una señora muy hermosa le llamó desde una ventana, los ojos llenos de lágrimas, y que con mucha priesa le dijo: hermano, si sois cristiano como pareceis, por amor de Dios os ruego que encamineis luego luego esta carta al lugar y á la persona que dice el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello hareis un gran servicio á nuestro Señor; y para que no os falte comodidad de poderlo hacer, tomad lo que va en este pañuelo: y diciendo esto me arrojó por la ventana un pañuelo donde venian atados cien reales y esta sortija de oro que aquí traigo, con esta carta que os he dado. Y luego sin aguardar respuesta mia se quitó de la ventana, aunque primero vió como yo tomé la carta y el pañuelo, y por señas le dije que haría lo que me mandaba. Y así viéndome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traérosla, y conociendo por el sobrescrito que érades vos á quien se enviaba, porque yo, señor, os conozco muy bien, y obligado asimismo de las lágrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mismo á dárosla, y en diez y seis horas que há que se me dió he hecho el camino que sabeis, que es de diez y ocho leguas. En tanto que el agradecido y nuevo correo esto me decia estaba yo colgado de sus palabras, temblándome las piernas de manera que apenas podia sostenerme. En efecto abrí la carta, y ví que contenia estas razones. =*La palabra que D. Fernando os dió de hablar á vuestro padre para que hablase al mio, la ha cumplido mucho mas en su gusto que en vuestro provecho. Sabed, señor, que él me ha pedido por esposa, y mi padre, llevado de la ventaja que él piensa que D. Fernando os hace, ha venido en lo que quiere con tantas veras, que de aquí á dos dias se ha de hacer el desposorio, tan secreto y tan á solas, que solo han de ser testigos los cielos y alguna gente de casa. Cual yo quedo, imaginaldo: si os cumple venir, veldo; y si os quiero bien ó no, el suceso deste negocio os lo dará á entender. A Dios plega que esta llegue á vuestras manos antes que la mia se vea en condicion de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fé que promete.*= Estas en suma fueron las razones que la carta contenia, y las que me hicieron poner luego en camino sin esperar otra respuesta ni otros dineros: que bien claro conocí entonces que no la compra de los caballos, sino la de su gusto, habia movido á D. Fernando á enviarme á su hermano. El enojo que contra D. Fernando concebí, junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de servicios y deseos tenia granjeada, me pusieron alas, pues casi como en vuelo á otro dia me puse en mi lugar al punto y hora que convenia para ir á hablar á Luscinda. Entré de secreto, y dejé una mula en que venia, en casa del buen hombre que me habia llevado la carta, y quiso la suerte que entonces la tu-

viese tan buena, que hallé á Luscinda puesta á la reja testigo de nuestros amores. Conocióme Luscinda luego, y conocíla yo; mas no como debia ella conocerme, y yo conocerla. Pero ¿quién hay en el mundo que se pueda alabar que ha penetrado y sabido el confuso pensamiento y condicion mudable de una mujer? Ninguno por cierto.

Digo pues, que así como Luscinda me vió, me dijo: Cardenio, de boda estoy vestida, ya me estan aguardando en la sala D. Fernando el traidor, y mi padre el codicioso, con otros testigos que antes lo serán de mi muerte que de mi desposorio. No te turbes, amigo, sino procura hallarte presente á este sacrificio, que sinó pudiere ser estorbado de mis razones, una daga llevo escondida, que podrá estorbar más determinadas fuerzas, dando fin á mi vida. Yo le respondí turbado y apriesa, temeroso no me faltase lugar para responderla: hagan, señora, tus obras verdaderas tus palabras, que si tú llevas daga para acreditarte, aquí llevo yo espada para defenderte con ella, ó para matarme si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oir todas estas razones, pues sentí que la llamaban apriesa porque el desposado aguardaba. No acertaba yo á entrar en su casa ni podia moverme á parte alguna; pero considerando cuanto importaba mi presencia para lo que suceder pudiese en aquel caso, me animé lo mas que pude y entré en su casa, y como ya sabía muy bien todas sus entradas y salidas, y mas con el alboroto que de secreto en ella andaba, nadie me echó de ver: asique sin ser visto tuve lugar de ponerme en el hueco que hacía una ventana de la misma sala, que con las puntas y remates de dos tapices se cubria, por entre las cuales podia yo ver sin ser visto todo cuanto en la sala se hacía. ¡Quién pudiera decir ahora los saltos que me dió el corazon mientras allí estuve! ¡los pensamientos que me ocurrieron! ¡las consideraciones que hice! que fueron tantas y tales, que ni se pueden decir, ni aún es bien que se digan: basta que sepais que el desposado entró en la sala sin otro adorno que los mismos vestidos ordinarios que solia. Traia por padrino á un primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no habia persona de fuera, sino los criados de casa. De allí á un poco salió de una recámara Luscinda acompañada de su madre y de dos doncellas suyas, tan bien aderezada y compuesta como su calidad y hermosura merecian, y como quien era la perfeccion de la gala y bizarria cortesana. Estando todos en la sala entró el cura de la parroquia, y tomando á los dos por la mano para hacer lo que en tal acto se requiere, al decir: *¿quereis, señora Luscinda, al señor D. Fernando, que está presente, por vuestro legítimo esposo, como lo manda la santa madre iglesia?* yo saqué toda la cabeza y cuello de entre los tapices, y con atentísimos oidos y alma turbada me puse á escuchar lo que Luscinda respondia, esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, ó la confirmacion de mi vida. Estaba

esperando el cura la respuesta de Luscinda, que se detuvo un buen espacio en darla, y cuando yo pensé que sacaba la daga para acreditarse, ó desataba la lengua para decir alguna verdad ó desengaño que en mi provecho redundase, oigo que dijo con voz desmayada y flaca: *si quiero*; y lo mismo dijo D. Fernando, y dándole el anillo quedaron al parecer en indisoluble nudo ligados. Llegó el desposado á abrazar á su esposa, y ella poniéndose la mano sobre el corazon, cayó desmayada en los brazos de su madre. Alborotáronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochándole su madre el pecho para que le diese el aire, se descubrió en él un papel cerrado, que D. Fernando tomó luego y se lo puso á leer á la luz de una de las hachas que en la sala estaban, y en acabando de leerle se sentó en una silla, y se puso la mano en la mejilla con muestras de hombre muy pensativo, sin acudir á los remedios que á su esposa se hacian para que del desmayo volviese.

Yo viendo alborotada toda la gente de casa me aventuré á salir, ora fuese visto ó no, con determinacion si me viesen de hacer un desatino tal, que todo el mundo viniera á entender la justa indignacion de mi pecho en el castigo del falso D. Fernando, y áun en el mudable de la desmayada traidora; pero mi suerte, que para mayores males, si es posible que los haya, me debe tener guardado, ordenó que en aquel punto me sobrase el entendimiento que despues acá me ha faltado; y así sin querer tomar venganza de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensar en mí fuera fácil tomarla) quise tomarla de mi mano, y ejecutar en mí la pena que ellos merecian. En fin, yo salí de aquella casa, y vine á la de aquel donde habia dejado la mula: hice que me la ensillase: sin despedirme dél subí en ella, y salí de la ciudad sin osar volver el rostro á miralla; y cuando me ví en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria, y su silencio convidaba á quejarme, sin respeto ó miedo de ser escuchado ni conocido, solté la voz y desaté la lengua en tantas maldiciones de Luscinda y de D. Fernando, como si con ellas satisficiera el agravio que me habian hecho; resolviéndome al fin en que poco amor, poco juicio, mucha ambicion, y deseos de grandezas hicieron que se olvidase de las palabras con que me habia engañado, entretenido y sustentado en mis firmes esperanzas y honestos deseos. Con estas voces y con esta inquietud caminé lo que quedaba de la noche, y dí al amanecer en una entrada destas sierras, por las cuales caminé otros tres dias sin senda ni camino alguno, hasta que vine á parar á unos prados, que no sé á qué mano destas montañas caen, y allí pregunté á unos ganaderos que hácia dónde era lo mas áspero destas sierras. Dijéronme que hácia esta parte, luego me encaminé á ella con intencion de acabar aquí la vida; y en entrando por estas asperezas, del cansancio y de la hambre se cayó mi mula muerta.

Yo quedé á pié, rendido de la naturaleza, traspasado de hambre, sin tener ni pensar buscar quien me socorriese. De aquella manera estuve no sé qué tiempo tendido en el suelo, al cabo del cual me levanté sin hambre, y hallé junto á mí á unos cabreros que sin duda debieron ser los que mi necesidad remediaron, porque ellos me dijeron de la manera que me habian hallado, y cómo estaba diciendo tantos disparates y desatinos, que daba indicios claros de haber perdido el juicio: y yo hé sentido en mí despues acá que no todas veces le tengo cabal, sino tan desmedrado y flaco, que hago mil locuras, rasgándome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiciendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso ni intento entonces que procurar acabar la vida voceando; y cuando en mí vuelvo me hallo tan cansado y molido, que apenas puedo moverme. Mi mas comun habitacion es el hueco de un alcornoque capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros y cabreros que andan por estas montañas, movidos de caridad, me sustentan poniéndome el manjar por los caminos y por las peñas por donde entienden que acaso podré pasar y hallarlo; y así aunque entonces me fálte el juicio, la necesidad natural me da á conocer el mantenimiento, y despierta en mí el deseo de buscarlo y la voluntad de tomarlo: otras veces me dicen ellos cuando me encuentran con juicio, que yo salgo á los caminos y que se lo quito por fuerza, aunque me lo den de grado, á los pastores que vienen con ello del lugar á las majadas. Desta manera paso mi miserable y extrema vida, hasta que el cielo sea servido de conducirla á su último fin, ó de ponerle en mi memoria para que no me acuerde de la hermosura y de la traicion de Luscinda y del agravio de D. Fernando; que si esto él hace sin quitarme la vida, yo volveré á mejor discurso mis pensamientos: donde nó, no hay sino rogarle que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mí valor ni fuerzas para sacar el cuerpo desta estrecheza en que por mi gusto hé querido ponerle.

Aquí dió fin Cardenio á su larga plática y tan desdichada como amorosa historia, y al tiempo que el cura se prevenia para decirle algunas razones de consuelo, les suspendió una voz que llegó á sus oidos, que en lastimados acentos oyeron que decia: ¡ay desdichada! y cuán mas agradable compañía harán estos riscos y malezas á mi intencion, pues me darán lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo, que no la de ningun hombre humano, pues no hay ninguno en la tierra de quien se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males. Todas estas razones oyeron y percibieron el cura y los que con él estaban, y por parecerles, como ello era, que allí junto las decian, se levantaron á buscar el dueño, y no hubieron andado

veinte pasos, cuando detrás de un peñasco vieron sentado al pié de un fresno á un mozo vestido como labrador, al cual, por tener inclinado el rostro á causa de que se lavaba los piés en el arroyo que por allí corria, no se le pudieron ver por entonces; y ellos llegaron con tanto silencio, que dél no fueron sentidos, ni él estaba á otra cosa atento que á lavarse los piés, que eran tales que no parecian sino dos pedazos de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se habian nacido. Acabóse de lavar los hermosos piés, y luego con un paño de tocar, que sacó debajo de la montera, se los limpió; y al querer quitársele alzó el rostro, y tuvieron lugar los que mirándole estaban, de ver una hermosura incomparable. El mozo se quitó la montera, y sacudiendo la cabeza á una y á otra parte se comenzaron á descoger y desparcir unos cabellos que pudieran los del sol tenerles envidia: con esto conocieron que el que parecia labrador era mujer, y delicada, y áun la mas hermosa que hasta entonces los ojos de los dos habian visto, y aún los de Cardenio, sinó hubieran mirado y conocido á Luscinda, todo lo cual en mas admiracion y en mas deseo de saber quién era ponia á los tres que la miraban. Por esto determinaron de mostrarse, y al movimimiento que hicieron de ponerse en pié, la hermosa jóven alzó la cabeza, y apartándose los cabellos de delante de los ojos con entrambas manos, miró los que el ruido hacian: y apenas los hubo visto cuando se levantó en pié, y sin aguardar á calzarse ni á recoger los cabellos, asió con mucha presteza un bulto como de ropa que junto á sí tenia, y quiso ponerse en huida llena de turbacion y sobresalto; mas no hubo dado seis pasos cuando, no pudiendo sufrir los delicados piés la aspereza de las piedras, dió consigo en el suelo. Lo cual visto por los tres salieron á ella, y el cura fué el primero que le dijo: deteneos, señora, quien quiera que seais, que los que aquí veis solo tienen intencion de serviros: no hay para qué os pongais en tan impertinente huida, porque ni vuestros piés lo podrán sufrir, ni nosotros consentir. Perded el sobresalto que nuestra vista os há causado, y contadnos vuestra buena ó mala suerte, que en nosotros juntos ó en cada uno hallareis quien os ayude á sentir vuestras desgracias. En tanto que el cura decia estas razones, estaba la disfrazada moza como embelesada, mirándolos á todos sin mover lábio ni decir palabra alguna, bien así como rústico aldeano que de improviso se le muestran cosas raras y dél jamás vistas; mas volviendo el cura á decirle otras razones al mismo efecto encaminadas, dando ella un profundo suspiro rompió el silencio y dijo: porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, habiéndome ya conocido por mujer, y viéndome joven, sola y en este traje, cosas todas juntas y cada una por sí que pueden echar por tierra cualquier honesto crédito, os habré de decir lo que quisiera callar si pudiera. Todo esto dijo sin parar la

que tan hermosa mujer parecia, con tan suelta lengua, con voz tan suave, que no menos les admiró su discrecion que su hermosura: y sin hacerse mas de rogar, acomodándose en el asiento de una piedra, puestos los tres alrededor della, y haciéndose fuerza por detener algunas lágrimas que á los ojos se le venian, con voz reposada y clara comenzó la historia de su vida desta manera.

En esta Andalucia hay un lugar de quien toma título un duque, que le hace uno de los que llaman grandes de España: este tiene dos hijos; el mayor heredero de su estado y al parecer de sus buenas costumbres, y el menor no sé yo de qué sea heredero, sino de las traiciones de Bellido y de los embustes de Galalon. Deste señor son vasallos mis padres, humildes en linaje, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza igualáran á los de su fortuna, ni ellos tuvieran mas que desear, ni yo temiera verme en la desdicha en que me veo, porque quizá nace mi poca ventura de la que no tuvieron ellos en no haber nacido ilustres: bien es verdad que no son tan bajos que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos que á mí me quiten la imaginacion que tengo de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos, en fin, son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raza mal sonante, y como suele decirse cristianos viejos ranciosos, pero tan rancios, que su riqueza y magnífico trato les va poco á poco adquiriendo nombre de hidalgos y aun de caballeros, puesto que de la mayor riqueza y nobleza que ellos se preciaban era de tenerme á mí por hija; y así por no tener otra ni otro que los heredase, como por ser padres y apasionados, yo era una de las mas regaladas hijas que padres jamás regalaron. Era el espejo en que se miraban, el báculo de su vejez, y el sujeto á quien encaminaban, midiéndolos con el cielo todos sus deseos, de los cuales, por ser ellos tan buenos, los mios no salian un punto, y del mismo modo que yo era señora de sus ánimos, así lo era de su hacienda. Por mí se rerecebian y despedian los criados: la razon y cuenta de lo que se sembraba y cogia pasaba por mi mano: de los molinos de aceite, los lagares del vino, el número del ganado mayor y menor, el de las colmenas, finalmente de todo aquello que un tan rico labrador como mi padre puede tener y tiene, tenia yo la cuenta, y era la mayordoma y señora, con tanta solicitud mia y con tanto gusto suyo, que buenamente no acertaré á encarecerlo. Los ratos que del dia me quedaban, despues de haber dado lo que convenia á los mayorales ó capataces, y á otros jornaleros, los entretenia en ejercicios que son á las doncellas tan lícitos como necesarios, como son los que ofrece la aguja, la almohadilla, y la rueca muchas veces, y si alguna por recrear el ánimo estos ejercicios dejaba, me acogia al entretenimiento de leer algun libro devoto, ó á tocar un arpa, porque la experiencia me mostraba que la música

compone los ánimos descompuestos, y alivia los trabajos que nacen del espíritu.

Es pues el caso, que pasando mi vida en tantas ocupaciones y en un encerramiento tal, que al de un monasterio pudiera compararse, sin ser vista, á mi parecer, de otra persona alguna que de los criados de casa, porque los dias que iba á misa era tan de mañana, y tan acompañada de mi madre y de otras criadas, y yo tan cubierta y recatada, que apenas vian mis ojos mas tierra de aquella donde ponia los pies, con todo esto, los del amor, á quien los de lince no pueden igualarse, me vieron puestos en la solicitud de D. Fernando, que es este el nombre del hijo menor del duque que os hé contado. No hubo bien nombrado á D. Fernando la que el cuento contaba, cuando á Cardenio se le mudó la color del rostro, y comenzó á trasudar con tan grande alteracion, que el cura y el barbero, que miraron en ello, temieron que le venia aquel accidente de locura que habian oido decir que de cuando en cuando le venia: mas Cardenio no hizo otra cosa que trasudar y estarse quedo, mirando de hito en hito á la labradora, imaginando quién ella era; la cual sin advertir en los movimientos de Cardenio prosiguió su historia diciendo: y no me hubieron bien visto, cuando, segun él dijo despues, quedó tan preso de mis amores cuanto lo dieron bien á entender sus demostraciones. Mas por acabar presto con el cuento de mis desdichas, quiero pasar en silencio las diligencias que D. Fernando hizo para declararme su voluntad: sobornó toda la gente de mi casa, dió y ofreció dádivas y mercedes á mis parientes, los dias eran todos de fiesta y de regocijo en mi calle, en las noches no dejaban dormir á nadie las músicas; los billetes, que sin saber cómo á mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones y ofrecimientos, con menos letras que promesas y juramentos. Todo lo cual, me endurecia como si fuera mi mortal enemigo, y como si todas las obras que hacía, las hiciera para el efecto contrario; no porque á mí me pareciese mal la gentileza de D. Fernando, ni que tuviese á demasía sus solicitudes, porque me daba un no se qué de contento verme tan querida y estimada de un tan principal caballero, y no me pesaba ver en sus papeles mis alabanzas; que por feas que seamos las mujeres, me parece á mí que siempre nos gusta el oir que nos llaman hermosas. Pero á todo esto se oponia mi honestidad y los consejos contínuos que mis padres me daban, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de D. Fernando, porque ya á él no se le daba nada de que todo el mundo la supiese. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me decian, fortificaba yo mi entereza, y jamás quise responder á D. Fernando palabra que le pudiese mostrar, aunque de muy lejos, esperanza de alcanzar su deseo. Todos estos recatos mios, que él debia de tener por desdenes, debieron

de ser causa de avivar más su lascivo apetito, que este nombre quiero dar á la voluntad que me mostraba, la cual, si ella fuera como debia, no la supiérades vosotros ahora, porque hubiera faltado la ocasion de decírosla.

Finalmente, D. Fernando supo que mis padres andaban por darme estado, por quitalle á él la esperanza de poseerme, ó á lo menos por que yo tuviese mas guardas para guardarme; y esta nueva ó sospecha fué causa para que hiciese lo que ahora oireis, y fué que una noche estando yo en mi aposento con sola la compañia de una doncella que me servia, teniendo bien cerradas las puertas por temor de que por descuido mi honestidad no se viese en peligro, sin saber ni imaginar cómo, en medio destos recatos y prevenciones, en la soledad y silencio deste encierro, me le hallé delante, cuya vista me turbó de manera que me quitó la de mis ojos, y me enmudeció la lengua; y comenzó á decirme tales razones, que no sé como es posible que tenga tanta habilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas: hacía el traidor que sus lágrimas acreditasen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo, pobrecilla, sola entre los mios, mal ejercitada en casos semejantes, comenzé no sé en qué modo á tener por verdaderas tantas falsedades, pero no de suerte que me moviesen á compasion menos que buena sus lágrimas y suspiros; y así pasándoseme aquel sobresalto primero torné algun tanto á cobrar mis perdidos espíritus, y con mas ánimo del que pensé que pudiera tener le dije: si como estoy, señor, en tus brazos, estuviera entre los de un leon fiero, y el librarme dellos se me asegurára con que hiciera ó dijera cosa que fuera en perjuicio de mi honestidad, así fuera posible hacella ó decilla como es posible dejar de haber sido lo que fué: asique, si tú tienes ceñido mi cuerpo con tus brazos, yo tengo atada mi alma con mis buenos deseos, que son tan diferentes de los tuyos como lo verás, si con hacerme fuerza quisieres pasar adelante en ellos. Tu vasalla soy, pero no tu esclava: ni tiene ni debe tener imperio la nobleza de tu sangre para deshonrar y tener en poco la humildad de la mia, y en tanto me estimo yo villana y labradora como tú señor y caballero. Conmigo no han de ser de ningun efecto tus fuerzas, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lágrimas enternecerme: todo esto hé dicho, porque no es de pensar que de mí alcanzase cosa alguna el que no fuere mi legítimo esposo. Sinó reparas mas que en eso, bellísima Dorotea, que este es el nombre desta desdichada, dijo el desleal caballero, vés aquí te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los cielos, á quien ninguna cosa se esconde, y esta imágen de nuestra señora que aquí tienes; y tomando D. Fernando la imágen, la puso por testigo de nuestro desposorio: con palabras eficacísimas y

juramentos extraordinarios me dió la palabra de ser mi marido, puesto que antes que acabase de decirlas le dije que mirase bien lo que hacía, y que considerase el enojo que su padre habia de recebir de verle casado con una villana vasalla suya; que no le cegase mi hermosura tal cual era, pues no era bastante para hallar en ella disculpa de su yerro; y que si algun bien me queria hacer por el amor que me tenia, fuese dejar correr mi suerte á lo igual de lo que mi calidad pedia, porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan, ni duran mucho en aquel gusto con que se comienzan. Todas estas razones que aquí hé dicho le dije, y otras muchas de que no me acuerdo; pero no fueron parte para que él dejase de seguir su intento, bien ansí como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata [3] no repara en inconvenientes. Llamé á mi criada para que en la tierra acompañase á los testigos del cielo: tornó D. Fernando á reiterar y confirmar sus juramentos, añadió á los primeros nuevos santos por testigos, echóse mil futuras maldiciones sinó cumpliese lo que prometia, volvió á humedecer sus ojos y á acrecentar sus suspiros, y con esto, y con volverse á salir del aposento mi doncella, yo dejé de serlo, y él acabó de ser traidor y fementido. El dia que sucedió á la noche de mi desgracia se venian aún no tan apriesa como yo pienso que D. Fernando deseaba, porque despues de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir es apartarse de donde se cumplió. Digo esto porque D. Fernando dió priesa por partirse de mí, y por industria de mi doncella, que era la misma que allí le habia traido, antes que amaneciese se vió en la calle, y al despedirse de mí, aunque no con tanto ahinco y vehemencia como cuando vino, me dijo que estuviese segura de su fé, y de ser firmes y verdaderos sus juramentos y para mas confirmacion de su palabra sacó un rico anillo del dedo y lo puso en el mio. En efecto él se fué, y yo quedé no sé si triste ó alegre: esto sé bien decir, que quedé confusa y pensativa, y casi fuera de mí con el nuevo acaecimiento. Díjele al partir á D. Fernando que por el mismo camino de aquella podia verme otras noches, pues ya era suya, hasta que cuando él quisiese aquel hecho se publicase; pero no vino otra alguna, sino fué la siguiente, ni yo pude verle en la calle ni en la iglesia en mas de un mes, que en vano me cansé en solicitallo, puesto que supe que estaba en la villa y que los mas dias iba á caza, ejercicio de que él era muy aficionado. Estos dias y estas horas bien sé yo que para mí fueron aciagos y menguados, bien sé que comenzé á dudar en ellas, y aun á descreer de la fé de D. Fernando; y sé que me fué forzoso tener cuenta con mis lágrimas y con la compostura de mi rostro, por no dar ocasion á que mis

3 *Barata*, es cambio ó contrato atropellado y fraudulento.

padres me preguntasen que de qué andaba descontenta, y me obligasen á buscar mentiras que decilles.

Pero todo esto se acabó en un punto, y fué porque de allí á pocos dias se dijo en el lugar, como en una ciudad allí cerca se habia casado D. Fernando con una doncella hermosísima en todo extremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica que por la dote pudiera aspirar á tan noble casamiento: díjose que se llamaba Luscinda, con otras cosas que en sus desposorios sucedieron dignas de admiracion. Oyó Cardenio el nombre de Luscinda, y no hizo otra cosa que encoger los hombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dejar de allí á poco caer por sus ojos dos fuentes de lágrimas; mas no por esto dejó Dorotea de seguir su cuento diciendo: llegó esta triste nueva á mis oidos, y en lugar de helárseme el corazon en oilla, fué tanta la cólera y rabia que se encendió en él, que faltó poco para no salirme por las calles dando voces, publicando la alevosía y traicion que se me habia hecho. Mas templóse esta furia por entonces con pensar de poner aquella misma noche por obra lo que puse, que fué ponerme en este hábito que me dió uno de los que llaman zagales en casa de los labradores, que era criado de mi padre, al cual descubrí toda mi desventura, y le rogué me acompañase hasta la ciudad donde entendí que mi enemigo estaba. Llegué en dos dias y medio adonde queria, y en entrando por la ciudad pregunté por la casa de los padres de Luscinda, y el primero á quien hice la pregunta me respondió más de lo que quisiera oir. Díjome la casa y todo lo que habia sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan pública en la ciudad, que se hacen corrillos para contarla por toda ella: díjome que la noche que D. Fernando se desposó con Luscinda, despues de haber ella dado el *sí* de ser su esposa le habia tomado un recio desmayo, y que llegando su esposo á desabrocharle el pecho para que le diese el aire, le halló un papel escrito de la misma letra de Luscinda en que decia y declaraba que ella no podia ser esposa de D. Fernando, porque lo era de Cardenio, que á lo que el hombre me dijo era un caballero muy principal de la misma ciudad, y que si habia dado el *sí* á D. Fernando, fué por no salir de la obediencia de sus padres. En resolucion, tales razones dijo que contenia el papel, que daba á entender que ella habia tenido intencion de matarse en acabándose de desposar, y daba allí las razones por qué se habia quitado la vida, todo lo cual dicen que confirmó una daga que la hallaron no sé en qué parte de sus vestidos. Todo lo cual visto por Don Fernando, pareciéndole que Luscinda le habia burlado, escarnecido y tenido en poco, arremetió á ella antes que de su desmayo volviese, y con la misma daga que le hallaron la quiso dar de puñaladas, y lo hiciera si sus padres y los que se hallaron presentes no se lo estorbáran.

Supe más, que el Cardenio, segun decian, se halló presente á los desposorios, y que en viéndola desposada, lo cual él jamás pensó, se salió de la ciudad desesperado, dejándole primero escrita una carta, donde daba á entender el agravio que Luscinda le habia hecho, y de como él se iba adonde gentes no le viesen. Esto todo era público y notorio en toda la ciudad y todos hablaban dello, y mas hablaron cuando supieron que Luscinda habia faltado de casa de su padre y de la ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de lo que perdian el juicio sus padres, y no sabian qué medio tomar para hallarla. Esto que supe puso en bando[1] mis esperanzas, y tuve por mejor no haber hallado á D. Fernando, que hallarle casado, pareciéndome que aun no estaba del todo cerrada la puerta á mi remedio, dándome yo á entender que podria ser que el cielo hubiese puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio por atraerle á conocer lo que al primero debia, y á caer en la cuenta de que era cristiano, y que estaba mas obligado á su alma que á los respetos humanos. Todas estas cosas revolvia en mi fantasía, y me consolaba sin tener consuelo, fingiendo unas esperanzas largas y desmayadas para entretener la vida que ya aborrezco. Estando pues en la ciudad sin saber qué hacerme, pues á D. Fernando no hallaba, llegó á mis oidos un público pregon donde se prometia grande hallazgo á quien me hallase, dando las señas de la edad y del mismo traje que traía, y oí que se decia que me habia sacado de casa de mis padres el mozo que conmigo vino; cosa que me llegó al alma, por ver cuán de caida andaba mi crédito, pues no bastaba perderle con mi huida, sin añadir el con quién, siendo sujeto tan bajo y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oí el pregon me salí de la ciudad con mi criado, que ya comenzaba á dar muestras de titubear en la fidelidad que me tenia prometida, y aquella noche nos entramos por lo espeso desta montaña con el miedo de no ser hallados; pero como suele decirse que un mal llama á otro, y que el fin de una desgracia suele ser principio de otra mayor, así me sucedió á mí, porque mi buen criado, hasta entonces fiel y seguro, así como me vió en esta soledad, quiso hacerme fuerza; pero el justo cielo, que pocas veces deja de mirar y favorecer á las justas intenciones, favoreció las mias, de manera que con mis pocas fuerzas y con poco trabajo dí con él por un derrumbadero, donde le dejé, ni sé si muerto ó si vivo; y luego con mas ligereza que mi sobresalto y cansancio pedian, me entré por estas montañas sin llevar otro pensamiento ni otro designio que esconderme en ellas, y huir de mi padre y de aquellos que de su parte me andaban buscando. Con este deseo há no sé cuantos meses que entré en ellas, donde hallé un ganadero

1 Puso en duda mis esperanzas, no desconfié del todo.

que me llevó por su criado á un lugar que está en las entrañas desta sierra, al cual hé servido de zagal todo este tiempo; teniendo ahora por mejor dejalle y esconderme de nuevo entre estas asperezas. Digo pues, que me torné á emboscar, y á buscar donde sin impedimento alguno pudiese con suspiros y lágrimas rogar al cielo se duela de mi desventura, y me dé industria y favor para salir della, ó para dejar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin culpa suya habrá dado materia para que de ella se hable y murmure en la suya y en las ajenas tierras.

Esta es, señores, la verdadera historia de mi tragedia. Solo os ruego que me aconsejeis dónde podré pasar la vida, sin que me acábe el temor y sobresalto que tengo de ser hallada de los que me buscan; que aunque sé que el mucho amor que mis padres me tienen me asegura que seré dellos bien recebida, es tanta la vergüenza que me ocupa solo al pensar que, no como ellos pensaban, tengo de parecer á su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre de su vista. Calló en diciendo esto, y el rostro se le cubrió de un color que mostró bien claro el sentimiento y vergüenza del alma. En las suyas sintieron los que escuchado la habian tanta lástima como admiracion de su desgracia; y aunque luego quisiera el cura consolarla y aconsejarla, tomó primero la mano [5] Cardenio diciendo: en fin, señora, ¿con que tú eres la hermosa Dorotea, la hija única del rico Clenardo? Admirada quedó Dorotea cuando oyó el nombre de su padre, y de ver cuán de poco era el que le nombraba, porque ya se há dicho de la mala manera que Cardenio estaba vestido, y así le dijo: ¿y quién sois vos, hermano, que así sabeis el nombre de mi padre? Porque yo hasta ahora, si mal no me acuerdo, en todo el discurso del cuento de mi desdicha no le hé nombrado. Soy, respondió Cardenio, aquel sin ventura, que segun vos, señora, habeis dicho, Luscinda dijo que era su esposo: soy el desdichado Cardenio, á quien el mal término de aquel que á vos os ha puesto en el que estais, ha traido á que le veais cual le veis, roto, desnudo, falto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, falto de juicio, pues no le tengo sino cuando al cielo se le antoja dármele por algun breve espacio. Yo, Dorotea, soy el que me hallé presente á la sinrazones de D. Fernando, y el que aguardó á oir el *sí* que de ser su esposa pronunció Luscinda: yo soy el que no tuvo ánimo para ver en qué paraba su desmayo, ni lo que resultaba del papel que le fué hallado en el pecho, porque no tuvo el alma sufrimiento para ver tantas desventuras juntas; y así víneme á estas soledades con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel punto aborrecí como mortal enemiga mia; mas

5 Comenzó á hablar y razonar.

no ha querido la suerte quitármela, contentándose con quitarme el juicio, quizá por guardarme para la buena ventura que hé tenido en hallaros; pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aquí habeis contado, áun podria ser que á entrambos nos tuviese el cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres, que nosotros pensamos: porque presupuesto que Luscinda no puede casarse con D. Fernando por ser mia, ni D. Fernando con ella por ser vuestro, y haberlo ella tan manifiestamente declarado, bien podemos esperar que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues está todavía en ser, y no se ha enajenado ni deshecho: y pues este consuelo tenemos, suplícoos, señora, que tomeis otra resolucion en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los mios, acomodándoos á esperar mejor fortuna; que yo os juro por la fé de caballero y de cristiano de no desampararos hasta veros en poder de D. Fernando, y que, cuando con razones no le pudiere atraer á que conozca lo que os debe, usaré entonces la libertad que me concede el ser caballero, y poder con justo título desafialle en razon de la sinrazon que os hace, sin acordarme de mis agravios, cuya venganza dejaré al cielo por acudir en la tierra á los vuestros. Con lo que Cardenio dijo se acabó de admirar Dorotea, y el licenciado respondió por entrambos, y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogó, aconsejó y persuadió que se fuesen con él á su aldea, donde se podrian reparar de las cosas que les faltaban, y que allí se daria órden cómo buscar á D. Fernando, ó cómo llevar á Dorotea á sus padres, ó hacer lo que mas les pareciese conveniente. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron, y acetaron la merced que se les ofrecia. El barbero, que á todo habia estado suspenso y callado, hizo tambien su buena plática, y se ofreció con no menos voluntad que el cura á todo aquello que fuese bueno para servirles: contó asimismo con brevedad la causa que allí los habia traido, con la extrañeza de la locura de D. Quijote, y cómo aguardaban á su escudero, que habia ido á buscalle. Vínosele á la memoria á Cardenio como por sueños la pendencia que con D. Quijote habia tenido, y contóla á los demas; mas no supo decir por qué causa fué su cuestion.

CAPITULO XXII.

Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto.

En esto oyeron voces, y conocieron que el que las daba era Sancho Panza, que por no haberlos hallado en el lugar donde los dejó, los llamaba á voces: saliéronle al encuentro, y preguntándole por D. Quijote, les dijo como le habia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo, muerto

de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea: y que puesto que le habia dicho que ella le mandaba que saliese de aquel lugar, y se fuese al dél Toboso donde le quedaba esperando, habia respondido que estaba determinado de no parecer ante su fermosura fasta que hobiese fecho fazañas que le ficiesen digno de su grácia; y que si aquello pasaba adelante corria peligro de no venir á ser emperador como estaba obligado, ni aún arzobispo, que era lo menos que podia ser; por eso que mirasen lo que se habia de hacer para sacarle de allí. El licenciado le respondió que no tuviese pena, que ellos le sacarían de allí mal que le pesase. Contó luego á Cardenio y á Dorotea lo que tenian pensado para remedio de Don Quijote, á lo menos para llevarle á su casa: á lo cual dijo Dorotea, que ella haria la doncella menesterosa mejor que el barbero, y más que tenia allí vestidos con que hacerlo al natural, y que la dejasen el cargo de saber representar todo aquello que fuese menester para llevar adelante su intento, porque ella habia leido muchos libros de caballerías, y sabia bien el estilo que tenian las doncellas cuitadas cuando pedian sus dones á los andantes caballeros. Pues no es menester más, dijo el cura, sino que luego se ponga por obra, que sin duda la buena suerte se muestra en favor nuestro, pues tan sin pensarlo, á vosotros, señores, se os ha comenzado á abrir puerta para vuestro remedio, y á nosotros se nos há facilitado la que habíamos menester. Sacó luego Dorotea de su almohada una saya entera de cierta telilla rica, y una mantellina de otra vistosa tela verde, y de una cajita un collar y otras joyas, con que en un instante se adornó de manera, que una rica y gran señora parecia. Á todos contentó en extremo su mucha grácia, donaire y hermosura, y confirmaron á D. Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaba; pero el que mas se admiró fué Sancho Panza; y así preguntó al cura con grande ahinco quién era aquella tan fermosa señora, y qué era lo que buscaba por aquellos andurriales. Esta hermosa señora, respondió el cura, Sancho hermano, es como quien no dice nada, es la heredera por línea recta de varon del gran reino de Micomicon, la cual viene en busca de vuestro amo á pedirle un don, el cual es que le desfaga un tuerto ó agravio que un mal gigante le tiene fecho; y á la fama que de buen caballero vuestro amo tiene por todo lo descubierto de Guinéa, ha venido á buscarle esta princesa. Dichosa buscada y dichoso hallazgo, dijo á esta sazon Sancho Panza, y más si mi amo es tan venturoso que desfaga ese agravio y enderece ese tuerto, matando á ese gigante que v. m. dice, que sí matará si él le encuentra, á no ser fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero una cosa quiero suplicar á v. m. entre otras, señor licenciado, y es que porque á mi amo no le tome gana de ser arzobispo, que es lo que yo temo, que v. m. le aconseje que se case luego con esta princesa, y así quedará imposibi-

litado de recebir órdenes arzobispales, y vendrá con facilidad á su imperio, y yo al fin de mis deseos: que yo hé mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta que no me está bien que mi amo sea arzobispo, porque yo soy inútil para la iglesia, pues soy casado, y andarme ahora á traer dispensaciones para poder tener renta por la iglesia, teniendo como tengo mujer é hijos, sería nunca acabar: asique, señor, todo el toque está en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta ahora no sé su grácia, y así no la llamo por su nombre. Llámase, respondió el cura, la princesa Micomicona, porque llamándose su reino Micomicon, claro está que ella se ha de llamar así. No hay duda en eso, respondió Sancho, que yo hé visto á muchos tomar el apellido y alcurnia del lugar donde nacieron, llamándose Pedro de Alcalá, Juan de Ubeda y Diego de Valladolid, y esto mesmo se debe de usar allá en Guinéa tomar las reinas los nombres de sus reinos. Así debe de ser, dijo el cura, y en lo del casarse vuestro amo, yo haré en ello todos mis esfuerzos: con lo que quedó tan contento Sancho, cuanto el cura admirado de su simplicidad, y de ver cuán encajados tenia en la fantasía los mismos disparates que su amo, pues sin duda alguna se daba á entender que habia de venir á ser emperador. Ya en esto se habia puesto Dorotea sobre la mula del cura, y el barbero se habia acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dijeron á Sancho que los guiase adonde D. Quijote estaba, al cual advirtieron que no dijese que conocia al licenciado ni al barbero, porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir á ser emperador su amo, puesto que ni el cura ni Cardenio quisieron ir con ellos porque no se le acordase á D. Quijote la pendencia que con Cardenio habia tenido, y el cura porque no era menester por entonces su presencia, y así los dejaron ir delante, y ellos los fueron siguiendo á pié poco á poco. No dejó de avisar el cura lo que habia de hacer Dorotea: á lo que ella dijo que descuidasen, que todo se haria sin faltar punto como lo pedian y pintaban los libros de caballerías.

Tres cuartos de legua habrian andado cuando descubrieron á D. Quijote entre unas intricadas peñas, ya vestido, aunque no armado, y así como Dorotea le vió, y fué informada de Sancho que aquel era D. Quijote, dió del azote á su palafrén, siguiéndole el bien barbado barbero; y en llegando junto á él el escudero se arrojó de la mula y fué á tomar en los brazos á Dorotea, la cual apeándose con grande desenvoltura, se fué á hincar de rodillas ante las de D. Quijote, y aunque él pugnaba por levantarla, ella sin levantarse le fabló en esta guisa: de aquí no me levantaré, ó valeroso y esforzado caballero, fasta que la vuestra bondad y cortesía me otorgue un don, el cual redundará en honra y préz de vuestra persona, y en pró de la mas desconsolada y agraviada doncella que el sol ha visto: y si es que el valor de vuestro

fuerte brazo corresponde á la voz de vuestra inmortal fama, obligado estais á favorecer á la sin ventura que de tan lueñas tierras viene al olor de vuestro famoso nombre, buscándoos para remedio de sus desdichas. No os responderé palabra, fermosa señora, respondió D. Quijote, ni oiré mas cosa de vuestra facienda fasta que os levanteis de tierra. No me levantaré, señor, respondió la afligida doncella, si primero por la vuestra cortesía no me es otorgado el don que pido. Yo vos le otorgo y concedo, respondió D. Quijote, como no se haya de cumplir en daño ó mengua de mi rey, de mi patria, y de aquella que de mi corazon y libertad tiene la llave. No será en daño ni en mengua de los que decís, mi buen señor, replicó la dolorosa doncella: y estando en esto se llegó Sancho Panza al oido de su señor, y muy pasito le dijo: bien puede v. m., señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada, solo es matar á un gigantazo, y esta que lo pide es la alta princesa Micomicona, reina del gran reino Micomicon de Etiopia. Sea quien fuere, respondió Don Quijote, que yo haré lo que soy obligado y lo que me dicta mi conciencia conforme á lo que profesado tengo; y volviéndose á la doncella dijo: la vuestra gran fermosura se levante, que yo le otorgo el don que pedirme quisiere. Pues el que pido es, dijo la doncella, que la vuestra magnánima persona se venga luego conmigo donde yo le lleváre, y me prometa que no se ha de entremeter en otra aventura ni demanda alguna hasta darme venganza de un traidor que contra todo derecho divino y humano me tiene usurpado mi reino. Digo que así lo otorgo respondió D. Quijote; y así podeis, señora, desde hoy mas desechar la malencolía [1] que os fatiga, y hacer que cobre nuevos brios y fuerzas vuestra desmayada esperanza, que con el ayuda de Dios y la de mi brazo vos os vereis presto restituida en vuestro reino, y sentada en la silla de vuestro antiguo y grande estado, á pesar y á despecho de los follones que contradecirlo quisieren; y manos á la labor, que en la tardanza dicen que suele estar el peligro. La menesterosa doncella pugnó con mucha porfia por besarle las manos; mas D. Quijote que en todo era comedido y cortés caballero, jamás lo consintió; antes la hizo levantar, y la abrazó con mucha cortesía y comedimiento, y mandó á Sancho que requiriese las cinchas á Rocinante, y le armase luego al punto. Sancho descolgó las armas que como trofeo de un árbol estaban pendientes, y requiriendo las cinchas, en un punto armó á su señor, el cual viéndose armado dijo: vamos de aquí en el nombre de Dios á favorecer á esta gran señora. Estábase el barbero aún de rodillas teniendo gran cuenta de disimular la risa, y de que no se le cayese la barba, con cuya caida quizá quedáran todos sin conseguir su buena intencion; y viendo que ya el don

1 Melancolía.

estaba concedido, y la diligencia con que D. Quijote se alistaba para ir á cumplirle, se levantó y tomó de la mano á su señora, y entre los dos la subieron en la mula. Luego subió D. Quijote sobre Rocinante, y el barbero se acomodó en su cabalgadura, quedándose Sancho á pié, donde se le renovó la pérdida del rucio con la falta que entonces le hacia; mas todo lo llevaba con gusto por parecerle que ya su señor estaba puesto en camino y muy á pique de ser emperador; porque sin duda alguna pensaba que se habia de casar con aquella princesa, y ser por lo menos rey de Micomicon. Solo le daba pesadumbre el pensar que aquel reino era en tierra de negros, y que la gente que por vasallos le diesen habian de ser todos negros; á lo cual dió luego en su imaginacion un buen remedio, y díjose á sí mismo: ¿qué se me da á mí que mis vasallos sean negros? ¿Habrá mas que cargar con ellos y traerlos á España, donde los podré vender, y adonde me los pagarán de contado, de cuyo dinero podré comprar algun título ó algun oficio con que vivir descansado todos los dias de mi vida? No sino dormíos, y no tengais ingenio ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treinta ó diez mil vasallos en dácame esas pajas [2]: par Dios que los hé de volar chico con grande, ó como pudiere, y que por negros que sean los hé de volver blancos ó amarillos: llegaos, que me mamo el dedo [3]. Con esto andaba tan solícito y tan contento, que se le olvidaba la pesadumbre de caminar á pié.

Todo esto miraban de entre unas breñas Cardenio y el cura, y no sabian que hacerse para juntarse con ellos; pero el cura, que era gran tracista, imaginó luego lo que harian para conseguir lo que deseaban, y fué que con unas tijeras que traia en un estuche quitó con mucha presteza la barba á Cardenio, vistióle un capotillo pardo que él traia, dióle un herreruelo negro, y él se quedó en calzas y en jubon, y quedó tan otro de lo que antes parecia Cardenio, que él mismo no se conociera aunque á un espejo se mirára. Hecho esto, puesto ya que los otros habian pasado adelante en tanto que ellos se disfrazaron, con facilidad salieron al camino real antes que ellos, porque las malezas y malos pasos de aquellos lugares no concedian que anduviesen tanto los de á caballo como los de á pié. En efecto ellos se pusieron en el llano á la salida de la sierra; y así como salió della D. Quijote y sus camaradas, el cura se le puso á mirar muy despacio, dando señales de que le iba reconociendo, y al cabo de haberle una buena pieza estado mirando se fué á él abiertos los brazos y diciendo á voces: para bien sea hallado el espejo de la caballería, el mi buen compatriota D. Quijote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta

2 En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, en un santiamén. 3 Que soy bobo.

esencia de los caballeros andantes; y diciendo esto tenia abrazado por la rodilla de la pierna izquierda á D. Quijote, el cual, espantado de lo que veia y oia decir y hacer á aquel hombre, se le puso á mirar con atencion, y al fin le conoció, y quedó como espantado de verle, y hizo grande fuerza por apearse; mas el cura no lo consintió, por lo cual D. Quijote decia: déjeme v. m., señor licenciado, que no es razon que yo esté á caballo, y una tan reverenda persona como v. m. esté á pié. Eso no consentiré yo en ningun modo, dijo el cura, estése la vuestra grandeza á caballo, pues estando á caballo acaba las mayores fazañas y aventuras que en nuestra edad se han visto: que á mí, aunque indigno sacerdote, bastaráme subir en las ancas de una destas mulas destos señores que con v. m. caminan, si no lo hán por enojo, y áun haré cuenta que voy caballero sobre el caballo Pegaso, ó sobre la cebra ó alfana en que cabalgaba aquel famoso moro Muzáraque, que aun hasta ahora yace encantado en la gran cuesta Zulema, que dista poco de la gran Complûto. Aun no caia yo en tanto, mi señor licenciado, respondió D. Quijote, y yo sé que mi señora la princesa será servida por mi amor de mandar á su escudero dé á v. m. la silla de su mula, que él podrá acomodarse en las ancas, si es que ella las sufre. Si sufre, á lo que yo creo, respondió la princesa, y tambien sé que no será menester mandárselo al señor mi escudero, que él es tan cortés y tan cortesano que no consentirá que una persona eclesiástica vaya á pié pudiendo ir á caballo. Así es, respondió el barbero, y apeándose en un punto convidó al cura con la silla, y él la tomó sin hacerse mucho de rogar: y fué el mal que al subir á las ancas el barbero, la mula que en efecto era de alquiler, que para decir que era mala esto basta, alzó un poco los cuartos traseros, y dió dos coces en el aire, que á darlas en el pecho de maese Nicolás ó en la cabeza, él diera al diablo la venida por D. Quijote. Con todo eso le sobresaltaron de manera que cayó en el suelo con tan poco cuidado de las barbas, que se le cayeron, y como se vió sin ellas no tuvo otro remedio sinó acudir á cubrirse el rostro con ambas manos, y á quejarse que le habian derribado las muelas. D. Quijote, como vió todo aquel mazo de barbas sin quijadas y sin sangre lejos del rostro del escudero caido, dijo: vive Dios que es gran milagro este, las barbas le ha derribado y arrancado del rostro como si las quitáran á posta. El cura, que vió el peligro que corria su invencion de ser descubierta, acudió luego á las barbas, y fuese con ellas donde yacía maese Nicolás dando voces todavia, y de un golpe, llegándole la cabeza á su pecho, se las puso murmurando sobre él unas palabras, que dijo que era cierto ensalmo[4]

4 Cierto modo de curar con oraciones: dijéronse así porque de ordinario son de versos del Salterio.

apropiado para pegar barbas, como lo verían: y cuando se las tuvo puestas se apartó, y quedó el escudero tan bien barbado y tan sano como de antes, de que se admiró D. Quijote sobremanera, y rogó al cura que cuando tuviese lugar le enseñase aquel ensalmo, que él entendia que su virtud á más que á pegar barbas se debia de extender, pues estaba claro que de donde las barbas se quitasen habia de quedar la carne llagada y maltrecha, y que pues todo lo sanaba, á más que barbas aprovechaba. Así es, dijo el cura, y prometió de enseñársele en la primera ocasion. Concertáronse que por entonces subiese el cura, y á trecho se fuesen los tres mudando hasta que llegasen á la venta, que estaria hasta dos leguas de allí.

Puestos los tres á caballo, es á saber, D. Quijote, la princesa y el cura, y los tres á pié, Cardenio, el barbero y Sancho Panza, D. Quijote dijo á la doncella: vuestra grandeza, señora mia, guie por donde mas gusto le diere; y antes que ella respondiese dijo el licenciado: ¿hácia que reino quiere guiar la vuestra señoría? ¿es por ventura hácia el de Micomicon? que sí debe de ser, ó yo sé poco de reinos. Ella, que estaba bien en todo, entendió que habia de responder que sí, y así dijo: sí señor, hácia ese reino es mi camino. Si así es, dijo el cura, por la mitad de mi pueblo hemos de pasar, y de allí tomará v. m. la derrota de Cartagena, donde se podrá embarcar con la buena ventura, y si hay viento próspero, mar tranquilo y sin borrasca, en poco menos de nueve años se podrá estar á vista de la gran laguna Meona, digo, Meótides, que está poco mas de cien jornadas mas acá del reino de vuestra grandeza. Vuestra merced está engañado, señor mio, dijo ella, porque no há dos años que yo partí dél, y en verdad que nunca tuve buen tiempo, y con todo eso hé llegado á ver lo que tanto deseaba, que es al señor D. Quijote de la Mancha, cuyas nuevas llegaron á mis oidos así como puse los piés en España, y ellas me movieron á buscarle para encomendarme en su cortesía, y fiar mi justicia del valor de su invencible brazo. No más, cesen mis alabanzas, dijo á esta sazon D. Quijote, porque soy enemigo de todo género de adulacion, y aunque esta no lo sea, todavía ofenden mis castas orejas semejantes pláticas: lo que yo sé decir, señora mia, que ahora tenga valor ó no, el que tuviere ó no tuviere se ha de emplear en vuestro servicio hasta perder la vida; y así dejando esto para su tiempo, ruego al señor licenciado me diga qué es la causa que le ha traido por estas partes tan solo, tan sin criados, y tan á la ligera, que me pone espanto. A eso yo responderé con brevedad, porque sabrá v. m., señor D. Quijote, que yo y maese Nicolás, nuestro amigo y nuestro barbero, íbamos á Sevilla á cobrar cierto dinero que un pariente mio, que há muchos años que fué á Indias, me habia enviado, y no tan po-

cos que no pasen de sesenta mil pesos ensayados, que es otro qué tál; y pasando ayer por estos lugares nos salieron al encuentro cuatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron, que le convino al barbero ponérselas postizas, y aun á este mancebo que aquí va, señalando á Cardenio, le pusieron como de nuevo. Y es lo bueno que es pública fama por todos estos contornos que los que nos saltearon son de unos galeotes, que dicen que libertó casi en este mismo sitio un hombre tan valiente, que á pesar del comisario y de las guardas los soltó á todos; y sin duda alguna él debia de estar fuera de juicio, ó debe de ser tan grande bellaco como ellos, ó algun hombre sin alma y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ovejas, á la raposa entre las gallinas, á la mosca entre la miel: quiso defraudar la justicia, ir contra su rey y señor natural, pues fué contra sus justos mandamientos: quiso, digo, quitar á las galeras sus piés, poner en alboroto la santa Hermandad, que habia muchos años que reposaba: quiso, finalmente, hacer un hecho por donde se pierda su alma y no se gane su cuerpo. Habíales contado Sancho al cura y al barbero la aventura de los galeotes que acabó su amo con tanta gloria suya, y por esto cargaba la mano el cura refiriéndola, por ver lo que hacia ó decia D. Quijote, al cual se le mudaba la color á cada palabra, y no osaba decir que él habia sido el libertador de aquella buena gente. Estos pues, dijo el cura, fueron los que nos robaron, que Dios, por su misericordia, se lo perdone al que no los dejó llevar al debido suplicio.

CAPITULO XXIII.

Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo.

No hubo bien acabado el cura cuando Sancho dijo: pues mia fé, señor licenciado, el que hizo esa fazaña fué mi amo, y no porque yo no le dije antes y le avisé que mirase lo que hacia, y que era pecado darles libertad, porque todos iban allí por grandísimos bellacos. Majadero, dijo á esta sazon D. Quijote, á los caballeros andantes no les toca ni atañe averiguar si los afligidos, encadenados y opresos que encuentran por los caminos ván de aquella manera, ó estan en aquella angustia por sus culpas ó por sus gracias; solo les toca ayudarles como á menesterosos, poniendo los ojos en sus penas y no en sus bellaquerías. Yo topé un rosario y sarta de gente mohina y desdichada, hice con ellos lo que mi religion me pide, y lo demás allá se avenga, y á quien mal le ha parecido, salvo la santa dignidad del señor licenciado y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caballería y que miente como un be-

llaco y mal nacido, y esto le haré conocer con mi espada donde mas largamente se contiene: y esto dijo afirmándose en los estribos y calándose el morrion, porque la bacia de barbero, que á su cuenta era el yelmo de Mambriuo, llevaba colgada del arzon delantero hasta adobarla del maltratamiento que la hicieron los galeotes. Dorotea, que era discreta y de gran donaire, como quien ya sabia el menguado humor de D. Quijote, y que todos hacian burla dél, sino Sancho Panza, no quiso ser para menos, y viéndole tan enojado le dijo: señor caballero, miémbresele [1] á v. m. el don que me tiene prometido, y que conforme á él no puede entremeterse en otra aventura por urgente que sea: sosiegue v. m. el pecho, que si el señor licenciado supiera que por ese invicto brazo habian sido librados los galeotes, él se diera tres puntos en la boca, y áun se mordiera tres veces la lengua antes que haber dicho palabra que en despecho de v. m. redundára. Eso juro yo bien, dijo el cura, y áun me hubiera quitado un bigote. Yo callaré, señora mia, dijo D. Quijote, y reprimiré la justa cólera que ya en mi pecho se habia levantado, y iré quieto y pacífico hasta tanto que os cumpla el don prometido, pero en pago deste buen deseo os suplico me digais, sinó se os hace de mal, ¿cuál es la vuestra cuita, y cuántas, quiénes y cuáles son las personas de quien os tengo de dar debida satisfaccion y entera venganza? Eso haré yo de gana, respondió Dorotea, si es que no os enfada oir lástimas y desgracias. No enfadará, señora mia, respondió D. Quijote; á lo que contestó Dorotea: pues así es, esténme vuestras mercedes atentos. No hubo ella dicho esto cuando Cardenio y el barbero se le pusieron al lado, deseosos de ver cómo fingia su historia la discreta Dorotea, y lo mismo hizo Sancho, que tan engañado iba con ella como su amo; y ella despues de haberse puesto bien en la silla, y prevenídose con toser y hacer otros ademanes, con mucho donaire comenzó á decir desta manera:

Primeramente quiero que vuestras mercedes sepan, señores mios, que á mí me llaman... y detúvose aquí un poco, porque se le olvidó el nombre que el cura le habia puesto; pero él acudió al remedio, porque entendió en lo que reparaba, y dijo: no es maravilla, señora mia, que la vuestra grandeza se turbe y empache contando sus desventuras, que ellas suelen ser tales, que muchas veces quitan la memoria á los que maltratan, de tal manera que áun de sus mismos nombres no se les acuerda, como han hecho con vuestra gran señoría que se ha olvidado que se llama la princesa Micomicona, legítima heredera del gran reino Micomicon; y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reducir ahora fácilmente á su lastimada memoria todo aquello que contar

[1] Lo mismo que acuérdesele.

quisiere. Así es la verdad, respondió la doncella, y desde aquí adelante creo que no será menester apuntarme nada, que yo saldré á buen puerto con mi verdadera historia; la cual es, que el rey mi padre, que se llamaba Tinacrio el Sabidor, fue muy docto en esto que llaman el arte mágica, y alcanzó por su ciencia que mi madre, que se llamaba la reina Jaramilla, habia de morir primero que él, y que de allí á poco tiempo él tambien habia de pasar desta vida, y yo habia de quedar huérfana de padre y madre. Pero decia él que no le fatigaba tanto esto, cuanto le ponia en confusion saber por cosa muy cierta, que un descomunal gigante, señor de una grande ínsula, que casi alinda con nuestro reino, llamado Pandafilando de la fosca vista, en sabiendo mi horfandad habia de pasar con gran poderío sobre mi reino, y me lo habia de quitar todo sin dejarme una pequeña aldea donde me recogiese; pero que podia excusar toda esta ruina y desgracia si yo me quisiese casar con él; mas á lo que él entendia, jamás pensaba que me vendria á mí en voluntad de hacer tan desigual casamiento; y dijo en esto la pura verdad, porque jamás me ha pasado por el pensamiento casarme con aquel gigante, ni con otro alguno por grande y desaforado que fuese. Dijo tambien mi padre, que despues que él fuese muerto, y viese yo que Pandafilando comenzaba á pasar sobre mí reino, que no aguardase á ponerme en defensa, porque seria destruirme, sino que le dejase desembarazado el reino si queria escusar la muerte y total destruicion de mis buenos y leales vasallos, porque no habia de ser posible defenderme de la endiablada fuerza del gigante; sino que luego con algunos de los mios me pusiese en camino de las Españas, donde hallaria el remedio de mis males hallando á un caballero andante, cuya fama en este tiempo se extenderia por todo este reino, el cual se habia de llamar, si mal no me acuerdo, D. Azote, ó D. Gigote. D. Quijote diría, señora, dijo á esta sazon Sancho Panza, ó por otro nombre el caballero de la Triste Figura. Así es la verdad, dijo Dorotea: dijo más, que habia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho debajo del hombro izquierdo, ó por allí junto, habia de tener un lunar pardo con ciertos cabellos á manera de cerdas. En oyendo esto D. Quijote dijo á su escudero; tén aquí, Sancho hijo, ayúdame á desnudar, que quiero ver si soy el caballero que aquel sábio rey dejó profetizado. ¿Pues para qué quiere v. m. desnudarse? dijo Dorotea. Para ver si tengo ese lunar que vuestro padre dijo, respondió D. Quijote. No hay para qué desnudarse, dijo Sancho, que yo sé que tiene v. m. un lunar desas señas en la mitad del espinazo, que es señal de ser hombre fuerte. Eso basta, dijo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el hombro ó que esté en el espinazo, importa poco; basta que haya lunar, y esté donde estuviere,

pues todo es una misma carne: y sin duda acertó mi buen padre en todo, y yo hé acertado en encomendarme al señor D. Quijote, que él es por quien mi padre dijo: pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caballero tiene no solo en España, sinó en toda la Mancha, pues apenas me hube desembarcado en Osuna, cuando oí decir tantas hazañas suyas, que luego me dió el alma que era el mismo que venia á buscar. ¿Pues cómo se desembarcó v. m. en Osuna, señora mia, preguntó D. Quijote, sinó es puerto de mar? Mas antes que Dorotea respondiese tomó el cura la mano [2] y dijo: debe de querer decir la señora princesa, que despues que desembarcó en Málaga, la primera parte donde oyó nuevas de v. m. fué en Osuna. Eso quise decir, dijo Dorotea. Y esto lleva camino [3], dijo el cura; y prosiga vuestra Majestad adelante. No hay que proseguir, respondió Dorotea, sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena en hallar al señor D. Quijote, que ya me cuento y tengo por reina y señora de todo mi reino, pues él por su cortesía y magnificencia me ha prometido el don de irse conmigo donde quiera que yo le lleváre, que no será á otra parte que á ponerle delante de Pandafilando de la fosca vista para que le mate, y me restituya lo que tan contra razon me tiene usurpado: que todo esto há de suceder á pedir de boca, pues así lo dejó profetizado Tinacrio el Sabidor mi buen padre; el cual tambien dejó dicho y escrito en letras caldeas ó griegas, que yo no las sé leer, que si este caballero de la profecía despues de haber degollado al gigante quisiese casarse conmigo, que yo me otorgase luego sin réplica alguna por su legítima esposa, y le diese la posesion de mi reino junto con la de mi persona. ¿Qué te parece, Sancho amigo? dijo á este punto D. Quijote, ¿no oyes lo que pasa? ¿no te lo dije yo? mira si tenemos ya reino que mandar y reina con quien casar. Eso juro yo, dijo Sancho; para el puto que no se casáre en abriendo el gazuático al señor Pandahilado: pues monta que es mala la reina, así se me vuelvan las pulgas de la cama. Y diciendo esto dió dos zapatetas en el aire con muestras de grandísimo contento, y luego fué á tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haciéndola detener se hincó de rodillas ante ella suplicándole le diese las manos para besárselas en señal que la recibia por su reina y señora. ¿Quién no habia de reir de los circunstantes viendo la locura del amo y la simplicidad del criado? En efecto Dorotea se las dió, y le prometió de hacerle gran señor en su reino cuando el cielo le hiciese tanto bien que se lo dejase cobrar y gozar. Agradecióselo Sancho con tales palabras que renovó la risa en todos. Esta, señores, prosiguió Dorotea, es mi historia: solo resta por deciros, que si en alguna cosa hé andado demasiada ó no tan acertada como debiera,

2 Se adelantó, se anticipó. 3 Vá bien guiado.

echad la culpa á lo que el señor licenciado dijo al principio de mi cuento, que los trabajos contínuos y extraordinarios quitan la memoria al que los padece. Esa no me quitarán á mí, oh alta y valerosa señora, dijo D. Quijote, cuantos yo pasáre en serviros, por grandes y no vistos que sean: y así de nuevo confírmo el don que os hé prometido, y juro de ir con vos al cabo del mundo hasta verme con el fiero enemigo vuestro, á quien pienso con el ayuda de Dios y de mi brazo tajar la cabeza soberbia con los filos desta, no quiero decir buena espada, merced á Ginés de Pasamonte que me llevó la mia. Esto dijo entre dientes, y prosiguió diciendo: y despues de habérsela tajado y puéstoos en pacífica posesion de vuestro estado, quedará á vuestra voluntad hacer de vuestra persona lo que mas en talante os viniere, porque mientras que yo tuviere ocupada la memoria, cautiva la voluntad, perdido el entendimiento por aquella... y no digo más, no es posible que yo arróstre ni por pienso el casarme, aunque fuese con el ave Fénix.

Parecióle tan mal á Sancho lo que últimamente su amo dijo acerca de no querer casarse, que con grande enojo alzando la voz dijo: voto á mí, y juro á mí que no tiene v. m., señor D. Quijote, cabal juicio: pues cómo, ¿es posible que pone v. m. en duda el casarse con tan alta princesa como aquesta? ¿Piensa que le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura como la qué ahora se le ofrece? ¿Es por dicha mas hermosa mi señora Dulcinea? no por cierto, ni áun con la mitad, y áun estoy por decir que no llega al zapato de la que está delante: así noramala alcanzaré yo el condado que espero, si v. m. se anda á pedir cotúfas [4] en el golfo: cásese, cásese luego, encomiéndole á Satanás, y tome ese reino que se le viene á las manos de *vobis vobis*, y en siendo rey hágame marqués ó adenlantado, y luego siquiera se lo lléve el diablo todo. D. Quijote, que tales blasfémias oyó decir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y alzando el lanzon, sin hablalle palabra á Sancho y sin decirle esta boca es mia, le dió tales dos palos, que dió con él en tierra, y sinó fuera porque Dorotea le dió voces que no le diera más, sin duda le quitára allí la vida. ¿Pensais, le dijo á cabo de rato, villano ruin, que ha de haber lugar siempre para ponerme la mano en la horcajadura [5], y que todo há de ser errar vos y perdonaros yo? Pues no lo penseis, bellaco descomulgado, que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea; ¿y no sabeis vos, gañan, faquin [6], belítre, que sinó fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendria yo para matar una pulga? Decid, socarron de lengua viperína, ¿y quién pensais que ha ganado este reino y cortado

4 Pedir gollerías, ó cosas imposibles ó muy difíciles de obtener. 5 Por perderme el respeto. 6 Ganapan, mozo de cordel.

la cabeza á este gigante, y héchoos á vos marqués (que todo esto doy ya por hecho y por cosa pasada en cosa juzgada) sinó es el valor de Dulcinea, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí, y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser. ¡Oh bellaco, y cómo sois desagradecido, que os veis levantado del polvo de la tierra á ser señor de título, y correspondeis á tan buena obra con decir mal de quien os la hizo!

No estaba tan maltrecho Sancho que no oyese todo cuanto su amo le decia, y levantándose con un poco de presteza se fué á poner detrás del palafrén de Dorotea, y desde allí dijo á su amo: dígame, señor, si v. m. tiene determinado de no casarse con esta gran princesa, claro está que no será el reino suyo, y no siéndolo ¿qué mercedes me puede hacer? Esto es de lo que yo me quejo, cásese v. m. una por una con esta reina, ahora que la tenemos aquí como llovida del cielo, y despues puede volverse con mi señora Dulcinea, que reyes debe de haber habido en el mundo que hayan sido amancebados. En lo de la hermosura no me entremeto, que en verdad, si va á decirla, que entrambas me parecen bien, puesto que yo nunca hé visto á la señora Dulcinea. ¿Cómo que no la hás visto, traidor blasfemo? dijo D. Quijote, ¿pues no acabas de traerme ahora un recado de su parte? Digo que no la hé visto tan despacio, dijo Sancho, que pueda haber notado particularmente su hermosura y sus buenas partes punto por punto; pero así á bulto me parece bien. Ahora te disculpo, dijo D. Quijote, y perdóname el enojo que te hé dado, que los primeros movimientos no son en manos de los hombres. Ya lo veo, respondió Sancho, y así en mí la gana de hablar siempre es primero movimiento, y no puedo dejar de decir por una vez siquiera lo que me viene á la lengua. Con todo eso, dijo D. Quijote, mira Sancho lo que hablas, porque tantas veces va el cantarillo á la fuente... [7] y no te digo más. Ahora bien, respondió Sancho, Dios está en el cielo, que vé las trampas, y será juez de quien hace más mal, yo en no hablar bien, ó v. m. en obrallo. No haya más, dijo Dorotea; corred Sancho, y besad la mano á vuestro señor, y pedilde perdon, y de aquí adelante andad mas atentado en vuestras alabanzas y vituperios, y no digais mal de aquesa señora Toboso, á quien yo no conozco sino es para servilla, y tened confianza en Dios, que no os há de faltar un estado donde vivais como un príncipe. Fué Sancho cabizbajo, pidió la mano á su señor, y él se la dió con reposado continente, y despues que se la hubo besado le echó la bendicion, y dijo á Sancho que se adelantasen un poco, que tenia que preguntalle y que departir con él cosas de mucha importancia. Hízolo así Sancho, y apartáronse los dos algo ade-

7 que deja el asa, ó la frente. Así se completa ese refran.

lante, y díjole D. Quijote: despues que veniste no he tenido lugar ni espácio para preguntarte muchas cosas de particularidad acerca de la embajada que llevaste, y de la respuesta que trujiste; y ahora, pues la fortuna nos ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tú la ventura que puedes darme con tan buenas nuevas. Pregúnte v. m. lo que quisiere, respondió Sancho, que á todo daré tan buena salida como tuve la entrada, pero suplico á v. m., señor mio, que no sea de aquí adelante tan vengativo. ¿Por qué lo dices, Sancho? dijo D. Quijote. Dígolo, respondió, porque estos palos de agora mas fueron por la pendencia que entre los dos trabó el diablo la otra noche, que por lo que dije contra mi señora Dulcinea, á quien amo y reverencio como á una reliquia, aunque en ella no la haya, solo por ser cosa de v. m. No tornes á esas pláticas, Sancho, por tu vida, dijo D. Quijote, que me dan pesadumbre: ya te perdoné entonces, y bien sabes tú que suele decirse, á pecado nuevo penitencia nueva.

Mientras esto pasaba vieron venir por el camino donde ellos iban á un hombre caballero sobre un jumento, y cuando llegó cerca les pareció que era gitano; pero Sancho Panza, que do quiera que via asnos se le iban los ojos y el alma, apenas hubo visto al hombre cuando conoció que era Ginés de Pasamonte, y por el hilo del gitano sacó el ovillo de su asno, como era la verdad, pues era el rucio en que Pasamonte venia: el cual por no ser conocido y por vender el asno se habia puesto en traje de gitano, cuya lengua y otras muchas sabía muy bien hablar como si fueran naturales suyas. Vióle Sancho y conocióle, y apenas le hubo visto y conocido cuando á grandes voces le dijo: ah ladron Ginesillo, deja mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, deja mi asno, deja mi regalo, huye puto, auséntate ladron, y desampara lo que no es tuyo. No fueron menester tantas palabras ni baldones, porque á la primera saltó Ginés, y tomando un trote que parecia carrera, en un punto se ausentó y alejó de todos. Sancho llegó á su rucio, y abrazándole le dijo: ¿cómo has estado, bien mio, rucio de mis ojos, compañero mio? y con esto le besaba y acariciaba como si fuera persona: el asno callaba, y se dejaba besar y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna. Llegaron todos, y diéronle el parabien del hallazgo del rucio, especialmente D. Quijote, el cual le dijo que no por eso anulaba la póliza de los tres pollinos. Sancho se lo agradeció. En tanto que los dos iban en estas pláticas díjo el cura á Dorotea que habia andado muy discreta así en el cuento como en la brevedad dél, y en la similitud que tuvo con los de los libros de caballerías. Ella dijo que muchos ratos se habia entretenido en leellos; pero que no sabia donde eran las provincias ni puertos de mar, y que así habia dicho á tiento que se habia desembarcado en Osuna. Yo lo entendí así, dijo el

cura, y por eso acudí luego á decir lo que dije, con que se acomodó todo. ¿Pero no es cosa extraña ver con cuanta facilidad cree este desventurado hidalgo todas estas invenciones y mentiras solo porque llevan el estilo y modo de las necedades de sus libros? Sí es, dijo Cardenio, y tan rara y nunca vista, que yo no sé si queriendo inventarla y fabricarla mentirosamente hubiera tan agudo ingenio que pudiera dar en ella. Pues otra cosa hay en ello, dijo el cura, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice tocantes á su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonísimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y apacible en todo; de manera que como no le toquen en sus caballerías no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento.

CAPITULO XXIV.

De los sabrosos razonamientos que pasaron entre D. Quijote y Sancho Panza su escudero con otros sucesos.

En tanto que ellos iban en esta conversacion, prosiguió D. Quijote con la suya, y dijo á Sancho: echemos, Panza amigo, pelillos á la mar [1] en esto de nuestras pendencias, y dime ahora, sin tener cuenta con enojo ni rencor alguno, ¿dónde, cómo, y cuándo hallaste á Dulcinea? ¿qué hacia? ¿qué le dijiste? ¿qué te respondió? ¿qué rostro hizo cuando leia mi carta? ¿quién te la trasladó? y todo aquello que vieres que en este caso es digno de saberse, de preguntarse y satisfacerse, sin que añadas ó mientas por darme gusto, ni menos te acortes por no quitármele. Señor, respondió Sancho, si vá á decir la verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no llevé carta alguna. Así es como tú dices, dijo D. Quijote, porque el librillo de memoria donde yo la escribí, le hallé en mi poder á cabo de dos dias de tu partida, lo cual me causó grandísima pena por no saber lo que habias tú de hacer, cuando te vieses sin carta, y creí siempre que te volvieras desde el lugar donde la echáras menos. Así fuera, respondió Sancho, sinó la hubiera yo tomado en la memoria cuando v. m. me la leyó, de manera que se la dije á un sacristan que me la trasladó tan punto por punto, que dijo que en todos los dias de su vida, aunque habia leido muchas cartas de descomunion, no habia visto ni leido tan linda carta como aquella. Y ¿tiénesla todavía en la memoria, Sancho? dijo D. Quijote. No señor, respondió Sancho, porque despues que la dí, como ví que no habia de ser mas de provecho, dí en olvidalla: y si algo se me acuerda es aquello del *Sobajada*,

1 Olvidemos nuestras pendencias.

digo, del *Soberana señora*, y lo último: *Vuestro hasta la muerte*, *el Caballero de la Triste Figura*: y en medio destas dos cosas le puse mas de trescientas almas y vidas y ojos mios.

Todo eso no me descontenta, prosigue adelante, dijo D. Quijote. Llegaste, ¿y qué hacia aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, ó bordando alguna empresa [2] con oro de cañutillo para este su cautivo caballero. No la hallé, respondió Sancho, sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa. Pues haz cuenta, dijo D. Quijote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas tocados de sus manos: y si miraste, amigo, ¿el trigo era candeal ó trechel? No era sino rubion, respondió Sancho. Pues yo te aseguro, dijo D. Quijote, que ahechado por sus manos hizo pan candeal sin duda alguna; pero pasa adelante: cuando le diste mi carta ¿besóla? ¿púsosela sobre la cabeza? ¿hizo alguna ceremonia digna de tal carta? ¿ó qué hizo? Cuando yo se la iba á dar, respondió Sancho, ella estaba en la fuga del menéo de una buena parte de trigo que tenia en la criba, y díjome: poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está. Discreta señora, dijo D. Quijote, eso debió de ser por leella despacio y recrearse con ella: adelante, Sancho; y en tanto que estaba en su menester ¿qué coloquios pasó contigo? ¿qué te preguntó de mí? ¿y tú qué le respondiste? acaba, cuéntamelo todo, no se te quede en el tintero una mínima. Ella no me preguntó nada, dijo Sancho; mas yo le dije de la manera que v. m. por su servicio quedaba haciendo penitencia desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles, y sin peinarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna. En decir que maldecia mi fortuna dijiste mal, dijo D. Quijote, porque antes la bendigo y bendeciré todos los dias de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso. Tan alta es, respondió Sancho, que á buena fé que me lleva á mí más de un coto. Pues cómo, dijo D. Quijote, ¿haste medido tú con ella? Medíme en esta manera, respondió Sancho, que llegando á ayudar á poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos que eché de ver que me llevaba más de un gran palmo. Pues es verdad, replicó D. Quijote, qué no acompaña esa grandeza y la adorna con mil millones de gracias del alma. Pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto á ella ¿no sentiste un olor sabéo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno, que yo no acierto á dalle nombre, digo un tufo como si estuvieras en la tienda de algun curioso

2 Divisa é insignia que llevaban los caballeros.

guantero? Lo que sé decir, dijo Sancho, es que sentí un olorcillo algo hombruno, y debia de ser que ella con el mucho ejercicio estaba sudada y algo correosa. No sería eso, respondió D. Quijote, sino que tú debias de estar romadizado, ó te debíste de oler á tí mismo, porque yo sé bien á lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleido. Todo puede ser, respondió Sancho, que muchas veces sale de mí aquel olor que entonces me pareció que salía de su merced la señora Dulcinea; pero no hay de qué maravillarse, que un diablo se parece á otro. Y bien, prosiguió D. Quijote, hé aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviallo al molino, ¿qué hizo cuando leyó la carta? La carta, dijo Sancho, no la leyó, porque dijo que no sabia leer ni escribir, antes la rasgó y la hizo menudas piezas, diciendo que no la queria dar á leer á nadie, porque no se supiesen en el lugar sus secretos, y que bastaba lo que yo le habia dicho de palabra acerca del amor que v. m. le tenia, y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo; y finalmente me dijo que dijese á v. m. que le besaba las manos, y que allí quedaba con mas deseo de verle que de escribirle; y que así le suplicaba y mandaba, que vista la presente saliese de aquellos matorrales, y se dejase de hacer disparates, y se pusiese luego luego en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediese, porque tenia gran deseo de ver á v. m.. Rióse mucho cuando le dije como se llamaba v. m. *el caballero de la Triste Figura*: preguntéle si habia ido allá el vizcaino de marras; díjome que sí, y que era un hombre muy de bien: tambien le pregunté por los galeotes; mas díjome que no habia visto hasta entonces alguno. Todo va bien hasta agora, dijo D. Quijote; pero dime ¿qué joya fué la que te dió al despedirte por las nuevas que de mí le llevaste? Porque es usada y antígua costumbre entre los caballeros y damas andantes dar á los escuderos, doncellas ó enanos que les llevan nuevas de sus damas á ellos, á ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias de su recado. Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza; pero eso debia de ser en los tiempos pasados, que ahora solo se debe de acostumbrar á dar un pedazo de pan y queso, que esto fué lo que me dió mi señora Dulcinea por las bardas de un corral cuando della me despedí; y áun por mas señas era el queso ovejuno. Es liberal en extremo, dijo D. Quijote; y sinó te dió joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendria allí á la mano para dártela; pero buenas son mangas despues de pascua, yo la veré y se satisfará todo. ¿Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? de que me parece que fuiste y veniste por los aires, pues poco más de tres dias has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá mas de treinta leguas. Por lo cual me doy á entender que aquel sábio nigromante que tiene cuenta con mis cosas, y es mi ami-

go, porque por fuerza le hay y le ha de haber, sopena que yo no seria buen caballero andante, digo que este tal te debió de ayudar á caminar sin que tú lo sintieses: que hay sábio de estos que coge á un caballero andante durmiendo en su cama, y sin saber cómo ó en qué manera, amanece otro dia más de mil leguas de donde anocheció: asique, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso, pues como tengo dicho algun sábio amigo te debió de llevar en volandillas sin que tú lo sintieses. Así seria, dijo Sancho, porque á buena fé que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oidos. Y cómo si llevaba azogue, dijo D. Quijote, y áun una legion de demonios, que es gente que camina y hace caminar sin cansarse todo aquello que se les antoja.

Pero dejando esto á parte, ¿qué te parece á tí que debo yo de hacer ahora cerca de lo que mi señora me manda que la vaya á ver? que aunque yo veo que estoy obligado á cumplir su mandamiento, véome tambien imposibilitado del don que he prometido á la princesa que con nosotros viene, y fuérzame la ley de caballería á cumplir mi palabra antes que mi gusto. Por una parte me acosa y fatiga el deseo de ver á mi señora, por otra me incita y llama la prometida fé y la gloria que he de alcanzar en esta empresa; pero lo que pienso hacer es caminar apriesa, llegar presto donde está este gigante, y en llegando le cortaré la cabeza, y pondré á la princesa pacíficamente en su estado, y al punto daré la vuelta á ver á la luz que mis sentidos alumbra; á la cual daré tales disculpas, que ella venga á tener por buena mi tardanza, pues verá que todo redunda en aumento de su gloria y fama, pues cuánta yo he alcanzado, alcanzo y alcanzaré por las armas en esta vida, toda me viene del favor que ella me da, y de ser yo suyo. ¡Ay! dijo Sancho, ¡y cómo está v. m. lastimado de esos cascos! Pues dígame, señor, ¿piensa v. m. caminar este camino en balde, y dejar pasar y perder un tan rico y tan principal casamiento como este, donde le dan en dote un reino, que á buena verdad que hé oido decir que tiene mas de veinte mil leguas de contorno, y que es abundantísimo de todas las cosas que son necesarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal y que Castilla juntos? Calle por amor de Dios, y tenga vergüenza de lo que há dicho, y tome mi consejo, y perdóneme, y cásese luego en el primer lugar que haya cura, y sinó ahí está nuestro licenciado que lo hará de perlas: y advierta que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le doy le viene de molde, que mas vale pájaro en mano que buitre volando, porque quien bien tiene y mal escoge, por mal que le venga no se enoje. Mira, Sancho, respondió D. Quijote, si el consejo que me das de que me case es porque sea luego rey en

matando al gigante, y tenga cómodo para hacerte mercedes y darte lo prometido, hágote saber que sin casarme podré cumplir tu deseo múy fácilmente, porque yo sacaré de adahala [3] antes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar una parte del reino para que la pueda dar á quien yo quisiere; y en dándomela, ¿á quién quieres tú que la dé sino á tí? Eso está claro, respondió Sancho; pero mire v. m. que la escoja hácia la marina, porque sinó me contentáre la vivienda pueda embarcar mis negros vasallos, y hacer dellos lo que ya hé dicho: y v. m. no se cure de ir por agora á ver á mi señora Dulcinea, sino váyase á matar al gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me asienta que há de ser de mucha honra y de mucho provecho. Dígote, Sancho, dijo D. Quijote, que estás en lo cierto, y que habré de tomar tu consejo en cuanto el ir antes con la princesa que á ver á Dulcinea: y avísote que no digas nada á nadie, ni á los que con nosotros vienen, de lo que aquí hemos departido y tratado, que pues Dulcinea es tan recatada que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo ni otro por mí los descubra. Pues si eso es así, dijo Sancho, ¿cómo hace v. m. que todos los que vence por su brazo se vayan á presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firmar de su nombre, que la quiere bien, y que es su enamorado? Y siendo forzoso que los que fuesen se han de ir á hincar de hinojos ante su presencia, y decir que van de parte de v. m. á dalle la obediencia, ¿cómo se pueden encubrir los pensamientos de entrambos? ¡O qué necio y qué simple qué eres! dijo D. Quijote; ¿tú no ves, Sancho, que eso todo redunda en su mayor ensalzamiento? Porque has de saber que en este nuestro estilo de caballería es gran honra tener una dama muchos caballeros andantes que la sirvan, sin que se extiendan mas sus pensamientos que á servilla por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos y buenos deseos, sino que ella se contente de acetarlos por sus caballeros. Con esa manera de amor, dijo Sancho, he oido yo predicar que se ha de amar á nuestro Señor por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria ó temor de pena, aunque yo le querria amar y servir por lo que pudiese. Válate el diablo por villano, dijo D. Quijote, y qué de discreciones dices á las veces! no parece sino que has estudiado. Pues á fé mia que no sé leer, respondió Sancho. En esto les dió voces maese Nicolás, que esperasen un poco, que querian detenerse á beber en una funtecilla que allí estaba. Detúvose Don Quijote con no poco gusto de Sancho, que ya estaba cansado de mentir tanto, y temía no le cogiese su amo á palabras, porque puesto que él sabía que Dulcinea era una labradora del Toboso, no la habia visto en toda

3 De estipulacion, de indemnizacion.

su vida. Habíase en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traia cuando la hallaron, que aunque no eran muy buenos, hacian mucha ventaja á los que dejaba. Apeáronse junto á la fuente, y con lo que el cura se acomodó en la venta satisficieron aunque poco la mucha hambre que todos traian.

Estando en esto acertó á pasar por allí un muchacho que iba de camino, el cual poniéndose á mirar con mucha atencion á los que en la fuente estaban, de allí á poco arremetió á D. Quijote, y abrazándole por las piernas comenzó á llorar muy de propósito diciendo: ¡ay señor mio! ¿no me conoce v. m.? Pues mireme bien, que yo soy aquel mozo Andrés que quitó v. m. de la encina donde estaba atado. Reconocióle D. Quijote, y asiéndole por la mano se volvió á los que allí estaban, y dijo: porque vean vuestras mercedes cuán de importancia es haber caballeros andantes en el mundo que desfagan los tuertos y agravios que en él se hacen por los insolentes y malos hombres que en él viven, sepan vuestras mercedes que los dias pasados pasando yo por un bosque oí unos gritos y unas voces muy lastimosas como de persona afligida y menesterosa. Acudí luego llevado de mi obligacion hácia la parte donde me pareció que las lamentables voces sonaban, y hallé atado á una encina á este muchacho que ahora está delante, de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dejará mentir en nada. Digo que estaba atado á la encina desnudo del medio cuerpo arriba, y estábale abriendo á azotes con las riendas de una yegua un villano, que despues supe que era amo suyo, y así como yo le vi le pregunté la causa de tan atroz vapulamiento: respondió el zafio que le azotaba, porque era su criado, y que ciertos descuidos que tenia, nacian mas de ladron que de simple; á lo cual este niño dijo: señor, no me azota sino porque le pido mi salario: el amo replicó no sé que arengas y disculpas, las cuales aunque de mí fueron oidas no fueron admitidas: en resolucion, yo le hice desatar, y tomé juramento al villano de que le llevaria consigo y le pagaria un real sobre otro, y aún sahumados. ¿No es verdad todo esto, hijo Andrés? ¿no notaste con cuanto imperio se lo mandé, y con cuanta humildad prometió de hacer todo cuanto yo le impuse y notifiqué y quise? Responde, no te turbes, ni dudes en nada, di lo que pasó á estos señores, porque se vea y considere ser del provecho que digo haber caballeros andantes por los caminos.

Todo lo que v. m. ha dicho es mucha verdad, respondió el muchacho: pero el fin del negocio sucedió muy al revés de lo que v. m. se imagina. ¿Cómo al revés? replicó D. Quijote, luego no te pagó el villano? No solo no me pagó, respondió el muchacho, pero así como v. m. raspuso del bosque y quedamos solos, me volvió á atar á la mesma

encina, y me dió de nuevo tantos azotes que quedé hecho un S. Bartolomé desollado; y á cada azote que me daba me decia un donaire y chufeta [1] acerca de hacer burla de v. m., que á no sentir yo tanto dolor me riera de lo que decia. En efecto él me paró tal, que hasta ahora hé estado curándome en un hospital del mal que el mal villano entonces me hizo: de todo lo cual tiene v. m. la culpa, porque si se fuera su camino adelante y no viniera donde no le llamaban, ni se entremetiera en negocios ajenos, mi amo se contentára con darme una ó dos docenas de azotes, y luego me soltára y pagára cuanto me debia. Mas como v. m. le deshonró tan sin propósito, y le dijo tantas villanías, encendiósele la cólera, y como no la pudo vengar en v. m., cuando se vió solo descargó sobre mí el nublado de modo, que me parece que no seré mas hombre en toda mi vida. El daño estuvo, dijo D. Quijote, en irme yo de allí, que no me habia de ir hasta dejarte pagado; porque bien debia yo de saber por luengas experiencias que no hay villano que guarde palabra que diere, si él ve que no le está bien guardallas; pero ya te acuerdas, Andrés, que yo juré que sinó te pagaba que habia de ir á buscarle, y que le habia de hallar aunque se escondiese en el vientre de la ballena. Así es la verdad, dijo Andrés; pero no aprovechó nada. Ahora verás si aprovecha, dijo D. Quijote; y diciendo esto se levantó muy apriesa, y mandó á Sancho que enfrenase á Rocinante, que estaba paciendo en tanto que ellos comian. Preguntóle Dorotea qué era lo que hacer queria. Él le respondió que queria ir á buscar al villano y castille de tan mal término, y hacer pagado á Andrés hasta el último maravedí, á despecho y pesar de cuantos villanos hubiese en el mundo. A lo que ella respondió, que advirtiese que no podia, conforme al don prometido, entremeterse en ninguna empresa hasta acabar la suya; y que pues esto sabia él mejor que otro alguno, que sosegase el pecho hasta la vuelta de su reino. Así es verdad, respondió D. Quijote, y es forzoso que Andrés tenga paciencia hasta la vuelta, como vos, señora, decís, que yo le torno á jurar y á prometer de nuevo de no parar hasta hacerle vengado y pagado. No me creo desos juramentos, dijo Andrés; mas quisiera tener agora con que llegar á Sevilla, que todas las venganzas del mundo: déme, si tiene ahí algo que coma y lleve, y quédese con Dios su merced y todos los caballeros andantes, que tan bien andantes sean ellos para consigo como lo han sido para conmigo. Sacó de su repuesto Sancho un pedazo de pan y otro de queso, y dándoselo al mozo le dijo: toma, hermano Andrés, que á todos nos alcanza parte de vuestra desgracia. ¿Pues qué parte os alcanza á vos? preguntó Andrés. Esta parte de queso y pan que os doy, respondió Sancho,

[1] Chufeta, dicho picante y burlesco.

que Dios sabe si me ha de hacer falta ó no; porque os hago saber, amigo, que los escuderos de los caballeros andantes estamos sujetos á mucha hambre y á mala ventura, y aún á otras cosas que se sienten mejor que se dicen. Andrés asió de su pan y queso, y viendo que nadie le daba otra cosa abajó su cabeza, y tomó el camino en las manos [5] como suele decirse. Bien es verdad que al partirse dijo á D. Quijote: por amor de Dios, señor caballero andante, que si otra vez me encontráre, aunque vea que me hacen pedazos no me socorra ni ayude, sino déjeme con mi desgracia, que no será tanta que no sea mayor la que me vendrá de la ayuda de v. m., á quien Dios maldíga y á todos cuantos caballeros andantes han nacido en el mundo. Íbase á levantar D. Quijote para castigalle; mas él se puso á correr de modo que ninguno se atrevió á seguillo. Quedó corridísimo D. Quijote del cuento de Andrés, y fué menester que los demás tuviesen mucha cuenta con no reirse por no acaballe de correr del todo.

CAPITULO XXV.

Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de D. Quijote.

Acabóse la buena comida, ensillaron luego, y sin que les sucediese cosa digna de contar, llegaron otro dia á la venta, espanto y asombro de Sancho Panza, y aunque él quisiera no entrar en ella, no lo pudo huir. La ventera, ventero, su hija y Maritornes, que vieron venir á D. Quijote y á Sancho, le salieron á recibir con muestras de mucha alegría, y él las recibió con grave continente y aplauso, y díjoles que le aderezasen otro mejor lecho que la vez pasada; á lo cual le respondió la huéspeda, que como le pagase mejor que la otra vez, ella se le daria de príncipes. D. Quijote dijo que sí haria, y así le aderezaron uno razonable en el mismo camaranchon de marras, y él se acostó luego, porque venia muy quebrantado y falto de sueño. No bien se hubo encerrado, cuando la huéspeda arremetió al barbero, y asiéndole de la barba, dijo: para mí santiguada, que no se há de aprovechar más de mi rabo para su barba, y que me há de volver mi cola, que anda lo de mi marido por esos suelos, que es vergüenza; digo el peine que solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el barbero, aunque ella mas tiraba, hasta que el licenciado le dijo que se la diese, que ya no era menester mas usar de aquella industria, sino que se descubriese y mostrase en su misma forma, y dijese á D. Quijote, que cuando le despojaron los

5 Echó á andar.

ladrones galeotes, se habia venido á aquella venta huyendo; y que si preguntase por el escudero de la princesa, le dirian que ella le habia enviado adelante á dar aviso á los de su reino como ella iba y llevaba consigo el libertador de todos. Con esto dió de buena gana la cola á la ventera el barbero, y asimismo le volvieron todos los adherentes que habia prestado para la libertad de D. Quijote Espantáronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y áun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el cura que les aderezasen de comer de lo que en la venta hubiese, y el huésped, con esperanza de mejor paga, con diligencia les aderezó una razonable comida: y á todo esto dormia D. Quijote, y fueron de parecer de no despertalle, porque mas provecho le haria por entonces el dormir que el comer.

Trataron sobre comida, estando delante el ventero, su mujer, su hija, Maritornes y todos los pasajeros, de la extraña locura de D. Quijote y del modo que le habian hallado: la huéspeda les contó lo que con él y con el arriero les habia acontecido, mirando si acaso estaba allí Sancho: como no le viese contó todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron: y como el cura dijese que los libros de caballerías que D. Quijote habia leido, le habian vuelto el juicio, dijo el ventero; no sé yo como puede ser eso, que en verdad que á lo que yo entiendo no hay mejor letura en el mundo, y que tengo ahí dos ó tres dellos con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo á mí sino á otros muchos, porque cuando es tiempo de la siega, se recogen aqui las fiestas muchos segadores, y siempre hay alguno que sabe leer, el cual coge uno destos libros en las manos, y rodeámonos dél mas de treinta, y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas: á lo menos de mí sé decir que cuando oyo [1] decir aquellos furibundos y terribles golpes que los caballeros pegan, que me toma gana de hacer otro tanto, y que querria estar oyéndolos noches y dias. Y yo ni mas ni menos, dijo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa sino aquel que vos estais escuchando leer, que estais tan embobado que no os acordais de reñir por entonces. Así es la verdad, dijo Maritornes; y á buena fé que yo tambien gusto mucho de oir aquellas cosas que son muy lindas. Y á vos ¿qué os parece, señora doncella? dijo el cura hablando con la hija del ventero. No sé, señor, en mi ánima, respondió ella, tambien yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiendo, que recibo gusto en oillo; pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caballeros hacen cuando estan ausentes de sus señoras, que en verdad que algunas veces me hacen llorar de compasion que les tengo. ¿Luego

1 Oigo.

bien las remediárades vos, señora doncella, dijo Dorotea, si por vos lloráran? No sé lo que me hiciéra, respondió la moza, solo sé que hay algunas señoras de aquellas tan crueles, que las llaman sus caballeros tigres y leones y otras mil inmundicias: y ¡Jesus! yo no sé que gente es aquella tan desalmada y tan sin conciencia, que por no mirar á un hombre honrado le dejan que se muera ó que se vuelva loco: yo no sé para qué es tanto melindre; si lo hacen de honradas, cásense con ellos, que ellos no desean otra cosa. Calla, niña, dijo la ventera, que parece que sabes mucho destas cosas, y no está bien á las doncellas saber ni hablar tanto. Como me lo pregunta este señor, respondió ella, no pude dejar de respondelle.

Ahora bien, dijo el cura, traedme, señor huésped aquesos libros, que los quiero ver. Que me place, respondió él; y entrando en su aposento sacó dél una maletilla vieja cerrada con una cadenilla, y abriéndola, halló en ella tres libros grandes y unos papeles de muy buena letra escritos de mano. El primer libro que abrió, vió que era D. Cironjílio de Trácia, el otro de Félix Marte de Hircánia, y el otro la historia del Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Córdoba con la vida de Diego García de Paredes. Así como el cura leyó los dos títulos primeros, volvió el rostro al barbero y dijo: falta nos hacen aquí ahora el ama de mi amigo y su sobrina. No hacen, respondió el barbero, que tambien sé yo llevarlos al corral ó á la chimenea, que en verdad que hay muy buen fuego en ella. ¿Luego quiere v. m. quemar mis libros? dijo el ventero. No más, dijo el cura, que estos dos, el de D. Cironjílio y el de Félix Marte. ¿Pues por ventura, dijo el ventero, mis libros son herejes ó flemáticos, que los quiere quemar? Cismáticos quereis decir, amigo, dijo el barbero, que no flemáticos. Así es, replicó el ventero; mas si alguno quiere quemar, sea ese del Gran Capitan y dese Diego García, que antes dejaré quemar un hijo que dejar quemar ninguno desotros. Hermano mio, dijo el cura, estos dos libros son mentirosos, y estan llenos de disparates y devaneos; y este del Gran Capitan es historia verdadera y tiene los hechos de Gonzalo Hernandez de Córdoba, el cual por sus muchas y grandes hazañas mereció ser llamado de todo el mundo el Gran Capitan, renombre famoso y claro, y dél solo merecido: y este Diego García de Paredes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo en Estremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenia con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia: y puesto con un montante en la entrada de una puente, detuvo á todo un innumerable ejército que no pasase por ella, é hizo otras tales cosas, que si como las cuenta y las escribe él de sí mismo con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiéra otro libre y desapasionado, pusiéran en olvido las de los Héctores,

Aquiles y Roldanes. Tomaos con mi padre, [2] dijo el ventero, mirad de que se espanta, de detener una rueda de molino: por Dios, ahora habia v. m. de leer lo que leí yo de Félix Marte de Hircánia, que de un revés solo partió cinco gigantes por la cintura como si fuéran hechos de habas como los frailecicos que hacen los niños; y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde hubo mas de un millon y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pié hasta la cabeza, y los desbarató á todos como si fuéran manadas de ovejas. Pues qué me dirán del bueno de D. Cironjílio de Trácia, que fué tan valiente y animoso como se verá en el libro donde cuenta que navegando por un rio, le salió de la mitad del agua una serpiente de fuego, y él asi como la vió, se arrojó sobre ella, y se puso á horcajadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretó con ambas manos la garganta con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la iba ahogando no tuvo otro remedio sino dejarse ir á lo hondo del rio, llevándose tras sí al caballero, que nunca la quiso soltar; y cuando llegaron allá abajo, se halló en unos palacios y en unos jardines tan lindos, que era maravilla; y luego la sierpe se volvió en un viejo anciano, que le dijo tantas de cosas que no hay más que oir. Calle, señor, que si oyese esto se volvería loco de placer: dos higas [3] para el Gran Capitan y para ese Diego García que dice. Oyendo esto Dorotea, dijo callando á Cardenio: poco le falta á nuestro huésped para hacer la segunda parte de D. Quijote. Así me parece á mí, respondió Cardenio, porque segun dá indicio, él tiene por cierto que todo lo que estos libros cuentan, pasó ni más ni ménos que lo escriben, y no le harán creer otra cosa frailes descalzos. Mirad hermano, tornó á decir el cura, que no hubo en el mundo Félix Marte de Hircánia, ni D. Cironjílio de Trácia, ni otros caballeros semejantes que los libros de caballerías cuentan, porque todo es compostura y ficcion de ingenios ociosos, que los compusieron para el efecto que vos decís de entretener el tiempo, como lo entretienen leyéndolos vuestros segadores: porque realmente os juro que nunca tales caballeros fueron en el mundo, ni tales hazañas ni disparates acontecieron en él. Á otro perro con ese hueso, respondió el ventero, como si yo no supiese cuantas son cinco [4], y adonde me aprieta el zapato: no piense v. m. darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco [5]: bueno es que quiera darme v. m. á entender que todo aquello que estos buenos libros dicen, sea disparates y mentiras estando impreso con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente que habian de dejar im-

2 Metéos en contienda con mi padre. 3 Nada, ó poco menos que nada valen el Gran Capitan, y ese Diego García de Paredes que dice, con todas sus hazañas, comparadas con D. Cironjílio de Trácia. 4 Engañarme, ó tratarme como á niño. 5 Esto es, bobo ó necio.

primir tanta mentira junta, tantas batallas y tantos encantamentos, que quitan el juicio. Ya os hé dicho amigo, replicó el cura, que esto se hace para entretener nuestros ociosos pensamientos; y así como se consiente en las repúblicas bien concertadas que haya juegos de ajedréz, de pelota y de trucos para entretener á algunos que ni quieren, ni deben, ni pueden trabajar, así se consiente imprimir y que haya tales libros, creyendo, que no ha de haber alguno tan ignorante que tenga por historia verdadera ninguna destos libros. Creed, por tanto, señor ventero, lo que os hé dicho, tomad vuestros libros, y allá os avenid con sus verdades ó mentiras, y buen provecho os hagan, y quiera Dios que no cojeéis del pié que cojea vuestro huésped D. Quijote. Eso no, respondió el ventero, que no seré yo tan loco que me haga caballero andante, que bien veo que ahora no se usa lo que se usaba en aquel tiempo cuando se dice que andaban por el mundo estos famosos caballeros.

A la mitad desta plática se halló Sancho presente, y quedó muy confuso y pensativo de lo que habia oido decir, que ahora no se usaban caballeros andantes, y que todos los libros de caballerías eran necedades y mentiras, y propuso en su corazon esperar en lo que paraba aquel viaje de su amo, y sino salía con la felicidad que él pensaba, dejalle, y volverse con su mujer y sus hijos á su acostumbrado trabajo. Llevábase la maleta y los libros el ventero; mas el cura le dijo: esperad, que quiero ver qué papeles son esos que de tan buena letra están escritos. Sacólos el huésped, y dándoselos á leer, vió hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenian un título grande que decia: *Novela del Curioso impertinente*. Leyó el cura para sí tres ó cuatro renglones, y dijo: cierto que no me parece mal el título desta novela, y que me viene voluntad de leella toda. A lo que respondió el ventero: pues bien puede leella su reverencia, porque le hago saber que á algunos huéspedes que aquí la han leido les há contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras; mas yo no se la hé querido dar pensando volvérsela á quien aquí dejó esta maleta olvidada con estos libros y esos papeles, que bien puede ser que vuelva su dueño por aquí algun tiempo, y aunque sé que me han de hacer falta los libros, á fé que se los hé de volver, que aunque ventero todavía soy cristiano. Vos teneis mucha razon, amigo, dijo el cura: mas con todo eso si la novela me contenta, me la habeis de dejar trasladar. De muy buena gana, respondió el ventero. Mientras los dos esto decian, habia tomado Cardenio la novela y comenzado á leer en ella, y pareciéndole lo mismo que al cura, le rogó que la leyese de modo que todos la oyesen. Si leyera, dijo el cura, sino fuera mejor gastar este tiempo en dormir que en leer.

CAPITULO XXVI.

Que trata de la brava y descomunal batalla que D. Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, y de otros raros sucesos que en la venta sucedieron.

Iban á hacer lo que le habia parecido mejor al cura, cuando del caramanchon donde reposaba D. Quijote salió Sancho Panza todo alborotado diciendo á voces: acudíd, señores, presto, y socorred á mi señor, que anda envuelto en la mas reñida y trabada batalla que mis ojos han visto: vive Dios que há dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza cercén á cercén[1] como si fuéra un nabo. ¿Qué dices, hermano? dijo el cura. ¿estáis en vos, Sancho? ¿cómo diablos puede ser eso que decís estando el gigante dos mil leguas de aquí? En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y que D. Quijote decia á voces: ténte, ladron, malandrin, follon, que aquí te tengo y no te há de valer tu cimitarra: y parecia que daba grandes cuchilladas por las paredes. Y dijo Sancho: no tienen que pararse á escuchar sino entren á despartir la pelea ó ayudar á mi amo, aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto; y dando cuenta á Dios de su pasada y mala vida, que yo ví correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caida á un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino. Que me maten, díjo á esta sazon el ventero, si D. Quijote ó don diablo no há dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que á su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre á este buen hombre: y con esto entró en el aposento y todos tras él, y hallaron á D. Quijote en el mas extraño traje del mundo. Estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detrás tenia seis dedos menos: las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello y no nada límpias; tenia en la cabeza un bonetillo colorado grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenia revuelta la manta de la cama con quien tenia ojeriza Sancho, y él se sabía bien el por qué, y en la derecha desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviéra peleando: y es lo bueno, que no tenía los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fué tan intensa la imaginacion de la aventura que iba á fenecer, que le hizo soñar que ya había llegado al reino de Micomicon, y que ya estaba en la pelea con su enemigo, y había

1 De raiz, sin dejar nada de ella.

dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino. Lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo que arremetió con D. Quijote, y á puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cardenio y el cura no se le quitáran, él acabára la guerra del gigante: y con todo aquello no despertaba el pobre caballero hasta que el barbero trujo un gran caldero de agua fria del pozo, y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó D. Quijote, más no con tanto acuerdo que echase de ver de la manera que estaba. Dorotea que vió cuán corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar á ver la batalla de su ayudador y de su contrario. Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y como no la hallaba dijo: ya yo sé que todo lo de esta casa es encantamiento, que la otra vez en este mesmo lugar donde ahora me hallo me dieron muchos mojicones y porrazos sin saber quién me los daba, y nunca pude ver á nadie, y ahora no parece por aquí esta cabeza que ví cortar por mis mesmos ojos, y la sangre corria del cuerpo como de una fuente. ¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? dijo el ventero; ¿no ves, ladron, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados, y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó? No sé nada, respondió Sancho, solo sé que vendré á ser tan desdichado que por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua. Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenian las promesas que su amo le habia hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el malefício del señor, y juraba que no habia de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar, y que ahora no le habian de valer los privilejios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, áun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habian de echar á los rotos cueros.

Tenia el cura de las manos á D. Quijote, el cual creyendo que ya habia acabado la aventura, y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del cura diciendo: bien puede la vuestra grandeza, alta y fermosa señora, vivir de hoy mas segura, sin que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura; y yo tambien de hoy más soy quito de la palabra que os dí, pues con ayuda del alto Dios, y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tambien la he cumplido. ¿No lo dije yo? dijo oyendo esto Sancho: sí que no estaba yo borracho; mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gignate; ciertos son los toros, mi condado está de molde. ¿Quién no habia de reir con los disparates de los dos, amo y mozo? Todos reian sino el ventero que se daba á Satanás; pero en fin, tanto hicieron el barbero,

Cardenio y el cura, que dieron en la cama con D. Quijote, el cual se quedó dormido con muestras de grandísimo cansancio. Dejáronle dormir y saliéronse al portal de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante, aunque mas tuvieron que hacer en aplacar al ventero que estaba desesperado por la repentina muerte de sus cueros, y la ventera decia en voz y en grito: en mal punto y en hora menguada entró en mi casa este caballero andante, que nunca mis ojos le hubieran visto, que tan caro me cuesta. La vez pasada se fué con el costo de una noche de cena, cama, paja y cebada para él y para su escudero, y un rocin y un jumento, diciendo que era caballero aventurero, que malaventura le dé Dios á él y á cuantos aventureros hay en el mundo, y que por esto no estaba obligado á pagar nada, que así estaba escrito en los aranceles de la caballería andastesca; y ahora por su respeto vino estotro señor y me llevó mi cola, y hámela vuelto con mas de dos cuartillos [2] de daño toda pelada, que no puede servir para lo que la quiere mi marido; y por fin y remate de todo romperme mis cueros y derramarme mi vino, que derramada le vea yo su sangre: pues no se piense, que por los huesos de mi padre y por el siglo [3] de mi madre sinó me lo han de pagar un cuarto sobre otro, ó no me llamaría yo como me llamo ni sería hija de quien soy. Estas y otras razones tales decia la ventera con grande enojo, y ayudábala su buena criada Maritornes. La hija callaba y de cuando en cuando se sonreia. El cura lo sosegó todo prometiendo de satisfacerles su pérdida lo mejor que pudiese, así de los cueros como del vino, y principalmente del menoscabo de la cola de quien tanta cuenta hacian. Dorotea consoló á Sancho Panza, diciéndole que cada y cuando que pareciese haber sido verdad que su amo hubiese descabezado al gigante, le prometia en viéndose pacífica en su reino, de darle el mejor condado que en él hubiese. Consolóse con esto Sancho, y aseguró á la princesa que tuviese por cierto que él habia visto la cabeza del gigante, y que por mas señas tenia una barba que le llegaba á la cintura, y que sinó parecia, era porque todo cuanto en aquella casa pasaba era por via de encantamento, como él lo habia probado otra vez que habia posado en ella. Dorotea dijo que así lo creia y que no tuviese pena, que todo se haría bien y sucedería á pedir de boca.

Estando en esto, el ventero, que estaba á la puerta de la venta, dijo: esta que viene es una hermosa tropa de huéspedes: si ellos paran aquí, *gaudeamus* [4] tenemos. ¿Qué gente es? dijo Cardenio. Cuatro hombres, respondió el ventero, vienen á caballo á la jineta con lanzas y adargas, y todos con antifaces [5] negros, y junto con ellos viene una mujer vesti-

2 Moneda imaginaria en que se dividian los reales. 3 Vida eterna. 4 Fiesta, regocijo, buen rato tenemos. 5 *Antifaz* es el velo, ú otra cosa con que se cubre el rostro.

de de blanco en un sillon, ansimesmo cubierto el rostro, y otros dos mozos de á pié. ¿Vienen muy cerca? preguntó el cura. Tan cerca respondió el ventero, que ya llegan. Oyendo esto Dorotea, se cubrió el rostro, y Cardenio se entró en el aposento de D. Quijote, y casi no habian tenido lugar para esto cuando entraron en la venta todos los que el ventero habia dicho: y apeándose los cuatro de á caballo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fueron á apear la mujer que en el sillon venia; y tomándola uno de ellos en sus brazos, la sentó en una silla que estaba á la entrada del aposento, donde Cardenio se habia escondido. En todo este tiempo ni ella ni ellos se habian quitado los antifaces ni hablado palabra alguna; solo que al sentarse la mujer en la silla dió un profundo suspiro, y dejó caer los brazos como persona enferma y desmayada: los mozos de á pié llevaron los caballos á la caballeriza. Viendo esto el cura, deseoso de saber qué gente era aquella que con tal traje y tal silencio estaba, se fué adonde estaban los mozos, y á uno de ellos le preguntó lo que ya deseaba, el cual le respondió: pardiez señor, yo no sabré deciros qué gente sea esta, solo sé que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó á tomar en sus brazos á aquella señora que habeis visto: y esto dígolo porque todos los demás le tienen respeto, y no se hace otra cosa más de lo que él ordena y manda. ¿Y la señora quién es? preguntó el cura. Tampoco sabré decir eso, respondió el mozo, porque en todo el camino no la hé visto el rostro: suspirar sí la hé oido muchas veces, y dar unos gemidos que parece que con cada uno de ellos quiere dar el alma: y no es de maravillar que no sepamos más de lo que habemos dicho, porque mi compañero y yo no ha más de dos dias que los acompañamos, porque habiéndoles encontrado en el camino nos rogaron y persuadieron que viniésemos con ellos, ofreciéndose á pagárnoslo muy bien. ¿Y habeis oido nombrar á alguno dellos? preguntó el cura. No por cierto, porque todos caminan con tanto silencio que es maravilla, porque no se oye entre ellos otra cosa que los suspiros y sollozos de la pobre señora, que nos mueven á lástima, y sin duda tenemos creido que ella va forzada donde quiera que va; y segun se puede colegir por su hábito, ella es monja ó va á serlo, que es lo mas cierto; y quizá porque no le debe de nacer de voluntad el monjío va triste como parece. Todo podria ser, dijo el cura; y dejándolos se volvió adonde estaba Dorotea, la cual como habia oido suspirar á la embozada, movida de natural compasion se llegó á ella y le dijo; ¿qué mal sentís, señora mia? mirad si es alguno de quien las mujeres suelen tener uso y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco una buena voluntad de serviros. A todo esto callaba la lastimada señora; y aunque Dorotea tornó con mayores ofrecimientos, todavía se estaba en su silencio hasta que llegó

el caballero embozado, al que dijo el mozo que los demas obedecian, y dijo á Dorotea: no os canseis, señora, en ofrecer nada á esa mujer, porque tiene por costumbre no agradecer cosa que por ella se hace, ni procureis que os responda, sinó quereis oir alguna mentira de su boca. Jamás la dije, dijo á esta sazon la que hasta allí habia estado callando, antes por ser tan verdadera y tan sin trazas mentirosas me veo ahora en tanta desventura, y desto vos mismo quiero que seais el testigo.

Oyó estas razones Cardenio bien clara y distintamente, como quien estaba tan junto de quien las decia, que sola la puerta del aposento de D. Quijote estaba en medio; y así como las oyó, dando una gran voz dijo: ¡válgame Dios! ¿qué es esto que oigo? ¿qué voz es esta que ha llegado á mis oidos? Volvió la cabeza á estos gritos aquella señora toda sobresaltada, y no viendo quien los daba se levantó en pié y fuése á entrar en el aposento, lo cual visto por el caballero la detuvo sin dejarla mover un paso. A ella con la turbacion y desasosiego se le cayó el tafetán con que traia cubierto el rostro, y descubrió una hermosura incomparable y un rostro milagroso aunque descolorido y asombrado, porque con los ojos andaba rodeando todos los lugares donde alcanzaba con la vista, con tanto ahinco que parecia persona fuera de juicio, cuyas señales, sin saberse por qué las hacía, pusieron gran lástima en Dorotea y en cuantos la miraban. Teníala el caballero fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla no pudo acudir á alzarse el embozo que se le caia, como en efecto se le cayó del todo; y alzando los ojos Dorotea, que abrazada con la señora estaba, vió que el que abrazada asimismo la tenia, era su esposo D. Fernando, y apenas le hubo conocido cuando arrojando de lo íntimo de sus entrañas un luengo y tritísimo ay! se dejó caer de espaldas desmayada; y á no hallarse allí junto el barbero, que la recogió en los brazos, ella diera consigo en el suelo. Acudió luego el cura á quitarle el embozo para echarle agua en el rostro, y así como la descubrió, la conoció D. Fernando, que era el que estaba abrazado con la otra, y quedó como muerto en verla; pero no porque dejase con todo esto de tener á Luscinda, que era la que procuraba soltarse de sus brazos, y habia conocido en el suspiro á Cardenio, y él la habia conocido á ella. Oyó asimismo Cardenio el ay que dió Dorotea cuando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscinda, salió del aposento despavorido, y lo primero que vió fué á D. Fernando, que tenia abrazada á Luscinda. Tambien D. Fernando conoció luego á Cardenio, y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea quedaron mudos y suspensos, casi sin saber lo que les habia acontecido. Callaban todos y mirábanse todos, Dorotea á D. Fernando, Don Fernando á Cardenio, Cardenio á Luscinda, y Luscinda á Cardenio. Mas quien primero rompió el silencio, fué Luscinda, hablando á Don

Fernando desta manera: dejadme, señor D. Fernando, por lo que debeis á ser quién sois, ya que por otro respeto no lo hagais; dejadme... Notad cómo el cielo por desudados y á nosotros encubiertos caminos me ha puesto á mi verdadero esposo delante; y bien sabeis que sola la muerte fuéra bastante para borrarle de mi memoria. Habia en este entretanto vuelto Dorotea en sí, y habia estado escuchando todas las razones que Luscinda dijo, por las cuales vino en conocimiento de quien era ella; y viendo que D. Fernando áun no la dejaba de sus brazos ni respondia á sus razones, esforzándose lo más que pudo se levantó y se fué á hincar de rodillas á sus piés, y derramando mucha cantidad de hermosas y lastimeras lágrimas, las acompañó con tan discretas y tan sentidas razones, que los mismos que iban con D. Fernando y cuantos presentes estaban la acompañaron en ellas. Escuchóla, sin replicalle palabra, D. Fernando; el cual lleno de confusion y espanto, al cabo de un buen espacio que atentamente estuvo mirando á Dorotea, abrió los brazos, y dejando libre á Luscinda dijo: venciste, hermosa Dorotea, venciste, porque no es posible tener ánimo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Luscinda habia tenido, así como la dejó D. Fernando, iba á caer en el suelo, mas hallándose Cardenio allí junto, que á las espaldas de D. Fernando se habia puesto porque no le conociese, pospuesto todo temor y aventurándose á todo riesgo, acudió á sostener á Luscinda, y cogiéndola entre sus brazos le dijo: si el piadoso cielo gusta y quiere que ya tengas algun descanso, leal, firme y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le tendrás mas seguro que en estos brazos que ahora te reciben, y otro tiempo te recibieron cuando la fortuna quiso que pudiese llamarte mia. A estas razones puso Luscinda en Cardenio los ojos, y habiendo comenzado á conocerle primero por la voz, y asegurándose que él era con la vista, casi fuera de sentido y sin tener cuenta con ningun honesto respeto', le echó los brazos al cuello, y juntando su rostro con él de Cardenio, le dijo: vos sí, señor mio, sois el verdadero dueño desta vuestra cautiva, aunque más lo impida la contraria suerte, y aunque más amenazas le hagan á esta vida que en la vuestra se sustenta. Extraño espectáculo fué este para D. Fernando y para todos los circunstantes, admirándose de tán no visto suceso. Parecióle á Dorotea que D. Fernando habia perdido la color del rostro, y que hacía ademan de querer vengarse de Cardenio, porque le vió encaminar la mano á ponella en la espada, y así como lo pensó, con no vista presteza se abrazó con él por las rodillas, besándoselas y teniéndole apretado, que no le dejaba mover, y sin cesar un punto de sus lágrimas le decia: ¿qué es lo que piensas hacer en este tan impensado trance? Tú tienes á tus pies á tu esposa, y la que quieres que lo sea, está en los brazos de su marido: mira si te es-

tará bien, ó te será posible deshacer lo que el cielo ha hecho. Por quién Dios es te ruego, y por quien tú eres te suplico, que este tan notorio desengaño no solo no acreciente tu ira, sino que la mengüe en tal manera, que con quietud y sosiego permitas que estos dos amantes le tengan sin impedimento tuyo todo el tiempo que el cielo quisiere concedérsele, y en esto mostrarás la generosidad de tu ilustre y noble pecho, y verá el mundo que tiene contigo mas fuerza la razon que el apetito. En tanto que esto decia Dorotea, aunque Cardenio tenia abrazada á Luscinda, no quitaba los ojos de D. Fernando, con determinacion de procurar defenderse si le viese hacer algun movimiento en su perjuicio, y ofender como mejor pudiese á todos aquellos que en su daño se mostrasen, aunque le costase la vida. Pero á esta sazon acudieron los amigos de D. Fernando, el cura y el barbero, que á todo habian estado presentes, sin que faltase el bueno de Sancho Panza, y todos rodeaban á D. Fernando, suplicándole tuviese por bien de mirar las lágrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creian que lo era, lo que en sus razones habia dicho, que no permitiese, quedase defraudada de sus tan justas esperanzas: que considerase que no acaso como parecía, sino con particular providencia del cielo se habian todos juntado en lugar donde menos ninguno pensaba; y que advirtiese, dijo el cura, que sola la muerte podia apartar á Luscinda de Cardenio, y que en los casos irremediables era suma cordura, forzándose y venciéndose á sí mismo, mostrar un generoso pecho, permitiendo que los dos gozasen el bien que el cielo ya les habia concedido: que pusiese los ojos asimismo en la beldad de Dorotea, y vería que pocas ó ninguna se le podian igualar, cuanto más hacerle ventaja, y que juntase á su hermosura su humildad y el extremo del amor que le tenia; y sobre todo advirtiese que si se preciaba de caballero y de cristiano, no podia hacer otra cosa que cumplille la palabra dada, y que cumpliéndosela cumpliría con Dios y satisfaría á las gentes discretas, las cuales saben y conocen que es prerogativa de la hermosura, aunque esté en sujeto humilde como se acompañe con la honestidad, poder levantarse é igualarse á cualquiera alteza sin nota de menoscabo del que la levanta é iguala á sí mismo.

En efecto, á estas razones añadieron todos otras tales y tantas, que el valeroso pecho de D. Fernando, en fin, como alimentado con ilustre sangre, se ablandó y se dejó vencer de la verdad que él no pudiera negar aunque quisiera; y la señal que dió de haberse rendido y entregado al buen parecer que se le habia propuesto, fué abajarse y abrazar á Dorotea diciéndole: levantaos, señora mia, que no es justo que esté arrodillada á mis piés la que yo tengo en mi alma; y si hasta aquí no hé dado muestras de lo que digo, quizá ha sido por órden del cielo, para

que viendo yo en vos la fé con que me amais, os sepa estimar en lo que mereceis: lo que os ruego es que no me reprendais mi mal término y mi mucho descuido, pues la misma ocasion y fuerza que me movió para aceptaros por mia, esta misma me impelió para procurar no ser vuestro; volved y mirad los ojos de la ya contenta Luscinda, y en ellos hallaréis disculpa de todos mis hierros; y pues ella halló y alcanzó lo que deseaba, y yo hé hallado en vos lo que me cumple, viva ella segura y contenta luengos y felices años con su Cardenio, que yo de rodillas rogaré al cielo que me los déje vivir con mi Dorotea; y diciendo esto, la tornó á abrazar con tan tierno sentimiento, que le fué necesario tener gran cuenta con que las lágrimas no acabasen de dar indubitables señales de su amor y arrepentimiento. No la tuvieron Luscinda y Cardenio, y áun casi todos los que allí presentes estaban, porque comenzaron á derramar tantas, los unos de contento propio, y los otros del ajeno, que no parecia sino que algun grave y mal caso á todos habia sucedido: hasta Sancho Panza lloraba; aunque despues dijo que no lloraba él sino por ver que Dorotea no era como él pensaba la reina Micomicona, de quien él tantas mercedes esperaba. Duró algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos, y luego Cardenio y Luscinda se fueron á poner de rodillas ante D. Fernando, dándole gracias de la merced que les habia hecho, con tan corteses razones, que D. Fernando no sabía que responderles, y así los levantó y abrazó con muestras de mucho amor y de mucha cortesía. Preguntó luego á Dorotea cómo habia venido á aquel lugar tan lejos del suyo. Ella con breves y discretas razones contó todo lo que antes habia contado á Cardenio: de lo cual gustaron tanto D. Fernando y los que con él venian, que quisiéran que durára el cuento mas tiempo: tanta era la gracia con que Dorotea contaba sus desventuras. Y así como hubo acabado dijo D. Fernando lo que en la ciudad le habia acontecido despues que halló el papel en el seno de Luscinda, donde declaraba ser esposa de Cardenio y no poderlo ser suya: dijo que la quiso matar, y lo hiciéra, si de sus padres no fuera impedido, y que así se salió de su casa despechado y corrido, con determinacion de vengarse con mas comodidad; y que otro dia supo como Luscinda habia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiese decír donde se habia ido, y que en resolucion al cabo de algunos meses vino á saber como estaba en un monasterio con voluntad de quedarse en él toda la vida, sinó la pudiese pasar con Cardenio: y que así como lo supo, vino al lugar donde estaba, escogiendo aquellos tres caballeros para su compañia, á la cual no habia querido hablar temeroso que en sabiendo que él estaba allí, habia de haber mas guarda en el monasterio; y asi aguardando un dia á que la portería estuviese abierta, dejó á los dos á la guarda de la puerta, y él con otro habian entrado en el

monasterio buscando á Luscinda, á la cual hallaron en el claustro hablando con una monja, y arrebatándola, sin darle lugar á otra cosa, se habian venido con ella á un lugar donde se acomodaron de aquello que hubieron menester para traella: todo lo cual habian podido hacer bien á su salvo, por estar el monasterio en el campo buen trecho [6] fuera del pueblo. Dijo que así como Luscinda se vió en su poder perdió todos los sentidos, y que despues de vuelta en sí no habia hecho otra cosa sino llorar y suspirar sin hablar palabra alguna; y que así acompañados de silencio y de lágrimas habian llegado á aquella venta, que para él era haber llegado al cielo, donde se rematan y tienen fin todas las desventuras de la tierra.

CAPITULO XXVII.

Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona, con otras graciosas aventuras, y se trata del curioso discurso que hizo D. Quijote de las armas y las letras.

Todo esto escuchaba Sancho, no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desparecían ó iban en humo las esperanzas de su ditado [1], que la linda princesa Micomicona se le habia vuelto en Dorotea, el gigante en D. Fernando, y que su amo se estaba durmiendo á sueño suelto bien descuidado de todo lo sucedido. No se podía asegurar Dorotea, si era soñado el bien que poseía, Cardenio estaba en el mismo pensamiento, y el de Luscinda corria por la misma cuenta. D. Fernando daba gracias al cielo por la merced recibida y haberle sacado de aquel intrincado laberinto, donde se hallaba tan á pique de perder el crédito y el alma; y finalmente, cuantos en la venta estaban, estaban contentos y gozosos del buen suceso que habían tenido tan trabados y desesperados negocios. Todo lo ponía en su punto el cura como discreto, y á cada uno daba el parabien del bien alcanzado. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste, y así con malencónico semblante entró donde estaba su amo, el cual acababa de despertar, á quien dijo: bien puede v. m., señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere sin cuidado de matar á ningun gigante, ni de volver á la princesa su reino, que ya todo está hecho y concluido. Eso creo yo bien, respondió D. Quijote, porque hé tenido con el gigante la más descomunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y de un revés, zás! le derribé la cabeza en el suelo, y fué tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrian por la tierra como si fuéran de agua. Como si fuéran de vino tinto, pudiéra v. m. decir me-

6 A buena ó á bastante distancia del pueblo. 1 Dictado ó título de diginidad y señoría.

jor, respondió Sancho; porque quiero que sepa v. m., si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la madre que me parió, y llévelo todo Satanás. ¿Y qué es lo que dices, loco? replicó D. Quijote, ¿estás en tu seso? Levántese v. m., dijo Sancho, y verá el buen recado que há hecho, y lo que tenemos que pagar, y verá á la reina convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros sucesos, que si cae en ellos le han de admirar. No me maravillaría de nada deso, replicó D. Quijote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos te dije yo, que todo cuanto aquí sucedia eran cosas de encantamento, y no seria mucho que ahora fuese lo mismo. Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa dese jaez, mas no lo fué, sino real y verdadera: y ví yo que el ventero que aquí está hoy dia tenia del un cabo de la manta, y me empujaba hácia el cielo con mucho donaire y brio, y con tanta risa como fuerza: y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura. Ahora bien, Dios lo remediará, dijo D. Quijote, dáme de vestir, y déjame salir allá fuera, que quiero ver los sucesos y trasformaciones que dices. Dióle de vestir Sancho, y en el entretanto que se vestia contó el cura á Don Fernando y á los demás que allí estaban, las locuras de D. Quijote, y del artificio que habian usado para sacarle de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora. Contóles asímismo casi todas las aventuras que Sancho habia contado, de que no poco se admiraron y rieron, por parecerles, lo que á todos parecia, ser el mas estraño género de locura que podia caber en entendimiento disparatado. Dijo más el cura, que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impedia pasar con su designio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar á su tierra. Ofreció Cardenio proseguir lo comenzado, y que Luscinda haría y representaria suficientemente la persona de Dorotea. No, dijo D. Fernando, no ha de ser así, que yo quiero que Dorotea prosiga su invencion, que como no sea muy lejos de aquí el lugar deste buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio. No está mas de dos jornadas de aquí. Pues aunque estuviera más, gustára yo de caminallas á trueco de hacer tan buena obra. Salió en esto D. Quijote armado de todos sus pertrechos, con el yelmo aunque abollado de Mambrino en la cabeza, embrazado de su rodela y arrimado á su tronco ó lanzon. Suspendió á D. Fernando y á los demás la estraña presencia de D. Quijote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente, y estuvieron callando hasta ver lo que él decia, el cual con

mucha gravedad y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dijo:

Estoy informado, hermosa señora, deste mi escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado y vuestro ser se ha deshecho, porque de reina y gran Señora que solíades ser, os habeis vuelto en una particular doncella. Si esto há sido por órden del rey nigromante de vuestro padre, temeroso de que yo no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo ni sabe de la misa la media, y que fué poco versado en las historias caballerescas, porque si él las hubiera leido y pasado tan atentamente y con tanto espacio como yo las pasé y leí, hallára á cada paso como otros caballeros de menor fama que la mia habian acabado cosas mas dificultosas, no siéndolo mucho matar á un gigantillo, por arrogante que sea, porque no ha muchas horas que yo me ví con él, y..... quiero callar, porque no me digan que miento; pero el tiempo, descubridor de todas las cosas, lo dirá cuando menos lo pensemos. Vísteos vos con dos cueros, que no con un gigante, dijo á esta sazon el ventero, al cual mandó D. Fernando que callase, y no interrumpiese la plática de D. Quijote en ninguna manera; y D. Quijote prosiguió diciendo: digo en fin, alta y desheredada señora, que si por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este metamorfóseos en vuestra persona, que no deis crédito alguno á su error, porque no hay ningun peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la cual poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré á vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves dias. No dijo más D. Quijote, y esperó á que la princesa le respondiese, la cual, como ya sabia la determinacion de D. Fernando de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar á su tierra á D. Quijote, con mucho donaire y gravedad le respondió: quien quiera que os dijo, valeroso caballero de la Triste Figura, que yo me habia mudado y trocado de mi ser, no os dijo lo cierto, porque la misma que ayer fuí me soy hoy: verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desearme; pero no por eso he dejado de ser la que antes, y de tener los mismos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso é invencible brazo, que siempre hé tenido. Asique, señor mio, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró, y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamás acertara á tener la ventura que tengo, y en esto digo tanta verdad como son buenos testigos los mas destos señores que están presentes. Lo que resta es que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada, y en lo demás del buen suceso que espero, lo dejaré á Dios y al valor de vuestro pecho.

Esto dijo la discreta Dorotea, y en oyéndolo D. Quijote, se volvió á Sancho, y con muestras de mucho enojo le dijo: ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España: dime, ladron vagamundo, ¿no me acabaste de decir ahora que esta princesa se habia vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que corté á un gigante era la... que te parió, con otros disparates que me pusieron en la mayor confusion que jamás he estado en todos los dias de mi vida? Voto..... (y miró al cielo, y apretó los dientes) que estoy por hacer un estrago en tí, qué ponga sal en la mollera [2] á todos cuantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aquí adelante en el mundo. V. m. se sosiegue, señor mio, respondió Sancho, que bien podría ser que yo me hubiese engañado en lo que toca á la mutacion de la señora princesa Micomicona; pero en lo que toca á la cabeza del gigante, ó á lo menos á la horadacion de los cueros, y á lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios, porque los cueros allí están heridos á la cabecera del lecho de v. m., y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento; y sinó al freir de los huevos [3] lo verá, quiero decir, que lo verá cuando aquí su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo: de lo demás de que la señora reina se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque me vá mi parte como á cada hijo de vecino. Ahora yo te digo, Sancho, dijo D. Quijote, que eres un mentecato y perdóname, y basta. Basta, dijo D. Fernando, y no se hable más en esto; y pues la señora princesa dice que se camine mañana porque ya hoy es tarde, hágase así, y esta noche la podremos pasar en buena conversacion hasta el venidero dia, donde todos acompañaremos al señor D. Quijote, porque queremos ser testigos de las valerosas é inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que á su cargo lleva. Yo soy el que tengo de serviros y acompañaros, respondió D. Quijote, y agradezco mucho la merced que se me hace, y la buena opinion que de mí se tiene, la cual procuraré que salga verdadera, ó me costará la vida, y áun más si más costarme puede.

Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos pasaron entre D. Quijote y D. Fernando; pero á todo puso silencio un pasajero que en aquella sazon entró en la venta, el cual en su traje mostraba ser cristiano recien venido de tierra de moros, porque venía vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello, los calzones eran asimismo de lienzo azul, con bonete de la misma color; traia unos borceguíes datilados y un alfanje morisco puesto en un tahalí, que

2 Que haga entrar en razon, tener cordura. 3 Expresion proverbial. Covarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana*, artículo *Cuevo*, pone el cuento, que segun dice le dió origen. Hurtó un ladronzuelo una sartén de un meson: al salir con ella escondida, topó con la huéspeda, la cual le preguntó que llevaba y respondió: *al freir de los huevos lo verés*

le atravesaba el pecho. Entró luego tras él encima de un jumento una mujer á la morisca vestida, cubierto el rostro con una toca en la cabeza; traia un bonetillo de brocado, y vestida una almalafa [4], que desde los hombros á los pies la cubria. Era el hombre de robusto y agraciado talle, de edad de poco mas de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes y la barba muy bien puesta: en resolucion, él mostraba en su apostura que si estuviera bien vestido, le juzgáran por persona de calidad y bien nacida. Pidió en entrando un aposento, y como le dijeron que en la venta no le habia, mostró recibir pesadumbre, y llegándose á la que en el traje parecia mora la apeó en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija, y Maritornes, llevadas del nuevo y para ellas nunca visto traje, rodearon á la mora; y Dorotea, que siempre fué agraciada, comedida y discreta, pareciéndole que así ella como el que la traia se congojaban por la falta del aposento, le dijo: no os dé mucha pena, señora mia, la incomodidad y falta de regalo que aquí se experimenta, pues es propio de ventas no hallarse en ellas; pero con todo eso, si gustáredes de posar con nosotras, señalando á Luscinda, quizá en el discurso deste camino habreis hallado otros no tan buenos acogimientos. No respondió nada á esto la embozada, ni hizo otra cosa que levantarse de donde sentado se habia, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeza, dobló el cuerpo en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que sin duda alguna debia de ser mora, y que no sabia hablar cristiano [5]. Llegó en esto el cautivo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces habia estado, y viendo que todas tenian cercada á la que con él venia, y que ella á cuanto le decian callaba, dijo: señoras mias, esta doncella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme á su tierra, y por esto no debe de haber respondido ni responde á lo que se le ha preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna, respondió Luscinda, sino que se le ofrece por esta noche nuestra compañía y parte del lugar donde nos acomodarémos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere con la voluntad que obliga á servir á todos los estranjeros que dello tuvieren necesidad, especialmente siendo mujer á quien se sirve. Por ella y por mí, respondió el cautivo, os beso, señora mia, las manos, y estimo mucho y en lo que es razon la merced ofrecida, que en tal ocasion, y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande. Decidme, señor, dijo Dorotea, ¿esta señora es cristiana ó mora? porque el traje y el silencio nos hace pensar que es lo que no querriamos que fuese. Mora es en el traje y en el cuerpo, pero en el alma es muy grande cristiana, porque tiene gran-

4 Especie de manto que usaban las moras. 5 *Cristiano* en vez de *castellano* ó español.

dísimos deseos de serlo. ¿Luego no es bautizada? replicó Luscinda. No ha habido lugar para ello, respondió el cautivo, despues que salió de Argel su patria y tierra; pero Dios será servido que presto se bautice con la decencia que la calidad de su persona merece, que es más de lo que muestra su hábito y el mio. Con estas razones puso gana en todos los que escuchándole estaban, de saber quién fuese la mora y el cautivo; pero nadie se lo quiso preguntar por entonces por ver que aquella sazon era más para procurarles descanso que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomó por la mano y la llevó á sentar junto á sí, y le rogó que se quitase el embozo. Ella miró al cautivo, como si le preguntára le dijese lo que decian, y lo que ella haría. Él en lengua arábiga le dijo que le pedian se quitase el embozo, y que lo hiciese, y así se lo quitó y descubrió un rostro tan hermoso, que Dorotea la tuvo por mas hermosa que á Luscinda, y Luscinda por mas hermosa que á Dorotea, y todos los circunstantes conocieron que si alguno se podria igualar al de las dos era el de la mora, y áun hubo algunos que le aventajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerogativa y grácia de reconciliar los ánimos y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al deseo de servir y acariciar á la hermosa mora. Preguntó D. Fernando al cautivo cómo se llamaba la mora, el cual respondió, que Lela Zoráida, y así como esto oyó ella, entendió lo que le habian preguntado al cristiano, y dijo con mucha priesa, llena de congoja y donaire; *no, no Zoráida: María, María*, dando á entender que se llamaba María, y no Zoráida. Estas palabras y el grande afecto con que la mora las dijo, hicieron derramar más de una lágrima á algunos de los que la escucharon, especialmente á las mujeres, que de su naturaleza son tiernas y compasivas. Abrazóla Luscinda con mucho amor, diciéndole: sí, sí, María, María: á lo cual respondió la mora: *si, si, María; Zoráida macange*, que quiere decir *no*. Ya en esto llegaba la noche, y por órden de los que venian con D. Fernando habia el ventero puesto diligencia y cuidado en aderezarles de cenar lo mejor que á él le fué posible. Llegada pues la hora, sentáronse todos á una larga mesa como de tinelo [6], porque no la habia redonda ni cuadrada en la venta, y dieron la cabecera y principal asiento, puesto que él lo rehusaba, á D. Quijote, el cual quiso que estuviese á su lado la señora Micomicona, pues él era su guardador. Luego se sentaron Luscinda y Zoráida, frontero dellas D. Fernando y Cardenio, luego el cautivo y los demás caballeros, y al lado de las señoras el cura y el barbero; y así cenaron con mucho contento, y acrecentóseles más viendo que dejando de comer D. Quijote, movido de otro semejante espíritu que el que le movió á hablar

6 Comedor de familia en las casas grandes y opulentas.

tanto como habló cuando cenó con los cabreros, comenzó á decir:

Verdaderamente, si bien se considera, señores mios, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la órden de la andante caballería. Si no, ¿cuál de los vivientes habrá en el mundo que ahora por la puerta deste castillo entrára, y de la suerte que estamos nos viéra, que juzgase y creyese que nosotros somos quién somos? ¿Quién podrá decir que esta señora que está á mi lado, es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel caballero de la Triste Figura, que anda por ahí en boca de la fama? Ahora no hay que dudar, sino que esta arte y ejercicio excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto más se ha de tener en estima, cuanto á más peligros está sujeto. Quítense delante los que dijéren que las letras hacen ventaja á las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen: porque la razon que los tales suelen decir, y á lo que ellos más se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas solo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más de buenas fuerzas; ó como si en esto que llamamos armas los que las profesamos no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarse mucho entendimiento; ó como sinó trabajase el ánimo del guerrero, que tiene á su cargo un ejército ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo. Sinó, véase si se alcanza con las fuerzas corporales á conjeturar y saber el intento del enemigo, los designios, las estratagémas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues ansí que las armas requieren espíritu [7] como las letras, veamos ahora cuál de los dos espíritus, el del letrado ó el del guerrero, trabaja más; y esto se verá á conocer por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intencion se há de estimar en más que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin y paradero de las letras (y no hablo ahora de las divinas, que tienen por blanco llevar y encaminar las almas al cielo, que á un fin tan sin fin como este ningun otro se le puede igualar), hablo de las letras humanas, cuyo fin es poner en su punto la justicia distributiva, y dar cada uno lo que es suyo, entender y hacer que las buenas leyes se guarden; fin por cierto generoso, alto y digno de grande alabanza; pero no de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida. Prosupuesta pues esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto hace ven-

7 La palabra *espíritu* equivale en esta ocasion á entendimiento ó ingenio.

taja al fin de las letras, vengamos ahora á los trabajos del cuerpo del letrado, y á los del profesor de las armas, y véase cuales son mayores. De tal manera y por tan buenos términos iba prosiguiendo en su plática D. Quijote, que obligó á que por entonces ninguno de los que escuchándole estaban, le tuviese por loco; antes como todos los más eran caballeros, á quien son anejas las armas, le escuchaban de muy buena gana, y él prosiguió diciendo:

Digo pues, que los trabajos del estudiante son estos: principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sinó por poner este caso en todo el extremo que pueda ser; y en haber dicho que padece pobreza me parece que no habia de decir más de su malaventura, porque quien es pobre no tiene cosa buena. Esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto; pero con todo eso no es tanta, que no coma aunque sea un poco mas tarde de lo que se usa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante esto que entre ellos llaman *andar á la sopa*, [9] y no les falta algun ajeno brasero ó chimenea, que sinó calienta á lo menos entibia su frio, y en fin la noche duermen muy bien debajo de cubierta. Por este camino que hé pintado, áspero y dificultoso, tropezando aquí, cayendo allí, levantándose acá, tornando á caer acullá, llegan al grado que desean, el cual alcanzado, á muchos hemos visto que habiendo pasado por estas Sirtes y por estas Escilas y Caribdis, como llevados en vuelo de la favorable fortuna, digo que los hemos visto mandar y gobernar el mundo desde una silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en una estera en reposar en holandas y damascos, premio justamente merecido de su virtud; pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del mílite guerrero, se quedan muy atrás en todo, como ahora diré.

Prosiguiendo D. Quijote dijo: pues comenzamos en el estudiante por la pobreza y sus partes, veamos si es mas rico el soldado, y veremos que no hay ninguno más pobre en la misma pobreza, porque está atenido á la miseria de su paga, que viene tarde ó nunca, ó á lo que garbeare [9] por sus manos con notable peligro de su vida y de su conciencia; y á veces suele ser su desnudez tanta, que un coleto acuchillado [10] le sirve de gala y de camisa, y en la mitad del invierno se suele reparar de las inclemencias del cielo, estando en la campaña rasa, con solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vacío, tengo por averiguado que debe de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad que espére que llégue la noche para restaurarse de todas estas incomodidades en la

Andar á la sopa, era acudir á las porterías de los conventos, donde daban la olla elos pobres. 9 Merodeáre. 10 Especie de jubon de ante con mangas y faldas. *Acuchillado*, esto es, con cuchillos ó piezas triangulares, por otro nombre *nesgas*.

cama que le aguarda, la cual sinó es por su culpa jamás pecará de estrecha, que bien puede medir en la tierra los piés que quisiére, y revolverse en ella á su sabor, sin temor que se le encojan las sábanas. Lléguese pues á todo esto el dia y la hora de recibir el grado de su ejercicio, lléguese un dia de batalla, que allí le pondrán en la cabeza la borla hecha de hilas para curarle algun balazo que quizá le habrá pasado las sienes, ó le dejará estropeado de brazo ó pierna; y cuando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde y conserve sano y vivo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que antes estaba, y que sea menester que suceda uno y otro reencuentro, una y otra batalla, y que de todas salga vencedor para medrar en algo; pero estos milagros vénse raras veces. Pero decidme, señores, si habeis mirado en ello, ¿cuán menos son los premiados por la guerra, que los que hán perecido en ella? Sin duda habeis de responder que no tienen comparacion, ni se pueden reducir á cuenta los muertos, y que se podrán contar los premiados vivos con tres letras de guarismo [11]. Todo esto es al revés en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas [12], todos tienen en qué entretenerse; asique, aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Volvamos á la preeminencia de las armas sobre las letras: punto que hasta ahora está por averiguar, segun son las razones que cada una de las partes alega; y entre las que hé dicho dicen las letras, que sin ellas no se podrian sustentar las armas; porque la guerra tambien tiene sus leyes y está sujeta á ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son letras y letrados. A esto responden las armas, que las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de piratas; y finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquias, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos, áun durante la paz, al rigor y á la confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de usar de sus privilejios y de sus fuerzas: y es cosa averiguada que aquello que más cuesta, se estima y debe de estimar en más. Alcanzar alguno á ser eminente en letras le cuesta tiempo, vijilias, hambre, desnudez, vaguidos de cabeza, indigestiones de estómago, y otras cosas á estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas; mas llegar uno por sus términos á ser buen soldado le cuesta todo lo que al estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparacion, porque á cada paso está á pique de perder la vida. ¿Y qué temor de necesidad y pobreza puede

11 Que quiere decir que no llegan á mil. 12 De faldas, esto es, de sueldo; que no quiero decir de mangas, esto es de regalos.

llegar ni fatigar al estudiante, que llégue al que tiene un soldado, que hallándose cercado en alguna fortaleza y estando de posta ó guarda en algun rebellin ó caballero, siente que los enemigos están minando hácia la parte donde él está, y no puede apartarse de allí por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza? Lo único que puede hacer es dar noticia á su capitan de lo que pasa para que lo remedie con alguna contramina, y él estarse quedo temiendo y esperando cuando improvisamente ha de subir á las nubes sin alas, y bajar al profundo sin su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si le iguala y si quizá le hace ventaja el de embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso, las cuales enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado mas espacio del que conceden dos piés de tabla del espolón y con todo esto viendo que tienen delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de los piés iria á visitar los profundos senos de Neptuno; y con todo esto, con intrépido corazon, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería, y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar, que apenas uno ha caido donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar; y si este tambien cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes: valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería, á cuyo inventor tengo para mí que en el infierno se le está dando el premio de su diabólica invencion, la cual dió causa para que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber cómo ó por dónde en la mitad del coraje y brio que enciende y anima á los valientes pechos, llégue una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y córte y acábe en un instante los pensamientos y vida de quien la merecia gozar luengos siglos. Y así considerando esto, estoy por decir que en el alma me pesa de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como esta en que ahora vivimos, porque aunque á mí ningun peligro me pone miedo, todavía me disgusta pensar si la pólvora y el estaño me han de quitar la ocasion de hacerme famoso y conocido por el valor de mi brazo y filos de mi espada por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere servido, que tanto seré mas estimado, si salgo con lo que pretendo, cuanto á mayores peligros me hé puesto que se pusieran los caballeros andantes de los pasados

siglos. Todo este largo preámbulo dijo D. Quijote en tanto que los demas cenaban, olvidándose de llevar el bocado á la boca, puesto que algunas veces le habia dicho Sancho Panza que cenase, que despues habria lugar para decir todo lo que quisiese. En los que escuchado le habian, sobrevino nueva lástima de ver que hombre que al parecer tenia buen entendimiento y buen discurso en todas las cosas que trataba, le hubiese perdido tan rematadamente en tratándole de su negra y pizmienta [13] caballería. El cura le dijo, que tenia mucha razon en todo cuanto habia dicho en favor de las armas, y que él, aunque letrado y graduado, estaba de su mismo parecer. Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija y Maritornes aderezaban el camaranchon de D. Quijote de la Mancha, donde habian determinado que aquella noche las mujeres solas en él se recogiesen, D. Fernando rogó al cautivo les contase el discurso de su vida, porque no podria ser sino que fuese peregrino y gustoso, segun las muestras que habia comenzado á dar viniendo en compañia de Zoráida: á lo cual respondió el cautivo, que de muy gana haria lo que se le mandaba, y que solo temia que el cuento no habia de ser tal que les diese el gusto que él deseaba; pero que con todo eso por no faltar en obedecelle, le contaría. El cura y todos los demas se lo agradecieron y de nuevo se lo rogaron, y él viéndose rogar de tantos, dijo que no eran menester ruegos á donde el mandar tenia tanta fuerza. Con esto que dijo hizo que todos se acomodasen y le prestasen un grande silencio; y él viendo que ya callaban y esperaban lo que decir quisiese, con voz agradable y reposada comenzó á decir desta manera.

CAPITULO XXVIII.

Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos.

En un lugar de las montañas de Leon tuvo principio mi linaje, con quien fué mas agradecida y liberal la naturaleza que la fortuna, aunque en la estrecheza de aquellos pueblos todavía alcanzaba mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera si así se diera maña á conservar su hacienda como se la daba en gastalla. Y la condicion que tenia de ser liberal y gastador le procedió de haber sido soldado los años de su juventud; que es escuela la soldadesca donde el mezquino se hace franco, y el franco pródigo, y si algunos soldados se hallan miserables son como monstruos, que se ven raras veces. Pasaba mi padre los tér-

13 Cosa triste, funesta, fatal.

minos de la liberalidad, y rayaba en los de ser pródigo, cosa que no le es de ningun provecho al hombre casado y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre y en el sér. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre que, segun él decia, no podia irse á la mano contra su condicion, quiso privarse del instrumento y causa que le hacia gastador y dadivoso, que fué privarse de la hacienda, sin la cual el mismo Alejandro pareciera estrecho; y así llamándonos un dia á todos tres á solas en un aposento nos dijo unas razones semejantes á las que ahora diré.

Hijos, para deciros que os quiero bien, basta decir que sois mis hijos, y para entender que os quiero mal, basta saber que no me voy á la mano en lo que toca á conservar vuestra hacienda: pues para que entendais desde aquí adelante que os quiero como padre, y que no os quiero destruir como padrastro, quiero hacer una cosa con vosotros, que há muchos dias que la tengo pensada y con madura consideracion dispuesta. Vosotros estais ya en la edad de tomar estado, ó á lo menos de elegir ejercicio tal que cuando mayores os honre y aproveche, y lo que hé pensado es hacer de mi hacienda cuatro partes: las tres os daré á vosotros, á cada uno lo que le tocáre, sin exceder en cosa alguna, y con la otra me quedaré yo para vivir y sustentarme los dias que el cielo fuere servido de darme de vida; pero querria que despues que cada uno tuviese en su poder la parte que le toca de su hacienda, siguiese uno de los caminos que le diré. Hay un refrán en nuestra España, á mi parecer muy verdadero como todos lo son, por ser sentencias breves sacadas de la luenga y discreta experiencia, y el que yo digo dice: *Iglesia, ó mar, ó casa Real*, como si mas claramente dijera: quien quisiere valer y ser rico, siga ó la Iglesia ó navegue ejercitando el arte de la mercancía, ó entre á servir á los reyes en sus casas, porque dicen: *mas vale migaja de rey que merced de señor*. Digo esto, porque querria y fuera mi voluntad, que uno de vosotros siguiese las letras, el otro la marcancía, y el otro sirviese al rey en la guerra, pues es dificultoso entrar á servirle en su casa, que ya que la guerra no dé muchas riquezas, suele dar mucho valor y mucha fama. Dentro de ocho dias os daré toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en un ardite, como lo vereis por la obra. Decidme ahora si quereis seguir mi parecer y consejo en lo que os hé propuesto: y mandándome á mí por ser el mayor que respondiese, despues de haberle dicho que no se deshiciese de la hacienda, sino que gastase todo lo que fuese su voluntad, que nosotros éramos mozos para saber ganarla, vine á concluir en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el ejercicio de las armas, sirviendo en él á Dios y á mi rey. El segundo hermano hizo los mismos

ofrecimientos, y escogió el irse á las Indias, llevando empleada la hacienda que le cupiese. El menor, y á lo que yo creo el mas discreto, dijo que queria seguir la iglesia, ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca. Así como acabamos de concordarnos y escoger nuestros ejercicios, mi padre nos abrazó á todos, y con la brevedad que dijo puso por obra cuanto nos habia prometido; y dando á cada uno su parte, que á lo que se me acuerda fueron cada tres mil ducados en dineros, porque un nuestro tio compró toda la hacienda y la pagó de contado, en un mismo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mismo, pareciéndome á mí ser inhumanidad que mi padre quedase viejo y con tan poca hacienda, hice con él que de mis tres mil tomase los dos mil ducados, porque á mí me bastaba el resto para acomodarme de lo que habia menester un soldado. Mis dos hermanos, movidos de mi ejemplo, cada uno le dió mil ducados, de modo que á mi padre le quedaron cuatro mil ducados en dineros, y mas tres mil que á lo que parece valia la hacienda que le cupo, que no quiso vender, sino quedarse con ella en raices. Digo en fin que nos despedimos dél y de aquel nuestro tio que hé dicho, no sin mucho sentimiento y lágrimas de todos, encargándonos que les hiciésemos saber todas las veces que hubiese comodidad para ello de nuestros sucesos prósperos ó adversos. Prometímosselo, y abrazándonos y echándonos su bendicion, el uno tomó el viaje de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo el de Alicante, adonde tuve nuevas que habia una nave ginovesa que cargaba allí lana para Génova. Este hará veinte y dos años que salí de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que hé escrito algunas cartas, no he sabido dél ni de mis hermanos nueva alguna, y lo que en este discurso de tiempo hé pasado lo diré brevemente.

Embarquéme en Alicante, llegué con próspero viaje á Génova, fuí desde allí á Milan, donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, de donde quise ir á sentar mi plaza al Piamonte, y estando ya de camino para Alejandría de la Palla tuve nuevas que el gran duque de Alba pasaba á Flandes. Mudé de propósito, fuíme con él, servíle en las jornadas que hizo, halléme en la muerte de los condes de Egmon y de Horn, alcancé á ser alférez de un famoso capitan de Guadalajara llamado Diego de Urbína, y á cabo de algun tiempo que llegué á Flandes se tuvo nuevas de la liga que la santidad del papa Pio Quinto de felice recordacion habia hecho con Venecia y con España contra el enemigo comun, que es el turco, el cual en aquel mismo tiempo habia ganado con su armada la famosa isla de Chipre, que estaba debajo del dominio de venecianos. Súpose cierto que venia por general desta liga el Serenísimo D. Juan de Austria, hermano natural de nuestro buen rey don Felipe: divulgóse el grandísimo aparato de

guerra que se hacía, todo lo cual me incitó y conmovió el ánimo y el deseo de verme en la jornada que se esperaba. Digo, en fin, que yo me hallé en aquella felicísima jornada ya hecho capitan de infantería, á cuyo honroso cargo me subió mi buena suerte más que mis merecimientos; y aquel dia, que fué para la cristiandad tan dichoso, porque en él se desengañó el mundo del error en que estaba, creyendo que los turcos eran invencibles por la mar, en aquel dia digo, donde quedó el orgullo y soberbia otomana quebrantada, entre tantos venturosos como allí hubo, yo solo fuí el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los romanos siglos, alguna naval corona, me vi aquella noche que siguió á tan famoso dia con cadenas á los piés y esposas á las manos, y fué desta suerte: que habiendo el Uchalí rey de Argel, atrevido y venturoso cosario, embestido y rendido la capitana de Malta, que solo tres caballeros quedaron vivos en ella, y estos mal heridos, acudió la capitana de Juan Andrea á socorrella, en la cual yo iba con mi compañía; y haciendo lo que debia en ocasion semejante salté en la galera contraria, la cual desviándose de la que la habia embestido, estorbó que mis soldados me siguiesen, y así me hallé solo entre mis enemigos, á quien no pude resistir por ser tantos; en fin me rindieron lleno de heridas, y como ya habeis, señores, oido decir que el Uchalí se salvó con toda su escuadra, víne yo á quedar cautivo en su poder, y solo fuí el triste entre tantos alegres, y el cautivo entre tantos libres, porque fueron quince mil cristianos los que aquel dia alcanzaron la deseada libertad, que todos venian al remo en la turquesca armada. Lleváronme á Constantinopla, donde el Gran Turco Selím hizo general de la mar á mi amo porque habia hecho su deber en la batalla, habiendo llevado por muestra de su valor el estandarte de la religion de Malta. Halléme el segundo año, que fué el de setenta y dos, en Navaríno bogando en la capitana de los tres fanales. Ví y noté la ocasion que allí se perdió de no coger en el puerto toda la armada turquesca, pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa ni descuido del general que á los nuestros regía, sino por los pecados de la cristiandad, y porque quiere y permite Dios que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efecto, el Uchalí se recogió á Modon, que es una isla que está junto á Navaríno, y echando la gente en tierra fortificó la boca del puerto, y estúvose quedo hasta que el señor D. Juan se volvió. En este viaje se tomó la galera que se llamaba la Presa, de quien era capitan un hijo de aquel famoso cosario Barba roja. Tomóla la capitana de Nápoles llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso y jamás vencido capitan Don Alvaro de Bazan, marqués de Santa Cruz. Volvimos á Constantinopla, y el año siguiente, que fué el de setenta y tres, se supo en ella como

el señor D. Juan habia ganado á Túnez, y quitado aquel reino á los turcos, y puesto en posesion dél á Muley Hamet, cortando las esperanzas que de volver á reinar en él tenia Muley Hamida, el moro más cruel y más valiente que tuvo el mundo. Sintió mucho esta pérdida el Gran Turco, y usando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con venecianos, que mucho más que él la deseaban, y el año siguiente de setenta y cuatro acometió á la Goleta y al fuerte que junto á Túnez habia dejado medio levantado el Sr. D. Juan. En todos estos trances andaba yo al remo, sin esperanza de libertad alguna; á lo menos no esperaba tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escribir las nuevas de mi desgracia á mi padre. Perdióse, en fin, la Goleta, perdióse el fuerte; la armada volvió á Constantinopla triunfante y vencedora, y de allí á pocos meses murió mi amo el Uchalí, al cual llamaban *Uchalí Fartax*, que quiere decir en lengua turquesca *el renegado tiñoso*, y este renegado de tanto valor, que sin subir por los torpes medios y caminos que los mas privados del Gran Turco suben, vino á ser rey de Argel, y despues general de la mar, que es el tercero cargo que hay en aquel señorio; era calabrés de nacion, y moralmente fué hombre de bien, y trataba con mucha humanidad á sus cautivos, que llegó á tener tres mil, los cuales despues de su muerte se repartieron como él lo dejó en su testamento entre el Gran Señor y sus renegados; y yo cúpe á un renegado veneciano, que siendo grumete de una nave le cautivó el Uchalí, y le quiso tanto que fué uno de los mas regalados garzones suyos, y él vino á ser el más cruel renegado que jamás se ha visto. Llamábase Azanagá, y llegó á ser muy rico y á ser rey de Argel, con el cual yo vine de Constantinopla algo contento por estar tan cerca de España; no porque pensase escribir á nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era más favorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya habia probado mil maneras de huirme, y ninguna tuvo sazon ni ventura, y pensaba en Argel buscar otros medios de alcanzar lo que tanto deseaba, porque jamás me desamparó la esperanza de tener libertad, y cuando en lo que fabricaba, pensaba y ponia por obra no correspondia el suceso á la intencion, luego sin abandonarme fingia y buscaba otra esperanza que me sustentase aunque fuese débil y flaca. Con esto entretenia la vida encerrado en una prision ó casa que los turcos llaman baño, donde encierran los cautivos cristianos, así los que son del rey como de algunos particulares, y los que llaman del almacen, que es como decir cautivos del concejo, que sirven á la ciudad en las obras públicas que hace y en otros oficios, y estos tales cautivos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del comun y no tienen amo particular, no hay con quién tratar su rescate aunque le tengan. En estos baños,

como tengo dicho, suelen llevar á sus cautivos algunos particulares del pueblo, principalmente cuando son de rescate, porque allí los tienen holgados y seguros hasta que vengan á rescatarlos. Yo pues, era uno de ellos, que como se supo que era capitan, puesto que dije mi poca posibilidad y falta de hacienda, no aprovechó nada para que no me pusiesen en el número de los caballeros y gente de rescate. Pusiéronme una cadena, más por señal de rescate que por guardarme con ella, y así pasaba la vida en aquel baño con otros muchos caballeros y gente principal, señalados y tenidos por tales; y aunque la hambre y desnudez solian fatigarnos á veces, y áun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaba tanto como oir y ver á cada paso las jamás vistas ni oidas crueldades que mi amo usaba con los cristianos. Cada dia ahorcaba el suyo, empalaba á este, desorejaba á aquel, y esto por tan poca ocasion y tan sin ella, que los turcos conocian que lo hacia no más de por hacerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el género humano. Solo libró bien con él un soldado español llamado tal de Saavedra, al cual, con haber hecho cosas que quedarán en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcanzar libertad, jamás le dió palo, ni se lo mandó dar, ni le dijo mala palabra, y por la menor cosa de muchas que hizo temíamos todos que habia de ser empalado y así lo temió él mas de una vez; y sinó fuera porque el tiempo no da lugar, yo dijera ahora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros y admiraros harto mejor que con el cuento de mi historia. [1]

Digo pues, que encima del patio de nuestra prision caian las ventanas de la casa de un moro rico y principal, las cuales, como de ordinario son las de los moros, más eran agujeros que ventanas, y áun estas se cubrian con celosías muy espesas y apretadas. Acae-

1 Miguel de Cervantes Saavedra, *español, oriundo de Galicia, estudiante en Salamanca, soldado en Italia, herido en la para siempre célebre y memorable batalla de Lepanto, donde perdió la mano izquierda, cautivo en Argel, recaudador de contribuciones en Sevilla, pretendiente en Valladolid, agente de negocios en Madrid, escritor distinguido, pobre hasta carecer de lo más preciso para sustentar á su familia, perseguido de sus émulos, desatendido de los magnates de su época y olvidado de sus contemporáneos; pero honrado, generoso, valiente y buen cristiano... Miguel de Cervantes Saavedra, el primer ingenio de la nacion española y de su siglo, el autor de este libro*, el padre del seco, avellanado y antojadizo hidalgo D. Quijote de la Mancha, *es ese mismo soldado español*, tal de Saavedra, *de quién habla el cautivo en su relacion. Nació en Alcalá de Henares el año de* 1547, *y falleció en Madrid el* 23 *de abril de* 1616.

ció pues que un dia estando en un terrado de nuestra prision con otros tres compañeros, haciendo pruebas de saltar con las cadenas para entretener el tiempo, estando solos alcé acaso los ojos, y ví que por aquellas cerradas ventanillas que hé dicho parecia una caña, y al remate della puesto un lienzo atado, y la caña se estaba blandeando y moviéndose casi como si hiciera señas que llegásemos á tomarla. Miramos en ello, y uno de los que conmigo estaban fué á ponerse debajo de la caña por ver si la soltaban ó lo que hacian; pero así como llegó alzaron la caña y la movieron á los dos lados como si dijéran *nó* con la cabeza. Volvióse el cristiano, y tornáronla á bajar y hacer los mismos movimientos que primero. Fué otro de mis compañeros, y sucedióle lo mismo que al primero. Finalmente fué el tercero, y avínole lo que al primero y al segundo. Viendo yo esto no quise dejar de probar la suerte, y así como llegué á ponerme debajo de la caña la dejaron caer, y dió á mis piés dentro del baño. Acudí luego á desatar el lienzo, en el cual ví un nudo, y dentro dél venian diez zianiis, que son unas monedas de oro bajo que usan los moros, que cada una vale diez reales de los nuestros. Si me holgué con el hallazgo no hay para qué decirlo, pues fué tanto el contento como la admiracion de pensar de donde podia venirnos aquel bien especialmente á mí, pues las muestras de no haber querido soltar la caña sino á mí, claro decian que á mí se hacia la merced. Tomé mi buen dinero, quebré la caña, volvíme al terradillo, miré la ventana, y ví que por ella salia una muy blanca mano que la abrian y cerraban muy apriesa. Con eso entendimos ó imaginamos que alguna mujer que en aquella casa vivia nos debia de haber hecho aquel beneficio, y en señal de que lo agradeciamos hicimos zalemas [2] á uso de moros inclinando la cabeza, doblando el cuerpo, y poniendo los brazos sobre el pecho. De allí á poco sacaron por la misma ventana una pequeña cruz hecha de cañas y luego la volvieron á entrar. Esta señal nos confirmó en que alguna cristiana debia de estar cautiva en aquella casa, y era la que el bien nos hacia, pero la blancura de la mano, y las ajorcas [3] que en ella vimos nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos que debia de ser cristiana renegada, á quien de ordinario suelen tomar por legítimas mujeres sus mismos amos, y áun lo tienen á ventura, porque las estiman en más que á las de su nacion. En todos nuestros discursos dimos muy lejos de la verdad del caso, y así todo nuestro entretenimiento desde allí adelante era mirar y tener por norte á la ventana donde nos habia aparecido la estrella de la caña; pero bien se pasaron quince dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna. Y aunque en este tiempo procuramos con toda solicitud saber

2 Salutaciones, cumplimientos. 3 Anillas ó brazaletes.

quien en aquella casa vivia, y si habia en ella alguna cristiana renegada, jamás hubo quien nos dijese otra cosa sino que allí vivia un moro principal y rico, llamado Agi Morato, alcaide que habia sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad; mas cuando más descuidados estábamos de que por allí habian de llover más zíaniis, vimos á deshora parecer la caña y otro lienzo en ella con otro nudo mas crecido, y esto fué á tiempo que estaba el baño como la vez pasada solo y sin gente. Hicimos la acostumbrada prueba yendo cada uno primero que yo de los mismos tres que estábamos; pero á ninguno se rindió la caña sino á mí porque en llegando yo la dejaron caer. Desaté el nudo, y hallé cuarenta escudos de oro españoles y un papel escrito en arábigo, y al cabo de lo escrito hecha una grande cruz. Besé la cruz, tomé los escudos, volvíme al terrado, hicimos todos nuestras zalemas, tornó á parecer la mano, hice señas que leeria el papel, cerraron la ventana. Quedamos todos confusos y alegres con lo sucedido; y como ninguno de nosotros entendia el arábigo, era grande el deseo que teníamos de entender lo que el papel contenía, y mayor la dificultad de buscar quién lo leyese. En fin, yo me determiné de fiarme de un renegado natural de Murcia, que se habia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos que le obligaban á guardar el secreto que le encargase, le dije que me leyese aquel papel, que acaso me habia hallado en un agujero de mi rancho. Abrióle, y estuvo un buen espacio mirándole y construyéndole murmurando entre dientes. Preguntéle si lo entendia: díjome que muy bien, y que si queria que me lo declarase palabra por palabra que le diese tinta y pluma, porque mejor lo hiciese. Dímosle luego lo que pedia, y él poco á poco lo fué traduciendo, y en acabando dijo: todo lo que va aquí en romance, sin faltar letra, es lo que contiene este papel morisco, y háse de advertir que adonde dice: *Lela Márien*, quiere decir: *nuestra señora la Vírgen María*; leimos el papel, y decia así:=*Cuando yo era niña tenia mi padre una esclava, la cual en mi lengua me mostró la zalá cristianesca, y me dijo muchas cosas de Lela Márien. La cristiana murió, y yo sé que no fué al fuego, sino con Alá, porque despues la ví dos veces, y me dijo que me fuése á tierra de cristianos á ver á Lela Márien, que me queria mucho. No sé yo como vaya: muchos cristianos hé visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido caballero sinó tú. Yo soy muy hermosa y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo: mira tú si puedes hacer como nos vamos, y serás allá mi marido si quisieres, y sinó quisieres no se me dará nada, que Lela Márien me dará con quien me case. Yo escribí esto, mira á quien lo das á leer, no te fíes de ningun moro, porque son todos marfuces* [1]. *Desto tengo mucha pena,*

1 Significa *astuto, falso, pérfido, artero, engañador.*

que quisiera que no te descubrieras á nadie, porque si mi padre lo sabe me echará luego en un pozo y me cubrirá de piedras. En la caña pondré un hilo, ata allí la respuesta, y sinó tienes quien te escriba arábigo dímelo por señas, que Lela Márien hará que te entienda. Ella y Alá te guarden, y esa cruz que yo beso muchas veces, que así me lo mandó la cautiva.

Mirad, señores, si era razon que las razones deste papel nos admirasen y alegrasen; y así lo uno y lo otro fué de manera que el renegado entendió que no acaso se habia hallado aquel papel, sino que realmente á alguno de nosotros se habia escrito: y así nos rogó que si era verdad lo que sospechaba, que nos fiásemos dél, y se lo dijésemos, que él aventuraria su vida por nuestra libertad. Y diciendo esto sacó del pecho un crucifijo de metal, y con muchas lágrimas juró por el Dios que aquella imágen representaba, en quien él, aunque pecador y malo, bien y fielmente creia, de guardarnos lealtad y secreto en todo cuanto quisiésemos descubrirle, porque le parecia y casi adevinaba que por medio de aquella que aquel papel habia escrito, él y todos nosotros habíamos de tener libertad, y verse él en lo que tanto deseaba, que era reducirse al gremio de la santa iglesia su madre, de quien como miembro podrido estaba dividido y apartado por su ignorancia y pecado. Con tantas lágrimas y con muestras de tanto arrepentimiento dijo esto el renegado, que todos de un mismo parecer consentimos y venimos en declararle la verdad del caso, y así le dimos cuenta de todo sin encubrirle nada. Mostrámosle la ventanilla por donde parecia la caña, y él marcó desde allí la casa, y quedó de tener especial y gran cuidado de informarse quién en ella vivia. Acordamos ansimismo que seria bien responder al billete de la mora, y como teníamos quien lo supiese hacer, luego al momento el renegado escribió las razones que yo le fuí notando; todo en sentido de dar gracias á la generosa mora, de confirmarla en el propósito de hacerse cristiana, de aceptarla por mi mujer, y de hacer por ella todo lo que pudiere hasta morir. Escrito y cerrado este papel aguardé dos dias á que estuviese el baño solo como solía, y luego salí al paseo acostumbrado del terradillo por ver si la caña parecia, que no tardó mucho en asomar. Así como la ví, aunque no podia ver quien la ponia, mostré el papel como dando á entender que pusiesen el hilo; pero ya venia puesto en la caña, al cual até el papel, y de allí á poco tornó á parecer nuestra estrella con la blanca bandera de paz del atadillo. Dejáronla caer, y alzéla yo, y hallé en el paño en toda suerte de moneda de plata y de oro más de cincuenta escudos, los cuales cincuenta veces mas doblaron nuestro contento y confirmaron la esperanza de tener libertad. Aquella misma noche volvió nuestro renegado, y nos dijo que habia sabido que en aquella casa vivia

el mismo moro que á nosotros nos habian dicho, que se llamaba Agi-Morato, riquísimo por todo extremo, el cual tenia una sola hija heredera de toda su hacienda, y que era comun opinion en toda la ciudad ser la mas hermosa mujer de la Berbería, y que muchos de los vireyes que allí venian la habian pedido por mujer, y que ella nunca se habia querido casar, y que tambien supo que tuvo una cristiana cautiva, que ya se habia muerto. Todo lo cual concertaba con lo que venia en el papel. Entramos luego en consejo con el renegado sobre qué órden se tendria para sacar á la mora y venirnos todos á tierra de cristianos, y en fin se acordó por entonces que esperásemos al aviso segundo de Zoráida, que así se llamaba la que ahora quiere llamarse María: porque bien vimos que ella y no otra alguna era la que habia de dar medio para salir de todas aquellas dificultades. Despues que quedamos en esto dijo el renegado que no tuviésemos pena, que él perderia la vida ó nos pondría en libertad. Cuatro dias estuvo el baño con gente, que fué ocasion que cuatro dias tardase en parecer la caña, al cabo de los cuales en la acostumbrada soledad del baño pareció con el lienzo tan preñado, que un felicísimo parto prometia. Inclinóse á mí la caña y el lienzo, hallé en él otro papel y cien escudos de oro sin otra moneda alguna. Estaba allí el renegado, dímosle á leer el papel dentro de nuestro rancho, el cual dijo que así decia:=*Yo no sé, mi señor, como dar órden que nos vamos á España, ni Lela Márien me lo ha dicho, aunque yo se lo hé preguntado: lo que se podrá hacer es, que yo os daré por esta ventana muchísimos dineros de oro; rescataos vos con ellos y vuestros amigos, y vaya uno en tierra de cristianos y compre allá una barca, y vuelva por los demas, y á mí me hallará en el jardin de mi padre, que está á la puerta de Babuzon junto á la marina, donde tengo de estar todo este verano con mi padre y con mis criados: de allí de noche me podreis sacar sin miedo, y llevarme á la barca. Y mira que has de ser mi marido, porque sinó, yo pediré á Márien que te castigue. Sinó te fias de nadie que vaya por la barca, rescátate tú y vé, que yo sé que volverás mejor que otro, pues eres caballero y cristiano. Procura saber el jardin, y cuando te pasees por ahí, sabré que está solo el baño, y te daré mucho dinero. Allá te guarde, señor mio.*=Esto decia y contenia el segundo papel, lo cual visto por todos cada uno se ofreció á ser el rescatado, y prometió de ir y volver con toda puntualidad, y tambien yo me ofrecí á lo mismo: á todo lo cual se opuso el renegado, diciendo, que en ninguna manera consentiria que ninguno saliese de libertad hasta que fuesen todos juntos, porque la experiencia le habia mostrado cuán mal cumplian los libres las palabras que daban en el cautiverio, porque muchas veces habian usado de aquel remedio algunos cautivos principales, rescatando á uno que fuese á Valencia ó Mallorca con dineros para poder armar una bar-

ca y volver por los que le habian rescatado, y nunca habian vuelto, porque la libertad alcanzada y el temor de no volver á perderla les borraban de la memoria todas las obligaciones del mundo. En efecto él vino á decir que lo que se podia y debia hacer era, que el dinero que se habia de dar para rescatar al cristiano, que se le diese á él para comprar allí en Argel una barca con achaque de hacerse mercader y tratante en Tetuan y en aquella costa, y que siendo él señor de la barca, fácilmente se daria traza para sacarnos del baño y embarcarnos á todos. Y puesto que á mí y á mis camaradas nos habia parecido mejor lo de enviar por la barca á Mallorca, como la mora decia, no osamos contradecirle, temerosos que sinó hacíamos lo que él decia nos habia de descubrir y poner á peligro de perder las vidas, sí descubriese el trato de Zoráida, por cuya vida diéramos todos las nuestras; y así determinamos de ponernos en las manos de Dios y en las del renegado; y en aquel mismo punto se le respondió á Zoráida diciéndole que hariamos todo cuanto nos aconsejaba, porque lo habia advertido tan bien como si Lela Márien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaba dilatar aquel negocio ó ponello luego por obra. Ofrecíle de nuevo ser su esposo, y con esto, otro dia que acaeció estar solo el baño, en diversas veces con la caña y el paño nos dió dos mil escudos de oro, y un papel donde decia que el primer jumá, que es el viernes, se iba al jardin de su padre, y que antes que se fuése nos daria mas dinero; y que si aquello no bastase, que se lo avisásemos, que nos daria cuanto le pidiésemos, que su padre tenía tantos que no lo echaria menos, cuanto más que ella tenia las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al renegado para comprar la barca; con ochocientos me rescaté yo dando el dinero á un mercader valenciano que á la sazon se hallaba en Argel, el cual me rescató del rey, tomándome sobre su palabra, dándola de que con el primer bajel que viniese de Valencia pagaria mi rescate, porque si luego diera el dinero fuera dar sospechas al rey que habia muchos dias que mi rescate estaba en Argel, y que el mercader por sus granjerías lo habia callado. Finalmente, mi amo era tan caviloso, que en ninguna manera me atreví á que luego se desembolsase el dinero. El jueves antes del viernes que la hermosa Zoráida se habia de ir al jardin nos dió otros mil escudos y nos avisó de su partida, rogándome que si me rescatase supiese luego el jardin de su padre, y que en todo caso buscase ocasion de ir allá y verla. Respondíle en breves palabras que así lo haria y que tuviese cuidado de encomendarnos á Lela Márien, con todas aquellas oraciones que la cautiva le habia enseñado. Hecho esto dióse órden en que los tres compañeros nuestros se rescatasen por facilitar la salida del baño, y porque viéndome á mí rescatado y á ellos no, pues habia dinero, no se alborotasen, y les per-

suadiese el diablo que hiciesen alguna cosa en perjuicio de Zoráida.

No se pasaron quince dias, cuando ya nuestro renegado tenia comprada una muy buena barca capaz de más de treinta personas; y para asegurar su hecho y dalle color, quiso hacer, como hizo, un viaje á un lugar que se llama Sargel, que está veinte leguas de Argel hácia la parte de Orán, en el cual hay mucha contratacion de higos pasos. Dos ó tres veces hizo este viaje en compañia de un moro tagarino. Y cada vez que pasaba con su barca daba fondo en una caleta que estaba no dos tiros de ballesta del jardin donde Zoráida esperaba, y allí muy de propósito se ponia el renegado con los morillos que bogaban el remo, ya á hacer la zalá, ó ya á ensayarse como de burlas para lo que pensaba hacer de veras: y así se iba al jardin de Zoráida y le pedia fruta, y su padre se la daba sin conocelle. Y aunque él quisiera hablar á Zoráida, como él despues me dijo, y decille que él era el que por órden mia la habia de llevar á tierra de cristianos, que estuviese contenta y segura, nunca le fué posible, porque las moras no se dejan ver de ningun moro ni turco, sino es que su marido ó su padre se lo manden: pero Dios, que lo ordenaba de otra manera, no dió lugar al buen deseo que nuestro renegado tenia, el cual viendo cuán seguramente iba y venia á Sargel, y que daba fondo cuando, cómo y adonde queria, y que el tagarino su compañero no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenaba, que yo estaba ya rescatado, y que solo faltaba buscar algunos cristianos que bogasen el remo, me dijo que mirase yo cuales queria traer conmigo fuera de los rescatados, y que los tuviese hablados para el primer viernes, donde tenia determinado que fuese nuestra partida. Viendo esto hablé á doce españoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad; á los cuales no les dije otra cosa sinó que el primer viernes en la tarde se saliesen uno á uno disimuladamente, y se fuesen la vuelta del jardin de Agi Morato, y que allí me aguardasen hasta que yo fuese. A cada uno dí este aviso de por sí, con órden que aunque allí viesen otros cristianos, no les dijesen sino que yo les habia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaba hacer otra, que era la que más me convenia, y era la de avisar á Zoráida el punto en que estaban los negocios, para que estuviese apercibida y sobre aviso, que no se sobresaltase si de improviso la asaltásemos antes del tiempo que ella podia imaginar que la barca de cristianos podia volver; y así determiné de ir al jardin y ver si podria hablarla; y con ocasion de coger algunas yerbas un dia antes de mi partida fuí allá, y la primera persona con quién encontré fué con su padre, el cual me preguntó que qué buscaba en aquel su jardin, y de quién era. Respondíle que era esclavo de Arnáute Mamí y esto porque sabia yo por muy cierto que era un grandísimo amigo

suyo, y que buscaba de todas yerbas para hacer ensalada. Preguntóme por el consiguiente si era hombre de rescate ó no, y que cuanto pedia mi amo por mí. Estando en todas estas preguntas y respuestas, salió de la casa del jardin la bella Zoráida, la cual ya habia mucho que me habia visto, y como las moras en ninguna manera hacen melindre de mostrarse á los cristianos, ni tampoco se esquivan, como ya hé dicho, no se le dió nada de venir adonde su padre conmigo estaba, antes luego cuando su padre vió que venia y despacio, la llamó y mandó que llegase. Demasiada cosa seria decir yo ahora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo y rico adorno con que mi querida Zoráida se mostró á mis ojos: solo diré que más perlas pendian de su hermosísimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenia en la cabeza. Así como ella llegó le dijo su padre en su lengua como yo era cautivo de su amigo Arnáute Mamí, y que venia á buscar ensalada. Ella tomó la mano [5], y me preguntó si era caballero, y qué era la causa que no me rescataba. Yo le respondí que ya estaba rescatado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaba, pues habian dado por mí mil y quinientos zoltanís [6], á lo cual ella respondió: en verdad que si tú fueras de mi padre, que yo hiciera que no te diera él por otros dos tantos, porque vosotros cristianos siempre mentís en cuanto decís, y os haceis pobres por engañar á los moros. Bien podria ser eso, señora, le respondí, mas en verdad que yo la hé tratado con mi amo, la trato y la trataré con cuantas personas hay en el mundo. ¿Y cuándo te vas? dijo Zoráida. Mañana creo yo, porque está aqui un bajel de Francia que se hace mañana á la vela, y pienso irme con él. ¿No es mejor, replicó Zoráida, esperar á que vengan bajeles de España é irte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos? No, respondí yo, aunque si es verdad que viene ya un bajel de España, como hay nuevas, todavía yo le aguardaré, puesto que es mas cierto el partirme mañana, porque el deseo que tengo de verme en mi tierra y con las personas que bien quiero, es tanto, que no me dejará esperar otra comodidad, si se tarda, por mejor que sea. ¿Debes de ser sin duda casado en tu tierra, dijo Zoráida, y por eso deseas ir á verte con tu mujer? No soy casado, más tengo dada la palabra de casarme en llegando allá. ¿Y es hermosa la dama á quien se la diste? dijo Zoráida. Tan hermosa es, respondí yo, que para encarecella y decirte la verdad, se parece á tí mucho. Desto se rió muy de veras su padre, y dijo: *gualá* [7], cristiano, que debe ser muy hermosa si se parece á mi hija, que es la mas hermosa de todo este reino: sinó mírala bien, y verás como te digo verdad. Servíanos de intérprete á las mas

5 *Tomar la mano* es empezar. 6 *El zoltani* valia algo mas de treinta y seis reales y medio de nuestra moneda actual. 7 *Gualá*, juramento arábigo: *por Alá, por Dios.*

destas palabras y razones el padre de Zoráida como mas ladino, que aunque ella hablaba la lengua bastarda, que allí se usa, mas declaraba su intencion por señas que por palabras.

Estando en estas y otras muchas razones llegó un moro corriendo, y dijo á grandes voces que por las bardas ú paredes del jardin habian saltado cuatro turcos, y andaban cogiendo la fruta aunque no estaba madura. Sobresaltóse el viejo y lo mismo hizo Zoráida, á quien aquel dijo: retírate hija á la casa, y enciérrate en tanto que yo voy á hablar á estos canes; y tú, cristiano, busca tus yerbas, y véte en buen hora, y llévete Alá con bien á tu tierra. Yo me incliné, y él se fué á buscar los turcos dejándome solo con Zoráida, que comenzó á dar muestras de irse donde su padre le habia mandado; pero apenas él se encubrió con los árboles del jardin, cuando ella volviéndose á mí, llenos los ojos de lágrimas me dijo: *¿tameji*, cristiano, *tameji?* que quiere decir: ¿váste, cristiano, váste? Yo la respondí: señora, sí, pero no en ninguna manera sin tí: el primer *jumá* [8] me aguarda, y no te sobresaltes cuando nos veas, que sin duda alguna iremos á tierra de cristianos. Yo le dije esto de manera que ella entendió muy bien todas las razones que entrambos pasamos, y echándome un brazo al cuello, con desmayados pasos comenzó á caminar hácia la casa; y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala si el cielo no lo ordenára de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os hé contado con un brazo al cuello, su padre, que ya volvia de hacer ir á los turcos, nos vió de la suerte y manera que íbamos, y nosotros vimos que él nos habia visto; pero Zoráida, advertida y discreta, no quiso quitar el brazo de mi cuello, antes se llegó más á mí, y puso su cabeza sobre mi pecho doblando un poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaba, y yo ansimismo dí á entender que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo á donde estábamos, y viendo á su hija de aquella manera le preguntó que qué tenia; pero como ella no le respondiese, díjo su padre: sin duda alguna que con el sobresalto de la entrada destos canes se ha desmayado, y quitándola del mio la arrimó á su pecho, y ella dando un suspiro y áun no enjutos los ojos de lágrimas, volvió á decir: «*ameji*» cristiano, «*ameji*:» vete, cristiano, vete. A lo que su padre respondió: no importa, hija, que el cristiano no se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los turcos ya son idos: no te sobresalte cosa alguna pues ninguna hay que pueda darte pesadumbre, pues como ya te hé dicho, los turcos á mi ruego se volvieron por donde entraron. Ellos, señor, la sobresaltaron como has dicho, díje yo á su padre, mas pues ella dice que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre: quédate en paz, y con

8 El viernes.

tu licencia volveré si fuere menester por yerbas á este jardin, que segun dice mi amo, en ninguno las hay mejores para ensalada que en él. Por todas las que quisieres podrás volver, respondió Agi Morato, que mi hija no dice esto porque tú ni ninguno de los cristianos la enojaban, sino que por decir que los turcos se fuesen, dijo que tú te fueses, ó porque ya era hora que buscases tus yerbas. Con esto me despedí al punto de entrambos, y ella arrancándosele el alma al parecer, se fué con su padre, y yo con achaque de buscar las yerbas rodeé muy bien y á mi placer todo el jardin: miré bien las entradas y salidas, la fortaleza de la casa y la comodidad que se podia ofrecer para facilitar todo nuestro negocio.

Hecho esto me vine y dí cuenta de cuanto habia pasado al renegado y á mis compañeros, y ya no veía la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa y bella Zoráida la suerte me ofrecia. En fin, el tiempo se pasó, y se llegó el dia y plazo de nosotros tan deseado: y siguiendo todos el órden y parecer que con discreta consideracion y largo discurso muchas veces habíamos dado, tuvimos el buen suceso que deseábamos, porque el viernes que se siguió al dia que yo con Zoráida hablé en el jardin, el renegado al anochecer dió fondo con la barca casi frontero de donde la hermosísima Zoráida estaba. Ya los cristianos que habian de bogar el remo, estaban prevenidos y escondidos por diversas partes de todos aquellos alrededores. Todos estaban suspensos y alborozados aguardándome, deseosos ya de embestir con el bajel que á los ojos tenian; porque ellos no sabian el concierto del renegado, sino que pensaban que á fuerza de brazos habian de haber y ganar la libertad quitando la vida á los moros que dentro de la barca estaban. Sucedió pues, que así como yo me mostré y mis compañeros, todos los demás escondidos que nos vieron, se vinieron llegando á nosotros. Esto era ya á tiempo que la ciudad estaba cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecía. Como estuvimos juntos dudamos si sería mejor ir primero por Zoráida, ó rendir primero á los moros tagarinos que bogaban el remo en la barca; y estando en esta duda llegó á nosotros nuestro renegado diciéndonos, que en qué nos deteníamos, que ya era hora, y que todos sus moros estaban descuidados y los más dellos durmiendo. Dijímosle en lo que reparábamos, y él dijo que lo que mas importaba era rendir primero el bajel, que se podia hacer con grandísima facilidad y sin peligro alguno, y que luego podíamos ir por Zoráida. Parecíonos bien á todos lo que decía, y así sin detenernos más, haciendo él la guia, llegamos al bajel, y saltando él dentro primero metió mano á un alfanje y díjo en morisco: ninguno de vosotros se mueva de aquí, sinó quiere que le cueste la vida. Ya á este tiempo habian entrado dentro casi todos los cristianos. Los

moros, que eran de poco ánimo, viendo hablar de aquella manera á su arraez quedáronse espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas, que pocas ó casi ningunas tenian, se dejaron sin hablar alguna palabra maniatar de los cristianos, los cuales con mucha presteza lo hicieron, amenazando á los moros que si alzaban por alguna via ó manera la voz, que luego al punto los pasarian todos á cuchillo. Hecho ya esto, quedándose en guardia dellos la mitad de los nuestros, los que quedábamos, haciéndonos asimismo el renegado la guia, fuimos al jardin de Agi Morato, y quiso la buena suerte que llegando á abrir la puerta se abrió con tanta facilidad como si cerrada no estuviera, y así con gran quietud y silencio llegamos á la casa sin ser sentidos de nadie. Estaba la bellísima Zoráida aguardándonos á una ventana, y así como sintió gente preguntó con voz baja si éramos *nizarani*[9] como si preguntára si éramos cristianos. Yo le respondí que sí, y que bajase. Cuando ella me conoció no se detuvo un punto, porque sin responderme palabra bajó en un instante, abrió la puerta, y mostróse á todos tan hermosa y ricamente vestida, que no lo acierto á encarecer. Luego que yo la ví, le tomé una mano, y la comenzé á besar, el renegado hizo lo mismo y mis dos camaradas, y los demas que el caso no sabian hicieron lo que vieron que nosotros hacíamos, que no parecia sino que le dábamos las gracias, y la reconocíamos por señora de nuestra libertad. El renegado le dijo en lengua morisca si estaba su padre en el jardin. Ella respondió que sí, y que dormía. Entonces con diligencia y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella habian quedado nos esperaban temerosos de algun mal suceso nuestro. Viéndose pues Zoráida ya en la barca, y que queríamos dar los remos al agua, y viendo allí á los moros que atados estaban, le dijo al renegado que me dijese le hiciese merced de soltarlos y darles libertad. El renegado me lo dijo, y yo respondí que era muy contento; pero él respondió que no convenia á causa que si allí los dejaban, apellidarian luego la tierra y alborotarian la ciudad, y serían causa que saliesen á buscarnos con algunas fragatas ligeras, y nos tomasen la tierra y la mar, de manera que no pudiésemos escaparnos; que lo que se podria hacer era darles libertad en llegando á la primera tierra de cristianos. En este parecer venimos todos; y Zoráida, á quien se le dió cuenta con las causas que nos movian á no hacer luego lo que queria, tambien se satisfizo; y luego con regocijado silencio y alegre diligencia cada uno de nuestros valientes remeros tomó su remo, y comenzamos, encomendándonos á Dios de todo corazon, á navegar la vuelta de las islas de Mallorca, que es la tierra de cristianos mas cerca; pero á causa de soplar un poco el viento tramontana y estar la mar algo picada, no fué

9 *Nizarani*, cristianos.

posible seguir la derrota de Mallorca, y fuénos forzoso dejarnos ir tierra á tierra la vuelta de Orán, no sin mucha pesadumbre nuestra.

Y habríamos navegado treinta millas cuando nos amaneció como tres tiros de arcabuz desviados de tierra, toda la cual vimos desierta y sin nadie que nos descubriese; pero con todo eso nos fuimos á fuerza de brazos entrando un poco en la mar, que ya estaba algo mas sosegada, y habiendo entrado casi dos leguas dióse órden que se bogase á cuarteles en tanto que comíamos algo, que iba bien proveida la barca, puesto que los que bogaban, dijeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diesen de comer á los que no bogaban, que ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hízose así, y en esto comenzó á soplar un viento largo, que nos obligó á izar luego vela, á dejar el remo, y enderezar á Orán por no ser posible hacer otro viaje. Todo se hizo con mucha presteza, y así á la vela navegamos por mas de ocho millas por hora, sin llevar otro temor alguno sino el de encontrar con bajel que de corso fuese. Dimos de comer á los moros tagarinos, y el renegado les consoló diciéndoles como no iban cautivos, que en la primera ocasion les darian libertad. Al cabo de algun tiempo habiéndose trocado el viento nos convino volver hácia tierra, y hacer fuerza de remos por no embestir en ella; mas quiso nuestra buena suerte que llegamos á una cala que se hace al lado de un pequeño promontorio ó cabo, que de los moros es llamado *el de la Cava rumia*, que en nuestra lengua quiere decir *la mala mujer cristiana*, y es tradicion entre los moros que en aquel lugar está enterrada la Cava, por quien se perdió España, porque *cava* en su lengua quiere decir *mujer mala*, y *rumia, cristiana*. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dejamos jamás los remos de la mano: comimos de lo que el renegado habia proveido, y rogamos á Dios y á nuestra señora de todo nuestro corazon, que nos ayudasen y favoreciesen para que felizmente diésemos fin á tan dichoso principio. Dióse órden á suplicacion de Zoráida como echásemos en tierra á todos los moros que allí atados venian, porque no podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atados y presos á aquellos de su tierra. Prometímosle de hacerlo así al tiempo de la partida, pues no corria peligro dejallos en aquel lugar, que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones, que no fuesen oidas del cielo, que en nuestro favor luego volvió el viento, tranquilizó el mar, convidándonos á que tornásemos alegres á proseguir nuestro comenzado viaje. Viendo esto desatamos á los moros, y uno á uno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados; atendimos en seguida todos á nuestro viaje, el cual nos le facilitaba el propio viento, de tal manera que bien tuvimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España. Mas como pocas veces ó nunca viene el

bien puro y sencillo sin ser acompañado ó seguido de algun mal que le turbe ó sobresalte, quiso nuestra desventura, que estando ya engolfados, y siendo ya casi pasadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto abajo, frenillados los remos, porque el próspero viento nos quitaba del trabajo de haberlos menester, con la luz de la luna que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros un bajel redondo, que con todas las velas tendidas, llevando un poco á orza el timon, delante de nosotros atravesaba, y esto tan cerca que nos fué forzoso amainar por no embestirle, y ellos asimismo hicieron fuerza de timon para darnos lugar que pasásemos. Habíanse puesto al bordo del bajel á preguntarnos quién éramos, y adonde navegábamos, y de donde veníamos; pero por preguntarnos esto en lengua francesa, dijo nuestro renegado: ninguno responda, porque estos sin duda son cosarios franceses que hacen á toda ropa. Por este advertimiento ninguno respondió palabra, y habiendo pasado un poco adelante, que ya el bajel quedaba á sotavento, de improviso soltaron dos piezas de artillería, y á lo que parecia ambas venian con cadenas, porque con una cortaron nuestro árbol por medio, y dieron con él y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieza vino á dar la bala en mitad de nuestra barca de modo que la abrió toda, sin hacer otro mal alguno; pero como nosotros nos vimos ir á fondo comenzamos todos á grandes voces á pedir socorro, y á rogar á los del bajel que nos acogiesen, porque nos anegábamos. Amainaron entonces, y echando el esquife ó barca á la mar, entraron en él hasta doce franceses bien armados con sus arcabuces y cuerdas encendidas, y así llegaron junto al nuestro, y viendo cuan pocos éramos, y cómo el bajel se hundia, nos recogieron, diciendo que por haber usado la descortesía de no respondelles nos habia sucedido aquello. En resolucion, todos pasamos con los franceses, los cuales despues de haberse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos nos despojaron de todo cuanto teniamos, y á Zoráida le quitaron hasta los carcajes que traia en los pies; y luego tomaron por acuerdo de darnos el esquife de su navío, y todo lo necesario para la corta navegacion que nos quedaba, como lo hicieron otro dia ya á vista de tierra de España, con la cual vista y alegría todas nuestras pesadumbres y pobrezas se nos olvidaron de todo punto, como si propiamente no hubieran pasado por nosotros: tanto es el gusto de alcanzar la libertad perdida. Cerca de medio dia podría ser cuando nos echaron en la barca, dándonos dos barriles de agua y algun vizcocho; y el capitan, movido no sé de qué misericordia, al embarcarse la hermosísima Zoráida le dió hasta cuarenta escudos de oro, y no consintió que le quitasen sus soldados estos mismos vestidos que ahora tiene puestos.

Entramos en el bajel, dímosles las gracias por el bien que nos hacian, mostrándonos mas agradecidos que quejosos: ellos se hicieron á lo largo siguiendo la derrota del estrecho; nosotros, sin mirar á otro norte que á la tierra que se nos mostraba delante, nos dimos tanta priesa á bogar, y al poner del sol estábamos tan cerca, que bien pudiéramos, á nuestro parecer llegar antes que fuera muy de noche; pero por no mostrarse en aquella noche la luna, y el cielo presentarse escuro, y por ignorar el paraje en que estábamos, no nos pareció cosa segura embestir en tierra, como muchos de nosotros creiamos; pero de los contrarios pareceres, el que se tomó fué que nos llegásemos poco á poco, y que si el sosiego del mar lo concediese, desembarcásemos donde pudiésemos. Hízose así, y poco antes de la media noche seria cuando llegamos al pié de una disformísima montaña, no tan junto al mar que no concediese un poco de espacio para poder desembarcar cómodamente. Embestimos en la arena, salimos todos á tierra, y besamos el suelo, y con lágrimas de alegrísimo contento dimos todos gracias á Dios Señor nuestro por el bien tan incomparable que nos habia hecho. Sacamos de la barca los bastimentos que tenia, tirámosla en tierra, y subimos un grandísimo trecho en la montaña, porque aun allí estabamos, y aún no podiamos asegurar el pecho, ni acabábamos de creer que era tierra de cristianos la que ya nos sostenía. Amaneció mas tarde de lo que quisiéramos: acabamos de subir toda la montaña por ver si desde allí algun poblado se descubria ó algunas cabañas de pastores; pero aunque mas tendimos la vista, ni poblado, ni persona, ni senda ni camino descubrimos. Con todo esto determinamos de entrarnos tierra adentro, pues no podria ser menos sino que presto descubriésemos quién nos diese noticia della. Poco menos de un cuarto de legua debíamos de haber andado cuando llegó á nuestros oidos el son de una pequeña esquila, señal clara que por allí cerca habia ganado; y mirando todos con atencion si alguno se parecia, vimos al pié de un alcornoque un pastor mozo, que con grande reposo y descuido estaba labrando un palo con un cuchillo. Dimos voces, y él alzando la cabeza se puso ligeramente en pié, y á lo que despues supimos, los primeros que á la vista se le ofrecieron fueron el renegado y Zoráida, y como él los vió en hábito de moros pensó que todos los de la Berbería estaban sobre él, y metiéndose con extraña ligereza por el bosque adelante, comenzó á dar los mayores gritos del mundo diciendo: moros, moros hay en la tierra: moros, moros, arma, arma. Con estas voces quedamos todos confusos, y no sabíamos qué hacernos; pero considerando que las voces del pastor habian de alborotar la tierra, y que la caballería de la costa habia de venir luego á ver lo que era, acordamos que el renegado se desnudase las ropas de turco y se vistiese un gileco ó casaca de cautivo, que uno de nosotros le dió lue-

go, aunque se quedó en camisa; y así encomendándonos á Dios fuimos por el mismo camino que vimos que el pastor llevaba, esperando siempre cuando había de dar sobre nosotros la caballería de la costa. Y no nos engañó nuestro pensamiento, porque áun no habrian pasado dos horas, cuando habiendo ya salido de aquellas malezas á un llano, descubrimos hasta cincuenta caballeros que con gran ligereza corriendo á media rienda á nosotros se venían: y así como los vimos nos estuvimos quedos aguardándolos; pero como ellos llegaron, y vieron en lugar de los moros que buscaban, tanto pobre cristiano, quedaron confusos, y uno de ellos nos preguntó si éramos nosotros acaso la ocasion porque un pastor había apellidado arma. Sí, dije yo, y queriendo comenzar á decirle mi suceso, y de donde veníamos, y quién éramos, uno de los cristianos que con nosotros venía conoció al ginete que nos había hecho la pregunta, y dijo sin dejarme á mí decir mas palabra; gracias sean dadas á Dios, señores, que á tan buena parte nos ha conducido, porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Velez-Málaga: si ya los años de mi cautiverio no me han quitado de la memoria el acordarme que vos, señor, que nos preguntais quién somos, sois Pedro de Bustamante tio mio. Apenas hubo dicho esto el cristiano cautivo, cuando el ginete se arrojó del caballo, y vino á abrazar al mozo diciéndole: sobrino de mi alma y de mi vida, ya te conozco, y ya te hé llorado por muerto yo y mi hermana tu madre, y todos los tuyos, que aun viven, y Dios ha sido servido de darles vida para que gozen el placer de verte. Ya sabíamos que estabas en Argel, y por las señales y muestras de tus vestidos, y los de todos los desta compañía comprendo que habeis tenido milagrosa libertad. Así es, respondió el mozo, y tiempo nos quedará para contároslo todo. Luego que los ginetes entendieron que éramos cristianos cautivos se apearon de sus caballos, y cada uno nos convidaba con el suyo para llevarnos á la ciudad de Velez-Málaga, que legua y media de allí estaba. Algunos dellos volvieron á llevar la barca á la ciudad, diciéndoles donde la habíamos dejado, otros nos subieron á las ancas, y Zoráida fué en las del caballo del tio del cristiano. Salióno á recibir todo el pueblo, que ya de alguno que se habia adelantado sabian la nueva de nuestra venida. No se admiraban de ver cautivos libres, ni moros cautivos, porque toda la gente de aquella costa está hecha á ver á los unos y á los otros; pero admirábanse de la hermosura de Zoráida, la cual en aquel instante y sazon estaba en su punto, ansí con el cansancio del camino, como con la alegria de verse ya en tierra de cristianos, sin sobresalto de perderse, y esto le habia sacado al rostro tales colores, que sinó es que la aficion entonces me engañaba, osára decir que mas hermosa criatura no había en el mundo, á lo menos que yo la hubiese visto.

Fuimos derechos á la iglesia á dar gracias á Dios por la merced recibida, y así como en ella entró Zoráida, dijo que allí habia rostros que se parecian á los de Lela Márien. Dijímosle que eran imágenes suyas, y como mejor se pudo le dió el renegado á entender lo que significaban, para que ella las adorase como si verdaderamente fueran cada una de ellas la misma Lela Márien que la habia hablado. Ella, que tiene buen entendimiento, entendió luego cuanto acerca de las imágenes se le dijo. Desde allí nos llevaron y repartieron á todos en diferentes casas del pueblo; pero al renegado, Zoráida y á mí nos llevó el cristiano que vino con nosotros en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor como á su mismo hijo. Seis dias estuvimos en Velez, al cabo de los cuales el renegado, hecha su informacion de cuanto le convenia, se fué á la ciudad de Granada á reducirse por medio de la santa Inquisicion al gremio de la Iglesia; los demás cristianos libertados se fueron cada uno donde mejor le pareció: solos quedamos Zoráida y yo con solo los escudos que la cortesía del francés le dió á Zoráida, de los cuales compré este animal en que ella viene, y sirviéndola yo hasta ahora de padre y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver si mi padre es vivo, ó si alguno de mis hermanos ha tenido más próspera ventura que la mia, puesto que, por haberme hecho el cielo compañero de Zoráida, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que más la estimára. La paciencia con que Zoráida lleva las incomodidades que la pobreza trae consigo, y el deseo que muestra tener de verse ya cristiana, es tanto y tál que me admira, y me mueve á servirla todo el tiempo de mi vida, puesto que el gusto que tengo de verme suyo y de que ella sea mia, me le turba y deshace no saber si hallaré en mi tierra algun rincon donde recogella, y si habrán hecho el tiempo y la muerte tal mudanza en la hacienda y vida de mi padre y hermanos, que apenas halle quien me conozca si ellos faltan. No tengo más, señores, que deciros de mi historia, la cual, si es agradable y peregrina, júzguenlo vuestros buenos entendimientos, que de mí sé decir que quisiera habérosla contado mas brevemente, puesto que el temor de enfadaros mas de cuatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

CAPITULO XXIX.

Que trata de lo más que sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

Calló en diciendo esto el cautivo, á quien D. Fernando dijo: por cierto, señor capitan, el modo con que habeis contado este extraño su-

ceso ha sido tál, que iguala á la novedad y extrañeza del mismo caso: todo es peregrino, raro, y lleno de accidentes que maravillan y suspenden á quien los oye; y es de tal manera el gusto que hemos recebido en escuchalle, que aunque nos hallára el dia de mañana entretenidos en el mismo cuento, holgáramos que de nuevo se comenzára. Y en diciendo esto, Cardenio y todos los demás se le ofrecieron con todo lo á ellos posible para servirle, con palabras y razones tan amorosas y tan verdaderas que el capitan se tuvo por bien satisfecho de sus voluntades. En esto llegaba ya la noche, y al cerrar della llegó á la venta un coche con algunos hombres de á caballo. Pidieron posada, y la ventera respondió que no habia en toda la venta un palmo desocupado. Pues aunque eso sea, dijo uno de los de á caballo que habian entrado, no há de faltar para el señor oidor que aquí viene. A este nombre se turbó la huéspeda y dijo: señor, lo que en ello hay es que no tengo camas: si es que su merced del señor oidor la trae, que sí debe de traer, éntre en buen hora, que yo y mi marido nos saldremos de nuestro aposento por acomodar á su merced. Sea en buen hora, dijo el escudero; pero á este tiempo ya habia salido del coche un hombre que en el traje mostró luego el oficio y cargo que tenia, porque la ropa luenga con las mangas arrocadas [1] que vestia mostraron ser oidor como su criado habia dicho. Traia de la mano á una doncella al parecer de hasta diez y seis años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa y tan gallarda, que á todos puso en admiracion su vista; de suerte que á no haber visto á Dorotea, á Luscinda y Zoráida, que en la venta estaban, creyeran que otra tal hermosura como la desta doncella difícilmente pudiera hallarse. Hallóse D. Quijote al entrar del oidor y de la doncella, y así como le vió dijo: seguramente puede v. m. entrar y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrecheza ni incomodidad en el mundo que no dé lugar á las armas y á las letras, y más si las armas y letras traen por guia y adalid á la fermosura, como la traen las letras de v. m. en esta fermosa doncella. Éntre v. m. digo en este paraiso, que aquí hallará las armas en su punto y la hermosura en su extremo. Admirado quedó el oidor del razonamiento de D. Quijote, á quien se puso á mirar muy de propósito, y no menos le admiraba su talle que sus palabras; y sin hallar ningunas con que respondelle, se tornó á admirar de nuevo cuando vió delante de sí á Luscinda, Dorotea y á Zoráida, que á las nuevas de los nuevos huéspedes y á las que la ventera les habia dado de la hermosura de la doncella, habían venido á verla y á

1 La ropa luenga y las mangas *arrocadas*, esto es, la vestidura talar abierta por delante, y las mangas con vuelillos por abajo y guarnicion ancha á *manera de recadero* por arriba.

recibirla; pero D. Fernando, Cardenio y el cura le hicieron mas llanos y mas cortesanos ofrecimientos. En efecto, el señor oidor entró confuso así de lo que veia como de lo que escuchaba, y las hermosas de la venta dieron la bienllegada á la hermosa doncella. En resolucion, bien echó de ver el oidor que era gente principal toda la que allí estaba; pero el talle, visaje y la apostura de D. Quijote le desatinaba; y habiendo pasado entre todos corteses ofrecimientos, y tanteádose la comodidad de la venta, se ordenó lo que ya estaba ordenado, que todas las mujeres se entrasen en el camaranchon ya referido, y que los hombres se quedasen fuera como en su guarda: y así fué contento el oidor que su hija, que era la doncella, se fuese con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana; y con parte de la estrecha cama del ventero y con la mitad de la que el oidor traia, se acomodaron aquella noche mejor de lo que pensaban. El cautivo, á quien desde el punto que vió al oidor le dió saltos el corazon y barruntos de que aquel era su hermano, preguntó á uno de los criados que con él venian, cómo se llamaba y si sabia de qué tierra era. El criado le respondió que se llamaba el licenciado Juan Perez de Viedma, y que habia oido decir que era de un lugar de las montañas de Leon. Con esta relacion y con lo que él habia visto, se acabó de confirmar de que aquel era su hermano, que habia seguido las letras por consejo de su padre; y alborozado y contento, llamando aparte á D. Fernando, á Cardenio y al cura, les contó lo que pasaba, certificándoles que aquel oidor era su hermano. Habíale dicho tambien el criado cómo iba proveido por oidor á las Indias en la audiencia de Méjico: supo tambien cómo aquella doncella era su hija, de cuyo parto habia muerto su madre, y que él habia quedado muy rico con el dote que con la hija se le quedó en casa. Pidióles consejo qué modo tendria para descubrirse, ó para conocer primero si despues de descubierto su hermano por verle pobre se afrentaría ó le recibiría con buenas entrañas. Déjeseme á mí el hacer esa experiencia, dijo el cura; cuanto más que no hay pensar sino que vos, señor capitan, sereis muy bien recebido, porque el valor y prudencia que en su buen parecer descubre vuestro hermano, no dá indicios de ser arrogante ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo eso, dijo el capitan, yo querria, no de improviso, sino por rodeos, darme de él á conocer. Ya os digo, respondió el cura, que yo lo trazaré de modo que todos quedemos satisfechos.

Ya en esto estaba aderezada la cena, y todos se sentaron á la mesa, ceteo el cautivo y las señoras, que cenaron de por sí en su aposento. En la mitad de la cena díjo el cura: del mismo nombre de v. m., señor oidor, tuve yo un camarada en Constantinopla, donde estuve cautivo algunos años, el cual era uno de los valientes soldados y capitanes que

habia en toda la infantería española; pero tanto cuanto tenia de esforzado y valeroso tenia de desdichado. ¿Y cómo se llamaba ese capitan, señor mio? preguntó el oidor. Llamábase, respondió el cura, Rui Perez de Viedma, y era natural de un lugar de las montañas de Leon, el cual me contó un caso que á su padre con sus hermanos le habia sucedido, que á no contármelo un hombre tan verdadero como él, lo tuviera por conseja de aquellas que las viejas cuentan el invierno al fuego, porque me dijo que su padre habia dividido su hacienda entre tres hijos que tenia, y les habia dado ciertos consejos mejores que los de Caton; y sé yo decir que el que él escogió de ir á la guerra le habia sucedido tan bien, que en pocos años por su valor y esfuerzo, sin otro brazo que el de su mucha virtud, subió á ser capitan de infantería y á verse en camino y predicamento de ser presto maestre de campo; pero fuéle la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar y tener buena, allí la perdió con perder la libertad en la felicísima jornada donde tantos la cobraron, que fué en la batalla de Lepanto: yo la perdí en la Goleta, y despues por diferentes sucesos nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino á Argel, donde sé que le sucedió uno de los mas extraños casos que en el mundo han sucedido. De aquí fué prosiguiendo el cura, y con brevedad contó lo que con Zoráida á su hermano habia sucedido. A todo lo cual estaba tan atento el oidor, que ninguna vez habia sido tan oidor como entonces. Solo llegó el cura al punto de cuando los franceses despojaron á los cristianos que en la barca venian, y la pobreza y necesidad en que su camarada y la hermosa mora habian quedado; de los cuales no habia sabido en qué habian parado, ni si habian llegado á España ó llevádolos los franceses á Francia. Todo lo que el cura decia estaba escuchando algo de allí desviado el capitan, y notaba todos los movimientos que su hermano hacía; el cual viendo que ya el cura habia llegado al fin de su cuento, dando un grande suspiro y llenándosele los ojos de agua, dijo: ¡oh, señor, si supiésedes las nuevas que me habeis contado, y cómo me tocan tan en parte que me es forzoso dar muestras dello con estas lágrimas que contra toda mi discrecion y recato me salen por los ojos! Ese capitan tan valeroso que decís es mi mayor hermano, el cual como más fuerte y de más altos pensamientos que yo ni otro hermano menor mio, escogió el honroso y digno ejercicio de la guerra, que fué uno de los tres caminos que nuestro padre nos propuso, segun os dijo vuestro camarada en la conseja que á vuestro parecer le oístes. Yo seguí el de las letras, en las cuales Dios y mi diligencia me han puesto en el grado que me veis. Mi menor hermano está en el Pirú, tan rico que con lo que ha enviado á mi padre y á mí ha satisfecho bien la parte que él se llevó, y aun dado á las manos de mi padre con que poder hartar su liberalidad natural; y yo ansimismo he podido con mas

decencia y autoridad tratarme en mis estudios y llegar al puesto en que me veo. Vive áun mi padre muriendo con el deseo de saber de su hijo mayor, y pide á Dios con contínuas oraciones no cierre la muerte sus ojos hasta que él vea con vida á los de su hijo; del cual me maravillo, siendo tan discreto, cómo en tantos trabajos y aflicciones ó prósperos sucesos se haya descuidado de dar noticia de sí á su padre, que si él lo supiera ó alguno de nosotros, no tuviera necesidad de aguardar al milagro de la caña para alcanzar su rescate: pero lo que yo ahora me temo es si aquellos franceses le habrán dado libertad, ó le habrán muerto por encubrir su hurto. Esto hará que yo prosiga mi viaje, no con aquel contento con que le comenzé, sino con toda melancolía y tristeza. ¡Oh, buen hermano mio, y quién supiera ahora donde estás, que yo te fuera á buscar y á librar de tus trabajos, aunque fuera á costa de los mios! ¡Oh, quién llevára nuevas á nuestro viejo padre de que tenias vida, aunque estuvieras en las mazmorras mas escondidas de Berbería, que de allí te sacáran sus riquezas, las de mi hermano y las mias! ¡Oh, Zoráida hermosa y liberal, quién pudiera pagar el bien que á un hermano hiciste! ¡quién pudiera hallarse al renacer de tu alma y á las bodas, que tanto gusto á todos nos dieran! Estas y otras semejantes palabras decia el oidor lleno de tanta compasion con las nuevas que de su hermano le habian dado, que todos los que le oian le acompañaban en dar muestras del sentimiento que tenian de su lástima. Viendo, pues, el cura que tan bien habia salido con su intencion y con lo que deseaba el capitan, no quiso tenerlos á todos mas tiempo tristes; y así se levantó de la mesa, y entrando donde estaba Zoráida la tomó por la mano, y trás ella se vinieron Luscinda, Dorotea y la hija del oidor. Estaba esperando el capitan á ver lo que el cura queria hacer, que fué que tomándole á él asimismo de la otra mano, con entrambos á dos se fué donde el oidor y los demás caballeros estaban, y dijo: cesen, señor oidor, vuestras lágrimas, y cólmese vuestro deseo de todo el bien que acertáre á desearse, pues teneis delante á vuestro buen hermano y á vuestra buena cuñada: éste que aquí veis es el capitan Viedma, y ésta la hermosa mora que tanto bien le hizo: los franceses que os dije los pusieron en la estrecheza que veis, para que vos mostreis la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudió el capitan á abrazar á su hermano, y él le puso las manos en los pechos por mirarle algo más apartado; mas cuando le acabó de conocer le abrazó tan estrechamente, derramando tan tiernas lágrimas de contento, que los más de los que presentes estaban le hubieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dijeron, los sentimientos que mostraron, apenas creo que pueden pensarse, cuanto mas escribirse. Allí en breves razones se dieron cuenta de sus sucesos; allí mostraron puesta en su punto la buena amistad de dos

hermanos; allí abrazó el oidor á Zoráida: allí la ofreció su hacienda; allí hizo que la abrazase su hija; allí la cristiana hermosa y la mora hermosísima renovaron las lágrimas de todos. Allí D. Quijote estaba atento sin hablar palabra, considerando estos tan extraños sucesos, atribuyéndolos todos á quimeras de la andante caballería. Allí concertaron que el capitan y Zoráida se fuesen con su hermano á Sevilla y avisasen á su padre de su hallazgo y libertad, para que como pudiese viniese á hallarse en las bodas y bautismo de Zoráida, por no le ser al oidor posible dejar el camino que llevaba, á causa de tener nuevas que de allí á un mes partia flota de Sevilla á la Nueva-España, y fuérale de grande incomodidad perder el viaje. En resolucion, todos quedaron contentos y alegres del buen suceso del cautivo; y como ya la noche iba casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse y reposar lo que de ella les quedaba. D. Quijote se ofreció á hacer la guardia del castillo, porque de algun gigante ó otro mal andante follon no fuesen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura que en aquel castillo se encerraba. Agradeciéronselo los que le conocian, y dieron al oidor cuenta del extraño humor de D. Quijote, de que no poco gusto recibió. Solo Sancho Panza se desesperaba con la tardanza del recogimiento, y se acomodó mejor que todos echándose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros como adelante se dirá. Recogidas, pues, las damas en su estancia, y los demas acomodándose como ménos mal pudieron, D. Quijote se salió fuera de la venta á hacer la centinela del castillo, como lo habia prometido.

En toda la venta se guardaba un grande silencio: solamente no dormian la hija de la ventera y Maritornes su criada, las cuales, como ya sabían el humor de que pecaba D. Quijote, y que estaba fuera de la venta armado y á caballo haciendo la guardia, determinaron las dos de hacelle alguna burla, ó á lo menos de pasar un poco el tiempo oyéndole sus disparates. Es pues el caso, que en toda la venta no había ventana que saliese al campo, sino un agujero de un pajar por donde echaban la paja por defuera. A este agujero se pusieron las dos semidoncellas, y vieron que D. Quijote estaba á caballo recostado sobre su lanzon dando de cuando en cuando tan dolientes y profundos suspiros, que parecia que con cada uno se le arrancaba el alma: y asimismo oyeron que decia con voz blanda, regalada y amorosa: ó mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archivo del mejor donaire, depósito de la honestidad, y ultimadamente idea de todo lo provechoso, honesto y deleitable que hay en el mundo; ¿y qué fará agora la tu merced? ¿Si tendrás por ventura las mientes en tu cautivo caballero, que á tantos peligros, por solo servirte, de su voluntad ha querido ponerse? Dame tú nuevas della, ó

luminaria de las tres caras: [2] quizá con envidia de la suya la estás ahora mirando que, ó paseándose por alguna galería de sus suntuosos palacios, ó puesta de pechos sobre algun balcon, está considerando, cómo, salva su honestidad y grandeza, ha de amansar la tormenta que por ella éste mi cuitado corazon padece, qué gloria ha de dar á mis penas, qué sosiego á mi cuidado, y finalmente qué vida á mi muerte, y qué premio á mis servicios. Y tú, sol, que ya debes de estar apriesa ensillando tus caballos por madrugar y salir á ver á mi señora, así como la veas, suplícote que de mi parte la saludes; pero guárdate que al verla y saludarla no le des paz [3] en el rostro, que tendré más zelos de tí que tú los tuvistes de aquella ligera ingrata que tanto te hizo sudar y correr por los llanos de Tesalia, ó por las riberas del Peneo, que no me acuerdo bien por dónde corriste entonces zeloso y enamorado.

A este punto llegaba entonces D. Quijote en su tan lastimero razonamiento, cuando la hija de la ventera le comenzó á cecear y á decirle: señor mio, lléguese acá la v. m., si es servido. A cuyas señas y voz volvió D. Quijote la cabeza y vió á la luz de la luna, que entonces estaba en toda su claridad, cómo le llamaban del agujero, que á él le pareció ventana; y aun con rejas doradas, como conviene que las tengan tan ricos castillos como él se imaginaba que era aquella venta. Y en el instante se le representó en su loca imaginacion que otra vez como la pasada la doncella fermosa, hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor tornaba á solicitarle, y con este pensamiento por no mostrarse descortés y desagradecido, volvió las riendas á Rocinante, se llegó al agujero, y así como vió á las dos mozas, dijo: lástima os tengo, fermosa señora de que háyades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme me merece vuestro gran valor y gentileza, de lo que no debeis dar culpa á este miserable andante caballero, á quien tiene amor imposibilitado de poder entregar su voluntad á otra que á aquella á quien en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme, buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no querais con significarme mas vuestros deseos que yo me muestre mas desagradecido; y si del amor que me teneis hallais en mí otra cosa con que satisfaceros que el mismo amor no sea, pedídmela, que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mia de dárosla encontinente, si bien me pidiésedes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mismos rayos del sol encerrados en una redoma. No ha menester nada deso mi señora, señor caballero, dijo á este punto Ma-

2 La luna, ó la diosa Diana. 3 No la beses, ó no le des ósculo de paz.

ritornes. ¿Pues qué há menester, discreta dueña, vuestra señora? respondió D. Quijote. Sola una de vuestras hermosas manos, dijo Maritornes, por poder desfogar con ella el gran deseo que á este agujero la ha traido tan á peligro de su honor, que si su señor padre la hubiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja. Ya quisiera yo ver eso, respondió D. Quijote; pero él se guardará bien, si ya no quiere tener el mas desastrado fin que padre tuvo en el mundo, por haber puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Parecióle á Maritornes que sin duda D. Quijote daría la mano que le había pedido, y proponiendo en su pensamiento lo que había de hacer se bajó del agujero y se fué á la caballeríza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Panza, y con mucha presteza se volvió á su agujero, á tiempo que D. Quijote se habia puesto de pies sobre la silla de Rocinante por alcanzar á la ventana enrejada, donde se imaginaba estar la ferída doncella, y al darle la mano, dijo: tomad, señora, esa mano, ó por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo; tomad esa mano, digo, á quien no ha tocado otra de mujer alguna. No os la doy para que la beseis, sino para que mireis la contextura de sus nervios, la trabazon de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis qué tal debe ser la fuerza del brazo que tal mano tiene. Ahora lo veremos, dijo Maritornes, y haciendo una lazada corrediza al cabestro se la echó á la muñeca, y bajándose del agujero, ató lo que quedaba al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. D. Quijote, que sintió la aspereza del cordel en su muñeca, dijo: más parece que v. m. me ralla, que no que me regala la mano: no la trateis tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os hace, ni es bien que en tan poca parte vengueis el de todo vuestro enojo: mirad que quién quiere bien no se venga tan mal. Pero todas estas razones de D. Quijote ya no las escuchaba nadie, porque así como Maritornes le ató, ella y la otra se fueron muertas de risa, y le dejaron asido de manera que fué imposible soltarse. Estaba pues como se ha dicho, de pies sobre Rocinante, metido todo el brazo por el agujero, y atado de la muñeca y al cerrojo de la puerta, con grandísimo temor y cuidado que si Rocinante se desviaba á un cabo ó á otro, había de quedar colgado del brazo, y así no osaba hacer movimiento alguno, puesto que de la paciencia y quietud de Rocinante bien se podía esperar que estaría sin moverse un siglo entero. En resolucion, viéndose D. Quijote atado, y que ya las damas se habian ido, se dió á imaginar, que todo aquello se hacía por via de encantamento como la vez pasada cuando en aquel mismo castillo le molió aquel moro encantado del arriero; y maldecía entre sí su poca discrecion y discurso, pues habiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo, se habia aventurado á entrar en él la se-

gunda, siendo advertimiento de caballeros andantes, que cuando hán probado una aventura, y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y así no tienen necesidad de probarla segunda vez. Con todo esto tiraba de su brazo por ver si podia soltarse, más él estaba tan bien asido, que todas sus pruebas fueron en vano. Bien es verdad que tiraba con tiento, porque Rocinante no se moviese; y aunque él quisiera sentarse y ponerse en la silla, no podia sino estar en pié ó arrancarse la mano. Allí fué el desear la espada de Amadís, contra quien no tenía fuerza encantamento alguno; allí fué el maldecir de su fortuna; allí fué el exagerar la falta que haría en el mundo su presencia el tiempo que allí estuviese encantado, que sin duda alguna se había creido que lo estaba; allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso; allí fué el llamar á su buen escudero Sancho Panza; que sepultado en sueño y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaba en aquel instante de la madre que lo habia parido; allí llamó á los sabios Lirgandéo y Alquífe, que le ayudasen; allí invocó á su buena amiga Urganda, que le socorriese; y finalmente allí le tomó la mañana, tan desesperado y confuso, que bramaba como un toro, porque no esperaba él que con el dia se remediaría su cuita, porque la tenía por eterna, teniéndose por encantado: y hacíale creer esto ver que Rocinante poco ni mucho se movia, y creia que de aquella suerte sin comer, ni beber ni dormir, habían de estar él y su caballo hasta que aquel mal influjo de las estrellas se pasase, ó hasta que otro mas sabio encantador le desencantase.

Pero engañóse mucho en su creencia, porque apenas comenzó á amanecer, cuando llegaron á la venta cuatro hombres de á caballo, muy bien puestos y aderezados, con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron á la puerta de la venta, que aún estaba cerrada, lo cual visto por D. Quijote desde donde áun no dejaba de hacer la centinela, con voz arrogante y alta dijo: caballeros ó escuderos, ó quien quiera que seais, no teneis para qué llamar á las puertas de este castillo, que asáz de claro está que á tales horas, ó los que están dentro duermen, ó no tienen por costumbre de abrirse las fortalezas hasta que el sol esté tendido por todo el suelo: desviaos afuera, y esperad que acláre el dia, y entónces veremos, si será justo ó no que os abran. ¿Qué diablos de fortaleza ó castillo es este, dijo uno, para obligarnos á guardar esas ceremonias? Si sois el ventero, mandad que nos abran, que somos caminantes, que no queremos más de dar cebada á nuestras cabalgaduras, y pasar adelante, porque vamos de priesa. ¿Paréceos, caballeros, que tengo yo talle de ventero? respondió D. Quijote. No sé de qué teneis talle, respondió el otro, pero sé que es decir un disparate en llamar castillo á esta venta. Castillo es, replicó D. Quijote, y aún de los mejores de

toda esta provincia, y gente tiene dentro que há tenido cetro en el mano y corona en la cabeza. Mejor fuera al revés, dijo el caminante, el cetro en la cabeza y la corona en la mano: y será, si á mano viene, que debe de estar dentro alguna compañía de representantes, de los cuales es tener á menudo esas coronas y cetros que decís, porque en una venta tan pequeña, y adonde se guarda tanto silencio como en esta, no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro. Sabeis poco del mundo, replicó D. Quijote, pues ignorais los casos que suelen acontecer en la caballería andante. Cansábanse los compañeros, que con el preguntante venian, del coloquio que con D. Quijote pasaba, y así tornaron á llamar con grande furia, y fué de modo que el ventero despertó y áun todos cuantos en la venta estaban, y así se levantó á preguntar quién llamaba. Sucedió en este tiempo que una de las cabalgaduras en que venian los cuatro que llamaban se llegó á oler á Rocinante, que melancólico y triste, con las orejas caidas, sostenía sin moverse á su estirado señor, y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dejar de resentirse, y tornar á oler á quien le llegaba á hacer caricias, y así no se hubo movido tánto cuánto, cuando se desviaron los juntos piés de D. Quijote, y resbalando de la silla diéran con él en el suelo á no quedar colgado del brazo; cosa que le causó tanto dolor, que creyó ó que la muñeca le cortaban, ó que el brazo se le arrancaba, porque él quedó tan cerca del suelo, que con las puntas de los piés besaba la tierra que era en su perjuicio, porque como sentía lo poco que le faltaba para poner las plantas en la tierra, fatigábase y estirábase cuanto podía por alcanzar al suelo.

CAPITULO XXX.

Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta, se averigua la duda del yelmo de Mambrino y se trata de la notable aventura de los cuadrilleros.

En efecto, fueron tantas las voces que D. Quijote dió, que abriendo de presto las puertas de la venta, salió el ventero despavorido á ver quien tales gritos daba. Maritornes, que ya habia despertado á las mismas voces imaginando lo que podia ser, se fué al pajar y desató sin que nadie lo viese el cabestro que á D. Quijote sostenía, y él dió luego en el suelo á vista del ventero y de los caminantes, que llegándose á él le preguntaron qué tenia que tales voces daba. Él sin responder palabra se quitó el cordel de la muñeca, y levantándose en pié subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, enristró su lanzon, y tomando buena parte del campo volvió á medio galope diciendo: cualquiera que dijere que yo hé

sido con justo título encantado, como mi señora la princesa Micomicona me dé licencia para ello, yo le desmiento, le rieto y desafío á singular batalla. Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de D. Quijote; pero el ventero les quitó de aquella admiracion diciéndoles quién era D. Quijote, y que no habia que hacer caso dél, porque estaba fuera de juicio. D. Quijote, que vió que ninguno de los cuatro caminantes hacía caso de él, ni le respondian á su demanda, rabiaba y moria de despecho y saña; y si él hallára en las ordenanzas de su caballería, que lícitamente podia el caballero andante tomar y emprender otra empresa, habiendo dado su palabra y fé de no ponerse en ninguna hasta acabar la que había prometido, él embistiera con todos, y les hiciera responder mal de su grado; pero por parecerle que no le convenía ni estaba bien comenzar nueva empresa hasta poner á Micomicona en su reino, hubo de callar y estarse quedo. Al poco tiempo se oyeron grandes voces á la puerta de la venta, y era la causa dellas que dos huéspedes que aquella noche habian alojado en ella, viendo á toda la gente ocupada y revuelta, habian intentado irse sin pagar lo que debian; mas el ventero, que atendía más á su negocio que á los ajenos, les asió al salir de la puerta, pidió su paga, y les afeó su mala intencion con tales palabras, que les movió á que le respondiesen con los puños; y así le comenzaron á dar tal mano, que el pobre ventero tuvo necesidad de dar voces y pedir socorro. La ventera y su hija no vieron á otro mas desocupado para poder socorrerle que á D. Quijote, á quien la hija de la ventera dijo; socorra v. m., señor caballero, por la virtud que Dios le dió, á mi pobre padre, que dos malos hombres le están moliendo como á cibera. A lo cual respondió D. Quijote muy de espacio y con mucha flema: fermosa doncella, no há lugar por ahora á vuestra peticion, porque estoy impedido de entremeterme en otra aventura en tanto que no diere cima á una en que mi palabra me há puesto. Mas lo que yo podré hacer por serviros es lo que ahora diré: corred y decid á vuestro padre que se entretenga en esa batalla lo mejor que pudiere, y que no se déje vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licencia á la princesa Micomicona para poder socorrerle en su cuita, que si ella me la dá, tened por cierto que yo le sacaré della. ¡Pecadora de mí! dijo á esto Maritornes que estaba delante: primero que v. m. alcánce esa licencia que dice, estará ya mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alcánce la licencia que digo, respondió D. Quijote, que como yo la tenga, poco hará al caso que él esté en el otro mundo, que de allí le sacaré á pesar del mismo mundo que lo contradiga, ó por lo menos os daré tal venganza de los que allá le hubieren enviado, que quedeis mas que medianamente satisfechas: y sin decir más, se fué á poner de hinojos ante Dorotea, pidiéndole con palabras caballerescas y andantescas

que la su grandeza fuese servida de darle licencia de acorrer y socorrer al castellano de aquel castillo, que estaba puesto en una grave mengua. La princesa se la dió de buen talante, y él luego embrazando su adarga y poniendo mano á su espada acudió á la puerta de la venta, adonde aún todavía traian los dos huéspedes á maltraer al ventero; pero así como llegó, embazó y se estuvo quedo, aunque Maritornes y la ventera le decian que en qué se detenía, que socorriese á su señor y marido. Deténgome, dijo D. Quijote, porque no me es lícito poner mano á la espada contra gente escuderil; pero llamadme aquí á mi escudero Sancho, que á él toca y atañe esta defensa y venganza. Esto pasaba en la puerta de la venta, y en ella andaban las puñadas y mojicones muy en su punto, todo en daño del ventero y en rabia de Maritornes, la ventera y su hija, que se desesperaban de ver la cobardía de D. Quijote, y de lo mal que lo pasaba su marido, señor y padre.

Pero dejémosle aquí, que no faltará quien le socorra, ó sinó, sufra y calle el que se atreve á más de á lo que sus fuerzas le permiten, y volvámonos atrás cincuenta pasos á ver qué le pasa á Sancho en la caballeriza, pues el demonio, que no duerme, ordenó que en aquel mismo punto entrase en la venta el barbero á quien D. Quijote quitó el yelmo de Mambrino, y Sancho Panza los aparejos del asno, que trocó con los del suyo; el cual barbero llevando su jumento á la caballeriza vió á Sancho Panza que estaba aderezando no se qué de la albarda, y así como la vió la conoció, y se atrevió á arremeter á Sancho diciendo: ah don ladron, que aquí os tengo, venga mi bacía y mi albarda, con todos mis aparejos que me robastes. Sancho, que se vió acometer tan de improviso, y oyó los vitupérios que le decian, con una mano asió de la albarda, y con la otra dió un mojicon al barbero, que le bañó los dientes en sangre; pero no por esto dejó el barbero la presa que tenía hecha en el albarda, antes alzó la voz de tal manera que todos los de la venta acudieron al ruido y pendencia, y decia: aquí del rey y de la justicia, que sobre cobrar mi hacienda me quiere matar este ladron salteador de caminos. Mentís, respondió Sancho, que yo no soy salteador de caminos, que en buena guerra ganó mi señor D. Quijote estos despojos. Ya estaba D. Quijote delante con mucho contento de ver cuán bien se defendia y ofendia su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pró, y propuso en su corazon de armarle caballero en la primera ocasion que se le ofreciese, por parecerle que seria en él bien empleada la órden de la caballeria. Entre otras cosas que el barbero decia en el discurso de la pendencia, vino á decir: señores, así esta albarda es mia como la muerte que debo á Dios, y así la conozco como si la hubiera parido, y ahí está mi asno en el establo, que no me dejará mentir; sinó prúebensela, y sinó le vieniere pintiparada, yo quedaré por in-

fame. Y hay más, que el mismo dia que se me quitó, me quitaron tambien una bacía de azofar nueva, que no se habia estrenado, que era señora de un escudo. Aquí no se pudo contener D. Quijote sin responder, y poniéndose entre los dos y apartándoles, depositando la albarda en el suelo, para que estuviese de manifiesto hasta que la verdad se aclarase, dijo: vean vuestras mercedes clara y manifiestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía á lo que fué, es y será el yelmo de Mambrino, el cual se le quité yo en buena guerra, y me hice señor dél con legítima y lícita posesion. En lo del albarda no me entremeto, que lo que en ello sabré decir es que mi escudero Sancho me pidió licencia para quitar los jaeces del caballo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo; yo se la dí, y él los tomó, y de haberse convertido de jaez en albarda no sabré dar otra razon sino es la ordinaria, que como esas trasformaciones se ven en los sucesos de la caballería: para confirmacion de lo cual corre, Sancho hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice ser bacía. Pardiez, señor, dijo Sancho, sinó tenemos otra prueba de nuestra intencion que la que v. m. dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino como el jaez de este buen hombre albarda. Haz lo que te mando, replicó D. Quijote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento. Sancho fué á dó estaba la bacía y la trújo, y así como D. Quijote la vió la tomó en las manos y dijo: miren vuestras mercedes con qué cara podrá decir este escudero, que esta es bacía, y no el yelmo que yo hé dicho: y juro por la órden de caballería que profeso, que este yelmo fué el mismo que yo le quité, sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna. En eso no hay duda, dijo á esta sazon Sancho, porque desde que mi señor le ganó hasta ahora, no ha hecho con él más de una batalla, cuando libró á los sin ventura encadenados; y sinó fuera por este bacíyelmo, no lo pasára entonces muy bien, porque hubo asaz de pedradas en aquel trance.

¿Qué les parece é vuestras mercedes, señores, dijo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues áun porfian que esta no es bacía sino yelmo? Y quien lo contrario dijere, dijo D. Quijote, le haré yo conocer que miente, si fuere caballero, y si escudero, que remiente mil vezes. Nuestro barbero, que á todo estaba presente, como tenia tan bien conocido el humor de D. Quijote, quiso esforzar su desatino, y llevar adelante la burla para que todos riesen; y dijo hablando con el otro barbero: señor barbero, ó quien sois, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio, y tengo mas há de veinte años carta de exámen, y conozco muy bien todos los instrumentos de la barbería sin que falte uno, y ni más ni ménos fuí un tiempo en mi mocedad soldado, y sé tambien qué es yelmo, y qué es morrion y celada de encaje, y

otras cosas tocantes á la milicia, digo á los géneros de armas de los soldados, y digo, salvo mejor parecer, remitiéndome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que está aquí delante, y que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bacía de barbero, pero está tan lejos de serlo como está lejos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira: tambien digo, que este, aunque es yelmo no es yelmo entero. No por cierto, dijo D. Quijote, porque le falta la mitad, que es la babera. Así es, dijo el cura, que ya habia entendido la intencion de su amigo el barbero, y lo mismo confirmaron Cardenio, D. Fernando y sus camaradas. ¡Válame Dios! dijo á esta sazon el barbero burlado, ¡qué es posible que tanta gente honrada diga que esta no es bacía sino yelmo! ¡Cosa parece esta que puede poner en admiracion á toda una universidad por discreta que sea! Basta: si es que esta bacía es yelmo, tambien debe de ser esta albarda jaez de caballo, como este señor ha dicho. A mí albarda me parece, dijo D. Quijote, pero ya hé dicho que en eso no me entremeto. De que sea albarda ó jaez, dijo el cura, no está en más de decirlo el señor D. Quijote, que en estas cosas de la caballería todos estos señores y yo le damos la ventaja. Por Dios, señores mios, dijo D. Quijote, que son tantas y tan extrañas las cosas que en este castillo, en dos veces que en él he alojado, me han sucedido, que no me atreva á decir afirmativamente ninguna cosa que se me preguntare acerca de lo que en él se contiene, porque imagino que cuanto en él se trata, vá por via de encantamento. La primera vez me fatigó mucho un moro encantado que en él hay, y á Sancho no le fué muy bien con otros sus secuaces, y anoche estuve colgado deste brazo casi dos horas, sin saber cómo ni cómo no vine á caer en aquella desgracia. Así que, ponerme yo ahora en cosa de tanta confusion á dar mi parecer, será caer en juicio temerario. En lo que toca á lo que dicen que esta es bacía y no yelmo, ya yo tengo respondido; pero en lo de declarar si esa es albarda ó jaez, no me atrevo á dar sentencia definitiva, solo lo dejo al buen parecer de vuestras mercedes; quizá por no ser armados caballeros como yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras mercedes los encantamentos de este lugar, y tendrán los entendimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste castillo como ellas son real y verdaderamente, y no como á mí me parecen. No hay duda, respondió á esto D. Fernando, sino que el señor D. Quijote ha dicho muy bien hoy, que á nosotros toca la difinicion deste caso; y porque vaya con mas fundamento, yo tomaré en secreto los votos destos señores, y de lo que resultare daré entera y clara noticia.

Para aquellos que la tenian del humor de D. Quijote era todo esto materia de grandísima risa; pero para los que la ignoraban les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente á otros tres pasajeros que

acaso habían llegado á la venta, que tenian parecer de ser cuadrilleros, como en efecto lo eran; pero el que más se desesperaba era el barbero, cuya bacía allí delante de sus ojos se le habia vuelto yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaba sin duda alguna que se le habia de volver jaez rico de caballo; y los unos y los otros se reian de ver como andaba D. Fernando tomando los votos de unos en otros, hablándolos al oido para que en secreto declarasen, si era albarda ó jaez aquella joya sobre quien tanto se habia peleado; y despues que hubo tomado los votos de aquellos que á D. Quijote conocian, dijo en alta voz: el caso es, buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar pareceres, porque veo que á ninguno pregúnto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el decir que esta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y áun de caballo castizo; y así habreis de tener paciencia, porque á vuestro pesar y al de vuestro asno este es jaez y no albarda, y vos habeis alegado y probado muy mal de vuestra parte. No la tenga yo en el cielo, dijo el pobre barbero, si todos vuestras mercedes no se engañan, y que así parezca mi ánima ante Dios como ella me parece á mí albarda, y no jaez; pero allá van leyes... y no digo más; y en verdad que no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar no. No menos causaban risa las necedades que decia el barbero, que los disparates de D. Quijote, el cual á esta sazon dijo: aquí no hay más que hacer sino que cada uno tóme lo que es suyo, y á quien Dios se la dió San Pedro se la bendiga. Uno de los cuadrilleros dijo: si ya no es que esto sea burla pensada no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento como son ó parecen todos los que aquí están, se atrevan á decir y afirmar que esta no es bacía, ni aquella albarda: mas como veo que lo afirman y lo dicen, me doy á entender que no carece de misterio el porfiar una cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad y la misma experiencia; porque voto á tal (y arrojóle redondo) que no me den á mí á entender cuantos hoy viven en el mundo, al revés de que esta no sea bacía de barbero, y esta albarda de asno. Bien podria ser de borrica, dijo el cura. Tanto monta, que el caso no consiste en eso, sino en si es ó no es albarda, como vuestras mercedes dicen. Oyendo esto otro de los cuadrilleros, que habia oido la pendencia y cuestion, lleno de cólera y de enfado dijo: tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho ó dijere debe de estar hecho uva: Mentís como bellaco villano, respondió D. Quijote, y alzando el lanzon, que nunca le dejaba de las manos, le iba á descargar tal golpe sobre la cabeza, que á no desviarse el cuadrillero, se le dejára allí tendido: el lanzon se hizo pedazos en el suelo, y los demás cuadrilleros, que vieron tratar mal á su compañero, alzaron la voz pidiendo favor á la santa Hermandad. El ventero, que era de la cuadrilla, entró al punto por su

varilla [1] y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: el barbero viendo la casa revuelta, tornó á asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho: D. Quijote puso mano á su espada y arremetió á los cuadrilleros: el cura y el oidor daban voces, la ventera gritaba, su hija se afligía, Maritornes lloraba, Dorotea estaba confusa, Luscinda suspensa, y doña Clara desmayada. El barbero aporreaba á Sancho: Sancho molia al barbero: D. Fernando tenia debajo de sus pies á un cuadrillero midiéndole el cuerpo con ellos muy á su sabor: el ventero tornó á reforzar la voz, pidiendo favor á la santa Hermandad: de modo que toda la venta era llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgrácias, cuchilladas, mojicones, palos, coces, y efusion de sangre. Y en la mitad deste caos, máquina y laberinto de cosas, se le representó en la memoria á D. Quijote que se veía metido de hoz y de coz en la discordia del campo de Agramante, y así dijo con voz que atronaba la venta: ténganse todos, todos envainen, todos se sosieguen, óiganme todos, si todos quieren quedar con vida. A cuya gran voz todos se pararon, y él prosiguió diciendo: ¿no os dije yo, señores, que este castillo era encantado, y que alguna legion de demonios debe de habitar en él? En confirmacion de lo cual quiero que veais por vuestros ojos cómo se ha pasado aquí y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante. Mirad cómo allí se pelea por la espada, aquí por el caballo, acullá por el águila, acá por el yelmo, y todos peleamos, y todos no nos entendemos: venga pues v. m., señor oidor, y v. m. señor cura, y el uno sirva de rey Agramante, y el otro de rey Sobrino, y póngannos en paz, porque por Dios todo poderoso, que es gran bellaquería que tanta gente principal como aquí estamos se máte por causas tan livianas. Los cuadrilleros, que no entendian el frásis de D. Quijote, y se veian malparados de D. Fernando, Cardenio y sus camaradas, no querian sosegarse: el barbero sí, porque en la pendencia tenía deshechas las barbas y el albarda: Sancho á la mas mínima voz de su amo obedeció como buen criado: solo el ventero porfiaba que se habían de castigar las insolencias de aquel loco, que á cada paso le alborotaba la venta. Finalmente el rumor se apaciguó por entonces, la albarda se quedó por jaez hasta el dia del juicio, la bacía por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de D. Quijote. Desta manera se apaciguó aquella máquina de pendencias por la autoridad de Agramante y prudencia del rey Sobrino; pero viéndose el enemigo de la concordia y el émulo de la paz menospreciado y burlado, y el poco fruto que habia granjeado de haberlos puestos á todos en tan confuso laberinto, acordó de probar otra vez la mano, resucitando nuevas pendencias y desasosiegos.

1 El distintivo ó señal de ser alguacil de la Santa Hermandad.

Es pues el caso, que los cuadrilleros se sosegaron por haber entreoido la calidad de los que con ellos se habian combatido, y se retiraron de la pendencia por parecerles que de cualquiera manera que sucediese, habian de llevar lo peor de la batalla; pero á uno dellos, que fué el molido y pateado por D. Fernando, le vino á la memoria que entre algunos mandamientos que traía para prender algunos delincuentes traía uno contra D. Quijote, á quien la santa Hermandad habia mandado prender por la libertad que dió á los galeotes, y como Sancho con mucha razon habia temido. Imaginando pues esto, quiso certificarse si las señas que de D. Quijote traia venian bien, y sacando del seno un pergamino topó con el que buscaba, y poniéndosele á leer despacio, porque no era buen lector, á cada palabra que leia ponia los ojos en D. Quijote, é iba cotejando las señas del mandamiento con las de su rostro, y halló que sin duda alguna era él que el mandamiento rezaba. Y apenas se hubo certificado, cuando recogiendo su pergamino, en la izquierda tomó el mandamiento, y con la derecha asió á D. Quijote del cuello fuertemente que no le dejaba alentar, y á grandes voces decía: favor á la santa Hermandad; y para que se vea que lo pido de veras, léase este mandamiento, donde se contiene que se prenda á este salteador de caminos. Tomó el mandamiento el cura, y vió como era verdad cuanto el cuadrillero decia, y cómo convenía en las señas con D. Quijote, el cual viéndose tratar mal de aquel villano malandrin, puesta la cólera en su punto, y crugiéndole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo asió al cuadrillero con entrambas manos de la garganta, que á no ser socorrido de sus compañeros allí dejára la vida antes que D. Quijote la presa. El ventero, que por fuerza había de favorecer á los de su oficio, acudió luego á dalle favor. La ventera, que vió de nuevo á su marido en pendencias, de nuevo alzó la voz, cuyo tenor le llevaron luego Maritornes y su hija, pidiendo favor al cielo y á los que allí estaban. Sancho dijo, viendo lo que pasaba: vive el Señor, que es verdad cuanto mi amo dice de los encantos deste castillo, pues no es posible vivir una hora con quietud en él. D. Fernando despartió al cuadrillero y á Don Quijote, y con gusto de entrambos les desenclavijó las manos, que el uno en el collar del sayo del uno, y el otro en la garganta del otro bien asídas tenian; pero no por esto cesaban los cuadrilleros de pedir su preso, y que les ayudasen á atarle y entregársele á toda su voluntad, porque así convenia al servicio del rey y de la santa Hermandad, de cuya parte de nuevo les pedian socorro y favor para hacer aquella prision de aquel robador y salteador de sendas y de carreras. Reíase de oir decir estas razones D. Quijote, y con mucho sosiego, díjo: venid acá, gente soez y mal nacida, ¿saltear caminos llamais al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caidos,

remediar los menesterosos? ¡Ah gente infame, digna por vuestro bajo y vil entendimiento de que el cielo no os comuníque el valor que se encierra en la caballería andante, ni os dé á entender el pecado é ignorancia en que estais en no reverenciar la sombra, cuanto mas la asistencia de cualquier caballero andante! Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la santa Hermandad, decidme, ¿quién fué el ignorante que firmó mandamiento de prision contra un tal caballero como yo soy? ¿quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus brios, sus prerrogativas su voluntad? ¿quién fué el mentecato, vuelvo á decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminéncias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el dia que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapin de la reina, moneda forera, portazgo ni barca? ¿qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿qué castellano le acogió en su castillo, que le hiciese pagar el escote? ¿qué rey no le asentó á su mesa? ¿qué doncella no se le aficionó, y se le entregó rendida á todo su talante y voluntad? Y finalmente, ¿qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo, que no tenga brios para dar él solo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante?

CAPITULO XXXI.

Del extraño modo con que fué encantado D. Quijote de la Mancha.

En tanto que D. Quijote esto decia, estaba persuadiendo el cura á los cuadrilleros como D. Quijote era falto de juicio, como lo veian por sus obras y por sus palabras, y que no tenian para qué llevar aquel negocio adelante, pues aunque le prendiesen y llevasen, luego le habian de dejar por loco: á lo que respondió el del mandamiento, que á él no tocaba juzgar la locura de D. Quijote, sino hacer lo que por su mayor [1] le era mandado, y que una vez preso, siquiera le soltasen trecientas. Con todo eso, dijo el cura, por esta vez no le habeis de llevar, ni aún él dejará llevarse, á lo que yo entiendo. En efecto, tanto les supo el cura decir, y tantas locuras supo D. Quijote hacer, que más locos fueran que no él los cuadrilleros sinó conocieran la falta de D. Quijote, y así tuvieron por bien de apaciguarse, y aún de ser medianeros para hacer las paces entre el barbero y Sancho Panza, que to-

1 Su principal, superior ó jefe.

davía asistian con gran rancor á su pendencia. Finalmente, ellos como miembros de justicia mediaron en la causa, y fueron árbitros della, de tal modo que ambas partes quedaron, sinó del todo contentas, á lo menos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas y jáquimas; y en lo que tocaba á lo del yelmo de Mambrino, el cura á socapa, y sin que D. Quijote lo entendiese, le dió por la bacía ocho reales, y el barbero le hizo una cédula del recibo, y de no llamarse á engaño por entonces ni por siempre jamás amén. Sosegadas pues estas dos pendencias, que eran las principales y de más tomo, restaba sosegar al ventero que pedía el escote de D. Quijote con el menoscabo de sus cueros y falta de vino, jurando que no saldría de la venta Rocinante ni el jumento de Sancho, sin que se le pagase primero hasta el último ardite [2]. Todo lo apaciguó el cura, y lo pagó D. Fernando, puesto que el oidor de muy buena voluntad habia tambien ofrecido la paga, y de tal manera quedaron todos en paz y sosiego, que ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como D. Quijote habia dicho, sino la misma paz y quietud del tiempo de Otaviano: de todo lo cual fué comun opinion que se debian dar las gracias á la buena intencion y mucha elocuencia del señor cura, y á la incomparable liberalidad de D. Fernando.

Viéndose pues D. Quijote libre y desembarazado de tantas pendencias así de su escudero como suyas, le pareció que sería bien seguir su comenzado viaje, y dar fin á aquella grande aventura para que habia sido llamado y escogido; y así con resoluta determinacion se fué á poner de hinojos ante Dorotea, la cual no le consintió que hablase palabra hasta que se levantase, y él por obedecella se puso en pié y le dijo: es comun proverbio, fermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas y graves cosas ha mostrado la experiencia que la solicitud del negociante trae á buen fin el pleito dudoso; pero en ningunas cosas se muestra más esta verdad que en las de la guerra, adonde la celeridad y presteza previene los discursos del enemigo y alcanza la vitoria antes que el contrario se ponga en defensa: todo esto digo, alta y preciada señora, porque me parece que la estada nuestra en este castillo ya es sin provecho, y podria sernos de tanto daño que lo echásemos de ver algun dia. Porque, ¿quién sabe, si por diligentes espías habrá sabido ya vuestro enemigo el gigante de que yo voy á destruille, y dándole lugar la dilacion se habrá fortificado en algun inespugnable castillo ó fortaleza, contra quien valgan poco mis diligencias y la fuerza de mi incansable brazo? Asíque, señora mia, prevengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partá-

2 Cierta moneda de poco valor, que hubo antiguamente en Castilla.

monos luego á la buena ventura, que no está mas de tenerla vuestra grandeza como desea de cuanto yo tárde de verme con vuestro contrario. Calló, y no dijo mas D. Quijote, y esperó con mucho sosiego la respuesta de la fermosa infanta, la cual con ademan señoríl y acomodado al estilo de D. Quijote, le respondió desta manera: yo os agradezco, señor caballero, el deseo que mostrais tener de favorecerme en mi gran cuita, bien así como caballero á quien es anejo y concerniente favorecer los huérfanos y menesterosos; y quiera el cielo que el vuestro y mi deseo se cumpla, para que veais que hay agradecidas mujeres en el mundo; y en lo de mi partida sea luego, que yo no tengo más voluntad que la vuestra. Disponed vos de mí á toda vuestra guisa y talante, que la que una vez os entregó la defensa de su persona, y puso en vuestras manos le restauracion de sus señoríos, no ha de querer ir contra lo que la vuestra prudencia ordenáre. A la mano de Dios, dijo D. Quijote; pues así es que una señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasion de levantalla y ponella en su heredado trono: la partida sea luego; porque me va poniendo espuelas el deseo y el camino, porque suele decirse que en la tardanza está el peligro; y pues no ha criado el cielo, ni visto el infierno ninguno que me espánte y acobárde, ensilla, Sancho, á Rocinante, y apareja tu jumento y el palafren de la reina, y despidámonos del castellano y destos señores, y vamos desde aquí luego al punto. Sancho, que á todo estaba presente, dijo meneando la cabeza á una parte y á otra: ay señor, señor, y como hay más mal en el aldehüela [3] que se suena; con perdon sea dicho de las tocas honradas. ¿Qué mal puede haber en ninguna aldea ni en todas las ciudades del mundo que pueda sonarse en menoscabo mio, villano? Si v. m. se enoja, respondió Sancho, yo callaré, y dejaré de decir lo que soy obligado como buen escudero, y como debe un buen criado decir á su señor. Dí lo que quisieres, replicó D. Quijote, como tus palabras no se encaminen á ponerme miedo, que si tú le tienes, haces como quien eres, y si yo no le tengo, hago como quien soy. No es eso, pecador fuí yo á Dios, respondió Sancho, sino que yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora que se dice reina del gran reino Micomicon, no lo es más que mi madre, porque á ser lo que ella dice no se anduviera hocicando con algunos de los que están en la rueda á vuelta de cabeza y á cada traspuesta. Paróse colorada con las razones de Sancho Dorotea, porque era verdad que su esposo D. Fernando alguna vez á hurto de otros ojos habia cogido con los labios parte del premio que merecian sus deseos, lo cual habia visto Sancho, y parecídole que aquella desenvoltura más era de dama cortesana que de reina de tan

3 Diminutivo de *aldea*.

gran reino, y no pudo ni quiso responder palabra á Sancho, sino dejóle proseguir en su plática, y él fué diciendo: esto digo, señor, porque si al cabo de haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores dias ha de venir á coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para qué darme priesa á que ensille á Rocinante, albárde el jumento, y aderéce el palafren, pues será mejor que nos estemos quedos, y cada cuál hile, y comamos. ¡O válame Dios, y cuán grande que fué el enojo que recibió D. Quijote, oyendo las descompuestas palabras de su escudero! Digo que fué tanto, que con voz atropellada y tartamuda lengua, lanzando vivo fuego por los ojos, dijo: ó bellaco villano, mal mirado, descompuesto é ignorante, infacundo, deslenguado, atrevido, murmurador y maldiciente, ¿tales palabras has osado decir en mi presencia y en las destas ínclitas señoras, y tales deshonestidades y atrevimientos osaste poner en tu confusa imaginacion? Vete de mi presencia, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de bellaquerías, inventor de maldades, publicador de sandeces, enemigo del decoro que se debe á las reales personas: vete, no parezcas delante de mí, so pena de mi ira; y diciendo esto enarcó las cejas, hinchó los carrillos, miró á todas partes, y dió con el pié derecho una gran patada en el suelo, señales todas de la ira que encerraba en sus entrañas: á cuyas palabras y furibundos ademanes quedó Sancho tan encogido y medroso, que se holgára que en aquel instante se abriéra debajo de sus piés la tierra y la tragára; y no supo qué hacerse sino volver las espaldas, y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de D. Quijote, dijo para templarle la ira: no os despecheis, señor caballero de la Triste Figura, de las sandeces que vuestro buen escudero há dicho, porque quizá no las debe de decir sin ocasion, ni de su buen entendimiento y cristiana conciencia se puede sospechar que levante testimonio á nadie; y así se ha de creer sin poner duda en ello, que como en este castillo, segun vos, señor caballero, decís, todas las cosas van y suceden por modo de encantamento, podria ser, digo, que Sancho hubiese visto por esta diabólica vía lo que él dice que vió tan en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dijo á esta sazon D. Quijote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante á este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo que por el de encantos no fuera, que sé yo bien de la bondad é inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios á nadie. Así es y así será, dijo D. Fernando, por lo cual debe v. m. señor D. Quijote, perdonalle y reducille al gremio de su gracia, cómo antes que las tales visiones le sacasen de juicio.

D. Quijote respondió, que él le perdonaba, y el cura fué por Sancho, el cual vino muy humilde, é hincándose de rodillas pidió la mano á su amo, y él se la dió, y despues de habérsela dejado besar, le echó la bendicion diciendo: ahora acabarás de conocer, Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas veces te he dicho, de que todas las cosas deste castillo son hechas por via de encantamento. Así lo creo yo, dijo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedió por via ordinaria. No lo creas, respondió D. Quijote, que si así fuera, yo te vengára entonces y aun ahora; pero ni entonces ni ahora púde ni ví en quien tomar venganza de tu agravio. Desearon saber todos qué era aquello de la manta; y el ventero les contó punto por punto la volatería de Sancho Panza, de que no poco se rieron todos, y de que no menos se corriera Sancho si de nuevo no le asegurára su amo que era encantamento, puesto que jamás llegó la sandez de Sancho á tanto, que creyese no ser verdad pura y averiguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de haber sido manteado por personas de carne y hueso, y no por fantasmas soñadas, ni imaginadas, como su señor lo creia y lo afirmaba.

Dos dias eran ya pasados los que habia que toda aquella ilustre compañía estaba en la venta; y pareciéndoles que ya era tiempo de partirse, dieron órden para que sin ponerse al trabajo de volver Dorotea y Don Fernando con D. Quijote á su aldea con la invencion de la libertad de la reina Micomicona, pudiesen el cura y el barbero llevársele, como deseaban, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron, fué que se concertaron con un carretero de bueyes, que acaso acertó á pasar por allí, para que lo llevase en esta forma: hicieron una como jaula de palos enrejados, capaz que pudiese en ella caber holgadamente D. Quijote, y luego D. Fernando y sus camaradas, con los cuadrilleros juntamente con el ventero, todos por órden y parecer del cura se cubrieron los rostros y se disfrazaron, quién de una manera y quién de otra, de modo que á D. Quijote le pareciese ser otra gente de la que en aquel castillo habia visto. Hecho esto, con grandísimo silencio se entraron adonde él estaba durmiendo y descansando de las pasadas refriegas. Llegáronse á él, que libre y ajeno de tal acontecimiento dormía, y asiéndole fuertemente, le ataron muy bien las manos y los piés, de modo que cuando él despertó con sobresalto, no pudo menearse ni hacer otra cosa más que admirarse y suspenderse de ver delante de sí tan extraños visajes, y luego dió en la cuenta de lo que su contínua y desvariada imaginacion le representaba, y se creyó que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaba encantado, pues no se podia menear ni defender, todo á punto cómo habia pensado que sucederia el cura trazador desta máquina. Solo Sancho, de todos los presentes, estaba en su mismo juicio y en

su misma figura; el cual, aunque le faltaba bien poco para tener la misma enfermedad de su amo, no dejó de conocer quién eran todas aquellas contrahechas figuras; mas no osó descoser su boca hasta ver en qué paraba aquel asalto y prision de su amo, el cual tampoco hablaba palabra, atendiendo á ver el paradero de su desgrácia, que fué que trayendo allí la jaula, le encerraron dentro, y le clavaron los maderos tan fuertemente que no se pudieran romper á dos tirones. Tomáronle luego en hombros, y al salir del aposento se oyó una voz temerosa, todo cuanto la supo formar el barbero, no él del albarda sino el otro, que decia: *O caballero de la Triste Figura, no te dé afincamiento la prision en que vás, porque así conviene para acabar mas presto la aventura en que tu gran esfuerzo te puso: la cual se acabará cuando el furibundo leon manchego con la blanca palcma tobosina yacieren en uno, ya despues de humilladas las altas cervices al blando yugo matrimoñesco: de cuyo inaudito consorcio saldrán á la luz del orbe los bravos cachorros que imitarán las rapantes garras del valeroso padre; y esto será antes que el seguidor de la fugitiva Ninfa faga dos vegadas la visita de las lucientes imágenes con su rápido y natural curso. Y tú, ó el mas noble y obediente escudero que tuvo espada en cinta, barbas en rostro y olfato en las narices, no te desmáye ni desconténte ver llevar así delante de tus ojos mismos á la flor de la caballería andante; que presto, si al plasmador[4] del mundo le place, te verás tan alto y tan sublimado, que no te conozcas, y no saldrán defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen señor; y asegúrote de parte de la sábia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, como lo verás por la obra; y sigue las pisadas del valeroso y encantado caballero, que conviene que vayas donde pareis entrambos; y porque no me es lícito decir otra cosa, á Dios quedad, que yo me vuelvo adonde yo me sé.* Y al acabar de la profecía alzó la voz de punto, y disminuyóla despues con tan tierno acento, que aún los sabidores de la burla estuvieron por creer que era verdad lo que oían. Quedó D. Quijote consolado con la escuchada profecía, porque luego coligió de todo en todo la significacion de ella, y vió que le prometian el verse ayuntado en santo y debido matrimonio con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldrian los cachoros, que eran sus hijos, para gloria perpétua de la Mancha, y creyendo esto bien y firmemente, alzó la voz, y dando un gran suspiro, dijo: ó tú, quien quiera que seas, que tanto bien me has pronosticado, ruégote que pidas de mi parte al sábio encantador que mis cosas tiene á cargo, que no me deje perecer en esta prision donde ahora me llevan, hasta ver cumplidas tan alegres é incomparables promesas como son las que aquí se me han hecho: que como esto sea, tendré por gloria las

4 El criador, formador, ó hacedor.

penas de mi cárcel, y por alívio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda y tálamo dichoso. Y en lo que toca á la consolacion de Sancho Panza mi escudero, yo confio de su bondad y buen proceder, que no me dejará en buena ni en mala suerte, porque cuando no suceda por la suya ó por mi corta ventura el poderle yo dar la ínsula ú otra cosa equivalente que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrá perderse, que en mi testamento, que ya está hecho, dejo declarado lo que se le ha de dar, no conforme á sus muchos y buenos servicios, sino á la posibilidad mia. Sancho Panza se le inclinó con mucho comedimiento, y le besó entrambas las manos, porque la una no pudiera por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en hombros aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

Cuando D. Quijote se vió de aquella manera enjaulado y encima del carro, dijo: muchas y muy graves historias hé yo leido de caballeros andantes; pero jamás he leido ni visto ni oido que á los caballeros encantados los lleven desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales; porque siempre los suelen llevar por los aires con extraña ligereza, encerrados en alguna parda y escura nube ó en algun carro de fuego, ó ya sobre algun hipógrifo ú otra bestia semejante, pero que me lleven á mí ahora sobre un carro de bueyes, vive Dios que me pone en confusion. Pero quizá la caballería y los encantos destos nuestros tiempos deben de seguir otro camino que siguieron los antíguos; y tambien podria ser, que como yo soy nuevo caballero en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya olvidado ejercicio de la caballería aventurera, tambien nuevamente se hayan inventado otros géneros de encantamentos, y otros modos de llevar á los encantados. ¿Qué te parece desto, Sancho hijo? No sé yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leido como v. m. en las escrituras andantes; pero con todo eso osaría afirmar y jurar, que estas visiones que por aquí andan, no son del todo católicas. ¡Católicas, mi padre! respondió D. Quijote: ¿cómo han de ser católicas si son todos demonios que han tomado cuerpos fantásticos para venir á hacer esto y á ponerme en este estado? Y si quieres ver esta verdad, tócalos y pálpalos, y verás como no tienen cuerpos sino de aire, y como no consisten más de en la apariencia. Par Dios, señor, replicó Sancho, ya yo los hé tocado; y este diablo que aquí anda tan solícito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad muy diferente de la que yo hé oido decir que tienen los demonios; porque segun se dice, todos huelen á piedra azufre y á otros malos olores, pero este huele á ámbar de media legua. Decia esto Sancho por D. Fernando, que como tan señor debia de oler á lo que Sancho decia. No te maravilles deso, Sancho amigo, respondió Don

Quijote, porque te hago saber que los diablos saben mucho, y puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espíritus, y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas y hediondas; y la razon es, que como ellos donde quiera que están, traen el infierno consigo, y no pueden recebir género de alívio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deléita y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena; y si á tí te parece que ese demonio que dices huele á ámbar, ó tú te engañas, ó él quiere engañarte con hacer que no le tengas por demonio. Todos estos coloquios pasaron entre amo y criado; y temiendo D. Fernando y Cardenio que Sancho no viniese á caer del todo en la cuenta de su invencion, á quien andaba ya muy en los alcances, determinaron de abreviar con la partida, y llamando aparte al ventero, le ordenaron que ensillase á Rocinante, y enalbardase el jumento de Sancho, lo cual hizo con mucha presteza.

Ya en esto el cura se habia concertado con los cuadrilleros, que le acompañasen hasta su lugar dándoles un tanto cada dia. Colgó Cardenio del arzon de la silla de Rocinante del un cabo la adarga y del otro la bacía, y por señas mandó á Sancho que subiese en su asno, y tomase de las riendas á Rocinante, y púso á los dos lados del carro á los dos cuadrilleros con sus escopetas; pero antes que se moviese el carro salieron la ventera, su hija y Maritornes á despedirse de D. Quijote, fingiendo que lloraban de dolor de su desgrácia, á quien D. Quijote dijo: no lloreis, mis buenas señoras, que todas estas desdichas son anejas á los que profesan lo que yo profeso; y si estas calamidades no me acontecieran, no me tuviera yo por famoso caballero andante, porque á los caballeros de poco nombre y fama nunca les suceden semejantes casos, porque no hay en el mundo quien se acuerde dellos: á los valerosos sí, que tienen envidiosos de su virtud y valentía á muchos príncipes y á muchos otros caballeros que procuran por malas vias destruir á los buenos. Pero con todo eso la virtud es tan poderosa, que por sí sola, á pesar de toda la nigrománcia que supo su primer inventor Zoroástes, saldrá vencedora de todo trance, y dará de sí luz en el mundo como la dá el sol en el cielo. Perdonadme, fermosas damas, si algun desaguisado por descuido mio os hé fecho, que de voluntad y á sabiendas jamás le hice á nadie; y rogad á Dios me sáque de estas prisiones, donde algun mal intencionado encantador me ha puesto, que si dellas me veo libre, no se me caerán de la memoria las mercedes que en este castillo me habedes fecho para gratificarlas, servillas y recompensallas como ellas merecen. En tanto que las damas del castillo esto pasaban con D. Quijote, el cura y el barbero se despidieron de D. Fernando y sus camaradas, del capitan, de su hermano y de todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea y Luscinda. Todos se abrazaron y quedaron en

darse noticia de sus sucesos, diciendo D. Fernando al cura donde habia de escribirle para avisarle en lo qué paraba D. Quijote, asegurándole que no habria cosa que más gusto le diese que saberlo; y que él asimismo le avisaria de todo aquello que él viese que podria darle gusto, así de su casamiento como del bautismo de Zoráida, y vuelta de Luscinda á su casa. El cura ofreció de hacer cuanto se le mandaba con toda puntualidad. Tornaron á abrazarse otra vez, y otra vez tornaron á nuevos ofrecimientos. El cura subió á caballo y tambien su amigo el barbero con sus antifaces, porque no fuesen luego conocidos de D. Quijote, y pusiéronse á caminar trás el carro; y la órden que llevaban era esta: iba primero el carro guiándole su dueño, á los dos lados iban los cuadrilleros, como se há dicho, con sus escopetas: seguia luego Sancho Panza sobre su asno llevando de la rienda á Rocinante: detrás de todo esto iban el cura y el barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros como se ha dicho, con grave y reposado continente, no caminando más de lo que permitia el paso tardo de los bueyes. D. Quijote iba sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los piés, y arrimado á las verjas, con tanto silencio y tanta paciencia como sinó fuera hombre de carne, sino estátua de piedra. Y así con aquel espacio y silencio caminaron dos leguas hasta que llegaron á un valle donde le pareció al boyero ser lugar acomodado para reposar y dar pasto á los bueyes; y comunicándolo con el cura, fué de parecer el barbero que caminasen un poco más, porque él sabía que detrás de un recuesto que cerca de allí se mostraba, habia un valle de más yerba y mucho mejor que aquel donde parar querian. Tomóse el parecer del barbero, y así tornaron á proseguir su camino.

CAPITULO XXXII.

Donde el canónigo trata la materia de los libros de caballerías.

En esto volvió el cura el rostro, y vió que á sus espaldas venian hasta seis ó siete hombres de á caballo, bien puestos y aderezados, de los cuales fueron presto alcanzados, porque caminaban no con la flema y reposo de los bueyes sino como quien iba sobre mulas de canónigos y con deseo de llegar presto á sestear á la venta que ménos de una legua allí se parecia. Llegaron los diligentes á los perezosos, y saludáronse cortésmente; y uno de los que venían, que en resolucion era canónigo de Toledo y señor de los demás que le acompañaban, viendo la concertada procesion del carro, cuadrilleros, Sancho, Rocinante, cura y barbero, y más á D. Quijote enjaulado y aprisionado, no pudo dejar de preguntar qué significaba llevar aquel hombre de aquella manera, aunque

ya se habia dado á entender, viendo las insígnias de los cuadrilleros, que debia ser algun facineroso salteador, ú otro delincuente cuyo castigo tocase á la santa Hermandad. Uno de los cuadrilleros, á quien fué hecha la pregunta, respondió así: señor, lo que significa ir este caballero desta manera, dígalo él, porque nosotros no lo sabemos. Oyó D. Quijote la plática, y dijo: ¿por dicha vuestras mercedes, señores caballeros, son versados y peritos en esto de la caballería andante? porque si lo son, comunicaré con ellos mis desgrácias, y sinó, no hay para qué me canse en decirlas, y á este tiempo habian llegado el cura y el barbero, viendo que los caminantes estaban en plática con D. Quijote de la Mancha, para responder de modo que no fuese descubierto su artificio. El canónigo á lo que D. Quijote dijo respondió: en verdad hermano, que sé más de libros de caballerías, que de las súmulas de Villalpando; asíque, sinó está mas que en eso, seguramente podeis comunicar conmigo lo que quisiéredes. A la mano de Dios, replicó D. Quijote: pues así es, quiero, señor caballero, que sepádes que yo voy encantado en esta jaula por envídia y fraude de malos encantadores, que la virtud más es perseguida de los malos, que amada de los buenos. Caballero andante soy, y no de aquellos de cuyos nombres jamás la fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que á despecho y pesar de la misma envídia, y de cuantos magos crió Persia, bracmanes la India, jinosofistas la Etiópia, hán de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir si quisieren llegar á la cumbre y alteza honrosa de las armas. Dice verdad el señor D. Quijote de la Mancha, dijo á esta sazon el cura, que él vá encantado en esta carreta, no por sus culpas y pecados, sino por la mala intencion de aquellos á quien la virtud enfada, y la valentía enoja. Este es, señor, *el caballero de la Triste Figura*, si ya le oisteis nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas y grandes hechos serán escritos en bronces duros y en eternos mármoles, por más que se canse la envídia en escurecerlos, y la malícia en ocultarlos. Cuando el canónigo oyó hablar al preso y al libre en semejante estilo estuvo por hacerse la cruz de admirado, y no podia saber lo que le habia acontecido, y en la misma admiracion cayeron todos los que con él venian.

En esto Sancho Panza, que se habia acercado á oir la plática, para adobarlo todo dijo: ahora, señores, quiéranme bien ó quiéranme mal por lo que dijere, el caso de ello es que así vá encantado mi señor Don Quijote como mi madre: él tiene su entero juicio, él come y bebe, y hace sus necesidades como los demás hombres, y como las hacía ayer antes que le enjaulasen. Siendo esto así, ¿cómo quieren hacerme á mí entender que vá encantado? pues yo hé oido decir á muchas personas

que los encantados ni comen, ni duermen, ni hablan, y á mi amo sinó le van á la mano hablará más que treinta procuradores. Y volviéndose á mirar al cura, prosiguió diciendo: ¡ah, señor cura, señor cura! ¿pensará v. m. que no le conozco? ¿y pensará que yo no cálo y adivino adónde se encaminan estos nuevos encantamentos? pues sepa que le conozco por más que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo por más que disimúle sus embustes. En fin, donde reina la envídia no puede vivir la virtud, ni adonde hay escaseza la liberalidad. Mal haya el diablo, que si por su reverencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuviéra casado con la infanta Micomicona, y yo fuéra conde por lo ménos, pues no se podia esperar otra cosa, así de la bondad de mi señor *el de la Triste Figura*, como de la grandeza de mis servicios; pero ya veo que es verdad lo que se dice por ahí, que la rueda de la fortuna anda más lista que una rueda de molino, y que los que ayer estaban en pinganitos [1] hoy están por el suelo. De mis hijos y de mi mujer me pesa, pues cuando podian y debian esperar ver entrar á su padre por sus puertas hecho gobernador ó visorey de alguna ínsula ó reino, le verán entrar hecho mozo de caballos. Todo esto que hé dicho, señor cura, no es más de por encarecer á su paternidad haga conciencia del mal tratamiento que á mi señor le hace, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros y bienes que mi señor D. Quijote deja de hacer en este tiempo que está preso. Adóbame esos candiles [2], dijo á este punto el barbero; ¿tambien vos, Sancho, sois de la cofradía de vuestro amo? Vive el Señor que voy viendo que le habeis de acompañar en la jaula, y que habeis de quedar tan encantado como él por lo que os toca de su humor y de su caballería. En mal punto os creísteis de sus promesas, y en mal hora se os entró en los cascos la ínsula que deseais. Si ínsulas deseo, respondió Sancho, otros desean otras cosas peores; y cada uno es hijo de sus obras, y debajo de ser hombre puedo venir á ser papa, cuanto más gobernador de una ínsula, y más pudiendo ganar tantas mi señor que le fálte á quien darlas. Vuestra merced mire cómo habla, señor barbero: que no es todo hacer barbas, y algo vá de Pedro á Pedro. Dígolo porque todos nos conocemos, y á mí no se me ha de echar dado falso; y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad; y quédese aquí, porque es peor menearlo. No quiso responder el barbero á Sancho, porque no descubriese con sus simplicidades lo que él y el cura tanto procuraban encubrir, y por este mismo temor habia el cura dicho al canónigo que caminase un poco

1 Encumbrados, ó ensalzados. 2 La expresion de *adóbame esos candiles* es como la de *atájame esos pavos*, y otras semejantes, con que se motteja en estilo familiar al que habla, indicando que lo que dice es un despropósito.

delante, que él le diria el misterio del enjaulado con otras cosas que le diesen gusto.

Hízolo así el canónigo, y adelantóse con sus criados y con él; estuvo atento á todo aquello que decirle quiso de la condicion, vida, locura y costumbres de D. Quijote, contándole brevemente el principio y causa de su desvarío, y todo el progreso de sus sucesos hasta haberlo puesto en aquella jaula, y el designio que llevaban de llevarle á su tierra para ver si por algun medio hallaban remedio á su locura. Admiráronse de nuevo los criados y el canónigo de oir la peregrina historia de D. Quijote, y en acabándola de oir dijo: verdaderamente, señor cura, yo hallo por mi cuenta que son perjudiciales en la república estos que llaman libros de caballerías; y aunque he leido, llevado de un ocioso y falso gusto, casi el principio de todos los más que hay impresos, jamás me hé podido acomodar á leer ninguno del principio al cabo, porque me parece que cuál más, cuál ménos, todos ellos son una misma cosa, y no tiene más este que aquel, ni estotro que el otro. Y segun á mí me parece, este género de escritura y composicion cae debajo de aquel de las fábulas que llaman milésias, que son cuentos disparatados que atienden solamente á deleitar y no á enseñar, al contrario de lo que hacen las fábulas apólogas, que deleitan y enseñan juntamente; y puesto que el principal intento de semejantes libros sea el deleitar, no sé yo cómo puedan conseguirle yendo llenos de tantos y tan desaforados disparates: que el deleite que en el alma se concibe há de ser de la hermosura y concordancia que vé ó contempla en las cosas que la vista ó la imaginacion le ponen delante, y toda cosa que tiene en sí fealdad y descompostura no nos puede causar contento alguno. Pues ¿qué hermosura puede haber, ó qué proporcion de partes con el todo, y del todo con las partes, en un libro ó fábula donde un mozo de diez y seis años dá una cuchillada á un gigante como una torre, y le divide en dos mitades como si fuera de alfeñique? Y ¿qué cuando nos quieren pintar una batalla despues de haber dicho que hay de la parte de los enemigos un millon de combatientes? ¿Qué ingenio, sinó es del todo bárbaro é inculto, podrá contentarse leyendo que una gran torre llena de caballeros vá por la mar adelante como nave con próspero viento, y hoy anochece en Lombardía y mañana amanece en tierras del preste Juan de las Indias ó en otras que ni las describió Tolomeo ni las vió Marco Polo? Y si á esto se me respondiese que los que tales libros componen los escriben como cosas de mentira, y que así no están obligados á mirar en delicadezas ni verdades, responderles hía yo [3] que tanto la mentira es mejor cuanto más parece verdad, y tanto más agrada cuanto tiene más de lo vero-

3 Responderíales yo.

símil y posible. Hánse de casar las fábulas mentirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escribiéndose de suerte que facilitando los imposibles, allanando las grandezas, suspendiendo los ánimos, admiren, suspendan, alborocen y entretengan de modo, que anden á un mismo paso la admiracion y la alegría juntas; y todas estas cosas no podrá hacer el que huyére de la verisimilitud y de la imitacion, en que consiste la perfeccion de lo que se escribe. No hé visto ningun libro de caballerías que haga un cuerpo de fábula entero con todos sus miembros, de manera que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino que los componen con tantos miembros, que más parece que llevan intencion á formar una quimera ó un mónstruo, que á hacer una figura proporcionada. Fuera desto son en el estilo duros, en las hazañas increibles, en los amores lascivos, en las cortesías mal mirados, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viajes, y finalmente, ajenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la república cristiana como gente inútil.

El cura le estuvo escuchando con grande atencion, y parecióle hombre de buen entendimiento y que tenía razon en cuanto decía: y así le dijo que por ser él de su misma opinion y tener ojeríza á los libros de caballerías, había quemado todos los de D. Quijote, que eran muchos, y contóle el escrutinio que dellos habia hecho y los que había condenado al fuego y dejado con vida, de que no poco se rió el canónigo, y dijo que con todo cuanto mal habia dicho de tales libros, hallaba en ellos una cosa buena, que era el asunto que ofrecían para que un buen entendimiento pudiera mostrarse en ellos, porque daban largo y espacioso campo por donde sin empacho alguno pudiese correr la pluma, describiendo naufragios, tormentas, reencuentros y batallas, pintando un capitan valeroso con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrándose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos, y elocuente orador persuadiendo ó disuadiendo á sus soldados, maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer; pintando ora un lamentable y trágico suceso, ora un alegre y no pensado acontecimiento; allí una hermosísima dama, honesta, discreta y recatada; aquí un caballero cristiano, valiente y comedido; acullá un desaforado bárbaro y fanfarron; acá un príncipe cortés, valeroso y bien mirado; representando bondad y lealtad de vasallos, grandezas y mercedes de señores; ya puede mostrarse astrólogo, ya cosmógrafo excelente, ya músico, ya inteligente en las materias de estado, y tal vez le vendrá ocasion de mostrarse nigromante si quisiere. Puede mostrar las astucias de Ulises, la piedad de Eneas, la valentía de Aquiles, las desgrácias de Héctor, las traiciones de Sinón, la amistad de Eurialo, la liberalidad de Alejandro, el valor de César, la clemencia y verdad de

Trajano, la fidelidad de Zopíro, la prudencia de Caton, y finalmente, todas aquellas acciones que pueden hacer perfecto á un varon ilustre, ahora poniéndolas en uno solo, ahora dividiéndolas en muchos; y siendo esto hecho con apacibilidad de estilo y con ingeniosa invencion, que tire lo que más fuere posible á la verdad, sin duda compondrá una tela de varios y hermosos lizos tejida, que despues de acabada tal perfeccion y hermosura muestre, que consiga el fin mejor que se pretende en los escritos, que es enseñar y deleitar juntamente, como ya tengo dicho, porque la escritura desatada destos libros dá lugar á que el autor pueda mostrarse épico, lírico, trágico, cómico, con todas aquellas partes que encierran en sí las dulcísimas y agradables ciencias de la poesía y de la oratoria, que la épica tambien puede escribirse en prosa como en verso.

Así es como v. m. dice, señor canónigo, dijo el cura, y por esta causa son más dignos de reprension los que hasta aquí han compuesto semejantes libros, sin tener advertencia á ningun buen discurso, ni al arte y reglas por donde pudieran guiarse y hacerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos príncipes de la poesía griega y latina. Yo á lo ménos, replicó el canónigo, hé tenido cierta tentacion de hacer un libro de caballerías, guardando en él todos los puntos que hé significado: y si hé de confesar la verdad, tengo escritas más de cien hojas, y para hacer la experiencia de si correspondían á mi estimacion las hé comunicado con hombres apasionados desta leyenda, doctos y discretos, y con otros ignorantes que solo atienden al gusto de oir disparates, y en todos hé hallado una agradable aprobacion: pero con todo esto no hé proseguido adelante, así por parecerme que hago cosa ajena de mi profesion, como por ver que es más el número de los simples que el de los prudentes, y que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los muchos necios, no quiero sujetarme al confuso juicio del desvanecido vulgo, á quien por la mayor parte toca leer semejantes libros. A este punto de su coloquio llegaban el canónigo y el cura cuando adelantándose el barbero llegó á ellos, y dijo al cura: aquí, señor licenciado, es el lugar que yo dije que era bueno para que sesteando nosotros tuviesen los bueyes fresco y abundoso pasto. Así me lo parece á mí, respondió el cura, y diciéndole al canónigo lo que pensaba hacer, él tambien quiso quedarse con ellos, convidado del sitio de un hermoso valle que á la vista se les ofrecía. Y así por gozar dél como de la conversacion del cura, de quien ya se iba aficionando, y por saber más por menudo las hazañas de D. Quijote, mandó á algunos de sus criados que se fuesen á la venta, que no lejos de allí estaba, y trujesen della lo que hubiese de comer para todos, porque él determinaba de sestear en aquel lugar aquella tarde: á lo cual uno de sus criados res-

pondió, que el acémila del repuesto, que ya debia de estar en la venta, traia recado bastante para no obligar á tomar de la venta más que cebada. Pues así es, dijo el canónigo, llévense allá todas las cabalgaduras, y haced volver la acémila.

CAPITULO XXXIII.

Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor D. Quijote, y de las discretas altercaciones que D. Quijote y el canónigo tuvieron con otros sucesos.

En tanto que esto pasaba, viendo Sancho que podia hablar á su amo sin la contínua asistencia del cura y el barbero, que tenia por sospechosos, se llegó á la jaula donde iba su amo, y le dijo: señor, para descargo de mi conciencia le quiero decir lo que pasa cerca de su encantamento, y es que aquestos dos que vienen aquí encubiertos los rostros son el cura de nuestro lugar y el barbero, y imagino han dado esta traza de llevarle desta manera de pura envidia que tienen como v. m. se les adelanta en hacer famosos hechos. Presupuesta pues esta verdad, síguese que no va encantado, sino embaido y tonto. Para prueba de lo cual le quiero preguntar una cosa, y si me responde, como creo que me há de responder, tocará con la mano este engaño, y verá como no va encantado, sino trastornado el juicio. Pregunta lo que quisieres, hijo Sancho, respondió D. Quijote, que yo te satisfaré y responderé á toda tu voluntad: y en lo que dices que aquellos que allí van y vienen con nosotros son el cura y el barbero nuestros compatriotos y y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mismos; pero que lo sean realmente y en efecto, eso no lo creas en ninguna manera: lo que has de creer y entender es, que si ellos se les parecen, como dices, debe de ser que los que me han encantado habrán tomado esa apariencia y semejanza, porque es fácil á los encantadores tomar la figura que se les antoja, y habrán tomado las destos nuestros amigos para darte á tí ocasion de que pienses lo que piensas, y ponerte en un laberinto de imaginaciones, que no aciertes á salir dél aunque tuvieses la soga de Teseo; y tambien lo habrán hecho para que yo vacíle en mi entendimiento, y no sepa atinar de donde me viene este daño; porque si por una parte tú me dices que me acompañan el barbero y el cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y sé de mí que fuerzas humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastante para enjaularme, ¿qué quieres que diga ó piense, sino que la manera de mi encantamento excede á cuantas yo hé leido en todas las historias que tratan de caballeros andantes que han sido encantados? Asique bien puedes darte paz y sosiego en esto de creer que son los

que dices, porque así son ellos como yo soy turco: y en lo que toca á querer preguntarme algo, dí, que yo te responderé aunque me preguntes de àquí á mañana. ¡Válame nuestra señora! respondió Sancho, dando una gran voz; ¿y es posible que sea v. m. tan duro de celebro y tan falto de meollo que no eche de ver que es pura verdad la que le digo, y que en esta su prision y desgrácia tiene más parte la malícia que el encanto? Pero pues así es, yo le quiero probar evidentemente como no va encantado: sinó dígame, así Dios le saque desta tormenta, y así se vea en los brazos de mi señora Dulcinea cuando ménos piense. Acaba de conjurarme, dijo D. Quijote, y pregunta lo que quisieres, que ya te hé dicho que te responderé con toda puntualidad. Eso pido, replicó Sancho, y lo que quiero saber es, que me diga sin añadir ni quitar cosa ninguna, sino con toda verdad, como se espera que la han de decir y la dicen todos aquellos que profesan las armas como v. m. las profesa debajo de título de caballeros andantes. Digo que no mentiré en cosa alguna, respondió D. Quijote; acaba ya de preguntar, que en verdad que me cansas con tantas salvas, plegárias y prevenciones, Sancho. Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo, y así, porque hace al caso á nuestro cuento, pregunto hablando con acatamiento, ¿si acaso despues que v. m. va enjaulado y á su parecer encantado en esta jaula le há venido gana y voluntad de hacer aguas mayores ó menores, como suele decirse? No entiendo eso de hacer aguas, Sancho, aclárate más si quieres que te responda derechamente. ¿Es posible que no entiende v. m. de hacer aguas menores ó mayores? pues en la escuela destetan á los muchachos con ello. Pues sepa que quiero decir, ¿si le há venido gana de hacer lo que no se excusa? Ya, ya te entiendo Sancho; y muchas veces, y ahora la tengo, sácame deste peligro, que no anda todo limpio.

¡Ah! dijo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo deseaba saber con el alma y con la vida. Venga acá, señor, ¿podria negar lo que comunmente suele decirse por ahí cuando una persona está de mala voluntad, no sé qué tiene fulano, que ni come, ni bebe, ni duerme, ni responde á propósito á lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado? de donde se viene á sacar que los que no comen, ni beben, ni duermen, ni hacen las obras naturales que yo digo, estos tales estan encantados; pero no aquellos que tienen la gana que v. m. tiene, y que bebe cuando se lo dan, y come cuando lo tiene, y responde á todo aquello que le preguntan. Verdad dices, Sancho, respondió Don Quijote; pero ya te hé dicho que hay muchas maneras de encantamentos, y podria ser que con el tiempo se hubiesen mudado de unos en otros, y que ahora se use que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hacían; de manera que contra el uso de los

tiempos no hay que argüir ni de qué sacar consecuencias. Yo tengo para mí y sé que voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande si yo pensase que no estaba encantado, y me dejase estar en esta jaula perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podria dar á muchos menesterosos y necesitados que de mi ayuda y amparo deben tener á la hora de ahora precisa y extrema necesidad. Pues con todo eso, replicó Sancho: digo que para mayor abundancia y satisfaccion seria bien que v. m. probase á salir desta cárcel, que yo me obligo con todo mi poder á facilitarlo; y aún sacarle della, y probase de nuevo á subir sobre su buen Rocinante, que tambien parece que va encantado, segun va de malencólico y triste; y hecho esto probásemos otra vez la suerte de buscar más aventuras; y sinó nos sucediese bien, tiempo nos queda para volvernos á la jaula: en la cual prometo á ley de buen y leal escudero de encerrarme juntamente con v. m., si acaso fuere v. m. tan desdichado, ó yo tan simple, que no acierte á salir con lo que digo. Yo soy contento de hacer lo que dices, Sancho hermano, replicó D. Quijote, y cuando tú veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedeceré en todo y por todo; pero tú, Sancho, verás cómo te engañas en el conocimiento de mi desgrácia. En estas pláticas se entretuvieron el caballero andante y el mal andante escudero hasta que llegaron donde ya apeados los aguardaban el cura, el canónigo y el barbero. Desunció luego los bueyes de la carreta el boyero, y dejólos andar á sus anchuras por aquel verde y apacible sitio, cuya frescura convidaba á quererla gozar, no á las personas tan encantadas como D. Quijote, sino á los tan advertidos y discretos como su escudero; el cual rogó al cura que permitiese que su señor saliese por un rato de la jaula, porque sinó le dejaban salir, no iría tan limpia aquella prision como requeria la decencia de un tal caballero como su amo. Entendióle el cura, y dijo que de buena gana haria lo que le pedia, sinó temiera que en viéndose su señor en libertad habia de hacer de la suyas, y irse donde jamás gentes le viesen. Yo le fio de la fuga, respondió Sancho. Y yo, dijo el canónigo, y más si él me da la palabra como caballero de no apartarse de nosotros hasta que sea nuestra voluntad. Sí doy, respondió D. Quijote, que todo lo estaba escuchando; cuanto más que el que está encantado como yo no tiene libertad para hacer de su persona lo que quisiere, porque el que le encantó le puede hacer que no se mueva de un lugar en tres siglos, y si hubiere huido, le hará volver en volandas; y que pues esto era así bien podian soltarle, y más siendo tan en provecho de todos, y del no soltarle les protestaba que no podia dejar de fatigarles el olfato si de allí no se desviaban. Tomóle la mano el canónigo, aunque las tenia atadas, y debajo de su buena fé y palabra le desenjaularon, de que él se

alegró infinito y en gran manera de verse fuera de la jaula; y lo primero que hizo fué estirarse todo el cuerpo, y luego se fué donde estaba Rocinante, y dándole dos palmadas en las ancas, dijo: áun espero en Dios y en su bendita Madre, flor y espejo de los caballos, que presto nos hemos de ver los dos cual deseamos, tú con tu señor acuestas, y yo encima de tí ejercitando el oficio para que Dios me echó al mundo; y diciendo esto D. Quijote se apartó con Sancho en remota parte, de donde vino más aliviado y con más deseos de poner en obra lo que su escudero le ordenase.

Mirábalo el canónigo, y admirábase de ver la extrañeza de su grande locura, y de que en cuanto hablaba y respondia mostraba tener bonísimo entendimiento; solamente venia á perder los estribos, como otras veces se ha dicho, en tratándole de caballerías. Y así movido de compasion, despues de haberse sentado todos en la verde yerba para esperar el repuesto del canónigo, le dijo: ¿Es posible, señor hidalgo, que haya podido tanto con v. m. la amarga y ociosa lectura de los libros de caballerías, que le hayan vuelto el juicio de modo que venga á creer que vá encantado, con otras cosas deste jaez, tan lejos de ser verdaderas como lo está la misma mentira de la verdad? Y ¿cómo es posible que haya entendimiento humano que se dé á entender que ha habido en el mundo aquella infinidad de Amadíses y aquella turbamulta de tanto famoso caballero, tanto emperador de Trapisonda, tanto Félixmarte de Hircánia, tanto palafren, tanta doncella andante, tantas sierpes, tantos endriágos, tantos gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto género de encantamentos, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trajes, tantas princesas enamoradas, tantos escuderos condes, tantos enanos graciosos, tanto billete, tanto requiebro, tantas mujeres valientes, y finalmente tantas y tan disparatadas cosas como los libros de caballerías contienen? De mí sé decir que cuando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar que son todos mentira y liviandad, me dan algun contento; pero cuando caigo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared, y áun diera con él en el fuego si cerca ó presente le tuviera, bien como á merecedores de tal pena por ser falsos y embusteros, y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y como á inventores de nuevas sectas y de nuevo modo de vida, y como á quien dá ocasion que el vulgo ignorante venga á creer y tener por verdaderas tantas necedades como encierran: y áun tienen tanta osadía, que se atreven á turbar los ingenios de los discretos y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con v. m. han hecho, pues le han traído á términos que sea forzoso encerrarle en una jaula, y traerle sobre un carro de bueyes como quien trae ó lleva algun leon ó algun tigre de lugar en lugar para ganar con él, de-

jando que le vean. Ea, señor D. Quijote, duélase de sí mismo, y redúzgase al gremio de la discrecion, y sepa usar de la mucha que el cielo fué servido de darle, empleando su felicísimo talento en otra lectura que redunde en aprovechamiento de su conciencia y en aumento de su honra, y si todavía llevado de su natural inclinacion quisiere leer libros de hazañas y de caballerías, lea en la sacra Escritura el de los Jueces, que allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes. Un Viriato tuvo Lusitania, un César Roma, un Aníbal Cartago, un Alejandro Grecia, un conde Fernan Gonzalez Castilla, un Cid Valencia, un Gonzalo Fernandez Andalucía, un Diego Garcia de Paredes Estremadura, un Garci Perez de Vargas Jerez, un Garcilaso Toledo, un D. Manuel de Leon Sevilla, cuyos valerosos hechos pueden entretener, enseñar, deleitar y admirar á los más altos ingenios que los leyeren. Esta si será lectura digna del buen entendimiento de v. m., señor D. Quijote mio, de la cual saldrá erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, osado sin cobardía; y todo esto para honra de Dios, provecho suyo y fama de la Mancha, de dó segun he sabido trae v. m. su principio y orígen.

Atentísimamente estuvo D. Quijote escuchando las razones del canónigo; y cuando vió que habia puesto fin á ellas, despues de haberle estado un buen espacio mirando, le dijo: paréceme, señor hidalgo, que la plática de v. m. se ha encaminado á darme á entender que no ha habido caballeros andantes en el mundo, y que todos los libros de caballerías son falsos, mentirosos, inútiles y dañadores para la república, y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y más mal en imitarlos, habiéndome puesto á seguir la durísima profesion de la caballería andante que ellos enseñan, negándome que no ha habido en el mundo Amadises ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caballeros de que los libros están llenos. Todo es al pié de la letra como v. m. lo va relatando, dijo á esta sazon el canónigo. A lo cual respondió Don Quijote; añadió tambien v. m. que me habian hecho mucho daño tales libros, pues me habian vuelto el juicio y puesto en una jaula, y que me seria mejor hacer la enmienda leyendo otros más verdaderos y que deleitan y enseñan más. Así es, dijo el canónigo. Pues yo, replicó Don Quijote, hállo por mi cuenta que el sin juicio y el encantado es v. m., pues se ha puesto á decir tantas blasfemias contra una cosa tan recebida en el mundo y tenida por tan verdadera, que el que la negase, como v. m. la niega, merecia la misma pena que v. m. dice que dá á los libros cuando los lee y le enfadan: porque querer dar á entender á nadie que Amadís no fué en el mundo, ni todos los otros caballeros aventureros de que están colmadas las historias, será querer persuadir que el sol

no alumbra, ni el hielo enfria, ni la tierra sustenta. Porque ¿qué ingenio puede haber en el mundo que pueda persuadir á otro que no fué verdad lo de la infanta Floripes y Güi de Borgoña, y lo de Fierabrás con la puente de Mantible que sucedió en el tiempo de Cárlo Magno? que voto á tal que es tan verdad como es ahora de dia; y si es mentira tambien se atreverán á decir que es mentirosa la historia de Guarino Mezquino, y la de la demanda del santo Grial, y que son apócrifos los amores de D. Tristan y la reina Iseo, como los de Ginebra y Lanzarote, habiendo personas que casi se acuerdan de haber visto á la dueña Quintañona, que fué la mejor escanciadora de vino que tuvo la Gran Bretaña. Y es esto tan así, que me acuerdo yo que me decia una mi agüela de parte de mi padre cuando veia alguna dueña con tocas reverendas: aquella, nieto, se parece á la dueña Quintañona; de donde arguyo yo que la debió de conocer ella, ó por lo menos debió de alcanzar á ver algun retrato suyo. ¿Pues quién podrá negar no ser verdadera la historia de Pierres y la linda Magalona, pues aún hasta hoy dia se vé en la armería de los reyes la clavija con que volvia el caballo de madera sobre quien iba el valiente Pierres por los aires, que es un poco mayor que un timon de carreta? Y junto á la clavija está la silla de Babieca, y en Roncesvalles está el cuerno de Roldan tamaño como una grande viga: de donde se infiere que hubo doce Pares, que hubo Pierres, que hubo Cides, y otros caballeros semejantes destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Niéguenme que no fué á buscar las aventuras á Alemania D. Fernando de Guevara, donde se combatió con Micer Jorge, caballero de la casa del duque de Austria. Digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones, del paso, las empresas de Mosen Luis de Falces contra D. Gonzalo de Guzman, caballero castellano, con otras muchas hazañas hechas por caballeros cristianos destos y de los reinos extranjeros, tan auténticas y verdaderas, que torno á decir que el que las negase careceria de toda razon y buen discurso. Admirado quedó el canónigo de oir la mezcla que D. Quijote hacia de verdades y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas cosas tocantes y concernientes á los hechos de su andante caballería, y así le respondió: no puedo yo negar, señor D. Quijote, que no sea verdad algo de lo que v. m. ha dicho especialmente en lo que toca á los caballeros andantes españoles: y asimismo quiero conceder que hubo doce Pares de Francia; pero no quiero creer que hicieron todas aquellas cosas que el arzobispo Turpin dellos escribe: porque la verdad de ello es, que fueron caballeros escogidos por los reyes de Francia, á quien llamaron Pares, por ser todos iguales en valor, en calidad y en valentía: á lo menos sinó lo eran, era razon que lo fuesen, y era como una religion de las que ahora se usan de Santiago ó de Calatrava, que se presupone que los que

la profesan han de ser ó deben ser caballeros valerosos, valientes y bien nacidos; y como ahora dicen caballero de San Juan ó de Alcántara, decian en aquel tiempo caballero de los doce Pares, porque fueron doce iguales los que para esta religion militar se escogieron. En lo de que hubo Cid no hay duda, ni menos Bernardo del Carpio; pero de que hicieron las hazañas que dicen, creo que la hay muy grande. En lo otro de la clavija, que v. m. dice del conde Pierres, y que está junto á la silla de Babieca en la armería de los reyes, confieso mi pecado, que soy tan ignorante ó tan corto de vista, que aunque hé visto la silla no hé echado de ver la clavija, y mas siendo tan grande como v. m. ha dicho. Pues allí está sin duda alguna, replicó D. Quijote, y por mas señas dicen que está metida en una funda de vaqueta porque no se tome de moho. Todo puede ser, respondió el canónigo; pero por las órdenes que recebí que no me acuerdo haberla visto; mas puesto que conceda que está allí, no por eso me obligo á creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turbamulta de caballeros como por ahí nos cuentan, ni es razon que un hombre como v. m., tan honrado y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se dé á entender que son verdaderas tantas y tan extrañas locuras como las que están escritas en los disparatados libros de caballerías.

Bueno está eso, respondió D. Quijote, los libros que están impresos con licencia de los reyes, y con aprobacion de aquellos á quien se remitieron, y que con gusto general son leidos y celebrados de los grandes y de los chicos, de los pobres y de los ricos, de los letrados é ignorantes, de los plebeyos y caballeros, finalmente de todo género de personas de cualquier estado y condicion que sean, ¿habian de ser mentira, y mas llevando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar y las hazañas punto por punto, y dia por dia que el tal caballero hizo, ó caballeros hicieron? Calle v. m., no diga tal blasfemia, y créame, que le aconsejo en esto lo que debe de hacer como discreto; sinó léalos, y verá el gusto que recibe de su leyenda. Sinó, dígame, ¿hay mayor contento que ver, como si dijésemos, aquí ahora se muestra delante de nosotros un gran lago de pez hirviendo á borbollones, y que andan nadando y cruzando por él muchas serpientes, culebras, lagartos y otros muchos géneros de animales feroces y espantables, y que del medio del lago sale una voz tristísima que dice: *tú caballero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estás mirando, si quieres alcanzar el bien que debajo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho y arrójate en mitad de su negro y encendido licor, porque si así no lo haces no serás digno de ver las altas maravillas que en sí encierran y contienen los siete castillos de las siete Fadas que debajo desta*

negregura yacen? ¿y que apenas el caballero no ha acabado de oir la voz temerosa, cuando sin entrar más en cuentas consigo, sin ponerse á considerar el peligro á que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendándose á Dios y á su señora se arroja en mitad del bullente lago, y cuando no se cata ni sabe donde ha de parar, se halla entre unos floridos campos, con quien los Elíseos no tienen que ver en ninguna cosa? Allí le parece que el cielo es más trasparente, y que el sol luce con claridad mas nueva. Aquí descubre un arroyuelo, cuyas frescas aguas, que líquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas, que oro cernido y puras perlas semejan. Acullá de improviso se le descubre un fuerte castillo ó vistoso alcázar, cuyas murallas son de macizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente él es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que está formado no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubíes, de perlas, de oro y de esmeraldas, es de más estimacion su hechura; y ¿hay más que ver despues de haber visto esto, que ver salir por la puerta del castillo un buen número de doncellas, cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pusiese ahora á decirlos como las historias nos lo cuentan, seria nunca acabar, y tomar luego la que parecia principal de todas por la mano al atrevido caballero que se arrojó en el ferviente lago, y llevarle sin hablarle palabra dentro del rico alcázar ó castillo, y hacerle desnudar, y bañarle con templadas aguas, y luego untarle todo con olorosos ungüentos, y vestirle una camisa de cendal delgadísimo, toda olorosa y perfumada, y acudir otra doncella y echarle un manton sobre los hombros, que por lo menos, menos dicen que suele valer una ciudad, y aun más? ¿Qué es ver pues, cuando nos cuentan que tras todo esto le llevan á otra sala, donde halla puestas las mesas con tanto concierto, que queda suspenso y admirado? ¿Qué el verle echar agua á manos, toda de ámbar, y de olorosas flores destilada? ¿Qué el hacerle sentar sobre una silla de marfil? ¿Qué verle servir todas las doncellas guardando un maravilloso silencio? ¿Qué el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito á cual deba de alargar la mano? ¿Qué será oir la música que en tanto que come suena, sin saberse quién la canta ni adonde suena? ¿Y despues de la comida acabada y las mesas alzadas quedarse el caballero recostado sobre la silla, quizá mondándose los dientes como es costumbre, y entrar á deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa doncella que ninguna de las primeras, y sentarse al lado del caballero, y comenzar á darle cuenta de qué castillo es aquel, y de cómo ella está encantada en él, con otras cosas que suspenden al caballero, y admiran á los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme más en esto, pues dello se puede colegir

que cualquiera parte que se lea de cualquiera historia de caballero andante ha de causar gusto y maravilla á quienquiera que la leyere; y v. m. créame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y verá como le destierran la melancolía que tuviere, y le mejoran la condicion si acaso la tiene mala. De mí sé decir que despues que soy caballero andante soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos, y aunque há tan poco que me ví encerrado en una jaula como loco, pienso por el valor de mi brazo, favoreciéndome el cielo, y no siéndome contraria la fortuna, en pocos dias verme rey de algun reino, adonde pueda mostrar el agradecimiento y liberalidad que mi pecho encierra: que mia fé, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea, y el agradecimiento que solo consiste en el deseo es cosa muerta, como es muerta la fé sin obras. Por esto querria que la fortuna me ofreciese presto alguna ocasion donde me hiciese emperador por mostrar mi pecho haciendo bien á mis amigos, especialmente á este pobre de Sancho Panza mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle un condado que le tengo muchos dias há prometido, sino que temo que no ha de tener habilidad para gobernar su estado.

Casi estas últimas palabras oyó Sancho á su amo, á quien dijo: trabáje v. m., señor D. Quijote, en darme ese condado tan prometido de v. m. como de mí esperado, que yo le prometo que no me falte á mí habilidad para gobernarle; y cuando me faltáre, yo he oido decir que hay hombres en el mundo que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan un tanto cada año, y ellos se tienen cuidado del gobierno, y el señor se está á pierna tendida gozando de la renta que le dan sin curarse de otra cosa; y así haré yo, y no repararé en tanto más cuanto, sino que luego me desistiré de todo, y me gozaré mi renta como un duque, y allá se lo hayan. Eso, hermano Sancho, dijo el canónigo, entiéndese en cuanto al gozar la renta; empero al administrar justicia ha de entender el señor del estado, y aquí entra la habilidad y buen juicio, y principalmente la buena intencion de acertar, que si esta falta en los principios, siempre irán errados los medios y los fines; y así suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfavorecer al malo del discreto. No sé esas filosofías, respondió Sancho Panza, mas solo sé que tan presto tuviese yo el condado como sabria regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que más, y tan rey seria yo de mi estado como cada uno del suyo, y siéndolo haria lo que quisiese, y haciendo lo que quisiese haria mi gusto, y haciendo mi gusto estaria contento, y en estando uno contento no

tiene más que desear, y no teniendo más que desear acabóse, y el estado venga, y á Dios y veámonos, como dijo un ciego á otro. No son malas filosofías esas, como tú dices Sancho, dijo el canónigo, pero con todo eso hay mucho que decir sobre esta materia de condados. A lo cual replicó D. Quijote: yo no sé que haya más que decir, solo me guio por el ejemplo que me da el grande Amadís de Gáula, que hizo á su escudero conde de la ínsula firme, y así puedo yo sin escrúpulo de conciencia hacer conde á Sancho Panza, que es uno de los mejores escuderos que caballero andante ha tenido. Admirado quedó el canónigo de los concertados disparates que D. Quijote habia dicho, del modo con que habia pintado la aventura del caballero del lago, de la impresion que en él habian hecho las mentiras de los libros que habia leido, y finalmente le admiraba la necedad de Sancho, que con tanto ahinco deseaba alcanzar el condado que su amo le habia prometido.

Ya en esto volvian los criados del canónigo que á la venta habian ido por la acémila del repuesto, y haciendo mesa de una alhombra y de la verde yerba del prado, á la sombra de unos árboles se sentaron, y comieron allí porque el boyero no perdiese la comodidad de aquel sitio, como queda dicho. Y estando comiendo, á deshora oyeron un recio estruendo y una esquila que por entre unas zarzas y espesas matas que allí junto estaban sonaba, y al mismo instante vieron salir de entre aquellas malezas una hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blanco y pardo; tras ella venia un cabrero dándole voces y diciéndole palabras á su uso para que se detuviese ó al rebaño volviese. La fugitiva cabra, temerosa y despavorida se vino á la gente como á favorecerse della, y allí se detuvo. Llegó el cabrero, y asiéndola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso y entendimiento le dijo: ¡ah, cerrera [1], cerrera, manchada, manchada! ¿y cómo andais vos estos dias de pié cojo? ¿qué lobos os espantan, hija? ¿no me direis qué es esto, hermosa? Mas qué puede ser? sino que sois hembra y no podeis estar sosegada, que mal haya vuestra condicion y la de todas aquellas á quien imitais. Volved, volved, amiga: que sinó tan contenta, á lo menos estareis segura en vuestro aprisco ó con vuestras compañeras: que si vos que las habeis de guardar y encaminar andais tan sin guia y tan descaminada, ¿en qué podrán parar ellas? Contento dieron las palabras del cabrero á los que las oyeron, especialmente al canónigo, que le dijo: por vida vuestra, hermano, que os sosegueis un poco y no os acucieis en volver tan presto esa cabra á su rebaño; que pues ella es hembra, como vos decís, ha de seguir su natural instinto por mas que vos os pongais á estorbarlo. Tomad este bocado y bebed una vez, con que templareis la cólera, y

1 Amiga de *andar por cerros*.

en tanto descansará la cabra; y el decir esto y el darle con la punta del cuchillo los lomos de un conejo fiambre, todo fué uno. Tomólo y agradecióle el cabrero, bebió y sosegóse, y luego dijo: no querria que por haber yo hablado con esta alimaña tan en seso me tuvieran vuestras mercedes por hombre simple: que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dije. Rústico soy, pero no tanto que no entienda cómo se há de tratar con los hombres y con las bestias. Eso creo yo muy bien, dijo el cura; que ya yo sé de experiencia que los montes crian letrados y las cabañas de los pastores encierran filósofos. A lo menos, señor, replicó el cabrero, acogen hombres escarmentados; y para que creais esta verdad y la toqueis con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me convido, sinó os enfadais dello y quereis, señores, un breve espacio prestarme oido atento, os contaré una verdad que acredite lo que ese señor (señalando al cura) ha dicho, y la mia. A esto respondió D. Quijote: por ver que tiene este caso un no sé qué de sombra de aventura de caballería, yo por mi parte os oiré, hermano, de muy buena gana, y así lo harán todos estos señores, por lo mucho que tienen de discretos y de ser amigos de curiosas novedades que suspendan, alegren y entretengan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hacer vuestro cuento. Comenzad, pues, amigo, que todos escucharémos. Saco la mia [2], dijo Sancho; que yo á aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias, porque hé oido decir á mi señor D. Quijote que el escudero de caballero andante ha de comer cuando se le ofreciere hasta no poder más, á causa que se les suele ofrecer entrar acaso por una selva tan intrincada que no aciertan á salir della en seis dias, y si el hombre no vá harto ó bien proveidas las alforjas, allí se podrá quedar, como muchas veces se queda, hecho carne momia. Tú estás en lo cierto, Sancho, dijo D. Quijote; véte adonde quisiéres y come lo que pudiéres, que yo ya estoy satisfecho, y solo me falta dar al alma su refaccion, como se la daré escuchando el cuento deste buen hombre. Así la daremos todos á las nuestras, dijo el canónigo, y luego rogó al cabrero que diese principio á lo que prometido habia. El cabrero dió dos palmadas sobre el lomo á la cabra, que por los cuernos tenia, diciéndole: recuéstate junto á mí, manchada, que tiempo nos queda para volver á nuestro apero. Parece que lo entendió la cabra, porque en sentándose su dueño se tendió ella junto á él con mucho sosiego, y mirándole al rostro daba á entender que estaba atenta á lo que el cabrero iba diciendo, el cual comenzó su historia desta manera.

2 No entro yo en ese número, no se cuente conmigo, que yo á aquel arroyo me voy.

CAPITULO XXXIV.

Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á D. Quijote.

Tres leguas deste valle está una aldea que, aunque pequeña, es de las más ricas que hay en todos estos contornos, en la cual habia un labrador muy honrado, y tanto que aunque es anejo al ser rico el ser honrado, más lo era él por la virtud que tenía, que por la riqueza que alcanzaba. Pero lo que le hacía más dichoso, segun él decia, era tener una hija de tan extremada hermosura, rara discrecion, donaire y virtud, que el que la conocia y la miraba se admiraba de ver las extremadas partes con que el cielo y la naturaleza la habian enriquecido. Siendo niña fué hermosa, y siempre fué creciendo en belleza, y en la edad de diez y seis años fué hermosísima. La fama de su belleza se comenzó á extender por todas las circunvecinas aldeas: ¿qué digo yo por las circunvecinas no más, si se extendió á las apartadas ciudades, y áun se entró por las salas de los reyes y por los oidos de todo género de gente, que como á cosa rara ó como á imágen milagrosa de todas partes á verla venian? Guardábala su padre y guardábase ella: que no hay candados, guardas ni cerraduras que mejor guarden á una doncella, que las del recato propio. La riqueza del padre y la belleza de la hija movieron á muchos, así del pueblo como forasteros, á que por mujer se la pidiesen; mas él, como á quien tocaba disponer de tan rica joya, andaba confuso sin saber determinarse á quién la entregaria de los infinitos que le importunaban, y entre los muchos que tan buen deseo tenian fuí yo uno, á quien dieron muchas y grandes esperanzas de buen suceso conocer que el padre conocia quién yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hacienda muy rico y en el ingenio no menos acabado. Con todas estas mismas partes la pidió tambien otro del mismo pueblo, que fué causa de suspender y poner en balanza la voluntad del padre, á quien parecia que con cualquiera de nosotros estaba su hija bien empleada; y por salir desta confusion determinó decírselo á Leandra (que así se llama la rica que en miseria me tiene puesto), advirtiendo que pues los dos éramos iguales, era bien dejar á la voluntad de su querida hija el escoger á su gusto. No sé yo el que tuvo Leandra; solo sé que el padre nos entretuvo á entrambos con la poca edad de su hija y con palabras generales, que ni le obligaban ni nos desobligaban tampoco. Llámase mi competidor Anselmo y yo Eugenio; porque vais con noticia de los nombres de las personas que en esta tragedia representan, cuyo fin áun está pendiente, pero bien se deja entender que ha de ser desastrado.

En esta sazon vino á nuestro pueblo un Vicente de la Roca, hijo de un pobre labrador del mismo lugar, el cual Vicente venía de las Italias y de otras diversas partes de ser soldado. Llevóle de nuestro lugar siendo muchacho de hasta doce años un capitan que con su compañía por allí acertó á pasar, y volvió el mozo de allí á otros doce vestido á la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dijes de cristal y sutíles cadenas de acero. Hoy se ponia una gala y mañana otra; pero todas sutiles, pintadas, de poco peso y menos tomo [1]. La gente labradora, que de suyo es maliciosa, y dándole el ócio lugar es la misma malicia, lo notó, y contó punto por punto sus galas y preséas, y halló que los vestidos eran tres de diferentes colores, con sus ligas y medias; pero él hacia tantos guisados é invenciones dellas, que sinó se los contáran hubiera quien jurára que habia hecho muestra de más de diez pares de vestidos y de más de veinte plumas: y no parezca impertinencia y demasía esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hacen una buena parte en esta historia. Sentábase en un poyo que debajo de un gran álamo está en nuestra plaza, y allí nos tenia á todos la boca abierta pendientes de las hazañas que nos iba contando. No habia tierra en todo el orbe que no hubiese visto, ni batalla donde no se hubiese hallado; habia muerto mas moros que tiene Marruecos y Tunez, y entrado en mas singulares desafios, segun él decia, que Gante y Luna, Diego García de Paredes y otros mil que nombraba, y de todos habia salido con victoria sin que le hubiesen derramado una gota de sangre. Por otra parte mostraba señales de heridas, que aunque no se divisaban, nos hacia entender que eran arcabuzazos dados en diferentes reencuentros y faciones. Finalmente, con una no vista arrogancia llamaba de *vos* á sus iguales y á los mismos que le conocían, y decia que su padre era su brazo, su linaje sus obras, y que debajo de ser soldado al mismo rey no debia nada. Añadiósele á estas arrogancias ser un poco músico y tocar una guitarra á lo rasgado, de manera que decian algunos que la hacía hablar; pero no pararon aquí sus grácias, que tambien la tenía de poeta, y así de cada niñería que pasaba en el pueblo componia un romance de legua y media de escritura. Este soldado, pues, que aquí hé pintado, este Vicente de la Roca, este bravo, este galan, este músico, este poeta, fué visto y mirado muchas veces de Leandra desde una ventana de su casa que tenia la vista á la plaza. Enamoróla el oropel de sus vistosos trajes, encantáronla sus romances, que de cada uno que componia daba veinte traslados, llegaron á sus oidos las hazañas que él de sí mismo habia referido, y finalmente, que así el diablo lo debia de tener ordenado, ella se vino á enamorar dél an-

1 Menos importancia.

tes que en él naciese presuncion de solicitarla. Y como en los casos de amor no hay ninguno que con más facilidad se cumpla que aquel que tiene de su parte el deseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra y Vicente; y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayese en la cuenta de su deseo, ya ella teníale cumplido, habiendo dejado la casa de su querido y amado padre, que madre no la tiene, y ausentádose de la aldea con el soldado, que salió con más triunfo de esta empresa que de todas las muchas que él se aplicaba. Admiró el suceso á toda la aldea, y áun á todos los que dél noticia tuvieron: yo quedé suspenso, Anselmo atónito, el padre triste, sus parientes afrentados, solícita la justicia, los cuadrilleros listos: tomáronse los caminos, escudriñáronse los bosques y cuanto había, y al cabo de tres dias hallaron á la antojadiza Leandra en una cueva de un monte desnuda en camisa, sin muchos dineros y preciosísimas joyas que de su casa habia sacado. Volviéronla á la presencia del lastimado padre, preguntáronle su desgracia, confesó sin apremio que Vicente de Roca la habia engañado, y debajo de palabra de ser su esposo la persuadió que dejase la casa de su padre, que él la llevaria á la mas rica y mas viciosa ciudad que habia en todo el universo mundo, que era Nápoles; y que ella mal advertida y peor engañada le habia creido, y robando á su padre se le entregó la misma noche que había faltado, y que él la llevó á un áspero monte y la encerró en aquella cueva donde la habían hallado. Contó tambien como el soldado, sin quitarle su honor, le robó cuanto tenia y la dejó en aquella cueva, y se fué: suceso que de nuevo puso en admiracion á todos.

El mismo dia que pareció Leandra la despareció su padre de nuestros ojos, y la llevó á encerrar en un monasterio de una villa que está aquí cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra sirvieron de disculpa de su culpa, á lo menos con aquellos á quienes no les iba algun interés en que ella fuese mala ó buena; pero los que conocían su discrecion y mucho entendimiento, no atribuyeron á ignorancia su pecado, sino á su desenvoltura y á la natural inclinacion de las mujeres, que por la mayor parte suele ser desatinada y mal compuesta. Encerrada Leandra quedaron los ojos de Anselmo ciegos, á lo ménos sin tener cosa que mirar que contento les diese; los mios en tinieblas, sin luz que á ninguna cosa de gusto les encaminase. Con la ausencia de Leandra crecia nuestra tristeza, apocábase nuestra paciencia, maldecíamos las galas del soldado, y abominábamos del poco recato del padre de Leandra. Finalmente, Anselmo y yo nos concertamos de dejar la aldea, y venirnos á este valle, donde él apacentando una gran cantidad de ovejas suyas propias, y yo un numeroso rebaño de cabras tambien

mias, pasamos la vida entre los árboles, dando vado á nuestras pasiones ó cantando juntos alabanzas ó vituperios de la hermosa Leandra, ó suspirando solos y á solas comunicando con el cielo nuestras querellas. Á imitacion nuestra otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido á estos ásperos montes usando el mismo ejercicio nuestro, y son tantos que parece que este sitio se ha convertido en la pastoral Arcadia, segun está colmado de pastores y de apriscos, y no hay parte en él donde no se oiga el nombre de la hermosa Leandra. Éste la maldice y llama antojadíza, varia y deshonesta; aquel la condena por fácil y ligera; tal la absuelve y perdona, y tal la justifica y al mismo tiempo la vitupera: uno celebra su hermosura, otro reniega de su condicion, y en fin, todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos se extiende á tanto la locura, que hay quien se queje de desden sin haberla jamás hablado, y áun quien se lamente y sienta la rabiosa enfermedad de los celos, que ella jamás dió á nadie, porque, como ya tengo dicho, antes se supo su pecado que su deseo. No hay hueco de peña, ni márgen de arroyo, ni sombra de árbol que no esté ocupada de algun pastor que sus desventuras á los aires cuente; el eco repite el nombre de Leandra donde quiera que pueda formarse: Leandra resuenan los montes, Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene á todos suspensos y encantados, esperando sin esperanza, y temiendo sin saber de qué tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que ménos y más juicio tiene es mi competidor Anselmo, el cual teniendo tantas otras cosas de que quejarse, solo se queja de ausencia, y al son de un rabel que admirablemente toca, con versos donde muestra su buen entendimiento, cantando se queja. Yo sigo otro camino más fácil, y á mi parecer el más acertado, que es decir mal de la ligereza de las mujeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fé rompida, y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos ó intenciones. Y esta fué la ocasion, señores, de las palabras y razones que dije á esta cabra cuando aquí llegué, que por ser hembra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometí contaros: si hé sido en el contarla prolijo, no seré en serviros corto: cerca de aquí tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche y muy sabrosísimo queso, con otras varias y sazonadas frutas no ménos á la vista que al gusto agradables.

CAPITULO XXXV.

De la pendencia que D. Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor.

General gusto causó el cuento del cabrero á todos los que escuchádole habian, especialmente le recibió el canónigo, que con extraña curiosidad notó la manera con que le habia contado, tan léjos de parecer rústico cabrero, cuán cerca de mostrarse discreto cortesano; y así dijo que habia andado muy discreto el cura en decir que los montes criaban letrados. Todos se ofrecieron á Eugenio, pero el que más se mostró liberal en esto fué D. Quijote, que le dijo: por cierto, hermano cabrero, que si yo me hallára posibilitado de poder comenzar alguna aventura, que luego luego, me pusiera en camino porque vos la tuviérades buena, que yo sacára del monasterio á Leandra, á pesar del abadesa y de cuantos quisieran estorbarlo, y os la pusiera en vuestras manos para que hiciérades della á toda vuestra voluntad y talante; guardando empero las leyes de caballería, que mandan que á ninguna doncella le sea fecho desaguisado alguno: aunque yo espero en Dios nuestro Señor que no há de poder tanto la fuerza de un encantador malicioso, que no pueda más la de otro encantador mejor intencionado, y para entonces os prometo mi favor y ayuda, como me obliga mi profesion, que no es otra sino de favorecer á los desvalidos y menesterosos. Miróle el cabrero, y como vió á D. Quijote de tan mal pelaje y catadura [1], admiróse, y preguntó al barbero que cerca de sí tenia: señor, ¿quién es este hombre, que tal talle tiene y de tal manera habla? Quién ha de ser, respondió el barbero, sino el famoso D. Quijote de la Mancha, desfacedor de agravios, enderezador de tuertos, el amparo de las doncellas, el asombro de los gigantes y el vencedor de las batallas? Eso me semeja, respondió el cabrero, á lo que se lee en los libros de caballeros andantes que hacian todo eso que de este hombre v. m. dice, puesto que para mí tengo ó que v. m. se burla, ó que este gentílhombre debe de tener vacíos los aposentos de la cabeza. Sois un grandísimo bellaco, dijo á esta sazon D. Quijote, y vos sois el vacío y el menguado, que yo estoy mas lleno que jamás lo estuvo la muy pazpuerca, puerca que os parió: y diciendo y haciendo arrebató de un pan que junto á sí tenia, y dió con él al cabrero en todo el rostro con tanta furia, que le remachó las narices; mas el cabrero, que no sabía de burlas, viendo con cuantas veras le maltrataba, sin tener respeto á la alhom-

1 De tan malas trazas, y de tan mal aspecto.

bra ni á los manteles, ni á todos aquellos que comiendo estaban, saltó sobre D. Quijote, y asiéndole del cuello con entrambas manos, no dudára de ahogarle, si Sancho Panza no llegára en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con él encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas, derramando y esparciendo cuanto en ella estaba. D. Quijote, que se vió libre, acudió á subirse sobre el cabrero, el cual lleno de sangre el rostro, molido á coces de Sancho, andaba buscando á gatas algun cuchillo de la mesa para hacer alguna sanguinolenta venganza; pero estorbáronselo el canónigo y el cura; mas el barbero hizo de suerte que el cabrero cogió debajo de sí á D. Quijote, sobre el cual llovió tanto número de mogicones, que del rostro del pobre caballero llovia tanta sangre como del suyo. Reventaban de risa el canónigo y el cura, saltaban los cuadrilleros de gozo, zuzaban los unos y los otros como hacen los perros cuando en pendencia estan trabados: solo Sancho Panza se desesperaba porque no se podia desasir de un criado del canónigo que lo estorbaba que á su amo ayudase. En resolucion, estando todos en regocijo y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpían [2], oyeron el son de una trompeta tan triste, que los hizo volver los rostros hácia donde les pareció que sonaba; pero el que más se alborotó de oirle fué D. Quijote, el cual, aunque estaba debajo del cabrero harto contra su voluntad, y más que medianamente molido, le dijo: hermano demonio, que no es posible que dejes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mias, ruégote que hagamos treguas no más de por una hora, porque el doloroso son de aquella trompeta que á nuestros oidos llega me parece que á alguna nueva aventura me llama. El cabrero que ya estaba cansado de moler y ser molido, le dejó luego, y D. Quijote se puso en pié volviendo asimismo el rostro adonde el son se oia, y vió de improviso que por un recuesto bajaban muchos hombres vestidos de blanco á modo de disciplinantes.

Era el caso que aquel año habían las nubes negado su rocío á la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacian procesiones, rogativas y diciplinas pidiendo á Dios abriese las manos de su misericórdia y les lloviese; y para este efecto la gente de una aldea que allí junto estaba venia en procesion á una devota ermita que en un recuesto de aquel valle habia. D. Quijote, que vió los extraños trajes de los disciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los habia de haber visto, se imaginó que era cosa de aventura, y que á él solo tocaba como á caballero andante el acometerla: y confirmóle más esta imaginacion pensar que una imágen que traian cubierta de luto fuese alguna principal señora que llevaban por fuerza aquellos follones

2 Que se peleaban, voz familiar, *pelearse*, reñir.

y descomedidos malandrines. Y como esto le cayó en las mientes, con gran ligereza arremetió á Rocinante que paciendo andaba, quitándole del arzon el freno, y el adarga, y en un punto le enfrenó, y pidiendo á Sancho su espada subió sobre Rocinante, embrazó su adarga, y dijo en alta voz á todos los que presentes estaban: ahora valerosa compañía, verédes cuanto importa que haya en el mundo caballeros que profesen la órden de la andante caballería: ahora digo, que verédes en la libertad de aquella buena señora, que allí va cautiva, si se han de estimar los caballeros andantes: y en diciendo esto aprètó los muslos á Rocinante, porque espuelas no las tenia, y á todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia que jamás la diese) se fue á encontrar con los disciplinantes: bien que fueron el cura, el canónigo y barbero á detenerle, mas no les fué posible, ni ménos le detuvieron las voces que Sancho le daba diciendo: ¿adónde vá, señor D. Quijote? ¿qué demonios lleva en el pecho que le incitan á ir contra nuestra fé católica? advierta, mal haya yo, que aquella es procesion de disciplinantes, y que aquella señora que llevan sobre la peana es la imágen benditísima de la Vírgen sin mancilla: mire, señor, lo que hace, que por esta vez se puede decir que no sabe lo que es. Fatigóse en vano Sancho, porque su amo iba tan puesto en llegar á los ensabanados y en librar á la señora enlutada, que no oyó palabra, y aunque la oyera no volviera si el rey lo mandára.

Llegó pues á la procesion, y paró á Rocinante, que ya llevaba deseo de quietarse un poco, y con turbada y ronca voz, dijo: vosotros, que quizá por no ser buenos os encubrís los rostros, atended y escuchad lo que deciros quiero. Los primeros que se detuvieron fueron los que la imágen llevaban; y uno de los cuatro clérigos que cantaban las letanías, viendo la extraña catadura de D. Quijote, la flaqueza de Rocinante, y otras circunstancias de risa que notó y descubrió en D. Quijote, le respondió diciendo: señor hermano, si nos quiere decir algo, dígalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos ni es razon que nos detengamos á oir cosa alguna, si ya no es tan breve que en dos palabras se diga. En una lo diré, replicó D. Quijote, y es esta, que luego al punto dejeis libre á esa hermosa señora, cuyas lágrimas y triste semblante dan claras muestras que la llevais contra su voluntad, y que algun notorio desaguisado le habedes fecho: y yo, que nací en el mundo para desfacer semejantes agrávios, no consentiré que un solo paso adelante pase sin darle la deseada libertad que merece. En estas razones cayeron todos los que las oyeron, que D. Quijote debia de ser algun hombre loco, y tomáronse á reir muy de gana, cuya risa fue poner pólvora á la cólera de D. Quijote, porque sin decir más palabra, sacando la espada arremetió á las andas. Uno de aquellos que las lleva-

ban, dejando la carga á sus compañeros salió al encuentro de D. Quijote enarbolando una horquilla ó baston con que sustentaba las andas en tanto que descansaba, y recibiendo en ella una gran cuchillada que le tiró D. Quijote, con que se la hizo dos partes, con el último tercio que le quedó en la mano le dió tal golpe encima de un hombro por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra la villana fuerza, viniendo al suelo muy mal parado el pobre D. Quijote. Sancho Panza, que jadeando le iba á los alcances, viéndole caido dió voces á su moledor que no le diese otro palo, porque era un pobre caballero encantado que no habia hecho mal á nadie en todos los dias de su vida; mas lo que detuvo al villano no fueron las voces de Sancho, sinó el ver que D. Quijote no bullía pié ni mano, y así creyendo que le habia muerto, con priesa se alzó la túnica á la cinta, y dió á huir por la campaña como un gamo.

Ya en esto llegaron todos los de la compañia de D. Quijote adonde él estaba; mas los de la procesion, que los vieron venir corriendo, y con ellos los cuadrilleros con sus ballestas, temieron algun mal suceso, é hicieron todos un remolino al rededor de la imágen, y alzados los capirotes, empuñando los penitentes las disciplinas y los clérigos los ciriales, esperaban el asalto con determinacion de defenderse, y áun ofender si pudiesen á sus acometedores; pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaba, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor, haciendo sobre él el más doloroso y risueño llanto del mundo creyendo que estaba muerto. El cura fué conocido de otro cura que en la procesion venia, cuyo conocimiento puso en sosiego el concebido temor de los dos escuadrones. El primer cura dió al segundo en dos razones cuenta de quién era D. Quijote, y así él como toda la turba de los disciplinantes fuéron á ver si estaba muerto el pobre caballero, y oyeron que Sancho Panza con lágrimas en los ojos decia: ¡oh flor de la caballería, que con solo un garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años! ¡oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha y áun de todo el mundo, el cual faltando tú en él, quedará lleno de malhechores sin temor de ser castigados de sus fechorías! ¡oh liberal sobre todos los Alejandros, pues por solos ocho meses de servicio me tenias dada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea! ¡oh humilde con los soberbios y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, azote de los malos, enemigo de los ruines, en fin caballero andante, que es todo lo que decirse puede! Con las voces y gemidos de Sancho revivió D. Quijote, y la primera palabra que dijo fué: él que de vos vive ausente, dulcísima Dulcinea, á mayores miserias que estas está sujeto. Ayúdame, Sancho amigo, á ponerme sobre el carro encantado, que no

estoy para oprimir la silla de Rocinante porque tengo todo este hombro hecho pedazos. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, y volvamos á mi aldea en compañía destos señores, que su bien desean, y allí darémos órden de hacer otra salida que nos sea de más provecho y fama. Bien dices, Sancho, respondió D. Quijote, y será gran prudencia dejar pasar el mal influjo de las estrellas que ahora corre. El canónigo, el cura y el barbero le dijeron que haria muy bien en hacer lo que decia; y así habiendo recebido grande gusto de las simplicidades de Sancho Panza, pusieron á D. Quijote en el carro como antes venia. La procesion volvió á ordenarse y á proseguir su camino; el cabrero se despidió de todos; los cuadrilleros no quisieron pasar adelante, y el cura les pagó lo que se les debía: el canónigo pidió al cura le avisase el suceso de D. Quijote, si sanaba de su locura, ó si proseguia en ella, y con esto tomó licencia para seguir su viaje. En fin, todos se dividieron y apartaron quedando solos el cura y el barbero, D. Quijote, Panza y el bueno de Rocinante, que á todo lo que habia visto estaba con tanta paciencia como su amo. El boyero unció sus bueyes y acomodó á D. Quijote sobre un haz de heno, y con su acostumbrada flema siguió el camino que el cura quiso, y á cabo de seis dias llegaron á la aldea de Don Quijote, adonde entraron en la mitad del dia, que acertó á ser domingo, y la gente estaba toda en la plaza, por mitad de la cual atravesó el carro de D. Quijote. Acudieron todos á ver lo que en el carro venía, y cuando conocieron á su compatrioto quedaron maravillados, y un muchacho acudió corriendo á dar las nuevas á su ama y á su sobrina de que su tio y su señor venia flaco, amarillo, y tendido sobre un monton de heno y sobre un carro de bueyes. Cosa de lástima fué oir los gritos que las dos buenas señoras alzaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nuevo echaron á los malditos libros de caballerías, todo lo cual se renovó cuando vieron entrar á D. Quijote por sus puertas.

A las nuevas de esta venida de D. Quijote acudió la mujer de Sancho Panza, que ya habia sabido que habia ido con él sirviéndole de escudero, y así como vió á Sancho lo primero que le preguntó fué que si venia bueno el asno; Sancho le respondió que venia mejor que su amo. Grácias sean dadas á Dios, replicó ella, que tanto bien me ha hecho; pero contadme ahora, amigo, ¿qué bien habeis sacado de vuestras escuderías? ¿qué saboyana [3], me traeis á mí? ¿qué zapaticos á vuestros hijos? No traigo nada deso, dijo Sancho, mujer mia, aunque traigo otras cosas de más momento y consideracion. Deso recibo yo mucho gusto, respondió la mujer: mostradme esas cosas de más consideracion y más

3 Gala de mujer.

momento, amigo mío, que las quiero ver para que se me alegre este corazon, que tan triste y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia. En casa os las mostraré, mujer, dijo Panza, y por ahora estad contenta que siendo Dios servido de que otra vez salgamos en viaje á buscar aventuras, vos me vereis presto conde, ó gobernador de una ínsula, y no de las de por ahí, sino de la mejor que pueda hallarse. Quiéralo así el cielo, marido mío, que bien lo habemos menester. Mas decidme, ¿qué es eso de ínsulas? que no lo entiendo. No es la miel para la boca del asno, respondió Sancho: á su tiempo lo verás, mujer, y áun te admirarás de oirte llamar señoría de todos tus vasallos. ¿Qué es lo que decís, Sancho, de señorías, ínsulas y vasallos? respondió Juana Panza, que así se llamaba la mujer de Sancho aunque no eran parientes, sino porque se usa en la Mancha tomar las mujeres el apellido de sus maridos. No te acúcies [4], Juana, por saber todo esto tan apriesa, basta que te digo verdad, y cose la boca: solo te sabré decir así de paso, que no hay cosa más gustosa en el mundo que ser un hombre honrado escudero de un caballero andante buscador de aventuras. Bien es verdad que las más que se hallan no salen tan á gusto como el hombre querria, porque de ciento que se encuentran las noventa y nueve suelen salir aviesas y torcidas. Sólo yo de experiencia, porque de algunas hé salido manteado, y de otras molido; pero con todo eso es cosa linda esperar los sucesos atravesando montes, escudriñando selvas, pisando peñas, visitando castillos, alojando en ventas á toda discrecion, sin pagar ofrecido sea al diablo el maravedí. Todas estas pláticas pasaron entre Sancho Panza y Juana Panza su mujer en tanto que el ama y sobrina de D. Quijote le recibieron, le desnudaron y le tendieron en su antiguo lecho. Mirábalas él con ojos atravesados, y no acababa de entender en qué parte estaba. El cura encargó á la sobrina tuviese gran cuenta con regalar á su tio, y que estuviese alerta de que otra vez no se les escapase, contando lo que habia sido menester para traelle á su casa. Aquí alzaron las dos de nuevo los gritos al cielo, allí se renovaron las maldiciones de los libros de caballerías, allí pidieron al cielo que confundiese en el centro del abismo á los autores de tantas mentiras y disparates. Finalmente ellas quedaron confusas y temerosas de que se habian de ver sin su amo y tio en el mismo punto que tuviese alguna mejoría, y así fué como ellas se lo imaginaron.

4 No te apures.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

DEDICATÓRIA AL CONDE DE LÉMOS.

Enviando á V. E. los dias pasados mis comedias, antes impresas que representadas, si bien me acuerdo dije que D. Quijote quedaba calzadas las espuelas para ir á besar las manos á V. E.; ahora digo que se las ha calzado y se ha puesto en camino, y si él allá llega me parece que habré hecho algun servicio á V. E., porque es mucha la priesa que de infinitas partes me dan á que le envie, para quitar el amago y la náusea que ha causado otro D. Quijote, que con nombre de segunda parte se ha disfrazado y corrido por el orbe: y el que más ha mostrado desearle ha sido el grande emperador de la China, pues en lengua chinesca habrá un mes que me escribió una carta con un própio, pidiéndome, ó por mejor decir, suplicándome se le enviase, porque queria fundar un colegio donde se leyese la lengua castellana, y queria que el libro que se leyese fuese el de la historia de D. Quijote: juntamente con esto me decia que fuese yo á ser el rector del tal colegio. Preguntéle al portador si su majestad le habia dado para mí alguna ayuda de costa. Respondióme que ni por pensamiento. Pues, hermano, le respondí yo; vos os podeis volver á vuestra China á las diez, á las veinte, ó á las que venís despachado, porque yo no estoy con salud para ponerme en tan largo viaje; además que sobre estar enfermo, es-

toy muy sin dineros, y emperador por emperador, y monarca por monarca, en Nápoles tengo al gran conde de Lémos, que sin tantos titulillos de colegios ni rectorías me sustenta, me ampara y hace mas merced que la que yo acierto á desear. Con esto le despedí, y con esto me despido, ofreciendo á V. E. los *Trabajos de Pérsiles y Sigismunda*, libro á quien daré fin dentro de cuatro meses, *Deo volente*; el cual ha de ser, ó el *más malo*, ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, quiero decir de los de entretenimiento: y digo que me arrepiento de haber dicho *el más malo*, porque segun la opinion de mis amigos, há de llegar al extremo de bondad posible. Venga V. E. con la salud que es deseado, que ya estará Pérsiles para besarle las manos, y yo los piés, como criado que soy de V. E. De Madrid último de octubre de mil seiscientos y quince.—Criado de V. E.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

SEGUNDA PARTE

DEL INGENIOSO HIDALGO

DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

CAPÍTULO PRIMERO.

De lo que el cura y el barbero pasaron con D. Quijote cerca de su enfermedad.

Cuenta Cide Hamete Benengeli en la segunda parte desta historia y tercera salida de D. Quijote, que el cura y el barbero se estuvieron casi un mes sin verle por no renovarle y traerle á la memoria las cosas pasadas; pero que enterados por su sobrina y su ama de que su señor por momentos iba dando muestras de estar en su entero juicio; determinaron, por fin, de visitarle y hacer experiencia de su mejoría, aunque tenían casi por imposible que la tuviese, y acordaron de no tocarle en ningun punto de la andante caballería por no ponerse á peligro de descoserlos [1] de la herida, que tan tiernos estaban. Visitáronle, y halláronle sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde con un bonete colorado toledano, y estaba tan seco y amojamado, que no parecia sino hecho de carne mómia. Fueron dél muy bien recibidos, preguntáronle por su salud, y él dió cuenta de sí y della con mucho juicio y con muy elegantes palabras; y en el discurso de su plática vinieron á tratar en esto que llaman razon de estado y modos de gobierno, enmendando este abuso y condenando aquel, reformando una costumbre

1 Esto es, *puntos*.

y desterrando otra, haciéndose cada uno de los tres un nuevo legislador, un Licurgo moderno, ó un Solon flamante; y de tal manera renovaron la república, que no pareció sino que la habian puesto en una fragua, y sacado otra de la que pusieron; y habló D. Quijote con tanta discrecion en todas las materias que se tocaron, que los dos examinadores creyeron indubitadamente que estaba del todo bueno y en su entero juicio. Halláronse presentes á la plática la sobrina y ama, y no se hartaban de dar grácias á Dios de ver á su señor con tan buen entendimiento; pero el cura, mudando el propósito primero, que era de no tocarle en cosas de caballerías, quiso hacer de todo en todo experiencia si la sanidad de D. Quijote era falsa ó verdadera, y así de lance en lance vino á contar algunas nuevas que habian venido de la córte, y entre otras dijo que se tenia por cierto que el Turco bajaba con una poderosa armada, y que no se sabía su designio ni adonde habia de descargar tan gran nublado; y con este temor, con que casi cada año nos toca arma, estaba puesta en ella toda la cristiandad, y su Majestad habia hecho proveer las costas de Nápoles y Sicilia y la isla de Malta. Á esto respondió D. Quijote: su Majestad ha hecho como prudentísimo guerrero en proveer sus estados con tiempo, porque no le halle desapercibido el enemigo; pero si tomára mi consejo, aconsejárale yo que usára una prevencion, de la cual su Majestad la hora de ahora debe estar muy ajeno. Apenas oyó esto el cura cuando dijo entre sí: Dios te tenga de su mano, pobre D. Quijote, que me parece que te despeñas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad. El barbero, que ya habia dado en el mismo pensamiento que el cura, preguntó á D. Quijote cuál era la advertencia de la prevencion que decia era bien se hiciese; quizá podria ser tal que se pusiese en la lista de los muchos advertimientos impertinentes que se suelen dar á los príncipes. El mio, señor rapador, dijo D. Quijote, no será impertinente sino perteneciente [2]. No lo digo por tanto, replicó el barbero, sino porque tiene mostrado la experiencia que todos ó los más arbítrios que se dan á su Majestad, ó son imposibles, ó disparatados, ó en daño del rey ó del reino. Pues el mio, respondió D. Quijote, ni es imposible ni disparatado, sino el más fácil, el más justo y el más mañero y breve que puede caber en pensamiento de arbitrante alguno. Ya tarda en decirle v. m., señor D. Quijote, dijo el cura. No querria, dijo Don Quijote, que le dijese yo aquí ahora, y amaneciese mañana en los oidos de los señores consejeros, y se llevase otro las grácias y el premio de mi trabajo. Por mí, dijo el barbero, doy la palabra para aquí y para delante de Dios de no decir lo que v. m. dijera á rey ni á Roque, ni á hombre

2 A propósito.

terrenal: juramento que aprendí del romance del cura que en el prefacio avisó al rey del ladron que le habia robado las cien doblas y la su mula la andariega. No sé historias, dijo D. Quijote; pero sé que es bueno ese juramento en fé de que sé que es hombre de bien el señor barbero. Cuando no lo fuera, dijo el cura, yo le abono y salgo por él, que en este caso no hablará más que un mudo, so pena de pagar lo juzgado y sentenciado. ¿Y á v. m. quién le fia, señor cura? dijo D. Quijote. Mi profesion, respondió el cura, que es de guardar secreto. Cuerpo de tal, dijo á esta sazon D. Quijote, ¿hay más sino mandar su Majestad por público pregon que se junten en la córte para un dia señalado todos los caballeros andantes que vagan por España, que aunque no viniesen sino media docena, tal podria venir entre ellos que solo bastase á destruir toda la potestad del Turco? Esténme vuestras mercedes atentos, y vayan conmigo. ¿Por ventura es cosa nueva deshacer un solo caballero andante un ejército de doscientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta ó fueran hechos de alfeñique? Sinó, díganme, ¿cuántas historias están llenas destas maravillas? Habia, enhoramala para mí, que no quiero decir para otro, de vivir hoy el famoso D. Belianís, ó alguno de los del innumerable linaje de Amadís de Gaula, que si alguno destos hoy viviera, y con el Turco se afrontára, á fé que no le arrendára la ganancia; pero Dios mirará por su pueblo, y deparará alguno que sinó tan bravo como los pasados andantes caballeros, á lo ménos no les será inferior en el ánimo; y Dios me entiende, y no digo mas. ¡Ay! dijo á este punto la sobrina, que me maten sinó quiere mi señor volver á ser caballero andante. A lo que dijo D. Quijote: caballero andante hé de morir, y baje ó suba el Turco cuando él quisiere y cuán poderosamente pudiere, que otra vez digo que Dios me entiende. A esta sazon dijo el barbero: suplico á vuesas mercedes que se me dé licencia para contar un cuento breve que sucedió en Sevilla, que por venir aquí como de molde me da gana de contarle. Dió la licencia D. Quijote, y el cura y los demás le prestaron atencion, y él comenzó desta manera:

En la casa de los locos de Sevilla estaba un hombre á quien sus parientes habian puesto allí por falta de juicio: era graduado en cánones por Osuna; pero aunque lo fuera por Salamanca, segun opinion de muchos, no dejára de ser loco. Este tal graduado al cabo de algunos años de recogimiento se dió á entender que estaba cuerdo y en su entero juicio, y con esta imaginacion escribió al arzobispo suplicándole encarecidamente y con muy concertadas razones le mandase sacar de aquella miseria en que vivia, pues por la misericordia de Dios habia ya cobrado el juicio perdido; pero que sus parientes por gozar de la parte de su hacienda le tenian allí, y á pesar de la verdad querian que fuese loco

hasta la muerte. El arzobispo, persuadido de muchos billetes concertados y discretos, mandó á un capellan suyo se informase del rector de la casa si era verdad lo que aquel licenciado le escribia, y que asimismo hablase con el loco, y que si le pareciese que tenia juicio, le sacase y pusiese en libertad. Hízolo así el capellan, y el rector le dijo que aquel hombre áun se estaba loco, que puesto que hablaba muchas veces como persona de grande entendimiento, al cabo disparataba con tantas necedades, que en muchas y en grandes igualaban á sus primeras discreciones, como se podia hacer la experiencia hablándole. Quiso hacerla el capellan, y avistándose con el loco habló con él una hora y más, y en todo aquel tiempo jamás el loco dijo razon torcida ni disparatada, antes habló tan atentadamente, que el capellan fué forzado á creer que el loco estaba cuerdo. Con esta buena fé el buen capellan pidió al rector mandase dar los vestidos con que allí habia entrado el licenciado: volvió á decir el rector que mirase lo que hacia, porque sin duda alguna el licenciado áun se estaba loco. No sirvieron de nada para con el capellan las prevenciones y advertimientos del rector para que dejase de llevarle: obedeció este viendo ser órden del arzobispo, pusieron al licenciado sus vestidos, que eran nuevos y decentes; y como él se vió vestido de cuerdo y desnudo de loco, suplicó al capellan que por caridad le diese licencia para ir á despedirse de sus compañeros los locos. El capellan dijo que él le queria acompañar y ver los locos que en la casa habia. Subieron en efecto, y con ellos algunos que se hallaron presentes: y llegado el licenciado á una jaula adonde estaba un loco furioso, aunque entonces sosegado y quieto, le dijo: hermano mio, mire si me manda algo, que me voy á mi casa, que ya Dios ha sido servido por su infinita bondad y misericordia, sin yo merecerlo, de volverme mi juicio; ya estoy sano y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible: tenga grande esperanza y confianza en él, que pues á mi me ha vuelto á mi primer estado, tambien le volverá á él si en él confia: yo tendré cuidado de enviarle algunos regalos que coma, y cómalos en todo caso, que le hago saber que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estómagos vacíos y los celebros llenos de aire: esfuérzese, esfuérzese, que el descaecimiento en los infortunios apoca la salud y acarrea la muerte. Todas estas razones del licenciado escuchó otro loco que estaba en otra jaula frontero de la del furioso, y levantándose de una estera vieja donde estaba echado y desnudo en cueros, preguntó á grandes voces quién era el que se iba sano y cuerdo. El licenciado respondió: yo soy, hermano, el que me voy, que ya no tengo necesidad de estar más aquí, por lo que doy infinitas grácias á los cielos, que tan grande merced me han hecho. Mirad lo que decís, licenciado, no os engañe el diablo, replicó el loco;

sosegad el pié y estáos quedito en vuestra casa, y ahorrareis la vuelta. Yo sé que estoy bueno, replicó el licenciado, y no habrá para qué tornar á andar estaciones. ¿Vos bueno? dijo el loco: ahora bien, ello dirá, andad con Dios; pero yo os voto á Júpiter, cuya majestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que hoy comete Sevilla en sacaros de esta casa y en teneros por cuerdo, tengo de hacer un tal castigo en ella, que quede memoria dél por todos los siglos de los siglos, amen. ¿No sabes tú, licenciadillo menguado, que lo podré hacer, pues como digo soy Júpiter Tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo y suelo amenazar y destruir el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar á este ignorante pueblo, y es con no llover en él ni en todo su distrito y contorno por tres enteros años, que se han de contar desde el dia y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. ¿Tú libre, tú sano, tú cuerdo, y yo loco, y yo enfermo, y yo atado? Así pienso llover como pensar ahorcarme. Á las voces y á las razones del loco estuvieron los circunstantes atentos; pero nuestro licenciado, volviéndose á nuestro capellan y asiéndole de las manos, le dijo: no tenga v. m. pena, señor mio, ni haga caso de lo que este loco ha dicho: que si él es Júpiter y no quisiere llover, yo, que soy Neptuno, el padre y el dios de las aguas, lloveré todas las veces que se me antojáre y fuere menester. Á lo que respondió el capellan: con todo eso, señor Neptuno, no será bien enojar al señor Júpiter; v. m. se quede en su casa, que otro dia, cuando haya más comodidad y más espacio, volveremos por v. m. Rióse el rector y los presentes, por cuya risa se medio corrió el capellan: desnudaron al licenciado, quedóse en casa, y acabóse el cuento.

¿Pues este es el cuento, señor barbero, dijo D. Quijote, que por venir aquí como de molde no podia dejar de contarle? ¡Ah, señor rapista, señor rapista, y cuán ciego es aquel que no ve por tela de cedazo! ¿Y es posible que v. m. no sabe que las comparaciones que se hacen de ingenio á ingenio, de valor á valor, de hermosura á hermosura y de linaje á linaje son siempre odiosas y mal recibidas? Yo, señor barbero, no soy Neptuno el dios de las aguas, ni procuro que nadie me tenga por discreto no lo siendo; solo me fatigo por dar á entender al mundo el error en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la órden de la andante caballería; pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron á su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los más de los caballeros que ahora se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que

la malla con que se arman: ya no hay caballero que duerma en los campos sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los piés á la cabeza: ya no hay quien sin sacar los piés de los estribos, arrimado á su lanza, solo procure descabezar, como dicen, el sueño como lo hacian los caballeros andantes: ya no hay ninguno que saliendo deste bosque entre en aquella montaña, y de allí pise una estéril y desierta playa del mar, las mas veces proceloso y alterado, y hallando en ella y en su orilla un pequeño batel sin remos, vela, mástil, ni jarcia alguna con intrépido corazon se arroje en él, entregándose á las implacables olas del mar profundo, que ya le suben al cielo y ya le bajan al abismo, y él puesto el pecho á la incontrastable borrasca, cuando menos se cata se halla tres mil y más leguas distante del lugar donde se embarcó, y saltando en tierra remota y no conocida le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronces; más ahora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía, y la teórica de la práctica de las armas, que solo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros. Sinó díganme, ¿quién más honesto y más valiente que el famoso Amadís de Gaula? ¿quién más discreto que Palmerín de Inglaterra? ¿quién más arrojado que D. Cirongílio de Trácia? ¿quién más bravo que Rodamonte? ¿quién más prudente que el rey Sobrino? ¿quién más atrevido que Reinaldos? ¿quién más invencible que Roldan? ¿y quién más gallardo y más cortés que Rugero, de quien decienden hoy los duques de Ferrara, segun Turpin en su cosmografía? Todos estos caballeros y otros muchos que pudiera decir, señor cura, fueron caballeros andantes, luz y gloria de la caballería. Destos ó tales como estos, quisiera yo que fueran los de mi arbítrio, que á serlo, su Majestad se hallára bien servido y ahorrára de mucho gasto, y el Turco se quedára pelando las barbas; y con esto me quiero quedar en mi casa, pues no me saca el capellan de ella; y si Júpiter, como ha dicho el barbero, no lloviere aquí estoy yo, que lloveré cuando se me antojáre: digo esto porque sepa el señor bacía que le entiendo.

En verdad, señor D. Quijote, dijo el barbero, que no lo dije por tanto, y así me ayude Dios como fué buena mi intencion, y que no debe v. m. sentirse. Si puedo sentirme ó no respondió D. Quijote, yo me lo sé. A esto dijo el cura: áun bien que yo no hé hablado palabra hasta ahora, y no quisiera quedar con un escrúpulo que me escarba y roe la conciencia, nacido de lo que aquí el señor D. Quijote ha dicho. Para otras cosas más, respondió D. Quijote, tiene licencia el señor cura, y así puede decir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrupulosa. Pues con ese beneplácito, respondió el cura, digo que mi escrúpulo es, que no me puedo persuadir en ninguna mane-

ra á que toda la caterva de caballeros andantes que v. m., señor Don Quijote, ha referido, hayan sido real y verdaderamente personas de carne y hueso en el mundo; antes imagino que todo es ficcion, fábula, mentira, y sueños contados por hombres despiertos, ó por mejor decir medio dormidos. Ese es otro error, respondió D. Quijote, en que han caido muchos que no creen que haya habido tales caballeros en el mundo, y yo muchas veces con diversas gentes y ocasiones he procurado sacar á la luz de la verdad este casi comun engaño; pero algunas veces no hé salido con mi intencion, y otras sí sustentándola sobre los hombros de la verdad, la cual es tan cierta, que estoy por decir que con mis propios ojos ví á Amadís de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones, tardo en airarse, y presto en deponer la ira; y del modo que hé delineado á Amadís pudiera á mi parecer pintar y describir todos cuantos caballeros andantes andan en las historias del orbe, que por la aprension que tengo de que fueron como sus historias cuentan, y por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron se pueden sacar por buena filosofia sus faciones, sus colores y estaturas. ¿Qué tan grande le parece á v. m., mi señor Don Quijote, preguntó el barbero, debia de ser el gigante Morgante? En esto de gigantes, respondió D. Quijote, hay diferentes opiniones si los ha habido ó no en el mundo; pero la santa Escritura, que no puede faltar un átomo en la verdad, nos muestra que los hubo, contándonos la historia de aquel filisteazo de Golías, que tenia siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. Pero con todo eso no sabré decir con certidumbre qué tamaño tuviese Morgante, aunque imagino que no debió de ser muy alto: y muéveme á ser deste parecer hallar en la historia donde se hace mencion particular de sus hazañas, que muchas veces dormia debajo de techado; y pues hallaba casa donde cupiese, claro está que no era desmesurada su grandeza. Así es, dijo el cura, el cual gustándole oirle decir tan grandes disparates, le preguntó que qué sentia acerca de los rostros de Reinaldos de Montalvan, de D. Roldan, y de los demás doce pares de Francia, pues todos habian sido caballeros andantes. De Reinaldos, respondió D. Quijote, me atrevo á decir que era ancho de rostro, de color bermejo, los ojos bailadores y algo saltados, puntoso y colérico en demasía, amigo de ladrones y de gente perdida. De Roldan, ú Orlando soy de parecer y afirmo que fué de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño [3], velloso en el cuerpo, y de vista amenazadora, corto de razo-

3 Esto es, de *barba rubia*, y si es *barbitaheño*, como quieren otros, *de barba áspera y herizada*.

nes, pero muy comedido y bien criado. En esto oyeron que el ama y la sobrina, que ya habian dejado la conversacion, daban grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruido.

CAPITULO II.

Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de Don Quijote, con otros sucesos graciosos.

Cuenta la historia que las voces que oyeron D. Quijote, el cura y el barbero, eran de la sobrina y ama que las daban diciendo á Sancho Panza, que pugnaba por entrar á ver á D. Quijote, ¿qué quiere este mostrenco en esta casa? idos á la vuestra, hermano, que vos sois, y no otro, el que destrae y sonsaca á mi señor, y le lleva por esos andurriales. Á lo que Sancho respondió: ama de Satanás, el sonsacado, el destraido y el llevado por esos andurriales soy yo, que no tu amo: él me llevó por esos mundos, y vosotras os engañais en la mitad del justo precio: él me sacó de mi casa con engañifas prometiéndome una ínsula que hasta ahora la espero. Malas ínsulas te ahoguen, respondió la sobrina, Sancho maldito; ¿y qué son ínsulas? ¿es alguna cosa de comer, golosazo, comilon, que tú eres? No es de comer, replicó Sancho, sino de gobernar y regir mejor que cuatro ciudades y cuatro alcaldes de corte. Con todo eso, dijo el ama, no entraréis acá, saco de maldades y costal de malícias: id á gobernar vuestra casa y á labrar vuestros pegujares [1] y dejaos de pretender ínsulas ni ínsulos. Grande gusto recibian el cura y el barbero de oir el coloquio de los tres; pero D. Quijote, temeroso que Sancho se descosiese y desbuchase [2] algun monton de maliciosas necedades, y tocase en puntos que no le estarian bien á su crédito, le llamó y hizo á las dos que callasen y le dejasen entrar. Entró Sancho, y el cura y el barbero se despidieron de D. Quijote, de cuya salud desesperaron viendo cuán puesto estaba en sus desvariados pensamientos, y cuán embebido en la simplicidad de sus malandantes caballerías; y así dijo el cura al barbero: vos vereis, compadre, como cuando ménos lo pensemos nuestro hidalgo sale otra vez á volar la ribera. No pongo yo duda en eso, respondió el barbero; pero no me maravillo tanto de la locura del caballero, como de la simplicidad del escudero, que tan creido tiene aquello de la ínsula, que creo que no se lo sacarán del casco cuantos desengaños pueden imaginarse. Dios los remedie, dijo el cura, y estemos á la mira, veremos en lo que para

1 *Pegujar* es la corta porcion de terreno de sembradura, ó de ganado. 2 Que dijese ó declarase más de lo que D. Quijote quisiera.

esta máquina de disparates de tal caballero y de tal escudero, que parece que los forjaron á los dos en una misma turquesa, y que las locuras del señor sin las necedades del criado no valian un ardite. Así es, dijo el barbero, y holgára mucho saber que tratarán ahora los dos. Yo aseguro, respondió el cura, que la sobrina ó el ama nos lo cuenta despues, que no son de condicion que dejarán de escucharlo.

En tanto D. Quijote se encerró con Sancho en su aposento, y estando solos le dijo: mucho me pesa, Sancho, que hayas dicho y digas que yo fuí el que te saqué de tus casillas, sabiendo que yo no me quedé en mis casas. Juntos salímos, juntos fuímos y juntos peregrinamos: una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos, si á tí te mantearon una vez, á mí me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja. Eso estaba puesto en razon, respondió Sancho, porque, segun vuesa merced dice, más anejas son á los caballeros andantes las desgrácias, que á sus escuderos. Engáñaste Sancho, dijo D. Quijote, segun aquello: *quando caput dolet*, etc. No entiendo otra lengua que la mia, respondió Sancho. Quiero decir, dijo D. Quijote, que cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen: y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza y tú mi parte, pues eres mi criado; y por esta razon el mal que á mí me toca ó tocare, á tí te ha de doler, y á mí el tuyo. Así habia de ser, dijo Sancho; pero cuando á mí me manteaban como á miembro, se estaba mi cabeza detrás de las bardas mirándome volar por los aires sin sentir dolor alguno; y pues los miembros estan obligados á dolerse del mal de la cabeza, habia de estar obligada ella á dolerse dél dellos. ¿Querrás tú decir ahora, Sancho, respondió D. Quijote, que no me dolia yo cuando á tí te manteaban? y si lo dices, no lo digas ni lo pienses, pues más dolor sentia yo entonces en mi espíritu, que tú en tu cuerpo. Pero dejemos esto aparte por ahora, que tiempo habrá donde lo ponderemos y pongámos en su punto: y díme, Sancho amigo, ¿qué es lo que dicen de mí por ese lugar? ¿en qué opinion me tiene el vulgo, en qué los hidalgos, y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía? ¿qué de mis hazañas? y qué de mi cortesía? ¿Qué se platíca del asunto que hé tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada órden caballeresca? Finalmente quiero, Sancho, me digas lo que acerca desto ha llegado á tus oidos: y esto me has de decir, sin añadir al bien, ni quitar al mal cosa alguna; que de los vasallos leales es decir la verdad á sus señores en su ser y figura propia, sin que la adulacion la acreciente, ú otro vano respeto la disminuya: y quiero que sepas, Sancho, que si á los oidos de los príncipes llegase la verdad desnuda sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrian, otras edades serian tenidas por mas de hierro que la nuestra, que entiendo que de las que ahora se usan es la dorada. Sírvate este advertimiento, San-

cho, para que discreta y bien intencionadamente pongas en mis oidos la verdad de las cosas que supieres de lo que te hé preguntado. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, con condicion que vuesa merced no se ha de enojar de lo que dijere, pues quiere que lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron á mi noticia. En ninguna manera me enojaré, respondió Don Quijote: bien puedes, Sancho, hablar libremente y sin rodeo alguno.

Pues lo primero que digo, es que el vulgo tiene á v. m. por grandísimo loco, y á mí por no ménos mentecato. Los hidalgos dicen, que no conteniéndose v. m. en los límites de la hidalguía, se ha puesto *don*, y se ha arremetido á caballero con cuatro cepas y dos yugadas de tierra, y con un trapo atrás y otro adelante. Dicen los caballeros, que no querrian que los hidalgos se sobrepusiesen á ellos, especialmente aquellos hidalgos escuderiles, que dan humo á los zapatos y toman los puntos de las medias negras con seda verde. Eso, dijo Don Quijote, no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido y jamás remendado: roto bien podria ser, y el roto más de las armas que del tiempo. En lo que toca, prosiguió Sancho, á la valentía, cortesía, hazañas y asunto de v. m., hay diferentes opiniones: unos dicen loco, pero gracioso; otros valiente, pero desgraciado; otros, cortés, pero impertinente; y por aquí van discurriendo en tantas cosas, que ni á v. m. ni á mí nos dejan hueso sano. Mira, Sancho, dijo D. Quijote, donde quiera que está la virtud en eminente grado es perseguida; pocos ó ninguno de los famosos varones que pasaron dejó de ser calumniado de la malicia. Julio César, animosísimo, prudentísimo y valentísimo capitan, fué notado de ambicioso y algun tanto no limpio, ni en sus vestidos ni en sus costumbres. Alejandro, á quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen dél que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hércules el de los muchos trabajos se cuenta, que fué lascivo y muelle. Asíque, oh Sancho, entre las tantas calumnias de buenos, bien pueden pasar las mias, como no sean más de las que has dicho. Ahí está el toque, cuerpo de mi padre, replicó Sancho. ¿Pues hay más? preguntó D. Quijote. Áun la cola falta por desollar, dijo Sancho: lo de hasta aquí son tortas y pan pintado: mas si vuesa merced quiere saber todo lo qué hay acerca de las caloñas[3] que le ponen, yo le traeré aquí luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una meaja, que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho bachiller, y yéndole yo á dar la bienvenida me dijo que andaba ya en libros la HISTORIA de v. m., con nombre de EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA: y di-

3 *Calumnia* se dice ahora.

ce que me mientan á mí en ella con mi mismo nombre de Sancho Panza, y á la señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que pasamos nosotros á solas, que me hice cruces de espantado cómo las pudo saber el historiador que las escribió. Yo te aseguro, Sancho, dijo D. Quijote, que debe de ser algun sábio y encantador el autor de nuestra historia, que á los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir. Y vaya, dijo Sancho, si será sábio y encantador, pues segun dice el bachiller Sanson Carrasco (que es el nombre del que dicho tengo) el autor de la historia se llama Cide Hamete Berengena. Ese nombre es de moro, respondió D. Quijote. Así será, respondió Sancho, porque por la mayor parte hé oido decir que los moros son amigos de berengenas. Tú debes, Sancho, dijo D. Quijote, errarte en el sobrenombre de ese Cide, que en arábigo quiere decir señor. Bien podria ser, replicó Sancho, mas si v. m. gusta que yo haga venir aquí al bachiller, iré por él en volandas. Harásme mucho placer, amigo, dijo D. Quijote, que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comeré bocado que bien me sepa hasta ser informado de todo. Pues yo voy por él, respondió Sancho. Y dejando á su señor, se fué á buscar al bachiller, con el cual volvió de allí á poco espacio, y entre los tres pasaron un graciosímo coloquio.

CAPITULO III.

Del ridículo razonamiento que pasó entre D. Quijote, Sancho Panza y el bachiller Sanson Carrasco.

Pensativo ademas quedó D. Quijote esperando al bachiller Carrasco, de quien esperaba oir las nuevas de sí mismo puestas en libro, como habia dicho Sancho, y no se podia persuadir á que tal historia hubiese, pues áun no estaba enjuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que habia muerto, y ya querian que anduviesen en estampa sus altas caballerías. Con todo eso imaginó que algun sabio, ó ya amigo ó enemigo, por arte de encantamento las habria dado á la estampa: si amigo, para engrandecerlas y levantarlas sobre las más señaladas de caballero andante; si enemigo, para aniquilarlas y ponerlas debajo de las mas viles que de algun vil escudero se hubiesen escrito: puesto, decia entre sí, que nunca hazañas de escuderos se escribieron; y cuando fuese verdad que la tal historia hubiese, siendo de caballero andante, por fuerza habia de ser grandílocua, alta, insigne, magnífica y verdadera. Con esto se consoló algun tanto, pero desconsolóle pensar que su autor era moro, segun aquel nombre de Cide; y de los moros no se podia esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, falsarios y quimeristas. Temíase no hubiese tratado sus amores

con alguna indecencia, que redundase en menoscabo y perjuicio de la honestidad de su señora Dulcinea del Toboso: deseaba que hubiese declarado su fidelidad y el decoro que siempre la habia guardado, menospreciando reinas, emperatrices y doncellas de todas calidades teniendo á raya los ímpetus de los naturales movimientos. Y así envuelto y revuelto en estas y otras muchas imaginaciones, le hallaron Sancho y Carrasco, á quien D. Quijote recibió con mucha cortesía.

Era el bachiller, aunque se llamaba Sanson, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran socarron, de color macilento, pero de muy buen entendimiento: tendria hasta veinte y cuatro años, cariredondo, de nariz chata y boca grande, señales todas de ser de condicion maliciosa, y amigo de donaires y de burlas, como lo mostró poniéndose de rodillas al ver á D. Quijote, y diciéndole: déme vuestra grandeza las manos, señor D. Quijote de la Mancha, que por el hábito de S. Pedro que visto, aunque no tengo otras órdenes que las cuatro primeras, que es v. m. uno de los mas famosos caballeros andantes que há habido ni habrá en toda la redondez de la tierra. Bien haya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dejó escrita, y rebien haya el curioso que tuvo cuidado de hacerla traducir de arábigo en nuestro vulgar castellano para universal entretenimiento de las gentes. Hízole levantar D. Quijote, y dijo: desa manera ¿verdad es que hay historia mía, y que fué moro y sabio el que la compuso? Es tan verdad, señor, dijo Sanson, que tengo para mí que el dia de hoy estan impresos más de doce mil libros de la tal historia: sinó dígalo Portugal, Barcelona y Valencia, donde se han impreso, y áun hay fama que se está imprimiendo en Amberes, y á mí se me trasluce que no há de haber nacion ni lengua donde no se traduzca. Una de las cosas, dijo á esta sazon D. Quijote, que más debe de dar contento á un hombre virtuoso y eminente, es verse, viviendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impreso y en estampa: dije con buen nombre, porque siendo al contrario, ninguna muerte se le igualára. Si por buena fama y si por buen nombre va, dijo el bachiller, v. m. lleva la palma á todos los caballeros andantes, porque el moro en su lengua y el cristiano en la suya tuvieron cuidado de pintarnos muy al vivo la gallardía de v. m., el ánimo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades, y el sufrimiento, así en las desgrácias, como en las heridas; la honestidad y continencia en los amores tan platónicos de v. m. y de mi señora doña Dulcinea del Toboso. Nunca, dijo á este punto Sancho Panza, hé oido llamar con *don* á mi señora Dulcinea, sino solamente la señora Dulcinea del Toboso, y ya en esto anda errada la historia. No es objecion de importancia esa, respondió Carrasco. No por cierto, respondió D. Quijote; pero díga-

me v. m., señor bachiller, ¿qué hazañas mías son las que más se ponderan en esa historia? En eso, respondió el bachiller, hay diferentes opiniones como hay diferentes gustos: unos se atienen á la aventura de los molinos de viento, que á v. m. le parecieron briaréos y gigantes; otros á la de los batanes; este á la descripcion de los dos ejércitos, que despues parecieron ser dos manadas de carneros; aquel encarece la del muerto que llevaban á enterrar á Segovia; uno dice que á todas se aventaja la de la libertad de los galeotes: otro, que ninguna iguala á la de los dos gigantes benitos, con la pendencia del valeroso vizcaino. Dígame, señor bachiller, dijo á esta sazon Sancho, ¿entra ahí la aventura de los yangüeses, cuando á nuestro buen Rocinante se le antojó pedir cotufas[1] en el golfo? No se le quedó nada al sabio en el tintero, respondió Sanson: todo lo dice y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas, que el buen Sancho hizo en la manta. En la manta no hice yo cabriolas, respondió Sancho; en el aire sí, y áun más de las que yo quisiera. A lo que yo imagino, dijo D. Quijote, no hay historia humana en el mundo que no tenga sus altibajos, especialmente las que tratan de caballerías, las cuales nunca pueden estar llenas de prósperos sucesos. Con todo eso, respondió el bachiller, dicen algunos que han leido la historia que se holgáran se les hubiera olvidado á los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al señor D. Quijote. Ahí entra la verdad de la historia, dijo Sancho. Tambien pudieran callarlos por equidad, dijo D. Quijote, pues las acciones que ni mudan ni alteran la verdad de la historia no hay para que escribirlas si han de redundar en menosprecio del señor de la historia. A fé que no fué tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como le describe Homero. Así es, replicó Sanson: pero uno es escribir como poeta, y otro como historiador: el poeta puede contar ó cantar las cosas no como fueron, sino como debian ser, y el historiador las ha de escribir no como debian ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar á la verdad cosa alguna. Pues si es que se anda á decir verdades ese señor moro, dijo Sancho, á buen seguro que entre los palos de mi señor se hallen los mios, porque nunca á su merced le tomaron la medida de las espaldas, que no me la tomasen á mí de todo el cuerpo; pero no hay de qué maravillarme, pues como dice mi señor, del dolor de la cabeza han de participar los miembros. Socarron sois, Sancho, respondió D. Quijote, á fé que no os falta memoria cuando vos quereis tenerla. Cuando yo quisiese olvidarme de los garrotazos que me han dado, dijo Sancho, no lo consentirán los cardenales, que áun se están frescos en las costillas. Callad, Sancho, dijo D. Quijote, y no in-

1 Quizá debió decir Cervantes cótufas, esto es, chufas en remojo.

terrumpais al señor bachiller, á quien suplico pase adelante en decirme lo que se dice de mí en la referida historia. Y de mí, dijo Sancho, que tambien dicen que soy yo uno de los principales presonajes della. Personajes, que no presonajes, Sancho amigo, dijo Sanson. ¿Otro reprochador de voquíbles [2] tenemos? dijo Sancho; pues ándense á eso, y no acabarémos en toda la vida. Mala me la dé Dios, Sancho, respondió el bachiller, sinó sois vos la segunda persona de la historia, y que hay tal que precia mas oiros hablar á vos, que al más pintado de toda ella, puesto que tambien hay quien diga que anduvistes demasiadamente de crédulo en creer que podia ser verdad el gobierno de aquella ínsula ofrecida por el señor D. Quijote, que está presente. Aun hay sol en las bardas [3], dijo D. Quijote; y mientras más fuere entrando en edad Sancho, con la experiencia que dan los años estará más idóneo y más hábil para ser gobernador, que no está ahora. Por Dios, señor, dijo Sancho, la isla que yo no gobernase con los años que tengo, no la gobernaré con los años de Matusalen: el daño está en que la dicha ínsula se entretiene no sé donde, y no en faltarme á mí el caletre para gobernarla. Encomendadlo á Dios, Sancho, dijo D. Quijote, que todo se hará bien, y quizá mejor de lo que vos pensais, que no se mueve la hoja en el árbol sin la voluntad de Dios. Así es verdad, dijo Sanson, que si Dios quiere no le faltarán á Sancho mil islas que gobernar, cuanto más una. Gobernadores hé visto por ahí, dijo Sancho, que á mi parecer no llegan á la suela de mi zapato, y con todo eso los llaman señoría, y se sirven con plata. Esos no son gobernadores de ínsulas, replicó Sanson, sino de otros gobiernos mas manuales; que los que gobiernan ínsulas por lo ménos han de saber gramática. Con la *grama* bien me avendria yo, dijo Sancho, pero con la *tica* ni me tiro ni me pago, porque no la entiendo; pero dejando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche á las partes donde más de mí se sirva, digo, señor bachiller Sanson Carrasco, que infinitamente me há dado gusto que el autor de la historia haya hablado de mí de manera que no enfadan las cosas que de mí se cuentan: que á fé de buen escudero, que si hubiera dicho de mí cosas que no fueran muy de cristiano viejo como soy, que nos habian de oir los sordos. Eso fuera hacer milagros, respondió Sanson. Milagros ó no milagros, dijo Sancho, cada uno mire como habla ó como escribe de las presonas, y no ponga á trochemoche lo primero que le viene al magín.

Una de las tachas que ponen á la tal historia, dijo el bachiller, es que su autor puso en ella una novela intitulada *El curioso impertinente*, no por mala ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar ni tener

2 Vocablos. 3 Todavia no es tarde, áun hay tiempo para eso.

que ver con la historia de su merced el señor D. Quijote. Yo apostaré, replicó Sancho, que há mezclado el hí de perro berzas con capachos. Ahora digo, dijo D. Quijote, que no há sido sábio el autor de mi historia, sino algun ignorante hablador que á tiento y sin ningun discurso se puso á escribirla, salga lo que saliere, como hacía Orbaneja el pintor de Ubeda, al cual preguntándole qué pintaba, respondió: lo que saliere; tal vez pintaba un gallo de tal suerte y tan mal parecido, que era menester que con letras góticas escribiese junto á él *este es gallo*: y así debe de ser de mi historia, que tendrá necesidad de comento para entenderse. Eso no, respondió Sanson, porque es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella; los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y finalmente, es tan trillada, tan leida y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algun rocin flaco cuando dicen, allí vá Rocinante: y los que más se han dado á su letura son los pajes: no hay antecámara de señor donde no se halle un D. Quijote: unos le toman si otros le dejan; estos le embisten y aquellos le piden. Finalmente, la tal historia es del más gustoso y menos perjudicial entretenimiento que hasta ahora se haya visto, porque en toda ella no se descubre ni por semejas una palabra deshonesta ni un pensamiento ménos que católico. A escribir de otra suerte, dijo D. Quijote, no fuera escribir verdades, sino mentiras, y los historiadores que de mentiras se valen habian de ser quemados como los que hacen moneda falsa; y no sé yo qué le movió al autor á valerse de novelas y cuentos ajenos habiendo tanto que escribir en los mios; sin duda se debió de atener al refran: de paja y de heno, etc. Pues en verdad que en solo manifestar mis pensamientos, mis sospiros, mis lágrimas, mis buenos deseos y mis acometimientos, pudiera hacer un volúmen mayor ó tan grande que el que pueden hacer todas las obras del Tostado. En efecto, lo que yo alcanzo, señor bachiller, es que para componer historias y libros, de cualquier suerte que sean, es menester un gran juicio y un maduro entendimiento: decir grácias y escribir donaires es de grandes ingenios. La más discreta figura de la comedia es la del bobo, porque no lo há de sér el que quiere dar á entender que es símple. La historia es como cosa sagrada, porque há de ser verdadera, y donde está la verdad está Dios en cuanto á verdad; pero no obstante esto, hay algunos que así componen y arrojan libros de sí como si fuesen buñuelos. No hay libro tan malo, díjo el bachiller, que no tenga algo bueno. No hay duda en eso, replicó D. Quijote; pero muchas veces acontece que los que tenian grangeada y alcanzada gran fama por sus escritos, en dándolos á la estampa la pierden del todo ó la menoscaban algo. La causa deso es, dijo Sanson, que como las obras impresas se miran despacio, fácilmente se ven sus faltas, y tanto más se escudri-

ñan cuanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes poetas, los ilustres historiadores siempre ó las más veces son envidiados de aquellos que tienen por gusto y particular entretenimiento juzgar los escritos ajenos sin haber dado algunos propios á la luz del mundo. Eso no es de maravillar, dijo Don Quijote, porque muchos teólogos hay que no son buenos para el púlpito, y son bonísimos para conocer las faltas ó sobras de los que predican. Y así digo que es grandísimo el riesgo á que se pone el que imprime un libro, siendo de toda imposibilidad imposible componerle tal que satisfaga y contente á todos los que le leyeren. El que de mí trata, dijo Don Quijote, á pocos habrá contentado. Antes es al revés, que como de *stultorum infinitus est numerus*, infinitos son los que han gustado de la tal historia; y algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se olvida de contar qué hizo Sancho de aquellos cien escudos hallados en la maleta en Sierramorena, que nunca más los nombra, y hay muchos que desean saber qué hizo dellos ó en qué los gastó, pues es uno de los puntos sustanciales que faltan en la obra. Sancho respondió: yo, señor Sanson, no estoy ahora para ponerme en cuentas ni cuentos, que me ha tomado un desmayo de estómago; que sinó le reparo con dos tragos de lo añejo me pondrá en la espina de Santa Lucía [4]: en casa lo tengo, mi oíslo [5] me aguarda, en acabando de comer daré la vuelta y satisfaré á v. m. y á todo el mundo de lo que preguntar quisierén, del gasto de los cien escudos; y sin esperar respuesta ni decir otra palabra se fué á su casa. D. Quijote pidió y rogó al bachiller se quedase á hacer penitencia [6] con él. Tuvo el bachiller el envite [7], quedóse, añadióse al ordinario un par de pichones, tratóse en la mesa de caballerías, siguióle el humor Carrasco, acabóse el banquete, durmieron la siesta, volvió Sancho y renovóse la plática pasada.

CAPITULO IV.

Donde Sancho Panza satisface al bachiller Sanson Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse.

Volvió Sancho á casa de D. Quijote, y volviendo al pasado razonamiento esto es: á lo que el señor Sanson dijo, que se deseaba saber qué se hicieron los cien escudos, debo decir que se deshicieron: yo los gasté en pró de mi persona y de la de mi mujer y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi mujer lleve en paciencia los caminos y carreras que hé andado sirviendo á mi señor D. Quijote: que si al cabo de tanto tiempo

4 Me pondrá flaco, ó me dejará en solos los huesos. 5 Mi mujer. 6 A comer. 7 Aceptó el convite.

volviera sin blanca y sin el jumento á mi casa, negra ventura me esperaba; y si hay más que saber de mí, aquí estoy, que responderé al mismo rey en persona; y nadie tiene para qué meterse en si truje ó no truje, si gasté ó no gasté; que si los palos que me dieron en estos viajes se hubieran de pagar á dinero, aunque no se tasáran sino á cuatro maravedís cada uno, con otros cien escudos no había para pagarme la mitad; y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga á juzgar lo blanco por negro y lo negro por blanco, que cada uno es como Dios le hizo, y áun peor muchas veces. Yo tendré cuidado, dijo Carrasco, de avisar al autor de la historia que si otra vez la imprimiere no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho, que será realzarla un buen coto más de lo que ella se está. ¿Hay otra cosa que enmendar en esa leyenda, señor bachiller? preguntó D. Quijote. Sí debe de haber, respondió él; pero ninguna debe de ser de la importancia de la ya referida. ¿Y por ventura, dijo D. Quijote, promete el autor segunda parte? Sí promete, respondió Sanson; pero dice que no ha hallado ni sabe quién la tiene, y así estamos en duda si saldrá ó no. ¿Y á qué se atiene el autor? dijo D. Quijote. ¿A qué? respondió Sanson: en hallando que halle la historia, que él vá buscando con extraordinarias diligencias, la dará luego á la estampa, llevado más del interés que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna. A lo que dijo Sancho: ¿al dinero y al interés mira el autor? maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar [1], harbar como sastre en vísperas de pascuas; y las obras que se hacen apriesa nunca se acaban con la perfeccion que requieren. Atienda ese señor moro, ó lo que es, á mirar lo que hace, que yo y mi señor le daremos tanto ripio á la mano en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer no solo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre sin duda que nos dormimos aquí en las pajas, pues ténganos el pié al herrar y verá del qué cosqueamos; lo que yo sé decir es que si mi señor tomase mi consejo, ya habíamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andantes caballeros.

No habia bien acabado de decir estas razones Sancho cuando llegaron á sus oidos relinchos de Rocinante, los cuales tomó D. Quijote por felicísimo agüero, y determinó de hacer de allí á tres ó cuatro dias otra salida; y declarando su intento al bachiller le pidió consejo por qué parte comenzaria su jornada, el cual le respondió que era su parecer que fuese al reino de Aragon, y á la ciudad de Zaragoza, adonde, de allí á pocos dias se habian de hacer unas solemnísimas justas por la fiesta de San Jorge, en las cuales podria ganar fama sobre todos los caba-

1 Hacer la cosa muy de prisa.

lleros aragoneses, que seria ganarla sobre todos los del mundo. Alabóle ser honradísima y valentísima su determinacion, y advirtióle que anduviese más atentado en acometer los peligros, á causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habian de menester para que los amparase y socorriese en sus desventuras. Deso es lo que yo reniego, señor Sanson, dijo á este punto Sancho, que así acomete mi señor á cien hombres armados como un muchacho goloso á media docena de badeas [2]. Cuerpo del mundo, señor bachiller: sí, que tiempos hay de acometer, y tiempos de retirar, y no ha de ser todo Santiago y cierra España: y más que yo he oido decir, y creo que á mi señor mismo si mal no me acuerdo, que en los extremos de cobarde y de temerario está el medio de la valentia; y si esto es así no quiero que huya sin tener para qué, ni que acometa cuando la demasía pide otra cosa; pero sobre todo aviso á mi señor, que si me ha de llevar consigo ha de ser con condicion que él se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado á otra cosa que á mirar por su persona en lo que tocáre á su limpieza y á su regalo, que en esto yo le bailaré el agua delante [3]; pero pensar que tengo de poner mano á la espada aunque sea contra villanos malandrines de hacha y capellina, es pensar en lo excusado. Yo, señor Sanson, no pienso grangear fama de valiente, sino del mejor y más leal escudero que sirvió á caballero andante: y si mi señor D. Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiere darme alguna ínsula de las muchas que s. m. dice que se han de topar por ahí, recibiré mucha merced en ello, y cuando no me la diere, nacido soy, y no ha de vivir el hombre en hoto [4] de otro, sino de Dios; y más que tambien y áun quizá mejor me sabrá el pan desgobernado, que siendo gobernador: y ¿sé yo por ventura si en esos gobiernos me tiene aparejada el diablo alguna zancadilla donde tropiece y caiga y me deshaga las muelas? Sancho nací, y Sancho pienso morir. Pero si con todo esto de buenas á buenas, sin mucha solicitud y sin mucho riesgo me deparase el cielo alguna ínsula, ú otra cosa semejante, no soy tan necio que la desechase, que tambien se dice: cuando te dieren la baquilla, corre con la soguilla, y cuando viene el bien, mételo en tu casa.

Vos, hermano Sancho, dijo Carrasco, habeis hablado como un catedrático; pero con todo eso confiad en Dios y en el señor D. Quijote, que os ha de dar un reino, no que una ínsula. Tanto es lo de más como lo de ménos, respondió Sancho; aunque sé decir al señor Carrasco, que no echará mi señor el reino que me diera en saco roto, que yo he tomado el pulso á mí mismo, y me hallo con salud para regir reinos y

2 *Badea* es una especie de melon. 3 *Bailar el agua delante* es servir con diligencia y prontitud. 4 Confiado en otro.

gobernar ínsulas; y esto ya otras veces lo he dicho á mi señor. Mirad, Sancho, dijo Sanson, que los oficios mudan las costumbres, y podria ser que viéndoos gobernador no conociésedes á la madre que os parió. Eso allá se há de entender, respondió Sancho, con los que nacieron en las malvas[5], y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos, como yo los tengo: no, sino llegaos á mi condicion, que sabrá usar de desagradecimiento con alguno. Dios lo haga, dijo D. Quijote, y ello dirá cuando el gobierno venga, que ya me parece que le trayo entre los ojos. Dicho esto rogó al bachiller que si era poeta le hiciese merced de componerle unos versos que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese que al principio de cada verso habia de poner una letra de su nombre, de manera que al fin de los versos juntando las primeras letras se leyese Dulcinea del Toboso. El bachiller respondió, que puesto que él no era de los famosos poetas que habia en España, que decian que no eran sino tres y medio, que no dejaria de componer los tales metros, aunque hallaba una dificultad grande en su composicion, á causa de que las letras que contenian el nombre eran diez y siete; y que si hacía cuatro castellanas de á cuatro versos sobraba una letra, y si de á cinco, á quien llamaban décimas ó redondillas, faltaban tres letras; pero con todo eso procuraria embeber una letra lo mejor que pudiese, de manera que en las cuatro castellanas se incluyese el nombre de Dulcinea del Toboso. Ha de ser así en todo caso, dijo D. Quijote, que si allí no vá el nombre patente y de manifiesto, no hay mujer que crea que para ella se hicieron los metros. Quedaron en esto y en que la partida seria de allí á ocho dias. Encargó D. Quijote al bachiller que la tuviese secreta, especialmente al cura, á maese Nicolás, á su sobrina y al ama, porque no estorbasen su honrada y valerosa determinacion. Todo lo prometió Carrasco: con esto se despidió encargando á D. Quijote que de todos sus buenos ó malos sucesos le avisase habiendo comodidad, y así se despidieron, y Sancho fué á poner en órden lo necesario para su jornada.

CAPITULO V.

De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordacion.

Llegó Sancho á su casa tan regocijado y alegre, que su mujer conoció su alegria á tiro de ballesta, tanto que la obligó á pregun-

5 Haber tenido humilde nacimiento.

tarle: ¿qué traeis, Sancho amigo, que tan alegre venís? Mirad, Teresa, yo estoy alegre porque tengo determinado de volver á servir á mi amo D. Quijote, el cual quiere la vez tercera salir á buscar las aventuras, y yo vuelvo á salir con él porque lo quiere así mi necesidad, junto con la esperanza que me alegra de si podré hallar otros cien escudos como los ya gastados, puesto que me entristece el haberme de apartar de tí y de mis hijos; y si Dios quisiera darme de comer á pié enjuto y en mi casa, sin traerme por vericuetos y encrucijadas [1], pues lo podia hacer á poca costa y con no más de quererlo, clar está que mi alegria fuera más firme y valedera, pues la que tengo va mezclada con la tristeza de dejarte: así que digo que holgára, si Dios quisiera, de no estar contento. Mirad, Sancho, replicó Teresa, despues que os hicistes miembro de caballero andante hablais de tan rodeada manera, que no hay quién os entienda. Basta que me entienda Dios, mujer, respondió Sancho, que él es el entendedor de todas las cosas, y quédese esto aquí; y advertid hermana, que os conviene tener cuenta estos tres dias con el rúcio, de manera que esté para armas tomar: dobladle los piensos, requerid la albarda y las demás jarcias, porque no vamos á bodas, sino á rodear el mundo, y á tener dáres y tomáres con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y á oir silbos, rugidos, bramidos y baladros; y aun todo esto fuera flores de cantueso [2], sinó tuviéramos que entender con yangüeses y con moros encantados. Bien creo yo, marido, replicó Teresa, que los escuderos andantes no comen el pan de balde, y así quedaré rogando á nuestro Señor os saque presto de tanta mala ventura. Yo os digo, mujer, respondió Sancho, que sinó pensase antes de mucho tiempo verme gobernador de una insula, aquí me caeria muerto. Eso no, marido mio, dijo Teresa, viva la gallina aunque sea con su pepita: vivid vos, y llévese el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo: sin gobierno saliste del vientre de vuestra madre; sin gobierno habeis vivido hasta ahora, y sin gobierno os ireis ú os llevarán á la sepultura cuando Dios fuere servido: como esos hay en el mundo que viven sin gobierno, y no por eso dejan de vivir, y de ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre, y como esta no falta á los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algun gobierno, no os olvideis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razon que vaya á la escuela si es que su tio el abad le ha de dejar hecho de la iglesia. Mirad tambien que Mari-Sancha, vuestra hija, no se morirá si la casamos, que me va dando

1 Parajes donde se cruzan ó atraviesan varias sendas ó caminos. 2 Fuera tolerable, y llevadero.

barruntos que desea tanto tener marido, como vos deseais veros con gobierno; y en fin, en fin, mejor parece la hija mal casada, que bien abarraganada. A buena fé, respondió Sancho, que si Dios me lleva á tener algo qué de gobierno, que tengo de casar, mujer mia, á Mari-Sancha tan altamente que no la alcanzen sino con llamarla señoría. Eso no, Sancho, respondió Teresa, casadla con su igual, que es lo más acertado; que si de los zuecos la sacais á chapines [3], y de saya parda de catorceno [4] á verdugado y saboyanas de seda, y de una Maríca y un tú á una doña tal y señoría, no se há de hallar la mochacha, y á cada paso há de caer en mil faltas descubriendo la hilaza de su tela basta y grosera. Calla, boba, dijo Sancho, que todo será usarlo dos ó tres años, que despues le vendrá el señoría y la gravedad como de molde; y cuando no, ¿qué importa? séase ella señoría, y venga lo que viniere. Medíos, Sancho, con vuestro estado, respondió Teresa, no os querais alzar á mayores, y advertid al refran que dice: al hijo de tu vecino límpiale las narices, y métele en tu casa. Por cierto que seria gentil cosa casar á nuestra María con un condazo ó con un caballerote, que cuando se le antojase la pusiese como nueva, llamándola de villana, hija del destripaterrones y de la pelaruecas; no en mis dias, marido, para eso por cierto hé criado yo á mi hija: traed vos dineros, Sancho, y el casarla dejadlo á mi cargo, que ahí está Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, que le conocemos, y sé que no mira de mal ojo á la mochacha; y con este, que es nuestro igual, estará bien casada, y le tendremos siempre á nuestros ojos, y seremos todos unos padres é hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendicion de Dios entre todos nosotros; y no casármela vos ahora en esas córtes y en esos palacios grandes, adonde ni á ella la entiendan, ni ella se entienda. Ven acá, bestia, y mujer de Barrabás, replicó Sancho, ¿por qué quieres tú ahora, sin qué ni para qué, estorbarme que no case á mi hija con quien me dé nietos que se llamen señoría? Mira, Teresa, siempre hé oido decir á mis mayores, que el que no sabe gozar de la ventura cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa; y no seria bien que ahora que está llamando á nuestra puerta se la cerremos: dejémonos llevar deste viento favorable que nos sopla.

¿No te parece, animália, prosiguió Sancho, que será bien dar con mi cuerpo en algun gobierno provechoso que nos saque el pié del lodo, y casase á Mari-Sancha con quien yo quisiere, y verás como te llaman á ti doña Teresa Panza, y te sientas en la iglesia sobre alcatífa, almohadas y arambeles [5], á pesar y despecho de las hidalgas del pueblo? No sino estáos siempre en un ser, sin crecer ni menguar como figura de para-

3 A calzudo de señora. 4 Paño basto y ordinario. 5 Colgaduras.

mento; y en esto no hablemos más, que Sanchica há de ser condesa, aunque tú más me digas. ¿Veis cuánto decís, marido? respondió Teresa; pues con todo eso temo que este condado de mi hija ha de ser su perdicion: vos haced lo que quisiéredes, ora la hagais duquesa ó princesa; pero séos decir que no será ello con voluntad ni consentimiento mio. Siempre, hermano, fuí amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamentos: Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras, ni cortapisas [6], ni arrequíves de dones ni doñas; Cascajo se llamó mi padre, y á mí por ser vuestra mujer me llaman Teresa Panza, que á buena razon me habian de llamar Teresa Cascajo; pero allá ván reyes do quieren leyes, y con este nombre me contento, sin que me le pongan un don encima que pese tanto que no le pueda llevar, y no quiero dar que decir á los que me vieren andar vestida á lo condesil ó á lo de gobernadora, que luego dirán: mirad qué entonada vá la pazpuerca: ayer no se hartaba de estirar un copo de estopa, y iba á misa cubierta la cabeza con la falda de la saya en lugar de manto, y ya hoy vá con verdugado, con broches y con entono, como sinó la conociésemos. Si Dios me guarda mis siete ó mis cinco sentidos, ó los que tengo, no pienso dar ocasion de verme en tal aprieto; vos, hermano, idos á ser gobierno ó ínsulo, y entonaos á vuestro gusto: que mi hija ni yo por el siglo de mi madre que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea: la mujer honrada la pierna quebrada y en casa, y la doncella honesta el hacer algo es su fiesta: idos con vuestro D. Quijote á vuestras aventuras, y dejadnos á nosotras con nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará como seamos buenas; y yo no sé por cierto quién le puso á él don, que no tuvieron sus padres ni sus agüelos. Ahora digo, replicó Sancho, que tienes algun demonio en ese cuerpo. ¡Válate Dios la mujer, y qué de cosas has ensartado unas en otras sin tener piés ni cabeza! ¿Qué tiene que ver el cascajo, los broches, los refranes y el entono con lo que yo digo? Ven acá, mentecata é ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones y vás huyendo de la dicha): si yo dijera que mi hija se arrojára de una torre abajo, ó que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la infanta doña Urraca, tenias razon de no venir con mi gusto; pero si en dos paletas y en menos de un abrir y cerrar de ojos te la chanto [7] un don y una señoría acuestas, y te la saco de los rastrojos, y te la pongo en toldo y peana y en un estrado de más almohadas de velludo [8] que tuvieron moros en su linaje los Almohades de Marruecos, ¿por qué no has de consentir y querer lo que yo quiero? ¿Sabeis por qué, marido? res-

6 Son guarniciones, volantes. 7 Te la planto, ó encajo un don. 8 De terciopelo.

pondió Teresa; por el refran que dice: quien te cubre te descubre [9]: por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fué un tiempo pobre, allí es el murmurar y el maldecir, y el peor perseverar de los maldicientes, que los hay por esas calles á montones como enjambres de abejas. Mira, Teresa, respondió Sancho, y escucha lo que ahora quiero decirte: quizá no lo habrás oido en todos los dias de tu vida; y yo ahora no hablo de mio, que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador que la cuaresma pasada predicó en este pueblo, el cual, si mal no me acuerdo, dijo que todas las cosas presentes que los ojos están mirando, se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con más vehemencia que las cosas pasadas. De donde nace que cuando vemos alguna persona bien aderezada, con ricos vestidos compuesta, y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convida á que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos representa alguna bajeza en que vímos á la tal persona, la cual ignominia, ahora sea de pobreza ó de linaje, como ya pasó no es, y solo es lo que vemos presente; y si este á quien la fortuna sacó del borrador de su bajeza á la alteza de su prosperidad fuere bien criado, liberal y cortés con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos que por antigüedad son nobles, tén por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde de lo que fué, sino que reverenciarán lo que es, excepto los invidiosos, de quien ninguna próspera fortuna está segura. Yo no os entiendo, marido, replicó Teresa; haced lo que quisiéredes, y no me quebreis más la cabeza con vuestras arengas y retóricas; y si estais revuelto en hacer lo que decís... resuelto has de decir, mujer, dijo Sancho, y no revuelto. No os pongais á disputar, marido, conmigo, respondió Teresa: yo hablo como Dios es servido, y no me meto en más dibujos; y digo que si estais porfiando en tener gobierno, que lleveis con vos á vuestro hijo Sancho para que desde ahora le enseñeis á tener gobierno, que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres. En teniendo gobierno, dijo Sancho, enviaré por él por la posta, y te enviaré dineros, que no me faltarán, pues nunca falta quien se los preste á los gobernadores cuando no los tienen; y vístele de modo que disimule lo que es y parezca lo que ha de ser. Enviad vos dinero, dijo Teresa, que yo os lo vestiré como un palmito. En efecto, quedamos de acuerdo, dijo Sancho, de que há de ser condesa nuestra hija. El dia que yo la viere condesa, respondió Teresa, ese haré cuenta que la entierro; pero otra vez os digo que hagais lo que os diere gusto, que

9 *Refran*, que explica que los mismos atavios y riquezas, que tiene el que no los merece, son causa de que se averigüe su indignidad.

con esta carga nacemos las mujeres, de estar obedientes á sus maridos aunque sean unos porros [10]; y en esto comenzó á llorar tan de veras como si ya viera muerta y enterrada á Sanchica. Sancho la consoló diciéndole que ya que la hubiese de hacer condesa, la haria todo lo más tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y Sancho volvió á ver á D. Quijote para dar órden en su partida.

CAPITULO VI.

De lo que le pasó á D. Quijote con su sobrina y con su ama; y es uno de los importantes capítulos de toda la historia.

En tanto que Sancho Panza y su mujer Teresa Cascajo pasaron la impertinente referida plática, no estaban ociosas la sobrina y el ama de D. Quijote, que por mil señales iban coligiendo que su tio y señor queria desgarrarse [1] la vez tercera, y volver al ejercício de su para ellas, mal andante caballería. Procuraban por todas las vias posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar en desierto y majar en hierro frio: con todo esto, entre otras muchas razones que con él pasaron, le dijo el ama: en verdad, señor mio, que si v. m. no afirma el pié llano y se está quedo en su casa, y se deja de andar por los montes y por los valles como ánima en pena, buscando esas que dicen que se llaman aventuras, á quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz y en grita á Dios y al rey, que ponga remedio en ello. A lo que respondió D. Quijote: ama, lo que Dios responderá á tus quejas yo no lo sé, ni lo que ha de responder su Majestad tampoco; y solo sé que si yo fuera rey me excusára de responder á tanta infinidad de memoriales impertinentes como cada dia le dan, que uno de los mayores trabajos que los reyes tienen entre otros muchos, es el estar obligados á escuchar á todos, y á responder á todos; y así no querria yo que cosas mias le diesen pesadumbre. A lo que dijo el ama: díganos, señor, ¿en la córte de su Majestad no hay caballeros? Sí, respondió D. Quijote, y muchos; y es razon que los haya para adorno de la grandeza de los príncipes, y para ostentacion de la majestad real. ¿Pues no seria v. m., replicó ella, uno de los que á pié quedo sirviesen á su rey y señor estándose en la córte? Mira, amiga, respondió D. Quijote, no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros andantes: de todos ha de haber en el mundo; y aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de los unos á los otros; porque los cortesanos sin salir de sus aposentos ni de los

10 Necios, groseros, nada agudos, ó botos como el cabo de la porra. 1 Marcharse.

umbrales de la córte, se pasean por todo el mundo, mirando un mapa sin costarles blanca, ni padecer calor ni frio, hambre ni sed; pero nosotros los caballeros andantes verdaderos, al sol, al frio, al aire, á las inclemencias del cielo, de noche y de dia, á pié y á caballo medimos toda la tierra con nuestros mismos piés; y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo ser, y en todo trance y en toda ocasion los acometemos sin mirar en niñerías, ni en las leyes de los desafíos, si lleva ó no lleva mas corta la lanza ó la espada, si trae sobre sí reliquias ó algun engaño encubierto, si se ha de partir y hacer tajadas el sol ó no, con otras ceremonias deste jaez, que se usan en los desafíos particulares de persona á persona, que tú no sabes, y yo sí. Y has de saber más, que el buen caballero andante, aunque vea diez gigantes que con las cabezas no solo tocan, sino pasan las nubes, y que á cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan árboles de gruesos y poderosos navíos, y cada ojo como una gran rueda de molino, y más ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna; antes con gentil continente y con intrépido corazon los ha de acometer y embestir; y si fuere posible vencerlos y desbaratarlos en un pequeño instante. Todo esto hé dicho, ama mia, porque veas la diferencia que hay de unos caballeros á otros; y seria razon que no hubiese príncipe que no estimase en más esta segunda, ó por mejor decir, primera especie de caballeros andantes, que segun leemos en sus historias, tal ha habido entre ellos que ha sido la salud, no solo de un reino, sino de muchos.

¡Ah, señor mio! dijo á esta sazon la sobrina, advierta v. m. que todo eso que dice de los caballeros andantes es fábula y mentira, y sus historias, ya que no las quemasen, merecian que á cada una se le echase un sambenito, ó alguna señal en que fuese conocida por infame y por gastadora de las buenas costumbres. Por el Dios que me sustenta, dijo D. Quijote, que si no fueras mi sobrina derechamente como hija de mi misma hermana, que habia de hacer un tal castigo en tí, por la blasfemia que has dicho, que sonára por todo el mundo. ¿Cómo qué? ¿es posible que una rapaza, que apenas sabe menear doce palillos de randas, se atreva á poner lengua [2] y á censurar las historias de los caballeros andantes? ¿Qué dijera el señor Amadís si lo tal oyera? Pero á buen seguro que él te perdonára, porque fué el mas humilde y cortés caballero de su tiempo, y demás grande amparador de las doncellas; mas tal te pudiera haber oido que no te fuera bien dello, que no todos son cortéses ni bien mirados; ni todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo, que unos son de oro, otros de alquímia, y todos

2 A reprender.

parecen caballeros, pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad: hombres bajos hay que revientan por parecer caballeros; y caballeros altos hay que parece que á posta mueren por parecer hombres bajos: aquellos se levantan ó con la ambicion ó con la virtud; estos se abajan ó con la flojedad ó con el vicio; y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de caballeros tan parecidos en los nombres, y tan distintos en las acciones. ¡Válame Dios! dijo la sobrina, ¿qué sepa v. m. tanto, señor tio, que si fuese menester podria subir en un púlpito ó irse á predicar por esas calles, y que con todo eso dé en una ceguera tan grande y en una sandez tan conocida, que se dé á entender que es valiente siendo viejo, que tiene fuerzas estando enfermo, y que endereza tuertos estando por la edad agobiado, y sobre todo, que es caballero, no lo siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres?

Tienes mucha razon, sobrina, en lo que dices, respondió D. Quijote, y cosas te pudiera yo decir cerca de los linajes que te admirárán; pero por no mezclar lo divino con lo humano no las digo. Mirad, amigas, á cuatro suertes de linajes (y estadme atentas) se pueden reducir todos los que hay en el mundo, que son estos: unos que tuvieron principios humildes, y se fueron extendiendo y dilatando hasta llegar á una suma grandeza; otros que tuvieron principios grandes, y los fueron conservando, y los conservan y mantienen en el ser que comenzaron; otros que aunque tuvieron principios grandes, acabaron en punta como pirámide, habiéndose disminuido y aniquilado su principio hasta parar en nonada, [3] como es la punta de la pirámide, que respecto de su basa ó asiento no es nada; otros hay, y estos son los más, que ni tuvieron principio bueno, ni razonable medio, y así tendrán el fin sin nombre como linaje de la gente plebeya y ordinaria. De los primeros, que tuvieron principio humilde y subieron á la grandeza que ahora conservan, te sirva de ejemplo la casa otomana, que de un humilde y bajo pastor que le dió principio, está en la cumbre que la vemos. Del segundo linaje, que tuvo principio en grandeza y la conserva sin aumentarla, serán ejemplos muchos príncipes, que por herencia lo son y se conservan en ella, sin aumentarla ni disminuirla, conteniéndose en los límites de sus estados pacíficamente. De los que comenzaron grandes y acabaron en punta, hay millares de ejemplos, por ue todos los Faraones y Tolomeos de Egipto, los Césares de Roma, con toda la caterva (si es que se le puede dar este nombre) de infinitos príncipes, monarcas, señores, medos, asirios, persas, griegos y bárbaros, todos estos linajes y señoríos han acabado en punta y en nonada, así ellos

3 En poco ó muy poco.

como los que les dieron principio, pues no será posible hallar ahora ninguno de sus descendientes, y si le hallásemos seria en bajo y humilde estado. Del linaje plebeyo no tengo que decir, sino que sirve solo de acrecentar el número de los que viven, sin que merezcan otra fama ni otro elogio sus grandezas. De todo lo dicho quiero que infiráis, bobas mias, que es grande la confusion que hay entre los linajes, y que solos aquellos parecen grandes é ilustres, que lo muestran en la virtud, en la riqueza y liberalidad de sus dueños. Dije virtudes, riquezas y liberalidades, porque el grande que fuere vicioso será vicioso grande, y el rico no liberal será un avaro mendigo; que al poseedor de las riquezas no le hace dichoso el tenerlas, sino el gastarlas, y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero, sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido y oficioso; no soberbio, no arrogante, no murmurador, y sobre todo caritativo, que con dos maravedís que con ánimo alegre dé al pobre, se mostrará tan liberal como el que á campana herida dá limosna, y no habrá quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca, deje de juzgarle y tenerle por de buena casta: y el no serlo seria milagro, y siempre la alabanza fué premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dejar de ser alabados. Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres y llegar á ser ricos y honrados, el uno es el de las letras, otro el de las armas. Yo tengo más armas que letras, y nací, segun me inclino á las armas, debajo de la influencia del planeta Marte; así que casi me es forzoso seguir por su camino, y por él tengo de ir á pesar de todo el mundo; y será en balde cansaros en persuadirme á que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena, la razon pide, y sobre todo mi voluntad desea: pues con saber, como sé, los innumerables trabajos que son anejos á la andante caballería, sé tambien los infinitos bienes que se alcanzan con ella; y sé que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso; y sé que sus fines y paraderos son diferentes, porque él del vicio, acaba en la muerte, y él de la virtud, acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin: y sé, como dice el gran poeta castellano nuestro, que

Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
Dó nunca arriba quien de allí declina.

¡Ay desdichada de mí! dijo la sobrina, que tambien mi señor es poeta; todo lo sabe, todo lo alcanza: yo apostaré que si quisiera ser arbañil, que supiera fabricar una casa, cómo una jaula. Yo te prometo, sobrina,

respondió D. Quijote, que si estos pensamientos caballerescos no me llevasen tras sí todos los sentidos, que no habria cosa que no hiciese, ni curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas y palillos de dientes. A este tiempo llamaron á la puerta, y preguntando quién llamaba, respondió Sancho Panza que él era, y apenas le hubo conocido el ama, cuando corrió á esconderse por no verle; tanto le aborrecia. Abrióle la sobrina, salió á recibirle con los brazos abiertos su señor Don Quijote, y encerráronse los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio al que no le hace ventaja el pasado.

CAPITULO VII.

De lo que pasó D. Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos.

Apenas vió el ama que Sancho Panza se encerraba con su señor, cuando dió en la cuenta de sus tratos; é imaginando que de aquella consulta habia de salir la resolucion de su tercera salida, y tomando su manto, toda llena de congoja y pesadumbre, se fué á buscar al bachiller Sanson Carrasco, pareciéndole que por ser bien hablado y amigo fresco de su señor le podria persuadir á que dejase tan desvariado propósito. Hallóle paseándose por el patio de su casa, y viéndole se dejó caer ante sus piés trasudando y congojosa. Cuando la vió Carrasco con muestras tan doloridas y sobresaltadas le dijo: ¿qué es esto, señora ama? ¿qué le há acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma? No es nada, señor Sanson mío, sino que mi amo se sale, sálese sin duda. ¿Y por dónde se sale, señora? preguntó Sanson; ¿hásele roto alguna parte de su cuerpo? No se sale, respondió ella, sino por la puerta de su locura: quiero decir, señor bachiller de mi ánima, que quiere salir otra vez, que con esta será la tercera, á buscar por ese mundo lo que él llama venturas, que yo no puedo entender como les dá este nombre. La primera vez nos le volvieron atravesado sobre un jumento, molido á palos; la segunda vino en un carro de bueyes, metido y encerrado en una jaula, adonde él se daba á entender que estaba encantado; y venia tal el triste, que no le conociera la madre que le parió, flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del celebro, que para haberle de volver algun tanto en sí, gasté más de seiscientos huevos, como lo sabe Dios y todo el mundo, y mis gallinas, que no me dejarán mentir. Eso creo yo muy bien, respondió el bachiller, que ellas son tan buenas, tan gordas y tan bien criadas, que no dirán una cosa por otra si reventasen. En efecto, señora ama, ¿no hay otra cosa ni há sucedido otro desmán alguno, sino el que se teme que quiere hacer el señor D. Quijote? No señor, respondió ella. Pues

no tenga pena, respondió el bachiller, sino váyase en hora buena á su casa, y téngame aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oracion de santa Apolonia, si es que la sabe, que yo iré luego allá, y verá maravillas. ¡Cuitada de mí! replicó el ama; ¿la oracion de santa Apolonia dice v. m. que reze? eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas; pero no lo há sino de los cascos. Yo sé lo que digo, señora ama: váyase, y no se ponga á disputar conmigo, pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay más que bachillerear, respondió Carrasco: y con esto se fué el ama, y el bachiller fué luego á buscar al cura á comunicar con él lo que se dirá á su tiempo.

En él que estuvieron encerrados D. Quijote y Sancho pasaron las razones que con mucha puntualidad cuenta la historia. Dijo Sancho á su amo: señor, ya yo tengo relucida á mi mujer á que me deje ir con v. m. adonde quisiere llevarme. Reducida has de decir, Sancho, dijo D. Quijote, que no relucida. Una ó dos veces, respondió Sancho, si mal no me acuerdo, hé suplicado á v. m. que no me enmiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero decir en ellos, y que cuando no los entienda, diga: Sancho, ó diablo, no te entiendo, y si yo no me declaráre, entonces podrá enmendarme, que yo soy tan fácil. No te entiendo, Sancho, dijo luego D. Quijote, pues no sé que quiere decir soy tan fácil. Tan fácil quiere decir, respondió Sancho, soy tan así. Ménos te entiendo ahora, replicó D. Quijote. Pues sinó me puede entender, respondió Sancho, no sé como lo diga, no sé más, y Dios sea conmigo. Ya, ya caigo, respondió D. Quijote, en ello: tú quieres decir que eres tan dócil, blando y mañero, que tomarás lo que yo te dijere, y pasarás por lo que te enseñáre. Apostaré yo, dijo Sancho, que desde el emprincipio me caló y me entendió, sino que quiso turbarme por oirme decir otras docientas patochadas. Podrá ser, replicó D. Quijote; y en efecto, ¿qué dice Teresa? Teresa dice, dijo Sancho, que ate bien mi dedo [1] con v. m., y que hablen cartas y callen barbas, porque quien destaja no baraja, pues mas vale un toma que dos te daré: y yo digo que el consejo de la mujer es poco, y el que no le toma es loco. Y yo lo digo tambien, respondió D. Quijote. Decid, Sancho amigo; pasad adelante, que hablais hoy de perlas. Es el caso, replicó Sancho, que como v. m. mejor sabe, todos estamos sujetos á la muerte, y que hoy somos y mañana no, y que tan presto se va el cordero como el carnero [2], y que nadie puede prometerse en este mundo más horas de vida de las que Dios quisiere darle; porque la muerte es sorda, y cuando

1 Que me asegure, que tome mis precauciones. 2 Que igualmente expuestos están á morir los jóvenes que los viejos.

llega á llamar á las puertas de nuestra vida siempre va de priesa, y no la harán detener ni ruegos, ni fuerzas, ni cetros, ni mitras, segun es pública voz y fama, y segun nos lo dicen por esos púlpitos. Todo eso es verdad, dijo D. Quijote; pero no sé donde vas á parar. Voy á parar, dijo Sancho, en que v. m. me señale salario conocido cada mes del tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hacienda, que no quiero estar á mercedes, que llegan tarde, mal ó nunca, con lo mio me ayude Dios. En fin, yo quiero saber lo que gano, poco ó mucho que sea; que sobre un huevo pone la gallina, y muchos pocos hacen un mucho, y mientras se gana algo no se pierde nada. Verdad sea que si sucediese (lo cual ni lo creo ni lo espero) que v. m. me diese la ínsula que me tiene prometida, no soy tan ingrato, ni llevo las cosas tan por los cabos, que no querré que se aprecie lo que montáre la renta de la tal ínsula, y se descuente de mi salario gata [3] por cantidad.

Sancho amigo, respondió D. Quijote, á las veces tan buena suele ser una gata como una rata. Ya entiendo, dijo Sancho: yo apostaré que habia de decir rata, y no gata; pero no importa nada, pues v. m. me ha entendido. Y tan entendido, respondió D. Quijote, que hé penetrado lo último de tus pensamientos, y sé al blanco que tiras con las innumerables saetas de tus refranes. Mira, Sancho, yo bien te señalaria salario si hubiera hallado en alguna de las historias de los caballeros andantes ejemplo que me descubriese y mostrase por algun pequeño resquicio qué es lo que solian ganar sus escuderos cada mes ó cada año; pero yo hé leido todas ó las más de sus historias, y no me acuerdo haber leido que ningun caballero andante haya señalado conocido salario á su escudero, solo sé que todos servian á merced; y que cuando menos se lo pensaban, si á sus señores les habia corrido bien la suerte, se hallaban premiados con una ínsula ó con otra cosa equivalente, por lo menos quedaban con título y señoría: si con estas esperanzas y aditamentos vos, Sancho, gustais de volver á servirme, sea en buen hora, que pensar que yo hé de sacar de sus términos y quícios la antigua usanza de la caballeria andante, es pensar en lo excusado. Asíque, Sancho amigo, volveos á vuestra casa, y declarad á vuestra Teresa mi intencion; y si ella gustare y vos gustáredes de estar á merced conmigo, *bene quidem*, y sinó, tan amigos como de antes, que si al palomar no le falta cebo no le faltarán palomas; y advertid, hijo, que vale mas buena esperanza que ruin posesion, y buena queja que mala paga. Hablo desta manera, Sancho, por daros á entender que tam-

3 Gata por rata,—Lita por dicta,—y Revolcar por revocar, son palabras estropeadas y mal pronunciadas por Sancho.

bien como vos sé yo arrojar refranes como llovidos; y finalmente quiero decir, y os digo, que si no quereis venir á merced conmigo y correr la misma suerte que yo corriere, que Dios quede con vos y os haga un santo, que á mí no me faltarán escuderos mas obedientes, mas solícitos y no tan empachados, ni tan habladores como vos. Cuando Sancho oyó la firme resolucion de su amo, se le anubló el cielo y se le cayeron las alas del corazon; porque tenia creido que su señor no se iria sin él por todos los haberes del mundo; y así estando suspenso y pensativo, entraron Sanson Carrasco, el ama y la sobrina, deseosas de oir con qué razones persuadia á su señor que no tornase á buscar las aventuras. Llegó Sanson, socarron famoso, y abrazándole como la vez primera con voz levantada le dijo: ¡oh flor de la andante caballería! ¡oh luz resplandeciente de las armas! ¡oh honor y espejo de la nacion española! plega á Dios todopoderoso, donde mas largamente se contiene que la persona ó personas que pusieren impedimento y estorbaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jamás se les cumpla lo que mal desearen; y volviéndose al ama le dijo: bien puede la señora ama no rezar mas la oracion de santa Apolonia, que yo sé que es determinacion precisa de las esferas que el señor D. Quijote vuelva á ejecutar sus altos pensamientos; y yo cargaria mucho mi conciencia sinó intimase y persuadiese á este caballero que no tenga mas tiempo encogida y detenida la fuerza de su valeroso brazo y la bondad de su ánimo valentísimo, porque defrauda con su tardanza el derecho de los tuertos, el amparo de los huérfanos, la honra de las doncellas, el favor de las viudas, el arrimo de las casadas, y otras cosas deste jaez, que tocan, atañen, y son anejas á la órden de la caballería andante. Ea, señor D. Quijote mio, hermoso y bravo, antes hoy que mañana se ponga v. m. y su grandeza en camino; y si alguna cosa faltáre para ponerle en ejecucion, aquí estoy yo para suplirla con mi persona y hacienda; y si fuere necesidad servir á su magnificencia de escudero lo tendré á felicísima ventura.

Á esta sazon, dijo D. Quijote, volviéndose á Sancho: no te dije yo Sancho, que me habian de sobrar escuderos? Mira quien se ofrece á serlo, sino el inaudito bachiller Sanson Carrasco, perpétuo trástulo [4] y regocijador de los patios de las escuelas salmaticenses, sano de su persona, ágil de sus miembros, callado, sufridor así del calor como del frio, así de la hambre como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser escudero de un caballero andante; pero no permita el cielo que por seguir mi gusto quiebre la coluna de las letras y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas y liberales

4 Entretenimiento, pasatiempo, recreo, deleite, regocijo.

artes: quédese el nuevo Sanson en su patria, y honrándola honre juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con cualquier escudero estaré contento, ya que Sancho no se digna de venir conmigo. Sí digno, respondió Sancho enternecido y llenos de lágrimas los ojos, y prosiguió: no se dirá por mí, señor mio, el pan comido y la compañía deshecha: sí, que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quién fueron los Panzas de quien yo deciendo, y mas que tengo conocido y calado por muchas buenas obras y por más buenas palabras el deseo que v. m. tiene de hacerme merced, y si me he puesto en cuentas de tanto mas cuanto acerca de mi salario, ha sido por complacer á mi mujer, la cual cuando toma la mano á persuadir una cosa no hay mazo que tanto apriete los aros de una cuba como ella aprieta á que se haga lo que quiere; pero en efecto el hombre ha de ser hombre y la mujer mujer; y pues yo soy hombre donde quiera, que no lo puedo negar, tambien lo quiero ser en mi casa, pese á quien pesáre; y así no hay más que hacer sino que v. m. ordene su testamento con su codicílo, en modo que no se pueda revolcar, y pongámonos luego en camino, porque no padezca el alma del señor Sanson, que dice que su conciencia le lita que persuada á v. m. á salir tercera vez por ese mundo, y yo de nuevo me ofrezco á servir á v. m. fiel y legalmente, tan bien y mejor que cuantos escuderos han servido á caballeros andantes en los pasados y presentes tiempos. Admirado quedó el bachiller de oir el término y modo de hablar de Sancho Panza, que puesto que habia leido la primera historia de su señor, nunca creyó que era tan gracioso como allí le pintan; pero oyéndole decir ahora testamento y codicílo que no se pueda revolcar, en lugar de testamento y codicílo que no se pueda revocar, creyó todo lo que dél habia leido, y confirmólo por uno de los mas solemnes mentecatos de nuestros siglos; y dijo entre sí, que tales dos locos como amo y mozo no se habrian visto en el mundo. Finalmente D. Quijote y Sancho se abrazaron y quedaron amigos y con parecer y beneplácito del gran Carrasco, que por entonces era su oráculo, se ordenó que de allí á tres dias fuese la partida, en los cuales habria lugar de aderezar lo necesario para el viaje, y de buscar una celada de encaje, que en todas maneras, dijo D. Quijote, que la habia de llevar. Ofrecióselá Sanson porque sabia no se la negaria un amigo suyo que la tenia, puesto que estaba más escura por el orin y el moho, que clara y limpia por el terso acero. Las maldiciones que las dos ama y sobrina echaron al bachiller, no tuvieron cuento, mesaron sus cabellos, arañaron sus rostros, y al modo de las endechaderas que se usaban, lamentaban la partida como si fuera la muerte de su señor. El designio que tuvo Sanson para persuadirle á que otra vez saliese, fué hacer lo que adelante cuenta la

historia, todo por consejo del cura y del barbero, con quien él antes lo habia comunicado. En resolucion, en aquellos tres dias D. Quijote y Sancho se acomodaron de lo que les pareció convenirles, y habiendo aplacado Sancho á su mujer y D. Quijote á su sobrina y á su ama, al anochecer sin que nadie lo viese sino el bachiller, que quiso acompañarles media legua del lugar, se pusieron en camino del Toboso, D. Quijote sobre su buen Rocinante, y Sancho sobre su antiguo rúcio, proveidas las alforjas de cosas tocantes á la bucólica, y la bolsa de dineros que le dió D. Quijote, para lo que se ofreciese. Abrazóle Sanson, y suplicóle le avisase de su buena ó mala suerte, para alegrarse con esta ó entristecerse con aquella, como las leyes de su amistad pedian. Prometióselo D. Quijote; dió Sanson la vuelta á su lugar, y los dos tomaron la de la gran ciudad del Toboso.

CAPITULO VIII.

Donde se cuenta lo que le sucedió á D. Quijote yendo á ver á su señora Dulcinea del Toboso.

Solos quedaron D. Quijote y Sancho, y apenas se hubo apartado Sanson cuando empezó á relinchar Rocinante y á sospirar el rúcio, que de entrambos, caballero y escudero, fué tenido á buena señal y por felicísimo agüero; aunque si se há de contar la verdad, mas fueron los sospiros y rebuznos del rúcio, que los relinchos del rocin, de donde coligió Sancho que su ventura habia de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor, fundándose no sé si en astrología judiciaria que él se sabia, puesto que la historia no lo declara; solo le oyeron decir que cuando tropezaba ó caia se holgára no haber salido de casa, porque del tropezar ó caer no se sacaba otra cosa sino el zapato roto, ó las costillas quebradas; y aunque tonto no andaba en esto muy fuera de camino. Díjole D. Quijote: Sancho amigo, la noche se nos va entrando á más andar, y con mas escuridad de la que habiamos menester para alcanzar á ver con el dia al Toboso, adonde tengo determinado de ir antes que en otra aventura me ponga, y allí tomaré la bendicion y buena licencia de la sin par Dulcinea, con la cual licencia pienso y tengo por cierto de acabar y dar felice cima á toda peligrosa aventura, porque ninguna cosa desta vida hace más valientes á los caballeros andantes, que verse favorecidos de sus damas. Yo así lo creo, respondió Sancho, pero tengo por dificultoso que v. m. pueda hablarla ni verse con ella en parte á lo menos que pueda recebir su bendicion, si ya no se la echa desde las bardas del corral, por donde yo la vi la vez primera, cuando le llevé la carta donde iban las nuevas de las sandeces y locuras que v. m. quedaba haciendo en el corazon de Sierra Morena. ¿Bardas

de corral se te antojaron aquellas, Sancho, dijo D. Quijote, adonde ó por donde viste aquella jamás bastantemente alabada gentileza y hermosura? No debian de ser sino galerías, corredores ó lonjas, ó como las llaman, de ricos y reales palacios. Todo pudo ser, respondió Sancho; pero á mí bardas me parecieron, sinó es que soy falto de memoria. Con todo eso vamos allá, Sancho, replicó D. Quijote, que como yo la vea, eso se me dá que sea por bardas que por ventanas, por resquicios ó verjas de jardines, que cualquier rayo que del sol de su belleza llegue á mis ojos, alumbrará mi entendimiento y fortalecerá mi corazon de modo que quede único y sin igual en la discrecion y en la valentía. Pues en verdad, señor, respondió Sancho, que cuando yo ví ese sol de la señora Dulcinea del Toboso, que no estaba tan claro que pudiese echar de sí rayos algunos; y debió de ser que como s. m. estaba ahechando aquel trigo que dije, el mucho polvo que sacaba se le puso como nube ante el rostro y se le escureció. ¿Qué todavía das, Sancho, dijo D. Quijote, en pensar, en creer, en decir, y en porfiar que mi señora Dulcinea ahechaba trigo, siendo eso un menester y ejercicio que va desviado de todo lo que hacen y deben hacer las personas principales, que están constituidas y guardadas para otros ejercicios y entretenimientos, que muestran á tiro de ballesta su principalidad? Ma se te acuerdan á tí, ó Sancho, aquellos versos de nuestro poeta, donde nos pinta las labores que hacian allá en sus moradas de cristal aquellas cuatro ninfas que del Tajo amado sacaron las cabezas y se sentaron á labrar aquellas ricas telas, que allí el ingenioso poeta nos describe, que todas eran de oro, sirgo y perlas tejidas: y desta manera debia de ser lo de mi señora cuando tú la viste, sino que la envídia que algun mal encantador debe de tener á mis cosas, todas las que me han de dar gusto trueca y vuelve en diferentes figuras que ellas tienen: y así temo que en aquella historia, que dicen anda impresa de mis hazañas, si por ventura há sido su autor algun sabio mi enemigo, habrá puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divertiéndose á contar otras acciones fuera de lo que requiere la continuacion de una verdadera historia. ¡Oh envídia, raiz de infinitos males, y carcoma de las virtudes! Todos los vicios, Sancho, traen un no sé qué de deleite consigo; pero el de la envídia no trae sino disgustos, rancores y rabias. Eso es lo que yo digo tambien, respondió Sancho; y pienso que en esa leyenda ó historia que nos dijo el bachiller Carrasco que de nosotros habia visto, debe de andar mi honra á coche acá cinchado, y como dicen al estricote [1], aquí y allí barriendo las calles: pues á fé de bueno, que no hé dicho yo mal de ningun encantador, ni tengo tan-

1 Al retortero ó á maltreer.

tos bienes que pueda ser envidiado: bien es verdad que soy algo malicioso y que tengo mis ciertos asomos de bellaco; pero todo lo cubre y tapa la gran capa de la simpleza mia, siempre natural y nunca artificiosa: y cuando otra cosa no tuviese sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia católica romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los judíos, debian los historiadores tener misericordia de mí, y tratarme bien en sus escritos; pero digan lo que quisieren, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano, aunque por verme puesto en libros, y andar por ese mundo de mano en mano, no se me dá un higo que digan de mí todo lo que quisieren.

Eso se parece, Sancho, dijo D. Quijote, á lo que sucedió á un famoso poeta de estos tiempos, el cual habiendo hecho una maliciosa sátira contra todas las damas cortesanas, no puso ni nombró en ella á una dama que se podia dudar si lo era ó no, la cual, viendo que no estaba en la lista de las damas, se quejó al poeta, diciéndole que qué habia visto en ella para no ponerla en el número de las otras, y que alargase la sátira, y la pusiese en el ensanche, sinó, que mirase para lo que habia nacido. Hízolo así el poeta, y púsola cual no digan dueñas, y ella quedó satisfecha por verse con fama, aunque infame. Tambien alude á esto lo que sucedió al grande emperador Cárlos V con un caballero en Roma. Quiso ver el emperador aquel famoso templo de la Rotunda, que en la antigüedad se llamó el templo de todos los dioses, y ahora con mejor advocacion se llama de todos los Santos, y es el edificio que más entero ha quedado de los que alzó la gentilidad en Roma, y es el que más conserva la fama de la grandiosidad y magnificencia de sus fundadores: él es de hechura de una media naranja, grandísimo en extremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz que la que le concede una ventana, ó por mejor decir, claraboya redonda que está en su cima, desde la cual mirando el emperador el edificio, estaba con él y á su lado un caballero romano declarándole los primores y sutilezas de aquella gran máquina y memorable arquitectura, y habiéndose quitado de la claraboya dijo al emperador: mil veces, sacra majestad, me vino deseo de abrazarme con vuestra majestad, y arrojarme de aquella claraboya abajo, por dejar de mí fama eterna en el mundo. Yo os agradezco, respondió el emperador, el no haber puesto tan mal pensamiento en efecto; y de aquí adelante no os pondré yo en ocasion que volvais á hacer prueba de vuestra lealtad, y así os mando que jamás me hableis ni esteis donde yo estuviere; y tras estas palabras le hizo una gran merced. Quiero decir, Sancho, que el deseo de alcanzar fama es activo en gran manera. ¿Quién piensas tú que impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente, que apareció en la mitad de Roma? ¿quién

contra todos los agüeros que en contra se le habian mostrado, hizo pasar el Rubicon á César? ¿quién barrenó los navios y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo? Todas estas, y otras grandes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premio y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que los cristianos católicos y andantes caballeros más habemos de atender á la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que á la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin señalado: así, ó Sancho, que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religion cristiana que profesamos. Hemos de matar á la soberbia de los gigantes con la moderacion, á la envídia con la generosidad y buen pecho, á la ira con el reposado continente y quietud del ánimo, á la gula y al sueño con el poco comer que comemos, y con el mucho velar que velamos, á la lujuria y lascivia con la lealtad que guardamos á las que hemos hecho señoras de nuestros pensamientos, á la pereza con andar por todas las partes del mundo buscando las ocasiones que nos puedan hacer y hagan sobre cristianos, famosos caballeros. Ves aquí, Sancho, los medios por donde se alcanzan los extremos de alabanzas que consigo trae la buena fama.

Todo lo que v. m. hasta aquí me ha dicho, dijo Sancho, lo hé entendido muy bien; pero con todo eso querria que v. m. me sorbiese una duda que ahora en este punto me ha venido á la memoria. Asolviese, querrás decir, Sancho, dijo D. Quijote: dí en buen hora, que yo responderé lo que supiere. Dígame, señor, prosiguió Sancho, todos esos caballeros hazañosos que ha dicho, que ya son muertos ¿dónde están ahora? Los gentiles, respondió D. Quijote, sin duda están en el infierno; los cristianos, si fueron buenos cristianos, ó están en el purgatorio ó en el cielo. Está bien, dijo Sancho; pero sepamos ahora ¿esas sepulturas donde están los cuerpos de esos señorazos tienen delante de sí lámparas de plata, ó están adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernas y ojos de cera? y si desto no ¿de qué están adornadas? A lo que respondió D. Quijote: los sepulcros de los gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos: las cenizas del cuerpo de César se pusieron sobre una pirámide de piedra de desmesurada grandeza, á quien hoy llaman en Roma la Aguja de San Pedro. Al emperador Adriano le sirvió de sepultura un castillo tan grande como una buena aldea, á quien llamaron *Moles Adriani*, que ahora es el castillo de Santángel en Roma. La reina Artemisa sepultó á su marido Mausoléo en un sepulcro, que se tuvo

por una de las siete maravillas del mundo; pero ninguna destas sepulturas ni otras muchas que tuvieron los gentiles, se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas y señales que mostrasen ser santos los que en ellas estaban sepultados. A eso voy, replicó Sancho; y dígame ahora ¿cuál es más, resucitar á un muerto, ó matar á un gigante? La respuesta está en la mano, respondió D. Quijote: más es resucitar á un muerto. Cogido le tengo, dijo Sancho; luego la fama de los que resucitan muertos, dan vista á los ciegos, enderezan á los cojos, dan salud á los enfermos y delante de cuyas sepulturas arden lámparas, y cuyas capillas están llenas de gentes devotas, que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama será para este y para el otro siglo, que la que dejaron y dejaren cuantos emperadores gentiles y caballeros andantes ha habido en el mundo. Tambien confieso esa verdad, respondió D. Quijote. Pues esta fama, estas gracias, estas prerogativas, como llaman á esto, continuó Sancho, tienen los cuerpos y las reliquias de los santos, que con aprobacion y licencia de nuestra santa madre Iglesia tienen lámparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas con que aumentan la devocion y engrandecen su cristiana fama. Los cuerpos de los santos ó sus reliquias, llevan los reyes sobre sus hombros, besan los pedazos de sus huesos, adornan y enriquecen con ellos sus oratorios y sus más preciados altares. ¿Qué quieres que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dijo D. Quijote. Quiero decir, dijo Sancho, que nos demos á ser santos, y alcanzarémos mas brevemente la buena fama que pretendemos: y advierta, señor, que ayer ó antes de ayer (que segun ha poco se puede decir desta manera) canonizaron ó beatificaron dos frailecitos descalzos, cuyas cadenas de hierro con que ceñian y atormentaban sus cuerpos, se tiene ahora á gran ventura el besarlas y tocarlas y están en más veneracion que la espada de Roldan en la armería del rey nuestro señor, que Dios guarde. Así que, señor mio, más vale ser humilde frailecito de cualquier órden que sea, que valiente y andante caballero: más alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas, que dos mil lanzadas, ora las den á gigantes, ora á vestiglos ó á endriagos. Todo eso es así, respondió D. Quijote; pero no todos podemos ser frailes, y muchos son los caminos por donde lleva Dios á los suyos al cielo: religion es la caballería, caballeros santos hay en la gloria. Sí, respondió Sancho; pero yo hé oido decir que hay más frailes en el cielo, que caballeros andantes. Eso es, respondió D. Quijote, porque es mayor el número de los religiosos que él de los caballeros. Muchos son los andantes, dijo Sancho. Muchos, respondió D. Quijote, pero pocos los que merecen el nombre de caballeros. En estas y otras semejantes pláticas se les pasó aquella noche y el dia siguiente, sin acontecerles cosa que de contar fuese; de que no poco le pesó á D. Quijote. En fin, otro dia al

anochecer descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus á D. Quijote, y se le entristecieron á Sancho porque no sabia la casa de Dulcinea, ni en su vida la habia visto como no la habia visto su señor; de modo que el uno por verla, y el otro por no haberla visto estaban alborotados, y no imaginaba Sancho qué habia de hacer cuando su dueño le enviase al Toboso. Finalmente ordenó D. Quijote entrar en la ciudad entrada la noche, y en tanto que la hora se llegaba se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y llegado el determinado punto entraron en la ciudad, donde les sucedieron cosas que á cosas llegan.

Media noche era por filo [2] poco mas ó ménos cuando D. Quijote y Sancho dejaron el monte y entraron en el Toboso. Estaba el pueblo en un sosegado silencio, porque todos sus vecinos dormian y reposaban á pierna tendida como suele decirse. Era la noche entreclara, puesto que quisiera Sancho que fuera del todo escura, por hallar en su escuridad disculpa de su sandez. No se oia en todo el lugar sino ladridos de perros, que atronaban los oidos de D. Quijote y turbaban el corazon de Sancho. De cuando en cuando rebuznaba un jumento, gruñian puercos, mayaban gatos, cuyos diferentes sonidos se aumentaban con el silencio de la noche: todo lo cual tuvo el enamorado caballero á mal agüero; pero con todo esto dijo á Sancho: Sancho hijo, guía al palacio de Dulcinea, quizá podrá ser que la hallemos despierta. ¿A qué palacio tengo de guiar, cuerpo del sol, respondió Sancho, que en el que yo ví á su grandeza no era sino casa muy pequeña? Debia de estar retirada entonces, respondió D. Quijote, en algun pequeño apartamiento de su alcázar, solazándose á solas con sus doncellas, como es uso y costumbre de las altas señoras y princesas. Señor, dijo Sancho, ya que v. m. quiere, á pesar mio, que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea, ¿es hora esta por ventura de hallar la puerta abierta? ¿Y será bien que demos aldabazos para que nos oyan y nos abran, metiendo en alboroto y rumor toda la gente? Hallemos primero una por una [3] el alcázar, replicó D. Quijote, que entonces yo te diré, Sancho, lo que será bien que hagamos: y advierte, Sancho, que ó yo veo poco, ó que aquel bulto grande y sombra, que desde aquí se descubre, la debe de hacer el palacio de Dulcinea. Pues guíe v. m., respondió Sancho, quizá será así, aunque yo lo veré con los ojos, y lo tocaré con las manos, y así lo creeré yo como creer que es ahora de dia. Guió D. Quijote, y habiendo andado como doscientos pasos dió con el bulto que hacía la sombra, y vió una gran torre, y luego conoció que el tal edificio no era alcá-

2 Era justamente el punto de la media noche. 3 En todo caso, con certeza y seguridad.

zar, sino la iglesia principal del pueblo, y dijo: con la iglesia hemos dado, Sancho. Ya lo veo, y plega á Dios que no demos con nuestra sepultura; que no es buena señal andar por los cimenterios á tales horas, y mas habiendo yo dicho á v. m., si mal no me acuerdo, que la casa de esta señora ha de estar en una callejuela sin salida. Maldito seas de Dios, mentecato, dijo D. Quijote: ¿adónde has tú hallado que los alcázares y palacios reales estén edificados en callejuelas sin salida? Señor, respondió Sancho, en cada tierra su uso; quizá se usa aquí en el Toboso edificar en callejuelas los palacios y edificios grandes; y así suplico á v. m. me deje buscar por estas calles ó callejuelas que se me ofrecen, podria ser que en algun rincon topase con ese alcázar, que le vea yo comido de perros, que así nos trae corridos y asendereados. Habla con respeto, Sancho, de las cosas de mi señora, dijo D. Quijote y tengamos la fiesta en paz, y no arrojemos la soga trás el caldero. Yo me reportaré, respondió Sancho; ¿pero con qué paciencia podré llevar que quiera v. m. que de sola una vez que ví la casa de nuestra ama, la haya de saber siempre y hallarla á media noche, no hallándola v. m. que la debe de haber visto millares de veces? Tú me harás desesperar, Sancho, dijo D. Quijote: ven acá, hereje, ¿no te hé dicho mil veces que en todos los dias de mi vida no hé visto á la sin par Dulcinea, ni jamás atravesé los umbrales de su palacio, y que solo estoy enamorado de oidas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta? Ahora lo oigo, respondió Sancho, y digo, que pues v. m. no la ha visto, ni yo tampoco. Eso no puede ser, replicó D. Quijote, que por lo ménos ya me has dicho tú que la viste ahechando trigo cuando me trujiste la respuesta de la carta que le envié contigo. No se atenga á eso, señor, respondió Sancho, porque le hago saber que tambien fué de oidas la vista y la respuesta que le trúje, porque así sé yo quién es la señora Dulcinea como dar un puño en el cielo. Sancho, Sancho, respondió D. Quijote, tiempos hay de burlar, y tiempo donde caen y parecen mal las burlas: no porque yo diga que ni hé visto ni hablado á la señora de mi alma, has tú de decir tambien que ni la has hablado ni visto, siendo tan al revés como sabes.

Estando los dos en estas pláticas vieron que venia á pasar donde estaban uno con dos mulas, que por el ruido que hacía el arado que arrastraba por el suelo juzgaron que debia de ser labrador, que habria madrugado antes del dia á ir á su labranza; y así fué la verdad. Venia el labrador cantando aquel romance que dice:

Mala la hobistes franceses,
La caza de Roncesvalles.

Que me maten Sancho, dijo en oyéndole D. Quijote, si nos ha de su-

ceder cosa buena esta noche. ¿No oyes lo que viene cantando ese villano? Sí oigo, respondió Sancho, ¿pero qué hace á nuestro propósito la caza de Roncesvalles? Así pudiera cantar el romance de Calainos que todo fuera uno, para sucedernos bien ó mal en nuestro negocio. Llegó en esto el labrador, á quien D. Quijote preguntó: sabréisme decir, buen amigo, que buena ventura os dé Dios, ¿dónde son por aquí los palacios de la sin par princesa Doña Dulcinea del Toboso? Señor, respondió el mozo: yo soy forastero, y ha pocos dias que estoy en este pueblo sirviendo á un labrador rico en la labranza del campo; en esa casa frontera viven el cura y el sacristan del lugar, entrambos ó cualquier dellos, sabrá dar á v. m. razon de esa señora princesa, porque tienen la lista de todos los vecinos del Toboso, aunque para mí tengo que en todo él no vive princesa alguna, muchas señoras sí princiaples, que cada una en su casa puede ser princesa. Pues entre esas, dijo D. Quijote, debe de estar, amigo, está por quien te pregunto. Podria ser, respondió el mozo, y á Dios, que ya viene el alba; y dando á sus mulas, no atendió á más preguntas. Sancho, que vió suspenso á su señor y asáz mal contento, le dijo: señor, ya se viene á más andar el dia; y no será acertado dejar que nos halle el sol en la calle; mejor será que nos salgamos fuera de la ciudad, y que v. m. se embosque en alguna floresta aquí cercana, y yo volveré de dia, y no dejaré ostugo [1] en todo este lugar donde no busque la casa, alcázar ó palacio de mi señora: y asáz seria de desdichado sinó le hallase, y hallándole hablaré con s. m., y le diré dónde y cómo queda v. m. esperando que le dé órden y traza para verla sin menoscabo de su honra y fama. Has dicho, Sancho, dijo D. Quijote, mil sentencias encerradas en el círculo de breves palabras: el consejo que ahora me has dado le apetezco y recibo de bonísima gana: ven, hijo, y vamos á buscar donde me embosque, que tú volverás como dices á buscar, á ver y hablar á mi señora, de cuya discrecion y cortesía espero más que milagrosos favores. Rabiaba Sancho por sacar á su amo del pueblo, porque no averiguase la mentira de la respuesta que de parte de Dulcinea le habia llevado á Sierra Morena, y así dió priesa á la salida, que fué luego, y á dos millas del lugar hallaron una floresta, donde D. Quijote se emboscó en tanto que Sancho volvia á la ciudad á hablar á Dulcinea, en cuya embajada le sucedieron cosas que piden nueva atencion y nuevo crédito.

1 Resquicio, rincon, escondrijo.

CAPITULO IX.

Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar á la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos.

Llegando el autor desta grande historia á contar lo que en este capítulo cuenta, dice que así como D. Quijote se emboscó en la floresta, encinar ó selva junto al gran Toboso, mandó á Sancho volver á la ciudad, y que no volviese á su presencia sin haber primero hablado de su parte á su señora, pidiéndola fuese servida de dejarse ver de su cautivo caballero, y se dignase de echarle su bendicion para que pudiese esperar por ella felicísimos sucesos de todos sus acometimientos y dificultosas empresas. Encargóse Sancho de hacerlo así como se le mandaba, y de traerle tan buena respuesta como le trújo la vez primera. Anda, hijo, replicó D. Quijote, y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas á buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria, y no se te pase della cómo te recibe, si muda las colores el tiempo que la estuvieres dando mi embajada, si se desasosiega y turba oyendo mi nombre, sinó cabe en la almohada, si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad, y si está en pié, mírala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pié, si te repite la respuesta que te diere dos ó tres veces, si la muda de blanda en áspera, de acéda en amorosa, si levánta la mano al cabello para componerle aunque no esté desordenado, finalmente, hijo, mira todas sus acciones y movimientos, porque si tú me los relatares como ellos fueron, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazon acerca de lo que al fecho de mis amores toca: que has de saber, Sancho, sinó lo sabes, que entre los amantes las acciones y movimientos exteriores que muestran cuando de sus amores se trata, son certísimos correos que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Vé, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mía, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas. Yo iré y volveré presto, dijo Sancho; y ensanche v. m., señor mio, ese corazoncillo, que le debe tener ahora no mayor que una avellana; y considere que se suele decir, que buen corazon quebranta mala ventura, y que adonde se piensa que hay tocinos no hay estacas, y tambien se dice, donde ménos se piensa salta la liebre: digolo porque si esta noche no hallamos los palacios ó alcázares de mi señora, ahora que es de dia los pienso hallar cuando ménos lo piense, y hallados, déjenme á mí con ella. Por cierto, Sancho, dijo D. Quijote, que siempre traes tus refranes tan á pelo de lo que tratamos, cuanto me dé Dios mejor ventura en lo que deseo.

Esto dicho, volvió Sancho las espaldas y vareó su rúcio, y D. Quijote se quedó á caballo descansando sobre los estribos y sobre el arrimo de su lanza, lleno de tristes y confusas imaginaciones, donde le dejarémos yéndonos con Sancho Panza, que no menos confuso y pensativo se apartó de su señor que él quedaba, y tanto, que apenas hubo salido del bosque, cuando volviendo la cabeza, y viendo que D. Quijote no aparecia, se apeó del jumento, y sentándose al pié de un árbol, comenzó á hablar consigo mismo y á decirse: sepamos ahora, Sancho hermano, adónde va v. m. ¿Vá á buscar algun jumento que se le haya perdido? No por cierto. ¿Pues qué va á buscar? Voy á buscar, como quien no dice nada, á una princesa, y en ella el sol de la hermosura y á todo el cielo junto. ¿Y adónde pensais hallar eso que decis, Sancho? ¿Adónde? en la gran ciudad del Toboso. Y bien, ¿y de parte de quién la vais á buscar? De parte del famoso caballero D. Quijote de la Mancha, que desface los tuertos, y dá de comer al que há sed, y de beber al que há hambre. Todo eso está muy bien. ¿Y sabeis su casa, Sancho? Mi amo dice que han de ser unos reales palacios, ó unos soberbios alcázares. ¿Y habéisla visto algun dia por ventura? Ni yo ni mi amo la habemos visto jamás. ¿Y paréceos que fuera acertado y bien hecho que si los del Toboso supiesen que estais vos aquí con intencion de ir á sonsacarles sus princesas, y á desasosegarles sus damas, viniesen y os moliesen las costillas á puros palos, y no os dejasen hueso sano? En verdad que tendrian mucha razon cuando no considerasen que soy mandado, y que *mensagero sois, amigo, no mereceis culpa, non.* No os fieis en eso, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica como honrada, y no consiente cosquillas de nadie. Vive Dios, que si os huele, que os mando mala aventura. Oxte puto [1], allá darás rayo [2], no sino ándeme yo buscando tres piés al gato por el gusto ajeno, y más que así será buscar á Dulcinea por el Toboso, como á Maríca por Rávena, ó al bachiller en Salamanca: el diablo, el diablo me há metido á mí en esto, que otro no. Este soliloquio pasó consigo Sancho, y lo que sacó dél fué que volvió á decirse: ahora bien, todas las cosas tienen remedio sinó es la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar de la vida. Este mi amo por mil señales hé visto que es un loco de atar, y áun tambien yo no le quedo en zaga, pues soy mas mentecato que él, pues le sigo y le sirvo, si es verdadero el refran que dice: dime con quien andas, decirte hé quien eres; y el otro de: no con quien naces, sino con quien paces [3]. Siendo pues loco, como lo es, y de locura

1 Aparta, quítate. 2 En cas de Tamayo: refrán que denota la indiferencia con que se suelen mirar los males ajenos. 3 *Refran* que enseña el trato y comunicacion hacen mas que la crianza y linaje en órden á las costumbres.

que las más veces toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro y lo negro por blanco, como lo pareció cuando dijo que los molinos de viento eran gigantes, y las mulas de los religiosos dromedarios, y las manadas de carneros ejércitos de enemigos, y otras muchas cosas á este tono, no será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topáre por aquí, es la señora Dulcinea; y cuando él no lo crea, juraré yo; y si él juráre, tornaré yo á jurar; y si porfiáre, porfiaré yo más, y de manera que tengo de tener la mía siempre sobre el hito, venga lo que viniere: quizá con esta porfía conseguiré que no me envíe otra vez á semejantes mensagerías viendo cuán mal recado le traigo dellas; ó quizá pensará, como yo imagino, que algun al mencantador de estos que él dice que le quieren mal, la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño.

Con esto que pensó Sancho Panza quedó sosegado su espíritu, y tuvo por bien acabado su negocio, y detúvose allí hasta la tarde por dar lugar á que D. Quijote pensase que le habia tenido para ir y volver del Toboso; y sucedióle todo tan bien, que cuando se levantó para subir en el rúcio vió que del Toboso hácia donde él estaba venían tres labradoras sobre tres pollinos ó pollinas, que el autor no lo declara, aunque más se puede creer que eran borricas, por ser ordinaria caballería de las aldeanas; pero como no va mucho en esto, no hay para qué detenernos en averiguarlo. En resolucion, así como Sancho vió á las labradoras, á paso tirado volvió á buscar á su señor D. Quijote, y hallóle suspirando y diciendo mil amorosas lamentaciones. Como D. Quijote le vió le dijo: ¿qué hay, Sancho amigo? ¿podré señalar este dia con piedra blanca ó con negra? Mejor será, respondió Sancho, que v. m. le señale con almagre, como rétulos de cátedra, porque le echen bien de ver los que le vieren. De ese modo, replicó D. Quijote, buenas nuevas traes. Tan buenas, respondió Sancho, que no tiene más que hacer v. m. sino picar á Rocinante y salir á lo raso á ver á la señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos doncellas suyas viene á ver á v. m. ¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices, Sancho amigo? dijo D. Quijote. Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas. ¿Qué sacaria yo de engañar á v. m., respondió Sancho, y más estando tan cerca de descubrir mi verdad? Pique, señor, y venga y verá venir á la princesa nuestra ama vestida y adornada, en fin, como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de más de diez altos; los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento, y sobre todo vienen á caballo sobre tres *cananeas* remendadas, que no hay más que ver. Hacaneas, querrás decir, Sancho. Poca dife-

rencia hay, respondió, de cananeas á hacaneas [4]; pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las más galanas señoras que se puedan desear, especialmente la princesa Dulcinea mi señora, que pasma los sentidos. Vamos, Sancho hijo, respondió D. Quijote, y en albricias destas buenas nuevas te mando el mejor despojo que ganáre en la primera aventura que tuviere; y si esto no te contenta, te mando las crias que este año me dieren las tres yeguas mias, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo. A las crias me atengo, respondió Sancho, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no estoy muy cierto. Ya en esto salieron de la selva y descubrieron cerca á las tres aldeanas. Tendió D. Quijote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no vió sino á las tres labradoras, turbóse todo, y preguntó á Sancho si las habia dejado fuera de la ciudad. ¿Cómo fuera de la ciudad? respondió: ¿por ventura tiene v. m. los ojos en el colodrillo, que no ve que son estas las que aquí vienen resplandecientes como el mismo sol á medio dia? Yo no veo, Sancho, dijo D. Quijote, sino á tres labradoras sobre tres borricos. Ahora me libre Dios del diablo, respondió Sancho; ¿y es posible que tres hacaneas, ó como se llaman, blancas como el ampo de la nieve, le parezcan á v. m. borricos? Vive el señor que me pele estas barbas si tal fuese verdad. Pues yo te digo, Sancho amigo, dijo D. Quijote, que es tan verdad que son borricos ó borricas, como yo soy D. Quijote, y tú Sancho Panza: á lo ménos á mí tales me parecen. Calle, señor, dijo Sancho, no diga la tal palabra, sino despabile esos ojos, y venga á hacer reverencia á la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca: y diciendo esto se adelantó á recibir á las tres aldeanas, y apeándose del rúcio tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras é hincando ambas rodillas en el suelo, dijo: reina, princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recebir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos de verse ante vuesa magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza su escudero, y él el asendereado [5] caballero D. Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre *el caballero de la Triste Figura*. Á esta sazon ya se habia puesto D. Quijote de hinojos junto á Sancho, y miraba con ojos desencajados y vista turbada á la que Sancho llamaba reina y señora; y como no descubria en ella sino una moza aldeana y no de muy buen rostro, porque era cariredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los

4 *Hacaneas* eran las hacas ó jacas traidas á España de las islas septentrionales, especialmente de Inglaterra. *Hacanea remendada* es la que hoy se llama *jaca pia*, ó que tiene manchada la piel de varios colores. 5 El fatigado y molido de andar por sendas y caminos.

labios. Las labradoras estaban asimismo atónitas viendo aquellos dos hombres tan diferentes hincados de rodillas, que no dejaban pasar adelante á su compañera; pero rompiendo el silencio la detenida, toda desgarbada y mohína, dijo: apártense nora en tal [6] del camino, y déjenmos pasar, que vamos de priesa. Á lo que respondió Sancho: oh princesa y señora universal del Toboso, cómo vuestro magnánimo corazon no se enternece viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia á la coluna y sustento de la andante caballería? Oyendo lo cual otra de las dos dijo: mas xó que te estriego [7] burra de mi suegro: mirad con qué se vienen los señoritos ahora á hacer burla de las aldeanas como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos: vayan su camino, y déjenmos hacer el nueso, y serles ha sano. Levántate, Sancho, dijo á este punto D. Quijote, que ya veo que la fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algun contento á esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazon que te adora, ya que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para solo ellos y no para otros ha mudado y trasformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si ya tambien el mio no le ha cambiado en el de algun vestiglo para hacerle aborrecible á tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente echando de ver en esta sumision y arrodillamiento que á tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora. Toma que mi agüelo, respondió la aldeana, amiguita soy yo de oir *resquebrajos* [8]. Apártense y déjenmos ir, y agradecérselo hémos. Apartóse Sancho y dejóla ir, contentísimo de haber salido bien de su enredo. Apenas se vió libre la aldeana que habia hecho la figura de Dulcinea, cuando picando á su cacanea con un aguijon que en un palo traia, dió á correr por el prado adelante; y como la borrica sentia la punta del aguijon, que le fatigaba más de lo ordinario, comenzó á dar corcobos, de manera que dió con la señora Dulcinea en tierra: lo cual visto por D. Quijote acudió á levantarla, y Sancho á componer y cinchar el albarda, que tambien vino á la barriga de la pollina. Acomodada pues la albarda, y queriendo Don Quijote levantar á su encantada señora en los brazos sobre la jumenta, la señora levantándose del suelo le quitó de aquel trabajo, porque haciéndose algun tanto atrás tomó una corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo mas ligero que un hal-

6 Lo mismo que *enhoramala*. 7 Refran que se aplica á los que se niegan á recibir el bien que se les quiere hacer, á manera de las bestias que resisten los halagos de quien las rasca. En boca de la labradora es irónico, y tilda la importunidad del obsequio con que se la detenia. 8 Requiebros.

con sobre la albarda, y quedó á horcajadas como si fuera hombre, y entonces dijo Sancho: vive Roque, que es la señora nuestra ama más ligera que un alcotán, y que puede enseñar á subir á la gineta al más diestro cordobés ó mejicano: el arzon trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas hace correr la hacanea como una cebra, y no le van en zaga sus doncellas, que todas corren como el viento; y así era la verdad, porque en viéndose á caballo Dulcinea todas picaron trás ella y dispararon á correr, sin volver la cabeza atrás por espacio de más de media legua.

Siguiólas D. Quijote con la vista, y cuando vió que no parecian, volviéndose á Sancho le dijo: Sancho, ¿qué te parece cuán mal quisto soy de encantadores? Y mira hasta donde se extiende su malícia y la ojería que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su sér á mi señora. En efecto, yo nací para ejemplo de desdichados, y para ser blanco y terrero donde tomen la mira y asesten las flechas de la mala fortuna: y has tambien de advertir, Sancho, que no se contentaron estos traidores de haber vuelto y trasformado á mi Dulcinea, sino que la trasformaron y volvieron en una figura tan baja y tan fea como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan propio de las principales señoras, que es el buen olor por andar siempre entre ámbares y entre flores: porque te hago saber, Sancho, que cuando llegué á subir á Dulcinea sobre su hacanea (segun tú dices, que á mí me pareció borrica) me dió un olor de ajos crudos, que me encalabrinó y atosigó el alma. ¡Oh canalla! gritó á esta sazon Sancho: ¡oh encantadores aciagos y mal intencionados, y quién os viera á todos ensartados por las agallas, como sardinas en lercha! Mucho sabeis, mucho podeis, y mucho mal haceis. Bastaros debiera, bellacos, haber mudado las perlas de los ojos de mi señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo, y finalmente todas sus facciones de buenas en malas sin que le tocárades en el olor, que por él siquiera sacáramos lo que estaba encubierto debajo de aquella fea corteza, aunque para decir verdad nunca yo ví su fealdad, sino su hermosura, á la cual subia de punto y quilates un lunar que tenia sobre el labio derecho á manera de bigote, con siete ó ocho cabellos rúbios como hebras de oro y largos de más de un palmo. Conforme á ese lunar, dijo D. Quijote, segun la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla del muslo, que corresponde al lado donde tiene él del rostro; pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza que has significado. Pues yo sé decir á v. m. respondió Sancho, que le parecian allí como nacidos. Yo lo creo, amigo, replicó D. Quijote, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea que no fuese

perfecta y bien acabada; y así si tuviera cien lunares como el que dices, en ella no fueran lunares, sino lunas y estrellas resplandecientes. Pero dime, Sancho, ¿aquella que á mí me pareció albarda, que tú aderezaste, era silla rasa ó sillon? No era, respondió Sancho, sino silla á la gineta, con una cubierta de campo, que vale la mitad de un reino segun es de rica. ¡Y que no viese yo todo eso, Sancho! dijo D. Quijote: ahora torno á decir y diré mil veces que soy el más desdichado de los hombres. Harto tenia que hacer el socarron de Sancho en disimular la risa oyendo las sandeces de su amo tan delicadamente engañado. Finalmente despues de otras muchas razones que entre los dos pasaron, volvieron á subir en sus bestias y siguieron el camino de Zaragoza, adonde pensaban llegar á tiempo que pudiesen hallarse en unas solemnes fiestas que en aquella insigne ciudad cada año suelen hacerse, pero antes que allá llegasen les sucedieron cosas, que por muchas, grandes y nuevas merecen ser escritas y leidas, como se verá adelante.

CAPITULO X.

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso D. Quijote con el carro ó carreta de las Córtes de la muerte.

Pensativo además iba D. Quijote por su camino adelante considerando la mala burla que le habian hecho los encantadores volviendo á su señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no imaginaba qué remedio tendria para volverla á su ser primero; y estos pensamientos le llevaban tan fuera de sí, que sin sentirlo soltó las riendas á Rocinante, el cual sintiendo la libertad que se le daba, á cada paso se detenia á pacer la verde yerba de que aquellos campos abundaban. De su embelesamiento le volvió Sancho Panza diciéndole: señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado se vuelven bestias; v. m. se reporte, vuelva en sí, coja las riendas á Rocinante, avive y despierte, y muestre aquella gallardía que conviene que tengan los caballeros andantes. ¿Qué diablos es esto? ¿qué descaecimiento es este? ¿estamos aquí ó en Francia? Mas que se lleve Satanás á cuantas Dulcineas hay en el mundo, pues vale más la salud de un solo caballero andante, que todos los encantos y trasformaciones de la tierra. Calla, Sancho, respondió D. Quijote con voz no muy desmayada; calla digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada señora, que de su desgrácia y desventura yo solo tengo la culpa: de la envídia que me tienen los malos ha nacido su mala andanza. Así lo digo yo, respondió Sancho: quien la vido y la ve ahora ¿cuál es el corazon que no llora? Eso puedes tú decir bien, Sancho, replicó Don

Quijote, pues la viste en la entereza cabal de su hermosura, que el encanto no se extendió á turbarte la vista ni á encubrirte su belleza: contra mí solo y contra mis ojos se endereza la fuerza de su veneno; mas con todo esto hé caido, Sancho, en una cosa, y es que me pintaste mal su hermosura, porque si mal no me acuerdo, dijiste que tenia los ojos de perlas, y los ojos que paracen de perlas antes son de besugo que de dama; y á lo que yo creo, los de Dulcinea deben ser de verdes esmeraldas, rasgados, con dos celestiales arcos que les sirven de cejas; y esas perlas quítalas de los ojos, y pásalas á los dientes, que sin duda te trocastes, Sancho, tomando los ojos por los dientes. Todo puede ser, porque tambien me turbó á mí su hermosura como á v. m. su fealdad; pero encomendémoslo todo á Dios, que él es el sabidor de las cosas que han de suceder en este valle de lágrimas, en este mal mundo que tenemos, donde apenas se halla cosa que esté sin mezcla de maldad, embuste y bellaquería. De una cosa me pesa, señor mio, más que de otras, que es pensar qué medio se ha de tener cuando v. m. venza algun gigante ú otro caballero, y le mande que se vaya á presentar ante la hermosura de la señora Dulcinea: ¿adónde la ha de hallar este pobre gigante, ó este pobre y mísero caballero vencido? Paréceme que los veo andar por el Toboso hechos unos bausánes [1], buscando á mi señora Dulcinea, y aunque la encuentren en mitad de la calle no la conocerán más que á mi padre. Quizá, Sancho, respondió D. Quijote, no se extenderá el encantamento á quitar el conocimiento de Dulcinea á los vencidos y presentados gigantes y caballeros; y en uno ó dos de los primeros que yo venza y le envíe, harémos la experiencia si la ven ó no, mandándoles que vuelvan á darme relacion de lo que acerca desto les hubiere sucedido. Digo, señor, replicó Sancho, que me ha parecido bien lo que v. m. me ha dicho, y que con ese artificio vendremos en conocimiento de lo que deseamos; y si es que ella á solo v. m. se encubre, la desgrácia más será de v. m. que suya; pero como la señora Dulcinea tenga salud y contento, nosotros por acá nos avendremos y lo pasarémos lo mejor que pudiéremos buscando nuestras aventuras, y dejando al tiempo que haga de las suyas, que él es el mejor médico destas y de otras mayores enfermedades.

Responder queria D. Quijote á Sancho Panza; pero estorbóselo una carreta que salió al través del camino cargada de los más diversos y extraños personajes y figuras que pudieran imaginarse. El que guiaba las mulas y servia de carretero era un feo demónio. Venia la carreta descubierta al cielo abierto sin toldo ni zarzo. La primera figura que

1 A los que están parados mirando alguna cosa con la boca abierta, los llamamos *bausánes*.

se ofreció á los ojos de D. Quijote fué la de la misma muerte con rostro humano: junto á ella venia un ángel con unas grandes y pintadas alas; al un lado estaba un emperador con una corona al parecer de oro en la cabeza; á los piés de la muerte estaba el dios que llaman Cupido sin venda en los ojos, pero con su arco, carcaj y saetas; venia tambien un caballero armado de punta en blanco, excepto que no traia morrion ni celada, sino un sombrero lleno de plumas de diversas colores: con estas venian otras personas de diferentes trajes y rostros. Todo lo cual visto de improviso, en alguna manera alborotó á D. Quijote y puso miedo en el corazon de Sancho; mas luego se alegró D. Quijote creyendo que se le ofrecia alguna nueva y peligrosa aventura; y con este pensamiento y con ánimo dispuesto de acometer cualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con voz alta y amenazadora dijo: carretero, cochero ó diablo, ó lo que eres, no tardes en decirme quién eres, á dó vas, y quién es la gente que llevas en tu carricoche, que más parece la barca de Caron, que carreta de las que se usan. Á lo cual mansamente, deteniendo el diablo la carreta, respondió; señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el Malo; hemos hecho en un lugar que está detras de aquella loma esta mañana, que es la octava del Córpus, el auto de las Córtes de la muerte, y hémosle de hacer esta tarde en aquel lugar que desde aquí se parece; y por estar tan cerca y excusar el trabajo de desnudarnos y volvernos á vestir, nos vamos con los mismos vestidos con que representamos. Aquel mancebo va de muerte, el otro de ángel, aquella mujer, que es la del autor, va de reina, el otro de soldado, aquel de emperador, y yo de demónio, y soy una de las principales figuras del auto, porque hago en esta compañia los primeros papeles; si otra cosa v. m. desea saber de nosotros, preguntémelo, que yo le sabré responder con toda puntualidad, que como soy demónio todo se me alcanza. Por la fé de caballero andante, respondió D. Quijote, que así como ví este carro imaginé que alguna grande aventura se me ofrecia, y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño. Andad con Dios, buena gente, haced vuestra fiesta, y mirad si mandais algo en que pueda seros de provecho, que lo haré con buen ánimo y buen talante, porque desde mochacho fuí aficionado á la carátula [2], y en mi mocedad se me iban los ojos tras la farándula [3].

Estando en estas pláticas quiso la suerte que llegase uno de la compañia, que venia vestido de bogiganga [4] con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traia tres vejigas de vaca hinchadas, el cual mo-

2 A la representacion dramática con máscara. 3 Profesion de farsantes. 4 Mogiganga.

harracho [5] llegándose á D. Quijote comenzó á esgrimir el palo y á sacudir el suelo con las vejigas, y á dar grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala vision así alborotó á Rocinante, que sin ser poderoso á detenerle D. Quijote, tomando el freno entre los dientes, dió á correr por el campo con más ligereza que jamás prometieron los huesos de su notomía [6]. Sancho, que consideró el peligro en que iba su amo de ser derribado, saltó del rúcio, y á toda priesa fué á valerle; pero cuando á él llegó ya estaba en tierra y junto á él Rocinante, que con su amo vino al suelo: ordinario fin y paradero de las lozanías de Rocinante y de sus atrevimientos. Mas apenas hubo dejado su caballería Sancho por acudir á D. Quijote, cuando el demónio bailador de las vejigas saltó sobre el rúcio, y sacudiéndole con ellas, el miedo y ruido más que el dolor de los golpes, le hizo volar por la campaña hácia el lugar donde iban á hacer la fiesta. Miraba Sancho la carrera de su rúcio y la caida de su amo, y no sabia á cuál de las dos necesidades acudiria primero; pero en efecto, como buen escudero y como buen criado, pudo más con él el amor de su señor que el cariño de su jumento, puesto que cada vez que veia levantar las vejigas en el aire y caer sobre las ancas de su rúcio, era para él tártagos y sustos de muerte, y antes quisiera que aquellos golpes se los dieran á él en las niñas de los ojos que en el más mínimo pelo de la cola de su asno. Con esta perpleja tribulacion llegó donde estaba D. Quijote, harto más maltrecho de lo que él quisiera, y ayudándole á subir sobre Rocinante le dijo: señor, el diablo se há llevado al rúcio. ¿Qué diablo? preguntó D. Quijote. El de las vejigas, respondió Sancho. Pues yo le cobraré, replicó D. Quijote, si bien se encerrase con él en los más hondos y escuros calabozos del infierto. Sígueme, Sancho, que la carreta va despacio; y con sus mulas satisfaré la pérdida del rúcio. No hay para que hacer esa diligencia, señor, respondió Sancho; v. m. temple su cólera, que ya el diablo há dejado al rúcio, y este vuelve á la querencia; y así era la verdad, porque habiendo caido el diablo con el rúcio por imitar á D. Quijote y á Rocinante, el diablo se fué á pié al pueblo, y el jumento se volvió á su amo. Con todo eso, dijo D. Quijote, será bien castigar el descomedimiento de aquel demónio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mismo emperador. Quítesele á v. m. eso de la imaginacion, replicó Sancho, y tome mi consejo, que es que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida: recitante hé visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre y sin costas: sepa v. m. que como son gentes alegres y de placer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan y estiman, y más siendo de aquellos de las compañías reales y de título, que

5 Mamarracho. 6 Anatomía.

todos ó los más en sus trajes y compostura parecen unos príncipes. Pues con todo, respondió D. Quijote, no se me há de ir el demónio farsante alabando, aunque le favorezca todo el género humano.

Y diciendo esto volvió á la carreta, que ya estaba bien cerca del pueblo, é iba dando voces diciendo: deteneos, esperad, turba alegre y regocijada, que os quiero dar á entender cómo se han de tratar los jumentos y alimañas que sirven de caballería á los escuderos de los caballeros andantes. Tan altos eran los gritos de D. Quijote, que los oyeron y entendieron los de la carreta; y juzgando por las palabras la intencion del que las decia, en un instante saltó la muerte de la carreta, trás ella el emperador, el diablo carretero y el ángel, sin quedarse la reina, ni el dios Cupido, y todos se cargaron de piedras y se pusieron en ala esperando recibir á D. Quijote en las puntas de sus guijarros. D. Quijote que los vió puestos en tan gallardo escuadron, los brazos levantados con ademan de despedir poderosamente las piedras, tuvo las riendas á Rocinante, y púsose á pensar de qué modo los acometeria con ménos peligro de su persona. En esto que se detuvo llegó Sancho, y viéndole en talle de acometer al bien formado escuadron, le dijo: asáz de locura seria intentar tal empresa: considere v. m., señor mio, que para sopa de arroyo [7] y tente bonete [8] no hay arma defensiva en el mundo sino es embutirse y encerrarse en una campana de bronce; y tambien se há de considerar que es más temeridad que valentía acometer un hombre solo á un ejército donde está la muerte, y pelean en persona emperadores, y á quien ayudan los buenos y malos ángeles: y si esta consideracion no le mueve á estarse quedo, muévale saber de cierto que entre todos los que allí están, aunque parecen reyes, príncipes y emperadores, no hay ningun caballero andante. Ahora sí, dijo D. Quijote, has dado, Sancho, en el punto que puede y debe mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo ni debo sacar la espada, como otras muchas veces te hé dicho, contra quien no fuere armado caballero: á tí, Sancho, toca, si quieres tomar la venganza del agravio que á tu rúcio se le há hecho, que yo desde aquí te ayudaré con voces y advertimientos saludables. No hay para qué, señor, respondió Sancho, tomar venganza de nadie, pues no es de buenos cristianos tomarla de los agravios, cuanto más que yo acabaré con mi asno que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la cual es de vivir pacíficamente los dias que los cielos me dieren de vida. Pues esa es tu determinacion, replicó D. Quijote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero, dejemos estas fantasmas y volvamos á buscar mejores y más calificadas aventuras, que yo veo esta tierra de ta-

7 La piedra suelta ó guijarro. 8 Con empeño, teson, porfia.

lle que no han de faltar en ella muchas y muy milagrosas. Volvió las riendas luego, Sancho fué á tomar su rúcio, la muerte y todo su escuadron volante volvieron á su carreta y prosiguieron su viaje, y este felice fin tuvo la temerosa aventura de la carreta de la muerte: grácias sean dadas al saludable consejo que Sancho Panza dió á su amo, al cual el dia siguiente le sucedió otra con un enamorado y andante caballero de no ménos suspension que la pasada.

CAPITULO XI.

De la extraña aventura que le sucedió al valeroso D. Quijote con el bravo caballero de los Espejos, y del discreto y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos.

La noche que siguió al dia del reencuentro de la muerte la pasaron D. Quijote y su escudero debajo de unos altos y sombrosos árboles, habiendo á persuasion de Sancho comido D. Quijote de lo que venia en el repuesto del rúcio, y entre la cena dijo Sancho á su señor: señor, ¡qué tonto hubiera andado yo si hubiera escogido en albrícias los despojos de la primera aventura que v. m. acabára, antes que las crías de las tres yeguas! En efecto, en efecto, más vale pájaro en mano que buitre volando. Todavía, respondió D. Quijote, si tú, Sancho, me dejáras acometer como yo queria, te hubieran cabido en despojos por lo ménos la corona de oro de la emperatriz y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitára al redropelo [1], y te las pusiera en las manos. Nunca los cetros y coronas de los emperadores farsantes, respondió Sancho Panza, fueron de oro puro; sino de oropel ó hoja de lata. Así es verdad, replicó D. Quijote, porque no fuera acertado que los atavíos de la comedia fueran finos, sino fingidos y aparentes como lo es la misma comedia, con la cual quiero, Sancho, que estés bien teniéndola en tu grácia, y por el mismo consiguiente á los que las representan y á los que las componen, porque todos son instrumentos de hacer un gran bien á la república, poniéndonos un espejo á cada paso delante, donde se ven al vivo las acciones de la vida humana, y ninguna comparacion hay que más al vivo nos represente lo que somos y lo que habemos de ser que la comedia y los comediantes. Sinó dime, ¿no has visto tú representar alguna comedia donde se introducen reyes, emperadores y pontífices, caballeros, damas y otros diversos personajes? Uno hace el rufián, otro el embustero, este el mercader, aquel el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple, y acabada la comedia y desnudándose de los vestidos della, quedan todos los recitantes iguales. Sí hé visto, res-

1 Violentamente, á contrapelo.

pondió Sancho. Pues lo mismo, dijo D. Quijote, acontece en la comedia y trato deste mundo, donde unos hacen los emperadores, otros los pontífices, y finalmente todas cuantas figuras se pueden introducir en una comedia; pero en llegando al fin, que es cuando se acaba la vida, á todos les quita la muerte las ropas que los diferenciaban, y quedan iguales en la sepultura. ¡Brava comparacion! dijo Sancho, aunque no tan nueva que yo no la haya oido muchas y diversas veces, como aquella del juego del agedrez, que mientras dura el juego cada pieza tiene su particular oficio, y en acabándose el juego todas se mezclan, juntan y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura. Cada dia, Sancho, dijo D. Quijote, te vas haciendo ménos simple y más discreto. Sí, que algo se me ha de pegar de la discrecion de v. m., respondió Sancho, que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen á dar buenos frutos. Quiero decir, que la conversacion de v. m. ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caido, la cultivacion el tiempo que há que le sirvo y comunico; y con esto espero de dar frutos de mí que sean de bendicion, tales que no desdigan ni deslizen [2] de los senderos de la buena crianza que v. m. ha hecho en el agostado entendimiento mio. Rióse D. Quijote de las afectadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo que decia de su enmienda, porque de cuando en cuando hablaba de manera que le admiraba, puesto que todas ó las mas veces que Sancho queria hablar de oposicion y á lo cortesano acababa su razon con despeñarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia: y en lo que él se mostraba mas elegante y memorioso era en traer refranes, viniesen ó no viniesen á pelo de lo que trataba, como se habrá visto y se habrá notado en el discurso desta historia. En estas y en otras pláticas se les pasó gran parte de la noche, y á Sancho le vino voluntad de dejar caer las compuertas [3] de los ojos, como él decia cuando queria dormir, y desenalbardando al rucio le dió pasto abundoso y libre. No quitó la silla á Rocinante, por ser expreso mandamiento de su señor que en el tiempo que anduviesen en campaña, ó no durmiesen debajo de techado, no desensillase á Rocinante, antigua usanza establecida y guardada de los andantes caballeros, quitar el freno y colgarle del arzon de la silla; pero ¿quitar la silla al caballo? guarda: y así lo hizo Sancho, y le dió la misma libertad que al rúcio, cuya amistad con Rocinante fué tan única y tan trabada, que hay fama por tradicion de padres á hijos, que el autor desta verdadera historia hizo particulares capítulos della: mas que por guardar la decencia y decoro que á tan heróica historia se debe, no los puso en ella puesto

2 Se aparten. 3 Los párpados.

que algunas veces se descuida deste su presupuesto, y escribe que así como las dos bestias se juntaban acudian á rascarse la una á la otra, y que despues de cansadas y satisfechas cruzaba Rocinante el pescuezo sobre el cuello del rúcio, que le sobraba de la otra parte más de media vara, y mirando los dos atentamente al suelo se solian estar de aquella manera tres dias, á lo ménos todo el tiempo que les dejaba ó no les compelia la hambre á buscar sustento.

Digo, pues, que Sancho se quedó dormido al pié de un alcornoque, y D. Quijote dormitando al de una robusta encina; pero poco espacio de tiempo habia pasado cuando le despertó un ruido que sintió á sus espaldas, y levantándose con sobresalto se puso á mirar y escuchar de donde el ruido procedia, y vió que eran dos hombres á caballo: y que el uno dejándose derribar de la silla dijo al otro: apéate, amigo, y quita los frenos á los caballos, que á mi parecer este sitio abunda de yerba para ellos, y del silencio y soledad que hán menester mis amorosos pensamientos. El decir esto, y el tenderse en el suelo todo fué á un mismo tiempo, y al arrojarse hicieron ruido las armas de que venia armado, manifiesta señal por donde conoció D. Quijote que debia de ser caballero andante: y llegándose á Sancho, que dormia, le trabó del brazo, y con no pequeño trabajo le volvió en su acuerdo, y con voz baja le dijo; hermano Sancho, aventura tenemos. Dios nos la dé buena, respondió Sancho; ¿y adónde está, señor mio, s. m. desa señora aventura? ¿Adónde, Sancho, replicó D. Quijote, vuelve los ojos y mira, y verás allí tendido un andante caballero, que á lo que á mí se me trasluce no debe estar demasiadamente alegre porque le vi arrojar del caballo y tenderse en el suelo con algunas muestras de despecho, y al caer le crujieron las armas. ¿Pues en qué halla v. m. dijo Sancho, que esta sea aventura? No quiero yo decir, respondio D. Quijote, que esta sea aventura del todo, sino principio della, que por aquí se comienzan las aventuras. Pero escucha, que á lo que parece templando está un láud ó vihuela, y segun escupe y se desembaraza el pecho, debe de prepararse para cantar algo. A buena fé que es así, respondió Sancho, y que debe ser caballero enamorado. No hay ninguno de los andantes que no lo sea, dijo D. Quijote, y escuchémosle, que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensamientos si es que canta, que de la abundancia del corazon habla la lengua. El caballero del Bosque cantó, y con un *ay!* arrancado al parecer de lo íntimo de su corazon, dió fin á su canto, y de allí á un poco con voz doliente y lastimada dijo. ¡Oh la más hermosa y la más ingrata mujer del orbe! Como que ¿será posible serenísima Casildea de Vandália, que has de consentir que se consuma y acabe en contínuas peregrinaciones y en ásperos y duros trabajos este tu cautivo caballero? ¿No basta ya que hé hecho que te confiesen por la más hermosa del mundo todos los caballeros de Navarra, todos

los leoneses, todos los tartesios, todos los castellanos, y finalmente todos los caballeros de la Mancha? Eso no, dijo á esta sazon D. Quijote, que yo soy de la Mancha, y nunca tal hé confesado, ni podia ni debia confesar una cosa tan perjudicial á la belleza de mi señora: y este tal caballero, ya ves tú, Sancho, que desvaría. Pero escuchemos, quizá se declarará más. Sí hará, replicó Sancho, que término lleva de quejarse un mes arreo [4]. Pero no fué así, porque habiendo entreoido el caballero del Bosque que hablaban cerca dél, sin pasar adelante en su lamentacion se puso en pié, y dijo con voz sonora y comedida: ¿quién vá allá? ¿qué gente? ¿es por ventura del número de los contentos, ó dél de los afligidos? De los afligidos, respondió D. Quijote. Pues llégueseá mí, respondió el del Bosque, y hará cuenta que se llega á la mesma tristeza y á la afliccion mesma. D. Quijote, que se vió responder tan tierna y comedidamente, se llegó á él, y Sancho ni más ni ménos. El caballero lamentador asió á D. Quijote del brazo diciendo: sentaos aquí, señor caballero, que para entender que lo sois, y de los que profesan la andante caballería, bástame el haberos hallado en este lugar, donde la soledad y el sereno os hacen compañia, naturales lechos y propias estancias de los caballeros andantes. A lo que respondió D. Quijote: caballero soy de la profesion que decís; y aunque en mi alma tienen su propio asiento las tristezas, las desgrácias y las desventuras, no por eso se ha ahuyentado della la compasion que tengo de las ajenas desdichas; de lo que cantastes poco há colegí que las vuestras son enamoradas, quiero decir, nacidas del amor que teneis aquella hermosa ingrata que en vuestras lamentaciones nombrastes. Ya cuando esto pasaba estaban sentados juntos sobre la dura tierra en buena paz y compañía, como si al romper del dia no se hubieran de romper las cabezas. Por ventura, señor caballero, preguntó el del Bosque á D. Quijote, ¿sois enamorado? Por desventura lo soy, respondió D. Quijote, aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos antes se deben tener por dichas que por desdichas. Así es la verdad, replicó el del Bosque, sinó nos turbasen la razon y el entendimiento los desdenes, que siendo muchos parecen venganzas. Nunca fuí desdeñado de mi señora, respondió D. Quijote. No por cierto, dijo Sancho, que allí junto estaba, porque es mi señora como una borrega mansa, es más blanda que una manteca. ¿Es vuestro escudero este? preguntó el del Bosque. Sí es, respondió D. Quijote. Nunca he visto yo escudero, replicó el del Bosque, que se atreva á hablar donde habla su señor: á lo ménos ahí está ese mio, que es tan grande como su padre, y no se probará que haya desplegado el labio donde yo hablo. Pues á fé, dijo Sancho, que hé hablado yo, y puedo

4 Seguido.

hablar delante de otro tan, y aún.... quédese aquí que es peor meneallo. El escudero del Bosque asió por el brazo á Sancho diciéndole: vámonos los dos donde podamos hablar escuderílmente todo cuanto quisiéremos, y dejemos á esos señores amos nuestros que se den de las astas contándose las historias de sus amores, que á buen seguro que les ha de coger el dia en ellas, y no las han de haber acabado. Sea en buena hora, dijo Sancho, y yo le diré á v. m. quién soy, para que vea si puedo entrar en docena [5], con los más hablantes escuderos. Con esto se apartaron los dos escuderos, entre los cuales pasó un tan gracioso coloquio, como fué grave el que pasó entre sus señores.

Divididos estaban caballeros y escuderos, estos contándose sus vidas, y aquellos sus amores; pero la historia cuenta primero el razonamiento de los mozos, y luego prosigue el de los amos; y así dice, que apartándose un poco dellos, el del Bosque dijo á Sancho: trabajosa vida es la que pasamos y vivimos, señor mio, estos que somos escuderos de caballeros andantes: en verdad que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echó Dios á nuestros primeros padres. Tambien se puede decir, añadió Sancho, que lo comemos en el hielo de nuestros cuerpos, porque ¿quién há más calor y más frio que los miserables escuderos de la andante caballería? Y aún ménos mal si comiéramos, pues los duelos con pan son ménos; pero tal vez hay que se nos pasa un dia ó dos sin desayunarnos, sino es el viento que sopla. Todo eso se puede llevar y conllevar, dijo el del Bosque, con la esperanza que tenemos del premio; porque si demasiadamente no es desgraciado el caballero andante á quien un escudero sirve, por lo ménos á pocos lances se verá premiado con un hermoso gobierno de cualque ínsula, ó con un condado de buen parecer. Yo, replicó Sancho, ya hé dicho á mi amo que me contento con el gobierno de alguna ínsula; y él es tan noble y tan liberal que me le há prometido muchas y diversas veces. Yo, dijo el del Bosque, con un canonicato quedaré satisfecho de mis servicios, y ya me le tiene mandado mi amo. ¿Y qué tal? debe de ser, dijo Sancho, su amo de v. m. caballero á lo eclesiástico, y podrá hacer esas mercedes á sus buenos escuderos; pero el mio es meramente lego, aunque yo me acuerdo cuando le querian aconsejar personas discretas, aunque á mi parecer mal intencionadas, que procurase ser arzobispo; pero él no quiso sino ser emperador, y yo estaba entonces temblando si le venia en voluntad de ser de la iglesia, por no hallarme suficiente para tener beneficios por ella; porque le hago saber á v. m. que aunque parezco hombre, soy un bestia para ser de la iglesia. Pues en verdad que lo yerra v. m., dijo el del Bosque, á causa

5 Alternar, ó entrar en número.

que los gobiernos insulanos no son todos de buena data: algunos hay torcidos, algunos pobres, algunos melancólicos, y finalmente el más erguido y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos y de incomodidades, que pone sobre sus hombros el desdichado á quien le cupo en suerte. Harto mejor seria que los que profesamos esta maldita servidumbre nos retirásemos á nuestras casas, y allí nos entretuviésemos en ejercicios más suáves, como si dijésemos cazando ó pescando; que ¿qué escudero hay tan pobre en el mundo á quien le falte un rocín y un par de galgos, y una caña de pescar con que entretenerse en su aldea?

A mí no me falta nada deso, respondió Sancho; verdad es que no tengo rocín, pero tengo un asno que vale dos veces más que el caballo de mi amo: mala pascua me dé Dios, y sea la primera que viniere, si le trocára por él aunque me diesen cuatro fanegas de cebada encima: á burla tendrá v. m. el valor de mi rúcio, que rúcio es el color del jumento: pues galgos no me habian de faltar habiéndolos sobrados en mi pueblo, y más que entonces es la caza más gustosa cuando se hace á costa ajena. Real y verdaderamente, respondió el del Bosque, señor escudero, que tengo propuesto y determinado de dejar estas borracherías de estos caballeros, y retirarme á mi aldea, y criar mis hijitos, que tengo tres como tres orientales perlas. Dos tengo yo, dijo Sancho, que se pueden presentar al papa en persona, especialmente una muchacha, á quien crío para condesa, si Dios fuere servido, aunque á pesar de su madre. ¿Y qué edad tiene esa señora que se cría para condesa? preguntó el del Bosque. Quince años, dos más ó ménos, respondió Sancho; pero es tan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana de abril, y tiene una fuerza de un ganapán. Partes son esas, respondió el del Bosque, no solo para ser condesa, sino para ser ninfa del verde bosque. Y como que lo será, respondió Sancho, y para volverla á ver ruego yo á Dios me saque de pecado mortal, que lo mesmo será si me saca deste peligroso oficio de escudero, en el cual hé incurrido segunda vez, cebado y engañado de una bolsa con cien ducados que me hallé un dia en el corazon de Sierra Morena, y el diablo me pone ante los ojos aquí, allí, acá no, sino acullá un talego lleno de doblones, que me parece que á cada paso le toco con la mano, y me abrazo con él, y lo llevo á mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vivo como un príncipe, y el rato que en esto pienso se me hacen fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene más de loco que de caballero. Por eso, respondió el del Bosque, dicen que la codícia rompe el saco; y si va á tratar dellos no hay otro mayor en el mundo que mi amo, porque es de aquellos de quienes se dice: cuidados ajenos matan al asno, pues porque cobre

otro caballero el juicio que há perdido, se hace él loco, y anda buscando lo que no sé si despues de hallado le há de salir á los hocicos. ¿Y es enamorado por dicha? Sí, dijo el del Bosque, de una tal Casildéa de Vandália, la más cruda y la más asada señora que en todo el orbe puede hallarse; pero no cogea del pié de la crudeza, que otros mayores embustes le gruñen en las entrañas, y ello dirá antes de muchas horas. No hay camino tan llano, replicó Sancho, que no tenga algun tropezon ó barranco: en otras casas cuecen habas, y en la mía á calderadas: más acompañados y paniaguados debe de tener la locura que la discrecion; mas si es verdad lo que comunmente se dice, que el tener compañeros en los trabajos suele servir de alívio en ellos, con v. m. podré consolarme, pues sirve á otro amo tan tonto como el mio. Tonto, pero valiente, respondió el del Bosque, y más bellaco que tonto y que valiente. Eso no es el mio, respondió Sancho: digo que no tiene nada de bellaco: antes tiene un alma como un cántaro [6]: no sabe hacer mal á nadie, sino bien á todos, ni tiene malícia alguna: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del dia, y por esta sencillez le quiero como á las telas de mi corazon, y no me amaño á dejarle por más disparates que haga. Con todo eso, hermano y señor, dijo el del Bosque, si el ciego guía al ciego, ambos van á peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compás de piés y volvernos á nuestras querencias, que los que buscan aventuras no siempre las hallan buenas.

Escupía Sancho á menudo al parecer un cierto género de saliva pegajosa y algo seca, lo cual visto y notado por el caritativo bosquerîl escudero, dijo: paréceme que de lo que hemos hablado se nos pegan al paladar las lenguas; pero yo traigo un despegador pendiente del arzon de mi caballo, que es tal como bueno, y levantándose volvió desde allí á un poco con una gran bota de vino y una empanada de media vara; y no es encarecimiento, porque era de un conejo casero tan grande que Sancho al tocarla entendió ser de algun cabron, no que de cabrito, lo cual visto, dijo: ¿y esto trae v. m. consigo, señor? Pues qué se pensaba, respondió el otro, ¿soy yo por ventura algun escudero de agua y lana [7]? Mejor repuesto traigo yo en las ancas de mi caballo, que lleva consigo cuando va de camino un general. Comió Sancho sin hacerse de rogar, y tragaba á escuras bocados como nudos de suelta [8] y dijo: v. m. sí que es escudero fiel y legal, moliente y corriente, magnífico y grande, como lo muestra este banquete, que sinó há venido aquí por arte de encantamento, parécelo á lo ménos, y no có-

6 Alma de cántaro. 7 Hombre despreciable, ó de poco más ó ménos. 8 Esto es, tan grandes como suelen ser los nudos de la suelta con que se atan las caballerías.

mo yo, mezquino y malaventurado, que solo traigo en mis alforjas un poco de queso tan duro, que pueden descalabrar con ello á un gigante, cuatro docenas de algarrobas, y otras tantas de avellanas y nueces, mercedes á la estrecheza de mi dueño, y á la opinion que tiene y órden que guarda de que los caballeros andantes no se han de mantener y sustentar sino con frutas secas y con las yerbas del campo. Por mi fé, hermano, replicó el del Bosque, que yo no tengo hecho el estómago á tagarninas ni á piruétanos, ni á raices de los montes: allá se lo hayan con sus opiniones y leyes caballerescas nuestros amos, y coman lo que ellos mandáren; fiambreras traigo, y esta bota colgando del arzon de la silla por sí ó por nó, y es tan devota mia y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos; y diciendo esto se la puso en las manos á Sancho, el cual empinándola, puesta á la boca estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora, y en acabando de beber dejó caer la cabeza á un lado, y dando un gran suspiro, dijo: ¡oh bellaco, y cómo es católico [9]!

Pero dígame, señor, por el siglo de lo que más quiere, este vino es de Ciudad Real? ¡Bravo mojon [10]! respondió el del Bosque, en verdad que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad. Á mí con eso, dijo Sancho, no tomeis ménos sino que se me fuera á mí por alto dar alcance á su conocimiento. ¿No será bueno, señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande y tan natural en esto de conocer vinos, que en dándome á oler cualquiera, acierto la patria, el linaje, el sabor, la dura, y las vueltas que há de dar, con todas las circunstancias al vino atañaderas? Pero no hay de qué maravillarse, si tuve en mi linaje por parte de mi padre los dos mas excelentes mojones que en luenguos años conoció la Mancha: para prueba de lo cual les sucedió lo que ahora diré. Diéronles á los dos á probar del vino de una cuba, pidiéndoles su parecer del estado, cualidad, bondad ó malícia del vino. El uno le probó con la punta de la lengua, el otro no hizo más de llegarlo á las narices. El primero dijo que aquel vino sabía á hierro, el segundo dijo que más sabía á cordoban. El dueño dijo que la cuba estaba limpia, y que el tal vino no tenia adobo alguno por donde hubiese tomado sabor de hierro ni de cordoban. Con todo eso los dos famosos mojones se afirmaron en lo que habian dicho. Anduvo el tiempo, vendióse el vino, y al limpiar de la cuba hallaron en ella una llave pequeña pendiente de una correa de cordobán: porque vea v. m. si quien viene desta ralea podrá dar su parecer en semejantes causas. Por eso digo, dijo el del Bosque, que nos dejemos de andar buscando aventuras, y pues tenemos hogazas no busquemos tortas, y volvámanos á

9 Bueno, puro. 10 Bravo catador de vinos.

nuestras chozas, que allí nos hallará Dios si él quiere. Hasta que mi amo llegue á Zaragoza le serviré, que despues todos nos entenderémos. Finalmente tanto hablaron y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y templarles la sed, que quitársela fuera imposible; y así asidos entrambos de la ya casi bacía bota, con los bocados á medio mascar en la boca, se quedaron dormidos, donde los dejarémos por ahora por contar lo que el caballero del Bosque pasó con el de la Triste Figura.

CAPITULO XII.

Donde se prosigue la aventura del caballero del Bosque, y se da cuenta de quién era el caballero de los Espejos y su escudero [1].

Entre muchas razones que pasaron D. Quijote, y el caballero de la Selva, dice la historia que él del Bosque dijo á D. Quijote: finalmente, señor caballero, quiero que sepais que mi destino, ó por mejor decir, mi eleccion, me trújo á enamorar de la sin par Casildéa de Vandália: llámola sin par porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo como en el extremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildéa pues que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comedidos deseos con hacerme ocupar, como su madrina á Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaria el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cuál ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese á desafiar á aquella famosa giganta de Sevilla llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar es la más movible y voltária mujer del mundo [2]. Llegué, víla, vencila, é hícela estar queda y á raya, porque en más de una semana no soplaron vientos. Vez tambien hubo que me mandó fuese á tomar en peso las antíguas piedras de los valientes toros de Guisando [3]: empresa más para encomendarse á ganapánes que á caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra: ¡peligro inaudito y temeroso! y que le trujese particular relacion de lo que en aquella escura profundidad se encierra. Detúve el movimiento á la Giralda, pesé los toros de Guisando, despeñéme en la sima, saqué á luz

1 Caballero del Bosque, de los Espejos y de la Selva son uno mismo. 2 Giralda del verbo girar ó dar vueltas, es una estatua de bronce que representa la fé, y termina la torre de la catedral de Sevilla, sirviendo de veleta. 3 Son cuatro masas enormes de piedra berroqueña, que figuran cuatro toros, y están en la provincia de Avila entre Cadalso y Cebreros.

lo escondido de su abismo, y mis esperanzas muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes vivos que vivos. En resolucion, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias de España, y haga confesar á todos los andantes caballeros, que por ellas vagáren, que ella sola se aventaja en hermosura á cuantas hoy viven, y que yo soy el más valiente y el más bien enamorado caballero del orbe, en cuya demanda hé andado ya la mayor parte de España, y en ella hé vencido muchos caballeros que se han atrevido á contradecirme; pero de lo que yo más me precio y ufano es de haber vencido en singular batalla á aquel tan famoso caballero D. Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es más hermosa mi Casildéa que su Dulcinea; y en solo este vencimiento hago cuenta que hé vencido á todos los caballeros del mundo, porque el tal D. Quijote que digo, los ha vencido á todos, y habiéndole yo vencido á él, su gloria, su fama y su honra se ha transferido y pasado á mi persona, y

Tanto el vencedor es mas honrado
Cuánto mas el vencido es reputado:

así que ya corren por mi cuenta y son mias las innumerables hazañas del ya referido D. Quijote.

Admirado quedó D. Quijote de oir al caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentia, y ya tuvo el *mentís* en el pico de la lengua; pero reportóse lo mejor que pudo por hacerle confesar por su propia boca su mentira, y así sosegadamente le dijo: de que v. m., señor caballero, haya vencido á los más caballeros andantes de España y áun de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido á Don Quijote de la Mancha, póngolo en duda: podria ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan. ¿Cómo no? replicó el del Bosque; por el cielo que nos cubre, que peleé con D. Quijote y le vencí y rendí y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caidos: campea debajo del nombre del *caballero de la Triste figura*, y trae por escudero á un labrador llamado Sancho Panza: oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo llamado Rocinante, y finalmente tiene por señora de su voluntad á una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo como la mia, que por llamarse Casilda y ser de la Andalucía, yo la llamo Casildéa de Vandália. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada, que la hará dar crédito á la misma incredulidad. Sosegaos, señor caballero, dijo D. Quijote, y escuchad lo que deciros quiero. Habeis de saber que ese D. Quijote que decís, es el mayor amigo

que en este mundo tengo, y tanto que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que dél me habeis dado tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habeis vencido: por otra parte veo con los ojos y toco con las manos no ser posible ser el mismo, si ya no fuese que como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen grangeada y adquirida por todo lo descubierto de la tierra: y para confirmacion desto quiero tambien que sepais, que los tales encantadores sus contrarios no há más de dos dias que trasformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y desta manera habrán trasformado á D. Quijote; y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mismo D. Quijote, que la sustentará con sus armas á pié ó á caballo, ó de cualquier suerte que os agradáre: y diciendo esto se levantó en pié, y empuñó la espada, esperando qué resolucion tomaria el caballero del Bosque, el cual con voz asimismo sosegada respondió y dijo: al buen pagador no le duelen prendas; el que una vez señor D. Quijote, pudo venceros trasformado, bien podrá tener esperanzas de rendiros en vuestro propio sér; mas porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas á escuras como los salteadores y rufianes, esperemos el dia para que el sol vea nuestras obras; y ha de ser condicion de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar á la voluntad del vencedor para que haga dél todo lo que quisiere, con tal que sea decente á caballero lo que se le ordenáre. Soy muy contento desa condicion y concierto, respondió D. Quijote; y en diciendo esto se fueron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando y en la misma forma que estaban cuando les salteó el sueño. Despertáronlos y mandáronles que tuviesen á punto los caballos, porque en saliendo el sol habian de hacer los dos una sangrienta, singular y sin igual batalla, á cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo por las valentías que habia oido decir del suyo al escudero del Bosque; pero sin hablar palabra se fueron los dos escuderos á buscar su ganado, que ya todos tres caballos y el rúcio, se habian olido y estaban todos juntos.

En el camino dijo el del Bosque á Sancho: há de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía, cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano en tanto que sus ahijados riñen; digolo porque esté advertido que mientras nuestros dueños riñéren, nosotros tambien hemos de pelear y hacernos astillas. Esa costumbre, señor escudero, respondió Sancho, allá puede correr y pasar con los rufianes y peleantes que dice; pero con los escu-

deros de los caballeros andantes, ni por pienso: á lo ménos yo no hé oido decir á mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería: cuanto más, que yo quiero que sea verdad y ordenanza expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean: pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviere puesta á los tales pacíficos escuderos, que yo aseguro que no pase de dos libras de cera, y más quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán ménos que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza, que ya me la cuento por partida y dividida en dos partes: hay más, que me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse. Para eso sé yo un buen remedio, dijo él del Bosque; yo traigo aquí dos talegas de lienzo de un mesmo tamaño: tomareis vos la una y yo la otra, y reñiremos á talegazos con armas iguales. Desa manera sea en buena hora, respondió Sancho, porque antes servirá la tal pelea de despolvorearnos que de herirnos. No há de ser así, replicó el otro, porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el aire, media docena de guijarros lindos y pelados, que pesen tanto los unos como los otros, y desta manera nos podremos atalegar sin hacernos mal ni daño. Mirad, ¡cuerpo de mi padre! respondió Sancho, qué martas cebollinas [4] ó qué copos de algodon cardado pone en las talegas para no quedar molidos los cascos y hechos alheña los huesos; pero aunque se llenáran de capullos de seda, sepa, señor mio, que no hé de pelear; peleen nuestros amos y allá se lo hayan, y bebamos y vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas sin que andemos buscando apetites para que se acaben antes de llegar su sazon y término, y que se cayan de maduras. Con todo, replicó él del Bosque, hemos de pelear siquiera media hora. Eso no, respondió Sancho; no seré yo tan descortés ni tan desagradecido que con quien hé comido y hé bebido trabe cuestion alguna, por mínima que sea; cuanto más que estando sin cólera y sin enojo, ¿quién diablos se há de amañar á reñir á secas? Para eso, dijo él del Bosque, yo daré un suficiente remedio, y es que antes que comencemos la pelea yo me llegaré bonitamente á v. m. y le daré tres ó cuatro bofetadas que dé con él á mis piés, con las cuales le haré despertar la cólera, aunque esté con más sueño que un liron. Contra ese corte sé yo otro, respondió Sancho, que no le vá en zaga; cogeré yo un garrote, y antes que v. m. llegue á despertarme la cólera, haré yo dormir á garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte sinó fuere en el otro mundo, en el cual se sabe que no soy yo hombre que me dejo manosear el rostro de nadie; y cada uno mire por el virote [5],

4 Palabra estropeada por Sancho, en lugar de *cebelinas*, pieles de las martas para forros. 5 *Mirar por el virote* es atender cada uno con vigilancia á lo que ha de hacer.

aunque lo más acertado seria dejar dormir su cólera á cada uno, que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana que vuelve tresquilado; y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas, porque si un gato acosado, encerrado y apretado se vuelve en leon, yo, que soy hombre, Dios sabe en lo que podré volverme; y así desde ahora intímo á v. m., señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultáre. Está bien, replicó el del bosque; amanecerá Dios y medraremos.

En esto ya comenzaban á gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecia que daban la norabuena y saludaban á la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas parecia asimismo que ellas brotaban y llovian blanco y menudo aljofar, los sauces destilaban máná sabroso, reíanse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábanse las selvas, y enriquecíanse los prados con su venida. Mas apenas dió lugar la claridad del dia para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera que se ofreció á los ojos de Sancho Panza fué la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande que casi le hacia sombra á todo el cuerpo. Cuéntase en efecto que era de demasiada grandeza, corva en la mitad y toda llena de berrugas, de color amoratado como de berengena; bajábale dos dedos mas abajo de la boca, cuya grandeza, color, berrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho comenzó á herir de pié y de mano como niño con alferecía, y propuso en su corazon de dejarse dar doscientas bofetadas antes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo. D. Quijote miró á su contendor, y hallóle ya puesta y calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro; pero notó que era hombre membrudo y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traia una sobrevesta ó casaca de una tela al parecer de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacian en grandísima manera galan y vistoso: volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas: la lanza que tenia arrimada á un árbol era grandísima y gruesa, y de un hierro acerado de más de un palmo. Todo lo miró y todo lo notó D. Quijote, y juzgó de lo visto y mirado que el ya dicho caballero debia de ser de grandes fuerzas; pero no por eso temió como Sancho Panza; antes con gentil denuedo dijo al caballero de los Espejos: si la mucha gana de pelear, señor caballero, no os gasta la cortesía, por ella os pido que alceis la visera un poco, porque yo vea si la gallardía de vuestro rostro responde á la de vuestra disposicion. Ó vencido ó vencedor que salgais desta empresa, señor caballero, respondió el de los Espejos, os quedará

tiempo y espacio demasiado para verme; y si ahora no satisfago á vuestro deseo es por parecerme que hago notable agrávio á la hermosa Casildéa de Vandália en dilatar el tiempo que tardáre en alzarme la visera sin haceros confesar lo que ya sabeis que pretendo. Pues en tanto que subimos á caballo, dijo D. Quijote, bien podeis decirme si soy yo aquel D. Quijote que dijistes haber vencido. Á eso vos respondemos, dijo el de los Espejos, que pareceis, como se parece un huevo á otro, al mismo caballero que yo vencí; pero segun vos decís, que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el susodicho ó no. Eso me basta á mí, respondió D. Quijote, para que crea vuestro engaño; empero para sacaros dél de todo punto vengan nuestros caballos, que en ménos tiempo que el que tardáredes en alzaros la visera, si Dios, si mi señora y si mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro y vos vereis que no soy el vencido D. Quijote que pensais.

Con esto acortando razones subieron á caballo, y D. Quijote volvió las riendas á Rocinante para tomar lo que convenia del campo y volver á encontrar á su contrario, y lo mismo hizo el de los Espejos; pero no se habia apartado D. Quijote veinte pasos cuando se oyó llamar dél de los Espejos; y partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dijo: advertid, señor caballero, que la condicion de nuestra batalla es que el vencido, como otra vez hé dicho, há de quedar á disposicion del vencedor. Ya la sé, respondió D. Quijote, con tal que lo que se le impusiere y mandáre al vencido han de ser cosas que no salgan de los límites de la caballería. Así se entiende, respondió el de los Espejos. Ofreciéronsele en esto á la vista de D. Quijote las extrañas narices del escudero, y no se admiró ménos de verlas que Sancho, tanto que le juzgó por algun mónstruo, ó por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho, que vió partir á su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con solo un pasagonzalo [6] con aquellas narices en las suyas seria acabada la pendencia suya, quedando del golpe ó del miedo tendido en el suelo, y fuése trás su amo, asido á una accion [7] de Rocinante, y cuando le pareció que ya era tiempo que volviese le dijo: suplico á v. m., señor mio, que antes que vuelva á encontrarse me ayude á subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver más á mi sabor, mejor que desde el suelo, el gallardo encuentro que v. m. há de hacer con este caballero. Antes creo, Sancho, dijo D. Quijote, que te quieres encaramar y subir en andámio para ver sin peligro los toros. La verdad que diga, respondió Sancho, las desaforadas narices de aquel escudero me tienen atónito y

6 Es un juego que consiste en dar un papirotazo en las narices. 7 La correa de la silla en que va puesto y pendiente el estribo.

lleno de espanto, y no me atrevo á estar junto á él. Ellas son tales, dijo D. Quijote, que á no ser yo quien soy tambien me asombráran; y así ven, ayudarte hé á subir donde dices.

En lo que se detuvo D. Quijote para que Sancho subiese en el alcornoque tomó él de los Espejos del campo lo que le pareció necesario; y creyendo que lo mismo habria hecho D. Quijote, sin esperar son de trompeta ni otra señal que los avisase, volvió las riendas á su caballo, que no era más ligero ni de mejor parecer que Rocinante, y á todo su correr, que era un mediano trote, iba á encontrar á su enemigo, pero viéndole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas, y paróse en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo á causa que ya no podia moverse. D. Quijote, que le pareció que ya su enemigo venia volando, arrimó réciamente las espuelas á las trasijadas hijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demás siempre fueron trotes declarados, y con esta no vista fúria llegó donde el de los Espejos estaba hincando á su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde habia hecho estanco[8] de su carrera. En esta buena sazon y coyuntura halló D. Quijote á su contrario, embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que ó no acertó ó no tuvo lugar de ponerla en ristre. D. Quijote, que no miraba en estos inconvenientes, á salvamano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo, dando tal caida, que sin mover pié ni mano dió señales de que estaba muerto. Apenas le vió caido Sancho, cuando se deslizó del alcornoque, y á toda priesa vino donde su señor estaba, el cual apeándose de Rocinante, fué sobre el de los Espejos, y quitándole las lazadas del yelmo para ver si era muerto, y para que le diese el aire si acaso estaba vivo, vió, ¿quién podrá decir lo que vió sin causar admiracion, maravilla y espanto á los que lo oyeren? vió, dice la historia, el rostro mismo, la misma figura, el mismo aspecto, la misma fisonomía, la misma efígie, la perspectiva misma del bachiller Sanson Carrasco, y así como la vió en altas voces dijo: acude, Sancho, y mira lo que has de ver, y no lo has de creer: aguija, hijo, y advierte lo que puede la mágia, lo que pueden los hechiceros, y los encantadores. Llegó Sancho, y como vió el rostro del bachiller Carrasco comenzó á hacerse mil cruces y á santiguarse otras tantas. En todo esto no daba muestras de estar vivo el derribado caballero, y Sancho dijo á D. Quijote: soy de parecer, señor mio, que por sí ó por nó, v. m. hinque y meta la espada por la

8 Donde se habia parado y quedado inmóvil.

boca á este que parece el bachiller Sanson Carrasco; quizá matará en él á alguno de sus enemigos los encantadores. No dices mal, dijo Don Quijote, porque de los enemigos los ménos, y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los Espejos, ya sin las narices que tan feo le habian hecho, y á grandes voces dijo: mire v. m. lo que hace, Sr. D. Quijote, que ese que tiene á los piés es el bachiller Sanson Carrasco su amigo, y yo soy su escudero: y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera le dijo: ¿y las narices? Á lo que él respondió: aquí las tengo en la faltriquera, y echando la mano á la derecha, sacó unas narices de pasta y barniz, de máscara, de la manifatura que quedan delineadas, y mirándole más y más Sancho, con voz admirativa y grande dijo: ¡Santa María, y valme! ¿Este no es Tomé Cecial mi vecino y mi compadre? Y como si lo soy, respondió el ya desnarigado escudero, Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza, y luego os diré los arcaduces, embustes y enredos por donde soy aquí venido, y en tanto pedid y suplicad al señor vuestro amo que no toque, maltrate, hiera ni mate al caballero de los Espejos, que á sus piés tiene, porque sin duda alguna es el atrevido y mal aconsejado el bachiller Sanson Carrasco nuestro compatrioto.

En esto volvió en sí el de los Espejos, lo cual visto por D. Quijote, le puso la punta de su espada encima del rostro, y le dijo: muerto sois, caballero, sinó confesais que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza á vuestra Casildéa de Vandália, y demás de esto habeis de prometer, si de esta contienda y caida quedáredes con vida, de ir á la ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que más en voluntad le viniere: y si os dejáre en la vuestra, asimismo habeis de volver á buscarme, que el rastro de mis hazañas os servirá de guia que os traiga donde yo estuviere, y á decirme lo que con ella hubiéredes pasado: condiciones que conforme á las que pusimos antes de nuestra batalla, no salen de los términos de la andante caballería. Confieso, dijo el caido caballero, que vale más el zapato descosido y súcio de la señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peinadas, aunque limpias de Casildéa, y prometo de ir y volver de su presencia á la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedís. ¡Tambien habeis de creer y confesar, añadió D. Quijote, que aquel caballero que vencistes no fué ni pudo ser D. Quijote de la Mancha, sino otro que se le parecia, como yo creo y confieso, que vos, aunque pareceis el bachiller Sanson Carrasco, no lo sois, sino otro que se le parece, y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento. Todo lo siento, juzgo y confieso, como vos lo sentís, juzgais y creeis, respondió el derrengado caballero: de-

jadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caida, que asaz maltrecho me tiene. Ayudóle á levantar D. Quijote y Tomé Cecial su escudero, del cual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas, cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decia; mas la aprehension que en Sancho habia hecho lo que su amo dijo de que los encantadores habian mudado la figura del caballero de los Espejos en la del bachiller Carrasco, no le dejaba dar crédito á la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente, se quedaron con este engaño amo y mozo, y el de los Espejos y su escudero mohínos y malandantes se apartaron de D. Quijote y Sancho con intencion de buscar algun lugar donde se bizmase el de los Espejos, y se le entablasen las costillas. D. Quijote y Sancho volvieron á proseguir su camino de Zaragoza, donde los deja la historia, por dar cuenta de quién era el caballero de los Espejos y su narigudo escudero.

En extremo contento, ufano y vanaglorioso iba D. Quijote por haber alcanzado vitoria de tan valiente caballero como él se imaginaba que era el de los Espejos, de cuya caballeresca palabra esperaba saber si el encantamiento de su señora pasaba adelante, pues era forzoso que el tal vencido caballero volviese, sopena de no serlo, á darle razon de lo que con ella le hubiese sucedido. Pero uno pensaba D. Quijote, y otro el de los Espejos, puesto que por entonces no era otro su pensamiento sino buscar donde bizmarse, como se ha dicho. Dice pues la historia, que cuando el bachiller Sanson Carrasco aconsejó á D. Quijote que volviese á proseguir sus dejadas caballerías, fué por haber entrado primera en bureo [9] con el cura y el barbero sobre qué medio se podria tomar para reducir á D. Quijote á que se estuviese en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras, de cuyo consejo salió por voto comun de todos y parecer particular de Carrasco, que dejasen salir á D. Quijote, pues el detenerle parecia imposible, y que Sanson le saliese al camino como caballero andante, y trabase batalla con él, pues no faltaria sobre qué, y le venciese, teniéndolo por cosa fácil, y que fuese pacto y concierto que el vencido quedase á merced del vencedor; y así vencido D. Quijote le habia de mandar el bachiller caballero se volviese á su pueblo y casa, y no saliese della en dos años, ó hasta tanto que por él le fuese mandada otra cosa, lo cual era claro que D. Quijote vencido cumpliria por no contravenir y faltar á las leyes de la caballería, y podria ser que en el tiempo de su reclusion se le olvidasen sus vanidades, ó se diese lugar de buscar á su locura algun conveniente remedio. Aceptólo Carrasco, y ofreciósele por escudero Tomé Cecial, compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y

9 En junta, en conferencia, en tratos con ellos.

de lúcios cascos. Armóse Sanson, como queda referido, y Tomé Cecial acomodó sobre sus naturales narices las falsas y de máscara ya dichas, porque no fuese conocido de su compadre cuando se viesen; y así siguieron el mismo viaje que llevaba D. Quijote, y llegaron casi á hallarse en la aventura del carro de la muerte, y finalmente dieron con ellos en el bosque donde le sucedió todo lo que el prudente lector ha visto; y sinó fuera por los pensamientos extraordinarios de D. Quijote, y que se dió á entender que el bachiller no era el bachiller, el señor bachiller quedára imposibilitado para siempre de graduarse de licenciado por no haber hallado nidos donde pensó hallar pájaros. Tomé Cecial, que vió cuán mal habia logrado sus deseos, y el mal paradero que habia tenido su camino, dijo al bachiller: por cierto, señor Sanson Carrasco, que tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las mas veces se sale della: D. Quijote loco, nosotros cuerdos, él se va sano y riendo, v. m. queda molido y triste. Sepamos pues ahora cuál es más loco ¿el que lo es por no poder ménos ó el que lo es por su voluntad? A lo que respondió Sanson: la diferencia que hay entre esos dos locos es, que el que lo es por fuerza lo será siempre, y el que lo es de grado lo dejará de ser cuando quisiere. Pues así es, dijo Tomé Cecial, yo fuí por mi voluntad loco cuando quise hacerme escudero de v. m., y por la misma quiero dejar de serlo y volverme á mi casa. Eso os cumple, respondió Sanson, porque pensar que yo hé de volver á la mia hasta haber molido á palos á D. Quijote, es pensar en lo excusado y no me llevará ahora á buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza, que el dolor grande de mis costillas no me deja hacer mas piadosos discursos. En esto fueron razonando los dos hasta que llegaron á un pueblo donde fué ventura hallar un algebrista [10] con quien se curó el Sanson desgraciado. Tomé Cecial se volvió y le dejó, y él quedó imaginando su venganza; y la historia vuelve á hablar dél á su tiempo por no dejar de regocijarse ahora con D. Quijote.

CAPITULO XIII.

De lo que sucedió á D. Quijote con un discreto caballero de la Mancha.

Con la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho, seguia Don Quijote su jornada, imaginándose por la pasada victoria ser el caballe-

10 El que profesa el arte de restituir á su lugar los huesos dislocados. La palabra *algebrista* viene de *algebrar*, que significaba en lenguaje antiguo *arte de curar los huesos rotos*.

ro andante más valiente que tenia en aquella ciudad el mundo: daba por acabadas y á felice fin conducidas cuantas aventuras pudiesen sucederle de allí adelante: tenia en poco á los encantos y á los encantadores, no se acordaba de los innumerables palos que en el discurso de sus caballerías le habian dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni del atrevimiento y llúvia de estacas de los yangüeses: finalmente decia entre sí, que si él hallára arte, modo ó manera como desencantar á su señora Dulcinea no envidiára á la mayor ventura que alcanzó ó pudo alcanzar el más venturoso caballero andante de los pasados siglos. En estas imaginaciones iba todo ocupado, cuando Sancho le dijo: ¿no es bueno, señor, que áun todavía traigo entre los ojos las desaforadas narices y mayores de marca de mi compadre Tomé Cecial? ¿Y crees tú, Sancho, por ventura que el caballero de los Espejos era el bachiller Carrasco, y su escudero Tomé Cecial tu compadre? No sé qué me diga á eso, respondió Sancho, solo sé que las señas que me dió de mi casa, mujer é hijos no me las podria dar otro que él mismo, y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Cecial, como yo se la hé visto muchas veces en mi pueblo y pared por medio de mi misma casa, y el tono de la habla era todo uno. Estemos á razon, Sancho, replicó D. Quijote: ven acá, ¿en qué consideracion puede caber que el bachiller Sanson Carrasco, viniese como caballero andante armado de armas ofensivas y defensivas para pelear conmigo? ¿hé sido yo su enemigo por ventura? ¿héle dado yo jamás ocasion para tenerme ojeriza? ¿soy yo su rival, ó hace él profesion de las armas para tener envídia á la fama que yo por ellas hé ganado? ¿Pues qué diremos, señor, respondió Sancho, á esto de parecerse tanto aquel caballero, sea el que se fuere, al bachiller Carrasco, y su escudero á Tomé Cecial mi compadre? Y si ello es encantamento, como v. m. ha dicho, ¿no habia en el mundo otros dos á quién se parecieran? Todo es artificio y traza, respondió D. Quijote, de los malignos magos que me persiguen, los cuales, anteviendo que yo habia de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el caballero vencido mostrase el rostro de mi amigo el bachiller, porque la amistad que le tengo se pusiese entre los filos de mi espada y su cuello, y templase la justa ira de mi corazon, y desta manera quedase con vida el que con embelecos y falsías procuraba quitarme la mia. Para prueba de lo cual ya sabes, ó Sancho, por experiencia que no te dejará engañar cuán fácil sea á los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo y de lo feo hermoso, pues ayer viste por tus mismos ojos la hermosura y gallardía de la sin par Dulcinea en toda su entereza y natural conformidad, y yo la ví en la fealdad y bajeza de una zafia labradora con cataratas en los ojos y con mal olor en la boca; y el

perverso encantador que se atrevió á hacer una trasformacion tan mala no es mucho que haya hecho la de Sanson Carrasco y la de tu compadre por quitarme la gloria del vencimiento de las manos; pero con todo esto me consuelo, porque en fin en cualquier figura que haya sido hé quedado vencedor de mi enemigo. Dios sabe la verdad de todo, respondió Sancho, y como él sabia que la trasformacion de Dulcinea habia sido traza y embeleco suyo, no le satisfacian las quimeras de su amo; pero no le quiso replicar por no decir alguna palabra que descubriese su embuste.

En estas razones estaban cuando los alcanzó un hombre que detras dellos por el mismo camino venia sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gaban [1], de paño fino verde gironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo, el aderezo de la yegua era de campo y de la gineta, asimismo de morado y verde; traia un alfanje morisco pendiente de un ancho tahalí de verde y oro, y los borceguíes eran de la labor del tahalí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barníz verde, tan tersas y bruñidas que por hacer labor con todo el vestido parecian mejor que si fueran de oro puro. Cuando llegó á ellos el caminante los saludó cortésmente, y picando á la yegua se pasaba de largo; pero D. Quijote le dijo: señor galán, si es que v. m. lleva el camino que nosotros, y no importa el darse priesa, merced recibiria en que nos fuésemos juntos. En verdad, respondió el de la yegua, que no me pasára tan de largo sinó fuera por temor que con la compañía de mi yegua no se alborotára ese caballo. Bien puede, señor, respondió Sancho, bien puede tener las riendas á su yegua, porque nuestro caballo es el más honesto y bien mirado del mundo; jamás en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna, y una vez que se desmandó á hacerla la lastamos [2], mi señor y yo con las setenas: digo otra vez que puede v. m. detenerse si quisiere, que aunque se la den entre dos platos, á buen seguro que el caballo no la arrostre. Tuvo la rienda el caminante admirándose de la apostura y rostro de D. Quijote, el cual iba sin celada, que la llevaba Sancho como maleta en el arzon delantero de la albarda del rúcio; y si mucho miraba el de lo verde á Don Quijote, mucho más miraba D. Quijote al de lo verde pareciéndole hombre de chapa: la edad mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas, y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave: finalmente en el traje y apostura daba á entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de D. Quijote de la Mancha el de lo verde fué, que seme-

1 Capote cerrado, con mangas y capilla, del que usaba y áun usa la gente que anda por el campo y los caminantes. 2 Esto es, la pagamos con las setenas, ó con el siete veces tanto.

jante manera ni parecer de hombre no le habia visto jamás: admiróle la longura de su caballo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademán y compostura, figura y retrato no visto por luengos tiempos atrás en aquella tierra. Notó bien D. Quijote la atencion con que el caminante le miraba, y leyóle en la suspension su deseo; y como era tan cortés y tan amigo de dar gusto á todos, antes que le preguntase nada le salió al camino diciéndole: esta figura que v. m. en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comunmente se usan, no me maravillaria yo de que le hubiese maravillado; pero dejará v. m. de estarlo cuando le diga, como le digo, que soy caballero destos que dicen las gentes que á sus aventuras van. Salí de mi patria, empeñé mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde más fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y há muchos dias que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome acá, y levantándome acullá, hé cumplido gran parte de mis deseos socorriendo viudas, amparando doncellas, y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio natural oficio de caballeros andantes; y así por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas hé merecido andar ya en estampas en casi todas ó las más naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras ó en una sola, digo que yo soy D. Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado *el caballero de la Triste Figura*; y puesto que las propias alabanzas envilecen, ésme forzoso decir yo tal vez las mias, y esto se entiende cuando no se halla presente quien las diga: asíque, señor gentilhombre, ni este caballo, ni esta lanza, ni este escudo, ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza os podrá admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quién soy y la profesion que hago.

Calló en diciendo esto D. Quijote, y el de lo verde segun se tardaba en responderle parecia que no acertaba á hacerlo; pero de allí á buen espacio le dijo: acertastes, señor caballero, á conocer por mi suspension mi deseo; pero no habeis acertado á quitarme la admiracion que en mí causa el haberos visto, que puesto que como vos, señor, decís el saber ya quién sois me la podria quitar, no ha sido así, antes ahora que lo sé quedo mas suspenso y maravillado. Cómo ¿y es posible que hay hoy caballeros andantes en el mundo, y que hay historias impresas de verdaderas caballerías? No me puedo persuadir que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huérfanos, y no lo creyera si en v. m. no lo hubiera visto con mis ojos. Bendito sea el cielo, que con esa historia que v. m.

dice que está impresa en sus altas y verdaderas caballerías se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros andantes de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias. Hay mucho que decir, respondió D. Quijote, en razon de si son fingidas ó no las historias de los andantes caballeros. ¿Pues hay quien dude, respondió el Verde, que no son falsas las tales historias? Yo lo dudo, respondió Don Quijote, y quédese esto aquí, que si nuestra jornada dura, espero en Dios de dar á entender á v. m. que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas. De esta última razon tomó barruntos el caminante de que D. Quijote debia de ser algun mentecato, y aguardaba que con otras lo confirmase; pero antes que se divirtiesen en otros razonamientos, D. Quijote le rogó le dijese quién era, pues él le habia dado parte de su condicion y de su vida. A lo que respondió él del Verde Gaban: yo, señor caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un lugar donde iremos á comer hoy si Dios fuere servido: soy más que medianamente rico, y es mi nombre D. Diego de Miranda: paso la vida con mi mujer, con mis hijos y con mis amigos: mis ejercicios son el de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcon ni galgos, sino algun perdigon manso ó algun huron atrevido: tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latin, de historia algunos, y de devocion otros: los de caballerías áun no han entrado por los umbrales de mis puertas, hojeo más los que son profanos que los devotos como sean de honesto entretenimiento, que deleiten con el lenguaje, admiren y suspendan con la invencion, puesto que destos hay muy pocos en España. Alguna vez como con mis vecinos y amigos, y muchas veces los convido: son mis convites limpios y aseados, y nada escasos: ni gusto de murmurar ni consiento que delante de mí se murmure: no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros: oigo misa cada dia: reparto de mis bienes con los pobres, sin hacer alarde de las buenas obras por no dar entrada en mi corazon á la hipocresía y vanagloria, enemigos que blandamente se apoderan del corazon más recatado: procuro poner en paz á los que sé que estan desavenidos, soy devoto de nuestra Señora, y confio siempre en la misericordia infinita de Dios nuestro Señor. Atentísimo estuvo Sancho á la relacion de la vida y entretenimientos del hidalgo; y pareciéndole buena y santa, y que quien la hacía debia de hacer milagros, se arrojó del rúcio, y con gran priesa le fué á asír del estribo derecho, y con devoto corazon y casi con lágrimas le besó los piés una y muchas veces. Visto lo cual por el hidalgo le preguntó: ¿qué haceis, hermano? ¿qué besos son estos? Déjenme besar, respondió Sancho, porque me parece v. m. el primer santo á la gineta que

hé visto en todos los dias de mi vida. No soy santo, respondió el hidalgo, sino gran pecador; vos sí hermano, que debeis de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra. Volvió Sancho á cobrar la albarda, habiendo sacado á plaza la risa de la profunda melancolía de su amo, y causado nueva admiracion á D. Diego. Preguntóle D. Quijote que cuantos hijos tenia, y díjole que una de las cosas en que ponian el sumo bien los antíguos filósofos, que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fué en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener muchos y buenos hijos. Yo, Sr. D. Quijote, respondió el hidalgo, tengo un hijo, que á no tenerle quizá me juzgára por más dichoso de lo que soy, y no porque él sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera. Será de edad de diez y ocho años: los seis há estado en Salamanca aprendiendo las lenguas latina y griega, y cuando quise que pasase á estudiar otras ciencias, halléle tan embebido en la de la poesía (si es que se puede llamar ciencia), que no es posible hacerle arrostrar la de las leyes, que yo quisiera que estudiára, ni de la reina de todas, la teología. Quisiera yo que fuera corona de su linaje, pues vivimos en siglos donde nuestros reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras, porque letras sin virtud son perlas en el muladar. Todo el dia se le pasa en averiguar si dijo bien ó mal Homero en tal verso de la Ilíada, si Marcial anduvo deshonesto ó no en tal epígrama, si se han de entender de una manera ú otra tales y tales versos de Virgílio: en fin, todas sus conversaciones son con los libros de los referidos poetas, y con los de Horácio, Pérsio, Juvenal y Tíbulo; que de los modernos romancistas no hace mucha cuenta; y con todo el mal cariño que muestra tener á la poesía de romance, le tiene ahora desvanecidos lo s pensamientos el hacer una glosa á cuatro versos que le han enviado de Salamanca, y pienso que son de justa literaria.

A todo lo cual respondió D. Quijote: los hijos, señor, son pedazos de las entrañas de sus padres, y así se han de querer ó buenos ó malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida: á los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los pasos de la virtud, de la buena crianza y de las buenas y cristianas costumbres, para que cuando grandes sean báculo de la vejez de sus padres y gloria de su posteridad; y en lo de forzarles que estudien esta ó aquella ciencia no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso: y cuando no se há de estudiar para *pane lucrando* [3], siendo tan venturoso el estudiante que le dió el cielo padres que se lo dejen, seria yo de parecer que le dejen seguir aquella ciencia á que más le vieren inclinado: y aunque la de la poesía es ménos útil que deleitable, no es de aquellas que suelen

3 Para ganar el pan de cada dia.

deshonrar á quien las posee. La poesía, señor hidalgo, á mi parecer es como una doncella tierna, de poca edad y en todo extremo hermosa, á quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella; pero esta tal doncella no quiere ser manoseada, ni traida por las calles, ni publicada por las esquinas de las plazas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquímia de tal virtud, que quien la sabe tratar la volverá en oro purísimo de inestimable precio: hála de tener el que la tuviere á raya, no dejándola correr en torpes sátiras ni en desalmados sonetos: no há de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuere en poemas heróicos, en lamentables tragédias, ó en comédias alegres y artificiosas: no se ha de dejar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penseis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente á la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en número de vulgo; y así el que con los requisitos que hé dicho tratáre y tuviere á la poesía será famoso y estimado en todas las naciones políticas del mundo. Y á lo que decís, señor, que vuestro hijo no estima mucho la poesía de romance, dóime á entender que no anda muy acertado en ello, y la razon es esta; el grande Homero no escribió en latin, porque era griego, ni Virgílio escribió en griego, porque era latino. En resolucion, todos los poetas antíguos escribieron en la lengua que mamaron en la leche, y no fueron á buscar las extranjeras para declarar la alteza de sus conceptos: y siendo esto así, razon seria se extendiese esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimase al poeta aleman porque escribe en su lengua, ni al castellano, ni áun al vizcaino que escribe en la suya; pero vuestro hijo, á lo que yo, señor, imagino, no debe de estar mal con la poesía de romance, sino con los poetas que son meros romancistas, sin saber otras lenguas ni otras ciencias que adornen, despierten y ayuden á su natural impulso; y áun en esto puede haber yerro, porque segun es opinion verdadera, el poeta nace: quieren decir, que del vientre de su madre el poeta sale poeta, y con aquella inclinacion que le dió el cielo, sin más estudio ni artificio compone cosas que hace verdadero al que dijo: *est Deus in nobis*, etc. Tambien digo, que el natural poeta que se ayudáre del arte será mucho mejor y se aventajará al poeta que solo por saber el arte quisiere serlo. La razon es, porque el arte no se aventaja á la naturaleza, sino perficiónala: así que mezcladas la naturaleza y el arte, sacarán un perfectísimo poeta. Sea pues la conclusion de mi plática, señor hidalgo, que v. m. deje caminar á su hijo por donde su estrella le llama, que

siendo él tan buen estudiante como debe de ser, y habiendo ya subido felicemente el primer escalon de las ciencias, que es el de las lenguas, con ellas subirá á la cumbre de las letras humanas, las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen como las mitras á los obispos, ó como las garnachas á los peritos jurisconsultos. Riña v. m. á su hijo si hiciere sátiras que perjudiquen las honras ajenas, castíguele y rómpaselas; pero si hiciere sermones al modo de Horácio, donde reprenda los vicios en general, como tan elegantemente él lo hizo, alábele, porque lícito es al poeta escribir contra la envídia, y decir en sus versos mal de los envidiosos, y así de los otros vicios, con que no señale persona alguna; pero hay poetas que á trueco de decir una malícia se pondrán á peligro que los destierren á las islas del Ponto. Si el poeta fuere casto en sus costumbres lo será tambien en sus versos: la pluma es lengua del alma: cuáles fueren los conceptos que en ella se engendráren, tales serán sus escritos: y cuando los reyes y príncipes ven la milagrosa ciencia de la poesía en sujetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman, los enriquecen, y áun los coronan con las hojas del árbol [4] á quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus sienes.

Admirado quedó el del Verde Gaban del razonamiento de D. Quijote, y tanto, que este fué perdiendo de la opinion que con él tenia de ser mentecato. Pero Sancho, por no ser muy de su gusto esta plática, á la mitad de ella se habia desviado del camino á pedir un poco de leche á unos pastores que allí junto estaban ordeñando unas ovejas: y en esto ya volvia á renovar la plática el hidalgo, satisfecho en extremo de la discrecion y buen discurso de D. Quijote, cuando alzando D. Quijote la cabeza vió que por el camino por donde ellos iban venia un carro lleno de banderas reales; y creyendo que debia de ser alguna nueva aventura, á grandes voces llamó á Sancho que viniese á darle la celada: el cual oyéndose llamar dejó á los pastores, y á toda priesa picó al rúcio, y llegó donde su amo estaba, á quien sucedió una espantosa y desatinada aventura.

CAPITULO XIV.

Donde se declara el último punto y extremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de D. Quijote, con la felicemente acabada aventura de los leones.

Cuenta la historia, que cuando D. Quijote daba voces á Sancho que le trujese el yelmo, estaba él comprando unos requesones que los pas-

4 El laurel, al que segun los antiguos no le ofendia el rayo.

tores le vendian, y acosado de la mucha priesa de su amo no supo qué hacer dellos ni en qué traerlos, y por no perderlos, que ya los tenia pagados, acordó de echarlos en la celada de su señor, y con este buen recado volvió á ver lo que le queria, el cual en llegando le dijo: dame, amigo, esa celada, que yo sé poco de aventuras, ó lo que allí descubro es alguna que me há de necesitar y me necesita á tomar mis armas. El del Verde Gaban, que esto oyó, tendió la vista por todas partes, y no descubrió otra cosa que un carro que hácia ellos venia con dos ó tres banderas pequeñas, que le dieron á entender que el tal carro debia de traer moneda de su Majestad, y así se lo dijo á D. Quijote; pero él no le dió crédito, siempre creyendo y pensando que todo lo que le sucediese habian de ser aventuras y mas aventuras, y así respondió al hidalgo: hombre apercebido medio combatido: no se pierde nada en que yo me aperciba, que sé por experiencia que tengo enemigos visibles é invisibles, y no sé cuándo, ni adónde, ni en qué tiempo, ni en qué figuras me han de acometer; y volviéndose á Sancho le pidió la celada, al cual, como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fué forzoso dársela como estaba. Tomóla D. Quijote, y sin que echase de ver lo que dentro venia, con toda priesa se la encajó en la cabeza; y como los requesones se apretaron y exprimieron comenzó á correr el suero por todo el rostro y barbas de D. Quijote, de lo que recibió tal susto que dijo á Sancho: ¿qué será esto, Sancho, que parece que se me ablandan los cascos, ó se me derriten los sesos, ó que sudo de los piés á la cabeza? y si es que sudo, en verdad que no es de miedo: sin duda creo que es terrible la aventura que ahora quiere sucederme: dame si tienes con qué me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos. Calló Sancho y dióle un paño y dió con él gracias á Dios de que su señor no hubiese caido en el caso. Limpióse D. Quijote, y quitóse la celada por ver qué cosa era la que á su parecer le enfriaba la cabeza, y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada las llegó á las narices, y en oliéndolas, dijo: por vida de mi señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aquí me has puesto, traidor, bergante y mal mirado escudero. A lo que con gran flema y disimulacion respondió Sancho: si son requesones démelos v. m. que yo me los comeré; pero cómalos el diablo, que debió de ser el que ahí los puso. ¿Yo habia de tener atrevimiento de ensuciar el yelmo de v. m.? Halládole habeis el atrevido. Á la fé, señor, á lo que Dios me dá á entender, tambien debo yo de tener encantadores que me persiguen como á hechura y miembro de v. m.; y habrán puesto ahí esa inmundicia para mover á cólera su paciencia, y hacer que me muela como suele las costillas: pues en verdad que esta vez han dado salto en vago, que yo confio en el buen discurso de mi señor, que habrá considerado que ni yo tengo requesones ni leche, ni otra cosa que lo valga;

y que si la tuviera, ántes la pusiera en mi estómago que en la celada. Todo puede ser, dijo D. Quijote; y todo lo miraba el hidalgo, y de todo se admiraba, especialmente cuando despues de haberse limpiado D. Quijote cabeza, rostro, barbas y celada, se la encajó, y afirmándose bien en los estribos, requiriendo la espada y asiendo la lanza, dijo: ahora venga lo que viniere que aquí estoy con ánimo de tomarme con el mismo Satanás en persona. Llegó en esto el carro de las banderas, en el cual no venia otra gente que el carretero en las mulas y un hombre sentado en la delantera.

Púsose D. Quijote delante y díjo: ¿adónde vais, hermanos? ¿qué carro es este? ¿qué llevais en él? y ¿qué banderas son aquestas? A lo que respondió el carretero: el carro es mio, lo que va en él son dos bravos leones enjaulados, que el general de Orán envia á la córte presentados á su Majestad, las banderas son del rey nuestro señor en señal que aquí va cosa suya. ¿Y son grandes, los leones? preguntó D. Quijote: tan grandes, respondió el hombre que iba á la puerta del carro, que no han pasado mayores de Africa á España jamás, y yo soy el leonero, y hé pasado otros, pero como estos ninguno: son hembra y macho, el macho va en esta jaula primera y la hembra en la de atrás, y ahora van hambrientos porque no han comido hoy, y así v. m. se desvíe, que es menester llegar presto donde les demos de comer. Á lo que dijo D. Quijote sonriéndose un poco: ¿leoncitos á mí? ¿á mí leoncitos, y á tales horas? pues por Dios que han de ver esos señores que acá los envian, si soy yo hombre que se espanta de leones. Apeaos, buen hombre, y pues sois el leonero, abrid esas jaulas, y echadme esas bestias fuera, que en mitad desta campaña les daré á conocer quién es D. Quijote de la Mancha á despecho y pesar de los encantadores que á mí los envian. Ta, ta, dijo á esta sazon entre sí el hidalgo, dado há señal de quien es nuestro buen caballero: los requesones sin duda le han ablandado los cascos y madurado los sesos. Llegóse en esto á él Sancho y díjole: señor, por quien Dios es que v. m. haga de manera que mi Sr. D. Quijote no se tome con estos leones, que si se toma, aquí nos han de hacer pedazos á todos. ¿Pues tan loco es vuestro amo, respondió el hidalgo, que temeis y creeis que se há de tomar con tan fieros animales? No es loco, respondió Sancho, sino atrevido. Yo haré que no lo sea, replicó el hidalgo; y llegándose á D. Quijote que estaba dando priesa al leonero que abriese las jaulas, le dijo: señor caballero, los caballeros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperanza de salir bien dellas; y no aquellas que de todo en todo la quitan, porque la valentía que se entra en la jurisdiccion de la temeridad, más tiene de locura que de fortaleza, cuanto más que estos leones no vienen contra v. m., ni lo sueñan, van presentados á su

Majestad, y no será bien detenerlos ni impedirles su viaje. Váyase v. m., señor hidalgo, respondió D. Quijote, á entender con su perdigon manso y con su huron atrevido, y deje á cada uno hacer su oficio: este es el mio, y yo sé si vienen á mí ó nó estos señores leones; y volviéndose al leonero le dijo: voto á tal don bellaco, que sinó abrís luego luego las jaulas, que con esta lanza os hé de coser con el carro. El carretero, que vió la determinacion de aquella armada fantasma, le dijo: señor mio, v. m. sea servido por caridad dejarme desuncir las mulas, y ponerme en salvo con ellas antes que se suelten los leones, porque si me las matan quedaré rematado para toda mi vida, que no tengo otra hacienda sino este carro y estas mulas. Oh hombre de poca fé, respondió D. Quijote: apéate y desunce, y haz lo que quisieres, que presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar desta diligencia. Apeóse el carretero, desuncio á gran priesa, y el leonero dijo á grandes voces: séanme testigos cuantos aquí están como contra mi voluntad y forzado abro las jaulas y suelto los leones, y de que protesto á este señor, que todo el mal y daño que estas bestias hicieren corra y vaya por su cuenta, con más mis salarios y derechos. Vs. ms., señores, se pongan en cobro ántes que abra, que yo seguro estoy que no me han de hacer daño. Otra vez le persuadió el hidalgo que no hiciese locura semejante, que era tentar á Dios acometer tal disparate. Á lo que respondió D. Quijote que él sabia lo que hacia. Respondióle el hidalgo que lo mirase bien, que él entendia que se engañaba. Ahora, señor, replicó D. Quijote, si v. m. no quiere ser espectador desta, que á su parecer há de ser tragédia, pique la tordilla y póngase en salvo. Oido lo cual por Sancho, con lágrimas en los ojos le suplicó desistiese de tal empresa, en cuya comparacion habian sido tortas y pan pintado la de los molinos de viento, la temerosa de los batanes, y finalmente todas las hazañas que habia acometido en todo el discurso de su vida. Mire, señor, decia Sancho, que aquí no hay encanto ni cosa que lo valga; que yo hé visto por entre las verjas y resquícios de la jaula una uña de leon verdadero, y saco por ella que el tal leon, cuya debe de ser la tal uña, es mayor que una montaña. El miedo á lo ménos, respondió D. Quijote, te le hará parecer mayor que la mitad del mundo. Retírate Sancho, y déjame, y si aquí muriere, ya sabes nuestro antiguo concierto, acudirás á Dulcinea, y no te digo más. Á estas añadió otras razones con que quitó las esperanzas de que no habia de dejar de proseguir su desvariado intento. Quisiera el del Verde Gaban oponérsele; pero vióse desigual en las armas, y no le pareció cordura tomarse con un loco, que ya se lo habia parecido de todo punto D. Quijote, el cual volviendo á dar priesa al leonero, y á reiterar las amenazas, dió ocasion al hidalgo á que picase la yegua, y San-

cho al rúcio, y el carretero á sus mulas, procurando todos apartarse del carro lo más que pudiesen antes que los leones se desembanastasen. Lloraba Sancho la muerte de su señor, que aquella vez sin duda creia que llegaba en las garras de los leones: maldecia su ventura, y llamaba menguada la hora en que le vino al pensamiento volver á servirle; pero no por llorar y lamentarse dejaba de aporrear al rúcio para que se alejase del carro. Viendo pues el leonero que ya los que iban huyendo estaban bien desviados, tornó á requerir y á intimar á Don Quijote lo que ya le habia requerido é intimado, el cual respondió que lo oia, y que no se curase de más intimaciones y requirimientos, que todo seria de poco fruto, y que se diese priesa.

En el espacio que tardó el leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando D. Quijote si sería bien hacer la batalla antes á pié que á caballo, y en fin se determinó de hacerla á pié, temiendo que Rocinante se espantaria con la vista de los leones; por esto saltó del caballo, arrojó la lanza, embrazó el escudo, y desenvainando la espada, paso ante paso con maravilloso denuedo y corazon valiente se fué á poner delante del carro, encomendándose á Dios de todo corazon, y luego á su señora Dulcinea. El leonero, viendo preparado ya á D. Quijote y que no podia dejar de soltar al leon macho so pena de caer en la desgrácia del indignado y atrevido caballero, abrió de par en par la primera jaula donde estaba, como se há dicho, el leon, el cual le pareció de grandeza extraordinaria y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fué revolverse en la jaula donde venia echado y tender la garra, y desperezarse todo; abrió luego la boca y bostezó muy despacio, y con casi dos palmos de lengua que sacó fuera se despolvoreó los ojos y se lavó el rostro: hecho esto sacó la cabeza fuera de la jaula y miró á todas partes con los ojos hechos brasas, vista y ademan para poner espanto á la misma temeridad. Solo D. Quijote lo miraba atentamente, deseando que saltase ya del carro y viniese con él á las manos, entre las cuales pensaba hacerle pedazos. Hasta aquí llegó el extremo de su jamás vista locura; pero el generoso leon, más comedido que arrogante, no haciendo caso de niñerías ni de bravatas, despues de haber mirado á una y á otra parte, como se há dicho, volvió las espaldas y enseñó sus traseras partes á D. Quijote, y con gran flema y remanso se volvió á echar en la jaula: viendo lo cual D. Quijote mandó al leonero que le diese de palos y le irritase para echarle fuera. Eso no haré yo, respondió el leonero, porque si yo le instigo, á quien primero hará pedazos será á mí mismo. V. m., señor caballero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede decirse en género de valentía, y no quiera tentar segunda fortuna: el leon tiene abierta la puerta: en su mano está el salir ó no salir; pero pues no há salido hasta ahora, no saldrá en todo el dia; la grandeza del corazon

de v. m. ya está bien declarada; ningun bravo peleante, segun á mí se me alcanza, está obligado á más que á desafiar á su enemigo y esperarle en campaña; y si el contrario no acude, en él se queda la infámia, y el esperante gana la corona del vencimiento. Así es verdad, respondió D. Quijote; cierra, amigo, la puerta, y dame por testimonio en la mejor forma que pudiéres lo que aquí me has visto hacer; conviene á saber, como tú abriste al leon, yo le esperé, él no salió, volvíle á esperar, volvió á no salir, y volvióse á acostar. No debo más, y encantos afuera, y Dios ayude á la razon, á la verdad, y á la verdadera caballería, y cierra como hé dicho, en tanto que hago señas á los huidos y á los ausentes para que sepan de tu boca esta hazaña. Hízolo así el leonero, y D. Quijote poniendo en la punta de la lanza el lienzo con que se habia limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, comenzó á llamar á los que no dejaban de huir ni de volver la cabeza á cada paso, todos en tropa y antecogidos del hidalgo; pero alcanzando Sancho á ver la señal del blanco paño dijo: que me maten si mi señor no ha vencido á las fieras bestias, pues nos llama. Detuviéronse todos, y conocieron que el que hacía las señas era D. Quijote: y perdiendo alguna parte del miedo, poco á poco se vinieron acercando hasta donde claramente oyeron las voces de D. Quijote que los llamaba. Finalmente, volvieron al carro, y en llegando dijo D. Quijote al carretero: volved, hermano, á uncir vuestras mulas y á proseguir vuestro viaje; y tú, Sancho, dále dos escudos de oro para él y para el leonero en recompensa de lo que por mí se han detenido. Esos daré yo de muy buena gana, respondió Sancho; pero ¿qué se han hecho los leones? ¿son muertos ó vivos? Entonces el leonero menudamente y por sus pausas contó el fin de la contienda, exagerando como él mejor pudo y supo el valor de D. Quijote, de cuya vista el leon acobardado no quiso ni osó salir de la jaula, puesto que habia tenido un buen espacio abierta la puerta, y que por haber él dicho á aquel caballero que era tentar á Dios irritar al leon para que por fuerza saliese, como él queria que se irritase, mal de su grado y contra toda su voluntad habia permitido que la puerta se cerrase. ¿Qué te parece desto, Sancho? dijo D. Quijote; ¿hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? bien podrán los encantadores quitarme la ventura: pero el esfuerzo y el ánimo será imposible. Dió los escudos Sancho, unció el carretero, besó las manos el leonero á D. Quijote por la merced recibida, y prometióle de contar aquella valerosa hazaña al mismo rey cuando en la córte se viese. Pues si acaso su Majestad preguntáre quién la hizo, diréisle que el CABALLERO DE LOS LEONES: que de aquí adelante quiero que en este se trueque, cambie, vuelva y mude el que hasta aquí hé tenido del *caballero de la Triste Figura*; y en esto sigo la antígua usanza de los andantes caballeros, que

se mudaban los nombres cuando querian ó cuando les venia á cuento.

Siguió su camino el carro, y D. Quijote, Sancho y el del Verde Gaban prosiguieron el suyo. En todo este tiempo no habia hablado palabra D. Diego de Miranda, todo atento á mirar y á notar los hechos y palabras de D. Quijote, pareciéndole que era un cuerdo loco y un loco que tiraba á cuerdo. No habia áun llegado á su noticia la primera parte de su historia, que si la hubiera leido cesára la admiracion en que lo ponian sus hechos y palabras, pues ya supiera el género de su locura; pero como no la sabía, ya le tenia por cuerdo y ya por loco, porque lo que hablaba era concertado, elegante y bien dicho, y lo que hacia disparatado, temerario y tonto; y decia entre sí: ¿qué más locura puede ser que ponerse la celada llena de requesones, y darse á entender que le ablandaban los cascos los encantadores? ¿y qué mayor temeridad y disparate que querer pelear por fuerza con leones? Destas imaginaciones y deste soliloquio le sacó D. Quijote, diciéndole: ¿quién duda, señor D. Diego de Miranda, que v. m. no me tenga en su opinion por un hombre disparatado y loco? y no sería mucho que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa; pues con todo esto quiero que v. m. advierta que no soy tan loco ni tan menguado como debo de haberle parecido. Bien parece un gallardo caballero á los ojos de su rey en la mitad de una gran plaza dar una lanzada con felice suceso á un bravo toro: bien parece un caballero armado de resplandecientes armas pasar la tela [1] en alegres justas delante de las damas: y bien parecen todos aquellos caballeros que en ejercicios militares, ó que lo parezcan, entretienen y alegran, y si se puede decir, honran las córtes de sus príncipes; pero sobre todos estos parece mejor un caballero andante que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas y por los montes anda buscando peligrosas aventuras con intencion de darles dichosa y bien afortunada cima, solo por alcanzar fama gloriosa y duradera. Mejor parece, digo, un caballero andante socorriendo á una viuda en algun despoblado, que un cortesano caballero requebrando á una doncella en las ciudades. Todos los caballeros tienen sus particulares ejercicios; sirva á las damas el cortesano, autorice la córte de su rey con libreas, sustente los caballeros pobres con el espléndido plato de su mesa, concierte justas [2], mantenga torneos y muéstrese grande, liberal, magnífico, y buen cristiano sobre todo, y desta manera cum-

1 La tela era un sitio cerrado y dispuesto para fiesta y fides públicas y otros espectaculos, como justas, torneos, juegos de cañas y sortija. La de Madrid estaba fuera de la puerta de Segovia, entre ella y el rio, cuyo nombre se conserva todavia. 2 El juego ó ejercicio festivo de caballeros, en que á modo de alarde ó simulacro ejecutaban las acciones del combate. En la *justa* peleaban uno á uno, en el *torneo* en cuadrilla. *Mantener el torneo* es ser el principal en la fiesta, el mantenedor de ella.

plirá con sus precisas obligaciones; pero el andante caballero busque los rincones del mundo, éntrese en los más intrincados laberintos, acometa á cada paso lo imposible, resista en los páramos despoblados los ardientes rayos del sol en la mitad del verano, y en el invierno la dura inclemencia de los vientos y de los hielos: no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni atemoricen endríagos; que buscar estos, acometer aquellos y vencerlos á todos, son sus principales y verdaderos ejercicios. Yo, pues, como me cupo en suerte ser uno del número de la andante caballería, no puedo dejar de acometer todo aquello que á mí me pareciere que cae debajo de la jurisdiccion de mis ejercicios; y así el acometer los leones que ahora acometí, derechamente me tocaba, puesto que conocí ser temeridad exorbitante; porque bien sé lo que es valentía, que es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad; pero ménos mal será que el que es valiente toque y suba al punto de temerario, que no que baje y toque en el punto de cobarde: que así como es más fácil venir el pródigo á ser liberal que el avaro, así es más fácil dar el temerario en verdadero valiente, que no el cobarde subir á la verdadera valentía; y en esto de acometer aventuras, créame v. m., Sr. D. Diego, que ántes se há de perder por carta de más que de ménos, porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen: el tal caballero es temerario y atrevido, que no el tal caballero es tímido y cobarde. Digo, Sr. D. Quijote, respondió Don Diego, que todo lo que v. m. há dicho y hecho va nivelado con el fiel de la misma razon, y que entiendo que si las ordenanzas y leyes de la caballería andante se perdiesen, se hallarian en el pecho de v. m. como en su mismo depósito y archivo; y démonos priesa, que se hace tarde, y lleguemos á mi aldea y casa, donde descansará v. m. del pasado trabajo, que sinó há sido del cuerpo, há sido del espíritu, que suele tal vez redundar en cansancio del cuerpo. Tengo el ofrecimiento á gran favor y merced, Sr. D. Diego, respondió D. Quijote; y picando más de lo que hasta entonces, serian como las dos de la tarde cuando llegaron á la aldea y á la casa de D. Diego, á quien D. Quijote llamaba el *caballero del Verde Gaban*.

CAPITULO XV.

De lo que sucedió á D. Quijote en el castillo ó casa del caballero del Verde Gaban, con otras cosas extravagantes.

Halló D. Quijote, ser la casa de D. Diego de Miranda ancha como de aldea, las armas empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle, la bodega en el patio, la cueva en el portal, y muchas tinajas á la redonda, que por ser del Toboso le renovaron las memorias

de su encantada y trasformada Dulcinea, y sospirando y sin mirar lo que decia, ni delante de quien estaba, dijo:

¡O dulces prendas, por mí mal halladas!
Dulces y alegres cuando Dios queria.

¡Oh tobosescas tinajas, que me habeis traido á la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura! Oyóle decir esto el estudiante poeta, hijo de D. Diego, que con su madre habia salido á recibirle, y madre é hijo quedaron suspensos de ver la extraña figura de D. Quijote, el cual apeándose de Rocinante fué con mucha cortesía á pedirle las manos para besárselas, y D. Diego dijo: recibid, señora, con vuestro sólito agrado al Sr. D. Quijote de la Mancha, que es el que teneis delante, andante caballero, y el más valiente y el más discreto que tiene el mundo. La señora, que Doña Cristina se llamaba, le recibió con muestras de mucho amor y de mucha cortesía, y D. Quijote se le ofreció con asaz de discretas y comedidas razones. Casi los mismos comedimientos pasó con el estudiante, que en oyéndole hablar D. Quijote le tuvo por discreto y agudo. Entraron á D. Quijote en una sala, desarmóle Sancho, quedó en valones [1] y en jubon de camuza, todo bisunto con la mugre de las armas: el cuello era valona á lo estudiantil sin almidon y sin randas, los borceguíes eran datilados [2] y encerados los zapatos. Ciñóse su buena espada, que pendia de un tahalí de lobos marinos: que es opinion que muchos años fué enfermo de los riñones: cubrióse un herreruelo de buen paño pardo; pero ántes de todo, con cinco calderos ó seis de agua (que en la cantidad de los calderos hay alguna diferencia) se lavó la cabeza y rostro, y todavía se quedó el agua de color de suero; merced á la golosina de Sancho y á la compra de sus negros requesones, que tan blanco pusieron á su amo. Con los referidos atavios y con gentil donáire y gallardía salió D. Quijote á otra sala donde el estudiante le estaba esperando para entretenerle en tanto que las mesas se ponian; que por la venida de tan noble huésped queria la señora Doña Cristina mostrar que sabía y podía regalar á los que á su casa llegasen.

En tanto que D. Quijote se estuvo desarmando tuvo lugar D. Lorenzo (que así se llamaba el hijo de D. Diego) de decir á su padre: ¿quién diremos, señor, que es este caballero que v. m. nos ha traido á casa? que el nombre, la figura y el decir que es caballero andante, á mí y á mi madre nos tiene suspensos. No sé lo que te diga, hijo, respondió D. Diego: solo te sabré decir que le hé visto hacer cosas del mayor lo-

1 En zaragüelles, ó gregüescos, al uso de los Walones. 2 De color de dátil.

co del mundo, y decir razones tan discretas, que borran y deshacen sus hechos: háblale tú, y toma el pulso á lo que sabe, y pues eres discreto juzga de su discrecion ó tontería lo que más puesto en razon estuviere, aunque para decir verdad, antes le tengo por loco que por cuerdo. Con esto se fué D. Lorenzo á entretener á D. Quijote, como queda dicho, y entre otras pláticas que los dos pasaron dijo D. Quijote á D. Lorenzo: el Sr. D. Diego de Miranda, padre de v. m., me ha dado noticia de la rara habilidad y sutil ingenio que v. m. tiene, y sobre todo que es v. m. un gran poeta. Poeta bien podrá ser, respondió D. Lorenzo, pero grande, ni por pensamiento: verdad es que yo soy algun tanto aficionado á la poesía y á leer los buenos poetas; pero no de manera que se me pueda dar el nombre de grande que mi padre dice. No me parece mal esa humildad, respondió D. Quijote, porque no hay poeta que no sea arrogante, y piense de sí que es el mayor poeta del mundo. No hay regla sin excepcion, respondió D. Lorenzo, y alguno habrá que lo sea y no lo piense. Pocos, respondió D. Quijote; pero dígame v. m. ¿qué versos son los que ahora trae entre manos que me há dicho el señor su padre que le traen algo inquieto y pensativo? Y si es alguna glosa, á mí se me entiende algo de achaque de glosas, y holgaría saberlos; y si es que son de justa literaria, procure v. m. llevar el segundo premio, que el primero siempre se lleva el favor ó la gran calidad de la persona, el segundo se le lleva la mera justicia, y el tercero viene á ser segundo, y el primero á esta cuenta será el tercero, al modo de las licencias que se dán en las universidades; pero con todo esto, gran personaje es el nombre de primero. Hasta ahora, dijo entre sí D. Lorenzo, no os podré yo juzgar por loco, vamos adelante, y díjole: paréceme que v. m. ha cursado las escuelas; ¿qué ciencias há oido? La de la caballería andante, respondió D. Quijote, que es tan buena como la de la poesía, y áun dos deditos más. No sé qué ciencia sea esa, replicó D. Lorenzo, y hasta ahora no há llegado á mi noticia. Es una ciencia, replicó D. Quijote, que encierra en sí todas ó las más ciencias del mundo, á causa que el que la profesa há de ser jurisperito, y saber las leyes de la justicia distributiva y conmutativa, para dar á cada uno lo que es suyo y lo que le conviene: há de ser teólogo para saber dar razon clara y distintamente, adonde quiera que le fuere pedido de la cristiana ley que profesa: há de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las yerbas que tienen virtud de sanar las heridas, que no há de andar el caballero andante á cada triquete [3] buscando quien se las cure: há de ser astrólogo para conocer por las estrellas cuantas horas son

3 A cada momento, á cada paso.

pasadas de la noche, y en qué parte y en qué clima del mundo se halla: há de saber las matemáticas, porque á cada paso se le ofrecerá tener necesidad de ellas; y dejando aparte que ha de estar adornado de todas las virtudes teologales y cardinales, decendiendo á otras menudencias, digo, que há de saber nadar, como dicen que nadaba el peje Nicolás ó Nicolao: há de saber herrar un caballo, y aderezar la silla y el freno: y volviendo á lo de arriba, há de guardar fé á Dios y á su dama: há de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y finalmente mantenedor de la verdad aunque le cueste la vida el defenderla. De todas estas grandes y mínimas partes se compone un buen caballero andante, porque vea v. m., Sr. D. Lorenzo, si es ciencia mocosa [4] la que aprende el caballero que la estúdia y la profesa, y si se puede igualar á las más estiradas [5] que en los gimnasios y escuelas se enseñan. Si eso es así, replicó D. Lorenzo, yo digo que se aventaja esa ciencia á todas. ¿Cómo si es así? respondió D. Quijote. Lo que yo quiero decir, dijo D. Lorenzo, es que dudo que haya habido ni que los haya ahora caballeros andantes y adornados de virtudes tantas. Muchas veces hé dicho lo que vuelvo á decir ahora, respondió D. Quijote, que la mayor parte de la gente del mundo está de parecer de que no há habido en él caballeros andantes; y por parecerme á mí que, si el cielo milagrosamente no les dá á entender la verdad de que los hubo y de que los hay, cualquier trabajo que se tome há de ser en vano, como muchas veces me lo há mostrado la experiencia, no quiero detenerme ahora en sacar á v. m. del error que con los muchos tiene: lo que pienso hacer es rogar al cielo le saque dél, y le dé á entender cuán provechosos y cuán necesarios fueron al mundo los caballeros andantes en los pasados siglos, y cuán útiles fueran en el presente si se usáran; pero triunfan ahora por pecados de las gentes la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo. Escapado se nos há nuestro huésped, dijo á esta sazon entre sí D. Lorenzo; pero con todo eso él es loco bizarro, y yo seria mentecato flojo si así no lo creyese.

Aquí dieron fin á su plática porque los llamaron á comer. Preguntó D. Diego á su hijo qué habia sacado en limpio del ingenio del huésped. A lo que él respondió: no le sacarán del borrador de su locura cuantos médicos y buenos escribanos tiene el mundo: él es un entreverado loco lleno de lúcidos intervalos. Fuéronse á comer, y la comida fué tal como D. Diego habia dicho en el camino que la solia dar á sus convidados, limpia, abundante y sabrosa; pero de lo que más se contentó D. Quijote fué del maravilloso silencio que en toda la casa habia, que

4 Esto es, *pueril, fútil ó de poca monta.* 5 Esto es, á las más sérias é importantes.

semejaba un monasterio de cartujos. Levantados pues los manteles, y dadas gracias á Dios y agua á las manos, D. Quijote pidió ahincadamente á D. Lorenzo dijese los versos de la justa literaria. A lo que él respondió: por no parecer de aquellos poetas que cuando les ruegan digan su versos los niegan, y cuando no se los piden los vomitan, yo diré mi glosa, de la cual no espero premio alguno, que solo por ejercitar el ingenio la hé hecho. En acabando de decir su glosa D. Lorenzo se levantó en pié D. Quijote; y en voz levantada, que parecia grito, asiendo con su mano la derecha de D. Lorenzo, dijo: viven los cielos donde mas altos están, mancebo generoso, que sois el mejor poeta del orbe, y que mereceis estar laureado: no por Chipre, ni por Gaeta, como dijo un poeta, que Dios perdone, sino por las academias de Atenas, si hoy vivieran, y por las que hoy viven de París, Bolonia y Salamanca. Plega al cielo que los jueces que os quitáren el primer premio, Febo los asaetee, y las musas jamás atraviesen los umbrales de sus casas. Cuatro dias estuvo D. Quijote regaladísimo en la casa de D. Diego, al cabo de los cuales le pidió licencia para irse, diciéndole que le agradecia la merced y buen tratamiento que en su casa habia recibido; pero que por no parecer bien que los caballeros andantes se den muchas horas al ócio y al regalo, se queria ir á cumplir con su oficio, buscando las aventuras, de quien tenia noticia que aquella tierra abundaba, donde esperaba entretener el tiempo hasta que llegase el dia de las justas de Zaragoza, que era su derrota [6]; y que primero habia de entrar en la cueva de Montesinos, de quien tantas y tan admirables cosas en aquellos contornos se contaban, sabiendo é inquiriendo asimismo el nacimiento y verdaderos manantiales de las siete lagunas llamadas comunmente de Ruidera. D. Diego y su hijo le alabaron su honrosa determinacion, y le dijeron que tomase de su casa y de su hacienda todo lo que en grado le viniese, que le servirían con la voluntad posible, que á ello les obligaba el valor de su persona y la honrosa profesion suya. Llegóse en fin el dia de su partida, tan alegre para D. Quijote como triste y aciago para Sancho Panza, que se hallaba muy bien con la abundancia de la casa de D. Diego, y rehusaba de volver á la hambre que se usa en las florestas y despoblados, y á la estrecheza de sus mal proveidas alforjas: con todo esto las llenó y colmó de lo más necesario que le pareció, y al despedirse dijo D. Quijote á D. Lorenzo: no sé si hé dicho á v. m. otra vez, y si lo hé dicho lo vuelvo á decir, que cuando v. m. quisiere ahorrar caminos y trabajos para llegar á la inaccesible cumbre del templo de la fama, no tiene que hacer otra cosa sino dejar á una parte la senda de la poesía algo estrecha, y tomar la estrechísi-

6 Su camino.

ma de la andante caballería, bastante para hacerle emperador en daca las pajas [7]. Con estas razones acabó D. Quijote de cerrar el proceso de su locura, y más con las que añadió diciendo: sabe Dios si quisiera llevar conmigo al señor D. Lorenzo para enseñarle cómo se han de perdonar los sujetos, y supeditar y acocear los soberbios, virtudes anejas á la profesion que yo profeso; pero pues no lo pide su poca edad, ni lo querrán consentir sus loables ejercicios, solo me contento con advertir á v. m., que siendo poeta podrá ser famoso si se guia más por el parecer ajeno que por el propio; porque no hay padre ni madre á quien sus hijos le parezcan feos, y en los que lo son del entendimiento corre más este engaño. De nuevo se admiraron padre é hijo de las entremetidas razones de D. Quijote, ya discretas y ya disparatadas, y del tema y teson que llevaba de acudir de todo en todo á la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenia por fin y blanco de sus deseos. Reiteráronse los ofrecimientos y comedimientos, y con la buena licencia de la señora del castillo D. Quijote y Sancho sobre Rocinante y el rúcio se partieron.

CAPITULO XVI.

Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos.

Poco trecho se habia alongado D. Quijote del lugar de D. Diego cuando encontró con dos como clérigos ó como estudiantes, y con dos labradores, que sobre cuatro bestias asnales venian caballeros. Y así estudiantes como labradores cayeron en la misma admiracion en que caian todos aquellos que la vez primera veian á D. Quijote, y morian por saber qué hombre fuese aquel tan fuera del uso de los otros hombres. Saludóles D. Quijote; y despues de saber el camino que llevaban, que era el mismo que él hacia, les ofreció su compañia, y les pidió detuviesen el paso, porque caminaban más sus pollinas que su caballo; y para obligarlos, en breves razones les dijo quién era, y su oficio y profesion, que era de caballero andante, que iba á buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Díjoles que se llamaba de nombre propio D. Quijote de la Mancha, y por el apelativo *el caballero de los Leones*. Todo esto para los labradores era hablarles en griego ó en gerigonza; pero no para los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza del celebro de D. Quijote; pero con todo eso le miraban con admiracion y con respeto, y uno dellos le dijo: si v. m., señor caballero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aven-

7 *En daca las pajas*, esto es, muy en breve.

turas, v. m. se venga con nosotros, verá una de las mejores bodas y más ricas que hasta el dia de hoy se habrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas á la redonda. Preguntóle D. Quijote si eran de algun príncipe, que así las ponderaba. No son, respondió el estudiante, sino de un labrador y una labradora; él el más rico de toda esta tierra, y ella la más hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se han de hacer es extraordinario y nuevo, porque se han de celebrar en un prado que está junto al pueblo de la novia, á quien por excelencia llaman Quitéria la hermosa, y el desposado se llama Camacho el rico, ella de edad de diez y ocho años, y él de veinte y dos: ambos para en uno, aunque algunos curiosos que tienen de memoria los linajes de todo el mundo, quieren decir que el de la hermosa Quitéria se aventaja al de Camacho: pero ya no se mira en esto, que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En efecto, el tal Camacho es liberal, y hásele antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte que el sol se ha de ver en trabajo si quiere entrar á visitar las yerbas verdes de que está cubierto el suelo. Tiene asimismo maheridas[1] danzas, así de espadas como de cascabel menudo, que hay en su pueblo quien los repique y sacuda por extremo: de zapateadores no digo nada, que es un juicio los que tienen muñidos[2]; pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas que hé dejado de referir, han de hacer tan memorables estas bodas, como las que imagino que hará en ellas el despechado Basílio.

Es este Basílio un zagal vecino del mismo lugar de Quitéria, el cual tenia su casa pared en medio de la de los padres de Quitéria, de donde tomó ocasion el amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Píramo y Tisbe, porque Basílio se enamoró de Quitéria desde sus tiernos y primeros años, y ella fue correspondiendo á su deseo con mil honestos favores, tanto que se contaban por entretenimiento en el pueblo los amores de los dos niños Basílio y Quitéria. Fue creciendo la edad, y acordó el padre de Quitéria de estorbar á Basílio la ordinaria entrada que en su casa tenia; y por quitarse de andar receloso y lleno de sospechas, ordenó de casar á su hija con el rico Camacho, no pareciéndole ser bien casarla con Basílio, que no tenia tantos bienes de fortuna como de naturaleza: pues si vá á decir las verdades sin invidia, él es el más ágil mancebo que conocemos, gran tirador de barra, luchador extremado y gran jugador de pelota: corre como un gamo, salta más que una cabra, y birla á los bolos como por encantamento: canta como una calandria, y toca una guitarra que la hace hablar, y sobre

1 *Maheridas*, hechas con maestría, con ingenio. 2 Avisados, apalabrados, prevenidos.

todo juega una espada como el más pintado. Por esa sola grácia, dijo á esta sazon D. Quijote, merecia ese mancebo, no solo casarse con la hermosa Quitéria, sino con la misma reina Ginebra si fuera hoy viva, á pesar de Lanzarote y de todos aquellos que estorbarlo quisieran. Á mi mujer con eso, dijo Sancho Panza, que hasta entonces habia ido callando y escuchando, la cual no quiere sino que cada uno case con su igual, ateniéndose al refran que dice: cada oveja con su pareja. Lo que yo quisiera es que ese buen Basílio, á quien ya me voy aficionando, se casára con esa señora Quitéria, que buen siglo hayan y buen poso (iba á decir al revés) los que estorban que se casen los que bien se quieren. Si todos los que bien se quieren se hubiesen de casar, dijo D. Quijote, quitaríase á los padres la eleccion y jurisdiccion de casar sus hijos con quién y cuándo deben, y si á la voluntad de las hijas quedase escoger los maridos, tal habria que escogiese al criado de su padre, y tal al que vió pasar por la calle á su parecer bizarro y entonado, aunque fuese un desbaratado espadachin: que el amor y la aficion con facilidad ciegan los ojos del entendimiento tan necesarios para escoger estado; y él del matrimonio está muy á peligro de errarse, y es menester gran tiento y particular favor del cielo para acertarle. Quiere hacer uno un viaje largo, y si es prudente, antes de ponerse en camino busca alguna compañía segura y apacible con quien acompañarse: ¿pues por qué no hará lo mismo el que ha de caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte, y más si la compañia le ha de acompañar en la cama, en la mesa y en todas partes, como es la de la mujer con su marido? La de la propia mujer no es mercaduría que una vez comprada se vuelve, se trueca ó cambia, porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida: es un lazo que si una vez le echais al cuello se vuelve en el nudo gordiano, que sinó le corta la guadaña de la muerte, no hay desatarle. Muchas más cosas pudiera decir en esta materia sinó lo estorbára el deseo que tengo de saber si le queda más que decir al señor licenciado acerca de la historia de Basílio.

A lo que respondió el estudiante, bachiller ó licenciado como le llamó D. Quijote: de todo no me queda más que decir sino que desde el punto que Basílio supo que la hermosa Quitéria se casaba con Camacho el rico, nunca más le han visto reir ni hablar razon concertada, y siempre anda pensativo y triste hablando entre sí mismo, con que dá ciertas y claras señales de que se le ha vuelto el juicio: come poco y duerme poco, y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo sobre la dura tierra como animal bruto: mira de cuando en cuando al cielo, y otras veces clava los ojos en la tierra con tal embelesamiento, que no parece sino estátua vestida á que el aire mueve la ropa. En fin, él da tales muestras de tener apasionado el corazon, que

tememos todos los que le conocemos que el dar el *si* mañana la hermosa Quitéria ha de ser la sentencia de su muerte. Dios lo hará mejor, dijo Sancho, que Dios, que da la llaga, da la medicina: nadie sabe lo que está por venir: de aquí á mañana muchas horas hay, y en una y áun en un momento se cae la casa; y yo hé visto llover y hacer sol, todo á un mismo punto: tal se acuesta sano la noche, que no se puede mover otro dia. Y díganme, ¿por ventura habrá quien se alabe que tiene echado un clavo á la rodaja de la fortuna? No por cierto; y entre el *si* y el *no* de la mujer no me atreveria yo á poner una punta de alfiler, porque no cabria: dénme á mí que Quitéria quiera de buen corazon y de buena voluntad á Basílio, que yo le daré á él un saco de buena ventura; que el amor, segun yo hé oido decir, mira con unos anteojos que hacen parecer oro al cobre, á la pobreza riqueza, á las lagañas perlas. ¿Á dónde vas á parar, Sancho? que seas maldito, dijo D. Quijote, que cuando comienzas á ensartar refranes y cuentos no te puede esperar sino el mismo Judas, que te lleve. Dime, animal, ¿qué sabes tú de clavos ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna? ¡Oh! pues sinó me entienden, respondió Sancho, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparates; pero no importa, yo me entiendo, y sé que no hé dicho muchas necedades en lo que hé dicho, sino que v. m., señor mio, siempre es friscal de mis dichos y áun de mis hechos. Fiscal has de decir, dijo D. Quijote, que no friscal, prevaricador del buen lenguaje que Dios te confunda. No se apunte [3] v. m. conmigo, respondió Sancho, pues sabe que no me hé criado en la córte, ni hé estudiado en Salamanca, para saber si añado ó quito alguna letra á mis vocablos. Si que, válgame Dios, no hay para qué obligar al sayagües á que hable como el toledano; y toledanos puede haber que no las corten en el aire en esto del hablar polido. Así es, dijo el licenciado, porque no pueden hablar tan bien los que se crian en las tenerías y en Zocodober, como los que se pasean casi todo el dia por el claustro de la iglesia mayor, y todos son toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda: dije discretos, porque hay muchos que no lo son, y la discrecion es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el uso.

En estas pláticas les tomó la noche no lejos del pueblo; pero antes que llegasen les pareció á todos que estaba delante del pueblo un cielo lleno de innumerables y resplandecientes estrellas. Oyeron asimismo confusos y suaves sonidos de diversos instrumentos, como flautas, tamborinos, saltérios, albogues, panderos y sonajas; y cuando llegaron cerca vieron que los árboles de una enramada, que á mano habian pues-

3 No se pique ó enfade conmigo.

to á la entrada del pueblo, estaban todos llenos de luminárias, á quien no ofendia el viento, que entonces no soplaba sino tan manso, que apenas tenia fuerza para mover las hojas de los árboles. Los músicos eran los regocijadores de la boda, que en diversas cuadrillas por aquel agradable sitio andaban, unos bailando, otros cantando, y otros tocando sus diversos instrumentos. En efecto, no parecia sino que por todo aquel prado andaba corriendo la alegria y saltando el contento. Otros muchos andaban ocupados en levantar andámios, de donde con comodidad pudiesen ver otro dia las representaciones y danzas que se habian de hacer en aquel lugar dedicado para solemnizar las bodas del rico Camacho y las exequias de Basílio. No quiso entrar en el lugar Don Quijote, aunque se lo pidieron así el labrador como el bachiller, pero él dió por disculpa bastantísima á su parecer, ser costumbre de los caballeros andantes dormir por los campos y florestas ántes que en los poblados, aunque fuese debajo de dorados techos, y con esto se desvió un poco del camino, bien contra la voluntad de Sancho, viniéndosele á la memoria el buen alojamiento que habia tenido en el castillo ó casa de D. Diego.

CAPITULO XVII.

Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre.

Apenas la blanca aurora habia dado lugar á que el luciente Febo con el ardor de sus calientes rayos las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando D. Quijote sacudiendo la pereza de sus miembros se puso en pié y llamó á su escudero Sancho, que todavía roncaba: lo cual visto por D. Quijote, ántes que le despertase, dijo: oh tú bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener invidia ni ser invidiado duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamentos. Duerme, digo otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en contínua vigilia zelos de tu dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas, ni de lo que has de hacer para comer otro dia tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambicion te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los límites de tus deseos no se extienden á más que á pensar tu jumento, que el de tu persona sobre mis hombros le tienes puesto: contrapeso y carga que puso la naturaleza y la costumbre á los señores. Duerme el criado, y está velando el señor, pensando como le há de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce sin acudir á la tierra con el conveniente rocío, no aflige al criado, sino al señor que há de sustentar en la esterilidad y hambre al que

le sirvió en la fertilidad y abundancia. Á todo esto no respondió Sancho, porque dormia, y ni despertára tan presto si D. Quijote con el cuento de la lanza no le hiciera volver en sí. Despertó en fin soñoliento y perezoso, y volviendo el rostro á todas partes dijo: de la parte desta enramada, sinó me engaño, sale un tufo y olor harto más de torreznos asados que de juncos y tomillos: bodas que por tales olores comienzan, para mi santiguada que deben de ser abundantes y generosas. Acaba, gloton, dijo D. Quijote: ven, iremos á ver estos desposorios por ver lo que hace el desdeñado Basílio. Mas que haga lo que quisiere, respondió Sancho; no fuera él pobre, y casárase con Quitéria. ¿No hay más sino no tener un cuarto, y querer casarse por las nubes? Á la fé, señor, yo soy de parecer que el pobre debe de contentarse con lo que halláre, y no pedir cotufas en el golfo. Yo apostaré un brazo que puede Camacho envolver en reales á Basílio; y si esto es así, como debe de ser, bien boba fuera Quitéria en desechar las galas y las joyas que le debe de haber dado y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra y el jugar de la negra [1] de Basilio. Sobre un buen tiro de barra, ó sobre una gentil treta de espada no dán un cuartillo de vino en la taberna. Habilidades y grácias que no son vendibles, mas que las tenga el conde Dirlos; pero cuando las tales grácias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida como ellas parecen. Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento del mundo es el dinero. Por quien Dios es, Sancho, dijo á esta sazon Don Quijote, que concluyas con tu arenga, que tengo para mí que si te dejasen seguir en las que á cada paso comienzas, no te quedaria tiempo para comer ni para dormir, que todo lo gastarias en hablar. Si v. m. tuviera buena memoria, replicó Sancho, debiérase acordar de los capítulos de nuestro concierto ántes que esta última vez saliésemos de casa: uno dellos fué, que me habia de dejar hablar todo aquello que quisiese, con que no fuese contra el prójimo ni contra la autoridad de v. m., y hasta ahora me parece que no hé contravenido al tal capítulo. Yo no me acuerdo, Sancho, respondió D. Quijote, del tal capítulo; y puesto que sea así, quiero que calles y vengas, que ya los instrumentos que anoche oimos vuelven á alegrar los valles, y sin duda los desposorios se celebrarán en el frescor de la mañana, y no en el calor de la tarde. Hizo Sancho lo que su señor le mandaba, y poniendo la silla á Rocinante y la albarda al rúcio subieron los dos, y paso ante paso se fueron entrando por la enramada.

Lo primero que se ofreció á la vista de Sancho fué espetado en un asador de un olmo entero un entero novillo y en el fuego donde se ha-

1. De la espada negra con que se juega á la esgrima.

bia de asar ardia un mediano monte de leña, y seis ollas que al rededor de la hoguera estaban no se habian hecho en la comun turquesa de las demás ollas, porque eran seis medias tinajas, que cada una contenia un rastro de carne: así embebian y encerraban en sí carneros enteros sin echarse de ver, como si fueran palominos: las liebres ya sin pellejo, y las gallinas sin pluma que estaban colgadas por los árboles para sepultarlas en las ollas, no tenian número: los pájaros y caza de diversos géneros eran infinitos, colgados de los árboles, para que el aire los enfriase. Contó Sancho más de sesenta zaques de más de á dos arrobas cada uno, y todos llenos, segun despues pareció, de generosos vinos: así habia rimeros de pan blanquísimo como suele haber montones de trigo en las eras: los quesos puestos como ladrillos enrejados formaban una muralla, y dos calderas de aceite mayores que las de un tinte servian de freir cosas de masa, que con dos valientes palas las sacaban fritas y las zambullian en otra caldera de preparada miel que allí junto estaba. Los cocineros y cocineras pasaban de cincuenta, todos limpios, todos diligentes y todos contentos. En el dilatado vientre del novillo estaban doce tiernos y pequeños lechones, que cosidos por encima servian de darle sabor y enternecerle: las especias de diversas suertes no parecia haberlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estaban de manifiesto en una grande arca. Finalmente el aparato de la boda era rústico, pero tan abundante que podia sustentar á un ejército. Todo lo miraba Sancho Panza, todo lo contemplaba, y de todo se aficionaba. Primero le cautivaron y rindieron el deseo las ollas, de quien él tomára de bonísima gana un mediano puchero; luego le aficionaron la voluntad los zaques; y últimamente las frutas de sartén, si es que se podian llamar sartenes las tan orondas calderas; y así sin poderlo sufrir ni ser en su mano hacer otra cosa, se llegó á uno de los solícitos cocineros, y con corteses y hambrientas razones le rogó le dejase mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. Á lo que el cocinero respondió: hermano, este dia no es de aquellos sobre quien tiene jurisdiccion la hambre, merced al rico Camacho: apeaos y mirad si hay por ahí un cucharon, y espumad una gallina ó dos, y buen provecho os hagan. No veo ninguno, respondió Sancho. Esperad, dijo el cocinero, ¡pecador de mí, y qué melindroso y para poco debeis de ser! diciendo esto asió de un caldero, y encajándole en una de las medias tinajas sacó en él tres gallinas y dos gansos, y dijo á Sancho: comed, amigo, y desayunaos con esta espuma en tanto que se llega la hora del yantar. No tengo en qué echarla, respondió Sancho. Pues llevaos, dijo el cocinero, la cuchara y todo, que la riqueza y el contento de Camacho todo lo suple.

En tanto pues que esto pasaba Sancho, estaba D. Quijote mirando có-

mo por una parte de la enramada entraban hasta doce labradores sobre doce hermosísimas yeguas con ricos y vistosos jaeces de campo y con muchos cascabeles en los petrales, todos vestidos de regocijo y fiesta, los cuales en concertado tropel corrieron no una, sino muchas carreras por el prado con regocijada algazara y grita diciendo: vivan Camacho y Quitéria: él tan rico como ella hermosa, y ella la más hermosa del mundo. Oyendo lo cual D. Quijote dijo entre sí: bien parece que estos no han visto á mi Dulcinea del Toboso: que si la hubieran visto, ellos se fueran á la mano en las alabanzas desta su Quitéria. De allí á poco comenzaron á entrar por diversas partes de la enramada muchas y diferentes danzas, entre las cuales venia una de espadas de hasta veinte y cuatro zagales de gallardo parecer y brío, todos vestidos de delgado y blanquísimo lienzo con sus paños de tocar labrados de fina seda de varias colores; y al que los guiaba, que era un ligero mancebo, preguntó uno de los de las yeguas si se habia herido alguno de los danzantes. Por ahora, bendito sea Dios, no se há herido nadie, todos vamos sanos; y luego comenzó á enredarse con los demás compañeros, con tantas vueltas y con tanta destreza, que aunque D. Quijote estaba hecho á ver semejantes danzas, ninguna le habia parecido tan bien como aquella. Tambien le pareció bien otra que entró de doncellas hermosísimas, tan mozas que al parecer ninguna bajaba de catorce ni llegaba á diez y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos parte trenzados y parte sueltos, pero todos tan rúbios, que con los del sol podian tener competencia, sobre los cuales traian guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto y madreselva compuestas. Guiábalas un venerable viejo y una anciana matrona, pero más ligeros y sueltos que sus años prometian. Hacíales el son una gaita zamorana, y ellas, llevando en los rostros y en los ojos la honestidad, y en los piés la ligereza, se mostraban las mejores bailadoras del mundo. Trás esta entró otra danza de artificio y de las que llaman habladas [2]. Era de ocho ninfas repartidas en dos hileras: de la una hilera era guía el dios Cupido, y de la otra el Interés: aquel adornado de alas, arco, aljaba y saetas: este vestido de oro y seda de ricas y diversas colores. Las ninfas que al amor seguian traian á las espaldas en pergamino blanco y letras grandes, escritos sus nombres. Delante de todos venia un castillo de madera, quien tiraban cuatro salvajes, todos vestidos de yedra y de cáñamo teñido de verde, tan al natural que por poco espantáran á Sancho. En la frontera del castillo y en todas cuatro caras traia escrito: *Castillo del buen recato*. Hacíanles el son cuatro diestros tañedores de tamboril y fláuta. Comenzaba la danza Cupido, y ha-

2 Especie de pantomima, compuesta de personajes vestidos á propósito para representar alguna historia.

biendo hecho dos mudanzas, alzaba los ojos y flechaba el arco contra una doncella que se ponia entre las almenas del castillo, á la cual desta suerte dijo:

Yo soy el dios poderoso
en el aire y en la tierra,
y en el ancho mar undoso.
y en cuanto el abismo encierra
en su báratro espantoso.
Nunca conocí qué es miedo;
todo cuanto quiero puedo,
aunque quiera lo imposible,
y en todo lo que es posible
mando, quito, pongo y vedo.

Acabó la copla, disparó una flecha por lo alto del castillo, y retiróse á su puesto. Salió luego el Interés y hizo otras dos mudanzas: callaron los tamborinos, y él dijo:

Soy quien puede más que amor,
y es amor el que me guía;
soy de la estirpe mejor
que el cielo en la tierra cria,
más conocida y mayor.
Soy el Interés, en quien
pocos suelen obrar bien,
y obrar sin mí es gran milagro;
y cual soy te me consagro
por siempre jamás, amén.

Deste modo salieron y se retiraron todas las figuras de las dos escuadras, y cada una hizo sus mudanzas y dijo sus versos, algunos elegantes y algunos ridículos, y solo tomó de memoria D. Quijote los ya referidos: luego se mezclaron todos, haciendo y deshaciendo lazos con gentil donáire y desenvoltura; y cuando pasaba el Amor por delante del castillo disparaba por alto sus flechas, pero el Interés quebraba en él alcancías [3] doradas. Finalmente, despues de haber bailado un buen espacio, el Interés sacó un bolson formado del pellejo de un gran gato romano, que parecia estar lleno de dineros, y arrojándole al castillo, con

3 *Alcancías* eran unas bolas de barro, del tamaño de una naranja, que se llenaban de flores ó perfumes, y algunas veces de agua, ceniza ó harina, como por Carnaval en algunos puntos se llenan huevos de aguas de color ó de polvos para tirar por todas partes. La palabra alcancía es tambien sinónimo de *Hucha*.

el golpe se desencajaron las tablas y se cayeron, dejando á la doncella descubierta y sin defensa alguna. Llegó el Interés con las figuras de su valía, y echándola una gran cadena de oro al cuello, mostraron prenderla, rendirla y cautivarla: lo cual visto por el Amor y sus valedores, hicieron ademan de quitársela, y todas las demostraciones que hacian eran al son de los tamborinos, bailando y danzando concertadamente. Pusiéronlos en paz los salvajes; los cuales con mucha presteza volvieron á armar y á encajar las tablas del castillo, y la doncella se encerró en él como de nuevo, y con esto se acabó la danza con gran contento de los que la miraban. Preguntó D. Quijote á una de las ninfas que quién la habia compuesto y ordenado. Respondióle que un beneficiado de aquel pueblo, que tenia gentil caletre para semejantes invenciones. Yo apostaré, dijo D. Quijote, que debe de ser más amigo de Camacho que de Basilio el tal bachiller ó beneficiado, y que debe de tener más de satírico que de vísperas: bien há encajado en la danza las habilidades de Basilio y las riquezas de Camacho. Sancho Panza, que lo escuchaba todo, dijo: el rey es mi gallo [4], á Camacho me atengo. En fin, dijo D. Quijote, bien se parece, Sancho, que eres villano y de aquellos que dicen viva quien vence. No sé de los que soy, respondió Sancho; pero bien sé que nunca de ollas de Basilio sacaré yo tan elegante espuma como es esta que hé sacado de las de Camacho; y enseñóle el caldero lleno de gansos y de gallinas; y asiendo de una, comenzó á comer con mucho donáire y gana y dijo: á la barba de las habilidades de Basilio, que tanto vales cuanto tienes, y tanto tienes cuanto vales. Dos linajes solos hay en el mundo, como decia una agüela mia, que son el tener y el no tener, y ella al del tener se atenia; y el dia de hoy, mi señor D. Quijote, antes se toma el pulso al haber que al saber; un asno cubierto de oro parece mejor que un caballo enarbolado. Asique vuelvo á decir que á Camacho me atengo, de cuyas ollas son abundantes espumas gansos y gallinas, liebres y conejos; y de las de Basilio serán, si viene á mano, y aunque no venga sino al pié, aguachirle [5]. ¿Has acabado tu arenga, Sancho? dijo D. Quijote. Habréla acabado, respondió Sancho, porque veo que v. m. recibe pesadumbre con ella: que si esto no se pusiera de por medio, obra habia cortada para tres dias. Plega á Dios, Sancho, replicó D. Quijote, que yo te vea mudo antes que me muera. Al paso que llevamos, respondió Sancho, ántes que v. m. se muera estaré yo mascando barro, y entonces podrá ser que esté tan mudo que no háble palabra hasta la fin del mundo, ó por lo ménos hasta el dia del juicio. Aunque eso así suceda, oh Sancho, respondió D. Quijote, nunca llegará tu silencio á do há

4 Cuando dos contienden se dice: *el rey* ó *fulano es mi gallo*, señalando á aquel á quien tenemos por el más valiente, ó que há de ganar la apuesta. 5 Lo mismo me da.

llegado lo que has hablado, hablas y tienes de hablar en tu vida; y más que está muy puesto en razon natural que primero llegue el dia de mi muerte que el de la tuya; y así jamás pienso verte mudo, ni áun cuando estés bebiendo ó durmiendo, que es lo que puedo encarecer.

A buena fé, señor, respondió Sancho, que no hay que fiar en la descarnada, digo en la muerte, la cual tambien come cordero como carnero; y á nuestro cura hé oido decir que con igual pié pisaba las altas torres de los reyes que las humildes chozas de los pobres. Tiene esta señora más de poder que de melindre, no es nada asquerosa, de todo come, á todo hace, y de toda suerte de gentes, edades y preeminencias hinche sus alforjas. No es segador que duerme las siestas: que á todas horas siega y corta, así la seca como la verde yerba; y no parece que masca, sino que engulle y traga cuanto se le pone delante: porque tiene hambre canina, que nunca se harta, y aunque no tiene barriga, dá á entender que está hidrópica y sedienta de beber todas las vidas de cuantos viven, como se bebe un jarro de agua fria. No más, Sancho, dijo á este punto D. Quijote; tente en buenas [6] y no te dejes caer, que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus rústicos términos es lo que pudiera decir un buen predicador. Dígote, Sancho, que si como tienes buen natural tuvieras discrecion, pudieras tomar un púlpito en la mano é irte por ese mundo predicando lindezas. Bien predica quien bien vive, respondió Sancho, y yo no sé otras tologías. Ni las has menester, dijo D. Quijote; pero yo no acabo de entender ni alcanzar cómo siendo el principio de la sabiduría el temor de Dios, tú, que temes más á un lagarto que á él, sabes tanto. Juzgue v. m., señor, de sus caballerías, respondió Sancho, y no se meta en juzgar de los temores ó valentías ajenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios como cada hijo de vecino; y déjeme v. m. despabilar [7] esta espuma, que lo demás todas son palabras ociosas, de que nos han de pedir cuenta en la otra vida; y diciendo esto comenzó de nuevo á dar asalto á su caldero con tan buenos alientos, que despertó los de D. Quijote, y sin duda le ayudára sinó le impidiera lo que es fuerza se diga adelante.

Cuando estaban D. Quijote y Sancho en las razones referidas se oyeron grandes voces y gran ruido, y dábanlas y causábanle los de las yeguas, que con larga carrera y grita iban á recibir á los novios, que rodeados de mil géneros de instrumentos y de invenciones, venian acompañados del cura, de la parentela de entrambos, y de toda la gente mas lucida de los lugares circunvecinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho vió á la novia dijo: á buena fé que no-

6 Estáte sobre t., prevénte. 7 Acabar de comer, despachar pronot.

viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega. Pardiez que segun diviso, que las patenas que habia de traer son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca es terciopelo de treinta pelos; y montas, que la guarnicion es de tiras de lienzo blanco, voto á mí que es de raso. Pues tomadme las manos adornadas con sortijas de azabache; no medre yo sinó son anillos de oro y muy de oro; y empedrados con pelras blancas como una cuajada, que cada una debe de valer un ojo de la cara. Oh! y qué cabellos, que sinó son postizos, no los hé visto más luengos ni mas rúbios en toda mi vida. No sino ponedla tacha en el brio y en el talle, y no la compareis á una palma que se mueve cargada de racimos de dátiles, que lo mismo parecen los dijes que trae pendientes de los cabellos y de la garganta. Juro en mi ánima que ella es una chapada moza, y que puede pasar por los bancos de Flandes [8]. Rióse D. Quijote de las rústicas alabanzas de Sancho Panza: parecióle que fuera de su señora Dulcinea del Toboso no habia visto mujer más hermosa jamás. Venia la hermosa Quitéria algo descolorida, y debia de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerse para el dia venidero de sus bodas. Ibanse acercando á un teatro que á un lado del prado estaba, adornado de alfombras y ramos, adonde se habian de hacer los desposorios, y de donde habian de mirar las danzas y las invenciones; y á la sazon que llegaban al puesto oyeron á sus espaldas grandes voces, y una que decia, esperaos un poco, gente inconsiderada y presurosa. Á cuyas voces y palabras todos volvieron la cabeza, y vieron que las daba un hombre vestido al parecer de un sayo negro, gironado de carmesí á llamas. Venia coronado con una corona de funesto ciprés, en las manos traia un baston grande. En llegando más cerca fue conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuvieron suspensos esperando en qué habian de parar sus voces y sus palabras: temiendo algun mal suceso de su venida en sazon semejante. Llegó en fin cansado y sin aliento, y puesto delante de los desposados, hincando en el suelo el baston, que tenia el cuento de una punta de acero, mudada la color, puestos los ojos en Quitéria, con voz tremente y ronca estas razones dijo: bien sabes, desconocida Quitéria, que, conforme á la santa ley que profesamos, viviendo yo, tú no puedes tomar esposo; y juntamente no ignoras que por esperar yo que el tiempo y mi diligencia mejorasen los bienes de mi fortuna, no hé querido dejar de guardar el decoro que á tu honra convenia: pero tú, echando á las espaldas todas las obligaciones que debes á mi buen deseo, quieres hacer señor de lo que es mio á otro, cuyas riquezas le sirven no solo de buena fortuna, sino de bonísima ventura: y para que la tenga colmada, yo por mis manos desharé el

8 Que puede emprender y llevar á cabo cosas árduas.

imposible ó el inconveniente que puede estorbársela, quitándome á mí de por medio. Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quitéria largos y felices siglos, y muera, muera el pobre Basílio, cuya pobreza cortó las alas de su dicha, y le puso en la sepultura: y diciendo esto, asió del baston que tenia hincado en el suelo, y quedándose la mitad dél en la tierra, mostró que servia de vaina á un mediano estoque que en él se ocultaba, y puesta la que se podia llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado y determinado propósito se arrojó sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta á las espaldas, con la mitad de la acerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado. Acudieron luego sus amigos á favorecerle, condolidos de su miseria y lastimosa desgrácia, y dejando D. Quijote á Rocinante, acudió á favorecerle, le tomó en sus brazos, y halló que áun no habia espirado. Quisiéronle sacar el estoque; pero el cura, que estaba presente, fué de parecer que no se le sacasen ántes de confesarle, porque el sacársele y el espirar seria todo á un tiempo. Pero volviendo un poco en sí Basílio, con voz doliente y desmayada dijo: si quisieses, cruel Quitéria, darme en este último y forzoso trance la mano de esposa, áun pensaria que mi temeridad tendria disculpa, pues en ella alcancé el bien de ser tuyo. El cura oyendo lo cual, le dijo; que atendiese á la salud del alma ántes que á los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de veras á Dios perdon de sus pecados y de su desesperada determinacion. Á lo cual replicó Basílio que en ninguna manera se confesaria, si primero Quitéria no le daba la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaria la voluntad [1] y le daria aliento para confesarse.

En oyendo D. Quijote la peticion del herido en altas voces dijo que Basílio pedia una cosa muy justa y puesta en razon, y ademas muy hacedera, y que el señor Camacho quedaria tan honrado recibiendo á la señora Quitéria viuda del valeroso Basílio, como si la recibiera del lado de su padre. Aquí no ha de haber más de un *sí*, que no tenga otro efecto que el pronunciarle, pues el tálamo de estas bodas ha de ser la sepultura. Todo lo oia Camacho, y todo le tenia suspenso y confuso, sin saber qué hacer ni qué decir; pero las voces de los amigos de Basílio fueron tantas, pidiéndole que consintiese que Quitéria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese, partiendo desesperado desta vida, que le movieron y aún forzaron á decir que si Quitéria queria dársela, que él se contentaba, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudieron todos á Quitéria, y unos con ruegos, otros con lágrimas, y otros con eficaces razones le

[1] Le daria conformidad y docilidad.

persuadian que diese la mano al pobre Basílio; y ella más dura que un mármol, y más sesga que una estátua, mostraba que ni sabía, ni podia, ni queria responder palabra, ni la respondiera si el cura no la dijera que se determinase presto en lo que habia de hacer, porque tenia Basílio ya el alma en los dientes, y no daba lugar á esperar irresolutas determinaciones. Entonces la hermosa Quitéria sin responder palabra alguna, al parecer, triste y pesarosa, llegó donde Basílio estaba, ya los ojos vueltos, el aliento corto y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quitéria, dando muestras de morir como gentil y no como cristiano. Llegó en fin Quitéria, y puesta de rodillas le pidió la mano por señas y no por palabras. Desencajó los ojos Basílio, y mirándola atentamente, le dijo: ¡oh Quitéria que has venido á ser piadosa á tiempo cuando tu piedad ha de servir de cuchillo que me acabe de quitar la vida, pues ya no tengo fuerzas para llevar la gloria que me das en escogerme por tuyo, ni para suspender el dolor que tan apriesa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte! Lo que te suplico es, que la mano que me pides y quieres darme no sea por cumplimiento ni para engañarme de nuevo, sino que confieses y digas, que sin hacer fuerza á tu voluntad me la entregas y me la das como á tu legítimo esposo; pues no es razon que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratado contigo. Entre estas razones se desmayaba de modo que todos los presentes pensaban que cada desmayo se habia de llevar el alma consigo. Quitéria, toda honesta y vergonzosa, asiendo con su derecha mano la de Basílio, le dijo: ninguna fuerza fuera bastante á torcer mi voluntad; y así con la mas libre que tengo te doy la mano de legítima esposa, y recibo la tuya si es que me la das de tu libre albedrío, sin que la turbe ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te há puesto. Sí doy, respondió Basílio, no turbado ni confuso, sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y así me doy y me entrego por tu esposo. Y yo por tu esposa, respondió Quitéria, ahora vivas largos años, ahora te lleven de mis brazos á la sepultura. Para estar tan herido este mancebo, dijo á este punto Sancho Panza, mucho habla: háganle que se deje de requiebros, y que atienda á su alma, que á mi parecer más la tiene en la lengua que en los dientes.

Estando pues asidos de las manos Basílio y Quitéria, el cura tierno y lloroso, les echó la bendicion, y pidió al cielo diese buen poso al alma del nuevo desposado; el cual así como recibió la bendicion, con presta ligereza se levantó en pié y con no vista desenvoltura se sacó el estoque, á quien servia de vaina su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos, más simples que curiosos, en altas voces comenzaron á decir: milagro, milagro. Pero Basílio replicó: no mila-

gro, milagro, sino industria, industria. El cura desatentado y atónito, acudió con ambas manos á tentar la herida, y halló que la cuchilla habia pasado no por la carne y costillas de Basílio, sino por un cañon hueco de hierro, que lleno de sangre en aquel lugar bien acomodado tenia, preparada la sangre, segun despues se supo, de modo que no se helase. Finalmente el cura y Camacho con todos los demas circunstantes se tuvieron por burlados y escarnecidos. La esposa no dió muestras de que la pesase la burla, ántes oyendo decir que aquel casamiento, por haber sido engañoso, no habia de ser valedero, dijo que ella le confirmaba de nuevo, de lo cual coligieron todos que de consentimiento y sabiduría de los dos se habia trazado aquel caso, de lo que quedó Camacho y sus valedores tan corridos, que remitieron su venganza á las manos, y desenvainando muchas espadas arremetieron á Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvainaron casi otras tantas, y tomando la delantera á caballo D. Quijote con la lanza sobre el brazo, y bien cubierto de su escudo, se hacía dar lugar de todos. Sancho, á quien jamás pluguieron ni solazaron semejantes fechurías, se acogió á las tinajas donde habia sacado su agradable espuma, pareciéndole aquel lugar como sagrado, que habia de ser tenido en respeto. D. Quijote á grandes voces decia: teneos, señores, teneos, que no es razon tomar venganza de los agravios que el amor nos hace: y advertid que el amor y la guerra son una misma cosa; y así como en la guerra es cosa lícita y acostumbrada usar de ardides y estratagemas para vencer al enemigo, así en las contiendas y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hacen para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo y deshonra de la cosa amada. Quitéria era de Basílio, y Basílio de Quitéria por justa y favorable disposicion de los cielos. Camacho es rico, y podrá comprar su gusto cuándo, dónde y cómo quisiere. Basílio no tiene mas desta oveja, y no se la ha de quitar alguno por poderoso que sea, que á los dos que Dios junta no podrá separar el hombre: y el que lo intentáre, primero ha de pasar por la punta desta lanza: y en esto la blandió tan fuerte y tan diestramente, que puso pavor en todos los que le conocian. Y tan intensamente se fijó en la imaginacion de Camacho el desdén de Quitéria, que se la borró de la memoria en un instante, y así tuvieron lugar con él las persuasiones del cura, que era varon prudente y bien intencionado, con las cuales quedó Camacho y los de su parcialidad pacíficos y sosegados: en señal de lo cual volvieron las espadas á sus lugares, culpando más á la facilidad de Quitéria, que á la industria de Basílio, haciendo discurso Camacho, que si Quitéria queria bien á Basílio doncella, tambien le quisiera casada, y que debia de dar gracias al cielo, más por habérsela quitado, que por habérsela dado. Consolado, pues, y pacífico Camacho

y los de su mesnada [10], todos los de la de Basílio se sosegaron; y el rico Camacho para mostrar que no sentia la burla, ni la estimaba en nada, quiso que les fiestas pasasen adelante como si realmente se desposára; pero no quisieron asistir á ellas Basílio ni su esposa ni secuaces, y así se fueron á la aldea de Basílio; que tambien los pobres virtuosos y discretos tienen quien los siga, honre y ampare, como los ricos tienen quien los lisonjée y acompañe. Lleváronse consigo á D. Quijote, estimándole por hombre de valor y de pelo en pecho. Á solo Sancho se le escureció el alma por verse imposibilitado de aguardar la espléndida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche, y así asendereado y triste siguió á su señor, que con la cuadrilla de Basílio iba, y así se dejó atrás las ollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida y acabada espuma, que en el caldero llevaba, le representaba la gloria y la abundancia del bien que perdia; y así congojado y pensativo, aunque sin hambre, sin apearse del rúcio siguió las huellas de Rocinante.

CAPITULO XVIII.

Donde se da cuenta de la gran aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazon de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso D. Quijote.

Grandes fueron y muchos los regalos que los desposados hicieron á D. Quijote obligados de las muestras que habia dado defendiendo su causa, y al par de la valentía le graduaron la discrecion, teniéndole por un Cid en las armas y por un Ciceron en la elocuencia. El buen Sancho se refociló tres dias á costa de los novios, de los cuales se supo que no fué traza comunicada con la hermosa Quitéria el herirse fingidamente, sino industria de Basílio, esperando della el mismo suceso que se habia visto: bien es verdad que confesó que habia dado parte de su pensamiento á algunos de sus amigos para que al tiempo necesario favoreciesen su intencion y abonasen su engaño. No se pueden ni deben llamar engaños, dijo D. Quijote, los que ponen la mira en virtuosos fines, y que el de casarse los enamorados era el fin de más excelencia, advirtiendo que el mayor contrario que el amor tiene es la hambre y la contínua necesidad; porque el amor es todo alegría, regocijo y contento, y más cuando el amante está en posesion de la cosa amada, de quien son enemigos declarados la necesidad y la pobreza; y que todo esto decia con intencion de que se dejase el Sr. Basílio de ejercitar las habilidades que sabía, que aunque le daban fama no le daban dineros, y que

10 Lo mismo que compañía.

atendiese á grangear hacienda por medios lícitos é industriosos, que nunca faltan á los prudentes y aplicados. El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener mujer hermosa, que cuando se la quitan le quitan la honra y se la matan. La mujer hermosa y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles y palmas de vencimiento y triúnfo. La hermosura por sí sola atrae las voluntades de cuantos la miran y conocen, y como á señuelo [1] gustoso se le abaten las águilas reales y los pájaros altaneros; pero si á la tal hermosura se la junta la necesidad y estrecheza, tambien la embisten los cuervos, los milanos y las otras aves de rapiña, y la que está á tantos encuentros firme bien merece llamarse corona de su marido. Mirad, discreto Basílio, añadió D. Quijote, opinion fué de no sé qué sabio, que no habia en todo el mundo sino una sola mujer buena, y daba por consejo que cada uno pensase y creyese que aquella sola buena era la suya, y así viviria contento. Yo no soy casado, ni hasta ahora me ha venido en pensamiento serlo, y con todo esto me atreveria á dar consejo al que me lo pidiese, del modo que habia de buscar la mujer con quién se quisiese casar. Lo primero le aconsejaria que mirase más á la fama que á la hacienda, porque la buena mujer no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo: que mucho más dañan á las honras de las mujeres las desenvolturas y libertades públicas, que las maldades secretas. Si traes buena mujer á tu casa, fácil cosa seria conservarla y áun mejorarla en aquella bondad; pero si la traes mala, en trabajo te pondrá el enmendarla, que no es muy hacedero pasar de un extremo á otro. Yo no digo que sea imposible, pero téngolo por dificultoso.

Oia todo esto Sancho y dijo entre sí: este mi amo, cuando yo hablo cosas de meollo y de sustancia suele decir que podria yo tomar un púlpito en las manos, y irme por ese mundo adelante predicando lindezas; y yo digo dél que cuando comienza á enhilar sentencias y á dar consejos, no solo puede tomar un púlpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por esas plazas á qué quieres boca. Válate el diablo por caballero andante, que tantas cosas sabes: yo pensaba en mi ánima que solo podia saber aquello que tocaba á sus caballerías; pero no hay cosa donde no pique y deje de meter su cucharada. Murmuraba esto algo Sancho, y entreoyóle su señor, y preguntóle: ¿qué murmuras Sancho? No digo nada ni murmuro de nada, respondió: solo estaba diciendo entre mí que quisiera haber oido lo que v. m. aquí há dicho antes que me casára, que quizá dijera yo ahora; el buey suelto bien se lame. ¿Tan mala

1 *Señuelo*, figurin con dos alas, en que ponen la carne con que llaman al halcon los cazadores cuando se va remontando, y cae sobre él.

es tu Teresa, Sancho? dijo D. Quijote. No es muy mala; pero no es muy buena, á los ménos no es tan buena como yo quisiera. Mal haces, Sancho, dijo D. Quijote, en decir mal de tu mujer, que en efecto es madre de tus hijos. No nos debemos nada, que tambien ella dice mal de mí cuando se le antoja, especialmente cuando está celosa, que entonces súfrala el mismo Satanás. Finalmente tres dias estuvieron con los novios, donde fueron regalados y servidos como cuerpo de rey. Pidió D. Quijote al diestro licenciado le diese una guía que le encaminase á la cueva de Montesinos, porque tenia gran deseo de entrar en ella, y ver á ojos vistas si eran verdaderas las maravillas que de ella se decian por todos aquellos contornos. El licenciado le dijo que le daria á un primo suyo, famoso estudiante y muy aficionado á leer libros de caballerías, el cual con mucha voluntad le pondria á la boca de la misma cueva, y díjole que llevaria con él gustoso entretenimiento, á causa que era mozo que sabia hacer libros para imprimir y para dirigirlos á príncipes. Finalmente el primo vino con una pollina preñada, cuya albarda cubria un gayado tapete ó arpillera. Ensilló Sancho á Rocinante, y aderezó al rúcio, proveyó sus alforjas, á las cuales acompañaron las del primo asimismo bien proveidas, y encomendándose á Dios y despidiéndose de todos, se pusieron en camino tomando la derrota de la famosa cueva de Montesinos.

En el camino preguntó D. Quijote al primo, de qué género y calidad eran sus ejercicios, su profesion y estudios. Á lo que él respondió, que su profesion era ser humanista, sus ejercicios y estudios componer libros para dar á la estampa, todos de gran provecho y no ménos entretenimiento para la república: que el uno se intitulaba *el de las Libreas*, donde pintaba setecientas y tres libreas con sus colores, motes y cifras, de donde podian sacar y tomar las que quisiesen en tiempo de fiestas y regocijos los caballeros cortesanos. Otro libro tengo tambien, á quien hé de llamar *Metamorfóseos ó Ovidio español*, de invencion nueva y rara; porque en él, imitando á Ovidio á lo burlesco, pinto quién fué la Giralda de Sevilla y el ángel de la Magdalena [2], quién el caño de Vecinguerra de Córdoba [3], quiénes los toros de Guisando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos y Lavapies en Madrid, no olvidándome de la del Piojo, de la del Caño dorado y de la Priora; y esto con sus alegorías, metáforas y traslaciones, de modo que alegran, suspenden y enseñan á un mismo punto. Otro libro tengo, que llamo *Suplemento á Virgilio Polidoro*, que trata de la invencion de las cosas, que es de

2 Figura informe, colocada como veleta en la torre de la iglesia de la Magdalena en Salamanca. 3 Este caño conduce las aguas pluviales é inmundicias de las calles de Cordoba al Guadalquivir.

grande erudicion y estudio, á causa que las cosas de gran sustancia que se dejó de decir Polidoro, las averiguo yo, y las declaro por gentil estilo. Olvidósele á Virgilio de declararnos quién fué el primero que tuvo catarro en el mundo, y yo lo declaro al pié de la letra, y lo autorizo con más de veinte y cinco autores, porque vea v. m. si hé trabajado bien, y si há de ser útil el tal libro á todo el mundo. Sancho que habia estado muy atento á la narracion del primo, le dijo: dígame, señor, así Dios le dé buena manderecha [4] en la impresion de sus libros, sabríame decir, que sí sabrá, pues todo lo sabe, ¿quién fué el primero que se rascó en la cabeza? que yo para mí tengo que debió de ser nuestro padre Adan. Sí seria, respondió el primo, porque Adan no hay duda sino que tuvo cabeza y cabellos; y siendo esto así, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaria. Así lo creo yo, respondió Sancho, pero dígame ahora, ¿quién fué el primer volteador del mundo? En verdad, hermano, respondió el primo, que no me sabré determinar por ahora hasta que lo estudie; yo lo estudiaré en volviendo adonde tengo mis libros, y yo os satisfaré cuando otra vez nos veamos, que no há de ser esta la postrera. Pues mire, señor, replicó Sancho, no tome trabajo en esto, que ahora hé caido en la cuenta de lo que le hé preguntado: sepa, que el primer volteador del mundo fué Lucifér cuando le echaron ó arrojaron del cielo, que vino volteando hasta los abismos. Teneis razon, amigo, dijo el primo; y dijo D. Quijote: esa pregunta y respuesta no es tuya, Sancho; á alguno las has oido decir. Cálle, señor, replicó Sancho, que á buena fé que si me doy á preguntar y á responder, que no acábe de aquí á mañana. Si, que para preguntar necedades y responder disparates no hé menester yo andar buscando ayuda de vecinos. Más has dicho, Sancho, de lo que sabes, dijo D. Quijote, que hay algunos que se cansan en saber y averiguar cosas que despues de sabidas y averiguadas no importan un ardite al entendimiento ni á la memoria.

En estas y otras gustosas pláticas se les pasó aquel dia, y á la noche se albergaron en una pequeña aldea, adonde el primo dijo á D. Quijote que desde allí á la cueva de Montesinos no habia más de dos leguas, y que si llevaba determinado de entrar en ella, era menester proveerse de sogas para atarse y descolgarse en su profundidad. D. Quijote dijo que aunque llegase al abismo habia de ver dónde paraba, y así compraron casi cien brazas de soga, y otro dia á las dos de la tarde llegaron á la cueva, cuya boca es espaciosa y ancha, pero llena de cambroneras y cabrahígos, de zarzas y malezas tan espesas é intrincadas, que de todo en todo la ciegan y encubren. En viéndola se apearon el primo, Sancho

4 Buena suerte ó fortuna.

y D. Quijote, al cual los dos le ataron luego fortísimamente con las sogas, y en tanto que le fajaban y ceñian le dijo Sancho: mire v. m., señor mio, lo que hace, no se quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca frasco que le ponen á enfriar en algun pozo; sí, que á v. m. no le toca ni atañe ser el escudriñador desta que debe de ser peor que mazmorra. Ata y calla, respondió D. Quijote, que tal empresa como aquesta, Sancho amigo, para mí estaba guardada. Y entonces dijo la guía: suplico á v. m., Sr. D. Quijote, que mire bien y especule con cien ojos lo que hay allí dentro: quizá habrá cosas que las ponga yo en el libro de mis trasformaciones. En manos está el pandero que le sabrán bien tañer, respondió Sancho Panza. Dicho esto y acabada la ligadura dijo D. Quijote: inadvertidos hemos andado en no habernos proveido de un esquilon pequeño que fuera atado junto á mí con esta misma soga, con cuyo sonido se entendiera que todavía bajaba y estaba vivo: pero pues ya no es posible, á la mano de Dios que me guíe; y luego se hincó de rodillas é hizo una oracion en voz baja al cielo, pidiendo á Dios le ayudase y le diese buen suceso en aquella al parecer peligrosa y nueva aventura, y en voz alta dijo luego: ¡oh, señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso! si es posible que lleguen á tus oidos las plegarias y rogaciones deste tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego las escuches, que no son otras que rogarte no me niegues tu favor y amparo ahora que tanto le hé menester. Yo voy á despeñarme, á empozarme y á hundirme en el abismo que aquí se me representa, solo porque conozca el mundo que si tú me favoreces no habrá imposible á quien yo no acometa ni acabe: y en diciendo esto se acercó á la sima, vió no ser posible descolgarse ni hacer lugar á la entrada sinó era á fuerza de brazos ó á cuchilladas, y así poniendo mano á la espada comenzó á derribar y á cortar de aquellas malezas que á la boca de la cueva estaban, por cuyo ruido y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos y grajos, tan espesos y con tanta priesa, que dieron con D. Quijote en el suelo. Finalmente se levantó, y viendo que no salian más cuervos ni otras aves nocturnas, como fueron murciélagos, que asimismo entre los cuervos salieron, dándole soga el primo y Sancho le dejaron calar al fondo de la caverna espantosa: y al entrar, echándole Sancho su bendicion y haciendo sobre él mil cruces, dijo: Dios te guíe y la peña de Francia junto con la trinidad de Gaeta, flor, nata y espuma de los caballeros andantes. Allá vás, valenton del mundo, corazon de acero, brazos de bronce; Dios te guíe otra vez y te vuelva libre, sano y sin cautela á la luz desta vida que dejas por enterrarte en esta escuridad que buscas. Casi las mismas plegarias y deprecaciones hizo el primo. Iba D. Quijote dando voces que le diesen soga y más soga, y ellos se la daban poco á poco; y cuando las voces, que acanaladas

por la cueva salian, dejaron de oirse, ya ellos tenian descolgadas las cien brazas de soga. Fueron de parecer de volver á subir á D. Quijote, pues no le podian dar más cuerda; con todo eso se detuvieron como media hora, al cabo del cual espacio volvieron á recoger la soga con mucha facilidad y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar que Don Quijote se quedaba dentro: y creyéndolo así Sancho, lloraba amargamente y tiraba con mucha priesa por desengañarse: pero llegando á su parecer á poco más de las ochenta brazas, sintieron peso, de que en extremo se alegraron. Finalmente, á las diez vieron distintamente á D. Quijote, á quien dió voces Sancho diciéndole: sea v. m. muy bien vuelto, señor mio, que ya pensábamos que se quedaba allá para casta; pero no respondia palabra D. Quijote, y sacándole del todo vieron que traia cerrados los ojos con muestras de estar dormido. Tendiéronle en el suelo y desliáronle, y con todo esto no despertaba. Pero tanto le volvieron y revolvieron, sacudieron y menearon, que al cabo de un buen espacio volvió en sí, desperezándose bien como si de algun grave y profundo sueño despertára, y mirando á una y á otra parte como espantado, dijo: Dios os lo perdone, amigos, que me habeis quitado de la más sabrosa y agradable vida y vista que ningun humano há visto ni pasado. En efecto, ahora acabo de conocer que todos los contentos desta vida pasan como sombra y sueño, ó se marchitan como la flor del campo. ¡Oh, desdichado Montesinos! ¡Oh, mal ferido Durandarte! ¡Oh, sin ventura Belerma! ¡Oh, lloroso Guadiana, y vosotras sin dicha hijas de Ruidera, que mostrais en vuestras aguas la que lloraron vuestros hermosos ojos! Con grande atencion escuchaban el primo y Sancho las palabras de D. Quijote, que las decia como si con dolor inmenso las sacára de las entrañas. Suplicáronle les diese á entender lo que decia, y les dijese lo que en aquel infierno habia visto. ¿Infierno le llamais? dijo D. Quijote; pues no le llameis ansí, porque no lo merece, como luego vereis. Pidió que le diesen algo de comer, que traía grandísima hambre. Tendieron la arpillera del primo sobre la verde yerba, acudieron á la despensa de sus alforjas, y sentados todos tres en buen amor y compaña, merendaron y cenaron todo junto. Levantada la arpillera, dijo D. Quijote de la Mancha: no se levante nadie, y estadme, hijos, todos atentos.

CAPITULO XIX.

De las admirables cosas que el extremado D. Quijote contó que habia visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apocrifa.

Las cuatro de la tarde serian cuando el sol entre nubes cubierto, con luz escasa y templados rayos dió lugar á D. Quijote para que sin calor

y pesadumbre contase á sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueva de Montesinos habia visto, y comenzó en el modo siguiente: Á obra de doce ó catorce estados de la profundidad desta mazmorra, á la derecha mano se hace una concavidad y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas. Éntrale una pequeña luz por unos resquicios ó agujeros, que lejos le responden, abiertos en la superficie de la tierra. Esta concavidad y espacio vi yo, á tiempo cuando ya iba cansado y mohíno de verme pendiente y colgado de la soga caminar por aquella escura region abajo sin llevar cierto ni determinado camino, y así determiné entrarme en ella y descansar un poco. Fuí recogiendo la soga que enviábades, y haciendo della una rosca ó rimero me senté sobre él pensativo además, considerando lo que hacer debia para calar al fondo, no teniendo quien me sustentase: y estando en este pensamiento y confusion, de repente y sin procurarlo me salteó un sueño profundísimo, y cuando ménos lo pensaba, sin saber cómo ni cómo no, desperté dél y me hallé en la mitad del más bello, ameno y deleitoso prado, que puede criar la naturaleza ni imaginar la más discreta imaginacion humana. Despabilé los ojos, limpiémelos, y ví que no dormia, sino que realmente estaba despierto. Ofrecióseme luego á la vista un real y suntuoso palacio ó alcázar, cuyos muros y paredes parecian de trasparente y claro cristal fabricados, del cual abriéndose dos grandes puertas ví que por ellas salia y hácia mí se venia un venerable anciano vestido con un capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastraba; no traia arma ninguna, sino un rosario de cuentas en la mano, mayores que medianas nueces, y los diezes asimismo como huevos medianos de avestruz: el continente, el paso, la gravedad y la anchísima presencia, cada cosa de por sí y todas juntas me suspendieron y admiraron. Llegóse á mí, y lo primero que hizo fué abrazarme estrechamente, y luego decirme: luengos tiempos há, valeroso caballero D. Quijote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados esperamos verte para que des noticia al mundo de lo que encierra y cubre la profunda cueva por donde has entrado, llamada la cueva de Montesinos: hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible corazon y de tu ánimo estupendo. Ven conmigo, señor clarísimo, que te quiero mostrar las maravillas que este trasparente alcázar solapa [1], de quien yo soy alcaide y guarda mayor perpétua, porque soy el mismo Montesinos, de quien la cueva toma nombre. En efecto, el venerable Montesinos me metió en el cristalino palácio, donde en una sala baja, fresquísima sobre modo y toda de alabastro, estaba un sepulcro de mármol con gran maestría fabricado, sobre el cual ví á un caballero tendido de largo á largo, no

1 Oculta, encubre.

de bronce ni de mármol, ni de jaspe hecho, como los suele haber en otros sepulcros, sino de pura carne y de puros huesos. Tenia la mano derecha puesta sobre el lado del corazon, y ántes que preguntase nada á Montesinos, viéndome suspenso, mirando al del sepulcro, me dijo: este es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los caballeros enamorados y valientes de su tiempo; tiénele aquí encantado como me tiene á mí y á otros muchos y muchas Merlin, aquel francés encantador, que dicen que fué hijo del diablo; y lo que yo creo es que no fué hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto más que el diablo. Lo que á mí me admira es, que sé tan cierto como ahora es de dia, que Durandarte acabó los de su vida en mis brazos, y que despues de muerto le saqué el corazon con mis propias manos. Pues siendo esto así, y que realmente murió este caballero, ¿cómo ahora se queja y suspira de cuando en cuando como si estuviese vivo?

Esto dicho, el mísero Durandante dando una gran voz, dijo:

Oh mi primo Montesinos,
lo postrero que os rogaba,
que cuando yo fuere muerto,
y mi ánima arrancada,
que lleveis mi corazon
adonde Belerma estaba.

Oyendo lo cual el venerable Montesinos se puso de rodillas ante el lastimado caballero, y con lágrimas en los ojos le dijo: ya, señor Durandante, carísimo primo mio, ya hice lo que me mandastes en el aciago dia de nuestra pérdida; yo os saqué el corazon lo mejor que pude, sin que os dejase una mínima parte en el pecho, yo le limpié con un pañizuelo de puntas, yo partí con él de carrera para Francia, habiéndoos primero puesto en el seno de la tierra con tantas lágrimas, que fueron bastantes á lavarme las manos y limpiarme con ellas la sangre que tenian de haberos andado en las entrañas; y por más señas, primo de mi alma, en el primero lugar que topé saliendo de Roncesvalles eché un poco de sal en vuestro corazon, porque no oliese mal, y fuese, sinó fresco, á lo menos amojamado á la presencia de la señora Belerma, á la cual con vos y conmigo y con Guadiana vuestro escudero, y con la dueña Ruidera y sus siete hijas y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos nos tiene aquí encantados el sábio Merlin há muchos años, y aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros, solamente falta Ruidera, sus hijas y sobrinas, las cuales llorando, por compasion que debió de tener Merlin dellas, las convirtió en otras tantas lagunas, que ahora en el mundo de los vivos y

en la provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruidera, las siete son de los reyes de España, y las dos sobrinas de los caballeros de una órden santísima, que llaman de San Juan. Guadiana vuestro escudero, plañendo asimesmo vuestra desgrácia fue convertido en un rio llamado de su mesmo nombre, el cual cuando llegó á la superficie de la tierra y vió el sol del otro cielo, fué tanto el pesar que sintió de ver que os dejaba, que se sumergió en las entrañas de la tierra; pero como no es posible dejar de acudir á su natural corriente, de cuando en cuando sale y se muestra donde el sol y las gentes le vean. Ván le administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las cuales y con otras muchas que se llegan, entra pomposo y grande en Portugal. Pero con todo esto, por donde quiera que va muestra su tristeza y melancolía, y no se precia de criar en sus aguas peces regalados y de estima, sino burdos y desabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado. Unas nuevas os quiero dar ahora, las cuales ya que no sirvan de alívio á vuestro dolor, no os le aumentarán en ninguna manera. Sabed que teneis aquí en vuestra presencia (y abrid los ojos y veréislo) aquel gran caballero de quien tantas cosas tiene profetizadas el sábio Merlin, aquel D. Quijote de la Mancha digo, que de nuevo y con mayores ventajas que en los pasados siglos ha resucitado en los presentes la ya olvidada andante caballería, por cuyo medio y favor podria ser que nosotros fuésemos desencantados, que las grandes hazañas para los grandes hombres están guardadas. Y cuando así no sea, respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja, cuando así no sea, oh primo, digo, paciencia y barajar; y volviéndose de lado tornó á su acostumbrado silencio sin hablar mas palabra.

Oyéronse en esto grandes alaridos y llantos acompañados de profundos gemidos y angustiados sollozos. Volví la cabeza, y ví que por otra sala pasaba una procesion de dos hileras de hermosísimas doncellas todas vestidas de luto con turbantes blancos sobre las cabezas al modo turquesco. Al cabo y fin de las hileras venia una señora, que en la gravedad lo parecia, asimismo vestida de negro, con tocas blancas tan tendidas y largas que besaban la tierra: traia en las manos un lienzo delgado, y entre él, á lo que pude divisar, un corazon de carne mómia, segun venia seco y amojamado. Díjome Montesinos, como toda aquella gente de la procesion eran sirvientes de Durandarte y de Belerma, que allí con sus dos señores estaban encantados, y que la última, que traia el corazon entre el lienzo y en las manos, era la señora Belerma, la cual y sus doncellas cuatro dias en la semana hacian aquella procesion y cantaban, ó por mejor decir lloraban endechas sobre el cuerpo y sobre el lastimado corazon de su primo: y que si me habia parecido algo fea, ó no tan hermosa como tenia la fama, era la causa las malas noches y

peores dias que en aquel encantamento pasaba, como lo podia ver en sus grandes ojeras y en su color quebradiza; que si esto no fuera, apénas la igualara en hermosura, donaire y brio la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos y áun en todo el mundo.

Cepos quedos, dije yo entonces, Sr. D Montesinos: cuente v. m. su historia como debe, que ya sabe que toda comparacion es odiosa, y así no hay para que comparar á nadie con nadie; la sin par Dulcinea del Toboso es quién es, y la señora Doña Belerma es quién es y quién há sido, y quédese aquí. A lo que él me respondió: Sr. D. Quijote, perdóneme v. m., que yo confieso que anduve mal, y no dije bien en decir que apénas igualára la señora Dulcinea á la señora Belerma, pues me bastaba á mí haber entendido, por no sé qué barruntos, que v. m. es su caballero, para que me mordiera la lengua ántes de compararla sino con el mismo cielo. Con esta satisfaccion que me dió el gran Montesinos se quietó mi corazon del sobresalto que recibí en oir que á mi señora la comparaban con Belerma. Y áun me maravillo yo, dijo Sancho, de como v. m. no se subió sobre el vejote, y le molió á coces todos los huesos, y le peló las barbas sin dejarle pelo en ellas. No, Sancho amigo, respondió D. Quijote, no me estaba á mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados á tener respeto á los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente á los que lo son y están encantados: yo sé bien que no nos quedamos á deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasamos. Á esta sazon dijo el primo: yo no sé, Sr. D. Quijote, como v. m. en tan poco espacio de tiempo como há estado allá bajo haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto. ¿Cuánto há que bajé? preguntó D. Quijote. Poco más de una hora, respondió Sancho. Eso no puede ser, replicó D. Quijote, porque allá me anocheció y amaneció, y tornó á anochecer y á amanecer tres veces, de modo que á mi cuenta tres dias hé estado en aquellas partes remotas y escondidas á la vista nuestra. Verdad debe de decir mi señor, dijo Sancho, que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamento, quizá lo que á nosotros nos parece una hora debe de parecer allá tres dias con sus noches. Así será, respondió D. Quijote. ¿Y há comido v. m. en todo este tiempo, señor mio? preguntó el primo. No me hé desayunado de bocado, respondió D. Quijote, ni áun hé tenido hambre; ni por pensamiento. ¿Y los encantados comen? dijo el primo. No comen, respondió D. Quijote, ni tienen excrementos mayores, aunque es opinion que les crecen las uñas, las barbas y los cabellos. ¿Y duermen por ventura los encantados, señor? preguntó Sancho. No por cierto, respondió D. Quijote, á lo ménos en estos tres dias que yo hé estado con ellos ninguno há pegado el ojo, ni yo tampoco. Aquí encaja bien el refran, dijo Sancho, de dime con quien

andas, decirte hé quien eres; ándese v. m. con encantados ayunos y vigilantes: mirad si es mucho que ni coma ni duerma mientras con ellos anduviere; pero perdóneme v. m., señor mio, si le digo que de todo cuanto aquí há dicho, lléveme Dios, que iba á decir el diablo, si le creo cosa alguna. ¿Cómo no? dijo el primo, ¿pues habia de mentir el Sr. Don Quijote, que aunque quisiera no há tenido lugar para componer é imaginar tanto millon de mentiras? Yo no creo que mi señor miente, respondió Sancho. Sinó ¿qué crees? le preguntó D. Quijote. Creo, respondió Sancho, que aquel Merlin, ó aquellos encantadores que encantaron á toda la chusma que v. m. dice que há visto y comunicado allá bajo, le encajaron en el magín ó la memoria toda esa máquina que nos há contado, y todo aquello que por contar le queda. Todo eso pudiera ser, Sancho, replicó D. Quijote; pero no es así, porque lo que hé contado lo ví por mis propios ojos y lo toqué con mis mismas manos. Pero ¿qué dirás cuando te diga yo ahora como entre otras infinitas cosas y maravillas que me mostró Montesinos, me mostró tres labradoras que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras, y apénas las hube visto cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venian con ella, que hablamos á la salida del Toboso? Pregunté á Montesinos si las conocia: respondióme que no; pero él imaginaba que debian de ser algunas señoras principales encantadas, que pocos dias habia que en aquellos prados habian parecido; y que no me maravillase desto, porque allí estaban otras muchas señoras de los pasados y presentes siglos encantadas en diferentes y extrañas figuras, entre las cuales conocia él á la reina Ginebra y su dueña Quintañona escanciando el vino á Lanzarote cuando de Bretaña vino.

Cuando Sancho Panza oyó decir esto á su amo pensó perder el juicio, ó morirse de risa, que como él sabia la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él habia sido el encantador y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indubitablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto, y así le dijo: en mala coyuntura, en peor sazon y en aciago dia bajó v. m., caro patron mio, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba v. m. acá arriba con su entero juicio, tal cual Dios se le habia dado, hablando sentencias y dando consejos á cada paso, y no ahora contando los mayores disparates que pueden imaginarse. Como te conozco, Sancho, respondió D. Quijote, no hago caso de tus palabras. Ni yo tampoco de las de v. m., replicó Sancho, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le hé dicho, ó por las que le pienso decir, si en las suyas no se corrige y enmienda. Pero dígame v. m. ahora que estamos en paz, ¿cómo ó en qué conoció á la señora nuestra

ama? y si la habló, ¿qué dijo, y qué le respondió? Conocíla, respondió D. Quijote, en que trae los mismos vestidos que traia cuando tú me la mostraste. Habléla, pero no me respondió palabra, ántes me volvió las espaldas, y se fué huyendo con tanta priesa que no la alcanzára una jara [2]. Quise seguirla, y lo hiciera, sinó me aconsejára Montesinos que no me cansase en ello, porque seria en balde, y más porque se llegaba la hora donde me convenia volver á salir de la sima. Díjome asimismo que andando el tiempo se me daria aviso como habian de ser desencantados él, Belerma, y Durandarte con todos los que allí estaban; pero lo que más pena me dió de las cosas que allí ví y noté, fué que estándome diciendo Montesinos estas razones se llegó á mí por un lado, sin que yo le viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lágrimas con turbada y baja voz me dijo: mi señora Dulcinea del Toboso besa á v. m. las manos, y le suplica por hallarse en una gran necesidad, cuán encarecidamente puede, sea servido de prestarle sobre este faldellin, que aquí traigo de cotonia nuevo, media docena de reales, ó los que v. m. tuviere, que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad. Suspendióme y admiróme el tal recado, y volviéndome al señor Montesinos le pregunté: ¿es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad? Á lo que él me respondió: créame v. m., Sr. D. Quijote de la Mancha, que esta que llaman necesidad adonde quiera se usa, y por todo se extiende y á todos alcanza, y áun hasta los encantados no perdona; y pues la señora Dulcinea del Toboso envia á pedir esos seis reales, y la prenda es buena, segun parece, no hay sino dárselos, que sin duda debe de estar puesta en algun grande aprieto. Prenda no la tomaré yo, le respondí, ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales, los cuales le dí (que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro dia para dar limosnas á los pobres que topase por los caminos) y le dije, decid, amiga mia, á vuesa señora, que á mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un Fúcar [3] para remediarlos, y que le hago saber que yo no puedo ni debo tener salud, careciendo de su agradable vista y discreta conversacion, y que le suplico, cuán encarecidamente puedo, sea servida s. m. de dejarse ver y tratar deste su cautivo servidor y asendereado caballero. Diréisle tambien que cuando ménos se lo piense oirá decir como yo hé hecho un juramento y voto á modo de aquel que hizo el marqués de Mántua, de vengar á su sobrino Baldovinos, cuando le halló para espirar en la mitad de la montaña, que fué de no comer pan á manteles con

2 Especie de saeta que se disparaba con la ballesta. 3 Como si dijésemos un Rotschild.

las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarle; y así le haré yo de no sosegar y de andar las siete partidas del mundo, con más puntualidad que las anduvo el infante D. Pedro de Portugal, hasta desencantarla. Todo eso y más debe v. m. á mi señora, me respondió la doncella, y tomando los cuatro reales, en lugar de hacerme una reverencia hizo una cabrióla que se levantó dos varas de medir en el aire. ¡Oh santo Dios! dijo á este tiempo, dando una gran voz Sancho; ¡es posible que tal hay en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamentos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura! ¡Oh señor, señor, por quien Dios es que v. m. mire por sí y vuelva por su honra, y no dé crédito á esas vacieda-des que le tienen menguado y descabalado el sentido. Como me quie-res bien, Sancho, hablas desa manera, dijo D. Quijote; y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles; pero andará el tiempo, y yo te contaré algunas de las que allá abajo hé visto, que te harán creer las que aquí hé contado, cuya verdad ni admite réplica ni disputa.

CAPITULO XX.

Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia.

Espantóse el primo así del atrevimiento de Sancho Panza como de la paciencia de su amo, y juzgó que del contento que tenia de haber visto á su señora Dulcinea del Toboso, aunque encantada, le nacia aquella condicion blanda que entonces mostraba; porque si así no fuera, palabras y razones le dijo Sancho, que merecian se le moliese á palos, porque realmente le pareció que habia andado atrevidillo con su señor, á quien le dijo: yo, Sr. D. Quijote de la Mancha, doy por bien emplea-dísima la jornada que con v. m. hé hecho, porque en ella hé granjeado cuatro cosas. La primera, haber conocido á v. m., que lo tengo á gran felicidad. La segunda, haber sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana, y de las lagunas de Ruidera, que me servirán para el *Ovidio español* que traigo entre manos. La tercera, entender la antigüedad de los naipes, que por lo menos ya se usaban en tiempo del emperador Carlo Magno, segun puede colegirse de las palabras que v. m. dice que dijo Durandarte cuando al cabo de aquel grande espacio que estuvo hablando con él Montesinos, él despertó diciendo: paciencia y barajar. Y esta razon y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino cuando no lo estaba en Francia, y en tiempo del referido emperador Carlo Magno. Y esta averigua-

cion me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es *Suplemento de Virgilio Polidoro en la invencion de las antigüedades*; y creo que en el suyo no se acordó de poner la de los naipes, como la pondré yo ahora, que será de mucha importancia, y más alegando autor tan grave y tan verdadero como es el señor Durandarte. La cuarta, es haber sabido con certidumbre el nacimiento del rio Guadiana, hasta ahora ignorado de las gentes [1]. V. m. tiene razon, dijo D. Quijote; pero querria yo saber, ya que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir esos sus libros, que lo dudo, ¿á quién piensa dirigirlos? Señores y grandes hay en España á quien puedan dirigirse, dijo el primo. No muchos, respondió D. Quijote: y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos por no obligarse á la satisfaccion que parece se debe al trabajo y cortesía de sus autores. Un príncipe conozco yo que puede suplir la falta de los demás con tantas ventajas, que si me atreviera á decirlas, quizá despertára la envidia en más de cuatro generosos pechos; pero quédese esto aquí para otro tiempo más cómodo, y vamos á buscar donde recogernos esta noche. No lejos de aquí, respondió el primo, está una ermita donde hace su habitacion un ermitaño, que dicen ha sido soldado, y está en opinion de ser un buen cristiano, y muy discreto y caritativo además. Junto con la ermita tiene una pequeña casa que él ha labrado á su costa, pero con todo, aunque chica, es capaz de recibir huéspedes. ¿Tiene por ventura gallinas el tal ermitaño? preguntó Sancho. Pocos ermitaños estan sin ellas, respondió D. Quijote, porque no son los que ahora se usan como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestian de hojas de palma, y comian raices de la tierra. Y no se entienda que por decir bien de aquellos no lo digo de aquestos, sino que quiero decir que al rigor y estrecheza de entonces no llegan las penitencias de los de ahora; pero no por esto dejan de ser todos buenos, á lo menos yo por buenos los juzgo; y cuando todo corra turbio [2], menos mal hace el hipócrita que se finge bueno, que el público pecador.

Estando en esto vieron que hácia donde ellos estaban venia un hombre á pié caminando apriesa y dando varazos á un macho que venia cargado de lanzas y de alabardas. Cuando llegó á ellos los saludó y pasó de largo. D. Quijote le dijo: buen hombre, deteneos, que parece que vais con más diligencia que ese macho há menester. No me puedo detener, señor, respondió el hombre, porque las armas que veis que aquí llevo

1 El nacimiento del Guadiana de que aquí se habla no es del material y topográfico sino del mitológico que le asigno Cervantes, á saber, la transformacion del escudero *Guadiana* y de la dueña *Ruidera*, que refirió Montesinos á Durandarte, hallándose nuestro hidalgo presente. 2 Correr turbio es suceder lo peor, ó lo contrario de lo que se supone ó desea.

han de servir mañana, y así me es forzoso el no detenerme, y á Dios. Pero si quisiéredes saber para qué las llevo, en la venta que está más arriba de la ermita pienso alojar esta noche; y si es que haceis este mesmo camino, allí me hallareis, donde os contaré maravillas, y á Dios otra vez; y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo lugar D. Quijote de preguntarle qué maravillas eran las que pensaba decirles; y como él era algo curioso, y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenó que al momento se partiesen y fuesen á pasar la noche en la venta sin tocar en la ermita, donde quisiera el primo que se quedáran. Hízose así, subieron á caballo y siguieron todos tres el derecho camino de la venta. Dijo el primo á D. Quijote que llegasen á la ermita á beber un trago. Apénas oyó esto Sancho Panza cuando encaminó el rúcio á ella, y lo mismo hicieron D. Quijote y el primo; pero la mala suerte de Sancho parece que ordenó que el ermitaño no estuviese en casa, que así se lo dijo una sotaermitaño que en la ermita hallaron. Pidiéronle de lo caro. Respondió que su señor no lo tenia; pero que si querian agua barata, que se la daría de muy buena gana. Si yo la tuviera de agua, respondió Sancho, pozos hay en el camino, donde la hubiera satisfecho. ¡Ah, bodas de Camacho y abundancia de la casa de D. Diego, y cuántas veces os tengo de echar ménos! Con esto dejaron la ermita y picaron hácia la venta, y á poco trecho toparon un mancebito que delante dellos iba caminando no con mucha priesa, y así le alcanzaron. Llevaba la espada sobre el hombro, y en ella puesto un bulto ó envoltorio al parecer de sus vestidos, que debian de ser los calzones ó gregüescos y herreruelo, y alguna camisa, porque traia puesta una ropilla de terciopelo con algunas vislumbres de raso, y la camisa de fuera; las medias eran de seda, y los zapatos cuadrados á uso de córte; la edad llegaría á diez y ocho ó diez y nueve años, alegre de rostro, y al parecer ágil de su persona; iba cantando seguidillas para entretener el trabajo del camino. Cuando llegaron á él acababa de cantar una, que el primo tomó de memoria, que dicen que decia:

Á la guerra me lleva
mi necesidad;
si tuviera dineros
no fuera en verdad.

El primero que le habló fué D. Quijote, diciéndole: muy á la ligera camina v. m., señor galán; ¿y adónde bueno? sepamos, si es que gusta decirlo. Á lo que el mozo respondió: el caminar tan á la ligera lo causa el calor y la pobreza, y el adonde voy es á la guerra. ¿Cómo la pobreza? preguntó D. Quijote; que por el calor bien puede ser. Señor, replicó el mancebo; yo llevo en este envoltorio unos gregüescos de terciope-

lo, compañeros desta ropilla; si los gasto en el camino no me podré honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con qué comprar otros; y así por esto como por orearme, voy desta manera hasta alcanzar unas compañías de infantería que no están doce leguas de aquí, donde asentaré mi plaza, y no faltarán bagajes en qué caminar de allí adelante hasta el embarcadero, que dicen há de ser en Cartagena; y más quiero tener por amo y por señor al rey, y servirle en la guerra, que no á un pelon en la córte. ¿Y lleva v. m. alguna ventaja por ventura? preguntó el primo. Si yo hubiera servido á algun grande de España ó algun principal personaje, respondió el mozo, á buen seguro que yo la llevára, que eso tiene el servir á los buenos, que del tinelo suelen salir á ser alféreces ó capitanes, ó con algun buen entretenimiento; pero yo, desventurado, serví siempre á catiriberas [3] y á gente advenediza de racion y quitacion tan mísera y atenuada, que en pagar el almidonar un cuello se consumia la mitad della, y sería tenido á milagro que un paje aventurero alcanzase alguna siquiera razonable ventura. Y dígame por su vida, amigo, preguntó D. Quijote; ¿es posible que en los años que sirvió no há podido alcanzar alguna librea? Dos me han dado, respondió el paje; pero así como al que se sale de alguna religion ántes de profesar le quitan el hábito y le vuelven sus vestidos, así me volvian á mí los mios mis amos, que acabados los negocios á que venian á la córte se volvian á sus casas, y recogian las libreas que por sola ostentacion habian dado.

Notable espilorchería [4], como dice el italiano, dijo D. Quijote; pero con todo eso, tenga á felice ventura el haber salido de la córte con tan buena intencion como lleva, porque no hay otra cosa en la tierra más honrada ni de más provecho que servir á Dios primeramente, y luego á su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanza, sinó más riquezas, á lo ménos más honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces; que puesto que han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué los de las armas á los de las letras, con un sí sé qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja á todos. Y esto que ahora le quiero decir, llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alívio en sus trabajos, y es que aparte la imaginacion de los sucesos adversos que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte, y como esta sea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntáronle á Julio César, aquel valeroso emperador romano, cuál era la mejor muerte. Respondió que la impensada, la de repente y no prevista; y aunque res-

3 Dábase este nombre á los pretendientes de varas de alcaldes mayores y de corregimientos. 4 Miseria extrema, cicatería, mezquindad.

pondió como gentil y ajeno del conocimiento del verdadero Dios, con todo eso dijo bien, para ahorrarse del sentimiento humano, que puesto caso que os maten en la primera faccion ó refriega, ó ya de un tiro de artillería, ó volado de una mina, ¿qué importa? todo es morir, y acabóse la obra; y segun Terencio, más bien parece el soldado muerto en la batalla, que vivo y salvo en la huida; y tanto alcanza de fama el buen soldado, cuanto tiene de obediencia á sus capitanes y á los que mandar le pueden; y advertid, hijo, que al soldado mejor le está el oler á pólvora que á algália [5], y que si la vejez os coge en este honroso ejercicio, aunque sea lleno de heridas y estropeado ó cojo, á lo ménos no os podrá coger sin honra, y tal que no os la podrá menoscabar la pobreza: cuanto más que ya se vá dando órden como se entretengan y remedien los soldados viejos y estropeados, porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran y dan libertad á sus negros cuando ya son viejos y no pueden servir, y echándolos de casa con título de libres, los hacen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahorrarse sino con la muerte; y por ahora no os quiero decir más, sino que subais á las ancas deste mi caballo hasta la venta, y allí cenareis conmigo, y por la mañana seguireis el camino, que os lo dé Dios tan bueno como vuestros deseos merecen.

El paje no aceptó el convite de las ancas, aunque sí el de cenar con él en la venta, y á esta sazon dicen que dijo Sancho entre sí: válate Dios por señor: ¿y es posible que hombre que sabe decir tales, tantas y tan buenas cosas como aquí há dicho, diga que ha visto los disparates imposibles que cuenta de la cueva de Montesinos? Ahora bien, ello dirá: y en esto llegaron á la venta á tiempo que anochecia, y no sin gusto de Sancho por ver que su señor la juzgó por verdadera venta, y no por castillo, como solia. No hubieron bien entrado, cuando D. Quijote preguntó al ventero por el hombre de las lanzas y alabardas, el cual le respondió que en la caballeriza estaba acomodando el macho: lo mismo hicieron de sus jumentos el primo y Sancho, dando á Rocinante el mejor pesebre y el mejor lugar de la caballeriza.

CAPITULO XXI.

Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino.

No se le cocia el pan á D. Quijote, como suele decirse, hasta oir y saber las maravillas prometidas del hombre condutor de las armas. Fué-

5 *Algália* es cierto liquido que el gato indico cria en unas bolsitas cerca del orificio, y que seco y endurecido es de suavísimo olor y por esto muy preciado.

le á buscar donde el ventero le habia dicho que estaba, y hallóle y díjole que en todo caso le dijese luego lo que le habia de decir despues acerca de lo que le habia preguntado en el camino. El hombre le respondió: más despacio y no en pié se há de tomar el cuento de mis maravillas: déjeme v. m., señor bueno, acabar de dar recado á mi bestia que yo le diré cosas que le admiren. No quede por eso, respondió D. Quijote, que yo os ayudaré á todo, y así lo hizo ahechándole la cebada y limpiándole el pesebre, humildad que obligó al hombre á contarle con buena voluntad lo que le pedia; y sentándose en un poyo, y D. Quijote junto á él, teniendo por senado y auditorio al primo, al paje, á Sancho Panza y al ventero, comenzó á decir desta manera:

Sabrán vs. ms. que en un lugar, que está cuatro leguas y media desta venta, sucedió que á un regidor dél, por industria y engaño de una muchacha criada suya (y esto es largo de contar) le faltó un asno, y aunque el tal regidor hizo las mayores diligencias por hallarle, no fué posible. Quince dias serian pasados, segun es pública voz y fama, que el asno faltaba, cuando estando en la plaza el regidor perdidoso, otro regidor del mismo pueblo le dijo: dadme albrícias, compadre, que vuestro jumento há parecido. Yo os las mando, y buenas, compadre, respondió el otro; pero sepamos donde há parecido. En el monte, respondió el hallador, le ví esta mañana sin albarda y sin aparejo alguno, y tan flaco que era una compasion miralle: quísele antecoger delante de mí y traérosle; pero está ya tan montaráz y tan huraño, que cuando llegué á él se fué huyendo y se entró en lo más escondido del monte: si quereis que volvamos los dos á buscarle, dejadme poner esta borrica en mi casa, que luego vuelvo. En efecto, los dos regidores á pié y mano á mano se fuéron al monte; y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque más le buscaron. Viendo pues que no parecia, dijo el regidor que le habia visto, al otro: mirad, compadre, una traza me há venido al pensamiento, con la cual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte; y es que yo sé rebuznar maravillosamente, y si vos sabeis algun tanto, dad el hecho por concluido. ¿Algun tanto decis, compadre? dijo el otro: por Dios que no dé la ventaja á nadie, ni áun á los mesmos asnos. Ahora lo veremos, respondió el regidor segundo, porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte y yo por otra, de modo que le rodeemos y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznaréis vos y rebuznaré yo, y no podrá ser ménos sino que el asno nos oya y nos responda si es que está en el monte. A lo que respondió el dueño del jumento: digo, compadre, que la traza es excelente y digna de vuestro gran ingenio; y dividiéndose los dos se

gun el acuerdo, sucedió que casi á un mesmo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro acudieron á buscarse, pensando que ya el jumento habia parecido, y en viéndose dijo el perdidoso: ¿es posible, compadre, que no fué mi asno el que rebuznó? No fué sino yo, respondió el otro. Ahora digo, dijo el dueño, que de vos á un asno, compadre, no hay alguna diferencia en cuanto toca al rebuznar, porque en mi vida hé visto ni oido cosa más propia. Esas alabanzas y encarecimiento, respondió el de la traza, mejor os atañen y tocan á vos que á mí, compadre; que por el Dios que me crió, que podeis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y más perito rebuznador del mundo; porque el sonido que teneis es alto, lo sostenido de la voz á su tiempo y compás, los dejos muchos y apresurados, y en resolucion yo me doy por vencido y os rindo la palma, y doy la bandera desta rara habilidad. Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré y estimaré en más de aquí adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia, que puesto que pensaba que rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al extremo que decís. Tambien diré yo ahora, respondió el segundo, que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse dellas. Las nuestras, respondió el dueño, sinó es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros, y áun en este plega á Dios que nos sean de provecho. Esto dicho, se tornaron á dividir y á volver á sus rebuznos, y á cada paso se engañaban y volvian á juntarse, hasta que se dieron por contraseña, que para entender que eran ellos y no el asno, rebuznasen dos veces una tras otra. Con esto doblando á cada paso los rebuznos rodearon todo el monte sin que el perdido jumento respondiese ni áun por señas. Mas ¿cómo habia de responder el pobre y mal logrado, si le hallaron en lo más escondido del bosque comido de lobos? Y en viéndole dijo su dueño: ya me maravillaba yo de que él no respondia, pues á no estar muerto, él rebuznára si nos oyera, ó no fuera asno; pero á trueco de haberos oido rebuznar con tanta grácia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que hé tenido en buscarle, aunque le hé hallado muerto. En buena mano está, compadre, respondió el otro, pues si bien canta el abad, no le vá en zaga el monacillo. Con esto desconsolados y roncos se volvieron á su aldea, adonde contaron á sus amigos, vecinos y conocidos cuánto les habia acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la grácia del otro en el rebuznar, todo lo cual se supo y se extendió por los lugares circunvecinos; y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por dó quiera, levantando caramillos y grandes quimeras de nonada, ordenó é hizo que las gentes de los otros pueblos en viendo á alguno de nuestra aldea rebuznasen, como dándoles en rostro

con el rebuzno de nuestros regidores. Dieron en ello los muchachos, que fué dar en manos y en bocas de todos los demónios del infierno, y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo de manera, que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno, como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos; y há llegado á tanto la desgrácia desta burla, que muchas veces con mano armada y formado escuadron han salido contra los burladores los burlados á darles batalla, sin poderlo remediar rey ni roque, ni temor ni vergüenza. Yo creo que mañana ó esotro dia han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro lugar que está á dos leguas del nuestro, que es uno de los que más nos persiguen, y por salir bien apercebidos llevo compradas estas lanzas y alabardas que habeis visto. Y estas son las maravillas que dije que os habia de contar; y sinó os lo han parecido, no sé otras; y con esto dió fin á su plática el buen hombre.

Y en esto entró por la puerta de la venta un hombre todo vestido de camuza, medias, gregüescos y jubon, y con voz levantada dijo: señor huésped, ¿hay posada? que viene aquí el mono adivino y el retablo de la libertad de Melisendra. Cuerpo de tal, dijo el ventero, que aquí está el señor Maese Pedro; buena noche se nos apareja. Olvidábaseme decir como el tal maese Pedro traia cubierto el ojo izquierdo y casi medio carrillo con un parche de tafetán verde, señal que todo aquel lado debia de estar enfermo, y el ventero prosiguió diciendo: sea bien venido v. m., señor maese Pedro, ¿adónde está el mono y el retablo que no los veo? Ya llegan cerca, respondió el todo camuza, sino que yo me hé adelantado á saber si hay posada. Al mismo duque de Alba se la quitára para dársela al señor maese Pedro, respondió el ventero: llegue el mono y el retablo, que gente hay esta noche en la venta que pagará el verle y las habilidades del mono. Sea en buen hora, respondió el del parche, que yo moderaré el precio, y con sola la costa me daré por bien pagado, y yo vuelvo á hacer que camine la carreta donde viene el mono y el retablo; y luego se volvió á salir de la venta. Preguntó luego D. Quijote al ventero qué maese Pedro era aquel, y qué retablo y qué mono traia. A lo que respondió el ventero: este es un famoso titerero [1] que há muchos dias que anda por esta Mancha de Aragon enseñando un retablo de Melisendra libertada por el famoso D. Gaiferos, que es una de las mejores y más bien representadas historias que de muchos años á esta parte en este reino se han visto: trae asimismo consigo un mono de la más rara habilidad que se vió entre monos, ni se imaginó entre hombres; porque si le preguntan algo, está atento á lo que le preguntan, y luego salta sobre los hombros de su amo, y llegándosele al oido le dice

1 Titiritero, como decimos ahora.

la respuesta de lo que le preguntan, y maese Pedro la declara luego, y de las cosas pasadas dice mucho más que de las que están por venir; y aunque no todas veces acierta en todas, en las más no yerra, de modo que nos hace creer que tiene el diablo en el cuerpo. Dos reales lleva por cada pregunta si es que el mono responde, quiero decir, si responde el amo por él despues de haberle hablado al oido; y así se cree que el tal maese Pedro está riquísimo, y dáse la mejor vida del mundo; habla más que seis, y bebe más que doce, todo á costa de su lengua, de su mono y de su retablo. En esto volvió el maese Pedro, y en una carreta venia el retablo y el mono, grande y sin cola, con las posaderas de fieltro, pero no de mala cara: y apenas le vió D. Quijote cuando le preguntó: dígame v. m., señor adivino, *¿qué pejepillamo?* [2] ¿qué ha de ser de nosotros? y vea aquí mis dos reales, y mandó á Sancho que se los diese á maese Pedro, el cual respondió por el mono y dijo: señor, este animal no responde ni dá noticia de las cosas que están por venir; de las pasadas sabe algo y de las presentes algun tanto. Voto arrus, dijo Sancho, no dé yo un ardite porque me digan lo que por mí ha pasado, porque ¿quién lo puede saber mejor que yo mismo? y pagar yo porque me digan lo que sé, seria una gran necedad: pero pues sabe las cosas presentes, he aquí mis dos reales, y dígame el señor monísimo ¿qué hace ahora mi mujer Teresa Panza y en qué se entretiene? No quiso tomar maese Pedro el dinero, diciendo: no quiero recebir adelantados los premios sin que hayan precedido los servicios; y dando con la mano derecha dos golpes sobre el hombro izquierdo, en un brinco se le puso el mono en él, y llegando la boca al oido, daba diente con diente muy apriesa; y habiendo hecho este ademán por espacio de un credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto con grandísima priesa se fué maese Pedro á poner de rodillas ante D. Quijote, y abrazándole las piernas dijo: estas piernas abrazo, bien así como si abrazára las dos columnas de Hércules, ¡oh resucitador insigne de la ya puesta en olvido andante caballería! ¡oh no jamás como se debe alabado caballero D. Quijote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arrimo de los que van á caer, brazo de los caidos, báculo y consuelo de todos los desdichados! Quedó pasmado D. Quijote, absorto Sancho, suspenso el primo, atónito el paje, abobado el del rebuzno, confuso el ventero, y finalmente, espantados todos los que oyeron las razones del titerero, el cual prosiguió diciendo: y tú, oh buen Sancho Panza, el mejor escudero y del mejor caballero del mundo, alégrate, que tu buena mujer Teresa está buena, y esta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino, y por más señas tiene á su lado izquierdo un jarro desbocado que cabe un

2 Expresion italiana que equivale á la que sigue: ¿qué há de ser de nosotros?

buén porqué[3] de vino, con que se entretiene en su trabajo. Eso creo yo muy bien, respondió Sancho, porque es ella una bienaventurada, y á no ser zelosa no la trocára yo por la giganta Andandona, que, segun mi señor, fué una mujer muy cabal y muy de pró; y es mi Teresa de aquellas que no se dejan mal pasar, aunque sea á costa de sus herederos.

Ahora digo, dijo á esta sazon D. Quijote, que el que lee mucho y anda mucho, vé mucho y sabe mucho. Digo esto porque ¿qué persuasion fuera bastante para persuadirme que hay monos en el mundo que adivinen, como lo hé visto ahora por mis propios ojos? porque yo soy el mismo D. Quijote de la Mancha que este buen animal há dicho, puesto que se há extendido algun tanto en mis alabanzas; pero como quiera que yo me sea, doy gracias al cielo, que me dotó de un ánimo blando y compasivo, inclinado siempre á hacer bien á todos y mal á ninguno. Si yo tuviera dineros, dijo el paje, preguntára al señor mono qué me há de suceder en la peregrinacion que llevo. Á lo que respondió maese Pedro: ya hé dicho que esta bestezuela no responde á lo porvenir: que si respondiera, no importára no haber dineros, que por servicio del Sr. D. Quijote, que está presente, dejára yo todos los intereses del mundo; y agora porque se lo debo, y por darle gusto, quiero armar mi retablo y dar placer á cuantos están en la venta sin paga alguna. Oyendo lo cual el ventero, alegre sobremanera, señaló el lugar donde se podia poner el retablo, que en un punto fué hecho. D. Quijote no estaba muy contento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser á propósito que un mono adivinase ni las de por venir ni las pasadas cosas; y así en tanto que maese Pedro acomodaba el retablo, se retiró D. Quijote con Sancho á un rincon de la caballeríza, donde sin ser oidos de nadie le dijo: mira, Sancho, yo hé considerado bien la extraña habilidad deste mono, y hallo por mi cuenta que sin duda este maese Pedro, su amo, debe de tener hecho pacto tácito ó expreso con el demonio. Si el patio[4] es espeso y del demónio, dijo Sancho, sin duda debe de ser muy súcio patio; pero ¿de qué provecho le es al tal maese Pedro tener esos patios? No me entiendes, Sancho; no quiero decir sino que debe de tener hecho algun concierto con el demónio, de que infunda esa habilidad en el mono con que gane de comer, y despues que esté rico le dará su alma, que es lo que este universal enemigo pretende; y háceme creer esto el ver que el mono no responde sino á las cosas pasadas ó presentes, y la sabiduría del diablo no se puede extender á más: que las por venir no las sabe sino es por conjeturas, y no todas veces, que á solo Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos, y para él no hay pasado

3 Una buena racion ó porcion de vino. 4 Sancho dice *patio espeso*, por pacto expreso.

ni por venir, que todo es presente: y siendo esto así, como lo es, está claro que este mono habla con el estilo del diablo, y estoy maravillado cómo no le han acusado al Santo Oficio y examinádole y sacádole de cuajo en virtud de quién adivina; porque cierto está que este mono no es astrólogo, ni su amo ni él alzan ni saben alzar estas figuras que llaman judiciarias, que tanto ahora se usan en España, que no hay mujercilla ni paje ni zapatero de viejo que no presuma de alzar una figura [5], como una sota de naipes del suelo, echando á perder con sus mentiras é ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia. De una señora sé yo que preguntó á uno destos figureros que si una perrilla pequeña de falda que tenia pariría, y cuántos y de qué color serían los perros que pariese. A lo que el señor judiciario, despues de haber alzado la figura, respondió que la perrica pariría tres perricos, el uno verde, el otro encarnado y el otro de mezcla, con tal condicion que la tal perra se cubriese entre las once y doce del dia ó de la noche, y que fuese en lunes ó en sábado; y lo que sucedió fué que de allí á dos dias se murió la perra de ahíta, y el señor levantador quedó acreditado en el lugar por acertadísimo judiciario, como lo quedan todos ó los más levantadores. Con todo eso querria, dijo Sancho, que v. m. dijese á maese Pedro preguntase á su mono si es verdad lo que á v. m. le pasó en la cueva de Montesinos; que yo para mí tengo, con perdon de v. m., que todo fué embeleco y mentira, ó por lo ménos cosas soñadas. Todo podria ser, respondió Don Quijote; pero yo haré lo que me aconsejas, puesto que me há de quedar un no sé qué de escrúpulo.

Estando en esto llegó maese Pedro á buscar á D. Quijote y decirle que ya estaba en órden el retablo, que s. m. viniese á verle, porque lo merecia. D. Quijote le comunicó su pensamiento y le rogó preguntase luego á su mono si ciertas cosas que habian pasado en la cueva de Montesinos habian sido soñadas ó verdaderas, porque á él le parecia que tenian de todo. A lo que maese Pedro sin responder palabra volvió á traer el mono, y puesto delante de D. Quijote y de Sancho, dijo: mirad, señor mono, que este caballero quiere saber si ciertas cosas que le pasaron en una cueva llamada de Montesinos fueron falsas ó verdaderas; y haciéndole la acostumbrada señal, el mono se le subió en el hombro izquierdo, y hablándole al parecer al oido, dijo luego maese Pedro: el mono dice que parte de las cosas que v. m. vió ó pasó en la dicha cueva son falsas, y parte verosímiles: y que esto es lo que sabe, y no otra cosa en cuanto á esta pregunta: y que si v. m. quisiere saber más, que el viernes venidero responderá á todo lo que se le preguntáre, que por

5 *Alzar ó levantar figura* era entre los astrólogos judiciarios la manera de determinar la posicion de las estrellas, para sacar un horóscopo, y predecir el porvenir.

ahora se le há acabado la virtud, que no le vendrá hasta el viernes, como dicho tiene. ¿No lo decia yo, dijo Sancho, que no se me podia asentar que todo lo que v. m., señor mio, há dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni áun la mitad? Los sucesos lo dirán, Sancho, respondió D. Quijote; que el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no la saque á la luz del sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra; y por ahora baste esto, y vámonos á ver el retablo del buen maese Pedro, que para mí tengo que debe de tener alguna novedad. ¿Cómo alguna? respondió maese Pedro; sesenta mil encierra en sí este mi retablo: dígole á v. m., mi señor D. Quijote, que es una de las cosas más de ver que hoy tiene el mundo: y manos á la labor, que se hace tarde, y tenemos mucho que hacer, que decir y que mostrar. Obedeciéronle D. Quijote y Sancho, y vinieron donde ya estaba el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hacian vistoso y resplandeciente. En llegando se metió maese Pedro dentro dél, que era el que habia de manejar las figuras del artificio, y fuera se puso un muchacho criado de maese Pedro, para servir de intérprete y declarador de los misterios del tal retablo: tenia una varilla en la mano con que señalaba las figuras que salian. Puestos, pues, todos cuantos habia en la venta, y algunos en pié frontero del retablo, y acomodados D. Quijote, Sancho, el paje y el primo en los mejores lugares, el trujaman [6] comenzó á decir lo que oirá y verá el que oyere ó viere el capítulo siguiente.

CAPITULO XXII.

Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas.

Callaron todos Tirios y Troyanos: quiero decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban de la boca del declarador de sus maravillas, cuando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho, y dijo: esta verdadera historia que aquí á vs. ms. se representa, es sacada al pié de la letra de las coronicas francesas, y de los romances españoles que andan en boca de las gentes y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el Sr. D. Gaiferos á su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España en poder de los moros en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza: y vean vs. ms. allí como está jugando á las tablas Don

6 El intérprete, el que explica las figuras.

Gaiferos. Y aquel personaje que allí asoma con corona en la cabeza y cetro en las manos es el emperador Cárlo Magno, padre putativo de la tal Melisendra, el cual, mohíno de ver el ócio y descuido de su yerno, le sale á reñir: y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro media docena de coscorrones, y áun hay autores que dicen que se los dió, y muy bien dados; y miren vs. ms. tambien como D. Gaiferos arroja impaciente de cólera lejos de sí el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y á Don Roldan su primo pide prestada su espada Durindana, y como D. Roldan no se la quiera prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero el valeroso enojado no la quiere aceptar; ántes dice que él solo es bastante para sacar á su esposa, si bien estuviese metida en el más hondo centro de la tierra, y con esto se entra á armar para ponerse luego en camino. Vuelvan vs. ms. los ojos á aquella torre que allí aparece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljaferia, y aquella dama que en aquel balcon parece vestida á lo moro, es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponia á mirar el camino de Francia, y puesta la imaginacion en París y en su esposo, se consolaba en su cautiverio. Miren tambien un nuevo caso que ahora sucede, quizá no visto jamás. ¿No ven aquel moro, que callandico y pasito á paso, puesto el dedo en la boca se llega por las espaldas de Melisendra? Pues miren como la dá un beso en mitad de los labios, y la priesa que ella se dá á escupir y á limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y cómo se lamenta, y se arranca de pesar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren tambien como aquel grave moro que está en aquellos corredores, es el rey Marsílio de Sansueña, el cual por haber visto la insolencia del moro, puesto que era un pariente y gran privado suyo, le manda luego prender y que le den docientos azotes, llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad con chilladores delante y envaramiento detras [1]: y veis aqui donde salen á ejecutar la sentencia, áun bien apénas no habiendo sido puesta en ejecucion la culpa, porque entre moros no hay traslado á la parte, ni á prueba y estése como entre nosotros. Niño, niño, dijo con voz alta á esta sazon D. Quijote, seguid vuestra historia línea recta, y no os metais en las curvas ó trasversales, que para sacar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas y repruebas. Tambien dijo maese Pedro desde dentro: muchacho no te metas en dibujos, sino haz lo que ese señor te manda, que será lo más acertado: sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que

1 Delante de los azotados iba el pregonero que publicaba ó chillaba la sentencia, y detrás algunos alguaciles con las varas en las manos.

se suelen quebrar de sotiles. Yo lo haré así, respondió el muchacho, y prosiguió diciendo: Esta figura que aquí parece á caballo, cubierta con una capa gascona, es la mesma de D. Gaiferos, á quien su esposa esperaba, y ya vengada del atrevimiento del enamorado moro, con mejor y mas sosegado semblante se ha puesto á los miradores de la torre, y habla con su esposo creyendo que es algun pasajero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance, que dice:

Caballero, si á Francia ides,
por Gaiferos preguntad.

Las cuales no digo yo ahora, porque de la proligidad se suele engendrar el fastídio: basta ver como D. Gaiferos se descubre, y que por los ademánes alegres que Melisendra hace se nos dá á entender que ella le ha conocido, y más ahora que vemos se descuelga del balcon para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo. ¡Mas ay sin ventura! que se ha asido una punta del faldellin de uno de los hierros del balcon, y está pendiente en el aire sin poder llegar al suelo. Pero veis como el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega D. Gaiferos, y sin mirar si se rasgará ó no el rico faldellin, ase de ella, y mal su grado la hace bajar al suelo, y luego puesta de un brinco sobre las ancas de su caballo á horcajadas como hombre, la manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho, porque no se caiga, á causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada á semejantes caballerías. Veis como vuelven las espaldas y salen de la ciudad y alegres y regocijados toman de Paris la via. Y no faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la bajada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al rey Marsílio, el cual mandó luego tocar al arma; y miren cuánta y cuán lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes, cuántas trompetas que suenan, cuántas dulzainas que tocan, cuántos atabales y atambores que retumban: témome que los han de alcanzar, y los han de volver atados á la cola de su mismo caballo, que sería un horrendo espectáculo. Viendo y oyendo pues tanta morisma y tanto estruendo D. Quijote, parecióle ser bien dar ayuda á los que huian, y levantándose en pié, en voz alta dijo: no consentiré yo que en mis dias y en mi presencia se le haga superchería á tan famoso caballero y á tan atrevido enamorado como D. Gaiferos: deteneos, mal nacida canalla, no le sigais ni persigais; sinó conmigo sois en batalla: y diciendo y haciendo desenvainó la espada y de un brinco se puso junto al retablo y con acelerada y nunca vista furia comenzó á llover cuchilladas sobre la titerera morisma, derribando á unos, descabezando á

otros, estropeando á este, destrozando á aquel, y entre otros muchos tiró un altibajo tal, que si maese Pedro no se abaja, se encoje y agazapa, le cercenára la cabeza con más facilidad que si fuera hecha de masa de mazapán. Daba voces maese Pedro diciendo: deténgase v. m. señor D. Quijote; y advierta que estos que derriba, destroza y mata no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta: mire ¡pecador de mí! que me destruye y echa á perder toda mi hacienda. Mas no por esto dejaba de menudear D. Quijote cuchilladas, mandobles, tajos y reveses como llovidos. Finalmente, en ménos de dos credos dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus járcias y figuras, el rey Marsílio mal herido, y el emperador Carlo Magno partida la corona y la cabeza en dos partes. Alborotóse el senado de los oyentes, huyóse el mono por los tejados de la venta: temió el primo, acobardóse el paje, y hasta el mismo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo, porque como él juró despues de pasada la borrasca, jamás habia visto á su señor con tan desatinada cólera. Hecho, pues, el general destrozo del retablo, sosegóse un poco D. Quijote, y dijo: quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen ni quieren creer de cuánto provecho sean en el mundo los caballeros andantes: miren, sinó me hallára yo aquí presente, qué fuéra del buen D. Gaiferos y de la hermosa Melisendra; á buen seguro que esta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algun desaguisado. En resolucion, viva la andante caballería sobre cuantas cosas hoy viven en la tierra. Viva en hora buena, dijo á esta sazon con voz enfermiza maese Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado que no há media hora ni áun un momento que me ví señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerízas, mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas, y agora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo, y sobre todo sin mi mono, que á fé que primero que le vuelva á mi poder me han de sudar los dientes, y todo por la furia mal considerada deste señor caballero, de quien se dice que ampara pupilos y endereza tuertos; y hace otras obras caritativas, y en mí solo ha venido á faltar su intencion generosa, que sean benditos y alabados los cielos allá donde tienen más levantados sus asientos. En fin *el caballero de la Triste Figura* habia de ser aquel que habia de desfigurar las mias.

Enternecióse Sancho Panza con las razones de maese Pedro, y díjole: no llores, maese Pedro, ni te lamentes, que me quiebras el corazon, porque te hago saber que es mi Sr. D. Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algun agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas. Con que me pagase el Sr. D. Quijote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho, quedaria contento, y s. m. aseguraria

su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye. Así es, dijo D. Quijote; pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, maese Pedro. ¿Cómo no, respondió maese Pedro: ¿y estas reliquias que estan por este duro y estéril suelo, quién las esparció y aniquiló, sino la fuerza invencible desse poderoso brazo? ¿y cuyos eran sus cuerpos, sino mios? ¿y con quién me sustentaba yo, sino con ellos? Ahora acabo de creer, dijo á este punto D. Quijote, lo que otras muchas veces hé creido, que estos encantadores que me persiguen no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores que me ois, que á mí me pareció todo lo que aquí ha pasado, que pasaba al pié de la letra, que Melisendra era Melisendra, D. Gaiferos, D. Gaiferos, Marsílio, Marsílio, y Carlo Magno, Carlo Magno: por eso se me alteró la cólera, y por cumplir con mi profesion de caballero andante quise dar ayuda y favor á los que huian, y con este buen propósito hice lo que habeis visto: si me há salido al revés, no es culpa mia, sino de los malos que me persiguen; y con todo esto deste mi yerro, aunque no ha procedido de malícia, quiero yo mismo condenarme en costas: vea maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco á pagárselo luego en buena y corriente moneda castellana. Inclinóse maese Pedro diciéndole: no esperaba yo ménos de la inaudita cristiandad del valeroso D. Quijote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos; y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores entre v. m. y mí de lo que valen ó podian valer las ya deshechas figuras. El ventero y Sancho dijeron que así lo harian, y luego maese Pedro alzó del suelo con la cabeza ménos al rey Marsílio de Zaragoza, y dijo: ya se vé cuán imposible es volver á este rey á su ser primero, y así me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento cuatro reales y medio. Adelante, dijo D. Quijote. Pues por esta abertura de arriba abajo, prosiguió maese Pedro, tomando en las manos al partido emperador Carlo Magno, no seria mucho que pidiese yo cinco reales y un cuartillo. No es poco, dijo Sancho. Ni mucho, replicó el ventero, médiese la partida, y señálensele cinco reales. Dénsele todos cinco y cuartillo, dijo D. Quijote, que no está en un cuartillo más ó ménos la monta desta notable desgracia; y acabe presto maese Pedro que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre. Por esta figura, dijo maese Pedro, que está sin narices y un ojo ménos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedís. Aun ahí sería el diablo, dijo D. Quijote, si ya no estuviese Melisendra con su esposo por lo ménos en la raya de

Francia: porque el caballo en que iban á mí me pareció que ántes volaba que corria, y así no hay para qué venderme á mí gato por liebre, presentándome aquí á Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene á mano, ahora holgándose en Francia con su esposo á pierna tendida: ayude Dios con lo suyo á cada uno, señor maese Pedro, y caminemos todos con pié llano, y con intencion sana y prosiga. Maese Pedro, que vió que D. Quijote izquierdeaba [1], y que volvia á su primer tema, no quiso que se le escapase, y así le dijo: esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servian, y así con sesenta maravedís que me den por ella, quedaré contento y bien pagado. Desta manera fué poniendo precio á otras muchas destrozadas figuras, y despues lo moderaron los dos jueces árbitros con satisfaccion de las partes, quedando en cuarenta reales y tres cuartillos; y ademas desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono. Dáselos, Sancho, dijo D. Quijote, no para tomar el mono, sino la mona, y doscientos diera yo ahora en albrícias á quien me dijera con certidumbre que la Señora Doña Melisendra y el Señor Don Gaiferos estaban ya en Francia y entre los suyos. Ninguno nos lo podrá decir mejor que mi mono, dijo maese Pedro, pero no habrá diablo que ahora le tome, aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar á que me busque esta noche, y amanecerá Dios y verémonos. En resolucion, la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz y en buena compañía á costa de D. Quijote, que era liberal en todo extremo. Ántes que amaneciese se fué el que llevaba las lanzas y las alabardas: y yá despues de amanecido se vinieron á despedir de Don Quijote el primo y el paje, el uno para volverse á su tierra, y el otro á proseguir su camino, para ayuda del cual le dió D. Quijote una docena de reales. Maese Pedro no quiso volver á entrar en más dimes ni diretes con D. Quijote, á quien él conocia muy bien, y así madrugó ántes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo y á su mono, se fué tambien á buscar sus aventuras. Al ventero, que no conocia á D. Quijote, tan admirado le tenian sus locuras como su liberalidad. Finalmente Sancho le pagó muy bien por órden de su señor; y despidiéndose dél casi á las ocho del dia, dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir, que así conviene para dar lugar á contar otras cosas pertenecientes á la declaracion desta famosa historia.

1 Esto es, que aflojaba ó empezaba á ceder y desistir de su propósito de pagar á maese Pedro todas cuantas desmejoras le propusiese este de las figuras de su retablo.

CAPITULO XXIII.

Donde se da cuenta quiénes eran maese Pedro y su mono, con el mal suceso que D. Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, y se trata de cosas que sabrá el que las leyere.

Bien se acordará el que hubiere leido la primera parte desta historia, de aquel Ginés de Pasamonte, á quien entre otros galeotes dió libertad D. Quijote en Sierra Morena, beneficio que despues le fué mal agradecido y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Ginés de Pasamonte, á quien D. Quijote llamaba Ginesillo de Parapilla, fué el que hurtó á Sancho Panza el rúcio, que despues recobró como se ha contado. Este Ginés pues, temeroso de no ser hallado de la justicia, que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellaquerías y delitos, que fueron tantos y tales, que él mismo compuso un gran volúmen contándolos, determinó pasarse al reino de Aragon y cubrirse el ojo izquierdo, acomodándose al oficio de titerero, que esto y el jugar de manos lo sabia hacer por extremo. Sucedió pues, que de unos cristianos ya libres que venian de Berbería, compró aquel mono, á quien enseñó que en haciéndole cierta señal se le subiese en el hombro, y le murmurase ó lo pareciese al oido. Hecho esto, ántes que entrase en el lugar adonde iba con su retablo y mono, se informaba en el más cercano, ó de quien él mejor podia, qué cosas particulares hubiesen sucedido en el tal lugar, y á qué personas; y llevándolas bien en la memoria, lo primero que hacía era mostrar su retablo, el cual unas veces era de una historia, y otras de otra; pero todas alegres, regocijadas y conocidas. Acabada la muestra proponia las habilidades de su mono, diciendo al pueblo que adivinaba todo lo pasado y lo presente; pero que en lo de por venir no se daba maña. Por la respuesta de cada pregunta pedia dos reales, y de algunas hacía barato, segun tomaba el pulso á los preguntantes; y como tal vez llegaba á las casas de quien él sabia los sucesos de los que en ella moraban, aunque no le preguntasen nada por no pagarle, él hacía la seña al mono, y luego decia que le habia dicho tal y tal cosa; que venía de molde con lo sucedido. Con esto cobraba crédito inefable, y andábanse todos tras él: otras veces, como era tan discreto, respondia de manera que las respuestas venian bien con las preguntas; y como nadie le apuraba ni apretaba á que dijese cómo adivinaba su mono, á todos hacía monas y llenaba sus esqueros. [1] Así como entró en la venta conoció á D. Quijote y á Sancho, por cuyo conocimiento le fué fácil poner en admiracion á D. Quijote, á Sancho Panza,

1 Bolsas asidas al cinto, donde la gente de campo llevaba el dinero ó la yesca y pedernal.

y á todos los que en ella estaban; pero hubiérale de costar caro si Don Quijote bajára un poco más la mano cuando cortó la cabeza al rey Marsílio y destruyó toda su caballeria, como queda dicho en el antecedente capítulo. Esto es lo que hay que decir de maese Pedro y de su mono.

Y volviendo á D. Quijote de la Mancha, digo que despues de haber salido de la venta determinó de ver primero las riberas del rio Ebro y todos aquellos contornos ántes de entrar en la ciudad de Zaragoza, pues le daba tiempo para todo el mucho que faltaba desde allí á las justas. Con esta intencion siguió su camino, por el cual anduvo dos dias sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura, hasta que al tercero, al subir de una loma oyó un gran rumor de atambores, de trompetas y arcabuces. Al principio pensó que algun tercio de soldados pasaba por aquella parte, y por verlos picó á Rocinante y subió la loma arriba, y cuando estuvo en la cumbre vió al pié della á su parecer, más de doscientos hombres armados de diferentes suertes de armas, como si dijésemos lanzones, ballestas, partesanas, alabardas y picas, y algunos arcabuces y muchas rodelas. Bajó del recuesto y acercóse al escuadron, tanto que distintamente vió las banderas, juzgó de las colores, y notó las empresas que en ellas traian, especialmente una que en un estandarte ó giron de raso blanco venia, en el cual estaba pintado muy al vivo un asno como un pequeño sardesco [2], la cabeza levantada y la boca abierta en acto y postura como si estuviera rebuznando: al rededor dél estaban escritos de letras grandes estos dos versos:

No rebuznaron en balde
el uno y el otro alcalde.

Por esta insignia sacó D. Quijote que aquella gente debia de ser de pueblo del rebuzno, y así se lo dijo á Sancho, declarándole lo que en el estandarte venia escrito. Díjole tambien que el que les habia dado noticia de aquel caso se habia errado en decir que dos regidores habian sido los que rebuznaron, porque segun los versos del estandarte no habian sido sino alcaldes. Á lo que respondió Sancho Panza: señor, en eso no hay que reparar, que bien puede ser que los regidores que entonces rebuznaron viniesen con el tiempo á ser alcaldes de su pueblo, y así se pueden llamar con entrambos títulos; cuanto más que no hace al caso á la verdad de la historia ser los rebuznadores alcaldes ó regidores, como ellos una por una hayan rebuznado, porque tan á pique está de rebuznar un alcalde como un regidor. Finalmente conocieron y supieron como el pueblo corrido salia á pelear con otro que le corria más de

2 Se aplica al caballo ó asno pequeño.

lo justo y de lo que se debia á la buena vecindad. Fuése llegando á ellos D. Quijote no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fué amigo de hallarse en semejantes jornadas. Los del escuadron le cogieron en medio, creyendo que era alguno de los de su parcialidad. D. Quijote, alzando la visera con gentil brio y continente, llegó hasta el estandarte del asno, y allí se le pusieron al rededor todos los más principales del ejército por verle, admirados con la admiracion acostumbrada en que caian todos aquellos que la vez primera le miraban. D. Quijote, que los vió tan atentos á mirarle sin que ninguno le hablase ni le preguntase nada, quiso aprovecharse de aquel silencio, y rompiendo el suyo alzó la voz y dijo:

"Buenos señores: cuán encarecidamente puedo os suplico que no interrumpais un razonamiento que quiero haceros, hasta que veais que os disgusta y enfada; que si esto sucede, con la más mínima señal que me hagais pondré un sello en mi boca, y echaré una mordaza á mi lengua. Todos le dijeron que dijese lo que quisiese, que de buena gana le escucharian. D. Quijote con esta licencia prosiguió diciendo: yo señores mios, soy caballero andante, cuyo ejercicio es el de las armas, y cuya profesion la de favorecer á los necesitados de favor, y acudir á los menesterosos. Dias há que hé sabido vuestra desgrácia, y la causa que os mueve á tomar las armas á cada paso para vengaros de vuestros enemigos; y habiendo discurrido una y muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo, segun las leyes del duelo, que estais engañados en teneros por afrentados, porque ningun particular puede afrentar á un pueblo entero sinó es retándole de traidor por junto, porque no sabe en particular quién cometió la traicion porque le reta. Ejemplo desto tenemos en D. Diego Ordoñez de Lara, que retó á todo el pueblo zamorano porque ignoraba que solo Bellido Dolfos habia cometido la traicion de matar á su rey, y así retó á todos, y á todos tocaba la venganza y la respuesta; aunque bien es verdad que el Sr. D. Diego anduvo algo demasiado, y aun pasó muy adelante de los límites del reto, porque no tenia para qué retar á los muertos, á las aguas ni á los panes, ni á los que estaban por nacer, ni á las otras menudencias que allí se declaran; pero vaya, pues cuando la cólera sale de madre no tiene la lengua padre, ayo ni freno que la corrija. Siendo, pues, esto así, que uno solo no puede afrentar á reino, provincia, ciudad, república ni pueblo entero, queda en limpio que no hay para qué salir á la venganza de la tal afrenta, pues no lo es: porque bueno sería que se matasen á cada paso los del pueblo de la reloja con quien se lo llama, ni los cazaleros, berengeneros, ballenatos, jaboneros [3] ni los de otros nombres y

3 Los de la *reloja* se ignora quiénes eran.—*Cazalleros*, los de Valladolid.—*Berenge-*

apellidos que andan por ahí en boca de los muchachos y de gente de poco más ó ménos: bueno sería por cierto que todos estos insignes pueblos se corriesen, vengasen, y anduviesen contino hechas las espadas sacabuches á cualquier pendencia, por pequeña que fuese. No, no, ni Dios lo permita ó quiera: los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas, por cuatro cosas han de tomar las armas, desenvainar las espadas, y poner á riesgo sus personas, vidas y haciendas. La primera, por defender la fé católica: la segunda, por defender su vida; que es de ley natural y divina: la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda: la cuarta, en servicio de su rey en la guerra justa; y si le quisiéramos añadir la quinta (que se puede contar por segunda) es en defensa de su patria. Á estas cinco causas como capitales se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables, y que obliguen á tomar las armas; pero tomarlas por niñerías y por cosas que ántes son de risa y pasatiempo que de afrenta, parece que quien las toma carece de todo razonable discurso: cuanto más que el tomar venganza injusta vá derechamente contra la santa ley que profesamos, en la cual se nos manda que hagamos bien á nuestros enemigos y que amemos á los que nos aborrecen: mandamiento que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen ménos de Dios que del mundo, y más de carne que de espíritu: porque Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dijo que su yugo era suave y su carga liviana; y así no nos habia de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Asique, mis señores, vs. ms. están obligados por leyes divinas y humanas á sosegarse.

El diablo me lleve, díjo á esta sazon Sancho entre sí, si este mi amo no es tólogo, y sinó lo es, que lo parece como un huevo á otro. Tomó un poco de aliento D. Quijote, y viendo que todavía le prestaban silencio, quiso pasar adelante en su plática, como pasára sinó se pusiera por medio la agudeza de Sancho, el cual viendo que su amo se detenia, tomó la mano por él diciendo: mi señor D. Quijote de la Mancha, que un tiempo se llamó el *caballero de la Triste Figura*, y ahora se llama el *caballero de los Leones*, es un hidalgo muy atentado que sabe latin y romance como un bachiller, y en todo cuanto trata y aconseja procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo en la uña, y así no hay más que hacer sino dejarse llevar por lo que él dijere, y sobre mí si lo erraren; cuanto más que ello se está dicho que es necedad correrse por solo oir un rebuzno, que yo

neros, los de Toledo.—*Ballenatos*, los de Madrid.—*Jaboneros*, los de Yepes, Ocaña ó Getafe.

me acuerdo cuando muchacho que rebuznaba cada y cuando se me antojaba, sin que nadie me fuese á la mano, con tanta grácia y propiedad, que en rebuznando yo rebuznaban todos los asnos del pueblo, y no por esto dejaba de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos; y aunque por esta habilidad era invidiado de más de cuatro de los estirados de mi pueblo, no se me daba dos ardites; y porque se vea que digo verdad, esperen y escuchen, que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida nunca se olvida. Y luego puesta la mano en las narices, comenzó á rebuznar tan reciamente, que todos los cercanos valles retumbaron; pero uno de los que estaban junto á él, creyendo que hacía burla dellos, alzó un varapalo que en la mano tenia, y dióle tal golpe con él, que sin ser poderoso á otra cosa dió con Sancho Panza en el suelo. D. Quijote, que vió tan mal parado á Sancho, arremetió al que le habia dado con la lanza sobre mano: pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fué posible vengarle: ántes viendo que llovia sobre él un nublado de piedras, y que le amenazaban mil encaradas ballestas y no ménos cantidad de arcabuces, volvió las riendas á Rocinante, y á todo lo que su galope pudo se salió de entre ellos, encomendándose de todo corazon á Dios que de aquel peligro le librase, temiendo á cada paso no le entrase alguna bala por las espaldas y le saliese al pecho, y á cada punto recogia el aliento por ver si le faltaba; pero los del escuadron se contentaron con verle huir sin tirarle. Á Sancho le pusieron sobre su jumento apénas vuelto en sí, y le dejaron ir trás su amo, no porque él tuviese sentido para regirle, pero el rúcio siguió las huellas de Rocinante, sin el cual no se hallaba un punto. Alongado, pues, D. Quijote buen trecho, volvió la cabeza y vió que Sancho venia, y atendióle viendo que ninguno le seguia. Los del escuadron se estuvieron allí hasta la noche, y por no haber salido á la batalla sus contrarios, se volvieron á su pueblo regocijados y alegres; y si ellos supieran la costumbre antigua de los griegos, levantáran en aquel lugar y sitio un troféo.

Cuando el valiente huye, la supercheria está descubierta, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasion. Esta verdad se verificó en D. Quijote, el cual dando lugar á la furia del pueblo y á las malas intenciones de aquel indignado escuadron, puso piés en polvorosa, y sin acordarse de Sancho ni del peligro en que le dejaba, se apartó tanto cuanto le pareció que bastaba para estar seguro. Seguíale Sancho atravesado en su jumento, como queda referido. Llegó en fin ya vuelto en su acuerdo, y al llegar se dejó caer del rúcio á los piés de Rocinante, todo ansioso, todo molido y todo apaleado. Apeóse D. Quijote para catarle las feridas; pero como le hallase sano de los piés á la cabeza, con asáz cólera le dijo: ¡tan en hora mala supistes vos rebuznar, Sancho! ¿y dónde hallastes vos ser bueno el nombrar la soga en casa

del ahorcado? Á música de rebuznos, ¿qué contrapunto habia de llevar sino de varapalos? No estoy para responder, replicó Sancho, porque me parece que hablo por las espaldas: subamos, y apartémonos de aquí, que yo pondré silencio en mis rebuznos, pero no dejaré de decir que los caballeros andantes huyen, y dejan á sus buenos escuderos molidos como alheña [4] ó como cibera en poder de sus enemigos. No huye el que se retira, respondió D. Quijote; porque has de saber, Sancho, que la valentía que no se funda sobre la basa de la prudencia, se llama temeridad, y las hazañas del temerario más se atribuyen á la buena fortuna, que á su ánimo: y así yo confieso que me hé retirado, pero no huido; y en esto hé imitado á muchos valientes que se han guardado para tiempos mejores, y desto estan las historias llenas, las cuales por no serte á tí de provecho, ni á mí de gusto, no te las refiero ahora.

En esto ya estaba á caballo Sancho, ayudado de D. Quijote, el cual asímismo subió en Rocinante, y poco á poco se fuéron á emboscar en una alameda que hasta un cuarto de legua de allí se parecia. De cuando en cuando daba Sancho unos ayes profundísimos y unos gemidos dolorosos; y preguntándole D. Quijote la causa de tan amargo sentimiento, respondió que desde la punta del espinazo hasta la nuca del cerebro, le dolia de manera que le sacaba de sentido. La causa dese dolor debe de ser sin duda, dijo D. Quijote, que como era el palo con que te dieron largo y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas esas partes que te duelen, y si más te cogiera, más te doliera. Por Dios, dijo Sancho, que v. m. me ha sacado de una gran duda, y me la ha declarado por lindos términos. ¡Cuerpo de mí! ¿tan encubierta estaba la causa de mi dolor, que ha sido menester decirme que me duele todo aquello que alcanzó el palo? Si me dolieran los tobillos, áun pudiera ser que se anduviera adivinando el por qué me dolian; pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adivinar. Á la fé, señor nuestro amo, el mal ajeno de pelo cuelga; y cada dia voy descubriendo tierra de lo poco que puedo esperar de la compañía que con v. m. tengo; porque si esta vez me ha dejado apalear, otra y otras ciento volveremos á los manteamientos de marras, y á otras muchacherías, que si ahora me han salido á las espaldas, despues me saldrán á los ojos. Harto mejor haria yo, sino que soy un bárbaro, y no haré nada que bueno sea en toda mi vida, en volverme á mi casa, á mi mujer y á mis hijos, y sustentarla y criarlos con lo que Dios fuere servido de darme, y no andarme tras v. m. por caminos sin camino, y por sendas y carreras que no las tienen, bebiendo mal y comiendo peor. Pues tomadme el dormir: contad, hermano escudero, siete piés de tierra, y

4 *Estar molido como alheña*, se dice del que está quebrantado y molido de cansancio.

si quisiéredes más, tomad otros tantos, que en vuestra mano está escudillar, y tendeos á todo vuestro buén talante, que quemado vea yo y hecho polvos al primero que dió puntada en la andante caballería, ó á lo menos al primero que quiso ser escudero de tales tontos, como debieron ser todos los caballeros andantes pasados; de los presentes no digo nada, que por ser v. m. uno dellos, los tengo respeto, y porque sé que sabe v. m. un punto más que el diablo en cuanto habla y en cuanto piensa. Haria yo una buena apuesta con vos, Sancho, dijo Don Quijote, que ahora que vais hablando sin que nadie os vaya á la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mio, todo aquello que os viniere al pensamiento y á la boca, que á trueco de que á vos no os duela nada, tendré yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias; y si tanto deseais volveros á vuestra casa con vuestra mujer é hijos, no permita Dios que yo os lo impida: dineros teneis mios; mirad cuanto há que esta tercera vez salimos de nuestro pueblo, y mirad lo que podeis y debeis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano. Cuando yo servia, respondió Sancho, á Tomé Carrasco, el padre del bachiller Sanson Carrasco, que v. m. bien conoce, dos ducados ganaba cada mes, amen de la comida: con v. m. no sé lo que puedo ganar, puesto que sé que tiene más trabajo el escudero del caballero andante que el que sirve á un labrador; que en resolucion los que servimos á labradores, por mucho que trabajemos de dia, por mal que suceda, á la noche cenamos olla y dormimos en cama, en la cual no hé dormido despues que há que sirvo á v. m., sinó ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de D. Diego de Miranda; y la gira que tuve con la espuma que saqué de las ollas de Camacho, y lo que comí, bebí y dormí en casa de Basílio; todo el otro tiempo hé dormido en la dura tierra al cielo abierto, sujeto á lo que dicen inclemencias del cielo, sustentándome con rajas de queso y mendrugos de pan, y bebiendo aguas ya de arroyos, ya de fuentes de las que encontramos por esos andurriales donde andamos.

Concedo, dijo D. Quijote, que todo lo que dices, Sancho, sea verdad: ¿cuánto parece que os debo dar más de lo que os daba Tomé Carrasco? Á mi parecer, dijo Sancho, con dos reales más que v. m. añadiese cada mes me tendria por bien pagado: esto es cuanto al salario de mi trabajo; pero en cuanto á satisfacerme á la palabra y promesa que v. m. me tiene hecha de darme el gobierno de una ínsula, sería justo que se me añadiesen otros seis reales, que por todos serian treinta. Está muy bien, replicó D. Quijote, y conforme al salario que vos os habeis señalado, veinte y cinco dias há que salimos de nuestro pueblo, contad, Sancho, rata por cantidad, y mirad lo que os debo, y pagaos, como os tengo dicho de vuestra mano. ¡Oh cuerpo de mí! dijo Sancho, que

vá vuesa merced muy errado en esta cuenta, porque en lo de la promesa de la ínsula se ha de contar desde el dia que v. m. me la prometió hasta la presente hora en que estamos. ¿Pues qué tanto há, Sancho, que os la prometí? dijo D. Quijote. Si yo mal no me acuerdo, respondió Sancho, debe de haber más de veinte años, tres dias más ó ménos. Dióse D. Quijote una gran palmada en la frente, y comenzó á reir muy de gana, y dijo: pues no anduvimos en Sierra Morena, ni en todo el discurso de nuestras salidas, sino dos meses apénas, ¿y dices, Sancho, que há veinte años que te prometí la ínsula? Ahora digo que quieres que se consuma en tus salarios el dinero que tienes mio; y si esto es así y tú gustas dello, desde aquí te lo doy y buen provecho te haga, que á trueco de verme sin tan mal escudero, holgaréme de quedarme pobre y sin blanca. Pero dime, prevaricador de las ordenanzas escuderiles de la andante caballería, ¿dónde has visto tú ó leido que ningun escudero de caballero andante se haya puesto con su señor en tanto más cuanto me habeis de dar cada mes porque os sirva. Éntrate, éntrate, malandrin, follon y vestiglo, que todo lo pareces, éntrate digo, por el *mare magnum* de sus historias; y si hallares que algun escudero haya dicho ni pensado lo que aquí has dicho, quiero que me le claves en la frente, y por añadidura me hagas cuatro mamonas selladas en mi rostro: vuelve las riendas ó el cabestro al rúcio, y vuélvete á tu casa, porque un solo paso desde aquí no has de pasár mas adelante conmigo. ¡Oh pan mal conocido! ¡oh promesas mal colocadas! ¡oh hombre que tiene más de bestia que de persona! ¿Ahora cuando yo pensaba ponerte en estado, y tal que á pesar de tu mujer te llamáran señoría, te despides? ¿Ahora te vas, cuando yo venia con intencion firme y valedera de hacerte señor de la mejor ínsula del mundo? En fin, como tú has dicho otras veces, no es la miel, etc. Asno eres, y asno has de ser, y en asno has de parar cuando se te acabe el curso de la vida, que para mí tengo que ántes llegará ella á su último término, que tú caigas y des en la cuenta de que eres bestia. Miraba Sancho á D. Quijote de hito en hito en tanto que los tales vituperios le decia, y compungióse de manera que le vinieron las lágrimas á los ojos; y con voz dolorida y enferma le dijo: señor mio, yo confieso que para ser del todo asno no me falta más de la cola; si v. m. quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los dias que me quedan de vida. V. m. me perdone y se duela de mi mocedad, y advierta que sé poco, y que si hablo mucho, más procede de enfermedad que de malícia; mas quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda. Maravillárame yo, Sancho, si no mezcláras algun refrancico en tu coloquio. Ahora bien, yo te perdono con tal que te enmiendes, y con tal que no te muestres de aquí adelante tan amigo de tu interés, sino que procures

ensanchar el corazon, y te alientes y animes á esperar el cumplimiento de mis promesas, que aunque se tarda, no se imposibilita. Sancho respondió que sí haria aunque sacase fuerzas de flaqueza. Con esto se metieron en la alameda, D. Quijote se acomodó al pié de un olmo, y Sancho al de un haya, que estos tales árboles y otros sus semejantes siempre tienen piés y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacía más sentir con el sereno. D. Quijote la pasó en sus contínuas memorias; pero con todo eso dieron los ojos al sueño, y al salir del alba siguieron su camino buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.

CAPITULO XXIV.

De la famosa aventura del barco encantado.

Por sus pasos contados y por contar, dos dias despues que salieron de la alameda, llegaron D. Quijote y Sancho al rio Ebro, y el verle fué de gran gusto á D. Quijote, porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus líquidos cristales, cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos: especialmente fué y vinó en lo que habia visto en la cueva de Montesinos; que puesto que el mono de maese Pedro le habia dicho que parte de aquellas cosas eran verdad y parte mentira, él se atenia más á las verdaderas que á las mentirosas, bien al revés de Sancho, que todas las tenia por la misma mentira. Yendo pues desta manera se le ofreció á la vista un pequeño barco sin remos ni otras járcias algunas, que estaba atado en la orilla á un tronco de un árbol que en la ribera estaba. Miró D. Quijote á todas partes, y no vió persona alguna, y luego sin más ni más se apeó de Rocinante, y mandó á Sancho que lo mismo hiciese del rúcio, y que á entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un álamo ó sauce que allí estaba. Preguntóle Sancho la causa de aquel súbito apeamiento y de aquel ligamiento. Respondió D. Quijote: has de saber Sancho, que este barco que aquí está derechamente, y sin poder ser otra cosa en contrario, me está llamando y convidando á que entre en él, y vaya en él á dar socorro á algun caballero ó á otra necesitada y principal persona, que debe de estar puesta en alguna grande cuita; porque este es estilo de los libros de las historias caballerescas, y de los encantadores que en ellas se entremeten y platican. Cuando algun caballero está puesto en algun trabajo, que no puede ser librado dél sino por la mano de otro caballero, puesto que estén distantes el uno del otro dos ó tres mil leguas y áun más, ó le arrebatan en una nube, ó le deparan un barco

donde se entre, y en menos de un abrir y cerrar de ojos le llevan ó por los aires ó por la mar donde quieren y adonde es menester su ayuda: asique, oh Sancho, este barco está puesto aquí para el mismo efecto; y esto es tan verdad como es ahora de dia, y antes que este se pase ata juntos al rúcio y á Rocinante, y á la mano de Dios que nos guíe, que no dejaré de embarcarme si me lo pidiesen frailes descalzos. Pues así es, respondió Sancho, y.v. m. quiere dar á cada paso en estos, que no sé si los llame disparates, no hay sino obedecer y bajar la cabeza, atendiendo al refran: haz lo que tu amo te manda, y siéntate con él á la mesa; pero con todo esto, por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir á v. m. que á mí me parece que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadores deste rio, porque en él se pescan las mejores sabogas del mundo.

Esto decia mientras ataba las bestias Sancho, dejándolas á la proteccion y amparo de los encantadores con harto dolor de su ánima. D. Quijote le dijo que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales, que él que los llevaría á ellos por tan longícuos caminos y regiones, tendria cuenta de sustentarlos. No entiendo esto de logícuos, dijo Sancho, ni he oido tal vocablo en todos los dias de mi vida. Longíncuos, respondió D. Quijote, quiere decir apartados; y no es maravilla que no lo entiendas, que no estás tú obligado á saber latin, como algunos que presumen que lo saben y lo ignoran. Ya están atados, replicó Sancho, ¿qué hemos de hacer ahora? ¿Qué? respondió D. Quijote: santiguarnos y levar ferro [1], quiero decir, embarcarnos y cortar la amarra con que este barco está atado; y dando un salto en él siguiéndole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fué apartando poco á poco de la ribera; y cuando Sancho se vió obra de dos varas dentro del rio, comenzó á temblar temiendo su perdicion; pero ninguna cosa le dió más pena que el oir roznar al rúcio, y el ver que Rocinante pugnaba por desatarse; y díjole á su señor: el rúcio rebuzna condolido de nuestra ausencia, y Rocinante procura ponerse en libertad para arrojarse tras nosotros. Oh carísimos amigos, quedáos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño nos vuelva á vuestra presencia; y en esto comenzó á llorar tan amargamente, que D. Quijote mohíno y colérico le dijo: ¿de qué temes, cobarde criatura? ¿de qué lloras, corazon de mantequillas? ¿quién te persigue ó quién te acosa, ánimo de raton casero? ¿ó qué te falta, menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia? ¿por dicha vas caminando á pié y descalzo por las montañas Rifeas, ó no sino sentado en una tabla como un archiduque por el sesgo curso deste agradable rio, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado? Pero ya

1 Levantar ancla.

habemos de haber salido y caminado por lo menos setecientas ú ochocientas leguas; y si yo tuviera aquí un astrolábio con que tomar la altura del polo, yo te dijera las que habemos caminado, aunque ó yo sé poco, ó ya hemos pasado, ó pasaremos presto por la línea equinoccial que divide y corta los dos contrapuestos polos en igual distancia. Y cuando lleguemos á esa leña [2] que v. m. dice, preguntó Sancho, ¿cuánto habremos caminado? Mucho, replicó D. Quijote, porque de trescientos y sesenta grados que contiene el globo del agua y de la tierra, segun el cómputo de Ptolomeo, que fué el mayor cosmógrafo que se sabe, la mitad habremos caminado llegando á la línea que hé dicho. Por Dios, dijo Sancho, que v. m. me trae por testigo de lo que dice á una gentil persona, *puto* y *gafo* con la añidura de *meon* ó *meo*, ó no sé como. Rióse D. Quijote de la interpretacion que Sancho habia dado al nombre y al cómputo y cuenta del cosmógrafo Ptolomeo, y díjole: sabrás, Sancho, que una de las señales que tienen los españoles y los que se embarcan en Cádiz para las indias Occidentales, para entender que han pasado la línea equinoccial que te hé dicho, es que á todos los que van en el navío se les mueren los piojos, sin que les quede ninguno, ni en todo el bajel le hallarán si le pesan á oro; y así puedes, Sancho, pasear una mano por un muslo, y si topáres cosa viva saldremos desta duda; y sinó, pasado habemos. Yo no creo nada deso, respondió Sancho; pero con todo haré lo que v. m. me manda, aunque no sé para qué hay necesidad de hacer esas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos que no nos habemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde están las alemañas dos varas, porque allí están Rocinante y el rúcio en el propio lugar dó los dejamos; y tomada la mira, como yo la tomo ahora, voto á tal que no nos movemos ni andamos al paso de una hormiga. Haz, Sancho, la averiguacion que te he dicho, y no te cures de otra, que tú no sabes qué cosa sean coluros, líneas, paralelos, zodiacos, eclípticas, polos, solsticios, equinoccios, planetas, signos, puntos, medidas de que se compone la esfera celeste y terrestre; que si todas estas cosas supieras, ó parte dellas, vieras claramente qué de paralelos hemos cortado, qué de signos visto, y qué de imágenes hemos dejado atrás y vamos dejando ahora. Y tórnote á decir que te tientes y pesques, que yo para mí tengo que estás más limpio que un pliego de papel liso y blanco. Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente y con tiento hácia la corva izquierda, alzó la cabeza, y miró á su amo y dijo: ó la experiencia es falsa ó no hemos llegado ádonde v. m. dice ni con muchas leguas. ¿Pues qué, preguntó D. Quijote, has topado algo? Y áun algos, respondió San-

2 *Línea*, palabra estropeada por Sancho, como más abajo estropea y forma de las palabras cosmógrafo y Ptolomeo, *gafo*, y *puto*, y *meon* ó *meo*.

cho; y sacudiéndose los dedos se lavó toda la mano en el rio, por el cuál sosegadamente se deslizaba el barco por mitad de la corriente, sin que le moviese alguna inteligencia secreta, ni algun encantador escondido, sino el mismo curso del agua blando entonces y suave.

En esto descubrieron unas grandes aceñas que en la mitad del rio estaban, y apenas las hubo visto D. Quijote cuando con voz alta dijo á Sancho: ves allí, oh amigo, se descubre la ciudad, castillo ó fortaleza donde debe de estar algun caballero oprimido ó alguna reina Infanta ó Princesa malparada, para cuyo socorro soy aquí traido. ¿Qué diablos de ciudad, fortaleza ó castillo dice v. m., señor? dijo Sancho: ¿no echa de ver que aquellas son aceñas, que están en el rio, donde se muele el trigo? Calla, Sancho, dijo D. Quijote, que aunque parecen aceñas, no lo son, y ya te hé dicho, que todas las cosas trastruecan y mudan de su ser natural los encantos: no quiero decir que las mudan de uno en otro ser realmente, sino que lo parece, como la mostró la experiencia en la trasformacion de Dulcinea, único refugio de mis esperanzas. En esto, el barco entrado en la mitad de la corriente del rio, comenzó á caminar no tan lentamente como hasta allí. Los molineros de las aceñas, que vieron venir aquel barco por el rio, y que se iba á embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos dellos con varas largas á detenerle; y como salian enharinados, cubiertos los rostros y los vestidos del polvo de la harina, presentaban una mala vista. Daban voces grandes diciendo: demonios de hombres, ¿dónde vais? ¿venis desesperados? ¿qué quereis ahogaros y haceros pedazos en estas ruedas? ¿No te dije yo, Sancho, dijo á esta sazon D. Quijote, que habíamos llegado donde hé de mostrar á dó llega el valor de mi brazo? Mira qué de malandrines y follones me salen al encuentro; mira cuántos vestiglos se me oponen; mira cuántas feas cataduras nos hacen cocos; pues ahora lo vereis, bellacos; y puesto en pié en el barco con grandes voces comenzó á amenazar á los molineros diciéndoles: canalla malvada y peor aconsejada, dejad en su libertad y libre albedrio á la persona que en esa vuestra fortaleza ó prision teneis oprimida, alta ó baja, de cualquiera suerte ó calidad que sea, que yo soy D. Quijote de la Mancha, llamado el *caballero de los Leones* por otro nombre, á quien está reservado por órden de los altos cielos el dar fin felice á esta aventura: y diciendo esto echó mano á su espada, y comenzó á esgrimirla en el aire contra los molineros, los cuales oyendo y no entendiendo aquellas sandeces, se pusieron con sus varas á detener el barco que ya iba entrando en el raudal y canal de las ruedas. Púsose Sancho de rodillas pidiendo devotamente al cielo le librase de tan manifiesto peligro, como lo hizo por la industria y presteza de los molineros, que oponiéndose con sus palos al barco, le detuvieron, pero no de manera que dejasen de trastornar el barco, y dar con

D. Quijote, y Sancho al través en el agua; pero vínole bien á D. Quijote que sabia nadar como un ganso, aunque el peso de las armas le llevó al fondo dos veces; y sinó fuera por los molineros, que se arrojaron al agua y los sacaron como en peso á entrambos, allí habia sido Troya para los dos. Puestos pues en tierra, más mojados que muertos de sed, Sancho puesto de rodillas, las manos juntas y los ojos clavados al cielo, pidió á Dios con una larga y devota plegaria le librase de allí adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su señor. Llegaron en esto los pescadores dueños del barco, á quien habia hecho pedazos las ruedas de las aceñas; y viéndole roto acometieron á desnudar á Sancho y á pedir á D. Quijote se lo pagase; el cual con gran sosiego, como sinó hubiera pasado nada por él, dijo á los molineros y pescadores, que él pagaria el barco de bonísima gana con condicion de que le diesen libre y sin cautela á la persona ó personas que en aquel su castillo estaban oprimidas. ¿Qué personas ó qué castillo dice, respondió uno de los molineros, hombre sin juicio? ¿quiéreste llevar por ventura las que vienen á moler trigo á estas aceñas? Basta, dijo entre sí D. Quijote, aquí será predicar en desierto querer reducir á esta canalla á que por ruegos haga virtud alguna; y en esta aventura se deben de haber encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorba lo que el otro intenta: el uno me deparó el barco, y el otro dió conmigo al través: Dios lo remedie, que todo este mundo es máquinas y trazas contrarias unas de otras. Yo no puedo más, y alzando la voz prosiguió diciendo y mirando á las aceñas: amigos, cualesquiera que seais, que en esa prision quedais encerrados, perdonadme, que por mi desgracia y por la vuestra yo no os puedo sacar de vuestra cuita: para otro caballero debe de estar guardada y reservada esta aventura. En diciendo esto se concertó con los pescadores, y pagó por el barco cincuenta reales, que los dió Sancho de muy mala gana, diciendo: á dos barcadas como estas daremos con todo el caudal al fondo. Los pescadores y molineros estaban admirados mirando aquellas dos figuras tan fuera del uso, al parecer, de los otros hombres, y no acababan de entender á dó se encaminaban las razones y preguntas que D. Quijote les decia, y teniéndolos por locos les dejáron, y se recogieron á sus aceñas, y los pescadores á sus ranchos. Volvieron á sus bestias y á ser bestias D. Quijote y Sancho, y este fin tuvo la aventura del encantado barco.

CAPITULO XXV.

De lo que le avino á D. Quijote con una bella cazadora.

Asaz melancólicos y de mal talante llegaron á sus animales caballero y escudero, especialmente Sancho, á quien llegaba al alma llegar al caudal del dinero, pareciéndole que todo lo que dél se quitaba era quitárselo á él de las niñas de sus ojos. Finalmente, sin hablarse palabra se pusieron á caballo y se apartaron del famoso rio, D. Quijote sepultado en los pensamientos de sus amores, y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entonces le parecia que estaba bien lejos de tenerle, porque magüer era tonto, bien se le alcanzaba que las acciones de su amo todas ó las más eran disparates, y buscaba ocasion de que sin entrar en cuentas ni en despedimientos con su señor, un dia se desgarrase y se fuese á su casa; pero la fortuna ordenó las cosas muy al revés de lo que él pensaba. Sucedió, pues, que otro dia al poner del sol y al salir de una selva, tendió D. Quijote la vista por un verde prado, y en lo último dél vió gente, y llegándose cerca conoció que eran cazadores de altanería. Llegóse más, y entre ellos vió una gallarda señora sobre un palafrén ó hacanea blanquísima, adornada de guarniciones verdes y con un sillon de plata. Venia la señora asimismo vestida de verde tan bizarra y ricamente, que la misma bizarría venia trasformada en ella. En la mano izquierda traia un azor, señal que dió á entender á D. Quijote ser aquella alguna gran señora, que debia serlo de todos aquellos cazadores, como era la verdad; y así dijo á Sancho: corre, hijo Sancho, y dí á aquella señora del palafrén y del azor que yo, el *caballero de los Leones*, beso las manos á su gran fermosura; y que si su grandeza me dá licencir, se las iré á besar y á servirla en cuanto mis fuerzas pudieren y su alteza me mandáre: y mira, Sancho, cómo hablas, y ten cuenta de no encajar algun refrán de los tuyos en tu embajada. Hallado os le habeis el encajador, respondió Sancho; á mí con eso, sí, que no es esta la vez primera que hé llevado embajadas á altas y crecidas señoras en esta vida. Sinó fué la que llevaste á la señora Dulcinea, replicó D. Quijote, yo no sé que hayas llevado otra, á lo ménos en mi poder. Asi es verdad, respondió Sancho; pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena: quiero decir, que á mí no hay que decirme ni advertirme de nada, que para todo tengo y de todo se me alcanza un poco. Yo lo creo, Sancho, dijo D. Quijote; vé en buena hora, y Dios te guie. Partió Sancho de carrera, sacando de su paso al rúcio, y llegó donde la bella cazadora estaba, y apeándose, puesto ante ella de hinojos, le dijo: hermosa señora, aquel caballero que allí se parece,

llamado el *caballero de los Leones*, es mi amo, y yo soy un escudero suyo, á quien llaman en su casa Sancho Panza; este tal *caballero de los Leones*, que no há mucho que se llamaba el *de la Triste Figura*, envia por mí á decir á vuestra grandeza sea servida de darle licencia para que con su beneplácito y consentimiento él venga á poner en obra su deseo, que no es otro, segun él dice y yo pienso, que de servir á vuestra encumbrada altanería y fermosura, que en dársela vuestra señoría hará cosa que redunde en su pró; y él recibirá señaladísima merced y contento.

Por cierto, buén escudero, respondió la señora, vos habeis dado la embajada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embajadas piden; levantáos, del suelo, que escudero de tan gran caballero como es el *de la Triste Figura*, de quien ya tenemos acá mucha noticia, no es justo que esté de hinojos; levantáos, amigo, y decid á vuestro señor que venga mucho en hora buena á servirse de mí y del duque mi marido en una casa de placer que aquí tenemos. Levantóse Sancho admirado así de la hermosura de la buena señora como de su mucha crianza y cortesía, y más de lo que le habia dicho, que tenia noticia de su señor el *caballero de la Triste Figura*; y que sinó le habia llamado *el de los Leones*, debia de ser por habérsele puesto tan nuevamente. Preguntóle la duquesa: decidme, hermano escudero, ¿este vuestro señor no es uno de quien anda impresa una historia que se llama del *Ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha*, que tiene por señora de su alma á una tal Dulcinea del Toboso? El mismo es, señora, respondió Sancho; y aquel escudero suyo que anda ó debe de andar en la tal historia, á quien llaman Sancho Panza, soy yo, sinó es que me trocaron en la cuna, quiero decir, que me trocaron en la estampa. De todo eso me huelgo yo mucho, dijo la duquesa. Id, hermano Panza, y decid á vuestro señor que él sea el bien llegado y el bien venido á mis estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que más contento me diera. Sancho, con esta tan agradable respuesta, con grandísimo gusto volvió á su amo, á quien contó todo lo que la gran señora le habia dicho, levantando con sus rústicos términos á los cielos su mucha fermosura, su gran donáire y cortesía. D. Quijote se gallardeó en la silla, púsose bien en los estribos, acomodóse la visera, arremetió á Rocinante, y con gentil denuedo fué á besar las manos á la duquesa, la cual haciendo llamar al duque su marido, le contó en tanto que D. Quijote llegaba toda la embajada suya, y los dos por haber leido la primera parte desta historia y haber entendido por ella el disparatado humor de D. Quijote, con grandísimo gusto y deseo de conocerle, le atendian con prosupuesto de seguirle el humor y conceder con él en cuanto les dijese, tratándole como á caballero andante los dias que con ellos se detuviese, con todas las ceremonias

acostumbradas en los libros de caballerías que ellos habian leido, y á que eran muy aficionados.

En esto llegó D. Quijote, alzada la visera, y dando muestras de apearse acudió Sancho á tenerle el estribo; pero fué tan desgraciado, que al apearse del rúcio se le asió un pié en una soga del albarda de tal modo, que no fué posible desenredarle, ántes quedó colgado dél con la boca y los pechos en el suelo. D. Quijote, que no tenia en costumbre apearse sin que le tuviesen el estribo, pensando que ya Sancho habia llegado á tenérsele, descargó de golpe el cuerpo, y llevóse tras sí la silla de Rocinante, que debia de estar mal cinchado, y la silla y él vinieron al suelo, no sin vergüenza suya y de muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho, que áun tenia el pié en la corma. El duque mandó á sus cazadores que acudiesen al caballero y al escudero, los cuales levantaron á D. Quijote maltrecho de la caida, y renqueando y como pudo fué á hincar las rodillas ante los dos señores; pero el duque no lo consintió en ninguna manera, antes apeándose de su caballo fué á abrazar á D. Quijote, diciéndole: á mí me pesa, señor *caballero de la Triste Figura*, que la primera que v. m. há hecho en mi tierra haya sido tan mala como se há visto; pero descuidos de escuderos suelen ser causa de otros peores sucesos. El que yo hé tenido en veros, valeroso príncipe, respondió D. Quijote, es imposible ser malo, aunque mi caida no parára hasta el profundo de los abismos, pues de allí me levantára y me sacára la gloria de haberos visto. Mi escudero, que Dios maldiga, mejor desata la lengua para decir malícias que ata y cincha una silla para que esté firme; pero como quiera que yo me halle, caido ó levantado, á pié ó á caballo, siempre estaré al servicio vuestro y al de mi señora la duquesa, digna consorte vuestra, y digna señora de la hermosura, y universal princesa de la cortesía. Pasito, mi señor D. Quijote de la Mancha, dijo el duque; que adonde está mi señora Doña Dulcinea del Toboso no es razon que se alaben otras fermosuras. Ya estaba á esta sazon libre Sancho Panza del lazo, y hallándose allí cerca, ántes que su amo respondiese dijo: no se puede negar, sino afirmar, que es muy hermosa mi señora Doña Dulcinea del Toboso: pero donde ménos se piensa se levanta la liebre, que yo hé oido decir que esto que llaman naturaleza es como un alcaller [1] que hace vasos de barro, y el que hace un vaso hermoso tambien puede hacer dos y tres y ciento: dígolo porque mi señora la duquesa á fé que no vá en zaga á mi ama la señora Dulcinea del Toboso. Volvióse D. Quijote á la duquesa y dijo: vuestra grandeza imagine que no tuvo caballero andante en el mundo escudero más hablador ni más gracioso del que yo tengo, y él me

1 Es el alfarero.

sacará verdadero si algunos dias quisiere vuestra gran celsitud servirse de mí. Á lo que respondió la duquesa: de que Sancho el bueno sea gracioso lo estimo yo en mucho, porque es señal que es discreto: que las grácias y los donáires, Sr. D. Quijote, como v. m. bien sabe, no asientan sobre ingenios torpes; y pues el buén Sancho es gracioso y donairoso, desde aquí le confirmo por discreto. Y hablador, añadió Don Quijote. Tanto mejor, dijo el duque, porque muchas grácias no se pueden decir con pocas palabras; y porque no se nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran *caballero de la Triste Figura... De los Leones* há de decir vuestra alteza, dijo Sancho, que ya no hay Triste Figura. Prosiguió el duque: digo que venga el señor *caballero de los Leones* á un castillo mio que está aquí cerca, donde se le hará el acogimiento que á tan alta persona se debe justamente, y el que yo y la duquesa solemos hacer á todos los caballeros andantes que á él llegan. Ya en esto Sancho habia aderezado y cinchado bien la silla á Rocinante: y subiendo en él D. Quijote, y el duque en un hermoso caballo, pusieron á la duquesa en medio y encaminaron al castillo. Mandó la duquesa á Sancho que fuese junto á ella, porque gustaba infinito de oir sus discreciones. No se hizo de rogar Sancho, y entretegióse entre los tres é hizo cuarto en la conversacion, con gran gusto de la duquesa y del duque, que tuvieron á gran ventura acoger en su castillo tal caballero andante y tal escudero andado.

CAPITULO XXVI.

Que trata de muchas y grandes cosas.

Suma era la alegría que llevaba consigo Sancho, viéndose á su parecer en privanza con la duquesa, porque se le figuraba que habia de hallar en su castillo lo que en la casa de D. Diego y en la de Basílio, siempre aficionado á la buena vida, y así tomaba la ocasion por la melena en esto del regalarse cada y cuando que se le ofrecia. Cuenta, pues, la historia que ántes que á la casa de placer ó castillo llegasen, se adelantó el duque y dió órden á todos sus criados del modo que habian de tratar á D. Quijote. Y no bien llegó con la duquesa á las puertas del castillo, cuando al instante salieron dél dos lacayos ó palafrenéros vestidos hasta los piés de unas ropas que llaman de levantar, de finísimo raso carmesí, y cogiendo á D. Quijote en brazos sin ser oido ni visto, le dijeron: vaya la vuestra grandeza á apear á mi señora la duquesa. D. Quijote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso; pero en efecto venció la porfía de la duquesa, y no quiso descender ó bajar del palafrén sino en los brazos del duque, diciendo que no se hallaba digna de dar á tan gran caballero tan inútil carga. En fin, salió el duque á

apearla, y al entrar en un gran pátio llegaron dos hermosas doncellas, y echaron sobre los hombros á D. Quijote un gran manton de finísima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del pátio de criados y criadas de aquellos señores, diciendo á grandes voces: bien sea venido la flor y la nata de los caballeros andantes; y todos, ó los más, derramaban pomos de aguas olorosas sobre D. Quijote y sobre los duques, de todo lo cual se admiraba D. Quijote; y aquel fué el primer dia que de todo en todo creyó ser caballero andante verdadero, y no fantástico, viéndose tratar del mismo modo que él habia leido se trataban los tales caballeros en los pasados siglos.

Sancho, desamparando al rúcio, se cosió con la duquesa y se entró en el castillo, y remordiéndole la conciencia de que dejaba al jumento solo, se llegó á una reverenda dueña que con otras á recibir á la duquesa habia salido, y con voz baja le dijo: señora Gonzalez, ó como es su grácia de v. m. Doña Rodriguez de Grijalba me llamo, respondió la dueña: ¿qué es lo que mandais, hermano? Á lo que respondió Sancho: querria que v. m. me la hiciese de salir á la puerta del castillo, donde hallará un asno rúcio mio; v. m. sea servida de mandarle poner ó ponerle en la caballeriza, porque el pobrecito es un poco medroso, y no se hallará á estar solo en ninguna de las maneras. Si tan discreto es el amo como el mozo, respondió la dueña, medradas estamos. Andad, hermano, mucho de enhoramala para vos y para quien acá os trujo; tened cuenta con vuestro jumento, que las dueñas desta casa no estamos acostumbradas á semejantes haciendas. Pues en verdad, respondió Sancho, que hé oido decir á mi señor, que es zahorí de las historias, contando aquella de Lanzarote cuando de Bretaña vino, *que damas curaban dél, y dueñas del su rocino*; y que en el particular de mi asno, que no le trocára yo con el rocin del señor Lanzarote. Hermano, si sois juglar, replicó la dueña, guardad vuestras grácias para donde lo parezcan y se os paguen, que de mí no podreis llevar sino una higa. Áun bien, respondió Sancho, que será bien madura, pues no perderá v. m. la quínola [1] de sus años por punto ménos. Hijo de Barrabás, dijo la dueña, toda ya encendida en cólera; si soy vieja ó no, á Dios daré la cuenta, que no á vos, bellaco, harto de ajos: y esto dijo en voz tan alta que lo oyó la duquesa, y volviendo y viendo á la dueña tan alborotada y tan encarnizados los ojos, le preguntó con quién las habia. Aquí las hé, respondió la dueña, con este buen hombre, que me há pedido encarecidamente que vaya á poner en la caballeriza á un asno suyo que está á la puerta del castillo, trayéndome por ejemplo que así lo hicieron no sé dónde,

1 Quínola, juego de naipes. Sancho da á entender á la dueña que en cuanto á vejez, ó llegar á los años de ella, no le faltaria ninguno.

que unas damas curaron á un tal Lanzarote, y unas dueñas á su rocino, y sobre todo por buen término me há llamado vieja. Eso tuviera yo por afrenta, respondió la duquesa, más que cuantas pudieran decirme: y hablando con Sancho le dijo: advertid, Sancho amigo, que Doña Rodriguez es muy moza, y que aquellas tocas más las trae por autoridad y por la usanza, que por los años. Malos sean los que me quedan por vivir, respondió Sancho, si lo dije por tanto: solo lo dije porque es tan grande el cariño que tengo á mi jumento, que me pareció que no podia encomendarle á persona más caritativa que á la señora Doña Rodriguez. D. Quijote, que todo lo oia, le dijo: ¿pláticas son estas, Sancho, para este lugar? Señor, respondió Sancho; cada uno há de hablar de su menester donde quiera que estuviere; aquí se me acordó del rúcio, y aquí hablé dél, y si en la caballeriza se me acordára, allí-hablára. Á lo que dijo el duque: Sancho está muy en lo cierto, y no hay que culparle en nada: al rúcio se le dará recado á pedir de boca, y descuide Sancho, que se le tratará como á su misma persona.

Con estos razonamientos gustosos á todos, sinó á D. Quijote, llegaron á lo alto y le entraron en una sala adornada de telas riquísimas de oro y de brocado: seis doncellas le desarmaron y sirvieron de pajes, todas industriadas y advertidas del duque y de la duquesa de lo que habian de hacer, y de cómo habian de tratar á D. Quijote, para que imaginase y viese que le trataban como á caballero andante. Quedó Don Quijote despues de desarmado en sus estrechos gregüescos y en su jubon de camuza, seco, alto, tendido, con las quijadas que por de dentro se besaba la una con la otra, figura que á no tener cuenta las doncellas que le servian con disimular la risa, reventáran riendo. Pidiéronle que se dejase desnudar para ponerle una camisa; pero nunca lo consintió, diciendo que la honestidad parecia tan bien en los caballeros andantes como la valentía. Con todo, dijo que diesen la camisa á Sancho; y encerrándose con él en una cuadra donde estaba un rico lecho, se desnudó y vistió la camisa; y viéndose solo con Sancho le dijo: dime, truhán moderno y majadero antíguo, ¿parécete bien deshonrar y afrentar á una dueña tan veneranda y tan digna de respeto como aquella? ¿tiempos eran aquellos para acordarte del rúcio, ó señores son estos para dejar mal pasar á las bestias, tratando tan elegantemente á sus dueños? Por quien Dios es, Sancho, que te reportes, y que no descubras la hilaza de manera que caigan en la cuenta de que eres de villana y grosera tela tejido. Mira, pecador de tí, que en tanto más es tenido el señor cuanto tiene más honrados y bien nacidos criados; y que una de las ventajas mayores que llevan los príncipes á los demás hombres, es que se sirven de criados tan buenos como ellos. ¿No adviertes, angustiado de tí y malaventurado de mí, que si ven que tú eres un grosero villano

ó un mentecato gracioso, pensarán que yo soy algun echacuervos ó algun caballero de mohatra [2]? No, no, Sancho amigo; huye, huye destos inconvenientes, que quien tropieza en hablador y en gracioso, al primer traspié cae y dá en truhán desgraciado; enfrena la lengua, considera y rumia las palabras ántes que te salgan de la boca, y advierte que hemos hablado á parte donde con el favor de Dios y valor de mi brazo hemos de salir mejorados en tercio y quinto en fama y en hacienda. Sancho le prometió con muchas veras de coserse la boca ó morderse la lengua ántes de hablar palabra que no fuese muy á propósito y bien considerada, como él se lo mandaba, y que descuidase acerca de lo tal, que nunca por él se descubuiría quien ellos eran.

Vistióse D. Quijote, púsose su tahalí con su espada, echóse el manton de escarlata á cuestas, púsose una montera de raso verde que las doncellas le dieron, y con este adorno salió á la gran sala, adonde halló á las doncellas puestas en ala, tantas á una parte como á otra, y todas con aderezo de darle aguamanos [3], la cual le dieron con muchas reverencias y ceremonias. Llegaron luego doce pajes con el maestresala para llevarle á comer, que ya los señores le aguardaban. Cogiéronle en medio, y lleno de pompa y majestad le llevaron á otra sala, donde estaba puesta una rica mesa con solos cuatro servicios [4]. La duquesa y el duque salieron á la puerta de la sala á recibirle, y con ellos un grave eclesiástico destos que gobiernan las casas de los príncipes; destos que como no nacen príncipes, no aciertan á enseñar cómo lo han de ser los que lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrecheza de sus ánimos: destos que queriendo mostrar á los que ellos gobiernan á ser limitados, les hacen ser miserables. Destos tales digo que debia de ser el grave religioso que con los duques salió á recebir á D. Quijote. Hiciéronse mil cortéses comedimientos, y finalmente, cogiendo á D. Quijote en medio, se fueron á sentar á la mesa. Convidó el duque á D. Quijote con la cabecera de la mesa, y aunque él lo rehusó, las importunaciones del duque fueron tantas, que la hubo de tomar. El eclesiástico se sentó frontero, el duque y la duquesa á los dos lados. Á todo estaba presente Sancho, embobado y atónito de ver la honra que á su señor aquellos príncipes le hacian; y viendo las muchas ceremonias y ruegos que pasaron entre el duque y D. Quijote para hacerle sentar á la cabecera de la mesa, dijo: si sus mercedes me dan licencia, les contaré un cuento que pasó en mi pueblo acerca desto de los asientos. Apénas hubo dicho esto Sancho, cuando D. Quijote tembló, creyendo sin duda alguna que

2 Supuesto, falso ó fingido. 3 Agua aderezada ó de olor para lavarse las manos. 4 Esto es, *cubiertos*, como ahora se dice.

habia de decir alguna necedad. Miróle Sancho y entendióle, y dijo: no tema v. m., señor mio, que yo me desmande, ni que diga cosa que no venga muy á pelo; que no se me han olvidado los consejos que poco há v. m. me dió sobre el hablar mucho ó poco, bien ó mal. Yo no me acuerdo de nada, Sancho, respondió D. Quijote; dí lo que quisieres, como lo digas presto. Pues lo que quiero decir, dijo Sancho, es tan verdad, que mi señor D. Quijote, que está presente, no me dejará mentir. Por mí, replicó D. Quijote, miente tú, Sancho, cuanto quisieres, que yo no te iré á la mano; pero mira lo que vas á decir. Tan mirado y tan remirado lo tengo, que á buen salvo está el que repica, como se verá por la obra. Bien será, dijo D. Quijote, que vuestras grandezas manden echar de aquí á este tonto, que dirá mil patochadas. Por vida del duque, dijo la duquesa, que no se há de apartar de mí Sancho un punto. Quiérole yo mucho, porque sé que es muy discreto. Discretos dias, dijo Sancho, viva vuestra santidad por el buen crédito que de mí tiene, aunque en mí no lo haya; y el cuento que quiero decir es este:

Convidó un hidalgo de mi pueblo muy rico y principal, porque venia de los Alamos de Medina del Campo, que casó con doña Mencía de Quiñones, que fué hija de D. Alonso de Marañon, caballero del hábito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien hubo aquella pendencia años há en nuestro lugar, que á lo que entiendo mi señor D. Quijote se halló en ella, de donde salió herido Tomasillo el travieso el hijo de Balbastro el herrero... ¿No es verdad todo esto, señor nuestro amo? dígalo por su vida, porque estos señores no me tengan por algun hablador mentiroso. Hasta ahora, dijo el eclesiástico, más os tengo por hablador que por mentiroso; pero de aquí adelante no sé por lo que os tendré. Tú das tantos testigos, Sancho, dijo D. Quijote, y tantas señas, que no puedo dejar de decir que debes de decir verdad: pasa adelante y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos dias. No ha de acortar tal, dijo la duquesa: por hacerme á mí placer ántes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seis dias; que si tantos fuesen, serian para mí los mejores que hubiese llevado en mi vida. Digo pues, señores mios, prosiguió Sancho, que este tal hidalgo, que yo conozco como á mis manos, porque no hay de mi casa á la suya un tiro de ballesta, convidó á un labrador pobre, pero honrado. Adelante, hermano, dijo á esta sazon el religioso, que camino llevais de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo. Á ménos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho: y así digo, que llegando el tal labrador á casa del dicho hidalgo convidador, que buen poso haya su ánima, que ya es muerto, y por más señas dicen que hizo una muerte de un ángel, que yo no me hallé presente, que habia ido por aquel tiempo á segar á Tembleque. Por vida vuestra, hijo, replicó el

religioso, que volvais presto de Tembleque, y que sin enterrar al hidalgo sinó quereis hacer mis exequias, acabeis vuestro cuento. Es pues el caso replicó Sancho, que estando los dos para asentarse á la mesa, que parece que ahora los veo más que nunca... Gran gusto recibian los duques del disgusto que mostraba tomar el buen religioso de la dilacion y pausas con que Sancho contaba su cuento, y D. Quijote se estaba consumiendo en cólera y en rabia. Digo así, dijo Sancho, que estando como hé dicho, los dos para asentarse á la mesa, el labrador porfiaba con el hidalgo que tomase la cabecera de la mesa, y el hidalgo porfiaba tambien que el labrador la tomase, porque en su casa se habia de hacer lo que él mandase; pero el labrador que presumia de cortés y bien criado, jamás quiso, hasta que el hidalgo mohíno, poniéndole ambas manos sobre los hombros, le hizo sentar por fuerza, diciéndole: sentaos, majagranzas, que adonde quiera que yo me siente será vuestra cabecera: y este es el cuento, y en verdad que creo que no ha sido aquí traido fuera de propósito.

Púsose D. Quijote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeaban y se le parecian. Los señores disimularon la risa, porque D. Quijote no acabase de correrse, habiendo entendido la malícia de Sancho; y por mudar de plática y hacer que Sancho no prosiguiese con otros disparates, preguntó la duquesa á D. Quijote, que qué nuevas tenia de la señora Dulcinea, y que si le habia enviado aquellos dias algunos presentes de gigantes ó malandrines, pues no podia dejar de haber vencido muchos. Á lo que D. Quijote respondió: señora mia, mis desgrácias aunque tuvieron principio, nunca tendrán fin. Gigantes hé vencido, y follones y malandrines [5] la hé enviado; ¿pero adónde la habian de hallar, si está encantada y vuelta en la más fea labradora que imaginarse puede? No sé, dijo Sancho Panza: á mí me parece la más hermosa criatura del mundo; á lo ménos en la ligereza y en el brincar bien sé yo que no dará ella la ventaja á un volteador: á buena fé, señora duquesa, así salta desde el suelo sobre una borrica, como si fuera un gato. Habéisla visto vos encantada, Sancho? preguntó el duque. Y cómo si la hé visto, respondió Sancho; ¿pues quién diablos sino yo fué el primero que cayó en el achaque del encantorio? Tan encantada está como mi padre. El eclesiástico que oyó decir de gigantes, de follones y de encantos, cayó en la cuenta de que aquel debia de ser D. Quijote de la Mancha, cuya historia leia el duque de ordinario, y él se lo habia reprendido muchas veces, diciéndole que era disparate leer tales disparates; y enterándose ser verdad lo que sospechaba, con mucha cólera, hablando con el duque le dijo: vuestra excelencia, señor mio, tiene que dar cuenta á nuestro Se-

5 *Follon*, hombre vano y soberbio. *Malandrin*, ladron, salteador de caminos, pirata.

ñor de lo que hace este buen hombre. Este D. Quijote ó D. Tonto, ó cómo se llama, imagino yo que no debe de ser tan mentecato como vuestra excelencia quiere que sea, dándole ocasiones á la mano para que lleve adelante sus sandeces y vaciedades. Y volviendo la plática á D. Quijote le dijo: y á vos, alma de cántaro, ¿quién os ha encajado en el celebro que sois caballero andante, y que venceis gigantes, y prendeis malandrines? Andad enhorabuena y en [tal se os diga: volveos á vuestra casa y criad vuestros hijos, si los teneis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo papando viento y dando que reir á cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde nora tal, habeis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes? ¿Dónde, que hay gigantes en España, ó malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades que de vos se cuentan? Atento estuvo D. Quijote á las razones de aquel venerable varon, y viendo que ya callaba, sin guardar respeto á los duques, con semblante airado y alborotado rostro se puso en pié y dijo... Pero esta respuesta capítulo por sí merece.

CAPITULO XXVII.

De la respuesta que dio D. Quijote á su reprensor, con otros graves y graciosos sucesos.

Levantado, pues, en pié D. Quijote, temblando de los pies á la cabeza como azogado, con presurosa y turbada lengua dijo: el lugar donde estoy, y la presencia de las personas ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve y tengo al estado que v. m. profesa, detienen y atan las manos de mi justo enojo; y así por lo que hé dicho, como por saber que saben todos que las armas de los togados son las mismas que las de la mujer, que son la lengua, entraré con la mia en igual batalla con v. m., de quien se debian esperar ántes buenos consejos que infames vituperios. Las reprensiones santas y bien intencionadas, otras circunstancias requieren y otros puntos piden; á lo ménos el haberme reprendido en público, y tan ásperamente, ha pasado todos los límites de la buena reprension, pues las primeras mejor asientan sobre la blandura que sobre la aspereza; y no es bien sin tener conocimiento del pecado que se reprende, llamar al pecador sin más ni más mentecato y tonto. Sinó, dígame v. m., ¿por cuál de las mentecaterías que en mí ha visto me condena y vitupera, y me manda que me vaya á mi casa á tener cuenta en el gobierno della y de mi mujer y de mis hijos, sin saber si la tengo ó los tengo? ¿No hay más sino á trochemoche entrarse por las casas ajenas á gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrecheza de algun pupilaje, sin haber visto más mundo que el

que puede contenerse en veinte ó treinta leguas de distrito, meterse de rondon á dar leyes á la caballería, y á juzgar de los caballeros andantes? ¿Por ventura es asunto vano, ó es tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos dél, sino las asperezas por donde los buenos suben al asiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los caballeros, los magníficos, los generosos, los altamente nacidos, tuviéralo por afrenta irreparable; pero de que me tengan por sándio los estudiantes, que nunca entraron ni pisaron las sendas de la caballeria, no se me dá un ardite: caballero soy, y caballero he de morir si place al Altísimo: unos van por el ancho campo de la ambicion soberbia; otros por el de la adulacion servil y baja; otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religion; pero yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballeria andante, por cuyo ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra. Yo hé satisfecho agrávios, enderezado tuertos, castigado insolencias, vencido gigantes y atropellado vestiglos: yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean; y siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentes. Mis intenciones siempre las enderezo á buenos fines, que son de hacer bien á todos, y mal á ninguno; si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata merece ser llamado bobo, díganlo vuestras grandezas, duque y duquesa excelentes.

Bien por Dios, dijo Sancho, no diga más v. m., señor y amo mio, en su abono, porque no hay más que decir, ni más que pensar, ni más que perseverar en el mundo: y más que negando este señor, como ha negado, que no ha habido en el mundo ni los hay caballeros andantes, ¿qué mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho? Por ventura, dijo el eclesiástico, ¿sois vos, hermano, aquel Sancho Panza que dicen, á quien vuestro amo tiene prometida una ínsula? Sí soy, respondió Sancho, y soy quien la merece tan bien como otro cualquiera: soy quien júntate á los buenos y serás uno dellos; y soy yo de aquellos, no con quien naces, sino con quien paces; y de los, quien á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija: yo me hé arrimado á buen señor, y há muchos meses que ando en su compañía, y hé de ser otro como él, Dios queriendo: y viva él y viva yo, que ni á él le faltarán imperios que mandar, ni á mí ínsulas que gobernar. No por cierto, Sancho amigo, dijo á esta sazon el duque, que yo en nombre del Sr. D. Quijote os mando el gobierno de una que tengo de nones [1] de no pequeña calidad. Híncate de rodillas, Sancho, dijo D. Quijote, y besa los piés á su excelencia por la merced que te ha hecho. Hízolo así Sancho, lo cual visto

1 *De nones*, singular ó rara, sin par.

por el eclesiástico, se levantó de la mesa mohíno además, diciendo: por el hábito que tengo, que estoy por decir que es tan sándio vuestra excelencia como estos pecadores: mirad si no han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras: quédese vuestra excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa, me estaré yo en la mia, y me excusaré de reprender lo que no puedo remediar: y sin decir más, ni comer más, se fué, sin que fuesen parte á detenerle los ruegos de los duques, aunque el duque no le dijo mucho, impedido de la risa que su impertinente cólera le habia causado. Acabó de reir, y dijo á D. Quijote: v. m., señor *caballero de los Leones*, ha respondido por sí tan altamente que no le queda cosa por satisfacer deste, que aunque parece agrávio, no lo es en ninguna manera, porque así como no agravian las mujeres, no agravian los eclesiásticos, como v. m. mejor sabe. Así es, respondió D. Quijote, y la causa es que el que no puede ser afrentado no puede agraviar á nadie. Las mujeres, los niños y los eclesiásticos, como no pueden defenderse, aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados, porque entre el agrávio y la afrenta, hay esta diferencia, como mejor vuestra excelencia sabe. La afrenta viene de parte de quien la puede hacer, la hace y la sustenta; el agrávio puede venir de cualquier parte sin que afrente. Sea ejemplo: está uno vuelto de espaldas, llega otro, y dále de palos, y en dándoselos huye y no espera, y el otro le sigue y no le alcanza: este que recibió los palos recibió agrávio, mas no afrenta; porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le dió los palos, aunque se los dió á hurta cordel [2], pusiera mano á su espada, y se estuviera quedo haciendo rostro á su enemigo, quedára el apaleado agraviado y afrentado juntamente; agraviado, porque le dieron á traicion; afrentado, porque el que le dió sustentó lo que habia hecho, sin volver las espaldas y á pié quedo: y así segun las leyes del maldito duelo, yo puedo estar agraviado, mas no afrentado, porque los niños no sienten ni las mujeres, ni pueden huir, ni tienen para qué esperar, y lo mismo los constituidos en la sacra religion; porque estos tres géneros de gente carecen de armas ofensivas y defensivas; y así aunque naturalmente esten obligados á defenderse, no o estan para ofender á nadie: y aunque poco há dije que yo podia estar agraviado, ahora digo que no en ninguna manera, porque quien no puede recibir afrenta, menos la puede dar; por las cuales razones yo no debo sentir ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho: solo quisiera que esperára algun poco para darle á entender el error en que está en pensar y decir que no ha habido ni los hay caballeros andantes en el mundo, que si lo tal oyéra Amadís, ó uno de los infinitos de su

2 A hurtadillas, por la espalda y sin dar la cara ni hacer frente.

linaje, yo sé que no le fuera bien á s. m. Eso juro yo bien, dijo Sancho: cuchillada le hubieran dado, que le abrieran de arriba abajo como una granada ó como un melon muy maduro: bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas. Para mí santiguada, que tengo por cierto que si Reinaldos de Montalvan hubiera oido estas razones al hombrecito, tapaboca le hubiera dado que no hablára más en tres años: no sinó tomárase con ellos, y viera como escapaba de sus manos. Perecia de risa la duquesa en oyendo hablar á Sancho, y en su opinion le tenia por más gracioso y por más loco que á su amo, y muchos hubo en aquel tiempo que fueron deste mismo parecer.

Finalmente D. Quijote se sosegó, la comida se acabó, y levantados los manteles llegaron cuatro doncellas, la una con una fuente de plata, y la otra con un aguamanil asimismo de plata, y la otra con dos blanquísimas y riquísimas toallas al hombro, y la cuarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos una redonda pella de jabon napolitano. Llegó la de la fuente, y con gentil donáire y desenvoltura encajó la fuente debajo de la barba de D. Quijote; el cual sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyó que debia ser usanza de aquella tierra, en lugar de las manos lavar las barbas; y así tendió la suya todo cuanto pudo, y al mismo punto comenzó á llover el aguamanil y la doncella del jabon le manoseó las barbas con mucha priesa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las jabonaduras, no solo por las barbas, mas por todo el rostro y por los ojos del obediente caballero, tanto que se los hizo cerrar por fuerza. El duque y la duquesa que de nada de esto eran sabidores, estaban esperando en qué habia de parar tan extraordinario lavatorio. La doncella barbera, cuando le tuvo con un palmo de jabonadura, fingió que se le habia acabado el agua, y mandó á la del aguamanil fuese por ella, que el señor D. Quijote esperaria. Hízolo así, y quedó D. Quijote con la más extraña figura y más para hacer reir que se pudiera imaginar. Mirábanle todos los que presentes estaban, que eran muchos, y como le veian con media vara de cuello, más que medianamente moreno, los ojos cerrados y las barbas llenas de jabon, fué gran maravilla y mucha discrecion poder disimular la risa: las doncellas de la burla tenian los ojos bajos sin osar mirar á sus señores: á ellos les retozaba la cólera y la risa en el cuerpo, y no sabian á qué acudir, si á castigar el atrevimiento de las muchachas, ó á darles premio por el gusto que recibian de ver á D. Quijote de aquella suerte. Finalmente la doncella del aguamanil vino, y acabaron de lavar á Don Quijote, y luego la que traia las toallas le limpió y le enjugó muy reposadamente; y haciéndole todas cuatro á la par una grande y profunda inclinacion y reverencia, se querian ir; pero el duque, porque D. Quijote no cayese en la burla, llamó á la doncella de la fuente, diciéndole:

venid y lavadme á mí, y mirad que no se os acabe el agua. La muchacha aguda y diligente llegó y puso la fuente al duque como á D. Quijote, y dándose priesa le lavaron y jabonaron muy bien, y dejándole enjuto y limpio, haciendo reverencias se fueron.

Estaba atento Sancho á las ceremonias de aquel lavatorio, y dijo entre sí: ¡válame Dios! ¿si será tambien usanza en esta tierra lavar las barbas á los escuderos como á los caballeros! porque en Dios y en mi ánima que lo hé bien menester, y áun si me las rapasen á navaja lo tendria á mas beneficio. ¿Qué decis entre vos, Sancho? preguntó la duquesa. Digo, señora, que en las córtes de los otros príncipes siempre he oido decir que en levantando los manteles dan agua á las manos, pero no legía á las barbas; y que por eso es bueno vivir mucho por ver mucho, aunque tambien dicen que el que larga vida vive, mucho mal ha de pasar, puesto que pasar por un lavatorio de estos antes es gusto que trabajo. No tengais pena, amigo Sancho, dijo la duquesa, que yo haré que mis doncellas os laven, y áun os metan en colada si fuera menester. Con las barbas me contento, respondió Sancho, por ahora á lo menos, que andando el tiempo Dios dijo lo que será. Mirad, maestresala, dijo la duquesa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pié de la letra. El maestresala respondió que en todo seria servido el señor Sancho, y con esto se fué á comer y llevó consigo á Sancho, quedándose á la mesa los duques y D. Quijote hablando en muchas y diversas cosas, pero todas tocantes al ejercicio de las armas y de la andante caballería.

La duquesa rogó á D. Quijote que le delinease y describiese, pues parecia tener felice memoria, la hermosura y facciones de la señora Dulcinea del Toboso, que segun lo que la fama pregonaba de su belleza, tenia por entendido que debia de ser la mas bella criatura del orbe y áun de toda la Mancha. Sospiró D. Quijote oyendo lo que la duquesa le mandaba, y dijo: si yo pudiera sacar mi corazon, y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza aquí sobre esta mesa y en un plato, quitára el trabajo á mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar, porque vuestra excelencia la viera en él toda retratada; pero ¿para qué es ponerme yo ahora á delinear y describir punto por punto y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros hombros que de los mios, empresa en quien se debian ocupar los pinceles de Parrásio, de Timantes y de Apeles, y los buriles de Lisipo, para pintarla y grabarla en tablas, en mármoles y en bronces, y la retórica ciceroniana y demostina para alabarla? ¿Qué quiere decir demostina, señor D. Quijote? preguntó la duquesa, que es vocablo que no le he oido en todos los dias de mi vida. Retórica demostina, respondió, es lo mismo que decir retórica de Demóstenes, como ciceroniana de Ciceron que

fueron los dos mayores retóricos del mundo. Así es, dijo el duque; y habeis andado deslumbrada en la tal pregunta. Pero con todo éso nos daria gran gusto el señor D. Quijote si nos la pintase, que á buen seguro que aunque sea en rasguño y bosquejo, que ella salga tal que la tengan envidia las más hermosas. Sí hiciera por cierto, respondió Don Quijote, si no me la hubiera borrado de la idea la desgrácia que poco há le sucedió, que es tal, que más estoy para llorarla que para describirla; porque habrán de saber vuestras grandezas, que yendo los dias pasados á besarle las manos, y á recebir su bendicion, beneplácito y licencia para esta tercera salida, hallé otra de la que buscaba: hálléla encantada y convertida de princesa en labradora, de hermosa en fea, de ángel en diablo, de olorosa en pestífera, de bien hablada en rústica, de reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y finalmente de Dulcinea del Toboso en una villana de Sayago. ¡Válame Dios! dando una gran voz, dijo á este instante el duque, ¿quién ha sido el que tanto mal ha hecho al mundo? ¿Quién ha quitado dél la belleza que le alegraba, el donaire que le entretenia, y la honestidad que le acreditaba? ¿Quién? respondió Don Quijote, ¿quién puede ser sino algun maligno encantador de los muchos invidiosos que me persiguen? esta raza maldita, nacida en el mundo para escurecer y aniquilar las hazañas de los buenos, y dar á luz y levantar los fechos de los malos. Perseguídome han encantadores, encantadores me persiguen, y encantadores me perseguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerías en el profundo abismo del olvido, y en aquella parte me dañan y hieren donde ven que más lo siento; porque quitarle á un caballero andante su dama, es quitarle los ojos con que mira, y el sol con que se alumbra, y el sustento con que se mantiene. Otras muchas veces lo he dicho, y ahora lo vuelvo á decir, que el caballero andante sin dama es como el árbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra sin cuerpo de quien se cause.

No hay más que decir, dijo la duquesa; pero si con todo eso hemos de dar crédito á la historia que del señor D. Quijote de pocos dias á esta parte ha salido á la luz del mundo con general apláuso de las gentes, della se colige, si mal no me acuerdo, que nunca v. m. ha visto á la señora Dulcinea: y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica, que v. m. la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso. En eso hay mucho que decir, respondió D. Quijote: Dios sabe si hay Dulcinea ó no en el mundo, ó si es fantástica ó no es fantástica: y estas no son de las cosas cuya averiguacion se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré ni parí á mi señora, puesto que la contemplo, como conviene que sea, una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son hermosa sin tacha, grave sin

soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y finalmente alta por linaje, á causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con mas grados de perfeccion que en las hermosas humildemente nacidas. Así es, dijo el duque; pero háme de dar licencia el señor D. Quijote para que diga lo que me fuerza á decír la historia que de sus hazañas he leido, de donde se infiere que puesto que se conceda que hay Dulcinea en el Toboso ó fuera dél, y que sea hermosa en el sumo grado que v. m. nos la pinta, en lo de la alteza del linaje no corre parejas con las Orianas, con las Alastrajareas, con las Madásimas, ni con otras deste jaez, de quien estan llenas las historias, que v. m. bien sabe. A eso puedo decir, respondió D. Quijote, que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en más se ha de estimar y tener un humilde virtuoso, que un vicioso levantado: cuanto más, que Dulcinea tiene un giron [3] que la puede llevar á ser reina de corona y cetro: que el merecimiento de una mujer hermosa y virtuosa, á hacer mayores milagros se extiende; y aunque no formalmente, virtualmente tiene en sí encerradas mayores venturas. Digo, señor D. Quijote, dijo la duquesa, que en todo cuanto v. m. dice va con pié de plomo, y como suele decirse, con la sonda en la mano; y que yo desde aquí adelante creeré y haré creer á todos los de mi casa, y áun al duque mi señor, si fuere menester, que hay Dulcinea en el Toboso, y que vive hoy dia, y es hermosa, y principalmente nacida, y merecedora que un tal caballero como el señor D. Quijote la sirva, que es lo más que puedo ni sé encarecer. Pero no puedo dejar de formar un escrúpulo y tener algun no sé qué de ojeriza contra Sancho Panza: el escrúpulo es que dice la historia referida, que el tal Sancho Panza halló á la tal señora Dulcinea cuando de parte de v. m. le llevó una epístola, aechando un costal de trigo, y por más señas dice que era rubion; cosa que me hace dudar en la alteza de su linaje.

Á lo que respondió D. Quijote: señora mia, sabrá la vuestra grandeza que todas ó las más cosas que á mí me suceden, van fuera de los términos ordinarios de las que á los otros caballeros andantes acontecen, ó ya sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, ó ya vengan encaminadas por la malicia de algun encantador invidioso; y como es cosa ya averiguada que todos ó los más caballeros andantes y famosos, uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes que no pueda ser herido, como lo fué el famoso Roldan, uno de los doce Pares de Francia, de quien se cuenta que no podia ser ferido sino por la planta del pié izquierdo, y que esto habia

3 *Giron* es parte ó porcion pequeña de alguna cosa.

de ser con la punta de un alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna; quiero inferir de lo dicho que podria ser que yo tuviese alguna grácia destas, no del no poder ser ferido, porque muchas veces la experiencia me há mostrado que soy de carnes blandas, y no nada impenetrables, ni la de no poder ser encantado, que ya me hé visto metido en una jaula, donde todo el mundo no fuera poderoso á encerrarme sinó fuera á fuerza de encantamentos. Pero pues de aquel me libré, quiero creer que no há de haber otro alguno que me empezca [4]: y así viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, vénganse en las cosas que más quiero, y quieren quitarme la vida maltratando la de Dulcinea, por quien yo vivo. Y así creo que cuando mi escudero le llevó mi embajada se la convirtieron en villana, y ocupada en tan bajo ejercicio como es el de aechar trigo; pero ya tengo yo dicho que aquel trigo ni era rubion ni trigo, sino granos de perlas orientales. Y para prueba desta verdad quiero decir á vuestras magnitudes como viniendo poco há por el Toboso, jamás pude hallar los palacios de Dulcinea; y que otro dia habiéndola visto Sancho mi escudero en su misma figura, que es la más bella del orbe, á mí me pareció una labradora tosca y fea, y no nada bien razonada, siendo la discrecion del mundo; y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar segun buén discurso, ella es la encantada, la ofendida, la mudada, trocada y trastrocada, y en ella se han vengado de mí mis enemigos, y por ella viviré yo en perpétuas lágrimas hasta verla en su prístino estado.

Todo esto hé dicho para que nadie repare en lo que Sancho dijo del cernido ni del aecho de Dulcinea, que pues á mí me la mudaron, no es maravilla que á él se la cambiasen. Dulcinea es principal y bien nacida, y de los hidalgos linajes que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos. Á buen seguro que no le cabe poca parte á la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo há sido Troya por Elena y España por la Cava, aunque con mejor título y fama. Por otra parte, quiero que entiendan vuestras señorías que Sancho Panza es uno de los más graciosos escuderos que jamás sirvió á caballero andante: tiene á veces unas simplicidades tan agudas, que el pensar si es simple ó agudo causa no pequeño contento: tiene malícias que le condenan por bellaco, y descuidos que le confirman por bobo: duda de todo y créelo todo: cuando pienso que se va á despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente, yo no lo trocaría por otro escudero, aunque me diesen de añadidura una gran ciudad, y así estoy en duda si será bien enviarle al gobierno de quien vuestra grandeza le há hecho merced, aun-

4 *Empecer*, dañar, ofender, causar perjuicio.

que veo en él una cierta aptitud para esto de gobernar, que atusándole tantico el entendimiento se saldria con cualquiera gobierno como el rey con sus alcabalas: y más que ya por muchas experiencias sabemos que no es menester ni mucha habilidad ni muchas letras para ser uno gobernador, pues hay por ahí ciento que apénas saben leer, y gobiernan como unos girifaltes: el toque está en que tengan buena intencion y deseen acertar en todo, que nunca les faltará quien les aconseje y encamine en lo que han de hacer, como los gobernadores caballeros y no letrados, que sentencian con asesor. Aconsejaríale yo que ni tome cohecho ni pierda derecho, y otras cosillas que me quedan en el estómago, que saldrán á su tiempo para utilidad de Sancho y provecho de la ínsula que gobernáre.

Á este punto llegaban de su coloquio el duque, la duquesa y D. Quijote, cuando oyeron muchas voces y gran rumor de gente en el palacio, y á deshora entró Sancho en la sala, todo asustado, con un cernadero por babador, y tras él muchos mozos, ó por mejor decir, pícaros de cocina y otra gente menuda, y uno venia con un artesoncillo de agua, que en la color y poca limpieza mostraba ser de fregar: seguíale y perseguíale el de la artesa, y procuraba con toda solicitud ponérsela y encajársela debajo de las barbas, y otro pícaro mostraba querérselas lavar. ¿Qué es esto, hermanos? preguntó la duquesa: ¿qué es esto? ¿qué quereis á ese buen hombre? ¿cómo? ¿y no considerais que está electo gobernador? Á lo que respondió el pícaro barbero: no quiere este señor dejarse lavar como es usanza, y como se lavó el duque mi señor y el señor su amo. Sí quiero, respondió Sancho con mucha cólera; pero querria que fuese con tohallas más limpias, con legía más clara, y con manos no tan súcias, que no hay tanta diferencia de mí á mi amo que á él le laven con agua de ángeles y á mí con legía de diablos: las usanzas de las tierras y de los palacios de los príncipes, tanto son buenas cuanto no dan pesadumbre; pero la costumbre del lavatorio que aquí se usa peor es que de disciplinantes. Yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes rifrigerios; y el que se llegáre á lavarme ni tocarme á un pelo de la cabeza, digo, de mi barba, hablando con el debido acatamiento, le daré tal puñada que le deje el puño engastado en los cascos: que estas tales cirimonias y jabonaduras más parecen burlas que gasajos [5] de huéspedes. Perecida de risa [6] estaba la duquesa, viendo la cólera y oyendo las razones de Sancho; pero no dió mucho gusto á D. Quijote verle tan mal adeliñado con la jaspeada tohalla, y tan rodeado de tantos entretenidos de cocina; y así haciendo una profunda reverencia á los duques, como que les pedia licencia para hablar,

5 Agasajos. 6 Muerta de risa.

con voz reposada dijo á la canalla: hola, señores caballeros, vs. ms. dejen al mancebo y vuelvan por donde vinieron, ó por otra parte si se les antojáre, que mi escudero es limpio tanto como otro, y esas artesillas son para él estrechos y penantes búcaros; tomen mi consejo y déjenle, porque ni él ni yo sabemos de achaques de burlas. Cogióle la razon de la boca Sancho, y prosiguió diciendo: no, sinó lléguense á hacer burla del mostrenco, que así lo sufriré como ahora es de noche. Traigan aquí un peine ó lo que quisieren, y almoháceume [7] estas barbas: y si sacaren dellas cosa que ofenda á la limpieza, què me trasquilen á cruces [8].

Á esta sazon, sin dejar la risa, dijo la duquesa: Sancho Panza tiene razon en todo cuanto há dicho, y la tendrá en todo cuanto dijere: él es limpio, y como él dice, no tiene necesidad de lavarse: y si nuestra usanza no le contenta, su alma en su palma: cuanto más que vosotros, ministros de la limpieza, habeis andado demasiadamente de remisos y descuidados, y no sé si diga atrevidos, á traer á tal personaje y á tales barbas, en lugar de fuentes y aguamaníles de oro puro y de alemanas tohallas, artesillas y dornajos de palo y rodillas de aparadores; pero en fin, sois malos y mal nacidos, y no podeis dejar, como malandrines que sois, de mostrar la ojeriza que teneis con los escuderos de los andantes caballeros. Creyeron los apicarados ministros, y áun el maestresala que venia con ellos, que la duquesa hablaba de veras, y así quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos y casi corridos se fueron y le dejaron, el cual viéndose fuera de aquel, á su parecer, sumo peligro, se fué á hincar de rodillas ante la duquesa y dijo: de grandes señoras grandes mercedes se esperan: esta que la v. m. hoy me há fecho no puede pagarse con menos sinó es con desear verme armado caballero andante, para ocuparme todos los dias de mi vida en servir á tan alta señora: labrador soy, Sancho Panza me llamo, casado soy, hijos tengo, y de escudero sirvo: si con alguna destas cosas puedo servir á vuestra grandeza, ménos tardaré yo en obedecer que vuestra señoría en mandar. Bien parece, Sancho, respondió la duquesa, que habeis aprendido á ser cortés en la escuela de la misma cortesía; bien parece, quiero decir, que os habeis criado á los pechos del Sr. D. Quijote, que debe de ser la nata de los comedimientos y la flor de las ceremonias, ó cirimonias, como vos decís: bien haya tal señor y tal criado, el uno por norte de la andante caballería, y el otro por estrella de la escuderil fidelidad: levantaos, Sancho amigo, que yo satisfaré vuestras cortesías con hacer que el duque mi señor lo más presto que pudiere os cumpla la merced prometida del gobierno. Con esto cesó la plática, y D. Quijote

7 Por *peinemme*. 8 A repelones, sin órden ni simetría.

se fué á reposar la siesta; y la duquesa pidió á Sancho que sinó tenia mucha gana de dormir viniese á pasar la tarde con ella y con sus doncellas en una muy fresca sala. Sancho respondió que aunque era verdad que tenia por costumbre dormir cuatro ó cinco horas las siestas del verano, que por servir á su bondad él procuraría con todas sus fuerzas no dormir aquel dia ninguna, y vendria obediente á su mandado, y fuése. El duque dió nuevas órdenes para que se tratase á D. Quijote como á caballero andante, sin salir un punto del estilo, segun cuentan que se trataba á los antiguos caballeros.

CAPITULO XXVIII.

De la sabrosa plática que la duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note.

Cuenta, pues, la historia que Sancho no durmió aquella siesta, sino que por cumplir su palabra vino en comiendo á ver á la duquesa, la cual con el gusto que tenia de oirle le hizo sentar junto á sí en una silla baja, aunque Sancho de puro bien criado no queria sentarse; pero la duquesa le dijo que se sentase como gobernador, y hablase como escudero, puesto que por entrambas cosas merecia el mismo escaño del Cid Rui Diaz Campeador. Encogió Sancho los hombros, obedeció y sentóse, y todas las doncellas y dueñas de la duquesa le rodearon atentas con grandísimo silencio á escuchar lo que diria; pero la duquesa fué la que habló primero, diciendo: ahora que estamos solos, y que aquí no nos oye nadie, querria yo que el señor gobernador me absolviese ciertas dudas que tengo, nacidas de la historia que del gran D. Quijote anda ya impresa: una de las cuales dudas es, que pues el buen Sancho nunca vió á Dulcinea, digo á la señora Dulcinea del Toboso, ni le llevó la carta del Sr. D. Quijote, porque se quedó en el libro de memoria en Sierra Morena, ¿cómo se atrevió á fingir la respuesta, y aquello de que la halló aechando trigo, siendo todo burla y mentira, y tan en daño de la buena opinion de la sin par Dulcinea, y todas cosas que no vienen bien con la calidad y fidelidad de los buénos escudéros? Á estas razones, sin responder con alguna, se levantó Sancho de la silla, y con pasos quedos, el cuerpo agobiado, y el dedo puesto sobre los lábios anduvo por toda la sala levantando los doseles, y luego esto hecho se volvió á sentar, y dijo: ahora, señora mia, que hé visto que no nos escucha nadie de solapa [1] fuera de los circunstantes, sin temor ni sobresalto responderé á lo que se me ha preguntado, y á todo aquello que se me

1 Encubierto ó escondido de propósito para escuchar.

preguntáre, y lo primero que digo es, que yo tengo á mi Sr. D. Quijote por loco rematado, puesto que algunas veces dice cosas que á mi parecer, y áun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mesmo Satanás no las podria decir mejores; pero con todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo, á mí se me ha asentado que es un mentecato: pues como yo tengo esto en el magín, me atrevo á hacerle creer lo que no lleva pies ni cabeza, como fué aquello de la respuesta de la carta, y lo de habrá seis ú ocho dias, que áun no está en historia, conviene á saber, lo del encanto de mi señora Doña Dulcinea, que le hé dado á entender que está encantada, no siendo más verdad que por los cerros de Ubeda. Rogóle la duquesa que le contase aquel encantamento ó burla, y Sancho se lo contó todo del mismo modo que habia pasado, de que no poco gusto recibieron los oyentes; y prosiguiendo en su plática dijo la duquesa: de lo que el buén Sancho me ha contado me anda brincando un escrúpulo en el alma, y un cierto susurro llega á mis oidos que me dice: pues D. Quijote de la Mancha es loco, menguado y mentecato, y Sancho Panza su escudero lo conoce, y con todo eso le sirve y le sigue, y vá atenido á las vanas promesas suyas; sin duda alguna debe de ser él más loco y tonto que su amo: y siendo esto así, como lo es, mal contado te será, señora duquesa, si al tal Sancho Panza le das ínsula que gobierne, porque el que no sabe gobernarse á sí ¿cómo sabrá gobernar á otros?

Par Dios, señora, dijo Sancho, que ese escrúpulo viene con parto derecho; pero dígale v. m. que hable claro, ó como quisiere, que yo conozco que dice verdad, que si yo fuera discreto, dias há que habia de haber dejado á mi amo, pero esta fué mi suerte y esta mi malandanza: no puedo más, seguirle tengo, somos de un mismo lugar, hé comido su pan, quiérole bien, soy agradecido, dióme sus pollinos, y sobre todo yo soy fiel, y así es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y azadon: y si vuestra altanería no quisiere que se me dé el prometido gobierno, de ménos me hizo Dios, y podria ser que el no dármele redundase en pró de mi conciencia, que magüera [2] tonto se me entiende aquel refrán de por su mal le nacieron alas á la hormiga; y áun podria ser que se fuese más ahína [3] Sancho escudero al cielo, que no Sancho gobernador: tan buen pan hacen aquí como en Francia: y de noche todos los gatos son pardos: y asáz de desdicha es la persona que á las dos de la tarde no se ha desayunado: y no hay estómago que sea un palmo mayor que otro, el cual se puede llenar, como suele decirse, de paja y de heno: y al dejar este mundo y meternos la tierra adentro, por tan estrecha senda va el príncipe como el jorna-

2 Que aunque tonto. 3 Más fácilmente ó más bien.

lero; y no ocupa más piés de tierra el cuerpo del papa que el del sacristán, aunque sea más alto el uno que el otro, que al entrar en el hoyo todos nos ajustamos y encogemos, ó nos hacen ajustar y encoger mal que nos pese, y á buenas noches. Y torno á decir, que si vuestra señoría no me quisiere dar la ínsula por tonto, yo sabré no dárseme nada por discreto: y yo hé oido decir, que detrás de la cruz está el diablo, y que no es oro todo lo que reluce. No pudo la duquesa dejar de admirarse al oir las razones y refránes de Sancho, á quien dijo: ya sabe el buén Sancho que lo que una vez promete un caballero, procura cumplirlo aunque le cueste la vida. El duque mi señor y marido, aunque no es de los andantes, no por eso deja de ser caballero, y así cumplirá la palabra de la prometida ínsula á pesar de la envidia y de la malicia del mundo. Esté Sancho de buen ánimo, que cuando ménos lo piense se verá sentado en la silla de su ínsula y en la de su estado, y empuñará su gobierno: lo que yo le encargo es que mire como gobierna sus vasallos, advirtiendo que todos son leales y bien nacidos. Eso de gobernarlos bien, respondió Sancho, no hay para qué encargármelo, porque yo soy caritativo de mio y tengo compasion de los pobres; y á quien cuece y amasa no le hurtes hogaza [4]: y para mi santiguada, que no me han de echar dado falso [5]: soy perro viejo, y entiendo todo tus tus, y sé despabilarme á sus tiempos, y no consiento que me anden musarañas ante los ojos, porque sé donde me aprieta el zapato: dígolo porque los buénos tendrán conmigo mano y concavidad, [6] y los malos ni pié ni entrada. Y paréceme á mí que en esto de los gobiernos todo es comenzar; y podría ser que á quince dias de gobernador me comiese las manos trás el oficio, y supiese más dél que de la labor del campo en que me hé criado. Vos teneis razon, Sancho, dijo la duquesa, que nadie nace enseñado, y de los hombres se hacen los obispos, que no de las piedras. Pero volviendo á la plática que poco há tratábamos del encanto de la señora Dulcinea, tengo por cosa cierta y más que averiguada, que aquella imaginacion que Sancho tuvo de burlar á su señor, y darle á entender que la labradora era Dulcinea, y que si su señor no la conocia debia de ser por estar encantada, toda fué invencion de alguno de los encantadores que al señor D. Quijote persiguen; porque real y verdaderamente yo sé de buena parte que la villana que dió el brinco sobre la pollina era y es Dulcinea del Toboso; y que el buén Sancho, pensando ser el engañador, es el engañado; y no hay poner más duda en esta verdad que en las cosas que nunca vimos. Y sepa el señor Sancho Panza que tambien tenemos acá encantadores

4 *Refrán* que advierte que al que está experimentado y práctico en alguna cosa no se le puede engañar en ella con facilidad. 5 No me han de engañar, ó hacer creer, ó pasar una cosa por otra. 6 Cabida.

que nos quieren bien, y nos dicen lo que pasa por el mundo pura y sencillamente, sin enredos ni máquinas; y créame Sancho, que la villana brincadora era y es Dulcinea del Toboso, que está encantada como la madre que la parió; y cuando ménos nos pensemos la habemos de ver en su propia figura, y entonces saldrá Sancho del engaño en que vive.

Bien puede ser todo eso, dijo Sancho Panza, y ahora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que vió en la cueva de Montesinos, donde dice que vió á la señora Dulcinea del Toboso en el mismo traje y hábito que yo dije que la habia visto cuando la encanté por solo mi gusto; y todo debió de ser al revés, como v. m., señora mia, dice; porque de mi ruin ingenio no se puede ni debe presumir que fabricase en un instante tan agudo embuste, ni creo yo que mi amo es tan loco que con tan flaca y magra persuasion como la mia creyese una cosa tan fuera de todo término; pero, señora, no por esto será bien que vuestra bondad me tenga por malévolo, pues no está obligado un porro como yo á taladrar los pensamientos y malícias de los pésimos encantadores: yo fingí aquello por escaparme de las riñas de mi Sr. D. Quijote, y nó con intencion de ofenderle; y si há salido al revés, Dios está en el cielo, que juzga los corazones. Así es la verdad, dijo la duquesa; pero dígame ahora Sancho qué es esto que dice de la cueva de Montesinos, que gustaria saberlo. Entonces Sancho Panza le contó punto por punto lo que queda dicho acerca de la tal aventura. Oyendo lo cual la duquesa dijo: deste suceso se puede inferir que pues el gran D. Quijote dice que vió allí á la misma labradora que Sancho vió á la salida del Toboso, sin duda es Dulcinea, y que andan por aquí los encantadores muy listos y demasiadamente curiosos. Eso digo yo, dijo Sancho Panza, que si mi señora Dulcinea del Toboso está encantada, su daño será, que yo no me tengo de tomar con los enemigos de mi amo, que deben de ser muchos y malos. Verdad sea que la que yo ví fué una labradora, y por labradora la tuve, y por tal labradora la juzgué, y si aquella era Dulcinea no há de estar á mi cuenta, ni há de correr por mí, ó sobre ello morena. No sinó ándense á cada triquete [7] conmigo á dime y diréte, Sancho lo dijo, Sancho lo hizo, Sancho tornó, y Sancho volvió, como si Sancho fuese algun quienquiera, y no fuese el mismo Sancho Panza que anda ya en libros por ese mundo adelante, segun me dijo Sanson Carrasco, que por lo ménos es persona bachillerada por Salamanca, y los tales no pueden mentir sino cuando se les antoja ó les viene muy á cuento. Así que no hay para que nadie se tome conmigo; y pues que tengo buena fama, y segun oí decir á mi señor, más vale el

7 Es abreviatura de *triquitraque*, que quiere decir á cada paso, á cada momento.

buén nombre que las muchas riquezas, encájenme ese gobierno, y verán maravillas, que quien há sido buen escudero, será buen gobernador. Todo cuanto aquí há dicho el buen Sancho, dijo la duquesa, son sentencias catonianas, ó por lo ménos sacadas de las mismas entrañas del mismo Micael Verino. En fin, en fin, hablando á su modo, debajo de mala capa suele haber buén bebedor. En verdad, señora, respondió Sancho, que en mi vida hé bebido de malicia; con sed bien podria ser, porque no tengo nada de hipócrita: bebo cuando tengo gana, y cuando no la tengo, y cuando me lo dán, por no parecer ó melindroso ó mal criado, que á un brindis de un amigo ¿qué corazon há de haber tan de mármol que no haga la razon [8]? Pero aunque las calzo no las ensucio [9]: cuanto más que los escuderos de los caballeros andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan por florestas, selvas, prados, montañas y riscos, sin hallar una misericordia de vino si dán por ella un ojo. Yo lo creo así, respondió la duquesa; y por ahora váyase Sancho á reposar, que despues hablarémos más largo, y darémos órden como vaya presto á encajarse, como él dice, aquel gobierno. De nuevo besó las manos Sancho á la duquesa, y le suplicó le hiciese merced de que se tuviese buena cuenta con su rúcio, porque era la lumbre de sus ojos. ¿Qué rúcio es este? preguntó la duquesa. Mi asno, respondió Sancho, que por no nombrarle con este nombre le suelo llamar el rúcio, y á esta señora dueña le rogué cuando entré en este castillo tuviese cuenta con él, y azoróse de manera como si la hubiera dicho que era fea ó vieja, debiendo de ser más propio y natural de las dueñas pensar [10] jumentos que autorizar las salas. ¡Oh válame Dios, y cuán mal estaba con estas señoras un hidalgo de mi lugar! Seria algun villano, dijo Doña Rodriguez la dueña, que si él fuera hidalgo y bien nacido, él las pusiera sobre el cuerno de la luna. Ahora bien, dijo la duquesa, no haya más, calle Doña Rodriguez, y sosiéguese el señor Panza, y quédese á mi cargo el regalo del rúcio, que por ser alhaja de Sancho le pondré yo sobre las niñas de mis ojos. En la caballeriza basta que esté, respondió Sancho, que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza ni él ni yo somos dignos de estar solo un momento, y así lo consentiria yo como darme de puñaladas, que aunque dice mi señor que en las cortesías ántes se ha de perder por carta de más que de ménos, en las jumentiles y asininas se há de ir con el compás en la mano y con medido término. Llévele, dijo la duquesa, Sancho al gobierno, y allá le podrá regalar como quisiere, y áun jubilarle del trabajo. No piense v. m., señora duquesa, que há dicho mucho, dijo Sancho, que yo hé visto ir más de dos asnos á los gobiernos, y que llevase yo el mio no

8 Que no corresponda, aceptándole. 9 Expresion vulgar que aplica Sancho para significar que aunque bebia, no era con exceso, ó no se emborrachaba. 10 Cuidar jumentos, dándoles el pienso ó la comida.

seria cosa nueva. Las razones de Sancho renovaron en la duquesa la risa y el contento, y enviándole á reposar, ella fué á dar cuenta al duque de lo que con él habia pasado, y entre los dos dieron traza y órden de hacer una burla á D. Quijote, que fuese famosa, y viniese bien con el estilo caballeresco, en el cual le hicieron muchas, tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande historia se contienen.

CAPITULO XXIX.

Que dá cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se habia de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras mas famosas deste libro.

Grande era el gusto que recebian el duque y la duquesa de la conversacion de D. Quijote y de la de Sancho Panza; y confirmándose en la intencion que tenian de hacerles algunas burlas que llevasen vislumbres y apariencias de aventuras, tomaron motivo de la que D. Quijote ya les habia contado de la cueva de Montesinos, para hacerle una que fuese famosa. Y así habiendo dado órden á sus criados de todo lo que habian de hacer, de allí á seis dias le llevaron á caza de montería con tanto aparato de monteros y cazadores como pudiera llevar un rey coronado. Diéronle á D. Quijote un vestido de monte, y á Sancho otro verde de finísimo paño; pero D. Quijote no se le quiso poner, diciendo que otro día habia de volver al duro ejercicio de las armas, y que no podia llevar consigo guardaropas ni reposterías. Sancho si tomó el que le dieron con intencion de venderle en la primera ocasion que pudiese. Llegado pues el esperado dia armóse D. Quijote, vistióse Sancho, y encima de su rúcio que no le quiso dejar aunque le daban un caballo, se metió entre la tropa de los monteros. La duquesa salió bizarramente aderezada, y Don Quijote de puro cortés y comedido tomó la rienda de su palafrén, aunque el duque no queria consentirlo; y finalmente llegaron á un bosque que entre dos altísimas montañas estaba, donde tomados los puestos, paranzas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caza con grande estruendo, grita y vocería, de manera que unos á otros no podian oirse, así por el ladrido de los perros, como por el son de las bocinas. Apeóse la duquesa, y con un agudo venablo en las manos se puso en un puesto por donde ella sabia que solian venir algunos jabalíes. Apeáronse asimismo el duque y D. Quijote, y pusiéronse á sus lados: Sancho se puso detrás de todos sin apearse del rúcio, á quien no osaba desamparar porque no le sucediese algun desmán: y apenas habian sentado el pié y puéstose en ala con otros muchos criados suyos, cuando acosado de los perros y seguido de los cazadores,

vieron que hácia ellos venia un desmesurado jabalí crugiendo dientes y colmillos y arrojando espuma por la boca, y en viéndole, embrazando su escudo y puesta mano á su espada, se adelantó á recibirle D. Quijote: lo mismo hizo el duque con su venablo; pero á todos se adelantára la duquesa si el duque no se lo estorbára. Solo Sancho, en viendo al valiente animal, desamparó al rúcio, y dió á correr cuanto pudo, y procurando subirse sobre una alta encina, no fué posible; ántes estando ya á la mitad della asido de una rama, pugnando por subir á la cima, fué tan corto de ventura, que se desgajó la rama, y al venir al suelo se quedó en el aire asido de un gancho de la encina; y viéndose así, y que el sayo verde se le rasgaba, y pareciéndole que si aquel fiero animal allí llegaba le podia alcanzar, comenzó á dar tantos gritos y á pedir socorro con tanto ahinco, que todos los que le oian y no le veian creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente el colmilludo jabalí quedó atravesado de las cuchilladas de muchos venablos que se le pusieron delante; y volviendo la cabeza D. Quijote á los gritos de Sancho, que ya por ellos le habia conocido, vióle pendiente de la encina, la cabeza abajo y el rúcio junto á él, que no le desamparó en su calamidad: y dice Cide Hamete que pocas veces vió á Sancho Panza sin ver al rúcio, y al rúcio sin ver á Sancho: tal era la amistad y buena fé que entre los dos se guardaban. Llegó D. Quijote, y descolgó á Sancho, el cual viéndose libre y en el suelo, miró lo desgarrado del sayo de monte, y pesóle en el alma, que pensó que tenia en el vestido un mayorazgo. En esto atravesaron al jabalí poderoso sobre un acémila, y cubriéndole con matas de romero y con ramas de mirto, le llevaron como en señal de victoriosos despojos á unas grandes tiendas de campaña que en la mitad del bosque estaban puestas, donde hallaron las mesas en órden, y la comida aderezada tan suntuosa y grande, que se echaba bien de ver en ella la grandeza y magnificencia de quien la daba. Sancho, mostrando las llagas á la duquesa de su roto vestido, dijo: si esta caza fuera de liebres ó de pajarillos, seguro estuviera mi sayo de verse en este extremo; yo no sé qué gusto se recibe de esperar á un animal, que si os alcanza con un colmillo os puede quitar la vida: yo me acuerdo haber oido cantar un romance antiguo, que dice:

De los osos seas comido,
como Favila el nombrado.

Ese fue un rey godo, dijo D. Quijote, que yendo á caza de montería le comió un oso. Eso es lo que yo digo, respondió Sancho, que no querria yo que los príncipes y los reyes se pusiesen en semejantes peligros á trueco de un gusto que parece que no le habia de ser, pues consiste en

matar á un animal que no ha cometido delito alguno. Ántes os engañais, Sancho, respondió el duque, porque el ejercicio de la caza de monte es el más conveniente y necesario para los reyes y príncipes. La caza es una imágen de la guerra; hay en ella estratajemas, astucias, insidias para vencer á su salvo al enemigo: padécense en ella frios grandísimos y calores intolerables: menoscábase el ócio y el sueño, corróboranse las fuerzas, agilítanse los miembros del que la usa, y en resolucion es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie y con gusto de muchos. Asique, oh Sancho, mudad de opinion, y cuando seais gobernador ocupáos en la caza, y vereis como os vale un pan por ciento. Eso no, respondió Sancho, el buen gobernador la pierna quebrada y en casa: bueno seria que viniesen los negociantes á buscarle fatigados, y él estuviese en el monte holgándose: así enboramala andaria el gobierno. Mia fé, señor, la caza y los pasatiempos más han de ser para los holgazanes que para los gobernadores: en lo que yo pienso entretenerme es en jugar al triunfo envidado [1] las pascuas, y á los bolos los domingos y fiestas, que esas cazas ni cazos no dicen con mi condicion ni hacen con mi conciencia. Plega á Dios, Sancho, que así sea, porque del dicho al hecho hay gran trecho. Haya lo que hubiere, replicó Sancho, que al buen pagador no le duelen prendas; y más vale al que Dios ayuda que el que mucho madruga; y tripas llevan piés, que no piés tripas: quiero decir que si Dios me ayuda, y yo hago lo que debo con buena intencion, sin duda que gobernaré mejor que un gerifalte: no sinó pónganme el dedo en la boca, y verán si aprieto ó no.

Maldito seas de Dios y de todos sus santos, Sancho maldito, dijo Don Quijote; y cuándo será el dia, como otras muchas veces hé dicho, donde yo te vea hablar sin refránes una razon corriente y concertada. Vuestras grandezas dejen á este tonto, señores mios, que les molerá las almas, no solo puestas entre dos, sino entre dos mil refránes, traidos tan á sazon y tan á tiempo cuanto Dios le dé á él salud ó á mí si los querria escuchar. Los refránes de Sancho Panza, dijo la duquesa, puesto que son más que los del comendador Griego, no por eso son ménos de estimar por la brevedad de las sentencias. De mí sé decir que me dan más gusto que otros, aunque sean mejor traidos y con más sazon acomodados. Con estos y otros entretenidos razonamientos salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas paranzas y puestos se les pasó el dia y se les vino la noche, y no tan clara ni tan sesga como la sazon del tiempo pedia, que era en la mitad del verano; pero un cierto claro escuro que trujo consigo ayudó mucho á la intencion de los duques, y así como comenzó á anochecer, un poco más adelante del cre-

1 Juego de naipes.

púsculo, á deshora pareció que todo el bosque por todas cuatro partes se ardia, y luego se oyeron por aquí y por allí, por acá y por acullá, infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra, como de muchas tropas de caballería que por el bosque pasaban. La luz del fuego, el son de los bélicos instrumentos casi cegaron y atronaron los ojos y los oidos de los circunstantes, y áun de todos los que en el bosque estaban. Luego se oyeron infinitos lelilies al uso de moros cuando entran en las batallas: sonaron trompetas y clarines, retumbaron tambores, resonaron pífaros [2], casi todos á un tiempo, tan contino y tan apriesa, que no tuviera sentido el que no quedára sin él al son confuso de tantos instrumentos. Pasmóse el duque, suspendióse la duquesa, admiróse D. Quijote, tembló Sancho Panza, y finalmente, hasta los mismos sabidores de la causa se espantaron. Con el temor les cogió el silencio, y les sorprendió un postillon que en traje de demonio les pasó por delante, tocando en vez de corneta un desmesurado cuerno, que un ronco y espantoso son despedia. Ola, hermano correo, dijo el duque; ¿quién sois? ¿adónde vais? ¿y qué gente de guerra es la que por este bosque parece que atraviesa? Á lo que respondió el correo con voz horrísona y desenfadada: yo soy el diablo, voy á buscar á D. Quijote de la Mancha, la gente que por aquí viene son seis tropas de encantadores que sobre un carro triunfante traen á la sin par Dulcinea del Toboso: encantada viene con el gallardo francés Montesinos á dar órden á D. Quijote de cómo há de ser desencantada la tal señora. Si vos fuérades diablo como decís, y como vuestra figura muestra, ya hubiérades conocido al tal caballero D. Quijote de la Mancha, pues le teneis delante. En Dios y en mi conciencia, respondió el diablo, que no miraba en ello, porque traigo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de la principal á que venia se me olvidaba. Sin duda, dijo Sancho, que este demonio debe de ser hombre de bien y buen cristiano, porque á no serlo no jurára en Dios y en mi conciencia: ahora yo tengo para mí que áun en el mismo infierno debe de haber buena gente. Luego el demonio sin apearse, encaminando la vista á Don Quijote, dijo: á tí el *caballero de los Leones* me envia el desgraciado, pero valiente caballero Montesinos, mandándome que de su parte te diga que le esperes en el mismo lugar que te topáre, á causa que trae consigo á la que llaman Dulcinea del Toboso, con órden de darte la que es menester para desencantarla; y por no ser para más mi venida, no há de ser más mi estada; los demonios como yo queden contigo, y los ángeles buenos con estos señores; y en diciendo esto tocó el desaforado cuerno, volvió las espaldas, y fuése sin esperar respuesta de ninguno. Renovóse la admiracion en todos, especialmente en Sancho y D. Quijote: en Sancho

2 Pifanos.

por ver que á despecho de la verdad querian que estuviese encantada Dulcinea: en D. Quijote por no poder asegurarse si era verdad ó no lo que le habia pasado en la cueva de Montesinos; y estando elevado en estos pensamientos, el duque le dijo: ¿piensa v. m. esperar, Sr. Don Quijote? ¿Pues no? respondió él; aquí esperaré intrépido y fuerte, si me viniese á embestir todo el infierno. Pues si yo veo otro diablo y oigo otro cuerno como el pasado, así esperaré yo aquí como en Flandes, dijo Sancho.

En esto se cerró más la noche, y comenzaron á discurrir muchas luces por el bosque, bien así como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen á nuestra vista estrellas que corren. Oyóse asimismo un espantoso ruido, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirrío áspero y continuado se dice que huyen los lobos y los osos si los hay por donde pasan. Añadióse á toda esta tempestad otra que las aumentó todas, que fué que parecia verdaderamente que á las cuatro partes del bosque se estaban dando á un mismo tiempo cuatro reencuentros ó batallas, porque allí sonaba el duro estruendo de espantosa artillería, acullá se disparaban infinitas escopetas, cerca casi sonaban las voces de los combatientes, lejos se reiteraban los lelilies agarenos. Finalmente, las cornetas, los cuernos, las bocinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artillería, los arcabuces, y sobre todo, el temeroso ruido de los carros, formaban todos juntos un son tan confuso y tan horrendo, que fué menester que D. Quijote se valiese de todo su corazon para sufrirle; pero el de Sancho vino á tierra, y dió con él desmayado en las faldas de la duquesa, la cual le recibió en ellas, y á gran priesa mandó que le echasen agua en el rostro. Hízose así, y él volvió en su acuerdo á tiempo que ya un carro de las rechinantes ruedas llegaba á aquel puesto. Tirábanle cuatro perezosos bueyes, todos cubiertos de paramentos negros: en cada cuerno traian atada y encendida una grande hacha de cera, y encima del carro venia hecho un asiento alto, sobre el cual venia sentado un venerable viejo con una barba más blanca que la misma nieve, y tan luenga que le pasaba de la cintura; su vestidura era una ropa larga de negro bocací, que por venir el carro lleno de infinitas luces se podia bien divisar y discernir todo lo que en él venia. Guiábanle dos feos demonios vestidos del mismo bocací, con tan feos rostros que Sancho, habiéndolos visto una vez, cerró los ojos por no verlos otra. Llegando, pues, el carro á igualar [3] al puesto, se levantó de su alto asiento el viejo venerable, y puesto en pié, dando una gran voz, dijo: yo soy el sábio Lirgandeo, y pasó el carro adelante sin

3 Esto es, á ponerse frontero de él.

hablar más palabra. Tras este pasó otro carro de la misma manera, con otro viejo entronizado, el cual haciendo que el carro se detuviese, con voz no ménos grave que el otro dijo: yo soy el sábio Alquife, el grande amigo de Urganda la desconocida, y pasó adelante. Luego por el mismo continente llegó otro carro; pero el que venia sentado en el trono no era viejo como los demás, sino hombron robusto y de mala catadura, el cual al llegar, levantándose como los otros, dijo con voz más ronca y más endiablada: yo soy Arcaláus el encantador, enemigo mortal de Amadís de Gáula y de toda su parentela, y pasó adelante. Poco desviados de allí hicieron alto estos tres carros, y cesó el enfadoso ruido de sus ruedas; y luego no se oyó otro ruido sino un son de una suave y concertada música formado, con que Sancho se alegró y lo tuvo á buena señal, y así dijo á la duquesa, de quien un punto ni un paso se apartaba: señora, donde hay música no puede haber cosa mala. Tampoco donde hay luces y claridad, respondió la duquesa. A lo que replicó Sancho: luz dá el fuego y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podria ser que nos abrasasen; pero la música siempre es indicio de regocijos y de fiestas. Ello dirá, dijo D. Quijote, que todo lo escuchaba, y dijo bien, como se verá.

Al compás de la agradable música vieron que hácia ellos venia un carro de los que llaman triunfales, tirado de seis mulas pardas, encubertadas empero de lienzo blanco, y sobre cada una venia un disciplinante de luz, asimismo vestido de blanco, con un hacha de cera grande encendida en la mano. Era el carro dos veces y áun tres mayor que los pasados, y los lados encima dél ocupaban otros doce disciplinantes albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admiraba y espantaba juntamente; y en un levantado trono venia sentada una ninfa vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argentería de oro, que la hacian, sinó rica, á lo ménos vistosamente vestida: traia el rostro cubierto con un trasparente y delicado cendal, de modo que sin impedirlo sus lizos, por entre ellos se descubría un hermosísimo rostro de doncella, y las muchas luces daban lugar para distinguir la belleza y los años, que al parecer no llegaban á veinte, ni bajaban de diez y siete; junto á ella venia una figura vestida de una ropa de las que la llaman rozagantes, hasta los piés, cubierta la cabeza con un velo negro; pero al punto que llegó el carro á estar frente á frente de los duques y de D. Quijote cesó la música de las chirimías, y luego la de las arpas y láudes que en el carro sonaban, y levantándose la figura de la ropa, la apartó á entrambos lados, y quitándose el velo del rostro descubrió patentemente ser la misma figura de la muerte, descarnada y fea, de que D. Quijote recibió pesadumbre, Sancho miedo, y los duques hicieron algun sentimiento temeroso. Al-

zada y puesta en pié esta muerte viva con voz algo dormida y con lengua no muy dispierta comenzó á decir desta manera :

Yo soy Merlin, aquel que las historias
dicen que tuve por mi padre al diablo,
(mentira autorizada de los tiempos),
príncipe de la mágica y monarca
y archivo de la ciencia zoroástrica,
émulo á las edades y á los siglos,
que solapar pretenden las hazañas
de los andantes bravos caballeros,
á quien yo tuve y tengo gran cariño.

Y puesto que es de los encantadores,
de los magos ó mágicos contino
dura la condicion, áspera y fuerte,
la mia es tierna, blanda y amorosa,
y amiga de hacer bien á todas gentes.
En las cavernas lóbregas de Dite,
donde estaba mi alma entretenida
en formar ciertos rombos caractéres,
llegó la voz doliente de la bella
y sin par Dulcinea del Toboso.

Supe su encantamento y su desgracia,
y su trasformacion de gentil dama
en rústica aldeana : condolíme,
y encerrando mi espíritu en el hueco
desta espantosa y fiera notomía,
despues de haber revuelto cien mil libros
desta mi ciencia endemoniada y torpe,
vengo á dar el remedio que conviene
á tamaño dolor, á mal tamaño.

Oh tú, gloria y honor de cuantos visten
las túnicas de acero y de diamante,
luz y farol, sendero, norte y guia
de aquellos que dejando el torpe sueño
y las ociosas plumas, se acomodan
á usar el ejercicio intolerable
de las sangrientas y pesadas armas:

A tí digo, oh varon, como se debe,
por jamás alabado, á tí valiente
juntamente y discreto don Quijote,
de la Mancha esplendor, de España estrella,
que para recobrar su estado primo
la sin par Dulcinea del Toboso,
es menester que Sancho tu escudero
se dé tres mil azotes y trescientos
en ambas sus valientes posaderas
al aire descubiertas, y de modo
que le escuezan, le amarguen y le enfaden.
Y en esto se resuelven todos cuantos
de su desgracia han sido los autores.
Y á esto es mi venida, mis señores.

Voto á tal, dijo á esta sazon Sancho, no digo yo tres mil azotes, pero así me daré yo tres como tres puñaladas. Válate el diablo por modo de desencantar: yo no sé qué tienen que ver mis posas con los encantos. Par Dios que si el señor Merlin no há hallado otra manera como desencantar á la señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá ir á la sepultura. Tomaros hé yo, dijo D. Quijote, don villano, harto de ajos, y amarraros hé á un árbol desnudo como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil y trescientos, sino seis mil y seiscientos azotes os daré, tan bien pegados que no se os caigan á tres mil y trescientos tirones; y no me repliqueis palabra, que os arrancaré el alma. Oyendo lo cual Merlin, dijo: no há de ser así, porque los azotes que há de recebir el buén Sancho han de ser por su voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que él quisiere, que no se le pone término señalado; pero permítesele que si él quisiere redimir su vejacion por la mitad deste vapulamiento, puede dejar que se los dé ajena mano, aunque sea algo pesada. Ni ajena ni propia, ni pesada ni por pesar, replicó Sancho, á mí no me há de tocar alguna mano. ¿Parí yo por ventura á la señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? El señor mi amo si, que es parte suya, pues la llama á cada paso mi vida, mi alma, sustento y arrimo suyo, se puede y debe azotar por ella, y hacer todos las diligencias necesarias para su desencanto; pero ¿azótarme yo? *abernuncio.*

Apénas acabó de decir esto Sancho, cuando levantándose en pié la argentada ninfa, que junto al espíritu de Merlin venia, quitándose el sutíl velo del rostro, le descubrió tal que á todos pareció más que demasiadamente hermoso, y con un desenfado varonil, y con una voz no muy adamada, hablando derechamente con Sancho Panza, dijo: oh

malaventurado escudero, alma de cántaro, corazon de alcornoque, de entrañas guijeñas y apedernaladas, si te mandáran, ladron, desuellacaras, que te arrojáras de una alta torre al suelo; si te pidieran, enemigo del género humano, que te comieras una docena de sapos, dos de lagartos y tres de culebras; si te persuadieran ú que matáras á tu mujer y á tus hijos con algun truculento y agudo alfanje, no fuera maravilla que te mostráras melindroso y esquivo; pero hacer caso de tres mil y trescientos azotes, que no hay niño de la doctrina, por ruin que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva[4], espanta á todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y áun las de todos aquellos que lo vinieren á saber con el discurso del tiempo. Pon, ó miserable y endurecido animal, pon, digo, esos tus ojos de mochuelo espantadizo en las niñas destos mios, comparados á rutilantes estrellas, y veráslos llorar hilo á hilo, y madeja á madeja, haciendo surcos, carreras y sendas por los hermosos campos de mis mejillas. Muévate, socarron y mal intencionado monstruo, que la edad tan florida mia, que áun se está todavia en el diez y... de los años, pues tengo diez y nueve, y no llego á veinte, se consume y marchita debajo de la corteza de una rústica labradora; y si ahora no lo parezco, es merced particular que me há hecho el señor Merlin, que está presente, solo porque te enternezca mi belleza: que las lágrimas de una afligida hermosura vuelven en algodon los riscos, y los tigres en ovejas. Dáte, dáte en esas carnazas, bestion indómito, y saca de haron[5] ese brio, que á solo comer y más comer te inclina, y pon en libertad la lisura de mis carnes, la mansedumbre de mi condicion y la belleza de mi faz. Y si por mí no quieres ablandarte, ni reducirte á algun razonable término, házlo por ese pobre caballero que á tu lado tienes, por tu amo digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espera sino tu rígida ó blanda respuesta, ó para salirse por la boca, ó para volverse al estómago. Tentóse oyendo esto la garganta D. Quijote, y dijo volviéndose al duque: por Dios, señor, que Dulcinea há dicho la verdad, que aquí tengo el alma atravesada en la garganta como una nuez de ballesta. ¿Qué decís vos á esto Sancho? preguntó la duquesa. Digo, señora, respondió Sancho, lo que tengo dicho, que de los azotes *abernuncio*. Abrenuncio, habeis de decir, Sancho, y no como decís, dijo el duque. Déjeme vuestra grandeza, respondió Sancho, que no estoy ahora para mirar en sotilezas ni en letras más á ménos, porque me tienen tan turbado estos azotes que me han de dar, ó me tengo de dar, que no sé lo que me digo, ni lo que me hago. Peró querria yo saber de la señora mi señora Doña Dulcinea del

4 Pasma. 5 Saca del estado de pereza.

Toboso, adonde aprendió el modo de rogar que tiene: viene á pedirme que me abra las carnes á azotes, y llámame alma de cántaro y bestion indómito, con una tiramira [6] de malos nombres, que el diablo los sufra. ¿Por ventura son mis carnes de bronce? ¿ó vame á mí algo en que se desencante ó no? ¿Qué canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores y de escarpines, aunque no los gasto, trae delante de sí para ablandarme, sino un vituperio y otro, sabiendo aquel refrán que dicen por ahí, que un asno cargado de oro sube ligero por una montaña, y que dádivas quebrantan peñas, y á Dios rogando y con el mazo dando, y que más vale un toma que dos te daré? Pues el señor mi amo, que habia de traerme la mano por el cerro [7] y halagarme, para que yo me hiciese de lana y de algodon cardado, dice que si me coge, me amarrará desnudo á un árbol y me doblará la parada de los azotes; y habian de considerar estos lastimados señores, que no solamente piden que se azote un escudero, sino un gobernador, como quien dice, bebe con guindas. Aprendan, aprendan mucho de enhoramala á saber rogar y á saber pedir y á tener crianza, que no son todos los tiempos unos, ni están los hombres siempre de buen humor. Estoy yo ahora reventando de pena por ver mi sayo verde roto, y vienen á pedirme que me azote de mi voluntad, estando ella tan ajena dello como de volverme cacique.

Pues en verdad, amigo Sancho, dijo el duque, que sinó os ablandais más que una breva madura, que no habeis de empuñar el gobierno. Bueno seria que yo enviase á mis insulanos un gobernador cruel de entrañas pedernalinas, que no se doblega á las lágrimas de las afligidas doncellas, ni á los ruegos de discretos, imperiosos y antíguos encantadores y sabios. En resolucion, Sancho, ó vos habeis de azotaros ó os han de azotar, ó no habeis de ser gobernador. Señor, respondió Sancho, ¿no se me darian dos dias de término para pensar lo que me está mejor? No, en ninguna manera, dijo Merlin, aquí en este instante y en este lugar há de quedar asentado lo que há de ser deste negocio: ó Dulcinea volverá á la cueva de Montesinos y á su prístino estado de labradora, ó ya en el sér que está será llevada á los elíseos campos, donde estará esperando se cumpla el número del vápulo. Éa, buen Sancho, dijo la duquesa, buen ánimo y buena correspondencia al pan que habeis comido del Sr. D. Quijote, á quien todos debemos servir y agradar por su buena condicion y por sus altas caballerías. Dad el sí, hijo, desta azotaina, y váyase el diablo para diablo, y el temor para mezquino, que un buen corazon quebranta mala ventura como vos bien sabeis. Á estas razones respondió con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlin le preguntó: dígame v. m., señor Merlin, cuando

6 La lista, cáfila ó retahila de malos nombres ó apodos. 7 Atusarme.

llegó aquí el diablo correo dió á mi amo un recado del señor Montesinos, mandándole de su parte que le esperase aquí, porque venia á dar órden de que la señora Doña Dulcinea del Toboso se desencantase, y hasta ahora no hemos visto á Montesinos ni á sus semejas. Á lo cual respondió Merlin: el diablo, amigo Sancho, es un ignorante y un grandísimo bellaco; yo le envié en busca de vuestro amo, pero no con recado de Montesinos, sino mio, porque Montesinos se está en su cueva atendiendo, ó por mejor decir, esperando su desencanto, que áun le falta la cola por desollar: si os debe algo, ó teneis alguna cosa que negociar con él, yo os lo traeré y pondré donde vos más quisiéredes: y por ahora acabad de dar el sí desta disciplina; y creedme, que os será de mucho provecho así para el alma como para el cuerpo: para el alma, por la caridad con que la hareis: para el cuerpo, porque yo sé que sois de complexion sanguínea, y no os podrá hacer daño sacaros un poco de sangre. Muchos médicos hay en el mundo; hasta los encantadores son médicos, respondió Sancho; pero pues todos me lo dicen, aunque yo no me lo veo, digo que soy contento de darme los tres mil y trecientos azotes, con condicion que me los tengo de dar cada y cuando que yo quisiere, sin que se me ponga tasa en los dias ni en el tiempo, y yo procuraré salir de la deuda lo más presto que sea posible, porque goze el mundo de la hermosura de la señora Doña Dulcinea del Toboso, pues segun parece, al revés de lo que yo pensaba, en efecto es hermosa. Há de ser tambien condicion, que no hé de estar obligado á sacarme sangre con la diciplina, y que si algunos azotes fueren de mosqueo, se me han de tomar en cuenta. Item, que si me erráre en el número, el señor Merlin, pues lo sabe todo, há de tener cuidado de contarlos, y de avisarme los que me faltan ó los que me sobran. De las sobras no habrá que avisar, respondió Merlin, porque llegando al cabal número, luego quedará de improviso desencantada la señora Dulcinea, y vendrá á buscar, como agradecida, al buen Sancho, y á darle grácias y áun premios por la buena obra. Así que no hay de que tener escrúpulo de las sobras ni de las faltas, ni el cielo permita que yo engañe á nadie, aunque sea en un pelo de la cabeza. Éa pues, á la mano de Dios, dijo Sancho; yo consiento en mi mala ventura, digo que yo acepto la penitencia con las condiciones apuntadas. Apénas dijo estas últimas palabras Sancho, cuando volvió á sonar la música de las chirimías, y se volvieron á disparar infinitos arcabuces, y D. Quijote se colgó del cuello de Sancho, dándole mil besos en la frente y en las mejillas. La duquesa, el duque y todos los circunstantes dieron muestras de haber recibido grandísimo contento; el carro comenzó á caminar, y al pasar la hermosa Dulcinea inclinó la cabeza á los duques, y hizo una gran reverencia á Sancho. Ya en esto se venia á más andar el alba ale-

gre y risueña: las florecillas de los campos se descollaban y erguian, y los líquidos cristales de los arroyuelos, murmurando por entre blancas y pardas guijas, iban á dar tributo á los rios que los esperaban: la tierra alegre, el cielo claro, el aire limpio, la luz serena, cada uno por sí y todos juntos daban manifiestas señales que el dia que al aurora venia pisando las faldas habia de ser sereno y claro. Y satisfechos los duques de la caza, y de haber conseguido su intencion tan discreta y felicemente, se volvieron á su castillo con prosupuesto de segundar en sus burlas, que para ellos no habia veras que más gusto les diesen.

CAPITULO XXX.

Donde se cuenta la extraña y jamás imaginada aventura de la Dueña Dolorida, álias la condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió á su mujer Teresa Panza.

Tenia un mayordomo el duque de muy burlesco y desenfadado ingénio, el cual hizo la figura de Merlin, y acomodó todo el aparato de la aventura pasada, compuso los versos, é hizo que un paje hiciese de Dulcinea. Finalmente con intervencion de sus señores, ordenó otra del más gracioso y extraño artificio que puede imaginarse. Preguntó la duquesa á Sancho otro dia si habia comenzado la tarea de la penitencia que habia de hacer por el desencanto de Dulcinea. Dijo que sí, y que aquella noche se habia dado cinco azotes. Preguntóle la duquesa que con qué se los habia dado. Respondió que con la mano. Eso, replicó la duquesa, más es darse de palmadas que de azotes: yo tengo para mí que el sábio Merlin no estará contento con tanta blandura: menester será que el buen Sancho haga alguna diciplina de abrojos, ó de las de canelones, que se dejen sentir porque la letra con sangre entra, y no se ha de dar tan barata la libertad de una tan gran señora como lo es Dulcinea por tan poco précio. Á lo que respondió Sancho: déme vuestra señoria alguna diciplina ó ramal conveniente, que yo me daré con él, como no me duela demasiado; porque hago saber á v. m., que aunque soy rústico, mis carnes tienen más de algodon que de esparto, y no será bien que yo me descrie [1] por el provecho ajeno. Sea en buena hora, respondió la duquesa; yo os daré mañana una diciplina que os venga muy al justo, y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas propias. Á lo que dijo Sancho: sepa vuestra alteza, señora mia de mi ánima, que yo tengo escrita una carta á mi mujer Teresa Panza, dándole cuenta de todo lo que me ha sucedido despues que me aparté della: aquí la tengo en el seno, que no le falta más que

1 Me destruya, me acabe, me aniquile.

ponerle el sobrescrito: querria que vuestra discrecion la leyese: porque me parece que va conforme á lo de gobernador, digo al modo que deben de escribir los gobernadores. ¿Y quién la notó? preguntó la duquesa. ¿Quién la habia de notar sino yo, pecador de mí? respondió Sancho. ¿Y escribístesla vos? dijo la duquesa. Ni por pienso, respondió Sancho; porque yo no sé leer ni escribir, puesto que sé firmar. Veámosla, dijo la duquesa, que á buen seguro que vos mostreis en ella la calidad y suficiencia de vuestro ingénio. Sacó Sancho una carta abierta del seno, y tomándola la duquesa, vió que decia desta manera:

CARTA DE SANCHO PANZA Á TERESA PANZA SU MUJER.

Si buenos azotes me daban, bien caballero me iba: si buen gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta. Esto no lo entenderás tú, Teresa mia, por ahora, otra vez lo sabrás. Has de saber, Teresa, que tengo determinado que andes en coche, que es lo que hace al caso, porque todo otro andar es andar á gatas. Mujer de un gobernador eres, mira si te roerá nadie los zancajos. Ahí te envio un vestido verde de cazador, que me dió mi señora la duquesa, acomódale en modo que sirva de saya y cuerpos á nuestra hija. D. Quijote mi amo, segun hé oido decir en esta tierra, es un loco cuerdo y un mentecato gracioso, y que yo no le voy en zaga. Hemos estado en la cueva de Montesinos, y el sábio Merlín ha echado mano de mí para el desencanto de Dulcinea del Toboso, que por allá se llama Aldonza Lorenzo. Con tres mil y trecientos azotes ménos cinco, que me hé de dar, quedará desencantada como la madre que la parió. No dirás desto nada á nadie, porque pon lo tuyo en concejo, y unos dirán que es blanco y otros que es negro. De aquí á pocos dias me partiré al gobierno, adonde voy con grandísimo deseo de hacer dineros, porque me han dicho que todos los gobernadores nuevos van con este mesmo deseo: tomaréle el pulso, y avisaréte si has de venir á estar conmigo, ó no. El rúcio está bueno y se te encomienda mucho, y no le pienso dejar aunque me lleváran á ser gran turco. La duquesa mi señora te besa mil veces las manos; vuélvele el retorno con dos mil, que no hay cosa que ménos cueste ni valga más barata, segun dice mi amo, que los buenos comedimientos. No ha sido Dios servido de depararme otra maleta con otros cien escudos como la de marras; pero no te dé pena, Teresa mia, que en salvo está el que repica, y todo saldrá en la colada del gobierno. sino que me ha dado gran pena que me dicen que si una vez le pruebo, que me tengo de comer las manos tras él [2], *y si así fuese no me costaria muy barato, aunque los estropeados y mancos ya se tienen su calongia en la limosna que piden: así que por una via ó por*

2 Esto es, me hé de aficionar á él demasiado.

otra tú has de ser rica y de buena ventura. Dios te la dé como puede, y á mí me guarde para servirte. Deste castillo á 20 de julio de 1614.=Tu marido el gobernador, SANCHO PANZA.

En acabando la duquesa de leer la carta dijo á Sancho: en dos cosas anda un poco descaminado el buen gobernador: la una en decir ó dar á entender que este gobierno se le han dado por los azotes que se ha de dar, sabiendo él, que no lo puede negar, que cuando el duque mi señor se le prometió no se soñaba haber azotes en el mundo: la otra es, que se muestra en ella muy codicioso, y no querria que orégano fuese, porque la codicia rompe el saco, y el gobernador codicioso hace la justicia desgobernada. Yo no lo digo por tanto, señora, respondió Sancho; y si á v. m. le parece que la tal carta no va como ha de ir, no hay sino rasgarla, y hacer otra nueva, y podria ser que fuese peor, si me lo dejan á mi caletre. No, no, replicó la duquesa, buena está esta, y quiero que el duque la vea. Con esto se fueron á un jardin donde habian de comer aquel dia. Mostró la duquesa la carta de Sancho al duque, de que recibió grandísimo contento. Comieron, y despues de alzados los manteles, y de haberse entretenido un buen espacio con la sabrosa conversacion de Sancho, á deshora se oyó el son tristísimo de un pífaro y el de un ronco y destemplado tambor. Todos mostraron alborotarse con la confusa, marcial y triste armonía, especialmente D. Quijote, que no cabia en su asiento de puro alborotado: de Sancho no hay que decir sino que el miedo le llevó á su acostumbrado refúgio, que era el lado ó faldas de la duquesa, porque real y verdaderamente el son que se escuchaba era melancólico y tristísimo. Y estando todos así suspensos, vieron entrar por el jardin adelante dos hombres vestidos de luto, tan luengo y tendido, que les arrastraba por el suelo: estos venian tocando dos grandes tambores, asimismo cubiertos de negro. Á su lado venia el pífaro negro y pizmiento como los demas. Seguia á los tres un personaje de cuerpo agigantado, amantado, no que vestido con una negrísima loba [3], cuya falda era asimismo desaforada de grande. Venia cubierto el rostro con un transparente velo negro, por quien se entreparecia una longuísima barba, blanca como la nieve. Movia el paso al son de los tambores con mucha gravedad y reposo. En fin, su grandeza, su contoneo, su negrura y su acompañamiento pudiera y pudo suspender á todos aquellos que sin conocerle le miraron. Llegó pues con el espacio y prosopopeya referida á hincarse de rodillas ante el duque, que en pié con los demás que allí estaban le atendia. Pero el duque en ninguna manera le consintió hablar hasta que se levantase. Hízolo así el espantajo prodigioso, y puesto en pié alzó el antifaz del rostro, é hizo

3 Vestidura clerical y talar que llegaba al suelo.

patente la más horrenda, la más larga, la más blanca y más poblada barba que hasta entonces humanos ojos habian visto, y luego desencajó y arrancó del ancho y dilatado pecho una voz grave y sonora, y poniendo los ojos en el duque dijo: altísimo y poderoso señor, á mi me llaman Trifaldín el de la barba blanca: soy escudero de la condesa Trifáldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, de parte de la cual traigo á vuestra grandeza una embajada, y es que la vuestra magnificencia sea servida de darla facultad y licencia para entrar á decirle su cuita, que es una de las más nuevas y más admirables que el más cuitado pensamiento del orbe pueda haber pensado: y primero quiere saber si está en este vuestro castillo el valeroso y jamás vencido caballero D. Quijote de la Mancha, en cuya busca viene á pié y sin desayunarse desde el reino de Candaya hasta este vuestro estado, cosa que se puede y debe tener á milagro ó á fuerza de encantamento: ella queda á la puerta desta fortaleza ó casa de campo, y no aguarda para entrar sino vuestro beneplácito. Dije. Y tosió luego, y manoseóse la barba de arriba abajo con entrambas manos, y con mucho sosiego estuvo atendiendo la respuesta del duque, que fué: ya, buen escudero Trifaldín de la blanca barba, há muchos dias que tenemos noticia de la desgrácia de mi señora la condesa Trifáldi, á quien los encantadores hacen llamar la dueña Dolorida: bien podeis, estupendo escudero, decirle que entre, y que aquí está el valiente caballero D. Quijote de la Mancha, de cuya condicion generosa puede prometerse con seguridad todo amparo y toda ayuda. Oyendo lo cual Trifaldín inclinó la rodilla hasta el suelo, y haciendo al pífaro y tambores señal que tocasen, al mismo son y al mismo paso que habia entrado se volvió á salir del jardin, dejando á todos admirados de su presencia y compostura. Y volviéndose el duque á D. Quijote le dijo: en fin, famoso caballero, no pueden las tinieblas de la malícia ni de la ignorancia encubrir y escurecer la luz del valor y de la virtud. Digo esto porque apenas há seis dias que la vuestra bondad está en este castillo, cuando ya os vienen á buscar de lueñes [4] y apartadas tierras, y no en carrozas ni en dromedarios, sino á pié y en ayunas, los tristes, los afligidos, confiados que han de hallar en ese fortísimo brazo el remedio de sus cuitas y trabajos: merced á vuestras grandes hazañas cuya fama corre y rodea todo lo descubierto de la tierra. Quisiera yo, señor duque, respondió D. Quijote, que estuviera aquí presente aquel bendito religioso, que á la mesa el otro dia mostró tener tan mal talante y ojeriza contra los caballeros andantes, para que viera por vista de ojos si los tales caballeros son necesarios en el mundo: tocára por lo ménos con la mano que los extraor-

4 Esto es, lejanas, distantes.

dinariamente afligidos y desconsolados, en casos grandes y en desdichas enormes, no van á buscar su remedio á las casas de los letrados ni á las de los sacristanes de las aldeas, ni al caballero que nunca ha acertado á salir de los términos de su lugar, ni al perezoso cortesano que ántes busca nuevas para referirlas y contarlas, que procura hacer obras y hazañas, para que otros las cuenten y las escriban. El remedio de las cuitas, el socorro de las necesidades, el amparo de las doncellas, el consuelo de las viudas, en ninguna suerte de personas se halla mejor que en los caballeros andantes, y de serlo yo doy infinitas grácias al cielo, y doy por muy bien empleado cualquier desmán y trabajo que en este tan honroso ejercicio pueda sucederme. Venga esta dueña y pida lo que quisiere, que yo le libraré su remedio en la fuerza de mi brazo y en la intrépida resolucion de mi animoso espíritu.

En extremo se holgaron el duque y la duquesa de ver cuán bien iba respondiendo á su intencion D. Quijote, y á esta sazon dijo Sancho: no querria yo que esta señora dueña pusiese algun tropiezo á la promesa de mi gobierno, porque yo hé oido decir á un boticario toledano que donde interviniesen dueñas no podia suceder cosa buena. ¡Válame Dios y qué mal estaba con ellas el tal boticario! De lo que yo saco que pues todas las dueñas son enfadosas é impertinentes, de cualquiera calidad y condicion que sean, ¿qué serán las que son doloridas, como han dicho que es esta condesa tres faldas ó tres colas? Que en mi tierra faldas y colas, colas y faldas todo es uno. Calla, Sancho amigo, dijo D. Quijote: que pues esta señora dueña de tan lueñes tierras viene á buscarme, no debe ser de aquellas que el boticario tenia en su número, cuanto más que esta es condesa, y cuando las condesas sirven de dueñas, es sirviendo á reinas y emperatrices, que en sus casas son señorísimas, que se sirven de otras dueñas. Á esto respondió Doña Rodriguez, que se halló presente: dueñas tiene mi señora la duquesa en su servicio, que pudieran ser condesas si la fortuna quisiera; pero allá van leyes do quieren reyes, y nadie diga mal de las dueñas, y más de las antíguas y doncellas, que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza y se me trasluce la ventaja que hace una dueña doncella á una dueña viuda, y quien á nosotras trasquiló, las tijeras le quedaron en la mano. Con todo eso, replicó Sancho, hay tanto que trasquilar en las dueñas, segun mi barbero, cuanto será mejor no menear el arroz aunque se pegue. Adelante pasáran con el coloquio dueñesco sinó oyeran que el pífaro y los tambores volvian á sonar, por donde entendieron que la dueña Dolorida entraba. Preguntó la duquesa al duque si sería bien ir á recebirla, pues era condesa y persona principal. Por lo que tiene de condesa, respondió Sancho ántes que el duque respondiese, bien estoy en que vuestras grandezas salgan á recebirla; pero por lo de dueña, soy de parecer que no se muevan un

paso. ¿Quién te mete á tí en esto, Sancho? dijo D. Quijote. ¿Quién, señor? respondió Sancho; yo me meto, que puedo meterme, como escudero que há aprendido los términos de la cortesía en la escuela de v. m., que es el más cortés y bien criado caballero que hay en toda la cortesanía; y en estas cosas, segun hé oido decir á v. m., tanto se pierde por carta de más como por carta de ménos: y al buen entendedor pocas palabras. Así es como Sancho dice, dijo el duque; veremos el talle de la condesa, y por él tantearemos la cortesía que se le debe. En esto entraron los tambores y el pífaro, como la vez primera. Y aquí dió fin el autor á este capítulo, y comenzó el otro siguiendo la misma aventura, que es una de las más notables de la historia.

CAPITULO XXXI.

Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la dueña Dolorida.

Detrás de los tristes músicos comenzaron á entrar por el jardin adelante hasta cantidad de doce dueñas repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos mongiles anchos, al parecer de anascote batanado, con unas tocas blancas de delgado canequí, tan luengas que solo el ribete del mongil descubrian. Tras ellas venia la condesa Trifaldi, á quien traia de la mano el escudero Trifaldin de la blanca barba, vestida de finísima y negra bayeta por frisar, que á venir frisada descubriera cada grano del grandor de un garbanzo de los buenos de Martos; la cola ó falda, ó como llamarla quisieren, era de tres puntas, las cuales se sustentaban en las manos de tres pajes, asimismo vestidos de luto, haciendo una vistosa y matemática figura con aquellos tres ángulos acutos que las tres puntas formaban, por lo cual cayeron todos los que la falda puntiaguda miraron que por ella se debia llamar la condesa Trifaldi, como si dijésemos la condesa de las tres faldas. Venian las doce dueñas y la señora á paso de procesion, cubiertos los rostros con unos velos negros, y no trasparentes como el de Trifaldin, sino tan apretados, que ninguna cosa se traslucian. Así como acabó de parecer el dueñesco escuadron, el duque, la duquesa y D. Quijote se pusieron en pié, y todos aquellos que la espaciosa procesion miraban. Pararon las doce dueñas é hicieron calle, por medio de la cual la Dolorida se adelantó sin dejarla de la mano Trifaldin. Viendo lo cual el duque, la duquesa y Don Quijote, se adelantaron obra de doce pasos á recibirla. Ella, puestas las rodillas en el suelo, con voz ántes basta y ronca que sutil y delicada, dijo: vuestras grandezas sean servidas de no hacer tanta cortesía á este su criado, digo, á esta su criada, porque segun soy de dolorida, no acertaré á responder á lo que debo, á causa que mi extraña y jamás vis-

ta desdicha me há llevado el entendimiento no sé adónde, y debe de ser muy lejos, pues cuanto más le busco ménos le hallo. El duque la consoló; y levantándola de la mano la llevó á asentar en una silla junto á la duquesa, la cual la recibió asimismo con mucho comedimiento. D. Quijote callaba, y Sancho andaba muerto por ver el rostro de la Trifaldi y de alguna de sus muchas dueñas; pero no fué posible hasta que ellas de su grado y voluntad se descubrieron.

Sosegados todos y puestos en silencio, estaban esperando quien le habia de romper, y fué la Dueña Dolorida con estas palabras: confiada estoy, señor poderosísimo, hermosísima señora, y discretísimos circunstantes, que ha de hallar mi cuitísima en vuestros valerosísimos pechos acogimiento, no menos plácido que generoso y doloroso, porque ella es tal, que es bastante á enternecer los mármoles, á ablandar los diamantes, y á molificar los aceros de los más endurecidos corazones del mundo; pero ántes que salga á la plaza de vuestros oidos, por no decir orejas, quisiera que me hicieran sabidora si está en este gremio, corro y compañía el acendradísimo caballero D. Quijote de la Manchísima, y su escuderísimo Panza. El Panza, ántes que otro respondiese dijo Sancho, aquí está, y el D. Quijotísimo asimismo; y así podreis, dolorosísima dueñísima, decir lo que quisieredísimis, que todos estamos prontos, y aparejadísimos á ser vuestros servidorísimos. En esto se levantó D. Quijote, y encaminando sus razones á la Dolorida Dueña, dijo: Yo soy D. Quijote de la Mancha, cuyo asunto es acudir á toda suerte de menesterosos: y siendo esto así, como lo es, no habeis menester, señora, captar benevolencias, ni buscar preámbulos, sino á la llana y sin rodeos decir vuestros males, que quien os escucha sabrá sinó remediarlos, dolerse dellos. Oyendo lo cual la Dolorida Dueña hizo señal de querer arrojarse á los piés de D. Quijote, y aún se arrojó, y pugnando por abrazárselos, decia: ante estos piés y piernas me arrojo, oh caballero invicto, por ser los que son basas y columnas de la andante caballería: estos piés quiero besar, de cuyos pasos pende y cuelga todo el remedio de mi desgracia. ¡Oh valeroso andante, cuyas verdaderas fazañas dejan atrás y escurecen las de los Amadises, Esplandianes y Belianises! Y dejando á D. Quijote, se volvió á Sancho Panza, y asiéndole de las manos, le dijo: ¡oh tú el más leal escudero que jamás sirvió á caballero andante en los presentes ni en los pasados siglos, más luengo en bondad que la bárba de Trifaldin mi acompañador, que está presente! Conjúrote por lo que debes á tu bondad fidelísima me seas buen intercesor con tu dueño, para que luego favorezca á esta humildísima y desdichadísima condesa. Á lo que respondió Sancho: de que sea mi bondad, señora mia, tan larga y tan grande como la barba de vuestro escudero, á mí me hace muy poco al

caso: barbada y con bigotes tenga yo mi alma cuando desta vida vaya, que es lo que importa, que de las barbas de acá poco ó nada me curo; pero sin esas socaliñas ni plegarias yo rogaré á mi amo (que sé que me quiere bien, y mas agora que me há menester para cierto negocio) que favorezca y ayude á v. m. en todo lo que pudiere: v. m. desembaule su cuita, y cuéntenosla, y deje hacer, que todos nos entenderémos. Reventaban de risa con estas cosas los duques, como aquellos que habian tomado el pulso á la tal aventura; y alababan entre sí la agudeza y disimulacion de la Trifaldi, la cual volviéndose á sentar dijo:

Del famoso reino de Candaya, que cae entre la gran Trapobana y el mar del Sur, dos leguas mas allá del cabo Comorin, fué señora la reina Doña Maguncia, viuda del rey Archipiela, su señor y marido, de cuyo matrimonio tuvieron y procrearon á la infanta Antonomásia, heredera del reino, la cual dicha infanta Antonomásia se crió y creció debajo de mi tutela y doctrina, por ser yo la más antigua y la principal dueña de su madre. Sucedió, pues, que yendo dias y viniendo dias, la niña Antonomásia llegó á edad de catorce años, con tan gran perfeccion de hermosura, que no la pudo subir más de punto la naturaleza. Desta hermosura, y no como se debe encarecida de mi torpe lengua, se enamoró un número infinito de príncipes, así naturales como extranjeros, entre los cuales osó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un caballero particular que en la córte estaba, confiado en su mocedad y en su bizarría, y en sus muchas habilidades, gracias, facilidad y felicidad de ingenio; porque hago saber á vuestras grandezas, sinó lo tienen por enojo, que tocaba una guitarra que la hacía hablar, y más que era poeta y gran bailarin, y sabia hacer una jaula de pájaros, que solamente á hacerlas pudiera ganar la vida, cuando se viera en extrema necesidad: que todas estas partes y gracias son bastantes á derribar una montaña, no que una delicada doncella. Pero toda su gentileza y buen donaire, y todas sus gracias y habilidades fueron poca ó ninguna parte para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladron desuellacaras no usára del remedio de rendirme á mí primero. Primero quiso el malandrin y desalmado vagamundo granjearme la voluntad y cohecharme el gusto, para que yo, mal alcaide, le entregase las llaves de la fortaleza que guardaba. En resolucion; él me aduló el entendimiento, y me rindió la voluntad con no sé qué dijes y brincos que me dió. Pero lo que más me hizo postrar y dar conmigo por el suelo fueron unas coplas que le oí cantar una noche desde una reja que caia á una callejuela donde él estaba, que si mal no me acuerdo decian:

Ven, muerte, tan escondida,
que no te sienta venir,

porque el placer del morir
no me torne á dar la vida.

Parecióme la trova de perlas, y su voz de almíbar, y despues acá, digo desde entonces, viendo el mal en que caí por estos y otros semejantes versos, he considerado que de las buenas y concertadas repúblicas se habian de desterrar los poetas, como aconsejaba Platon, á lo menos los lascivos, porque escriben unas coplas, no como las del marqués de Mántua, que entretienen y hacen llorar á los niños y á las mujeres, sino unas agudezas, que á modo de blandas espinas os atraviesan el alma, y como rayos os hieren en ella, dejando sano el vestido. Y del mismo jaez cantó otras coplillas y estrambotes, que cantados encantan, y escritos suspenden. ¿Pues qué cuando se humillan á componer un género de verso que en Candaya se usaba entonces, á quien ellos llamaban seguidillas? Allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos, y finalmente el azogue de todos los sentidos. Y así digo, señores mios, que á los tales trovadores con justo título los debian desterrar á las islas de los lagartos. Pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban, y las bobas que los creen: y si yo fuera la buena dueña que debia, no me habian de mover sus trasnochados conceptos, ni habia de creer ser verdad lo que dicen. ¡Ay de mí, desdichada! ¿qué locura ó qué desatino me lleva á contar las ajenas faltas, teniendo tanto que decir de las mías? ¡Ay de mí otra vez sin ventura! que no me rindieron los versos, sino mi simplicidad: no me ablandaron las músicas, sino mi liviandad: mi mucha ignorancia y mi poco advertimiento abrieron el camino y desembarazaron la senda á los pasos de D. Clavijo, que este es el nombre del referido caballero: y así siendo yo la medianera, él se halló una y muchas veces en la estancia de la por mí y no por él engañada Antonomásia, debajo del título de verdadero esposo, que aunque pecadora no consintiera que sin ser su marido la llegára á la vira de la suela de sus zapatillas. No, no, eso no; el matrimónio ha de ir adelante en cualquier negocio destos que por mí se tratáre. Solamente hubo un daño en este negocio, que fué el de la desigualdad, por ser D. Clavijo un caballero particular, y la infanta Antonomásia heredera, como ya he dicho, del reino. Algunos dias estuvo encubierta y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña; hasta que me pareció del caso que D. Clavijo pidiese ante el vicario por su mujer á Antonomásia, en fé de una cédula que de ser su esposa la infanta le habia hecho, notada por mi ingenio, con tanta fuerza, que las de Sanson no pudieran romperla. Hiciéronse las diligencias, vió el vicario la cédula, tomó el tal vicario la confesion á la señora, confesó de plano, mandóla depositar en casa de un algua-

cil de córte muy honrado. A esta sazon dijo Sancho: ¿tambien en Candaya hay alguaciles de córte, poetas y seguidillas? por lo que puedo jurar que imagino que todo el mundo es uno; pero dése v. m. priesa, señora Trifaldi, que es tarde, y ya me muero por saber el fin desta tan larga historia. Sí haré, respondió la condesa.

De cualquiera palabra que Sancho decia, la duquesa gustaba tanto como se desesperaba D. Quijote y mandándole que callase la Dolorida prosiguió diciendo: en fin, despues de muchas demandas y respuestas, como la infanta se estaba siempre en sus trece, sin salir ni variar de la primera declaracion, el vicario sentenció en favor de D. Clavijo, y se la entregó por su legítima esposa, de lo que recibió tanto enojo la reina Doña Maguncia, madre de la infanta Antonomásia, que dentro de tres dias la enterramos. Debió de morir sin duda, dijo Sancho. Claro está, respondió Trifaldin, que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas. Ya se ha visto, señor escudero, replicó Sancho, enterrar un desmayado creyendo ser muerto; y pareciame á mí que estaba la reina Maguncia obligada á desmayarse ántes que á morirse, que con la vida muchas cosas se remedian, y no fué tan grande el disparate de la infanta que obligase á sentirle tanto. Cuando se hubiera casado esa señora con algun paje suyo, ó con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, segun hé oido decir, fuera el daño sin remedio; pero el haberse casado con un caballero tan gentil-hombre, y tan entendido como aquí nos le han pintado, en verdad, en verdad que aunque fué necedad, no fue tan grande como se piensa; porque segun las reglas de mi señor que está presente, y no me dejará mentir, así como se hacen de los hombres letrados los obispos, se pueden hacer de los caballeros, y más si son andantes, los reyes y los emperadores. Razon tienes, Sancho, dijo D. Quijote, porque un caballero andante, como tenga dos dedos de ventura, está en potencia propíncua de ser el mayor señor del mundo. Pero pase adelante la señora Dolorida, que á mí se me trasluce que le falta por contar lo amargo desta hasta aquí dulce historia. ¡Y cómo si queda lo amargo! respondió la condesa, y tan amargo, que en su comparacion son dulces las tueras, y sabrosas las adelfas. Muerta pues la reina, y no desmayada, la enterramos, y apenas la cubrimos con la tierra, y apenas le dimos el último vale, cuando puesto sobre un caballo de madera, pareció encima de la sepultura de la reina el gigante Malambruno, primo cormano de Maguncia, que junto con ser cruel era encantador, el cual con sus artes, en venganza de la muerte de su cormana, y por castigo del atrevimiento de D. Clavijo, y por despecho de la demasia de Antonomásia, los dejó encantados sobre la misma sepultura á ella convertida en una jimia de bronce, y á él en un espantoso cocodrilo de un metal no conocido, y entre los dos está un pa-

dron [1] asimismo de metal, y en él escritas en lengua siriaca unas letras, que habiéndose declarado en la candayesca, y ahora en la castellana, encierran esta sentencia: *No cobrarán su primera forma estos dos atrevidos amantes, hasta que el valeroso Manchego venga conmigo á las manos en singular batalla, que para solo su gran valor guardan los hados esta nunca vista aventura.* Hecho esto sacó de la vaina un ancho y desmesurado alfange, y asiéndome á mí por los cabellos, hizo finta [2] de querer segarme la gola y cortarme á cercén la cabeza. Turbéme, pegóseme la voz á la garganta, quedé mohína en todo extremo; pero con todo me esforcé lo mas que pude, y con voz tembladora y doliente le dije tantas y tales cosas, que le hicieron suspender la ejecucion de tan riguroso castigo. Finalmente hizo traer ante sí todas las dueñas de palacio, que fueron estas que están presentes, y despues de haber exagerado nuestra culpa, y vituperado las condiciones de las dueñas, sus malas mañas y peores trazas, y cargado á todas la culpa que yo sola tenia, dijo que no queria con pena capital castigarnos, sino con otras penas dilatadas, que nos diesen una muerte civil y contínua: y al punto que acabó de decir esto, sentimos todas que se nos abrian los poros de la cara, y que por toda ella nos punzaban como con puntas de agujas. Acudimos luego con las manos á los rostros, y hallámonos de la manera que ahora vereis: y luego la Dolorida y las demás dueñas alzaron los antifaces con que cubiertas venian, y descubrieron los rostros todos poblados de barbas, cuáles rubias, cuáles negras, cuáles blancas y cuáles albarrazadas, de cuya vista se mostraron quedar admirados el duque y la duquesa, pasmados D. Quijote y Sancho, y atónitos todos los presentes, y la Trifaldi prosiguió: desta manera nos castigó aquel follon y mal intencionado de Malambruno, cubriendo la blandura y morbidez de nuestros rostros con la aspereza destas cerdas, que pluguiera al cielo que ántes con su desmesurado alfange nos hubiera derribado las testas, que no que nos asombrára la luz de nuestras caras con esta borra que nos cubre: porque si entramos en cuenta, señores mios, ¿adónde podrá ir una dueña con barbas? ¿qué padre ó qué madre se dolerá de ella? ¿quién le dará ayuda? Pues si aún cuando tiene la tez lisa, y el rostro martirizado con mil suertes de menjurges y mudas, apenas halla quien bien la quiera, ¿qué hará cuando descubra hecho un bosque su rostro? ¡Oh dueñas y compañeras mias! en desdichado punto nacimos, en hora menguada nuestros padres nos engendraron; y diciendo esto, dió muestras de desmayarse.

Así como Sancho vió desmayada á Dolorida dijo: por la fé de hom-

1 Columna ó poste en que se pone el cartel ó escritura que se quiere publicar ó hacer notoria. 2 Hizo ademan, fingió, aparentó.

bre de bien juro, y por el siglo de todos mis pasados los Panzas, que jamás he oido ni visto, ni mi amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido semejante aventura como esta. Válgate mil satanáses, por no maldecirte, por encantador y gigante Malambruno, ¿y no hallaste otro género de castigo que dar á estas pecadoras sino el de barbarlas? Cómo ¿y no fuera mejor, y á ellas les tuviera más á cuento, quitarles la mitad de las narices aunque habláran gangoso, que no ponerlas barbas? Apostaré yo que no tienen hacienda para pagar á quien las rape. Así es la verdad, señor, respondió una de las doce, que no tenemos hacienda para mondarnos, y así hemos tomado algunas de nosotras por remedio ahorrativo usar de unos pegotes ó parches pegajosos, y aplicándolos á los rostros, y tirando de golpe, quedamos rasas y lisas como fondo de mortero de piedra, que puesto que hay en Candaya mujeres que andan de casa en casa á quitar el vello y á pulir las cejas, y hacer otros menjurges tocantes á mujeres, nosotras las dueñas de mi señora jamás quisimos admitirlas, porque las más oliscan á terceras [3] habiendo dejado de ser primas: y si por el señor D. Quijote no somos remediadas con barbas nos llevarán á la sepultura. Yo me pelaria las mias, dijo D. Quijote, en tierra de moros sinó remediase las vuestras. A este punto volvió de su desmayo la Trifaldi, y dijo: el retintin desa promesa, valeroso caballero, en medio de mi desmayo llegó á mis oidos, y ha sido parte para que yo dél vuelva y cobre todos mis sentidos; y así de nuevo os suplico, andante, ínclito y señor indomable, vuestra graciosa promesa se convierta en obra. Por mí no quedará, respondió Don Quijote: ved, señora, qué es lo que tengo de hacer, que el ánimo está muy pronto para serviros. Es el caso, respondió la Dolorida, que desde aquí al reino de Candaya si se va por tierra hay cinco mil leguas, dos mas ó menos; pero si se va por el aire y por la línea recta, hay tres mil y docientas y veinte y siete. Es tambien de saber que Malambruno me dijo que cuando la suerte me deparase al caballero nuestro libertador, él le enviaria una cabalgadura harto mejor y con menos malicias que las que son de retorno, porque ha de ser aquel mismo caballo de madera sobre quien llevó el valeroso Pierres robada á la linda Magalona, el cual caballo se rige por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno y vuela por el aire con tanta lijereza, que parece que los mismos diablos le llevan. Este tal caballo, segun es tradicion antigua, fué hecho por aquel sábio Merlin. Prestósele á Pierres, que con él hizo grandes viajes, y robó, como se ha dicho, á la linda Magalona, llevándola á las ancas por el aire, dejando embobados á cuantos desde la tierra los miraban, y desde el gran Pierres hasta ahora no sabemos que haya subido

3 Alcahuetas.

alguno en él. De allí le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve dél en sus viajes, que los hace por momentos por diversas partes del mundo, y hoy está aquí y mañana en Francia, y otro dia en Potosí: y es lo bueno, que el tal caballo ni come ni duerme, ni gasta herraduras, y lleva un portante [4] por los aires sin tener alas, que el que va encima puede llevar una taza llena de agua en la mano sin que se le derrame gota, segun camina llano y reposado, por lo cual la linda Magalona se holgaba mucho de andar caballera en él.

Á esto dijo Sancho: para andar reposado y llano mi rúcio, puesto que no anda por los aires, pero por la tierra yo le cutiré [5] con cuantos portantes hay en el mundo. Riéronse todos, y la Dolorida prosiguió: y este tal caballo, si es que Malambruno quiere dar fin á nuestra desgracia, ántes que sea media hora entrada la noche estará en nuestra presencia, porque él me significó que la señal que me daría por donde yo entendiese que habia hallado el caballero que buscaba, sería enviarme el caballo donde fuese con comodidad y presteza. ¿Y cuántos caben en ese caballo? preguntó Sancho. La Dolorida respondió: dos personas, la una en la silla y la otra en las ancas, y por la mayor parte estas tales dos personas son caballero y escudero cuando falta alguna robada doncella. Querría yo saber, señora Dolorida, dijo Sancho, qué nombre tiene ese caballo. *Clavileño el Aligero*, respondió la Dolorida, cuyo nombre conviene con el ser de leño, y con la clavija que trae en la frente, y con la ligereza con que camina, y así en cuanto al nombre, bien puede competir con el famoso Rocinante. No me descontenta el nombre, replicó Sancho; pero ¿con qué freno ó con qué jáquima se gobierna? Ya hé dicho, respondió la Trifaldi, que con la clavija, que volviéndola á una parte ó á otra el caballero que va encima, le hace caminar como quiere, ó ya por los aires, ó ya rastreando y casi barriendo la tierra, ó por el medio, que es el que se busca y se há de tener en todas las acciones bien ordenadas. Ya lo querría ver, respondió Sancho; pero pensar que tengo que subir en él, ni en la silla ni en las ancas, es pedir peras al olmo. Bueno es que apénas puedo tenerme en mi rúcio, y sobre una albarda más blanda que la mesma seda, y querrían ahora que me tuviese en unas ancas de tabla, sin cogin ni almohada alguna; pardiez, yo no me pienso moler por quitar las barbas á nadie; cada cual se rape como más le viniere á cuento, que yo no pienso acompañar á mi señor en tan largo viaje; cuánto más que yo no debo ser del caso para el rapamiento destas barbas, como lo soy para el desencanto de mi señora Dulcinea. Sí sois, amigo, respondió la Trifaldi; y tanto, que sin vuestra presencia entiendo que no haremos nada. Aquí del rey, dijo Sancho; ¿qué

4 Un paso. 5 Le golpearé.

tienen que ver los escuderos con las aventuras de sus señores? ¿hánse de llevar ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? ¡Cuerpo de mí! áun si dijesen los historiadores: el tal caballero acabó la tal y tal aventura, pero con ayuda de fulano su escudero, sin el cual fuera imposible el acabarla; pero que escriban á secas: Don Paralipómenon de las tres estrellas acabó la aventura de los seis vestiglos, sin nombrar la persona de su escudero, que se halló presente á todo, como sinó fuera en el mundo! Ahora, señores, vuelvo á decir que mi señor se puede ir solo, y buén provecho le haga, que yo me quedaré aquí en compañía de la duquesa mi señora, y podria ser que cuando volviese hallase mejorada la causa de la señora Dulcinea en tercio y quinto, porque pienso en los ratos ociosos y desocupados darme una tanda de azotes que no me las cubra pelo. Con todo eso le habeis de acompañar si fuere necesario, buén Sancho, dijo la duquesa, porque os lo rogarán buénos, que no han de quedar por vuestro inútil temor tan poblados los rostros destas señoras, que por cierto sería mal caso. Aquí del rey otra vez, replicó Sancho: cuando esta caridad se hiciera por algunas doncellas recogidas ó por algunas niñas de la doctrina, pudiera el hombre aventurarse á cualquier trabajo; pero que lo sufra por quitar las barbas á dueñas, ¡mal año! mas que las viese yo á todas con barbas desde la mayor hasta la menor, y desde la más melindrosa hasta la más repulgada. Mal estais con las dueñas, Sancho amigo, dijo la duquesa; mucho os vais tras la opinion del boticario toledano; pues á fé que no teneis razon, que dueñas hay en mi casa que pueden ser ejemplo de dueñas, que aquí está mi Doña Rodriguez, que no me dejará decir otra cosa. Mas que la diga vuestra excelencia, dijo la Rodriguez, que Dios sabe la verdad de todo, y buénas ó malas, barbadas ó lampiñas que seamos las dueñas, tambien nos parieron nuestras madres como á las otras mujeres; y pues Dios nos echó al mundo, él sabe para qué, y á su misericordia me atengo, y no á las barbas de nadie. Ahora bien, señora Rodriguez, dijo D. Quijote, señora Trifaldi y compañía, yo espero en el cielo que mirará con buenos ojos vuestras cuitas, que Sancho hará lo que yo le mandáre, ya viniese Clavileño, y ya me viese con Malambruno, que yo sé que no habría navaja que con tanta facilidad rapase á vs. ms., como mi espada raparía de los hombros la cabeza de Malambruno; que Dios sufre á los malos, pero no para siempre. ¡Ay! dijo á esta sazon la Dolorida; con benignos ojos miren á vuestra grandeza, valeroso caballero, todas las estrellas de las regiones celestes, é infundan en vuestro ánimo toda valentía para ser escudo y amparo del vituperoso y abatido género dueñesco, abominado de boticarios, murmurado de escuderos y socaliñado de pajes, que mal haya la bellaca que en la flor de su edad no se metió primero á ser monja que á dueña. ¡Oh, gigante Ma-

lambruno, que aunque eres encantador eres certísimo en tus promesas: envíanos ya al sin par Clavileño para que nuestra desdicha se acabe, que si entra el calor y estas nuestras barbas duran, guay de nuestra ventura! Dijo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacó las lágrimas de los ojos de todos los circunstantes, y áun arrasó los de Sancho, quien propuso en su corazon de acompañar á su señor hasta las últimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos venerables rostros.

CAPITULO XXXII.

De la venida de Clavileño, con el fin de esta dilatada aventura.

Llegó en esto la noche, y con ella el punto determinado en que el famoso caballo Clavileño viniese, cuya tardanza fatigaba ya á D. Quijote; pareciéndole que pues Malambruno se detenia en enviarle, ó que él no era el caballero para quien estaba guardada aquella aventura, ó que Malambruno no osaba venir con él á singular batalla. Pero veis aquí cuando á deshora entraron por el jardin cuatro salvajes, vestidos todos de verde yedra, que sobre sus hombros traian un gran caballo de madera. Pusiéronle de piés en el suelo, y uno de los salvajes dijo: suba sobre esta máquina el caballero que tuviere ánimo para ello. Aquí, dijo Sancho, yo no subo, porque ni tengo ánimo, ni soy caballero; y el salvaje prosiguió diciendo: y ocupe las ancas el escudero, si es que lo tiene, y fíese del valeroso Malambruno, que sinó fuere de su espada, de ninguna otra ni de otra malícia será ofendido; y no hay más que torcer esta clavija que sobre el cuello trae puesta, que él los llevará por los aires, adonde los atiende Malambruno; pero porque la alteza y sublimidad del camino no les cause vaguidos, se han de cubrir los ojos hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin á su viaje. Esto dicho, dejando á Clavileño, con gentil continente se volvieron por donde habian venido. La Dolorida así como vió al caballo, casi con lágrimas dijo á D. Quijote: valeroso caballero, las promesas de Malambruno han sido ciertas, el caballo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras y con cada pelo dellas te suplicamos nos rapes y tundas, pues no está en más sino en que subas en él con tu escudero y dés felice principio á vuestro nuevo viaje. Eso haré yo, señora condesa, de muy buén grado y de mejor talante, sin ponerme á tomar cogin ni calzarme espuelas, por no detenerme: tanta es la gana que tengo de veros á vos, señora, y á todas estas dueñas rasas y mondas. Eso no haré yo, dijo Sancho, ni de malo ni de buén talante, en ningnna manera; y si es que este rapamiento no se puede hacer sin que yo suba á

las ancas, bien puede buscar mi señor otro escudero que le acompañe, y estas señoras otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy brujo para gustar de andar por los aires. ¿Y qué dirán mis insulanos cuando sepan que su gobernador se anda paseando por los vientos? Y otra cosa más, que habiendo tres mil y tantas leguas de aquí á Candaya, si el caballo se cansa ó el gigante se enoja, tardarémos en dar la vuelta media docena de años, y ya ni habrá ínsula ni ínsulos en el mundo que me conozcan: y pues se dice comunmente que en la tardanza vá el peligro, y que cuando te diéren con la vaquilla acudas con la soguilla, perdónenme las barbas destas señoras, que bien se está San Pedro en Roma, quiero decir, que bien me estoy en esta casa, donde tanta merced se me hace, y de cuyo dueño tan gran bien espero como es verme gobernador. Á lo que el duque dijo: Sancho amigo, la ínsula que yo os hé prometido no es movible ni fugitiva: raices tiene echadas en los abismos de la tierra, tan hondas, que no la arrancarán ni mudarán de donde está á tres tirones; y pues vos sabeis que sé yo que no hay ningun género de oficio destos de mayor cantía, que no se grangee con alguna suerte de cohecho, cuál más, cuál ménos, el que yo quiero llevar por este gobierno es que vais con vuestro señor D. Quijote á dar cima y cabo á esta memorable aventura; que ahora volvais sobre Clavileño con la brevedad que su ligereza promete, ora la contraria fortuna os traiga y vuelva á pié, hecho romero de meson en meson y de venta en venta, siempre que volviéredes hallareis vuestra ínsula donde la dejais, y á vuestros insulanos con el mismo deseo de recibiros por su gobernador, que siempre han tenido, y mi voluntad será la misma; y no pongais duda en esta verdad, señor Sancho, que sería hacer notorio agrávio al deseo que de serviros tengo. No más, señor, dijo Sancho; yo soy un pobre escudero, y no puedo llevar á cuestas tantas cortesías; suba mi amo, tápenme estos ojos, y encomiéndenme á Dios, y avísenme si cuando vamos por esas altanerías [1] podré encomendarme á nuestro Señor ó invocar á los ángeles que me favorezcan. Á lo que respondió Trifáldi: Sancho, bien podeis encomendaros á Dios ó á quien quisiéredes, que Malambruno, aunque es encantador, es cristiano, y hace sus encantamentos con mucha sagacidad y con mucho tiento sin meterse con nadie. Éa pues, dijo Sancho; Dios me ayude y la Santísima Trinidad de Gaeta. Desde la memorable aventura de los batanes, dijo D. Quijote, nunca hé visto á Sancho con tanto temor como ahora; y si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiciera algunas cosquillas en el ánimo. Pero llegaos aquí, Sancho, que con licencia destos señores os quiero hablar aparte dos palabras.

1 *Alturas.*

Y apartando á Sancho entre unos árboles del jardin, y asiéndole ambas las manos le dijo: ya ves, Sancho hermano, el largo viaje que nos espera, y que sabe Dios cuando volveremos dél, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios; y así querria que ahora te retirases en tu aposento, como que vas á buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en un daca las pajas te dieses á buena cuenta de los tres mil y trecientos azotes á que estás obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendrás, que obra empezada medio acabada. Par Dios, dijo Sancho, que v. m. debe de ser menguado: esto es como aquello que dicen, en priesa me ves y doncellez me demandas: ¿ahora que tengo de ir sentado en una tabla rasa, quiere v. m. que me lastime las posas? En verdad, en verdad que no tiene v. m. razon: vamos ahora á rapar estas dueñas, que á la vuelta yo le prometo á v. m., como quien soy, de darme tanta priesa á salir de mi obligacion, que v. m. se contente, y no le digo más. Y D. Quijote respondió: pues con esa promesa, buén Sancho, voy consolado, y creo que la cumplirás, porque en efecto, aunque tonto, eres hombre verídico. No soy verde, sino moreno, dijo Sancho; pero aunque fuera de mezcla cumpliera mi palabra. Y con esto se volvieron á subir en Clavileño, y al subir dijo D. Quijote: tapáos, Sancho, y subid, que quien de tan lueñes tierras envia por nosotros no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar á quien dél se fia; y puesto que todo sucediese al revés de lo que imagino, la gloria de haber emprendido esta hazaña no la podrá escurecer malícia alguna. Vamos, señor, dijo Sancho, que las barbas y lágrimas destas señoras las tengo clavadas en el corazon, y no comeré bocado que bien me sepa hasta verlas en su primera lisura. Suba v. m., y tápese primero, que si yo tengo de ir á las ancas, claro está que primero sube el de la silla. Así es la verdad, replicó Don Quijote, y sacando un pañuelo de la faldriquera pidió á la Dolorida que le cubriese muy bien los ojos, y habiéndoselos cubierto subió sobre Clavileño, y le tentó la clavija, que fácilmente se rodeaba; y como no tenia estribos, y le colgaban las piernas, no parecia sino figura de tapiz flamenco pintada ó tejida en algun romano triunfo. De mal talante y poco á poco llegó á subir Sancho, y acomodándose lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras y no nada blandas, y pidió al duque que si fuese posible le acomodasen de algun cogín ó de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su señora la duquesa, ó del lecho de algun paje, porque las ancas de aquel caballo más parecian de mármol que de leño. Á esto dijo la Trifáldi, que ningun jaez ni ningun género de adorno sufria sobre sí Clavileño, que lo que podia hacer era ponerse á mujeriegas, y que así no sentiria tanto la dureza. Hízolo así Sancho, y diciendo á Dios, se dejó vendar los ojos, y ya

despues de vendados se volvió á descubrir, y mirando á todos los del jardin tiernamente y con lágrimas, dijo que le ayudasen en aquel trance con sendos *paternostres* y sendas *avemarías* porque Dios deparase quien por ellos los dijese cuando en semejantes trances se viesen. Á lo que dijo D. Quijote: ladron, ¿estás puesto en la horca por ventura, ó en el último término de la vida, para usar de semejantes plegárias? ¿No estás, desalmada y cobarde criatura, en el mismo lugar que ocupó la linda Magalona, del cual descendió, no á la sepultura, sino á ser reina de Francia, sinó mienten las historias? Y yo, que voy á tu lado, ¿no puedo ponerme al del valeroso Pierres, que oprimió este mismo lugar que yo ahora oprimo? Cúbrete, cúbrete, animal descorazonado, y no te salga á la boca el temor que tienes, á lo ménos en presencia mia. Tápenme, respondió Sancho, y pues no quieren que me encomiende á Dios ni que sea encomendado, ¿qué mucho que tema no ande por aquí alguna legion de diablos que den con nosotros en Peralvillo [2].

Cubriéronse, y sintiendo D. Quijote que estaba como habia de estar, tentó la clavija, y apénas hubo puesto los dedos en ella cuando todas las dueñas y cuantos estaban presentes levantaron las voces diciendo: Dios te guíe, valeroso caballero: Dios sea contigo, escudero intrépido: ya, ya vais por esos aires rompiéndolos con más velocidad que una saeta, ya comenzais á suspender y admirar á cuantos desde la tierra os están mirando. Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas, mira no cayas, que será peor tu caida que la del atrevido mozo que quiso regir el carro del sol su padre. Oyó Sancho las voces, y apretándose con su amo, y ciñéndole con los brazos, le dijo: señor, cómo dicen estos que vamos tan altos, si alcanzan acá sus voces, y no parece sino que están aquí hablando junto á nosotros? No repares en eso, Sancho, que como estas cosas y estas volaterías van fuera de los cursos ordinarios, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres, y no me aprietes tanto, que me derribas; y en verdad que no sé de qué te turbas ni te espantas, que osaré jurar que en todos los dias de mi vida hé subido en cabalgadura de paso más llano: no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra, amigo, el miedo, que en efecto la cosa va como há de ir, y el viento llevamos en popa. Así es verdad, respondió Sancho, que por este lado me dá un viento tan récio, que parece que con mil fuelles me están soplando: y así era ello, que unos grandes fuelles le estaban haciendo aire. Tan bien trazada estaba la tal aventura por el duque, la duquesa y su mayordomo, que no le faltó requisito para ser perfecta. Sintiéndose pues soplar D. Quijote, dijo: sin duda alguna,

2 En Peralvillo, pueblo no lejos de Ciudad-Real, era donde la Santa Hermandad de Toledo asaeteaba á los facinerosos.

Sancho, que ya debemos de llegar á la segunda region del aire, adonde se engendra el granizo y las nieves: los truenos, los relámpagos y los rayos se engendran en la tercera region; y si es que desta manera vamos subiendo, presto daremos en la region del fuego, y no sé yo cómo templar esta clavija para que no subamos donde nos abrasemos. En esto con unas estopas ligeras de encenderse y apagarse, pendientes de una caña, les calentaban desde lejos los rostros. Sancho, que sintió el calor, dijo: que me maten sinó estamos ya en el lugar del fuego ó bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me há chamuscado, y estoy, señor, por descubrirme y ver en qué parte estamos. No hagas tal, respondió D. Quijote, no hay para qué descubrirnos, que el que nos lleva á cargo él dará cuenta de nosotros, y quizá vamos tomando puntas y subiendo en alto para dejarnos caer de una sobre el reino de Candaya, como hace el sacre ó neblí [3] sobre la garza, para cogerla por más que se remonte: y aunque nos parece que no há media hora que nos partimos del jardin, créeme que debemos de haber hecho gran camino. No sé lo que es, respondió Sancho Panza, solo sé decir que si la señora Magallanes ó Magalona se contentó destas ancas, que no debia de ser muy tierna de carnes. Todas estas pláticas de los dos valientes oian el duque, la duquesa y los del jardin, de que recibian extraordinario contento; y queriendo dar remate á la extraña y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el caballo lleno de cohetes tronadores, voló por los aires con extraño ruido, y dió con D. Quijote y con Sancho Panza en el suelo medio chamuscados. En este tiempo ya se habia desparecido del jardin todo el barbado escuadron de las dueñas, la Trifáldi y todo; y los del jardin quedaron como desmayados tendidos por el suelo. D. Quijote y Sancho se levantaron mal trechos, y mirando á todas partes, quedaron atónitos de verse en el mismo jardin de donde habian partido, y de ver tendido por tierra tanto número de gente; y creció más su admiracion cuando á un lado del jardin vieron hincada una gran lanza en el suelo, y pendiente della y de dos cordones de seda verde un pergamino liso y blanco, en el cual con grandes letras de oro estaba escrito lo siguiente: *El ínclito caballero D. Quijote de la Mancha feneció y acabó la aventura de la condesa Trifáldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, y compañía, con solo intentarla. Malambruno se dá por contento y satisfecho á toda su voluntad, y las barbas de las dueñas ya quedan lisas y mondas, y los reyes D. Clavijo y Antonomásia en su pristino estado; y cuando se cumpliere el escuderil vápulo, la blanca paloma se verá libre de los pestíferos giri-*

3 Especie de halcon, que era de mucha estima, y servia para la caza de cetrería.

faltes que la persiguen; y en brazos de su querido arrullador, que así está ordenado por el sábio Merlin, protoencantador de los encantadores.

Habiendo, pues, D. Quijote leido las letras del pergamino, claro entendió que del desencanto de Dulcinea hablaban, y dando muchas grácias al cielo de que con tan poco peligro hubiese acabado tan gran fecho, reduciendo á su pasada tez los rostros de las venerables dueñas, que ya no parecian, se fué adonde el duque y la duquesa áun no habian vuelto en sí, y trabando de la mano al duque le dijo: éa, buén señor, buén ánimo, buén ánimo, que todo es nada, la aventura es ya acabada, sin daño de barras [4], como lo muestra claro el escrito que en aquel padron está puesto. El duque, poco á poco, y como quien de un pesado sueño recuerda, fué volviendo en sí, y por el mismo tenor la duquesa y todos los que por el jardin estaban caidos, con tales muestras de maravilla y espanto, que casi se podia dar á entender haberles acontecido de veras lo que tan bien sabian fingir de burlas. Leyó el duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fué á abrazar á D. Quijote, diciéndole ser el más buén caballero que en ningun siglo se hubiese visto. Sancho andaba mirando por la Dolorida, por ver qué rostro tenía sin las barbas, y si era tan hermosa sin ellas como su gallarda disposicion prometia: pero dijéronle que así como Clavileño bajó ardiendo por los aires y dió en el suelo, todo el escuadron de las dueñas, con la Trifáldi, habia desaparecido, y que ya iban rapadas y sin cañones. Preguntó la duquesa á Sancho que cómo le habia ido en aquel largo viaje. Á lo cual Sancho respondió: yo, señora, sentí que íbamos, segun mi señor me dijo, volando por la region del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pero mi amo, á quien pedí licencia para descubrirme, no lo consintió: mas yo, que tengo no sé qué briznas de curioso, y de desear saber lo que se me estorba é impide, bonitamente y sin que nadie lo viese, por junto á las narices aparté tanto cuanto el pañizuelo que me tapaba los ojos; y por allí miré hácia la tierra, y parecióme que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andaban sobre ella poco mayores que avellanas, porque se vea cuán altos debíamos de ir entonces. Á esto dijo la duquesa: Sancho amigo, mirad lo que decís, que á lo que parece vos no vistes la tierra, sino los hombres que andaban sobre ella: y está claro que si la tierra os pareció como un grano de mostaza, y cada hombre como una avellana, un hombre solo habia de cubrir toda la tierra. Así es verdad, respondió Sancho; pero con todo eso la descubrí por un ladito, y la ví toda. Mirad, Sancho, dijo la duquesa, que por un ladito no se vé el todo de lo que se mira. Yo no sé esas miradas, replicó Sancho, solo sé que será

4 Sin daño del alma ni del cuerpo.

bien que vuestra señoría entienda que pues volábamos por encantamento, que por encantamento podia yo ver toda la tierra, y todos los hombres por do quiera que los mirára, y si esto no se me cree, tampoco creerá v. m. cómo descubriéndome por junto á las cejas, me ví tan junto al cielo, que no habia de mí á él palmo y medio, y por lo que puedo jurar, señora mia, es muy grande además: y sucedió que íbamos por parte donde estan las siete cabrillas; y en Dios y en mi ánima que como yo en mi niñez fuí en mi tierra cabrerizo, que así como las ví me dió gana de entretenerme con ellas un rato, y sinó la cumpliera me parece que reventára. Vengo, pues, y tomo, y qué hago, sin decir nada á nadie, ni á mi señor tampoco, bonita y pasitamente me apeé de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alelíes y como unas flores, casi tres cuartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar ni pasó adelante. Y en tanto que el buén Sancho se entretenia con las cabras, preguntó el duque, ¿en qué se entretenia el Sr. D. Quijote? Á lo que D. Quijote respondió: como todas estas cosas y estos tales sucesos van fuera del órden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dice: de mí se decir que ni me descubrí por alto ni por bajo, ni ví el cielo ni la tierra, ni la mar ni las arenas. Bien es verdad que sentí que pasaba por la region del aire, y áun que tocaba á la del fuego; pero que pasásemos de allí no lo puedo creer, pues estando la region del fuego entre el cielo de la luna y la última region del aire, no podíamos llegar al cielo donde están las siete cabrillas que Sancho dice sin abrasarnos: y pues no nos asuramos, ó Sancho miente, ó Sancho sueña. Ni miento ni sueño, respondió Sancho, sinó pregúntenme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad ó no. Dígalas pues, Sancho, dijo la duquesa. Son, respondió Sancho, las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla. Nueva manera de cabras es esa, dijo el duque, y por esta nueva region del suelo no se usan tales colores, digo cabras de tales colores. Bien claro está eso, dijo Sancho, sí, que diferencia há de haber de las cabras del cielo á las del suelo. Decidme, Sancho, preguntó el duque, ¿vistes allá entre esas cabras algun cabron? No señor, respondió Sancho; pero oí decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna. No quisieron preguntarle más de su viaje, porque les pareció que llevaba Sancho hilo de pasearse por todos los cielos, y dar nuevas de cuanto allá pasaba, sin haberse movido del jardin. En resolucion, este fué el fin de la aventura de la dueña Dolorida, que dió que reir á los duques no solo entonces, sino toda su vida, y que contar á Sancho siglos si los viviera; y llegándose D. Quijote á Sancho, al oido le dijo: Sancho, pues vos quereis que se os crea lo que habeis visto en el cielo, yo quiero que vos me creais á mí lo que ví en la cueva de Montesinos, y no os digo más.

CAPITULO XXXIII.

De los consejos que dió D. Quijote á Sancho Panza ántes que fuese á gobernar la ínsula, con otras cosas bien consideradas.

Con el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida quedaron tan contentos los duques, que determinaron pasar con las burlas adelante viendo el acomodado sujeto que tenian para que se tuviesen por veras; y así habiendo dado la traza y órden que sus criados y sus vasallos habian de guardar con Sancho en el gobierno de la ínsula prometida, otro dia, que fué el que sucedió al vuelo de Clavileño, dijo el duque á Sancho que se adeliñase y compusiese para ir á ser gobernador, que ya sus insulanos le estaban esperando como el água de mayo. Sancho se le humilló y le dijo: despues que bajé del cielo, y despues que desde su alta cumbre miré la tierra, y la ví tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenia tan grande de ser gobernador; porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, ó qué dignidad ó imperio el gobernar á media docena de hombres tamaños como avellanas, que á mi parecer no habia más en toda la tierra? Si vuestra señoría fuese servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuese más de media legua, la tomaria de mejor gana que la mayor ínsula del mundo. Mirad, amigo Sancho, respondió el duque, yo no puedo dar parte del cielo á nadie, aunque no sea mayor que el de una uña, que á solo Dios estan reservadas esas mercedes y grácias: lo que puedo dar os doy, que es una ínsula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobremanera fértil y abundosa, donde si vos os sabeis dar maña podeis con las riquezas de la tierra granjear las del cielo. Ahora bien, respondió Sancho, venga esa ínsula que yo pugnaré por ser tal gobernador, que á pesar de bellacos me vaya al cielo; y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas, ni de levantarme á mayores, sino por el deseo que tengo de probar á qué sabe el ser gobernador. Si una vez lo probais, Sancho, dijo el duque, comeros heis [1] las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. Á buen seguro que cuando vuestro dueño llegue á ser emperador, que lo será sin duda, segun van encaminadas sus cosas, que no se lo arranquen como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma el tiempo que hubiere dejado de serlo. Señor, replicó Sancho, yo imagino que es bueno mandar aunque sea á un hato de ganado. Con vos me entierren, Sancho, que sabeis de todo, respondió el duque; y

1 Por comeros *habeis*, esto es, habeis de comeros.

yo espero que sereis tal gobernador como vuestro juicio promete, y quédese esto aqui; y advertid que mañana habeis de ir al gobierno de la ínsula, y esta tarde os acomodarán del traje conveniente que habeis de llevar, y de todas las cosas necesarias á vuestra partida. Vístanme, dijo Sancho, como quisieren, que de cualquier manera que vaya vestido seré Sancho Panza. Así es verdad, dijo el duque; pero los trajes se han de acomodar con el oficio ó dignidad que se profesa, que no seria bien que un jurisperito se vistiese como soldado, ni un soldado como sacerdote. Vos, Sancho, ireis vestido parte de letrado y parte de capitan, porque en la ínsula que os doy tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas. Letras, respondió Sancho, pocas tengo, porque áun no sé el A. B. C., pero bástame tener el *Cristus* en la memoria para ser buen gobernador. De las armas, manejaré las que me dieren hasta caer, y Dios delante. Con tan buena memoria, dijo el duque, no podrá Sancho errar en nada. En esto llegó D. Quijote, y sabiendo lo que pasaba y la celeridad con que Sancho se habia de partir á su gobierno, con licencia del duque le tomó por la mano y se fué con él á su estancia con intencion de aconsejarle cómo se habia de haber en su oficio. Entrados, pues, en su aposento cerró tras sí la puerta, é hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto á él, y con reposada voz le dijo:

Primeramente, oh hijo, has de temer á Dios, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sábio no podrás errar en nada.

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte á tí mismo, que es el mas difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá á ser feos piés de la rueda de tu locura la consideracion de haber guardado puercos en tu tierra. Así es la verdad, respondió Sancho, pero fué cuando muchacho; pero despues algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos; pero esto paréceme á mí que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes. Así es verdad, replicó Don Quijote, por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad, que guiada por la prudencia los libre de la murmuracion maliciosa, de quien no hay estado que se escape.

Haz gala, Sancho, de la humildad de tu linaje, y no te desprécies de decir que vienes de labradores; porque viendo que no te corres [2], ninguno se pondrá á correrte, y préciate más de ser humilde virtuoso, que pecador soberbio. Innumerables son aquellos que de baja estirpe naci-

2 Que no te avergüenzas.

dos han subido á la suma dignidad pontificia é imperatoria, y de esta verdad te pudiera traer tantos ejemplos que te cansáran. Mira, Sancho, si tomas por medio á la virtud, y te precias de hacer hechos virtuosos, no hay para qué tener envidia á los que tienen príncipes y señores por ascendientes, porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista [3], y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale [4].

Siendo esto así como lo es, si acaso viniere á verte cuando estés en tu ínsula alguno de tus parientes, no le deseches ni le afrentes, ántes le has de acoger, agasajar y regalar, que con esto satisfarás al cielo, que gusta que nadie se desprecie de lo que él hizo, y corresponderás á lo que debes á la naturaleza bien concertada.

Si trujéres á tu mujer contigo (porque no es bien que los que asisten á gobiernos de mucho tiempo esten sin las propias) enséñala, doctrínala y desbástala de su natural rudeza, porque todo lo que suele adquirir un gobernador discreto, suele perder y derramar una mujer rústica y tonta.

Si acaso enviudares (cosa que puede suceder), y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal que te sirva de anzuelo y de caña de pescar, y del no quiero de tu capilla [5]; porque en verdad te digo que de todo aquello que la mujer del juez recibiere ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el cuatro tanto en la muerte las partidas de que no se hubiere hecho cargo en la vida.

Nunca te guies por la ley del encaje, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos [6].

Hallen en ti más compasion las lágrimas del pobre; pero no más justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas y dádivas del rico, como por entre los sollozos é importunidades del pobre.

Cuando pudiere y debiere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso que la del compasivo.

Si acaso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dádiva, sino con el de la misericordia.

Cuando te sucediere juzgar algun pleito de algun tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y pónlas en la verdad del caso.

No te ciegue la pasion propia en la causa ajena, que los yerros que en ella hicieres las más veces serán sin remedio, y si le tuvieren será á costa de tu crédito y áun de tu hacienda.

Si alguna mujer hermosa viniere á pedirte justicia, quita los ojos de

3 Se adquiere. 4 El haber nacido noble, solo, cuando no acompaña la virtud, no vale, es poca cosa. 5 Alude á no admitir una cosa que por otra parte se desea. 6 Guiarse por la ley del encaje, es obrar á su antojo.

sus lágrimas, y tus oidos de sus gemidos, y considera despacio la sustancia de lo que pide, sinó quieres que se anegue tu razon en su llanto y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debajo de tu jurisdiccion considérale hombre miserable, sujeto á las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo cuanto fuere de tu parte, sin hacer agravio á la contraria, muéstratele piadoso y clemente, porque aunque los atributos de Dios todos son iguales, más resplandece y campea á nuestro ver el de la misericordia que el de la justicia.

Si estos preceptos y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus dias, tu fama será eterna, tus premios colmados, tu felicidad indecible, casarás tus hijos como quisieres, títulos tendrán ellos y tus nietos, vivirás en paz y beneplácito de las gentes y en los últimos pasos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros netezuelos. Esto que hasta aquí te hé dicho son documentos que han de adornar tu alma; escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo.

CAPITULO XXXIV.

De los consejos segundos que dió D. Quijote á Sancho Panza.

¡Quién oyera el pasado razonamiento de D. Quijote, que no le tuviera por persona muy cuerda y mejor intencionada! Pero, como muchas veces en el progreso desta grande historia queda dicho, solamente se disparaba en tocándole en la caballería, y en los demás discursos mostraba tener claro y desenfadado entendimiento, de manera que á cada paso desacreditaban sus obras su juicio, y su juicio sus obras; pero en estos segundos documentos que dió á Sancho mostró tener gran donáire, y puso su discrecion y su locura en un levantado punto. Atentísimamente le escuchaba Sancho, y procuraba conservar en la memoria sus consejos, como quien pensaba guardarlos, y salir por ellos á buén parto de la preñez de su gobierno. Prosiguió pues D. Quijote, y dijo:

En lo que toca á como has de gobernar tu persona y casa, Sancho, lo primero que te encargo es que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dejarlas crecer como algunos hacen, á quien su ignorancia les há dado á entender que las uñas largas les hermosean las manos, como si aquel escremento y añadidura que se dejan de cortar fuese uña, siendo ántes garras de cernícalo lagartijero: puerco y extraordinario abuso.

No andes, Sancho, desceñido y flojo, que el vestido descompuesto dá indicios de ánimo desmazalado, si ya la descompostura y flojedad no cae debajo de socarronería como se juzgó en la de Julio César.

Toma con discrecion el pulso á lo que pudiere valer tu oficio, y si sufriere que dés librea á tus criados, dásela honesta y provechosa, más que vistosa y bizarra, y repártela entre tus criados y los pobres: quiero decir, que si has de vestir seis pajes, viste tres y otros tres pobres, y así tendrás pajes para el cielo y para el suelo: y este nuevo modo de dar librea no le alcanzan los vanagloriosos.

No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villanería: anda despacio, habla con reposo; pero no de manera que parezca que te escuchas á tí mismo, que toda afectacion es mala.

Come poco, y cena más poco; que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estómago.

Sé templado en el beber, considerando que el vino demasiado ni guarda secreto, ni cumple palabra.

Ten cuenta, Sancho, de no mascar á dos carrillos, ni de erutar delante de nadie. Eso de erutar no entiendo, dijo Sancho, y D. Quijote le dijo: erutar, Sancho, quiere decir regoldar, y este es uno de los más torpes vocablos que tiene la lengua castellana, aunque es muy significativo, y así la gente curiosa se há acogido al latin, y al regoldar dice erutar, y á los regüeldos erutaciones. En verdad, señor, dijo Sancho, que uno de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria há de ser el de no regoldar, porque lo suelo hacer muy á menudo. Erutar, Sancho, que no regoldar, dijo D. Quijote. Erutar, diré de aquí adelante, respondió Sancho, y á fé que no se me olvide.

Tambien, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles, que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias. Eso Dios lo puede remediar, respondió Sancho, porque sé más refranes que un libro, y viénenseme tantos juntos á la boca cuando hablo, que riñen por salir unos con otros; pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan á pelo; mas yo tendré cuenta de aquí adelante de decir los que convengan á la gravedad de mi cargo, que en casa llena presto se guisa la cena, y quien destaja no baraja, y á buen salvo está el que repica, y el dar y el tener seso há menester. Eso sí, Sancho, D. Quijote, encaja, ensarta, enhila refranes, que nadie te va á la mano: castígame mi madre y yo trompójelas [1]. Estóite diciendo que excuses refranes, y en

1 Como si dijéramos *tijeretas han de ser*; esto es, que en vez de enmendarse de una falta se insiste en ella con temeridad.

un instante has echado aquí una letanía dellos, que así cuadran con lo que vamos tratando como por los cerros de Ubeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refrán traido á propósito; pero cargar y ensartar refranes á trochemoche, hace la plática desmayada y baja.

Cuando subieres á caballo no vayas echando el cuerpo sobre el arzon postrero, ni lleves las piernas tiesas y tiradas y desviadas de la barriga del caballo, ni tampoco vayas tan flojo, que parezca que vas sobre el rúcio, que el andar á caballo á unos hace caballeros, á otros caballerizas.

Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el sol, no goza del dia, y advierte, ó Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza su contraria jamás llegó al término que pide un buen deseo.

Este último consejo que ahora darte quiero, puesto que no sirva para adorno del cuerpo, quiero que le lleves muy en la memoria, que creo que no te será de ménos provecho que los que hasta aquí te hé dado, y es: que jamás te pongas á disputar de linajes, á lo ménos comparándolos entre sí, pues por fuerza en los que se comparan, uno há de ser el mejor, y del que abatieres serás aborrecido, y del que levantares en ninguna manera premiado.

Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreruelo un poco más largo, gregüescos [2] ni por pienso, que no les están bien ni á los caballeros ni á los gobernadores.

Por ahora esto se me há ofrecido, Sancho, que aconsejarte: andará el tiempo, y segun las ocasiones así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te halláres. Señor, respondió Sancho; bien veo que todo cuanto v. m. me há dicho son cosas buenas, santas y provechosas; pero ¿de qué han de servir si de ninguna me acuerdo? Verdad sea que aquello de no dejarme crecer las uñas y de casarme otra vez si se ofreciere, no se me pasará del magín; pero esotros badulaques enredos y revoltillos, no se me acuerda ni acordará más dellos que de las nubes de antaño, y así será menester que se me dén por escrito, que puesto que no sé leer ni escribir, yo se los daré á mi confesor para que él me los encaje y yo recapacite cuando fuere menester. ¡Ah, pecador de mí! dijo D. Quijote, y qué mal parece en los gobernadores el no saber leer ni escribir; porque hás de saber, oh Sancho, que no saber un hombre leer, ó ser zurdo, arguye una de dos cosas: ó que fué hijo de padres demasiado humildes y bajos, ó él tan travieso y malo que no pudo entrar en él el buen uso ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y así querria que aprendieses á firmar siquiera. Bien

2 Calzones cortos.

sé firmar mi nombre, respondió Sancho; que cuando fuí prioste en mi lugar aprendí á hacer unas letras como de marca de fardo, que decian que decia mi nombre, cuanto más que fingiré que tengo tullida la mano derecha, y haré que firme otro por mí, que para todo hay remedio sino es para la muerte; y teniendo yo el mando y el palo haré lo que quisiere: cuanto más que el que tiene el padre alcalde... y siendo yo gobernador, que es más que ser alcalde, llegáos que la dejen ver, no sino popen y calóñenme [3], que vendrán por lana y volverán trasquilados, y á quien Dios quiere bien la casa le sabe, y las necedades del rico por sentencias pasan en el mundo: y siéndolo yo, siendo gobernador y juntamente liberal como lo pienso ser, no habrá falta que se me parezca; no sino hacéos miel, y paparos hán moscas: tanto vales cuanto tienes, decia una mi agüela, y del hombre arraigado no te verás vengado. ¡Oh, maldito seas de Dios, Sancho, dijo á esta sazon D. Quijote; sesenta mil satanáses te lleven á tí y á tus refránes: una hora há que los estás ensartando y dándome con cada uno tragos de tormento. Yo te aseguro que estos refránes te han de llevar un dia á la horca; por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallos, ó há de haber entre ellos comunidades [4]. Dime, ¿dónde los hallas, ignorante? ó ¿cómo los aplicas, mentecato? que para decir yo uno y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cavase. Por Dios, señor nuestro amo, replicó Sancho, que v. m. se queja de bien pocas cosas. ¿Á qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno sino refránes y más refránes? y ahora se me ofrecen cuatro, que venian aquí pintiparados ó como peras en tabaque [5]; pero no los diré, porque al buén callar llaman Sancho. Ese Sancho no eres tú, dijo D. Quijote, porque no solo no eres buén callar, sino mal hablar y mal porfiar; y con todo eso querria saber qué cuatro refránes te ocurrian ahora á la memoria, que venian aquí á propósito, que yo ando recorriendo la mia, que la tengo buena, y ninguno se me ofrece. Qué mejores, dijo Sancho, que entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares; y á idos de mi casa y qué quereis con mi mujer, no hay responder; y si dá el cántaro en la piedra, ó la piedra en el cántaro, mal para el cántaro; todos los cuales vienen á pelo. Que nadie se tome con su gobernador ni con el que le manda, porque saldrá lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales, y aunque no sean cordales, como sean muelas no importa, y á lo que dijere el gobernador no hay que replicar, como al salíos de mi casa y qué quereis con mi mujer; pues lo de la piedra en el cántaro un ciego lo verá. Asique es menester que el que vé la mota en el ojo ajeno, vea

3 *Popar*, manotear á uno ó darle palmadas con aire despreciativo.—*Calóñar*, injuriar, ultrajar. 4 Tumultos, levantamientos. 5 Canastillo ó azafate pequeño de mimbres.

la viga en el suyo, porque no se diga por él; espantóse la muerta de la degollada [6], y v. m. sabe bien que más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena. Eso no, Sancho, respondió D. Quijote; que el necio en su casa ni en la ajena sabe nada, á causa que sobre el cimiento de la necedad no asienta ningun discreto edificio; y dejemos esto aquí, Sancho, que si mal gobernares tuya será la culpa, y mia la vergüenza; mas consuélome que hé hecho lo que debia en aconsejarte con las veras y con la discrecion á mí posible: con esto salgo de mi obligacion y de mi promesa; Dios te guie, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y á mí me saque del escrúpulo que me queda, que has de dar con toda la ínsula patas arriba, cosa que pudiera yo excusar con descubrir al duque quién eres, diciéndole que toda esa gordura y esa personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refránes y de malícias. Señor, replicó Sancho; si á v. m. le parece que no soy de pró para este gobierno, desde aquí le suelto, que más quiero un solo negro de la uña de mi alma, que á todo mi cuerpo; y así me sustentaré Sancho á secas con pan y cebolla, como gobernador con perdíces y capones; y más que mientras se duerme todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos. Y si v. m. mira en ello, verá que solo v. m. me há puesto en esto de gobernar, que yo no sé más de gobierno de ínsula; que un buitre; y si se imagina que por ser gobernador me há de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo que gobernador al infierno. Por Dios, Sancho, dijo D. Quijote, que por solas estas últimas razones que has dicho juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas; buén natural tienes, sin el cual no hay ciencia que valga; encomiéndate á Dios, y procura no errar en la primera intencion; quiero decir, que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el cielo los buénos deseos; y vámonos á comer, que creo que ya estos señores nos aguardan.

CAPITULO XXXV.

Como Sancho Panza fué llevado al gobierno, y de la extraña aventura que en el castillo sucedió á D. Quijote.

En acabando de comer D. Quijote el dia que dió los consejos á Sancho, aquella tarde se los dió escritos, para que él buscase quien se los leyese; pero apenas se los hubo dado, cuando se le cayéron, y vinieron á manos del duque, que los comunicó con la duquesa y los dos se ad-

6 Se reprende al que nota los defectos de otros, teniéndolos él mayores de la misma especie.

miraron de nuevo de la locura y del ingenio de D. Quijote; y así llevando adelante sus burlas, aquella tarde enviaron á Sancho con mucho acompañamiento al lugar, que para él habia de ser ínsula. Acaeció pues que el que le llevaba á cargo era un mayordomo del duque, muy discreto y muy gracioso, que no puede haber grácia donde no hay discrecion, el cual habia hecho la persona de la condesa Trifáldi con el donáire que queda referido: y con esto, y con ir industriado de sus señores de cómo se habia de haber con Sancho, salió con su intento maravillosamente: Digo pues, que acaeció que así como Sancho vió al tal mayordomo se le figuró en su rostro el mismo de la Trifáldi, y volviéndose á su señor le dijo: señor, ó á mí me ha de llevar el diablo de aquí de donde estoy, en justo y en creyente, ó v. m. me ha de confesar que el rostro deste mayordomo del duque, que aquí está, es el mesmo de la Dolorida. Miró D. Quijote atentamente al mayordomo, y habiéndole mirado dijo á Sancho: no hay para qué te lleve el diablo, Sancho, ni en justo ni en creyente, que el rostro de la Dolorida es el del mayordomo; pero no por eso el mayordomo es la Dolorida, que á serlo implicaria contradiccion muy grande, y no es tiempo ahora de hacer estas averiguaciones, que seria entrarnos en intrincados laberintos. Créeme, amigo, que es menester rogar á nuestro señor muy de veras que nos libre á los dos de malos hechiceros y de malos encantadores. No es burla, señor, replicó Sancho, sino que denantes le oí hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifáldi me sonaba en los oidos. Ahora bien, yo callaré; pero no dejaré de andar advertido de aquí adelante á ver si descubre otra señal que confirme ó desfaga mi sospecha. Así lo has de hacer, Sancho, dijo D. Quijote, y darásme aviso de todo lo que en este caso descubrieres, y en todo aquello que en el gobierno te sucediere. Salió en fin Sancho acompañado de mucha gente, vestido á lo letrado, encima un gaban muy ancho de camelote de aguas leonado, con una montera de lo mismo, sobre un macho á la gineta, y detrás dél, por órden del duque, iba el rúcio, con jaeces y ornamentos jumentiles de seda y flamantes. Volvia Sancho la cabeza de cuando en cuando á mirar á su asno, con cuya compañía iba tan contento, que no se trocára con el emperador de Alemaña. Al despedirse de los duques, les besó las manos, y tomó la bendicion de su señor, que se la dió con lágrimas, y Sancho la recibió con pucheritos. Deja, lector amable, ir en paz y enhorabuena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber como se portó en su cargo; y en tanto atiende á saber lo que le pasó á su amo aquella noche, que si con ello no rieres, por lo menos desplegarás los lábios con risa de gimia, porque los sucesos de D. Quijote ó se han de celebrar con admiracion ó con risa.

Cuéntase pues, que apenas se hubo partido Sancho, cuando Don

Quijote sintió su soledad, y si le fuera posible revocarle la comision y quitarle el gobierno, lo hiciera. Conoció la duquesa su melancolía, y preguntóle que de qué estaba triste, que si era por la ausencia de Sancho, que escuderos, dueñas y doncellas habia en su casa, que le servirian muy á satisfaccion de su deseo. Verdad es, señora mia, respondió D. Quijote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es esa la causa principal que me hace parecer que estoy triste; y de los muchos ofrecimientos que vuestra excelencia me hace, solamente acepto y escojo el de la voluntad con que se me hacen, y en lo demás suplico á vuestra excelencia que dentro de mi aposento consienta y permita que yo solo sea el que me sirva. En verdad, dijo la duquesa, señor D. Quijote, que no ha de ser así, que le han de servir cuatro doncellas de las mias, hermosas como unas flores. Para mí, respondió D. Quijote, no serán ellas como flores, sino como espinas, que me puncen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra grandeza quiere llevar adelante el hacerme merced sin yo merecerla, déjeme que yo me las haya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro, que yo ponga una muralla en medio de mis deseos y de mi honestidad; y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra alteza quiere mostrar conmigo; y en resolucion, ántes duermiré vestido, que consentir que nadie me desnude. No más, no más, señor D. Quijote, replicó la duquesa: por mí digo que daré órden que ni áun una mosca entre en su estáncia, no que una doncella: no soy yo persona que por mí se ha de descabalar la decencia del señor D. Quijote, que segun se me ha traslucido, la que más campea entre sus muchas virtudes es la de la honestidad. Desnúdese v. m. y vístase á sus solas y á su modo, como y cuando quisiere, que no habrá quien lo impida, pues dentro de su aposento hallará los vasos necesarios al menester del que duerme á puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue á que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre extendido por toda la redondez de la tierra, pues mereció ser amada de tan valiente y tan honesto caballero, y los benignos cielos infundan en el corazon de Sancho Panza nuestro gobernador deseo de acabar presto sus disciplinas, para que vuelva á gozar el mundo de la belleza de tan gran señora. Á lo cual dijo D. Quijote: vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de las buenas señoras no ha de haber ninguna que sea mala: y más venturosa y más conocida será en el mundo Dulcinea por haberla alabado vuestra grandeza que por todas las alabanzas que puedan darle los más elocuentes de la tierra. Ahora bien, señor D. Quijote, replicó la duquesa, la hora de cenar se llega, y el duque debe de esperar: venga v. m., y cenemos y acostaráse temprano,

que el viaje que ayer hizo de Candaya no fué tan corto que no haya causado algun molimiento. No siento ninguno, señora, respondió Don Quijote, porque osaré jurar á vuestra excelencia que en mi vida hé subido sobre bestia más reposada ni de mejor paso que Clavileño, y no sé yo qué le pudo mover á Malambruno para deshacerse de tan ligera y tan gentíl cabalgadura, y abrasarla así sin más ni más. Á eso se puede imaginar, respondió la duquesa, que arrepentido del mal que habia hecho á la Trifáldi y compañia y á otras personas, y de las maldades que como hechicero y encantador debia de haber cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio, y como á principal y que más desasosegado le traia, vagando de tierra en tierra, abrasó á Clavileño, con cuyas abrasadas cenizas y con el trofeo del cartel queda eterno el valor del gran D. Quijote de la Mancha. De nuevo nuevas grácias dió D. Quijote á la duquesa, y en cenando se retiró á su aposento solo, sin consentir que nadie entrase con él á servirle: tanto se temia de encontrar ocasiones que le moviesen ó forzasen á perder el honesto decoro que á su señora Dulcinea guardaba, siempre puesta en la imaginacion la bondad de Amadís, flor y espejo de los andantes caballeros. Cerró tras sí la puerta, y á la luz de dos velas de cera se desnudó, y al descalzarse ¡oh desgrácia indigna de tal persona! se le soltaron, no suspiros ni otra cosa que desacreditase la limpieza de su policia [1], sino hasta dos docenas de puntos de una media, que quedó hecha celosía. Afligióse en extremo el buén señor, y diera él por tener allí un adarme de seda verde, una onza de plata: digo seda verde porque las medias eran verdes.

Aquí exclamó Ben-Engeli, y escribiendo dijo: ¡oh pobreza, pobreza! ¿por qué quieres estrellarte con los hidalgos y bien nacidos más que con la otra gente? ¿por qué los obligas á dar pantália [2] á los zapatos, y á que los botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cerdas, y otros de vidrio? ¿por qué sus cuellos por la mayor parte han de ser siempre escarolados y no abiertos con molde? (y en esto se echará de ver que es antíguo el uso del almidon y de los cuellos abiertos) y prosiguió: miserable del bien nacido que va dando pistos [3] á su honra, comiendo mal y á puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale á la calle, despues de no haber comido cosa que le obligue á limpiárselos: miserable de aquel, digo, que tiene la honra espantadiza, y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del zapato, el trasudor del sombrero, la hilaza del herreruelo, y la hambre de su estómago. Todo esto se le renovó á D. Quijote en la soltura de

1 Cultura, buena educacion. 2 Quizá sea lo que se llama hoy dar lustre al calzado. 3 Esto es, alimentándola escasamente ó como se alimenta al enfermo, á quien se da caldo ú otra sustancia líquida con un pistero y en muy cortas porciones.

sus puntos; pero consolóse con ver que Sancho le habia dejado unas botas de camino, que pensó ponerse otro dia. Finalmente él se recostó pensativo y pesaroso, así de la falta que Sancho le hacía, como de la irreparable desgrácia de sus medias, á quien tomára los puntos aunque fuera con seda de otro color, que es una de las mayores señales de miseria que un hidalgo puede dar en el discurso de su prolija estrecheza. Mató las velas, hacía calor, y no podia dormir: levantóse del lecho, y abrió un poco la ventana de una reja, que daba sobre un hermoso jardin, y al abrirla sintió y oyó que andaba y hablaba gente en el jardin: púsose á escuchar atentamente, levantaron la voz los de abajo, tanto que pudo oir estas razones. No me porfies, oh Emerencia, que cante, pues sabes que desde el punto que este forastero entró en este castillo, y mis ojos le miraron, yo no sé cantar, sino llorar, cuanto más que el sueño de mi señora tiene más de ligero que de pesado, y no querria que nos hallase aquí por todo el oro del mundo: y puesto caso que durmiese y no despertase, en vano seria mi canto si duerme y no despierta para oirle este nuevo Eneas, que ha llegado á mis regiones para dejarme escarnida [4]. No des en eso, Altisidora amiga, respondieron, que sin duda la duquesa y cuantos hay en esta casa duermen, sino es el señor de tu corazon y el despertador de tu alma, porque ahora sentí que abria la ventana de la reja de su estáncia, y sin duda debe de estar despierto: canta, lastimada mia, en tono bajo y suave, al son de tu arpa, y cuando la duquesa nos sienta le echaremos la culpa al calor que hace. No está en eso el punto, oh Emerencia, respondió Altisidora, sino en que no querria que mi canto descubriese mi corazon, y fuese juzgada de los que no tienen noticia de las fuerzas poderosas de amor por doncella antojadiza y liviana; pero venga lo que viniere, que más vale vergüenza en cara, que mancilla en corazon; y en esto comenzó á tocar una arpa suavísimamente. Oyendo lo cual quedó D. Quijote pasmado, porque en aquel instante se le vinieron á la memoria las infinitas aventuras, semejantes á aquella de ventanas, rejas, jardines, músicas, requiebros y desvanecimientos que en los sus desvanecidos libros de caballerías habia leido. Luego imaginó que alguna doncella de la duquesa estaba dél enamorada, y que la honestidad la forzaba á tener secreta su voluntad. Temió no le rindiese, y propuso en su pensamiento el no dejarse vencer; y encomendándose de todo buén ánimo y buén talante á su señora Dulcinea del Toboso, determinó de escuchar la música, y para dar á entender que allí estaba, dió un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las doncellas, que otra cosa no deseaban sino que D. Quijote las oyese. Recor-

4 Escarnecida, despreciada.

rida, pues, y afinada la arpa, Altisidora dió principio á este romance:

Oh tú que estás en tu lecho
entre sábanas de Holanda,
durmiendo á pierna tendida
de la noche á la mañana;

Caballero el más valiente
que ha producido la Mancha,
más honesto y más bendito
que el oro fino de Arábia:

Oye á una triste doncella,
bien crecida y mal lograda,
que en la luz de tus dos soles
se siente abrasar el alma.

Tú buscas tus aventuras,
y ajenas desdichas hallas;
das las feridas, y niegas
el remedio de sanarlas.

Dime, valeroso jóven,
que Dios prospere tus ánsias,
¿si te criaste en la Líbia,
ó en las montañas de Jaca?

¿Si sierpes te dieron leche?
¿Si á dicha fueron tus amas
la aspereza de las selvas
y el horror de las montañas?

Muy bien puede Dulcinea,
doncella rolliza y sana,
preciarse de que ha rendido
á una tigre y fiera brava.

Por esto será famosa
desde Henáres á Jarama,
desde el Tajo á Manzanares,
desde Pisuerga hasta Arlanza.

¡O quién se viera en tus brazos,
ó sinó junto á tu cama,
rascándote la cabeza
y matándote la caspa!

Mucho pido y no soy digna
de merced tan señalada:
los pies quisiera traerte,
que á una humilde esto le basta.

¡Oh qué de cófias te diera,
qué de escarpines de plata,
qué de calzas de damasco,
qué de herreruelos de holanda!

No mires de tu Tarpeya
este incendio que me abrasa,
Neron manchego del mundo,
ni le avives con tu saña.

Niña soy, pulcela[5] *tierna,*
mi edad de quince no pasa,
catorce tengo y tres meses,
te juro en Dios y en mi ánima.

No soy renca ni soy coja,
ni tengo nada de manca,
los cabellos como lirios,
que en pié por el suelo arrastran.

Y aunque es mi boca aguileña,
y la nariz algo chata,
ser mis dientes de topácios,
mi belleza al cielo ensalza.

Mi voz ya ves, si me escuchas,
que á la que es más dulce iguala;
y soy de disposicion
algo ménos que mediana.

5 Doncellita.

Estas y otras grácias mias
son despojos de tu aljaba:
desta casa soy doncella,
y Altisidora me llaman.

Aquí dió fin el canto de la mal ferida Altisidora, y comenzó el asombro del requerido D. Quijote, el cual dando un gran suspiro dijo entre sí: ¡que tengo de ser tan desdichado andante, que no há de haber doncella que me mire, que de mí no se enamore! ¡que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dejar á solas gozar de la incomparable firmeza mia! ¿qué la quereis, reinas? ¿á qué la perseguis, emperatrices? ¿para qué la acosais, doncellas de á catorce á quince años? Dejad, dejad á la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi corazon, y entregarle mi alma: mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demás soy de pedernal, para ella soy miel, y para vosotras acibar: para mí sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida; y las demás las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje: para ser yo suyo, y no de otra alguna, me arrojó la naturaleza al mundo: llore ó cante Altisidora, desespérese Madama, por quien me aporrearon en el castillo del moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea cocido ó asado, limpio, bien criado y honesto, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra: y con esto cerró de golpe la ventana, y despechado y pesaroso, como si le hubiera acontecido alguna desgrácia, se acostó en su lecho, donde le dejaremos por ahora, porque nos está llamando el gran Sancho Panza, quien quiere dar principio á su famoso gobierno.

CAPITULO XXXVI.

De como el gran Sancho Panza tomó la posesion de su insula, y del modo que comenzó á gobernar.

¡Oh perpétuo descubridor de los antípodas, hacha del mundo, ojo del cielo, menéo dulce de las cantímploras! Timbrio aquí, Febo allí, tirador acá, médico acullá, padre de la poesía, inventor de la música, tú que siempre sales, y aunque lo parece, nunca te pones [1]: á tí digo, oh sol, con cuya ayuda el hombre engendra al hombre; á tí digo que me favorezcas y alumbres la escuridad de mi ingenio, para que pue-

1 Nunca te ocultas.

da discurrir por sus puntos en la narracion del gobierno del gran Sancho Panza, que sin tí yo me siento tibio, desmazalado y confuso. Digo pues que con todo su acompañamiento llegó Sancho á un lugar de hasta mil vecinos, que era de los mejores que el duque tenia. Diéronle á entender que se llamaba la ínsula Baratária, ó ya porque el lugar se llamaba Baratario, ó ya por el barato con que se le habia dado el gobierno. Al llegar á las puertas de la villa, que era cercada, salió el regimiento del pueblo á recebirle: tocaron las campanas, y todos los vecinos dieron muestras de general alegría, le llevaron con mucha pompa á la iglesia mayor á dar grácias á Dios, luego con algunas ridículas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo, y le admitieron por perpétuo gobernador de la ínsula Baratária. El traje, las barbas, la gordura y pequeñez del nuevo gobernador tenia admirada á toda la gente que el busílis del cuento no sabía, y áun á todos los que lo sabian, que eran muchos. Finalmente, en sacándole de la iglesia le llevaron á la silla del juzgado, y le sentaron en ella, y el mayordomo del duque le dijo: es costumbre antígua en esta ínsula, señor gobernador, que el que viene á tomar posesion della está obligado á responder á una pregunta que se le hiciere, que sea algo intricada y dificultosa, de cuya respuesta el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo gobernador, y así, ó se alegra, ó se entristece con su venida. En tanto que el mayordomo decia esto á Sancho, estaba él mirando unas grandes letras que en la pared frontera de su silla estaban escritas, y como él no sabia leer, preguntó que qué eran aquellas pinturas que en aquella pared estaban. Fuéle respondido: señor, allí está escrito y notado el dia en que v. s. tomó posesion desta ínsula, y dice el epitáfio: hoy dia á tantos de tal mes y de tal año, tomó la posesion desta ínsula el Sr. D. Sancho Panza, que muchos años la goce. ¿Y á quién llaman D. Sancho Panza? preguntó Sancho. Á v. s., respondió el mayordomo, que en esta ínsula no há entrado otro Panza sino el que está sentado en esa silla. Pues advertid, hermano, dijo Sancho, que yo no tengo don, ni en todo mi linaje le há habido: Sancho Panza me llaman á secas, Sancho se llamó mi padre, Sancho mi agüelo, y todos fueron Panzas sin añadiduras de dones ni donas, y yo imagino que en esta ínsula debe de haber más dones que piedras; pero basta, Dios me entiende, y podrá ser que si el gobierno me dura cuatro dias yo escarde estos dones, que por la muchedumbre deben de enfadar como los mosquitos. Pase adelante con su pregunta el señor mayordomo, que yo responderé lo mejor que supiere, ora se entristezca ó no se entristeza el pueblo.

Á este instante entraron en el juzgado dos hombres, el uno vestido de labrador, y el otro de sastre, porque traia unas tijeras en la mano,

y el sastre dijo: señor gobernador, yo y este hombre labrador venimos ante v. m. en razon que este buen hombre llegó á mi tienda ayer, que yo con perdon de los presentes soy sastre examinado, que Dios sea bendito, y poniéndome un pedazo de paño en las manos me preguntó: señor, ¿habria en este paño harto para hacerme una caperuza? Yo tanteando el paño le respondí que sí: él debióse de imaginar, á lo que yo imagino, é imaginé bien, que sin duda yo le queria hurtar alguna parte del paño, fundándose en su malicia y en la mala opinion de los sastres, y replicóme que mirase si habria para dos: adivinéle el pensamiento, y díjele que sí; y él, caballero en su dañada y primera intencion[2], fué añadiendo caperuzas, y yo añadiendo síes, hasta que llegamos á cinco caperuzas; y ahora en este punto acaba de venir por ellas, yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura, ántes me pide que le pague, ó vuelva su paño. ¿Es todo esto así, hermano? preguntó Sancho. Si señor, respondió el hombre; pero hágale v. m. que muestre las cinco caperuzas que me há hecho. De buena gana, respondió el sastre, y sacando éncontinente la mano debajo del herreruelo, mostró en ella cinco caperuzas puestas en las cinco cabezas de los dedos de la mano, y dijo: hé aquí las cinco caperuzas que este buen hombre me pide, y en Dios y mi conciencia que no me há quedado nada del paño, y yo daré la obra á vista de veedores del oficio. Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperuzas y del nuevo pleito. Sancho se puso á considerar un poco, y dijo: paréceme que en este pleito no há de haber largas dilaciones, sino juzgar luego á juicio de buen varon, y así yo doy por sentencia, que el sastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven á los presos de la cárcel, y no haya más.

Luego se presentaron ante él dos hombres ancianos: el uno traia una cañaheja por báculo, y él sin báculo dijo: señor, á este buen hombre le presté dias há diez escudos de oro en oro por hacerle placer y buena obra, con condicion que me los volviese cuando los pidiese: pasáronse muchos dias sin pedírselos por no ponerle en mayor necesidad de volvérmelos que la que él tenia cuando yo se los presté; pero por parecerme que se descuidaba en la paga, se los hé pedido una y muchas veces, y no solamente no me los vuelve, pero me los niega, y dice que nunca tales diez escudos le presté, y que si se los presté, que ya me los há vuelto; yo no tengo testigos ni del prestado ni de la vuelta, porque no me los há vuelto; querria que v. m. le tomase juramento: y si juráre que me los há vuelto, yo se los perdono para aquí y para adelante de Dios. ¿Qué decis vos á esto, buen viejo del báculo? dijo Sancho. Á lo que dijo

2 Esto es, asido el labrador y montado, por decirlo así, en su mala intencion, de que no le podia apear el sastre.

el viejo: yo, señor, confieso que me los prestó; y baje v. m. ésa vara, y pues él lo deja en mi juramento, yo juraré como se los hé vuelto y pagado real y verdaderamente. Bajó el gobernador la vara, y en tanto el viejo del báculo dió el báculo al otro viejo que se le tuviese en tanto que juraba, como si le embarazára mucho, y luego puso la mano en la cruz de la vara, diciendo que era verdad que se le habian prestado aquellos diez escudos que se le pedian; pero que él se los habia vuelto de su mano á la suya, y que por no caer en ello se los volvia á pedir por momentos. Viendo lo cual el gran gobernador preguntó al acreedor qué respondia á lo que decia su contrario, y dijo que sin duda alguna su deudor debia de decir verdad, porque le tenia por hombre de bien y buen cristiano, y que á él se le debia de haber olvidado el cómo y cuándo se los habia vuelto, y que desde allí en adelante jamás le pediria nada. Tornó á tomar su báculo el deudor, y bajando la cabeza se salió del juzgado. Visto lo cual por Sancho, y que sin más ni más se iba, y viendo tambien la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho, y poniéndose el índice de la mano derecha sobre las cejas y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza y mandó que le llamasen al viejo del báculo, que ya se habia ido. Trujéronsele, y en viéndole Sancho le dijo: dadme, buen hombre, ese báculo, que le hé menester. De muy buena gana, respondió el viejo; héle aquí, señor; y púsosele en la mano; tomóle Sancho, y dándoselo al otro viejo, le dijo: andad con Dios, que ya vais pagado. ¿Yo, señor? respondió el viejo; ¿pues vale esta cañaheja diez escudos de oro? Sí, dijo el gobernador; ó sinó, yo soy el mayor porro del mundo; y ahora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un reino, y mandó que allí delante de todos se rompiese y abriese la caña. Hízose así, y en el corazon della hallaron diez escudos en oro. Quedaron todos admirados, y tuvieron á su gobernador por un nuevo Salomon. Preguntáronle de dónde habia colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos, y respondió que de haber visto dar el viejo que juraba á su contrario aquel báculo en tanto que hacia el juramento, y jurar que se los habia dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornó á pedir el báculo, le vino á la imaginacion que dentro dél estaba la paga de lo que pedia: de donde se podia colegir que á los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios; y más que él habia oido contar otro caso como aquel al cura de su lugar, y que él tenia tan gran memoria, que á no olvidársele todo aquello de que queria acordarse, no hubiera tal memoria en toda la ínsula. Finalmente, el un viejo corrido y el otro pagado se fueron, y los presentes quedaron admirados, y el que escribia las palabras, hechos y movimientos de Sancho no acababa de determinarse si le tendria y pondria por tonto ó por discreto.

Luego acabado este pleito entró en el juzgado una mujer, asida fuertemente de un hombre vestido de ganadero rico, la cual venia dando grandes voces, diciendo: justicia, señor gobernador, justicia, y si no la hallo en la tierra, la iré á buscar al cielo. Señor gobernador de mi ánima, este mal hombre me há cogido en la mitad dese campo, y se há aprovechado de mi cuerpo como si fuera trapo mal lavado, y ¡desdichada de mí! me há llevado lo que yo tenia guardado más de veinte y tres años há, defendiéndolo de moros y cristianos, de naturales y extranjeros, y yo siempre dura como un alcornoque, conservándome entera como la salamanquesa en el fuego ó como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias á manosearme. Áun eso está por averiguar, si tiene ó no limpias las manos este galan, dijo Sancho; y volviéndose al hombre le dijo: ¿qué decia y respondia á la querella de aquella mujer? El cual, todo turbado, respondió: señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salia deste lugar de vender (con perdon sea dicho) cuatro puercos, que me llevaron de alcabalas y socaliñas poco ménos de lo que ellos valian; volvíame á mi aldea, topé en el camino á esta buena dueña, y el diablo, que todo lo añasca y todo lo cuece, hizo que yogásemos juntos; paguéle lo soficiente, y ella mal contenta asió de mí, y no me há dejado hasta traerme á este puesto; dice que la forcé, y miente para el juramento que hago ó pienso hacer; y esta es toda la verdad sin faltar meaja. Entonces el gobernador le preguntó si traia consigo algun dinero en plata: él dijo que hasta veinte ducados tenia en el seno en una bolsa de cuero. Mandó que la sacase y se la entregase así como estaba á la querellante: él lo hizo temblando; tomóla la mujer, y haciendo mil zalemas á todos, y rogando á Dios por la vida y salud del señor gobernador, que así miraba por las huérfanas menesterosas y doncellas, se salió del juzgado llevando la bolsa asida con entrambas manos, aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro. Apénas salió, cuando Sancho dijo al ganadero, al que ya le saltaban las lágrimas, y los ojos y el corazon se iban tras su bolsa: buen hombre, id tras aquella mujer, y quitadle la bolsa aunque no quiera, y volved aquí con ella: y no lo dijo á tonto ni á sordo, porque luego partió como un rayo, y fué á lo que se le mandaba. Todos los presentes estaban suspensos, esperando el fin de aquel pleito, y de allí á poco volvieron el hombre y la mujer más asidos y aferrados que la vez primera: ella la saya levantada, y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitársela: mas no era posible, segun la mujer la defendia, la cual daba voces diciendo: justicia de Dios y del mundo: mire v. m., señor gobernador, la poca vergüenza y el poco temor deste desalmado, que en mitad de poblado y en mitad de la calle me há querido quitar la bol-

sa que v. m. mandó darme. ¿Y háosla quitado? preguntó el gobernador. ¿Cómo quitar? respondió la mujer; ántes me dejára yo quitar la vida que me quiten la bolsa: bonita es la niña, otros gatos me han de echar á las barbas, que no este desventurado y asqueroso: tenazas y martillos, mazos y escoplos no serán bastantes á sacármela de las uñas, ni áun garras de leones, antes el ánima de en mitad en mitad de las carnes. Ella tiene razon, dijo el hombre, y yo me doy por rendido y sin fuerzas, y confieso que las mias no son bastantes para quitársela; y dejóla. Entonces el gobernador dijo á la mujer: mostrad, honrada y valiente, esa bolsa; ella se la dió luego, y el gobernador se la volvió al hombre, y dijo á la esforzada y no forzada: hermana mia, si el mismo aliento y valor que habeis mostrado para defender esta bolsa, le mostráredes, y áun la mitad ménos, para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza; andad con Dios y mucho de enhoramala, y no pareis en toda esta ínsula ni en seis leguas á la redonda, so pena de doscientos azotes; andad luego digo, churrillera [3], desvergonzada y embaidora. Espantóse la mujer, y fuése cabizbaja y mal contenta, y el gobernador dijo al hombre: buen hombre, andad con Dios á vuestro lugar con vuestro dinero, y de aquí adelante sinó le quereis perder, procurad que no os venga en voluntad de yogar con nadie. El hombre le dió las gracias lo peor que supo, y fuése, y los circunstantes quedaron admirados de nuevo de los juicios y sentencias de su nuevo gobernador. Todo lo cual notado de su coronista, fué luego escrito al duque, que con gran deseo lo estaba esperando: y quédese aquí el buen Sancho, que es mucha la priesa que nos dá su amo alborotado con la música de Altisidora.

CAPITULO XXXVII.

Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió D. Quijote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.

Dejamos al gran D. Quijote envuelto en los pensamientos que le habia causado la música de la enamorada doncella Altisidora. Acostóse con ellos, y como si fueran pulgas, no le dejaron dormir ni sosegar un punto, y juntábansele los que le faltaban de sus medias, pero como es ligero el tiempo, y no hay barranco que le detenga, corrió caballero en las horas, y con mucha presteza llegó la de la mañana. Lo cual visto por D. Quijote, dejó las blandas plumas, y no nada perezoso se vistió su acamuzado vestido, y se calzó sus botas de camino por encubrir la

[3] Habladora.

desgrácia de sus medias. Arrojóse encima su manton de escarlata, y púsose en la cabeza una montera de terciopelo verde, guarnecida de pasamanos de plata, colgó el tahalí de sus hombros con su buena y tajadora espada, asió un gran rosario que consigo contino traia, y con gran prosopopeya y contonéo salió á la antesala, donde el duque y la duquesa estaban ya vestidos y como esperándole, y al pasar por una galeria estaban aposta esperándole Altisidora y la otra doncella su amiga, y así como Altisidora vió á D. Quijote, fingió desmayarse, y su amiga la recogió en sus faldas, y con gran presteza la iba á desabrochar el pecho. D. Quijote que lo vió, llegándose á ellas dijo: ya sé yo de qué proceden estos accidentes. No sé yo de qué, respondió la amiga, porque Altisidora es la doncella más sana de toda esta casa, y yo nunca la he sentido un ay en cuanto há que la conozco: que mal hayan cuantos caballeros andantes hay en el mundo, si es que todos son desagradecidos: váyase v. m., Sr. D. Quijote, que no volverá en sí esta pobre niña en tanto que v. m. aquí estuviere. Á lo que respondió D. Quijote: haga v. m., señora, que se me ponga un láud esta noche en mi aposento, que yo consolaré lo mejor que pudiere á esta lastimada doncella, que en los principios amorosos los desengaños prestos suelen ser remedios calificados; y con esto se fué porque no fuese notado de los que allí le viesen. No se hubo bien apartado, cuando volviendo en sí la desmayada Altisidora, dijo á su compañera: menester será que se le ponga el láud, que sin duda D. Quijote quiere darnos música, y no será mala siendo suya. Fuéron luego á dar cuenta á la duquesa de lo que pasaba y del láud que pedia D. Quijote, y ella alegre sobre modo concertó con el duque y con sus doncellas de hacerle una burla que fuese más risueña que dañosa, y con mucho contento esperaban la noche, que se vino tan apriesa como se habia venido el dia, el cual pasaron los duques en sabrosas pláticas con D. Quijote. Llegadas las once horas de la noche, halló D. Quijote una vihuela en su aposento: templóla, abrió la reja, sintió que andaba gente en el jardin, y habiendo recorrido los trastes de la vihuela, y afinándola lo mejor que supo, escupió, remondóse el pecho, y luego con una voz ronquilla, aunque entonada, cantó el siguiente romance, que aquel mismo dia habia compuesto.

Suelen las fuerzas de amor
sacar de quicio á las almas,
tomando por instrumento
la ociosidad descuidada.

Suele el coser y el labrar,
y el estar siempre ocupada,

ser antídoto al veneno
de las amorosas ansias.

De doncellas recogidas,
que aspiran á ser casadas,
la honestidad es la dote,
y su mayor alabanza.

Los andantes caballeros,
y los que en la córte andan,
requiébranse con las libres,
con las honestas se casan.

Hay amores de levante,
que entre huéspedes se tratan,
que llegan presto al poniente,
porque en el partir se acaban.

El amor recien venido,
que hoy llegó, y se va mañana,
las imágenes no deja
bien impresas en el alma.

Pintura sobre pintura,
ni se muestra, ni señala,
y do hay primera belleza,
la segunda no hace baza.

Dulcinea del Toboso
del alma en la tabla rasa
tengo pintada de modo,
que es imposible borrarla.

Aquí llegaba D. Quijote de su canto, á quien estaban escuchando el duque y la duquesa, Altisidora y casi toda la gente del castillo, cuando de improviso desde un corredor, que sobre la reja de D. Quijote á plomo caia, descolgaron un cordel, donde venian más de cien cencerros asidos, y luego tras ellos derramaron un gran saco de gatos, que asimismo traian cencerros menores atados á las colas. Fué tan grande el ruido de los cencerros y el mayar de los gatos, que aunque los duques habian sido inventores de la burla, todavía les sobresaltó, y temeroso D. Quijote quedó pasmado; y quiso la suerte que dos ó tres gatos se entraron

por la reja de su estancia, y dando de una parte á otra, parecia que una legion de diablos andaba en ella. Apagaron las velas que en el aposento ardian, y andaban buscando por dó escaparse. El descolgar y subir del cordel de los grandes cencerros no cesaba: la mayor parte de la gente del castillo, que no sabia la verdad del caso, estaba suspensa y admirada. Levantóse D. Quijote en pié, y poniendo mano á la espada, comenzó á tirar estocadas por la reja y á decir á grandes voces: afuera, malignos encantadores, afuera, canalla hechiceresca, que yo soy Don Quijote de la Mancha, contra quien no valen ni tienen fuerza vuestras malas intenciones: y volviéndose á los gatos que andaban por el aposento, les tiró muchas cuchilladas: ellos acudieron á la reja, y por allí se salieron, aunque uno, viéndose tan acosado de las cuchilladas de D. Quijote, le saltó al rostro, y le asió de las narices con las uñas y los dientes, por cuyo dolor D. Quijote comenzó á dar los mayores gritos que pudo. Oyendo lo cual el duque y la duquesa, y considerando lo que podia ser, con mucha presteza acudieron á su estancia, y abriendo con llave maestra hallaron al pobre caballero pugnando con todas sus fuerzas por arrancar el gato de su rostro. Entraron con luces, y vieron la desigual pelea: acudió el duque á despartirla, y D. Quijote dijo á voces: no me le quite nadie, déjenme mano á mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador, que yo le daré á entender de mí á él quien es D. Quijote de la Mancha. Pero el gato, no curándose destas amenazas, gruñia y apretaba. Mas en fin el duque se le desarraigó y le echó por la reja.

Quedó D. Quijote acribado el rostro, y no muy sanas las narices, aunque muy despechado porque no le habian dejado fenecer la batalla que tan trabada tenia con aquel malandrin encantador. Hicieron traer aceite de Aparicio [1], y la misma Altisidora con sus blanquísimas manos le puso unas vendas por todo lo herido, y al ponérselas con voz baja le dijo: todas estas malandanzas te suceden, empedernido caballero, por el pecado de tu dureza y pertinacia, y plega á Dios que se le olvide á Sancho tu escudero el azotarse, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tú la goces, ni llegues á tálamo con ella, á lo menos viviendo yo, que te adoro. A todo esto no respondió D. Quijote otra palabra, sino fué dar un profundo suspiro, y luego se tendió en su lecho, agradeciendo á los duques la merced, no porque él tenia temor de aquella canalla gatesca encantadora y cencerruna, sino porque habia conocido la buena intencion con que habian venido á socorrerle. Los duques le dejaron sosegar, y se fueron pesarosos del mal suceso de

1 Aceite de *hipérico*, bueno para curar las heridas frescas y guardarlas de corrupcion.

la burla; que no creyeron que tan pesada y costosa le saliera á D. Quijote aquella aventura, que le costó seis dias de encerramiento y de cama, donde le sucedió otra aventura mas gustosa que la pasada, la cual no quiere su historiador contar ahora por acudir á Sancho Panza, que andaba muy solícito y muy gracioso en su gobierno.

CAPITULO XXXVIII.

Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno.

Cuenta la historia que desde el juzgado llevaron á Sancho Panza á un suntuoso palacio, donde en una gran sala estaba puesta una real y limpísima mesa; y así como Sancho entró en la sala sonaron chirimías, y salieron cuatro pajes á darle aguamanos, que Sancho recibió con mucha gravedad. Cesó la música, sentóse Sancho á la cabecera de la mesa, porque no habia más de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Púsose á su lado en pié, un personaje, que despues mostró ser médico, con una varilla de ballena en la mano. Levantáron una riquísima y blanca tohalla, con que estaban cubiertas las frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecia estudiante echó la bendicion, y un paje puso un babador randado á Sancho; otro que hacia el oficio de maestresala llegó un plato de fruta delante; pero apenas hubo comido un bocado, cuando el de la varilla tocando con ella en el plato se le quitaron de delante con grandísima celeridad; pero el maestresala le llegó otro de otro manjar. Iba á probarle Sancho; pero antes que llegase á él, ni le gustase, ya la varilla habia tocado en él, y un paje alzádole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo cual por Sancho, quedó suspenso, y mirando á todos, preguntó si se habia de comer aquella comida como juego de Maesecoral [1] A lo cual respondió el de la vara: no se ha de comer, señor gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores. Yo, señor, soy médico, y estoy asalariado en esta ínsula para serlo de los gobernadores della, y miro por su salud mucho más que por la mia, estudiando de noche y de dia, y tanteando la complexion del gobernador, para acertar á curarle cuando cayere enfermo, y lo principal que hago es asistir á sus comidas y cenas, dejándole comer de lo que me parece que le conviene, y quitando lo que imagino que le ha de hacer daño y ser nocivo al estómago, y así mandé quitar el plato de la fruta por ser demasiadamente húmeda, y el plato del otro manjar tambien le mandé quitar por ser demasiadamente caliente, y tener muchas especias, que

1 Esto es, como juego de manos, que tambien se decia *juego de pasa pasa*.

acrecientan la sed; y el que mucho bebe, mata y consume el húmedo radical, donde consiste la vida. Desa manera aquel plato de pérdices que están allí asadas, y á mi parecer bien sazonadas, no me harán algun daño. Á lo que el médico respondió: esas no comerá el señor gobernador en tanto que yo tuviere vida. ¿Pues por qué? dijo Sancho. Y el médico respondió: porque nuestro maestro Hipócrates, norte y luz de la medicina, en un aforismo suyo dice: toda hartazga es mala, pero la de las perdices malísima. Si eso es así, dijo Sancho, vea el señor doctor de cuántos manjares hay en esta mesa, cual me hará más provecho y cual ménos daño, y déjeme comer dél, sin que me le apalee [2], porque por vida del gobernador, y así Dios me la deje gozar, que me muero de hambre, y el negarme la comida, aunque le pese al señor doctor, y él más me diga, ántes será quitarme la vida, que aumentármela. V. m. tiene razon, señor gobernador, respondió el médico, y así es mi parecer que v. m. no coma de aquellos conejos guisados que allí están, porque es manjar peliagudo: de aquella ternera, sinó fuera asada y en adobo, áun se pudiera probar, pero no hay para qué. Y Sancho dijo: aquel platonazo que está más adelante vahando, me parece que es olla podrida, que por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas hay, no podré dejar de topar con alguna que me sea de gusto y de provecho. *Absit* dijo el médico, vaya lejos de nosotros tan mal pensamiento: no hay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida; allá las ollas podridas para los canónigos, ó para los rectores de colegios, ó para las bodas labradorescas, y déjennos libres las mesas de los gobernadores, donde ha de asistir todo primor y toda atildadura: y la razon es, porque siempre y á dó quiera y de quien quiera son más estimadas las medicinas simples que las compuestas, porque en las simples no se puede errar, y en las compuestas sí, alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas: más lo que yo sé que ha de comer el señor gobernador ahora para conservar su salud y corroborarla, es un ciento de cañutillos de suplicaciones [3] y unas tajaditas sutiles de carne de membrillo, que le asienten el estómago y le ayuden á la digestion.

Oyendo esto Sancho, se arrimó sobre el espaldar de la silla, y miró de hito en hito al tal médico; y con voz grave le preguntó cómo se llamaba, y dónde habia estudiado. Á lo que él respondió: yo, señor gobernador, me llamo el doctor Pedro Récio de Agüero, y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera, que está entre Caracuel y Almodóbar del Campo á la mano derecha, y tengo el grado de doctor por la universidad de Osuna. Á lo que respondió Sancho todo encendido en cólera:

2 Sin que le toque con la varilla. 3 Las obleas, hechas en forma de cañutos, por ir muy plegadas, se llamaron *cañutillos y suplicaciones:* hoy se dice *barquillos.*

pues señor doctor Pedro Récio de mal agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está á la derecha mano como vamos de Caracuel á Almodóbar del Campo, graduado en Osuna, quíteseme luego de delante; sinó, voto al sol que tome un garrote, y que á garrotazos, comenzando por él, no me há de quedar médico en toda la ínsula, á lo ménos de aquellos que yo entienda que son ignorantes; que á los médicos sábios, prudentes y discretos los pondré sobre mi cabeza, y los honraré como á personas divinas: y vuelvo á decir que se me vaya Pedro Récio de aquí, sinó, tomaré esta silla donde estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeza; y pídanmelo en residéncia, que yo me descargaré con decir que hice servício á Dios en matar á un mal médico, verdugo de la república, y dénme de comer, ó sinó, tómense su gobierno, que oficio que no dá de comer á su dueño no vale dos habas. Alborotóse el doctor viendo tan colérico al gobernador, y quiso hacer tirteafuera de la sala[4], sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle, y asomándose el maestresala á la ventana, volvió diciendo: correo viene del duque mi señor, algun despacho debe de traer de importancia. Entró el correo sudando y asustado, y sacando un pliego del seno le puso en las manos del gobernador, y Sancho le puso en las del mayordomo, á quien mandó leyese el sobrescrito, que decia así. *Á D. Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, en su propia mano, ó en las de su secretario.* Oyendo lo cual Sancho, dijo: ¿quién es aquí mi secretario? y uno de los que presentes estaban, respondió: yo, señor, porque sé leer y escribir, y soy vizcaino. Con esa añadidura, dijo Sancho, bien podeis ser secretario del mismo emperador: abrid ese pliego, y mirad lo que dice. Hízolo así el recien nacido secretario, y habiendo leido lo que decia, dijo que era negocio para tratarle á solas. Mandó Sancho despejar la sala, y que no quedasen en ella sino el mayordomo y el maestresala, los demás y el médico se fueron; y luego el secretario leyó la carta que así decia:

Á mi noticia há llegado, Sr. D. Sancho Panza, que unos enemigos mios y desa ínsula la han de dar un asalto furioso, no sé qué noche: conviene velar y estar alerta, porque no le tomen desapercebido. Sé tambien por espías verdaderas, que han entrado en ese lugar cuatro personas disfrazadas para quitaros la vida, porque se temen de vuestro ingenio: abrid el ojo, y mirad quién lleg á hablaros, y no comais de cosa que os presentaren. Yo tendré cuidado de socorreros, si os viéredes en trabajo, y en todo hareis como se espera de vuestro entendimiento. Deste lugar á diez y seis de agosto, á las cuatro de la mañana.—Vuestro amigo el Duque.

Quedó atónito Sancho, y mostraron quedarlo asimismo los circunstan-

4 Quiso salirse de la sala.

tes, y volviéndose al mayordomo le dijo: lo que ahora se há de hacer, y há de ser luego, es meter en un calabozo al doctor Récio, porque si alguno me há de matar há de ser él, y de muerte adminícula y pésima, como es la de la hambre. Tambien, dijo el maestresala, me parece á mí que v. m. no coma de todo lo que está en esta mesa, porque lo han presentado unas monjas, y como suele decirse, tras de la cruz está el diablo. No lo niego, respondió Sancho, y por ahora dénme un pedazo de pan y obra de cuatro libras de uvas, que en ellas no podrá venir veneno, porque en efecto no puedo pasar sin comer: y si es que hemos de estar prontos para estas batallas que nos amenazan, menester será estar bien mantenidos, porque tripas llevan corazon, que no corazon tripas: y vos, secretario, responded al duque mi señor, y decidle que se cumplirá lo que manda como lo manda, sin faltar punto; y dareis de mi parte un besamanos á mi señora la duquesa, y que le suplico no se le olvide de enviar con un propio mi carta y mi lio á mi mujer Teresa Panza, que en ello recibiré mucha merced, y tendré cuidado de servirla con todo lo que mis fuerzas alcanzáren, y de camino podeis encajar un besamanos á mi señor D. Quijote de la Mancha, porque vea que soy pan agradecido: y vos como buén secretario y como buén vizcaino, podeis añadir todo lo que quisiéredes y más viniere á cuento: y álzense estos manteles, y dénme á mí de comer, que yo me avendré con cuantas espías, matadores y encantadores vinieren sobre mí y sobre mi ínsula.

En esto entró un paje, y dijo: aquí está un labrador negociante, que quiere hablar á v. s. en un negocio, segun él dice, de mucha importancia. Extraño caso es este, dijo Sancho, destos negociantes: ¿es posible que sean tan nécios que no echen de ver que semejantes horas como estas no son en las que han de venir á negociar? ¿Por ventura los que gobernamos, los que somos jueces, no somos hombres de carne y de hueso, y que es menester que nos dejen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra mármol? Por Dios y en mi conciencia, que si me dura el gobierno (que no durará segun se me trasluce) que yo ponga en pretina á más de un negociante. Agora decid á ese buén hombre que entre; pero adviértase primero no sea alguno de los espías ó matador mio. No señor, respondió el paje, porque parece un alma de cántaro, y yo sé poco ó él es tan buéno como el buén pan. No hay que temer, dijo el mayordomo, que aquí estamos todos. ¿Seria posible, dijo Sancho, maestresala, que agora que no está aquí el doctor Pedro Récio, que comiese yo alguna cosa de peso y de sustancia, aunque fuese un pedazo de pan y una cebolla? Esta noche á la cena se satisfará la falta de la comida, y quedará v. s. satisfecho y pagado, dijo el maestresala. Dios lo haga, respondió San-

cho; y en esto entró el labrador, que era de muy buena presencia y de mil leguas se le echaba de ver que era buéno y buéna alma. Lo primero que dijo fué: ¿quién es aquí el señor gobernador? Quién há de ser, respondió el secretario, sino el que está sentado en la silla. Humíllome pues á su presencia, dijo el labrador, y poniéndose de rodillas, le pidió la mano para besársela. Negósela Sancho, y mandó que se levantase y dijese lo que quisiese. Hízolo así el labrador, y luego dijo: yo señor, soy labrador, natural de Miguel Turra, un lugar que está dos leguas de Ciudad Real. ¿Otro Tirteafuera tenemos? dijo Sancho: decid, hermano, que lo que yo os sé decir es que sé muy bien á Miguel Turra, y que no está muy lejos de mi pueblo. Es pues el caso, señor, prosiguió el labrador, que yo por la misericordia de Dios soy casado, en paz y en haz de la santa Iglesia católica romana: tengo dos hijos estudiantes, que el menor estudia para bachiller, y el mayor para licenciado: soy viudo, porque se murió mi mujer, ó por mejor decir me la mató un mal médico, que la purgó estando preñada, y si Dios fuera servido que saliera á luz el parto, y fuera hijo, yo le pusiera á estudiar para doctor, porque no tuviera envidia á sus hermanos el bachiller y el licenciado. De modo, dijo Sancho, que si vuestra mujer no se hubiera muerto ó la hubieran muerto, vos no fuérades agora viudo. No señor, en ninguna manera, respondió el labrador. Medrados estamos, replicó Sancho: adelante, hermano, que es hora de dormir, más que de negociar. Digo pues, dijo el labrador, que este mi hijo que há de ser bachiller, se enamoró en el mesmo pueblo de una doncella, llamada Clara Perlerina, hija de Andrés Perlerino, labrador riquísimo: y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo ni otra alcúrnia, sino porque todos los deste linaje son perláticos, y por mejorar el nombre los llaman Perlerines; aunque si vá á decir la verdad, la doncella es como una perla oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo, por el izquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo, que se le saltó de viruelas: y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien que aquellos no son hoyos, sino sepulturas donde se sepultan las almas de sus amantes. Es tan límpia, que por no ensuciar la cará trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca, y con todo esto parece bien por extremo, porque tiene la boca grande, y á no faltarle diez ó doce dientes y muelas, pudiera pasar y echar raya entre las más bien formadas. De los lábios no tengo que decir, porque son tan sutiles y delicados, que si se usáran aspar lábios pudieran hacer dellos una madeja; pero como tienen diferente color de la que en los lábios se usa comunmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul, verde y aberengenado: y perdóneme el señor gobernador si por tan menudo

voy pintando las partes de la que al fin al fin há de ser mi hija, que la quiero bien, y no me parece mal.

Pintad lo que quisiéredes, dijo Sancho, que yo me voy recreando en la pintura: y si hubiera comido, no hubiera mejor postre para mí que vuestro retrato. Eso tengo yo por servir, respondió el labrador; pero tiempo vendrá en que seamos, si ahora no somos; y digo, señor, que si pudiera pintar su gentileza y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiracion; pero no puede ser, á causa de que ella está agobiada y encogida, y tiene las rodillas con la boca, y con todo eso se echa bien de ver que si se pudiera levantar diera con la cabeza en el techo, y ya ella hubiera dado la mano de esposa á mi bachiller, sino que no la puede extender, que está añudada, y con todo, en las uñas largas y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura. Está bien, dijo Sancho, y haced cuenta, hermano, que ya la habeis pintado de los piés á la cabeza; ¿qué es lo que quereis ahora? y venid al punto sin rodeos ni callejuelas, ni retazos, ni añadiduras. Querria, señor, respondió el labrador, que v. m. me la hiciese de darme una carta de favor para mi consuegro, suplicándole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos desiguales en los bienes de fortuna ni en los de la naturaleza, porque para decir la verdad, señor gobernador, mi hijo es endemoniado, y no hay dia que tres ó cuatro veces no le atormenten los malignos espíritus, y de haber caido una vez en el fuego tiene el rostro arrugado como un pergamino, y los ojos algo llorosos y manantiales; pero tiene una condicion de un ángel, y sinó es que se aporrea y se dá de puñadas él mesmo á sí mesmo, fuera un bendito. ¿Quereis otra cosa, buén hombre? replicó Sancho. Otra cosa querria, dijo el labrador, sino que no me atrevo á decirlo; pero vaya, que en fin no se me há de podrir en el pecho, pegue ó no pegue. Digo, señor, que querria que v. m. me diese trecientos ó seiscientos ducados para ayuda de la dote de mi bachiller, digo, para ayuda de poner su casa, porque en fin han de vivir por sí, sin estar sujetos á las impertinéncias de los suegros. Mirad si quereis otra cosa, dijo Sancho, y no la dejeis de decir por empacho ni por vergüenza. No por cierto, respondió el labrador; y apénas dijo esto, cuando levantándose en pié el gobernador, asió de la silla en que estaba sentado y dijo: voto á tal, don patán, rústico y mal mirado, que sinó os apartais y ascondeis luego de mi preséncia, que con esta silla os rompa y abra la cabeza. Hídeperro, bellaco, pintor del mesmo demonio, ¿y á estas horas te vienes á pedirme seiscientos ducados? ¿y dónde los tengo yo, hediondo? ¿y por qué te los habia de dar aunque los tuviera, socarron y mentecato? ¿y qué se me dá á mí de Miguel Turra ni de todo el linaje de los Perlerines? Va de mí, digo, sinó por vida del duque mi señor que haga lo que tengo dicho. Tú no debes de ser de Miguel Tur-

ra, sino algun socarron que para tentarme há enviado aquí el infierno. Dime, desalmado, áun no há dia y medio que tengo el gobierno, ¿y ya quieres que tenga seiscientos ducados? Hizo de señas el maestresala al labrador que se saliese de la sala, el cual lo hizo cabizbajo y al parecer temeroso de que el gobernador no ejecutase su cólera, que el bellacon supo hacer muy bien su oficio. Pero dejemos con su cólera á Sancho, ándese la paz en el corro, y volvamos á D. Quijote, que le dejamos vendado el rostro y curado de las gatescas heridas, de las cuales no sanó en algunos dias.

CAPITULO XXXIX.

De lo que le sucedió á D. Quijote con Doña Rodriguez, la dueña de la duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna.

Además estaba mohino y melancólico el mal ferido D. Quijote, vendado el rostro y señalado, no por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato: desdichas anejas á la andante caballería. Seis dias estuvo sin salir en público, en una noche de los cuales, estando despierto y desvelado, pensando en sus desgracias y en el perseguimiento de Altisidora, sintió que con una llave abrian la puerta de su aposento, y luego imaginó que la enamorada doncella venia para sobresaltar su honestidad y ponerle en condicion de faltar á la fé que guardar debia á su señora Dulcinea del Toboso. No, dijo creyendo á su imaginacion (y esto con voz que pudiera ser oida), no há de ser parte la mayor hermosura de la tierra para que yo deje de adorar la que tengo grabada y estampada en la mitad de mi corazon y en lo más escondido de mis entrañas, ora estés, señora mia, trasformada en cebolluda labradora, ora en ninfa del dorado Tajo, tejiendo telas de oro y sirgo compuestas, ora te tenga Merlin ó Montesinos donde ellos quisieren, que adonde quiera eres mia, y á do quiera hé sido yo y hé de ser tuyo. El acabar estas razones y el abrir de la puerta fué todo uno. Púsose en pié sobre la cama, envuelto de arriba abajo en una colcha de raso amarillo, una galocha [1] en la cabeza, y el rostro y los bigotes vendados, el rostro por los aruños, los bigotes porque no se le desmayasen y cayesen: en el cual traje parecia la más extraordinaria fantasma que se pudiera pensar. Clavó los ojos en la puerta, y cuando esperaba ver entrar por ella á la rendida y lastimada Altisidora, vió entrar á una reverendísima dueña, con unas tocas blancas repulgadas y luengas, tanto que la cubrian y enmantaban desde los piés á la cabeza. Entre los dedos de la mano iz-

1 *Galocha* se llamaba el birrete, solideo, becoquin ó gorro con que se cubria la cabeza.

quierda traia una media vela encendida, y con la derecha se hacía sombra porque no la diese la luz en los ojos, á quien cubrian unos muy grandes anteojos: venia pisando quedito, y movia los piés blandamente. Miróla D. Quijote desde su atalaya, y cuando vió su adeliño [2] y notó su silencio, pensó que alguna bruja ó maga venia en aquel traje á hacer en él alguna mala fechuría, y comenzó á santiguarse con mucha priesa. Fuése llegando la vision, y cuando llegó á la mitad del aposento alzó los ojos y vió la priesa con que se estaba haciendo cruces D. Quijote; y si él quedó medroso al ver tal figura, ella quedó espantada en ver la suya, porque así como le vió tan alto y tan amarillo con la colcha y con las vendas que le desfiguraban, dió una gran voz diciendo: ¡Jesus! ¿qué es lo que veo? y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos, y viéndose á escuras volvió las espaldas para irse, y con el miedo tropezó en sus faldas y dió consigo una gran caida. D. Quijote temeroso comenzó á decir: conjúrote, fantasma, ó lo que eres, que me digas quién eres, y que me digas qué es lo que de mí quieres. Si eres alma en pena, dímelo, que yo haré por tí todo cuanto mis fuerzas alcanzáren, porque soy católico cristiano y amigo de hacer bien á todo el mundo, que para esto tomé la órden de la caballería andante que profeso, cuyo ejercicio áun hasta hacer bien á las ánimas del purgatorio se extiende. La brumada dueña, que oyó conjurarse, por su temor coligió el de D. Quijote, y con voz afligida y baja le respondió: Sr. D. Quijote (si es que acaso v. m. es D. Quijote), yo no soy fantasma ni vision, ni alma del purgatorio, como v. m. debe de haber pensado, sino Doña Rodriguez, la dueña de honor de mi señora la duquesa, que con una necesidad de aquellas que v. m. suele remediar, á v. m. vengo. Dígame, señora Doña Rodriguez, dijo D. Quijote; ¿por ventura viene v. m. á hacer alguna tercería? porque le hago saber que no soy de provecho para nadie: merced á la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo, en fin, señora Doña Rodriguez, que como v. m. salve y deje á una parte todo recado amoroso, puede volver á encender su vela, y vuelva, y departiremos de todo lo que mandáre y más en gusto le viniere, salvando, como digo, todo incitativo melindre. ¿Yo recado de nadie, señor mio? respondió la dueña; mal me conoce v. m.: sí, que áun no estoy en edad tan prolongada que me acoja á semejantes niñerías, pues Dios loado, mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes y muelas en la boca, amen de unos pocos que me han usurpado unos catarros, que en esta tierra de Aragon son tan ordinarios. Pero espéreme v. m. un poco, saldré á encender mi vela, y volveré en un instante á contarle mis cuitas, como á

2 Lo mismo que *aliño*.

remediador de todas las del mundo: y sin esperar respuesta se salió del aposento, donde quedó D. Quijote sosegado y pensativo esperándola. Luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura; y parecíale ser mal hecho y peor pensado ponerse en peligro de romper á su señora la fé prometida, y decíase á sí mismo: ¿quién sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme ahora con una dueña, lo que no ha podido con emperatrices, reinas, duquesas, marquesas ni condesas? que yo he oido decir muchas veces y á muchos discretos, que si él puede, ántes os la dará roma que aguileña; ¿y quién sabe si esta soledad, esta ocasion y este silencio despertará mis deseos, que duermen, y harán que al cabo de mis años venga á caer donde nunca he tropezado? y en casos semejantes mejor es huir que esperar la batalla. Pero yo no debo de estar en mi juicio, pues tales disparates digo y pienso, que no es posible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna [3] pueda mover ni levantar pensamiento lascivo en el más desalmado pecho del mundo: ¿por ventura hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes? ¿por ventura hay dueña en el órbe que deje de ser impertinente, fruncida [4] y melindrosa? afuera pues, caterva dueñesca, inútil para ningun humano regalo: ¡oh cuán bien hacía aquella señora, de quien se dice que tenia dos dueñas de bulto con sus antojos y almohadillas al cabo de su estrado, como que estaban labrando, y tanto le servian para la autoridad de la sala aquellas estátuas como las dueñas verdaderas! Y diciendo esto se arrojó del lecho, con intencion de cerrar la puerta y no dejar entrar á la señora Rodriguez; mas cuando la llegó á cerrar, ya la señora Rodriguez volvia, encendida una vela de cera blanca, y cuando ella vió á D. Quijote de más cerca, envuelto en la colcha, con las vendas, galocha ó becoquin temió de nuevo, y retirándose atrás como dos pasos, dijo: estamos seguras, señor caballero? porque no tengo á muy honesta señal haberse v. m. levantado de su lecho. Eso mismo es bien que yo pregunte, señora, respondió D. Quijote; y así pregunto, si estaré yo seguro de ser acometido y forzado. ¿De quién ó á quién pedís, señor caballero, esa seguridad? respondió la dueña. Á vos y de vos la pido, replicó D. Quijote, porque ni yo soy de mármol, ni vos de bronce, ni ahora son las diez del dia, sino media noche, y áun un poco más segun imagino. Pero, dadme, señora, la mano, que yo no quiero otra seguridad mayor que la de mi continencia y recato, y la que ofrecen esas reverendísimas tocas: y diciendo esto, besó su derecha mano, y la asió de la suya, que ella le dió con las mismas ceremonias.

Entróse en fin D. Quijote en su lecho, y quedóse Doña Rodri-

3 Que usaba anteojos. 4 Afectada, zalamera.

guez sentada en una silla algo desviada de la cama, no quitándose los anteojos ni la vela. D. Quijote se acorrucó y se cubrió todo, no dejando más del rostro descubierto: y habiéndose los dos sosegado, el primero que rompió el silencio fué D. Quijote, diciendo: puede v. m. ahora, mi señora Doña Rodriguez, descoserse y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuitado corazon y lastimadas entrañas, que será de mí escuchada con castos oidos, y socorrida con piadosas obras. Es, pues, el caso, Sr. D. Quijote, respondió la dueña, que aunque v. m. me vé sentada en esta silla, en la mitad del reino de Aragon, y en hábito de dueña aniquilada y asendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo, y de linaje por el que atraviesan muchos de los mejores de aquella provincia; pero mi corta suerte y el descuido de mis padres, que empobrecieron antes de tiempo, sin saber cómo ni cómo no, me trujeron á la córte de Madrid, donde por bien de paz y por excusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron á servir de doncella de labor á una principal señora. Mis padres me dejaron sirviendo y se volvieron á su tierra y de allí á pocos años se debieron de ir al cielo, porque eran además buenos y católicos cristianos. Quedé huérfana y atenida al miserable salario y á las angustiadas mercedes que á las tales criadas se suele dar en palacio, y en este tiempo, sin que diese yo ocasion á ello, se enamoró de mí un escudero de casa, hombre ya de dias, barbudo y apersonado y sobre todo hidalgo como el rey, porque era montañés. No tratamos tan secretamente nuestros amores, que no viniesen á noticia de mi señora, la cuál por excusar dimes y diretes nos casó en paz y haz de la santa madre Iglesia católica romana: de cuyo matrimonio nació una hija para rematar con mi ventura, si alguna tenia: no porque yo muriese del parto, que le tuve derecho y en sazon, sino porque desde allí á poco murió mi esposo de un cierto espanto que tuvo, que á tener ahora lugar para contarle, yo sé que v. m. se admirára: y en esto comenzó á llorar tiernamente, y dijo: ¡Válame Dios, y con qué autoridad llevaba á mi señora á las ancas de una poderosa mula negra como el mismo azabache! que entonces no se usaban coches ni sillas, como ahora dicen que se usan, y las señoras iban á las ancas de sus escuderos: esto á lo ménos no puedo dejar de contarlo, porque se note la crianza y puntualidad de mi buen marido. Al entrar en la calle de Santiago en Madrid, que es algo estrecha, venia á salir por ella un alcalde de córte, con dos alguaciles delante, y así como mi buen escudero le vió, volvió las riendas á la mula, dando señal de volver á acompañarle. Mi señora, que iba á las ancas, con voz baja le decia: ¿qué haceis, desventurado, no veis que voy aquí? El alcalde de comedido tuvo la rienda al caballo, y díjole: seguid, señor, vuestro camino, que yo soy el que debo acompañar á mi

señora Doña Casilda, que así era el nombre de mi ama. Todavía porfiaba mi marido, con la gorra en la mano, á querer ir acompañando al alcalde. Viendo lo cual mi señora, llena de cólera y enojo, sacó un alfiler gordo, y clavósele por los lomos, de manera que mi marido dió una gran voz y torció el cuerpo de suerte que dió con su señora en el suelo. Alborotóse la puerta de Guadalajara, digo la gente baldía que en ella estaba. Vínose á pié mi ama, y mi marido acudió á casa de un barbero, diciendo que llevaba pasadas de parte á parte las entrañas. Quedé yo viuda al poco tiempo y con hija á cuestas, que iba creciendo en hermosura como la espuma de la mar. Finalmente, como yo tuviese fama de gran labrandera, mi señora la duquesa, que estaba recien casada con el duque mi señor, quiso traerme consigo á este reino de Aragon, y á mi hija ni más ni ménos, adonde yendo dias y viniendo dias, creció mi hija y con ella todo el donaire del mundo: canta como una calandria, danza como el pensamiento, baila como una perdida, lee y escribe como un maestro de escuela, y cuenta como un avariento: de su limpieza no digo nada, que el agua que corre no es más limpia, y debe de tener ahora, si mal no me acuerdo, diez y seis años, cinco meses y tres dias, uno mas ó menos. En resolucion, desta muchacha se enamoró un hijo de un labrador riquísimo, que está en una aldea del duque mi señor, no muy léjos de aquí. En efecto, no sé cómo ni cómo no, ellos se juntaron, y debajo de la palabra de ser su esposo burló á mi hija, y no se la quiere cumplir: y aunque el duque mi señor lo sabe, porque yo me hé quejado á él, no una, sino muchas veces, y pedídole mande que el tal labrador se case con mi hija, hace orejas de mercader y apenas quiere oirme; y es la causa que como el padre del burlador es tan rico, y le presta dineros, y le sale por fiador de sus trampas por momentos, no le quiere descontentar ni dar pesadumbre en ningun modo. Querria, pues, señor mio, que v. m. tomase á cargo el deshacer este agravio, ó ya por ruegos, ó ya por armas; pues segun todo el mundo dice, v. m. nació en él para deshacerlos, y para enderezar los tuertos y amparar los miserables: y póngasele á v. m. por delante la horfandad de mi hija, su gentileza, su mocedad, con todas las buenas partes que he dicho tiene, que en Dios y en mi conciencia que de cuantas doncellas tiene mi señora, no hay ninguna que llegue á la suela de su zapato: y una que llaman Altisidora, que es la que tienen por mas desenvuelta y gallarda, puesta en comparacion de mi hija, no la llega con dos leguas: porque quiero que sepa v. m., señor mio, que no es todo oro lo que reluce, porque esta Altisidora tiene más de presuncion que de hermosura, y más de desenvuelta que de recogida, además no está muy sana, pues tiene un cierto aliento cansado que no hay sufrir el estar junto á ella un momento; y áun mi señora la duquesa... quiero

callar, que se suele decir que las paredes tienen oidos. ¿Qué tiene mi señora la duquesa por vida mia, señora Doña Rodriguez? preguntó Don Quijote. Con ese conjuro, respondió la dueña, no puedo dejar de responder á lo que se me pregunta con toda verdad. ¿Vé v. m., Señor D. Quijote, la hermosura de mi señora la duquesa, aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa, aquellas dos mejillas de leche y de carmín, que en la una tiene el sol y en la otra la luna, y aquella gallardía con que vá pisando y áun despreciando el suelo, que no parece sino que vá derramando salud donde pasa? Pues sepa v. m. que lo puede agradecer primero á Dios, y luego á dos fuentes que tiene en las dos piernas, por donde se desagua todo el mal humor, de quien dicen los médicos que está llena. ¡Santa Maria! dijo D. Quijote; ¿y es posible que mi señora la duquesa tenga tales desaguaderos? No lo creyera si me lo dijeran frailes descalzos; pero pues la señora Doña Rodriguez lo dice, debe de ser así; mas tales fuentes y en tales lugares no deben de manar humor, sino ámbar líquido. Verdaderamente que ahora acabo de creer que esto de hacerse fuentes debe de ser cosa importante para la salud.

Apenas acabó D. Quijote de decir esta razon, cuando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento, y del sobresalto del golpe se le cayó á doña Rodriguez la vela de la mano, y quedó la estancia como boca de lobo, como suele decirse. Luego sintió la pobre dueña que la asian de la garganta con dos manos tan fuertemente, que no la dejaban gañir, y que otra persona con mucha presteza sin hablar palabra le alzaba las faldas, y con una al parecer chinela le comenzó á dar tantos azotes, que era una compasion: y aunque D. Quijote se la tenia, no se meneaba del lecho, no sabia qué podia ser aquello, estábase quedo y callando, y áun temiendo no viniese por él la tanda y tunda azotesca; y no fué vano su temor, porque en dejando los callados verdugos molida á la dueña, la cual no osaba quejarse, acudieron á D. Quijote, y desenvolviéndole de la sábana y de la colcha, le pellizcaron tan á menudo y tan recíamente, que no pudo dejar de defenderse á puñadas, y todo esto en silencio admirable. Duró la batalla casi media hora, saliéronse las fantasmas, recogió doña Rodriguez sus faldas, y gimiendo su desgrácia, se salió por la puerta afuera sin decir palabra á D. Quijote, el cual doloroso y pellizcado, confuso y pensativo, se quedó solo, donde le dejaremos deseoso de saber quién habia sido el perverso encantador que tal le habia puesto; pero ello se dirá á su tiempo, que Sancho Panza nos llama, y el buen concierto de la historia lo pide.

CAPITULO XL.

De lo que sucedió á Sancho Panza rondando su ínsula.

Dejamos al gran gobernador enojado y mohíno con el labrador pintor y socarron, el cual industriado del mayordomo, y el mayordomo del duque, se burlaban de Sancho, pero él se las tenia tiesas á todos, magüera tonto, bronco y rollizo, y dijo á los que con él estaban y al doctor Pedro Récio, que como se acabó el secreto de la carta del duque habia vuelto á entrar en la sala: ahora verdaderamente entiendo que los jueces y gobernadores deben de ser ó han de ser de bronce para no sentir las importunidades de los negociantes, que, á todas horas y á todos tiempos quieren que los escuchen y los despachen, atendiendo solo á su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre del juez no los escucha y despacha, ó porque no puede, ó porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia, luego le maldicen y murmuran y le roen los huesos, y áun le deslindan los linajes. Negociante necio, negociante mentecato, no te apresures, espera sazon y coyuntura para negociar: no vengas á la hora del comer ni á la del dormir, que los jueces son de carne y de hueso, y han de dar á la naturaleza lo que les pide, sino es yo, que no le doy de comer á la mia, merced al señor doctor Pedro Récio Tirteafuera, que está delante, que quiere que muera de hambre, y afirma que esta muerte es vida, que así se la dé Dios á él y á todos los de su ralea, digo á la de los malos médicos, que la de los buenos palmas y láuros merece. Todos los que conocian á Sancho Panza se admiraban oyéndole hablar tan elegantemente, y no sabian á qué atribuirlo, sino á que los oficios y cargos graves, ó adoban [1] ó entorpecen los entendimientos. Finalmente el doctor Pedro Récio Agüero de Tirteafuera prometió de darle de cenar aquella noche, aunque se excediese de todos los aforismos de Hipócrates. Con esto quedó contento el gobernador, y esperaba con grande ánsia llegase la noche y la hora de cenar; y aunque el tiempo, al parecer suyo, se estaba quedo sin moverse de un lugar, todavía llegó el momento por él tan deseado, donde le dieron de cenar un salpicon de vaca con cebolla, y unas manos cocidas de ternera algo entrada en dias. Entregóse en todo con más gusto que si le hubieran dado francolines de Milan, faisanes de Roma, ternera de Sorrento, perdices de Moron, ó gansos de Lavajos, y entre la cena volviéndose al doctor, le dijo: mirad, señor doctor, de aquí adelante no os cureis de darme á comer cosas regaladas ni manjares esquisitos, porque será sacar á mi estómago de sus quicios, el cual está

1 Avivan, y pulen.

acostumbrado á cabra, á vaca, á tocino, á cecina, á nabos y á cebollas, y si acaso le dan otros manjares de palacio los recibe con melindre, y algunas veces con asco: lo que el maestresala puede hacer es traerme estas que llaman ollas podridas, que mientras más podridas son, mejor huelen, y en ellas puede embaular y encerrar todo lo que él quisiere, como sea de comer, que yo se lo agradeceré y se lo pagaré algun dia: y no se burle nadie conmigo, porque, ó somos ó no somos: vivamos todos y comamos en buena paz y compaña, pues cuando Dios amanece para todos amanece; yo gobernaré esta ínsula sin perdonar derecho, ni llevar cohecho; y todo el mundo traiga el ojo alerta, y mire por el virote [2], porque les hago saber que el diablo está en Cantillana [3], y que si me dan ocasion han de ver maravillas: no sino haceros miel, y comeros hán moscas. Por cierto, señor gobernador, dijo el maestresala, que v. m. tiene mucha razon en cuanto ha dicho; y que yo ofrezco en nombre de todos los insulanos de esta ínsula, que han de servir á v. m. con toda puntualidad, amor y benevolencia, porque el suave modo de gobernar que en estos principios v. m. ha tenido, no les dá lugar de hacer ni de pensar cosa que en deservicio de v. m. redunde. Yo lo creo, respondió Sancho, y serian ellos unos necios si otra cosa hiciesen ó pensasen: y vuelvo á decir que se tenga cuenta con mi sustento y con el de mi rúcio, que es lo que en este negocio importa y hace más al caso; y en siendo hora vamos á rondar, que es mi intencion limpiar esta ínsula de todo género de inmundicia, y de gente vagamunda, holgazana y mal entretenida: porque quiero que sepais, amigos, que la gente baldía y perezosa es en la república lo mesmo que los zánganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hacen. Pienso favorecer á los labradores, guardar sus preeminencias á los hidalgos, premiar los virtuosos, y sobre todo tener respeto á la religion y á la honra de los religiosos. ¿Qué os parece de esto, amigos? ¿digo algo, ó quiébrome la cabeza? Dice tanto v. m., señor gobernador, dijo el mayordomo, que estoy admirado de ver que un hombre tan sin letras como v. m., que á lo que creo no tiene ninguna, diga tales y tantas cosas llenas de sentencias y de avisos tan fuera de todo aquello que del ingenio de v. m. esperaban los que nos enviaron y los que aquí venimos: cada dia se ven cosas nuevas en el mundo; las burlas se vuelven en veras, y los burladores se hallan burlados.

Llegó la noche, aderezáronse de ronda, salió con el mayordomo, secretario y maestresala, y el coronista que tenia cuidado de poner en memoria sus hechos, y con alguaciles y escribanos tantos, que podian for-

2 Y atienda con diligencia á lo que ha de hacer. 3 Estar los ánimos inquietos y alborotados por alguna cosa.

mar un mediano escuadron. Iba Sancho en medio con su vara, que no habia más que ver, y pocas calles andadas del lugar sintieron ruido de cuchilladas: acudieron allá, y hallaron que eran dos solos hombres los que reñian, los cuales viendo venir á la justicia se estuvieron quedos, y el uno dellos dijo: aquí de Dios y del rey; como, ¿y qué se há de sufrir que roben en poblado en este pueblo, y que salgan y salten en él en la mitad de las calles? Sosegaos, hombre de bien, dijo Sancho, y contadme qué es la causa de esta pendencia, que yo soy el gobernador. El otro contrario dijo: señor gobernador, yo la diré con toda brevedad: v. m. sabrá que este gentilhombre acaba de ganar ahora en esta casa de juego que está aquí frontero, más de mil reales, y sabe Dios cómo; y hallándome yo presente juzgué más de una suerte dudosa en su favor, contra todo aquello que me dictaba la conciencia: alzóse con la ganancia; y cuando esperaba que me habia de dar algun escudo por lo ménos de barato, como es uso y costumbre darle á los hombres principales como yo, que estamos asistentes para bien y mal pasar, y para apoyar sinrazones y evitar pendencias, él embolsó su dinero y se salió de la casa: yo vine despechado trás él, y con buenas y corteses palabras le hé pedido que me diese siquiera ocho reales, pues sabe que yo soy hombre honrado, y que no tengo oficio ni beneficio, porque mis padres no me le enseñaron, ni me le dejaron; y el socarron, que es más ladron que Caco, y más fullero que Andradilla, no queria darme más de cuatro reales, porque vea v. m., señor gobernador, qué poca vergüenza y qué poca conciencia; pero á fé que si v. m. no llegára, que yo le hiciera vomitar la ganancia, y que habia de saber con cuantas entraba la romana. ¿Qué decis vos á esto? preguntó Sancho. Y el otro respondió que era verdad cuanto su contrario decia, y no habia querido darle más de cuatro reales, porque se los daba muchas veces; y los que esperan barato han de ser comedidos, y tomar con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuentas con los gananciosos, si ya no supiesen de cierto que son fulleros, y que lo que ganan es mal ganado; y que para señal que él era hombre de bien, y no ladron, como decia, ninguna habia mayor que el no haberle querido dar nada, que siempre los fulleros son tributarios de los mirones que los conocen. Así es, dijo el mayordomo; vea v. m., señor gobernador, qué es lo que se há de hacer destos hombres. Lo que se há de hacer es esto, respondió Sancho: vos, ganancioso, bueno ó malo, ó indiferente, dad luego á este vuestro acuchillador cien reales, y más habeis de desembolsar treinta para los pobres de la cárcel: y vos, que no teneis oficio ni beneficio, y andais de nones[1] en esta ínsula, tomad luego esos cien reales, y ma-

1 Andais de más, sin ocupacion, sin trabajo.

ñana en todo el dia salid de la ínsula desterrado por diez años, sopena si lo quebrantáredes, los cumplais en la otra vida, colgándoos yo de una picota[5], ó á lo ménos el verdugo por mi mandado; y ninguno me replique, que le asentaré la mano. Desembolsó el uno, recibió el otro, este salió de la ínsula, y aquel se fué á su casa, y el gobernador quedó diciendo: ahora yo podré poco ó quitaré estas casas de juego, que á mí se me trasluce que son muy perjudiciales. Esta á lo ménos, dijo un escribano, no la podrá v. m. quitar, porque la tiene un gran personaje, y más es sin comparacion lo que él pierde al año que lo que saca de los naipes: contra otros garitos de menor cantía podrá v. m. mostrar su poder, que son los que más daño hacen y más insolencias encubren, que en las casas de los caballeros principales y de los señores no se atreven los famosos fulleros á usar de sus tretas; y pues el vicio del juego se há vuelto en ejercicio comun, mejor es que se juegue en casas principales que no en la de algun oficial, donde cogen á un desdichado de media noche abajo y le desuellan vivo. Agora escribano, dijo Sancho, yo sé que hay mucho que decir en eso.

Y en esto llegó un corchete, que traia asido á un mozo, y dijo: señor gobernador, este mancebo venia hácia nosotros, y así como columbró la justicia volvió las espaldas y comenzó á correr como un gamo, señal que debe de ser algun delincuente; yo partí trás él, y sinó fuera porque tropezó y cayó, no le alcanzára jamás. ¿Por qué huias, hombre? preguntó Sancho. Á lo que el mozo respondió: señor, por excusar de responder á las muchas preguntas que las justicias hacen. ¿Qué oficio tienes? Tejedor. ¿Y qué tejes? Hierros de lanzas, con licencia buena de v. m. ¿Graciosico me sois? ¿de chocarrero os picais? Está bien: ¿y á dónde íbades ahora? Señor, á tomar el aire. ¿Y adónde se toma el aire en esta ínsula? Adonde sopla. Bueno, respondeis muy á propósito; discreto sois, mancebo; pero haced cuenta que yo soy el aire, y que os soplo en popa, y os encamino á la cárcel. Asilde, hola, y llevalde, que yo haré que duerma allí sin aire esta noche. Par Dios, dijo el mozo, así me haga v. m. dormir en la cárcel como hacerme rey. ¿Pues por qué no te haré yo dormir en la cárcel? respondió Sancho; no tengo yo poder para prenderte y soltarte cada y cuando que quisiere? Por más poder que v. m. tenga, dijo el mozo, no será bastante para hacerme dormir en la cárcel. ¿Cómo qué no? replicó Sancho: llevalde luego, donde verá por sus ojos el desengaño, aunque más el alcaide quiera usar con él de su interesal liberalidad, que yo le pondré pena de dos mil ducados, si te deja salir un paso de la cárcel. Todo eso es cosa de risa, respondió el mozo: el caso es que no me harán dormir en la cárcel cuan-

5 De la horca ó rollo que habia antiguamente en varias ciudades y villas de España

tos hoy viven. Díme, demónio, dijo Sancho, ¿tienes algun ángel que te quite los grillos que te pienso mandar echar y te saque? Ahora, señor gobernador, respondió el mozo con un buen donáire, estemos á razon y vengamos al punto. Prosuponga v. m. que me manda llevar á la cárcel, y que en ella me echan grillos y cadenas, y que me meten en un calabozo, y se le ponen al alcaide graves penas si me deja salir, y que él lo cumple como se le manda; con todo esto, si yo no quiero dormir, y quiero estarme despierto toda la noche sin pestañear, ¿será v. m. bastante con todo su poder para hacerme dormir? No por cierto, dijo el secretario, y el hombre há salido con su intencion. De modo, dijo Sancho, ¿que no dejareis de dormir por otra cosa que por vuestra voluntad, y no por contravenir á la mia? No, señor, dijo el mozo, ni por pienso. Pues andad con Dios, dijo Sancho, idos á dormir á vuestra casa, y Dios os dé buen sueño, que yo no quiero quitárosle; pero aconséjoos que de aquí adelante no os burleis con la justicia, porque topareis con alguna que os dé con la burla en los cascos.

Fuése el mozo, y el gobernador prosiguió con su ronda, y de allí á poco vinieron dos corchetes, que traian á un hombre asido, y dijeron: señor gobernador, este que parece hombre no lo es, sino mujer, y no fea, que viene vestida en hábito de hombre. Llegáronle á los ojos dos ó tres lanternas, á cuyas luces descubrieron un rostro de una mujer, al parecer de diez y seis ó pocos más años, recogidos los cabellos con una redecilla de oro y seda verde, hermosa como mil perlas: miráronla de arriba abajo, y vieron que venia con unas medias de seda encarnada, con ligas de tafetan blanco y rapazejos de oro y aljófar, los gregüescos eran verdes de tela de oro, y una saltaembarca ó ropilla [6] de lo mismo suelta, debajo de la cual traia un jubon de tela finísima de oro y blanco, y los zapatos eran blancos y de hombre: no traia espada ceñida, sino una riquísima daga, y en los dedos muchos y buenos anillos. Finalmente la moza parecia bien á todos, y ninguno la conoció de cuantos la vieron, y los naturales del lugar dijeron que no podian pensar quién fuese; y los consabidores de las burlas que se habian de hacer á Sancho fueron los que más se admiraron, porque aquel suceso y hallazgo no venia ordenado por ellos, y así estaban dudosos esperando en qué pararia el caso. Sancho quedó pasmado de la hermosura de la moza, y preguntóle quién era, adónde iba, y qué ocasion le habia movido para vestirse en aquel hábito. Ella puestos los ojos en tierra, con honestísima vergüenza respondió: no puedo, señor, decir tan en público lo que tanto me importaba fuera secreto: una cosa quiero que se entienda, que no soy ladron ni persona facinerosa, sino una doncella desdichada,

6 Especie de chaqueta, ó chupa corta, como la que usan los marineros.

á quien la fuerza de unos celos ha hecho romper el decoro que á la honestidad se debe. Oyendo esto el mayordomo dijo á Sancho: haga, señor gobernador, apartar la gente, porque esta señora con ménos empacho pueda decir lo que quisiere. Mandólo así el gobernador, apartáronse todos, sino fueron el mayordomo, el maestresala y el secretario. Viéndose pues solos, la doncella prosiguió diciendo: yo, señores, soy hija de Diego de la Llana, que todos vuesas mercedes deben de conocer. Sí, respondió el mayordomo, yo conozco á Diego de la Llana, y sé que es un hidalgo principal y rico, y que tiene un hijo y una hija, y que despues que enviudó no ha habido nadie en todo este lugar que pueda decir que ha visto el rostro de su hija, que la tiene tan encerrada que no dá lugar al sol que la vea, y con todo esto la fama dice que es en extremo hermosa. Así es la verdad, respondió la doncella, y esa hija soy yo: si la fama miente ó no en mi hermosura, ya os habreis, señores, desengañado, pues me habeis visto, y en esto comenzó á llorar tiernamente. Sancho la consoló con las mejores razones que él supo, y le pidió que sin temor alguno les dijese lo que le habia sucedido, que todos procurarian remediarlo con muchas veras y por todas las vias posibles.

Es el caso, señores, respondió ella, que mi padre me ha tenido encerrada diez años há, que son los mismos que á mi madre come la tierra: en casa dicen misa en un rico oratório, y yo en todo este tiempo no he visto más que el sol del cielo de dia, y la luna y las estrellas de noche, ni sé qué son calles, plazas ni templos, ni áun hombres, fuera de mi padre y de un hermano mio, y de Pedro Perez el arrendador de las lanas deste lugar. Este encerramiento y este negarme el salir de casa siquiera á la iglesia, há muchos dias y meses que me trae muy desconsolada: quisiera yo ver el mundo, ó á lo ménos el pueblo donde nací, pareciéndome que este deseo no iba contra el buén decoro que las doncellas principales deben guardar á sí mismas. Cuando oia decir que corrian toros y jugaban cañas y se representaban comédias, preguntaba á mi hermano, que es un año menor que yo, qué cosas eran aquellas y otras muchas que yo no he visto: él me lo declaraba por los mejores modos que sabia; pero todo era encenderme más el deseo de verlo. Finalmente, por abreviar el cuento de mi perdicion, digo que yo rogué y pedí á mi hermano, que nunca tal pidiera, ni tal rogára... y tornó á renovar el llanto. Desesperábase el gobernador de la tardanza que tenia la moza en dilatar su historia, y díjole que acabase de tenerlos suspensos, que era tarde, y faltaba mucho que andar del pueblo. Ella entre interrotos sollozos y mal formados suspiros dijo: no es otra mi desgrácia, ni mi infortúnio es otro, sino que yo rogué á mi hermano que me vistiese en hábitos de hombre con uno de sus vestidos, y que me saca-

se una noche á ver todo el pueblo cuando nuestro padre durmiese: él importunado de mis ruegos condescendió con mi deseo, y poniéndome este vestido, y él vistiéndose de otro mio, esta noche debe de haber una hora poco más ó ménos, nos salimos de casa, guiados de nuestro mozo y desbaratado discurso, hemos rodeado todo el pueblo, y cuando queriamos volver á casa vimos venir un gran tropel de gente, y mi hermano me dijo: hermana, esta debe de ser la ronda, aligera los piés, pon alas en ellos, y vente tras mí corriendo, porque no nos conozcan, que nos será mal contado; y diciendo esto volvió las espaldas, y comenzó, no digo á correr, sino á volar: yo á ménos de seis pasos caí con el sobresalto, y entonces llegó el ministro de la justicia, que me trujo ante vuesas mercedes, adonde por mala y antojadiza me veo avergonzada ante tanta gente. En efecto, señora, dijo Sancho, ¿no os ha sucedido otro desmán alguno, ni celos, como vos al principio de vuestro cuento dijístes, os sacaron de vuestra casa? No me ha sucedido nada, ni me sacaron celos, sino solo el deseo de ver mundo, que no se extendia á más que á ver las calles deste lugar. Acabó de confirmar ser verdad lo que la doncella decia, llegar dos corchetes con su hermano preso, á quien alcanzó uno dellos cuando se huyó de su hermana. No traia sino un faldellin rico y una mantellina de damasco azul, con pasamanos de oro fino, la cabeza sin toca, ni con otra cosa adornada que con sus mismos cabellos que eran sortijas de oro, segun eran rúbios y enrizados. Apartáronse con él el gobernador, mayordomo y maestresala, y sin que lo oyese su hermana, le preguntaron cómo venia en aquel traje, y él con no menos vergüenza y empacho, contó lo mismo que su hermana habia contado. El gobernador les dijo: por cierto, señores, que esta ha sido una gran rapacería, y para contar esta necedad y atrevimiento no era menester tantas largas, ni tantas lágrimas y suspiros, que con decir somos fulano y fulana, que nos salimos á espáciar de casa de nuestros padres con esta invencion, solo por curiosidad, sin otro designio alguno se acabára el cuento, y no gemidicos y lloramicos, y darle. Vamos, y dejaremos á vuesas mercedes en casa de su padre, quizá no los habrá echado ménos, y de aquí adelante no se muestren tan niños ni tan deseosos de ver mundo: que la doncella honrada la pierna quebrada y en casa, y la mujer y la gallina por andar se pierden aína; y la que es deseosa de ver, tambien tiene deseo de ser vista: no digo más. El mancebo agradeció al gobernador la merced que queria hacerles de volverlos á su casa, y así se encaminaron hácia ella, que no estaba lejos de allí. Con esto se acabó la ronda de aquella noche, y de allí á dos dias el gobierno, con que se destroncaron y borraron todos sus designios, como se verá adelante.

CAPITULO XLI.

Donde se declara quiénes fueron los encantadores y verdugos que azotaron á la dueña, pellizcaron y arañaron á D. Quijote, con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta á Teresa Panza, mujer de Sancho Panza.

Dice Cide Hamete, que al tiempo que Doña Rodriguez salió de su aposento para ir á la estáncia de D. Quijote, otra dueña que con ella dormia lo sintió, y que como todas las dueñas son amigas de saber, entender y oler, se fué tras ella con tanto silencio, que la buena Rodriguez no lo echó de ver; y así como la dueña la vió entrar en la estáncia de D. Quijote, porque no faltase en ella la general costumbre que todas las dueñas tienen de ser chismosas, al momento fué á poner en pico á su señora la duquesa, de cómo Doña Rodriguez quedaba en el aposento de D. Quijote. La duquesa se lo dijo al duque, y le pidió licencia para que ella y Altisidora viniesen á ver lo que aquella dueña queria con D. Quijote. El duque se la dió, y las dos con gran tiento y sosiego, paso ante paso llegaron á ponerse junto á la puerta del aposento, y tan cerca que oian todo lo que dentro hablaban; y cuando oyó la duquesa que la Rodriguez habia echado en la calle el Aranjuez de sus fuentes [1], no lo pudo sufrir, ni ménos Altisidora, y así llenas de cólera y deseosas de venganza, entraron de golpe en el aposento, y acribillaron á D. Quijote, y vapularon á la dueña del modo que queda contado, porque las afrentas que van derechas contra la hermosura y presuncion de las mujeres, despierta en ellas en gran manera la ira, y encienden el deseo de vengarse. Contó la duquesa al duque lo que habia pasado, de lo que se holgó mucho, y la duquesa prosiguiendo con su intencion de burlarse y recibir pasatiempo con D. Quijote, despachó al paje que habia hecho la figura de Dulcinea en el concierto de su desencanto, que tenia bien olvidado Sancho Panza con la ocupacion de su gobierno, á Teresa Panza su mujer con la carta de su marido, y con otra suya, y con una gran sarta de corales ricos presentados [2].

Dice, pues, la historia, que el paje era muy discreto y agudo, y con deseo de servir á sus señores partió de muy buena gana al lugar de Sancho; y ántes de entrar en él vió en un arroyo estar lavando cantidad de mujeres, á quien preguntó si en aquel lugar vivia una mujer llamada Teresa Panza, mujer de un cierto Sancho Panza, escudero de un caballero llamado D. Quijote de la Mancha, á cuya pregunta se levantó en pié una mozuela que estaba lavando, y dijo: esa Teresa Pan-

1 Por las muchas que tiene ese real sitio, y aludiendo á las que tenia la duquesa en las piernas. 2 Enviados en presente, de regalo.

za es mi madre, y ese tal Sancho mi señor padre, y el tal caballero nuestro amo. Pues venid, doncella, dijo el paje y mostradme á vuestra madre, porque le traigo una carta y un presente del tal vuestro padre. Eso haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió la moza que mostraba ser de edad de catorce años poco más ó ménos, y dejando la ropa que lavaba á otra compañera, sin tocarse [3] ni calzarse, que estaba en piernas y desgreñada, saltó delante de la cabalgadura del paje, y dijo: venga v. m., que á la entrada del pueblo está nuestra casa, y mi madre en ella con harta pena por no haber sabido muchos dias há de mi señor padre. Pues yo se las llevo tan buenas, dijo el paje, que tiene que dar bien grácias á Dios por ellas. Finalmente, saltando, corriendo y brincando llegó al pueblo la muchacha, y ántes de entrar en su casa dijo á voces desde la puerta: salga, madre Teresa, salga, salga, que viene aquí un señor que trae cartas y otras cosas de mi buen padre; á cuyas voces salió Teresa Panza su madre, hilando un copo de estopa, con una saya parda. Parecia, segun era de corta, que se la habian cortado por vergonzoso lugar [4], con un corpezuelo asimismo pardo y una camisa de pechos. No era muy vieja, aunque mostraba pasar de los cuarenta; pero fuerte, tiesa, nervuda y avellanada, la cual viendo á su hija y al paje á caballo, le dijo: ¿qué es esto, niña, qué señor es este? Es un servidor de mi señora Doña Teresa Panza, respondió el paje, y diciendo y haciendo se arrojó del caballo, y se fué con mucha humildad á poner de hinojos ante la señora Teresa, diciendo: déme v. m. sus manos, mi señora Doña Teresa, bien así como mujer legítima y particular del señor D. Sancho Panza, gobernador propio de la ínsula Barataria. ¡Ay señor mio! quítese de ahí, no haga eso, respondió Teresa, que yo no soy nada palaciega, sino una pobre labradora, hija de un estripaterrones, y mujer de un escudero andante, y no de gobernador alguno. V. m., respondió el paje, es mujer dignísima de un gobernador archidignísimo: y para prueba desta verdad reciba v. m. esta carta y este presente; y sacó al instante de la faltriquera una sarta de corales, con extremos de oro, y se la echó al cuello y dijo: esta carta es del señor gobernador, y otra que traigo y estos corales son de mi señora la duquesa, que á v. m. me envia. Quedó pasmada Teresa, y su hija ni más ni ménos, y la muchacha dijo: que me maten sinó anda por aquí nuestro señor amo D. Quijote, que debe de haber dado á padre el gobierno ó condado que tantas veces le habia prometido. Así es la verdad, respondió el paje, que por respeto del señor D. Quijote es ahora el señor Sancho gobernador de la ínsula Bara-

3 Sin arreglarse, ni aliñarse. 4 *Cortar las faldas por vergonzoso lugar* era cierto astigo que se imponia á las mujeres perdidas.

taria, como se verá por esta carta. Léamela v. m., señor jentilhombre, dijo Teresa, porque aunque yo sé hilar, no sé leer migaja. Ni yo tampoco, añadió Sanchica; pero espérenme aquí, que yo iré á llamar quien la lea, ora sea el cura mesmo, ó el bachiller Sanson Carrasco, que vendrán de muy buena gana por saber nuevas de mi padre. No hay para que se llame á nadie, que yo no sé hilar, pero sé leer, y la leeré, y así se la leyó toda, que por quedar ya referida no se pone aquí; y luego sacó otra de la duquesa, que decia desta manera:—*Amiga Teresa: las buenas partes de la bondad y del ingenio de vuestro marido Sancho me movieron y obligaron á pedir á mi marido el duque, le diese un gobierno de una ínsula de muchas que tiene. Tengo noticia que gobierna como un jirifalte, de lo que yo estoy muy contenta, y el duque mi señor por el consiguiente, por lo que doy muchas grácias al cielo de no haberme engañado en haberle escogido para el tal gobierno; porque quiero que sepa la señora Teresa, que con dificultad se halla un buen gobernador en el mundo, y tal me haga á mí Dios como Sancho gobierna. Ahí le envio, querida mia, una sarta de corales, con extremos de oro: yo me holgára que fuera de perlas orientales; pero quien te dá el hueso, no te querria ver muerta: tiempo vendrá en que nos conozcamos y nos comuniquemos, y Dios sabe lo que será. Encomiéndeme á Sanchica su hija, y dígale de mi parte que se apareje, que la tengo de casar altamente, cuando ménos lo piense. Dícenme que en ese lugar hay bellotas gordas, envíeme hasta dos docenas, que las estimaré en mucho por ser de su mano; y escríbame largo, avisándome de su salud y de su bien estar, y si hubiere menester alguna cosa, no tiene que hacer más que boquear, que su boca será medida: y Dios me la guarde. Deste lugar, su amiga que bien la quiere.*—La Duquesa.

¡Ay! dijo Teresa en oyendo la carta, y qué buena y qué llana y qué humilde señora: con estas tales señoras me entierren á mí, y no las hidalgas que en este pueblo se usan, que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento, y van á la iglesia con tanta fantasia, como si fuesen la mesma reina, que no parece sino que tienen á deshonra el mirar á una labradora; y veis aquí donde esta buena señora, con ser duquesa, me llama amiga, y me trata como si fuera su igual, que igual la vea yo con el más alto campanario que hay en la Mancha; y en lo que toca á las bellotas, señor mio, yo le enviaré á su señoria un celemin, que por gordas las pueden venir á ver á la mira y á la maravilla; y por ahora, Sanchica, atiende á que se regale este señor; pon en órden este caballo, y saca de la caballeriza huevos, y corta tocino adunia[5], y démosle de comer como á un príncipe, que las buenas nuevas que nos ha traido, y la buena cara que él tiene lo merece todo, y en

5 En abundancia.

tanto saldré yo á dar á mis vecinas las nuevas de nuestro contento, y al padre cura y á maese Nicolás el barbero, que tan amigos son y han sido de tu padre. Sí haré, madre, respondió Sanchica; pero mire que me ha de dar la mitad desa sarta, que no tengo yo por tan boba á mi señora la duquesa, que se la habia de enviar á ella toda. Todo es para tí, hija, respondió Teresa; pero déjamela traer algunos dias al cuello, que verdaderamente parece que me alegra el corazon. Tambien se alegrarán, dijo el paje, cuando vean el lio que viene en este portamantéo, que es un vestido de paño finísimo, que el gobernador solo un dia llevó á caza, el cual todo lo envia para la señora Sanchica. Que me viva él mil años, respondió Sanchica, y el que lo trae ni más ni ménos, y áun dos mil si fuere necesidad.

Salióse en esto Teresa fuera de casa con las cartas y con la sarta al cuello, é iba tañendo en las cartas como si fuera en un pandero, y encontrándose acaso con el cura y Sanson Carrasco, comenzó á bailar y á decir: á fé, que agora que no hay pariente pobre, gobiernito tenemos; no sino tómese conmigo la más pintada hidalga, que yo la pondré como nueva. ¿Qué es esto, Teresa Panza? ¿qué locuras son estas y ué papeles son esos? No es otra la locura, sino que estas son cartas de duquesas y de gobernadores, y estos que traigo al cuello son corales finos, las *avemarias* y los *padre nuestros* son de oro de martillo, y yo soy gobernadora. De Dios en ayuso [6] no os entendemos, Teresa, ni sabemos lo que os decís. Ahí lo podrán ver ellos, respondió Teresa, y dióles las cartas. Leyólas el cura de modo que las oyó Sanson Carrasco; y Sanson y el cura se miraron el uno al otro como admirados de lo que habian leido; y preguntó el bachiller quién habia traido aquellas cartas. Respondió Teresa, que se viniesen con ella á su casa, y verian al mensajero, que era un mancebo como un pino de oro, y que le traia otro presente, que valia más de tanto. Quitóle el cura los corales del cuello, mirólos y remirólos, y certificándose que eran finos, tornó á admirarse de nuevo, y dijo: por el hábito que tengo, que no sé qué me diga, ni qué piense destas cartas y destos presentes: por una parte veo y toco la fineza destos corales, y por otra leo que una duquesa envia á pedir dos docenas de bellotas. Aderézame esas medidas [7], dijo entonces Carrasco: ahora bien, vamos á ver al portador deste pliego, que dél nos informaremos de las dificultades que se nos ofrecen. Hiciéronlo así, y volvióse Teresa con ellos. Hallaron al paje cribando un poco de cebada para su cabalgadura, y á Sanchica cortando un

6 De Dios abajo, como si dijese: Dios te entenderá, que nosotros no te entendemos.
7 Se dice cuando alguno habla sin concierto, ó cuando las cosas que se hacen no tienen la debida proporcion.

torrezno para empedrarle con huevos, y dar de comer al paje, cuya presencia y buen adorno contentó mucho á los dos; y despues de haberle saludado cortésmente, y él á ellos, le pidió Sanson les dijese nuevas así de D. Quijote como de Sancho Panza, que puesto que habian leido las cartas de Sancho y de la señora duquesa, todavia estaban confusos y no acababan de atinar qué seria aquello del gobierno de Sancho, y más de una ínsula, siendo todas, ó las más que hay en el mar Mediterráneo de su Majestad. Á lo que el paje respondió: de que el señor Sancho Panza sea gobernador, no hay que dudar en ello; de que sea ínsula ó no la que gobierna, en eso no me entremeto; pero basta que sea un lugar de más de mil vecinos; y en cuanto á lo de las bellotas, digo que mi señora la duquesa es tan llana y tan humilde, que no decia él enviar á pedir bellotas á una labradora, pero que le acontecia enviar á pedir un peine prestado á una vecina suya: porque quiero que sepan vs. ms., que las señoras de Aragon, aunque son tan principales, no son tan puntuosas y levantadas como las señoras castellanas, con más llaneza tratan las gentes.

Estando en la mitad destas pláticas, salió Sanchica con una halda de huevos, y preguntó al paje: dígame, señor: ¿mi señor padre trae por ventura calzas atacadas [8] despues que es gobernador? No hé mirado en ello, respondió el paje; pero sí debe de traer. ¡Ay Dios mio! replicó Sanchica, y qué será de ver á mi padre con pedorreras: ¿no es bueno sino que desde que nací tengo deseo de ver á mi padre con calzas atacadas? Como con esas cosas le verá v. m. si vive, respondió el paje. Par Dios, términos lleva de caminar con papahigo [9] con solos dos meses que le dure el gobierno. Bien echaron de ver el cura y el bachiller que el paje hablaba socarronamente; pero la fineza de los corales y el vestido de caza que Sancho enviaba lo deshacia todo (que ya Teresa les habia mostrado el vestido), y no dejaron de reirse del deseo de Sanchica, y más cuando Teresa dijo: señor cura, eche cata por ahí si hay alguien que vaya á Madrid ó á Toledo, para que me compre un verdugado redondo, hecho y derecho, y sea al uso y de los mejores que hubiere; que en verdad, en verdad que tengo de honrar el gobierno de mi marido en cuanto yo pudiere, y áun, que si me enojo, me tengo de ir á esa córte, y echar un coche como todas, que la que tiene marido gobernador muy bien le puede traer y sustentar. Y cómo, madre, dijo Sanchica, pluguiese á Dios que fuese antes hoy que mañana, aunque dijesen los que me viesen ir sentada con mi señora madre en aquel

8 *Calzas atacadas* eran calzas y calzones, todo en una pieza, y muy ajustadas, á manera de pantalones. 9 *Papahígos* era una como mascarilla que cubria el rostro, y de que usaban los que iban de camino para defenderse del aire y del frio.

coche: mirad la tal por cual, hija del harto de ajos, y cómo va sentada y tendida en el coche, como si fuera una Papesa. Pero pisen ellos los lodos, y ándeme yo en mi coche levantados los piés del suelo. Mal año y mal mes para cuantos murmuradores hay en el mundo: y ándeme yo caliente y ríase la gente. ¿Digo bien, madre mia? Y cómo que dices bien, hija, respondió Teresa, y todas estas aventuras y áun mayores me las tiene profetizadas mi buen Sancho; y verás tú, hija, como no para hasta hacerme condesa; que todo es comenzar á ser venturosas; y como yo hé oido decir muchas veces á tu buén padre (que así como lo es tuyo lo es de los refranes), cuando te dieren la vaquilla, corre con la soguilla; cuando te dieren un gobierno, cógele; cuando te dieren un condado agárrale; y cuando te hicieren tús tús con alguna buena dádiva, envásala. ¡No sino dormíos, y no respondais á las venturas y buenas dichas que están llamando á la puerta de vuestra casa! ¿Y qué se me dá á mí, añadió Sanchica, que diga el que quisiere, cuando me vea entonada y fantasiosa: vióse el perro en bragas de cerro [10], y lo demás?

Oyendo lo cual el cura, dijo: yo no puedo creer sino que todos los deste linaje de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo: ninguno dellos hé visto que no los derrame á todas horas y en todas las pláticas que tienen. Asi es la verdad, dijo el paje, que el señor gobernador Sancho á cada paso los dice; y aunque muchos no vienen á propósito, todavia dan gusto, y mi señora la duquesa y el duque los celebran mucho. ¿Qué todavia se afirma v. m., señor mio, dijo el bachiller, ser verdad esto del gobierno de Sancho, y de que hay duquesa en el mundo que le envie presentes y le escriba? porque nosotros, aunque tocamos los presentes, y hemos leido las cartas, no lo creemos, y pensamos que esta es una de las cosas de D. Quijote nuestro compatrioto, que todas piensa que son hechas por encantamento; y así estoy por decir que quiero tocar y palpar á v. m. por ver si es embajador fantástico, ú hombre de carne y hueso. Señores, yo no sé más de mí, respondió el paje, sino que soy embajador verdadero, y que el señor Sancho Panza es gobernador efectivo, y que mis señores duque y duquesa pueden dar y han dado el tal gobierno, y que hé oido decir que en él se porta valentísimamente el tal Sancho Panza: si en esto hay encantamento ó no, vs. ms. lo disputen allá entre ellos, que yo no sé otra cosa para el juramento que hago, que es, por vida de mis padres, que los tengo vivos, y los quiero y los amo mucho. Bien podrá ello ser así, replicó el bachiller; pero *dubitat Augustinus*. Dude quien dudáre,

10 «*Y no conoció á su compañero.*» Refrán que reprende la altanería de los que elevados á empleos superiores desprecian á los que ántes fueron sus iguales ó compañeros.

respondió el paje, la verdad es la que hé dicho, y es la que há de andar siempre sobre la mentira como el aceite sobre el agua, y sinó véngase alguno de vs. ms. conmigo, y verán con los ojos lo que no creen por los oidos. Esa ida á mí toca, dijo Sanchica: lléveme v. m. señor, á las ancas de su rocin, que yo iré de muy buena gana á ver á mi señor padre. Las hijas de los gobernadores, respondió el paje, no han de ir solas por los caminos, sino acompañadas, en carrozas y literas, de gran número de sirvientes. Par Dios, respondió Sanchica; tambien me vaya yo sobre una pollina, como sobre un coche: hallado lo habeis la melindrosa. Calla, mochacha, dijo Teresa, que no sabes lo que te dices, y este señor está en lo cierto, que tal el tiempo, tal el tiento: cuando Sancho, Sancha, y cuando gobernador, señora; y no sé si digo algo. Más dice la señora Teresa de lo que piensa, dijo el paje, y dénme de comer y despáchenme luego, porque pienso volverme esta tarde. Á lo que dijo el cura: v. m. se vendrá á hacer penitencia conmigo: que la señora Teresa más tiene voluntad, que alhajas para servir á tan buén huésped. Rehusólo el paje; pero en efecto lo hubo de conceder por su mejora; y el cura le llevó consigo de buena gana, por tener lugar de preguntarle despacio por D. Quijote y sus hazañas. El bachiller se ofreció de escribir las cartas á Teresa de la respuesta; pero ella no quiso que el bachiller se metiese en sus cosas, que le tenia por algo burlon, y así dió un bollo y dos huevos á un monacillo, que sabia escribir, el cual le escribió dos cartas, una para su marido, y otra para la duquesa, notadas de su mismo caletre, que no son las peores que en esta grande historia se ponen, como se verá adelante.

CAPITULO XLII.

Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos.

Amaneció el dia que se siguió á la noche de la ronda del gobernador, y el mayordomo ocupó lo que della faltaba en escribir á sus señores lo que Sancho Panza hacía y decia, tan admirado de sus hechos como de sus dichos, porque andaban mezcladas sus palabras y sus acciones con asomos discretos y tontos. Levantóse en fin el señor gobernador, y por órden del doctor Pedro Récio le hicieron desayunar con un poco de conserva y cuatro tragos de agua fria, cosa que la trocára Sancho con un pedazo de pan y un racimo de uvas; pero viendo que aquello era más fuerza que voluntad, pasó por ello, con harto dolor de su alma y fatiga de su estómago, haciéndole creer Pedro Recio que los manjares pocos y delicados avivaban el ingenio, qúe era lo que más convenia á las personas constituidas en mandos y en oficios graves, donde se han de

aprovechar, no tanto de las fuerzas corporales, como de las del entendimiento. Con esta sofisteria padecia hambre Sancho, y tal, que en su secreto maldecia el gobierno y aún á quien se le habia dado; pero con su hambre y con su conserva se puso á juzgar aquel dia, y lo primero que se le ofreció fue una pregunta que un forastero le hizo, estando presentes á todo el mayordomo y los demás acólitos, que fué: Señor, un caudaloso rio dividia dos términos de un mismo señorío (y esté v. m. atento, porque el caso es de importancia y algo dificultoso); digo pues, que sobre este rio estaba una puente, y al cabo della una horca y una como casa de audiencia, en la cual de ordinario habia cuatro jueces que juzgaban por la ley que puso el dueño del rio, de la puente y del señorío, que era en esta forma: si alguno pasáre por esta puente de una parte á otra, ha de jurar primero adónde y á qué va; si juráre verdad, déjenle pasar, y si dijére mentira, muera por ello ahorcado en la horca que allí se muestra, sin remision alguna. Sabida esta ley y la rigurosa condicion della, llegaban muchos, y luego si en lo que juraban se echaba de ver que decian verdad, los jueces los dejaban pasar libremente. Sucedió pues, que tomando juramento á un hombre, juró y dijo que por el juramento que hacía, iba á morir en aquella horca que allí estaba, y no á otra cosa. Repararon los jueces en el juramento, y dijeron: si á este hombre le dejamos pasar libremente, mintió en su juramento, y conforme á la ley debe morir; y si le ahorcamos, él juró que iba á morir en aquella horca, y habiendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre. Pídese á v. m., señor gobernador ¿qué harán los jueces de tal hombre, que áun hasta agora están dudosos y suspensos? Y habiendo tenido noticia del agudo y elevado entendimiento de v. m., me enviaron á mí á que le suplicase de su parte diese su parecer en tan intrincado y dudoso caso. Á lo que respondió Sancho: por cierto que esos señores jueces que á mí os envian lo pudieran haber excusado, porque yo soy un hombre que tengo más de mostrenco que de agudo, pero con todo eso, repetidme otra vez el negocio de modo que yo le entienda, quizá podria ser que diese en el hito. Volvió otra vez y otra el preguntante á referir lo que primero habia dicho, y Sancho dijo: á mi parecer este negocio en dos paletas le declararé yo, y es así: ¿el tal hombre jura que vá á morir en la horca, y si muere en ella juró verdad, y por la ley puesta merece ser libre, y que pase la puente, y sinó le ahorcan juró mentira, y por la misma ley merece que le ahorquen? Así es como el señor gobernador dice, dijo el mensajero; y cuanto á la entereza y entendimiento del caso, no hay más que pedir ni qué dudar. Digo yo pues agora, replicó Sancho, que deste hombre aquella parte que juró verdad la dejen pasar, y la que dijo mentira la ahorquen, y desta manera se cumplirá al pié

de la letra la condicion del pasaje. Pues, señor gobernador, replicó el preguntador, será necesario que el tal hombre se divida en partes, en mentirosa y verdadera; y si se divide, por fuerza ha de morir: y así no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide, y es de necesidad expresa que se cumpla con ella. Venid acá, señor buén hombre, respondió Sancho, este pasajero que decís, ó yo soy un porro, ó él tiene la misma razon para morir que para vivir y pasar la puente, porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente: y siendo esto así, como lo es, soy de parecer que digais á esos señores que á mí os enviaron, que pues están en un fil [1] las razones de condenarle ó asolverle, que le dejen pasar libremente, pues siempre es alabado más el hacer bien, que mal; y esto lo diera firmado de mi nombre si supiera firmar. Así es, respondió el mayordomo; y acábese con esto la audiencia desta mañana, y yo daré órden como el señor gobernador coma muy á su gusto. Eso pido, y barras derechas, dijo Sancho, dénme de comer, y lluevan casos y dudas sobre mí, que yo las despabilaré en el aire. Cumplió su palabra el mayordomo pareciéndole ser cargo de conciencia matar de hambre á tan discreto gobernador, y más que pensaba concluir con él aquella misma noche, haciéndole la burla última que traia comision de hacerle. Sucedió pues, que habiendo comido aquel dia contra las reglas y aforismos del doctor Tirteafuera, al levantar de los manteles entró un correo con una carta de D. Quijote para el gobernador. Mandó Sancho al secretario que la leyese para sí, y que si no viniese en ella alguna cosa digna de secreto, la leyese en voz alta. Hízolo así el secretario, y repasándola primero, dijo: bien se puede leer en voz alta, que lo que el señor D. Quijote escribe á v. m. merece estar estampado y escrito con letras de oro, y dice así:

CARTA DE DON QUIJOTE DE LA MANCHA Á SANCHO PANZA, GOBERNADOR DE LA ÍNSULA BARATARIA.

Cuando esperaba oir nuevas de tus descuidos é impertinéncias, Sancho amigo, las oí de tus discreciones, de que dí por ello grácias particulares al cielo, el cual del estiércol sabe levantar los pobres, y de los tontos hacer discretos. Dicenme que gobiernas como si fueses hombre, y que eres hombre como si fueses bestia, segun es la humildad con que te tratas: y quiero que adviertas, Sancho, que muchas veces conviene y es necesario por la autoridad del oficio ir contra la humildad del corazon; porque el buen adorno de la persona que está puesta en graves cargos ha de ser conforme á lo que ellos piden, y no á medida de aquello á que su humilde condi-

1 En un mismo grado de fuerza, de certeza.

cion le inclina. Vístete bien, que un palo compuesto no parece palo: no digo que traigas dijes ni galas, ni que siendo juez te vistas como soldado, sino que te adornes con el hábito que tu oficio requiere, con tal que sea limpio y bien compuesto. Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras, has de hacer dos cosas: la una ser bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo he dicho; y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos, que no hay cosa que más fatigue el corazon de los pobres que la hambre y la carestía.=No hagas muchas pragmáticas, y si las hicieres, procura que sean buenas, y sobre todo que se guarden y cumplan; que las pragmáticas que no se guardan, lo mismo es que sinó lo fuesen; ántes dan á entender que el príncipe que tuvo discrecion y autoridad para hacerlas, no tuvo valor para hacer que se guardasen: y las leyes que atemorizan, y no se ejecutan, vienen á ser como la viga, rey de las ranas, que al principio las espantó, y con el tiempo la menospreciaron y se subieron sobre ella. Sé padre de las virtudes, y padrastro de los vicios. No seas siempre riguroso, ni siempre blando, y escoge el medio entre estos dos extremos, que en esto está el punto de la discrecion.=Visita las cárceles, las carnicerías y las plazas, que la presencia del gobernador en lugares tales es de mucha importancia, consuela á los presos que esperan la brevedad de su despacho, es coco á los carniceros, que por entonces igualan los pesos, y es espantajo á las placeras por la misma razon.=No te muestres (aunque por ventura lo seas, lo cual yo no creo) codicioso, mujeriego ni glotón, porque en sabiendo el pueblo y los que te tratan tu inclinacion determinada, por allí te darán batería, hasta derribarte en el profundo de la perdicion. Mira y remira, pasa y repasa los consejos y documentos que te dí por escrito, ántes que de aquí partieses á tu gobierno, y verás como hallas en ellos, si los guardas, una ayuda de costa, que te sobrelleve los trabajos y dificultades que á cada paso, á los gobernadores se les ofrecen. Escribe á tus señores, y muéstrateles agradecido, que la ingratitud es hija de la soberbia, y uno de los mayores pecados que se sabe; y la persona que es agradecida á los que bien le han hecho, da indicio que tambien lo será á Dios, que tantos bienes le hizo y de contino le hace.= La señora duquesa despachó un propio con tu vestido y otro presente á tu mujer Teresa Panza: por momentos esperamos respuesta. Yo hé estado un poco mal dispuesto de un cierto gateamiento, que me sucedió no muy á cuento de mis narices; pero no fué nada, que si hay encantadores que me maltraten, tambien los hay que me defiendan. Avísame si el mayordomo que está contigo tuvo que ver en las acciones de la Trifaldi, como tú sospechaste; y de todo lo que te sucediere me irás dando aviso, pues es tan corto el camino; cuanto más que yo pienso dejar presto esta vida ociosa en que estoy, pues no nací para ella. Un negocio se me ha ofrecido, que creo que me ha de poner en desgrácia destos señores; pero aunque se me dá

mucho, no se me dá nada, pues en fin, en fin tengo de cumplir ántes con mi profesion que con su gusto, conforme á lo que suele decirse: amicus Plato, sed magis amica veritas [2]. *Dígote este latin, porque me doy á entender que despues que eres gobernador lo habrás aprendido. Y á Dios, el cual te guarde de que ninguno te tenga lástima.—Tu amigo*, D. QUIJOTE DE LA MANCHA.=Oyó Sancho la carta con mucha atencion, y fué celebrada y tenida por discreta de los que la oyeron, y luego Sancho se levantó de la mesa, y llamando al secretario, se encerró con él en su estancia, y sin dilatarlo más, quiso responder á su señor D. Quijote; y dijo al secretario, que sin añadir ni quitar cosa alguna, fuese escribiendo lo que él le dijese; y así lo hizo; y la carta de la respuesta fué del tenor siguiente:

CARTA DE SANCHO PANZA Á DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

La ocupacion de mis negocios es tan grande, que no tengo lugar para rascarme la cabeza, ni aún para cortarme las uñas, y así las traigo tan crecidas cual Dios lo remedie. Digo esto, señor mio de mi alma, porque v. m. no se espante si hasta agora no he dado aviso de mi bien ó mal estar en este gobierno, en el cual tengo más hambre que cuando andábamos los dos por las selvas y por los despoblados. Escribióme el duque mi señor el otro dia, dándome aviso que habian entrado en esta ínsula ciertas espías para matarme, y hasta agora yo no he descubierto otra que un cierto doctor, que está en este lugar asalariado para matar á cuantos gobernadores aquí vinieren: llámase el doctor Pedro Récio, y es natural de Tirteafuera, porque vea v. m. qué nombre para no temer que he de morir á sus manos. Este tal doctor dice él mismo de sí mismo, que él no cura las enfermedades cuando las hay, sino que las previene para que no vengan, y las medicinas que usa son dieta y más dieta, hasta poner la persona en los huesos mondos, como sinó fuese mayor mal la flaqueza que la calentura. Finalmente, él me vá matando de hambre, y yo me voy muriendo de despecho, pues cuando pensé venir á este gobierno á comer caliente y á beber frio, y á recrear el cuerpo entre sábanas de holanda sobre colchones de pluma he venido á hacer penitencia como si fuera ermitaño, y como no la hago de mi voluntad, pienso que al cabo al cabo me ha de llevar el diablo.=Hasta agora no he tocado derecho, ni llevado cohecho, y no puedo pensar en qué vá esto, porque aquí me han dicho que á los gobernadores que á esta ínsula suelen venir, ántes de entrar en ella, ó les han dado ó les han prestado los del pueblo muchos dineros, y que esta es ordinaria usanza en los demás que van á gobiernos, no solamente en este.=Yo visito las pla-

2 Amigo Platon, pero más amiga la verdad.

zas, como v. m. me lo aconseja, y ayer hallé una tendera que vendia avellanas nuevas, y averigüele que habia mezclado con una hanega de avellanas nuevas otra de viejas, vanas y podridas: apliquélas todas para los niños de la doctrina, que las sabrian bien distinguir, y sentenciéla que por quince dias no entrase en la plaza: hánme dicho que lo hice valerosamente: lo que sé decir á v. m. es, que es fama en este pueblo que no hay gente más mala que las placeras, porque todas son desvergonzadas, desalmadas y atrevidas, y yo así lo creo por las que he visto en otros pueblos.=De que mi señora la duquesa haya escrito á mi mujer Teresa Panza, y enviádole el presente que v. m. dice, estoy muy satisfecho, y procuraré de mostrarme agradecido á su tiempo: bésele v. m. las manos de mi parte, diciendo que digo yo, que no lo ha echado en saco roto, como lo verá por la obra. No querria que v. m. tuviese trabacuentas de disgusto con esos mis señores; porque si v. m. se enoja con ellos, claro está que ha de redundar en mi daño, y no será bien, que pues se me dá á mí por consejo que sea agradecido, que v. m. no lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas, y con tanto regalo ha sido tratado en su castillo. Aquello del gateado no entiendo; pero imagino que debe de ser alguna de las malas fechorías que con v. m. suelen usar los malos encantadores; yo lo sabré cuando nos veamos. Quisiera enviarle á v. m. alguna cosa; pero no sé qué envie, sinó es algunos cañutos de jeringas, que para con vejigas los hacen en esta ínsula muy curiosos; aunque si me dura el oficio, yo buscaré qué enviar de haldas ó de mangas[3]. Si me escribiere mi mujer Teresa Panza, pague v. m. el porte, y envíeme la carta, que tengo grandísimo deseo de saber el estado de mi casa, de mi mujer y de mis hijos. Y con esto Dios libre á v. m. de mal intencionados encantadores, y á mí me saque con bien y en paz deste gobierno, que lo dudo, porque lo pienso dejar con la vida, segun me trata el doctor Pedro Récio.=Criado de v. m., SANCHO PANZA, *el gobernador.*

Cerró la carta el secretario, y despachó luego al correo, y juntándose los burladores de Sancho, diéron órden entre sí como despacharle del gobierno, y aquella tarde la pasó Sancho en hacer algunas ordenanzas tocantes al buen gobierno de la que él imaginaba ser ínsula, y ordenó que no hubiese regatones[4] de los bastimentos en la república, y que pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiesen, con aditamento que declarasen el lugar de donde era, para ponerle el précio segun su estimacion, bondad y fama, y el que lo aguase ó le mudase el nombre perdiese la vida por ello: moderó el précio de todo calzado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corria con exorbitancia: puso tasa en los salarios de los criados, que caminaban á

3 De derechos que debia percibir Sancho como gobernador. 4 Revendedores.

rienda suelta por el camino del interese: puso gravísimas penas á los que cantasen cantares lascivos y descompuestos, ni de noche ni de dia: ordenó que ningun ciego cantase milagro en coplas, sinó trujese testimonio auténtico de ser verdadero, por parecerle que los más que los ciegos cantan son fingidos en perjuicio de los verdaderos. Hizo y creó un alguacil de pobres, no para que los persiguiese, sino para que los examinase si lo eran, porque á la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa, andan los brazos ladrones y la salud borracha. En resolucion él ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran: *las constituciones del gran gobernador Sancho Panza.*

CAPITULO XLIII.

Donde se cuenta la aventura de la segunda dueña dolorida ó angustiada, llamada por otro nombre Doña Rodriguez.

Estando ya D. Quijote sano de sus aruños le pareció que la vida que en aquel castillo tenia era contra toda la órden de caballería que profesaba, y así determinó de pedir licencia á los duques para partirse á Zaragoza, cuyas fiestas llegaban cerca, adonde pensaba ganar el arnés, que en las tales fiestas se conquista. Y estando un dia á la mesa con los duques y comenzando á poner en obra su intencion y pedir la licencia, veis aquí á deshora entrar por la puerta de la gran sala dos mujeres, como despues pareció, cubiertas de luto de los piés á cabeza, y la una dellas llegándose á D. Quijote se le echó á los piés, tendida de largo á largo, y daba unos gemidos tan tristes, tan profundos y tan dolorosos, que puso en confusion á todos los que la oian y miraban: y aunque los duques pensaron que seria alguna burla que sus criados querrian hacer á D. Quijote, todavía viendo el ahinco con que la mujer suspiraba, gemia y lloraba, los tuvo dudosos y suspensos, hasta que D. Quijote compasivo la levantó del suelo, é hizo que se descubriese y quitase el manto de sobre la faz llorosa. Ella lo hizo así, y mostró ser Doña Rodriguez, la dueña de casa, y la otra enlutada era su hija, la burlada del hijo del labrador rico. Admiráronse todos aquellos que la conocian, y más los duques que ninguno, que puesto que la tenian por boba y de buena pasta, no por tanto que viniese á hacer locuras. Finalmente Doña Rodriguez volviéndose á los señores, les dijo: vuesas excelencias sean servidos de darme licencia que yo departa un poco con este caballero, porque así conviene para salir con bien del negocio en que me há puesto el atrevimiento de un mal intencionado villano. El duque dijo que él se la daba, y que departiese con el señor D. Quijote cuanto le viniese en deseo. Ella, enderezando la

voz y el rostro á D. Quijote, dijo: dias há, valeroso caballero, que os tengo dada cuenta de la sinrazon y alevosía que un mal labrador tiene fecha á mi muy querida y amada fija, y vos me habedes prometido de volver por ella, enderezándole el tuerto que le tienen fecho, y agora há llegado á mi noticia que os queredes partir deste castillo en busca de las buenas venturas que Dios os depare, y así querria que ántes que os escurriésedes por esos caminos, desafiásedes á este rústico indómito, y le hiciésedes que se casase con mi hija en cumplimiento de la palabra que le dió de ser su esposo: porque pensar que el duque mi señor me há de hacer justicia, es pedir peras al olmo, por la ocasion que ya á v. m. en puridad tengo declarada. Á cuyas razones respondió Don Quijote: buena dueña, enjugad vuestras lágrimas y ahorrad de vuestros suspiros, que yo tomo á mi cargo el remedio de vuestra hija, á la cual le hubiera estado mejor no haber sido tan fácil en creer promesas de enamorados, las cuales por la mayor parte son ligeras de prometer y muy pesadas de cumplir, y así con licencia del duque mi señor, yo me partiré luego en busca dese desalmado mancebo, y le hallaré, y le desafiaré, y le mataré cada y cuando que se excusare de cumplir la prometida palabra: que el principal asunto de mi profesion es perdonar á los humildes, y castigar á los soberbios: quiero decir, acorrer á los miserables, y destruir á los rigurosos. No es menester, respondió el duque, que v. m. se ponga en trabajo de buscar al rústico, de quien esta buena dueña se queja, ni es menester tampoco que v. m. me pida á mí licencia para desafiarle, que yo le doy por desafiado, y tomo á mi cargo de hacerle saber este desafío, y que le acete, y venga á responder por sí á este mi castillo, donde á entrambos daré campo seguro, guardando todas las condiciones que en tales actos suelen y deben guardarse.

Pues con ese seguro y con buena licencia de vuesa grandeza, replicó D. Quijote, desde aquí digo que por esta vez renúncio mi hidalguía, y me allano y me ajusto con la llaneza del dañador, y me hago igual con él, habilitándole para poder combatir conmigo; y así, aunque ausente, le desafío y repto en razon de que hizo mal en defraudar á esta pobre, y de que há de cumplir la palabra que le dió de ser su legítimo esposo, ó morir en la demanda. Y luego descalzándose un guante le arrojó en mitad de la sala, y el duque le alzó, diciendo que, como ya habia dicho, él acetaba el tal desafío en nombre de su vasallo, y señalaba el plazo de allí á seis dias, y el campo en la plaza de aquel castillo, y las armas las acostumbradas de los caballeros, lanza, escudo y arnés tranzado con todas las demás piezas, sin engaño, superchería, ó supersticion alguna, examinadas y vistas por los jueces del campo; pero ante todas cosas es menester que esta buena dueña y esta mala

doncella pongan el derecho de su justicia en manos del señor D. Quijote, que de otra manera no se hará nada, ni llegará á debida ejecucion el tal desafio. Yo sí pongo, respondió la dueña, y yo tambien, añadió la hija, toda llorosa, toda vergonzosa y de mal talante. Estando en esto, para acabar de regocijar la fiesta y dar buén fin á la comida, veis aquí donde entró por la sala el paje que llevó las cartas y presentes á Teresa Panza, mujer del gobernador Sancho Panza, de cuya llegada recibieron gran contento los duques, deseosos de saber lo que le habia sucedido en su viaje; y preguntándoselo, respondió el paje que no lo podia decir tan en público, ni con breves palabras, que sus excelencias fuesen servidos de dejarlo para á solas, y que entre tanto se entretuviesen con aquellas cartas; y sacando dos cartas, las puso en manos de la duquesa: la una decia en el sobrescrito: *Carta para mi señora la duquesa tal, de no sé donde*; y la otra. *Á mi marido Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, que Dios prospere más años que á mí.* No se le cocia el pan [1], como suele decirse, á la duquesa hasta leer su carta; y habiéndola leido para sí, y viendo que la podia leer en voz alta para que el duque y los circunstantes la oyesen, leyó desta manera:

CARTA DE TERESA PANZA Á LA DUQUESA.

Mucho contento me dió, señora mia, la carta que vuesa grandeza me escribió, que en verdad que la tenia bien deseada. La sarta de corales es muy buena, y el vestido de caza de mi marido no le va en zaga. De que vuestra señoría haya hecho gobernador á Sancho mi consorte, ha recibido mucho gusto todo este lugar, puesto que no hay quien lo crea, principalmente el cura y Maese Nicolás el barbero, y Sanson Carrasco el bachiller: pero á mí no se me da nada, que como ello sea así, como lo es, diga cada uno lo que quisiere; aunque si va á decir verdad, á no venir los corales y vestido, tampoco yo lo creyera, porque en este pueblo todos tienen á mi marido por un porro, y que sacado de gobernar un hato de cabras, no puede imaginar para qué gobierno pueda ser bueno: Dios lo haga y lo encamine como ve que lo han menester sus hijos. Yo, señora de mi alma, estoy determinada con licencia de v. m. de meter este buen dia en mi casa [2] yéndome á la córte á tenderme en un coche para quebrar los ojos [3] á mil envidiosas que ya tengo; y así suplico á vuestra excelencia mande á mi marido me envie algun dinerillo, y que sea algo qué [4], porque en la córte son los gastos grandes, que el pan vale á real, y la carne la libra á treinta

1 Estaba impaciente por leer, ó hasta leer la carta. 2 De gozarle, de aprovecharle.
3 Lo mismo que *dar en ojos*, mortificar, causar envidia. 4 Que sea de algun valor.

maravedís, que es un juicio [5]*; y si quisiere que no vaya, que me lo avise con tiempo, porque me están bullendo los pies por ponerme en camino; que me dicen mis amigas y vecinas, que si yo y mi hija andamos orondas y pomposas en la córte, vendrá á ser conocido mi marido por mí más que yo por él: siendo forzoso que pregunten muchos: ¿quién son estas señoras deste coche? y un criado mio responderá, la mujer y la hija de Sancho Panza, gobernador de la ínsula Barataria, y desta manera será conocido Sancho, y yo seré estimada, y á Roma por todo. Pésame cuanto pesarme puede que este año no se han cogido bellotas en este pueblo, con todo eso envio á vuesa alteza hasta medio celemin, que una á una las fui yo á coger y á escoger al monte, y no las hallé más mayores: yo quisiera que fueran como huevos de avestruz.=No se le olvide á Vuestra Pomposidad de escribirme, que yo tendré cuidado de la respuesta, avisando de mi salud y de todo lo que hubiere de avisar deste lugar, donde quedo rogando á nuestro Señor guarde á vuestra grandeza, y á mi no me olvide. Sancha mi hija y mi hijo besan á v. m. las manos. La que tiene más deseo de ver á V. S. que de escribirla.=Su criada,* TERESA PANZA.=Grande fué el gusto que todos recibieron de oir la carta de Teresa Panza, principalmente los duques: la duquesa pidió parecer á D. Quijote si seria bien abrir la carta que venia para el gobernador, que imaginaba debia de ser bonísima. D. Quijote dijo que él la abriria por darles gusto, y así lo hizo, y vió que decia desta manera:

CARTA DE TERESA PANZA Á SANCHO PANZA SU MARIDO.

Tu carta recibí, Sancho mio de mi alma, y yo te prometo y juro como católica cristiana, que no faltaron dos dedos para volverme loca de contento. Mira, hermano, cuando yo llegué á oir que eres gobernador, me pensé allí caer muerta de puro gozo, que ya sabes tú que dicen, que así mata la alegria súbita como el dolor grande. A Sanchica tu hija se le fueron las aguas sin sentirlo, de puro contento. El vestido que me enviaste tenia delante, y los corales que me envió mi señora la duquesa al cuello, y las cartas en las manos, y el portador dellas allí presente, y con todo eso creia y pensaba que era todo sueño lo que veia y lo que tocaba; porque ¿quién podria pensar que un pastor de cabras habia de venir á ser gobernador de ínsulas? Ya sabes tú, amigo, que decia mi madre, que era menester vivir mucho para ver mucho: dígolo porque pienso ver más si vivo más, porque no pienso parar hasta verte arrendador ó alcabalero, que son oficios que aunque lleva el diablo á quien mal los usa, en fin, en fin siempre tienen y manejan dineros. Mi señora la duquesa te dirá el deseo que

5 Que es una cosa muy extraña, un asombro.

tengo de ir á la córte: mírate en ello, y avísame de tu gusto, que yo procuraré honrarte en ella andando en coche.=El cura, el barbero, el bachiller y áun el sacristan no pueden creer que eres gobernador, y dicen que todo es embeleco, ó cosa de encantamento, como son todas las de Don Quijote tu amo; y dice Sanson que ha de ir á buscarte y á sacarte el gobierno de la cabeza, y á D. Quijote la locura de los cascos: yo no hago sino reirme, mirar mi sarta, y dar traza del vestido que tengo de hacer del tuyo á nuestra hija. Unas bellotas envié á mi señora la duquesa, yo quisiera que fueran de oro. Enviame tú algunas sartas de perlas si se usan en esa ínsula. Las nuevas deste lugar son, que la Berrueca casó á su hija con un pintor de mala mano, que llegó á este pueblo á pintar lo que saliese. Mandóle el concejo pintar las armas de su Majestad sobre las puertas del ayuntamiento, pidió dos ducados, diéronselos adelantados, trabajó ocho dias, al cabo de los cuales no pintó nada, y dijo que no acertaba á pintar tantas baratijas: volvió el dinero, y con todo eso se casó á título de buen oficial: verdad es que ya ha dejado el pincel y tomado el azada, y vá al campo como gentil-hombre.=El hijo de Pedro de Lobo se ha ordenado de grados y corona, con intencion de hacerse clérigo; súpolo Minguilla, la nieta de Mingo Silvato, y hále puesto demanda de que la tiene dada palabra de casamiento: malas lenguas quieren decir que ha estado en cinta dél; pero él lo niega á piés juntillas.=Ogaño no hay aceitunas, ni se halla una gota de vinagre en todo este pueblo. Por aquí pasó una compañía de soldados; llevároose de camino tres mozas deste pueblo: no te quiero decir quien son, quizá volverán, y no faltará quien las tome por mujeres con sus tachas buenas ó malas. Sanchica hace puntas de randas, gana cada dia ocho maravedís horros, que los vá echando en una alcancía para ayuda de su ajuar; pero ahora que es hija de un gobernador, tú le darás la dote sin que ella lo trabaje. La fuente de la plaza se secó; un rayo cayó en la picota, y allí me las den todas. Espero respuesta desta, y la contestacion de mi ida á la córte: y con esto Dios te me guarde más años que á mí, ó tantos, porque no querria dejarte sin mí en este mundo.— Tu mujer, TERESA PANZA.=Las cartas fueron solemnizadas, reidas, estimadas y admiradas; y para acabar de echar el sello, llegó el correo, que traia la que Sancho enviaba á D. Quijote, y asimismo se leyó públicamente, la cual puso en duda la sandez del gobernador. Retiróse la duquesa para saber del paje lo que le habia sucedido en el lugar de Sancho, el cual se lo contó muy por extenso, sin dejar circunstancia que no refiriese: dióle las bellotas, y más un queso que Teresa le dió por ser muy bueno, que se aventajaba á los de Tronchon: recibiólo la duquesa con grandísimo gusto, con el cual la dejaremos por contar el fin que tuvo el gobierno del gran Sancho Panza, flor y espejo de todos los insulanos gobernadores.

CAPITULO XLIV.

Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza.

Pensar que las cosas de esta vida han de durar siempre en un ser, es pensar en lo excusado, ántes parece que ella anda todo en redondo, digo á la redonda. Á la primavera sigue el verano, al verano el estío, al estío el otoño, al otoño el invierno, al invierno la primavera, y así torna á andarse el tiempo con esta rueda contínua. Solo la vida humana corre á su fin ligera, más que el tiempo, sin esperar renovarse, sino es en la otra, que no tiene términos que la limiten. Esto dice Cide Hamete, filósofo mahomético: porque esto de entender la ligereza é instabilidad de la vida presente, y de la duracion de la eterna que se espera, muchos sin lumbre de fé, sino con la luz natural lo han entendido, pero aquí nuestro autor lo dice por la presteza con que se acabó, se consumió, se deshizo, se fué como en sombra y humo el gobierno de Sancho, el cual estando la sétima noche de los dias de su gobierno en su cama, no harto de pan ni de vino, sino de juzgar y dar pareceres, y de hacer estatutos y pragmáticas, cuando el sueño á despecho y pesar de la hambre, le comenzaba á cerrar los párpados, oyó tan gran ruido de campanas y de voces, que no parecia sino que toda la ínsula se hundia. Sentóse en la cama, y estuvo atento y escuchando, por ver si daba en la cuenta de lo que podia ser la causa de tan grande alboroto; pero no solo no lo supo, sino que añadiéndose al ruido de voces y campanas el de infinitas trompetas y atambores, quedó más confuso y lleno de temor y espanto, y levantándose en pié, se puso unas chinelas por la humedad del suelo, y sin ponerse sobreropa de levantar, ni cosa que se pareciese, salió á la puerta de su aposento á tiempo cuando vió venir por unos corredores más de veinte personas con hachas encendidas en las manos, y con las espadas desenvainadas gritando todos á grandes voces: arma, arma, señor gobernador, arma, que han entrado infinitos enemigos en la ínsula, y somos perdidos, si vuestra indústria y valor no nos socorre.

Con este ruido, furia y alboroto llegaron donde Sancho estaba atónito y embelesado de lo que oia y veia, y cuando llegaron á él uno le dijo: ármese luego vuestra señoría, sinó quiere perderse y que toda esta ínsula se pierda. ¿Qué me tengo de armar? respondió Sancho, ¿ni qué sé yo de armas ni de socorros? Estas cosas mejor será dejarlas para mi amo D. Quijote, que en dos paletas las despachará y pondrá en cobro; que yo, pecador fuí á Dios, no se me entiende nada destas priesas. Ah,

señor gobernador, dijo otro, ¿qué relente [1] es ese? ármese v. m., que aquí le traemos armas ofensivas y defensivas, y salga á esa plaza, y sea nuestra guía y nuestro capitan, pues de derecho le toca el serlo, siendo nuestro gobernador. Arménme norabuena, replicó Sancho, y al momento le trujeron dos paveses [2], de que venian proveidos, y le pusieron encima de la camisa, sin dejarle tomar otro vestido, un pavés delante y otro detrás, y por unas concavidades que traian hechas le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedó emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas, ni menearse un solo paso. Pusiéronle en las manos una lanza, á la cual se arrimó para poder tenerse en pié. Cuando así le tuvieron, le dijeron que caminase, los guiase, y animase á todos, que siendo él su norte, su lanterna y su lucero, tendrian buen fin sus negocios. ¿Cómo tengo de caminar, desventurado yo, respondió Sancho, que no puedo jugar las choquezuelas de las rodillas, porque me lo impiden estas tablas que tan cosidas tengo con mis carnes? Lo que han de hacer es llevarme en brazos, y ponerme atravesado, ó en pié en algun postigo, que yo le guardaré ó con esta lanza ó con mi cuerpo. Ande, señor gobernador, dijo otro; que más el miedo que las tablas le impiden el paso: acabe y menéese, que es tarde, y los enemigos crecen, y las voces se aumentan, y el peligro carga. Por cuyas persuasiones y vituperios probó el pobre gobernador á moverse, y fué dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensó que se habia hecho pedazos. Quedó como galápago encerrado y cubierto con sus conchas, ó como medio tocino metido entre dos artesas, ó bien así como barca que dá al través en la arena: y no por verle caido aquella gente burladora le tuvieron compasion alguna, ántes, apagando las antorchas, tornaron á reforzar las voces, y á reiterar el arma con tan gran priesa, pasando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los pavéses, que si él no se recogiera y encogiera metiendo la cabeza entre ellos, lo pasára muy mal el pobre gobernador, el cual en aquella estrecheza recogido, sudaba y trasudaba, y de todo corazon se encomendaba á Dios que de aquel peligro le sacase. Unos tropezaban en él, otros caian, y tal hubo que se puso encima un buén espacio, y desde allí como desde atalaya gobernaba los ejércitos y á grandes voces decia: aquí de los nuestros, que por esta parte cargan más los enemigos: aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se tranquen, vengan alcancías [3], pez y resina, vengan calderas de aceite hirviendo, trin-

1 ¿Qué lentitud, qué cachaza es esta? 2 El *pavés* era una especie de escudo largo, que cubria todo el cuerpo del soldado. 3 Eran unas vasijas con fuego de alquitrán, que se lanzaban sobre el enemigo.

chéense [4] las calles con colchones. En fin, él nombraba con todo ahinco todas las baratijas é instrumentos y pertrechos de guerra con que suele defenderse una ciudad; y el molido Sancho, que lo escuchaba y sufria todo, decia entre sí: ¡oh si el Señor fuese servido que se acabase ya de perder esta ínsula, y me viese yo, ó muerto ó fuera desta grande angustia! Oyó el cielo su peticion, y cuando ménos lo esperaba oyó voces que decian: vitória vitória, los enemigos van de vencida: éa, señor gobernador, levántese v. m., y venga á gozar del vencimiento, y á repartir los despojos que se han tomado á los enemigos por el valor desse invencible brazo. Levántenme, dijo con voz doliente el dolorido Sancho. Ayudáronle á levantar, y puesto en pié, dijo: el enemigo que yo hubiere vencido, quiero que me le claven en la frente: yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar á algun amigo, si es que le tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjugue este sudor, que me hago agua. Limpiáronle, trujéronle el vino, desliáronle los paveses, sentóse sobre su lecho, y desmayóse del temor, del sobresalto y del trabajo. Ya les pesaba á los de la burla de habérsela hecho tan pesada; pero el haber vuelto en sí Sancho les templó la pena que les habia dado su desmayo. Preguntó qué hora era: respondiéronle que ya amanecia. Calló, y sin decir otra cosa, comenzó á vestirse todo sepultado en silencio, y todos le miraban, y esperaban en qué habia de parar la priesa con que se vestia.

Vistióse en fin, y poco á poco, porque estaba molido y no podia ir mucho á mucho, se fué á la caballeriza, siguiéndole todos los que allí se hallaban, y llegándose al rúcio, le abrazó y le dió un beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos le dijo: venid vos acá, compañero mio, amigo mio, y conllevador de mis trabajos y miserias: cuando yo me avenia con vos, y no tenia otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos, y de sustentar vuestro corpezuelo, dichosas eran mis horas, mis dias y mis años; pero despues que os dejé, y me subí sobre las torres de la ambicion y de la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos. Y en tanto que estas razones iba diciendo, iba asimismo enalbardando el asno, sin que nadie nada le dijese. Enalbardado, pues, el rúcio, con gran pena y pesar subió sobre él, y encaminando sus palabras y razones al mayordomo, al secretario, al maestresala, á Pedro Récio el doctor, y á otros muchos que allí presentes estaban, dijo: abrid camino, señores mios, y dejadme volver á mi antígua libertad: dejadme que vaya á buscar la vida pasada, para que me resucite desta muerte presente. Yo no nací para ser goberna-

4 Atrinchérense.

dor, ni para defender ínsulas ni ciudades de los enemigos que quisieren acometerlas. Mejor se me entiende á mí de arar y cavar, podar y ensarmentar las viñas, que de dar leyes, ni de defender provincias ni reinos. Bien se está San Pedro en Roma: quiero decir, que bien se está cada uno usando el oficio para que fué nacido. Mejor me está á mí una hoz en la mano, que un cetro de gobernador: más quiero hartarme de gazpachos, que estar sujeto á la miseria de un médico impertinente, que me mate de hambre; y más quiero recostarme á la sombra de una encina en el verano, y arroparme con un zamarro de dos pelos en el invierno en mi libertad, que acostarme con la sujecion del gobierno entre sábanas de holanda, y vestirme de martas cebollinas. Vs. ms. se queden con Dios, y digan al duque mi señor, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano; quiero decir, que sin blanca entré en este gobierno, y sin ella salgo, bien al revés de como suelen salir los gobernadores de otras ínsulas: y apártense, déjenme ir, que me voy á bizmar, que creo que tengo brumadas todas las costillas, merced á los enemigos que esta noche se han paseado sobre mí. No ha de ser así, señor gobernador, dijo el doctor Récio, que yo le daré á v. m. una bebida contra caidas y molimientos, que luego le vuelva en su prístina entereza y vigor, y en lo de la comida yo prometo á v. m. de enmendarme, dejándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere. Tarde piache [5], respondió Sancho: así dejaré de irme como volverme turco. No son estas burlas para dos veces. Por Dios que así me quede en este, ni admita otro gobierno, aunque me le diesen entre dos platos, como volar al cielo sin alas. Yo soy del linaje de los Panzas, que todos son testarudos, y si una vez dicen nones, nones han de ser, aunque sean pares á pesar de todo el mundo. Quédense en esta caballeriza las alas de la hormiga, que me levantaron en el aire, para que me comiesen vencejos y otros pájaros, y volvámonos á andar por el suelo con pié llano, que sinó le adornáren zapatos picados de cordobán, no le faltarán alpargatas toscas de cuerda: cada oveja con su pareja; y nadie tienda más la pierna de cuanto fuere larga la sábana: y déjenme pasar, que se me hace tarde. Á lo que el mayordomo dijo: señor gobernador, de muy buena gana dejáramos ir á v. m., puesto que nos pesará mucho de perderle, que su ingenio y su cristiano proceder obligan á desearle; pero ya se sabe que todo gobernador está obligado, ántes que se ausente de la parte donde ha gobernado, á dar primero residéncia [6]; déla v. m. de los diez dias que há que tiene el gobierno, y váyase á la paz de Dios. Nadie me la puede pedir, respondió Sancho, sinó es quien ordenáre el

5 No has hablado á tiempo, ya es tarde. 6 Dar cuenta del desempeño de algun cargo ú oficio, y de los caudales públicos que se han manejado.

duque mi señor: yo voy á verme con él, y á él se la daré de molde: cuanto más, que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dar á entender que he gobernado como un ángel. Par Dios que tiene razon el gran Sancho, dijo el doctor Récio, y que soy de parecer que le dejemos ir, porque el duque ha de gustar infinito de verle. Todos vinieron en ello, y le dejaron ir, ofreciéndole primero compañía y todo aquello que quisiese para el regalo de su persona y para la comodidad de su viaje. Sancho dijo que no queria más de un poco de cebada para el rúcio, medio queso y medio pan para él, que pues el camino era tan corto, no habia menester mayor ni mejor reposteria. Abrazáronle todos, y él llorando abrazó á todos, y los dejó admirados, así de sus razones como de su determinacion tan resoluta [7] y tan discreta.

CAPITULO XLV.

De cosas sucedidas á Sancho en el camino, y otras que no hay más que ver.

Resolviéronse el duque y la duquesa de que el desafío que D. Quijote hizo á su vasallo por la causa ya referida pasase adelante; y puesto que el mozo estaba en Flandes, adonde se habia ido huyendo, por no tener por suegra á Doña Rodríguez, ordenaron de poner en su lugar á un lacayo gascon, que se llamaba Tosílos, industriándole primero muy bien de todo lo que habia de hacer. De allí á dos dias dijo el duque á D. Quijote, cómo desde allí á cuatro vendria su contrario, y se presentaría en el campo armado como caballero, y sustentaría cómo la doncella mentia por mitad de la barba, y áun por toda la barba entera, si se afirmaba que él le hubiese dado palabra de casamiento. D. Quijote recibió mucho gusto con las tales nuevas, y se prometió á sí mismo de hacer maravillas en el caso, y tuvo á gran ventura habérsele ofrecido ocasion donde aquellos señores pudiesen ver hasta dónde se extendia el valor de su poderoso brazo, y así con contento y alborozo esperaba los cuatro dias, que se le iban haciendo á la cuenta de su deseo cuatrocientos siglos. Dejémoslos pasar nosotros, como dejamos pasar otras cosas, y vamos á acompañar á Sancho, que entre alegre y triste venia caminando sobre el rúcio á buscar á su amo, cuya compañía le agradaba más que ser gobernador de todas las ínsulas del mundo. Sucedió, pues, que no habiéndose alongado mucho de la ínsula del su gobierno, vió que por el camino por donde él iba venian seis peregrinos con sus bordones, destos extranjeros que piden la limosna cantando, los cua-

7 Tan resuelta.

les en llegando á él se pusieron en ala, y levantando las voces todos juntos, comenzaron á cantar en su lengua lo que Sancho no pudo entender, sino fué la palabra limosna que claramente pronunciaban, por donde entendió que era limosna la que en su canto pedian, y como él era caritativo además, sacó de sus alforjas medio pan y medio queso, de que venia proveido, y dióselo diciéndoles por señas que no tenia otra cosa que darles. Ellos lo recibieron de muy buena gana y dijeron: güelte, güelte [1]. No entiendo, respondió Sancho, qué es lo que me pedís, buena gente. Entonces uno dellos sacó una bolsa del seno, y mostrósela á Sancho, por donde entendió que le pedian dineros, y él poniéndose el dedo pulgar en la garganta, y extendiendo la mano arriba, les dió á entender que no tenia ostugo [2] de moneda, y picando al rúcio rompió por ellos; y al pasar, habiéndole estado mirando uno dellos con mucha atencion, arremetió á él, echándole los brazos por la cintura, en voz alta y muy castellana dijo: válame Dios, ¿qué es lo que veo? ¿es posible que tengo en mis brazos al mi caro amigo, al mi buen vecino Sancho Panza? Sí tengo sin duda, porque yo ni duermo, ni estoy ahora borracho. Admiróse Sancho de verse nombrar por su nombre, y de verse abrazar del extranjero peregrino, y despues de haberle estado mirando, sin hablar palabra, con mucha atencion, nunca pudo conocerle; pero viendo su suspension el peregrino le dijo; cómo ¿y es posible, Sancho Panza hermano, que no conoces á tu vecino Ricote el morisco, tendero de tu lugar?

Entonces Sancho le miró con más atencion y comenzó á refigurarle [3], y finalmente le vino á conocer de todo punto, y sin apearse del jumento le echó los brazos al cuello y le dijo: ¿quién diablos te habia de conocer, Ricote, en ese traje de moharracho que traes? Dime, ¿quién te ha hecho franchote [4], y cómo tienes atrevimiento de volver á España, donde si te cogen y conocen tendrás harto mala ventura? Si tú no me descubres, Sancho, respondió el peregrino, seguro estoy, que en este traje no habrá nadie que me conozca; y apartémonos del camino á aquella alameda que allí parece, donde quieren comer y reposar mis compañeros, y allí comerás con ellos, que son muy apacible gente; yo tendré lugar de contarte lo que me há sucedido despues que me partí de nuestro lugar por obedecer el bando de su majestad, que con tanto rigor á los desdichados de mi nacion amenazaba, segun oiste. Hízolo así Sancho, y hablando Ricote á los demás peregrinos, se apartaron á la alameda que se parecia, bien desviados del camino real. Arrojaron los bordones, quitáronse las mucetas ó esclavinas, y quedaron en pelota [5],

1 Palabra alemana que significa *dinero*. 2 Que no tenia ni blanca. 3 A reconocerle, recordarle. 4 Franchute es como dice hoy la gente ordinaria. 5 En mangas de camisa.

y todos ellos eran mozos y muy gentiles hombres, excepto Ricote, que ya era hombre entrado en años. Todos traian alforjas, y todas, segun pareció, venian bien proveidas, á lo ménos de cosas incitativas y que llaman á la sed de dos léguas. Tendiéronse en el suelo, y haciendo manteles de las yerbas, pusieron sobre ellas sal, pan, cuchillos, nueces, rajas de queso, huesos mondos de jamon, que sinó se dejaban mascar, no defendian el ser chupados [6]. Pusieron asimismo un manjar negro que dicen que se llama cabial, y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre [7]; no faltaron aceitunas, aunque secas y sin adobo alguno, pero sabrosas y entretenidas; pero lo que más campeó en aquel banquete fueron seis botas de vino, que cada uno sacó la suya de su alforja; hasta el buen Ricote, que se habia trasformado de morisco en aleman ó tudesco, sacó la suya, que en grandeza podia competir con las cinco. Comenzaron á comer con grandísimo gusto y muy despacio, saboreándose con cada bocado, que le tomaban con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa, y luego al punto todos á una levantaron los brazos y las botas en el aire, puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, que no parecia sino que ponian en él la puntería; y desta manera, meneando las cabezas á un lado y á otro, señales que acreditaban el gusto que recebian, se estuvieron un buén espacio, trasegando á sus estómagos las entrañas de las vasijas. Todo lo miraba Sancho, y de ninguna cosa se dolia; ántes por cumplir con el refrán que él muy bien sabia, de cuando á Roma fueres haz como vieres, pidió á Ricote la bota y tomó su puntería como los demás, y no con ménos gusto que ellos. Cuatro veces dieron lugar las botas para ser empinadas, pero la quinta no fué posible, porque ya estaban más enjutas y secas que un esparto, cosa que puso mústia la alegria que hasta allí habian mostrado. De cuando en cuando juntaba alguno su mano derecha con la de Sancho, y decia: *español y tudesqui tuto uno bon compaño*; y Sancho respondia: *bon compaño jura Di*, y disparaba con una risa que le duraba una hora, sin acordarse entonces de nada de lo que le habia sucedido en su gobierno; porque sobre el rato y tiempo en que se come y bebe, poca jurisdiccion suelen tener los cuidados. Finalmente, el acabársele el vino fué principio de un sueño que dió á todos, quedándose dormidos sobre las mismas mesas y manteles: solos Ricote y Sancho quedaron alerta, porque habian comido más y bebido ménos; y apartando Ricote á Sancho, se sentaron al pié de una haya, dejando á los peregrinos sepultados en dulce sueño, y Ricote sin tropezar nada en su lengua morisca, en la pura castellana le dijo las siguientes razones:

6 Podian ser chupados. 7 De la sed, del deseo de beber.

Bien sabes, oh Sancho Panza, vecino y amigo mio, como el pregon y bando que su majestad mandó publicar contra los de mi nacion [8], puso terror y espanto en todos nosotros; á lo ménos en mí le puso de suerte, que me parece que ántes del tiempo que se nos concedia para que hiciésemos ausencia de España, ya tenia el rigor de la pena ejecutado en mi persona y en la de mis hijos. Ordené, pues, á mi parecer como prudente de salir yo solo sin mi familia de mi pueblo, é ir á buscar donde llevarla con comodidad y sin la priesa con que los demás salieron, porque bien ví y vieron todos nuestros ancianos que aquellos pregones no eran sólo amenazas, como algunos decian, sino verdaderas leyes, que se habian de poner en ejecucion á su determinado tiempo; y forzábame á creer esta verdad saber yo los ruines y disparatados intentos que los nuestros tenian, y tales, que me parece que fué inspiracion divina la que movió á su majestad á poner en efecto tan gallarda resolucion, no porque todos fuésemos culpados, que algunos habia cristianos firmes y verdaderos; pero eran tan pocos, que no se podian oponer á los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente, con justa razon fuimos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos, pero al nuestro la más terrible que se nos podia dar. Do quiera que estamos lloramos por España, que en fin nacimos en ella y es nuestra patria natural. No hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido; y es el deseo tan grande que casi todos tenemos de volver á España, que los más de aquellos, y son muchos, que saben la lengua como yo, se vuelven á ella y dejan allá sus mujeres y sus hijos desamparados: tanto es el amor que la tienen; y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Salí, como digo, de nuestro pueblo, entré en Francia, pasé á Italia, llegué á Alemania, y allí me pareció que se podia vivir con más libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas; cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia. Dejé tomada casa en un pueblo junto á Augusta, juntéme con estos peregrinos, que tienen por costumbre venir á España muchos dellos cada año á visitar los santuarios, que los tienen por sus Indias y por certísima grangería y conocida ganáncia. Ándanla casi toda, y no hay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bebidos, como suele decirse, y con un real por lo ménos en dineros, y al cabo de su viaje salen con más de cien escudos de sobra, que trocados en oro, ó ya en el hueco de los bordones, ó entre los remiendos de las esclavinas, ó con la industria que ellos pueden, los sacan del reino y los pasan á sus tierras á pesar de las guardas de los

8 Se refiere á la expulsion de los moriscos el año 1609.

puestos y puertos donde se registran. Ahora es mi intencion, Sancho, sacar el tesoro que dejé enterrado, que por estar fuera del pueblo lo podré hacer sin peligro, y escribir ó pasar desde Valencia á mi hija y á mi mujer, que sé que están en Argel, y dar traza como traerlas á algun puerto de Francia, y desde allí llevarlas á Alemania, donde esperaremos lo que Dios quisiere hacer de nosotros.

A lo que respondió Sancho: creo que vas en balde á buscar lo que dejaste encerrado, porque tuvimos nuevas que habian quitado á tu cuñado y á tu mujer muchas perlas y mucho dinero en oro que llevaban por registrar. Bien puede ser eso, replicó Ricote; pero yo sé, Sancho, que no tocaron á mi encierro, porque yo no les descubrí dónde estaba, temeroso de algun desmán; y así, Sancho, si quieres venir conmigo y ayudarme á sacarlo y á encubrirlo, yo te daré doscientos escudos, con que podrás remediar tus necesidades, que ya sabes que sé yo que las tienes muchas. Yo lo hiciera, respondió Sancho; pero no soy nada codicioso, que á serlo, un oficio dejé yo esta mañana de las manos, donde pudiera hacer las paredes de mi casa de oro, y comer ántes de seis meses en platos de plata; y así por esto como por parecerme haria traicion á mi rey en dar favor á sus enemigos, no fuera contigo si como me prometes doscientos escudos me dieras aquí de contado cuatrocientos. ¿Y qué oficio es el que has dejado, Sancho? preguntó Ricote. Hé dejado de ser gobernador de una ínsula, respondió Sancho, y tal, que á buena fé que no halle otra como ella á tres tirones. ¿Y dónde está esta ínsula? preguntó Ricote. ¿Adónde? respondió Sancho; dos leguas de aquí, y se llama la ínsula Barataria. Calla, Sancho, dijo Ricote, que las ínsulas están allá dentro de la mar, que no hay ínsulas en la tierra firme. ¿Cómo no? replicó Sancho; dígote, Ricote amigo, que esta mañana me partí della, y ayer estuve en ella gobernando á mi placer como un sagitario; pero con todo eso la hé dejado, por parecerme oficio peligroso el de los gobernadores. ¿Y qué has ganado en el gobierno? preguntó Ricote. Hé ganado, respondió Sancho, el haber conocido que no soy bueno para gobernar sino es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales gobiernos son á costa de perder el descanso y el sueño, y áun el sustento, porque en las ínsulas deben de comer poco los gobernadores, especialmente si tienen médicos que miren por su salud. Yo no te entiendo, Sancho, dijo Ricote; pero paréceme que todo lo que dices es disparate; que ¿quién te habia de dar á tí ínsulas que gobernases? ¿faltaban hombres en el mundo más hábiles para gobernar que tú eres? Calla, Sancho, vuelve en tí, y mira si quieres venir conmigo, como te hé dicho, á ayudarme á sacar el tesoro que dejé escondido, que en verdad que es tanto que se puede llamar tesoro, y te daré con que vivas, como te hé dicho. Ya te hé dicho, Ricote, replicó Sancho, que no quie-

ro; conténtate que por mí no serás descubierto, y prosigue en buena hora tu camino, y déjame seguir el mio, que quiero llegar esta noche adonde está mi señor D. Quijote. Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya mis compañeros se rebullen, y tambien es hora que prosigamos nuestro camino; y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su rúcio, y Ricote se arrimó á su bordon, y se apartaron.

El haberse detenido Sancho con Ricote no le dió lugar á que aquel dia llegase al castillo del duque, puesto que llegó media legua dél, donde le tomó la noche algo escura y cerrada; pero como era verano, no le dió mucha pesadumbre, y así se apartó del camino con intencion de esperar la mañana y quiso su corta y desventurada suerte que buscando lugar donde mejor acomodarse, cayeron él y el rúcio en una honda y escurísima sima, que entre unos edificios muy antiguos estaba; y al tiempo de caer se encomendó á Dios de todo corazon, pensando que no habia de parar hasta el profundo de los abismos; y no fué así, porque á poco más de tres estados [9] dió fondo el rúcio; y él se halló encima dél sin haber recibido lision ni daño alguno. Tentóse todo el cuerpo, y recogió el aliento por ver si estaba sano ó agujereado por alguna parte; y viéndose bueno, entero y católico de salud, no se hartaba de dar grácias á Dios nuestro Señor de la merced que le habia hecho, porque sin duda pensó que estaba hecho mil pedazos. Tentó asimismo con las manos por las paredes de la sima, por ver si seria posible salir della sin ayuda de nadie, pero todas las halló rasas y sin asidero alguno, de lo que se congojó mucho especialmente cuando oyó que el rúcio se quejaba tierna y dolorosamente, y no era mucho, ni se lamentaba de vicio, que á la verdad no estaba muy bien parado. ¡Ay, dijo entonces Sancho Panza, y cuán no pensados sucesos suelen acontecer á cada paso á los que viven en este miserable mundo! ¿Quién dijera que el que ayer se vió entronizado gobernador de una ínsula, mandando á sus sirvientes y á sus vasallos, hoy se habia de ver sepultado en una sima sin haber persona alguna que le remedie, ni criado ni vasallo que acuda á su socorro? Aquí habremos de perecer de hambre yo y mi jumento, si ya no nos morimos ántes, él de molido y quebrantado, y yo de pesaroso: á lo ménos no seré yo tan venturoso como lo fué mi señor D. Quijote de la Mancha, cuando bajó á la cueva de aquel encantador Montesinos, donde halló quien le regalase mejor que en su casa, que no parece sino que se fué á mesa puesta y á cama hecha. Allí vió él visiones hermosas y apacibles, y yo veré aquí, á lo que creo, sapos y culebras. De aquí sacarán mis huesos, cuando el cielo sea servido que me descubran, mondos, blandos y raidos, y los de mi buen rúcio con ellos, por donde

9 Estado es la altura regular de un hombre.

quizá se echará de ver quien somos, á lo ménos de los que tuvieron noticia que nunca Sancho Panza se apartó de su asno, ni su asno de Sancho Panza. Otra vez digo, ¡miserables de nosotros! que no ha querido nuestra corta suerte que muriésemos en nuestra patria y entre los nuestros donde ya que no hallára remedio nuestra desgrácia, no faltára quien della se doliera, y en la hora última de nuestro pensamiento nos cerrára los ojos! ¡Oh compañero y amigo mio, qué mal pago te he dado de tus buenos servicios! Perdóname, y pide á la fortuna en el mejor modo que supieres, que nos saque deste miserable trabajo en que estamos puestos los dos, que yo prometo de darte los piensos doblados. Desta manera se lamentaba Sancho Panza, y su jumento le escuchaba sin responderle palabra alguna: tal era el aprieto y angustia en que el pobre se hallaba. Finalmente, habiendo pasado toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones, vino el dia con cuya claridad y resplandor vió Sancho que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo sin ser ayudado, y comenzó á lamentarse y dar voces por ver si alguno le oia; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no habia persona que pudiese escucharle, y entonces se acabó de dar por muerto. Estaba el rúcio boca arriba, y Sancho Panza le acomodó de modo que le puso en pié, que apenas se podia tener: y sacando de las alforjas, que tambien habian corrido la misma fortuna de la caida, un pedazo de pan, lo dió á su jumento, que no le supo mal, y díjole Sancho, como si lo entendiera: todos los duelos con pan son menos. En esto descubrió á un lado de la sima un agujero capaz de caber por él una persona si se agobiaba y encogia. Acudió á él Sancho Panza, y agazapándose se entró por él, y vió que por dentro era espacioso y largo, y púdolo ver porque por lo que se podia llamar techo entraba un rayo de sol, que lo descubria todo. Vió tambien que se dilataba y alargaba por otra concavidad espaciosa; viendo lo cual volvió á salir donde estaba el jumento, y con una piedra comenzó á desmoronar la tierra del agujero de modo que en poco espacio [10] hizo lugar donde con facilidad pudiese entrar el asno, como lo hizo, y cogiéndole del cabestro comenzó á caminar por aquella gruta adelante, por ver si hallaba alguna salida por otra parte: á veces iba á escuras, y á veces sin luz, pero ninguna vez sin miedo. Desta manera le pareció que habria caminado poco mas de media legua, al cabo de la cual descubrió una confusa claridad, que pareció ser ya de dia, y que por alguna parte entraba, que daba indicio de tener fin abierto aquel, para él, camino de la otra vida. Aquí le deja Cide Hamete Benengeli, y vuelve á tratar de D. Quijote, que alborozado y contento esperaba el plazo de la batalla que habia de ha-

10 En poco tiempo.

cer con el robador de la honra de la hija de Doña Rodriguez, á quien pensaba enderezar el tuerto y desaguisado, que malamente le tenian fecho.

Sucedió pues, que saliéndose una mañana á imponerse y ensayarse en lo que habia de hacer en el trance en que otro dia pensaba verse, dando un repelon ó arremetida á Rocinante, llegó á poner los piés tan junto á una cueva, que á no tirarle fuertemente las riendas, fuera imposible no caer en ella: en fin le detuvo y no cayó, y llegándose algo más cerca, sin apearse miró aquella hondura, y estándola mirando oyó grandes voces dentro, y escuchando atentamente pudo percibir y entender que el que las daba decia: há de arriba, ¿hay algun cristiano que me escuche? ¿ó algun caballero caritativo que se duela de un pecador enterrado en vida? ¿de un desdichado desgobernado gobernador? Parecióle á D. Quijote que oia la voz de Sancho Panza, de que quedó suspenso y asombrado, y levantando la voz todo lo que pudo, dijo: ¿quién está allá abajo? ¿quién se me queja? ¿Quién puede estar aquí, ó quién se há de quejar? respondieron, sino el asendereado de Sancho Panza, gobernador por sus pecados y por su mala andanza, de la ínsula Barataria, escudero que fué del famoso caballero D. Quijote de la Mancha. Oyendo lo cual D. Quijote, se le dobló la admiracion, y se le acrecentó el pasmo viniéndosele al pensamiento que Sancho Panza debia de ser muerto, y que estaba allí penando su alma; y llevado desta imaginacion dijo: conjúrote por todo aquello que puedo conjurarte como católico cristiano, que me digas quién eres y si eres alma en pena, dime qué quieres que haga por tí, que pues mi profesion es favorecer y acorrer á los necesitados deste mundo, tambien lo seré para acorrer y ayudar á los menesterosos del otro que no pueden ayudarse por sí propios. Desa manera, respondieron, v. m. que me habla debe de ser mi señor D. Quijote de la Mancha, y áun en el órgano de la voz no es otro sin duda. D. Quijote soy, el que profeso socorrer y ayudar en sus necesidades á los vivos y á los muertos: por eso dime quién eres, que me tienes atónito, porque si eres mi escudero Sancho Panza, y te has muerto, como no te hayan llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estes en el purgatorio, sufragios tiene nuestra santa madre la Iglesia católica romana bastantes á sacarte de las penas en que estás, y yo lo solicitaré con ella por mi parte con cuanto mi hacienda alcanzáre: por eso acaba de declararte y dime quién eres. Voto á tal, respondieron, y por el nacimiento de quien v. m. quisiere, juro, señor D. Quijote de la Mancha, que yo soy su escudero Sancho Panza, y que nunca me hé muerto en todos los dias de mi vida; sino que habiendo dejado mi gobierno por cosas y causas que es menester más espacio para decirlas, anoche caí en esta sima, donde yago, y el rúcio conmigo, que

no me dejará mentir, pues por más señas está aquí tambien. Y hay más, que no parece sino que el jumento entendió lo que Sancho dijo, porque al momento comenzó á rebuznar tan récio, que toda la cueva retumbaba. Famoso testigo, dijo D. Quijote, el rebuzno conozco como si le pariera, y tu voz oigo, Sancho mio: espérame, iré al castillo del duque, que está aquí cerca, y traeré quien te saque desta sima, donde tus pecados te deben de haber puesto. Vaya v. m., dijo Sancho, y vuelva presto por un solo Dios, que ya no lo puedo llevar el estar aquí sepultado en vida, y me estoy muriendo de miedo. Dejóle D. Quijote, y fué al castillo á contar á los duques el suceso de Sancho Panza, de que no poco se maravillaron; pero no podian pensar como habia dejado el gobierno sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, llevaron sogas y maromas, y á costa de mucha gente y de mucho trabajo sacaron al rúcio y á Sancho Panza de aquellas tinieblas á la luz del sol. Vióle un estudiante, y dijo: desta manera habian de salir de sus gobiernos todos los malos gobernadores, como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido, y sin blanca á lo que yo creo. Oyólo Sancho, y dijo: ocho dias ó diez há, hermano murmurador, que entré á gobernar la ínsula que me dieron, en los cuales no me ví harto de pan siquiera una hora: en ellos me han perseguido médicos, y enemigos me han brumado los huesos; ni hé tenido lugar de hacer cohechos ni de cobrar derechos: y siendo esto así, como lo es, no merecia yo, á mi parecer, salir desta manera: pero el hombre pone, y Dios dispone: y Dios sabe lo mejor y lo que le está bien á cada uno; y cual el tiempo, tal el tiento; y nadie diga desta agua no beberé, que adonde se piensa que hay tocinos no hay estacas: y Dios me entiende y basta, y no digo más, aunque pudiera. No te enojes, Sancho, dijo D. Quijote, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres, que será nunca acabar: ven tú con segura conciencia, y digan lo que dijeren, y es querer atar las lenguas de los maldicientes lo mismo que querer poner puertas al campo. Si el gobernador sale rico de su gobierno dicen dél que há sido un ladron, y si sale pobre, que há sido un para poco y un mentecato. Á buen seguro, respondió Sancho, que por esta vez ántes me han de tener por tonto que por ladron.

En estas pláticas llegaron rodeados de muchachos y de otra mucha gente al castillo, adonde en unos corredores estaban ya el duque y la duquesa esperando á D. Quijote y á Sancho, el cual no quiso subir á ver al duque, sin que primero no hubiese acomodado al rúcio en la caballeriza, porque decia que habia pasado muy mala noche en la posada: y luego subió á ver á sus señores, ante los cuales puesto de rodillas, dijo: yo, señores, porque lo quiso así vuestra grandeza, sin nin-

gun merecimiento mio fuí á gobernar vuestra ínsula Barataria, en la cual entré desnudo y desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Si hé gobernado bien ó mal, testigos hé tenido delante, que dirán lo que quisieren. Hé declarado dudas, sentenciado pleitos, y siempre muerto de hambre, por haberlo querido así el doctor Pedro Récio, natural de Tirteafuera, médico insulano y gobernadoresco. Acometiéronnos enemigos de noche, y habiéndonos puesto en grande aprieto, dicen los de la ínsula que salieron libres y con vitoria por el valor de mi brazo: que tal salud les dé Dios como ellos dicen verdad. En resolucion, en este tiempo yo hé tanteado las cargas y las obligaciones que trae consigo el gobernar, y hé hallado por mi cuenta que no las podrán llevar mis hombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljaba: y así ántes que diese conmigo al través el gobierno, hé querido yo dar con el gobierno al través, y ayer de mañana dejé la ínsula como la hallé, con las mismas calles, casas y tejados que tenia cuando entré en ella. No hé pedido prestado á nadie, ni metídome en granjerias. Salí, como digo, de la ínsula, sin otro acompañamiento que el de mi rúcio: caí en una sima, víneme por ella adelante, hasta que esta mañana con la luz del sol ví la salida; pero no tan fácil, que á no depararme el cielo á mi señor D. Quijote, allí me quedára hasta la fin del mundo. Así que, mis señores duque y duquesa, aquí está vuestro gobernador Sancho Panza, que há granjeado en solos diez dias que há tenido el gobierno, conocer que no se le há de dar nada por ser gobernador, no que de una ínsula, sino de todo el mundo; y con este presupuesto, besando á vs. ms. los piés, imitando al juego de los muchachos, que dicen: salta tú, y dámela tú, doy un salto del gobierno, y me paso al servicio de mi señor D. Quijote, que en fin en él, aunque como el pan con sobresalto, hártome á lo ménos: y para mí, como yo esté harto, eso me hace que sea de zanahorias, que de perdices. Con esto dió fin á su larga plática Sancho, temiendo siempre D. Quijote que habia de decir en ella millares de disparates; y cuando le vió acabar con tan pocos, dió en su corazon grácias al cielo, y el duque abrazó á Sancho, y le dijo que le pesaba en el alma de que hubiese dejado tan presto el gobierno; pero que él haria de suerte que se le diese en su estado otro oficio de ménos carga y de más provecho. Abrazóle la duquesa asimismo, y mandó que le regalasen, porque daba señales de venir molido y mal parado.

CAPITULO XLVI.

De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre D. Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos: de cómo D. Quijote se despidió del duque; y de lo que sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora.

No quedaron arrepentidos los duques de la burla hecha á Sancho Panza; y más, que aquel mismo dia vino su mayordomo y les contó punto por punto cási todas las palabras y acciones que Sancho habia dicho y hecho en aquellos dias; y finalmente les encareció el asalto de la ínsula, el miedo de Sancho y su salida: de que no pequeño gusto recibieron. Despues desto cuenta la historia que se llegó el dia de la batalla aplazada; y habiendo el duque una y muy muchas veces advertido á su lacayo Tosilos cómo se habia de venir con D. Quijote para vencerle, sin matarle ni herirle, ordenó que se quitasen los hierros á las lanzas, diciendo á D. Quijote que no permitia la cristiandad, de que él se preciaba, que aquella batalla fuese con tanto riesgo y peligro de las vidas, y que se contentase con que le daba campo franco en su tierra, puesto que iba contra el decreto del santo concilio que prohibe los tales desafios, y no quisiese llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. D. Quijote dijo que su excelencia dispusiese las cosas de aquel negocio como más fuese servido, que él le obedeceria en todo. Llegado pues el temeroso dia, y habiendo mandado el duque que delante del castillo se hiciese un espacioso cadalso, donde estuviesen los jueces del campo, y las dueñas, madre é hija demandantes, habia acudido de todos los lugares y aldeas circunvecinas infinita gente á ver la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal habian visto ni oido decir en aquella tierra los que vivian ni los que habian muerto. El primero que entró en el campo y estacada fué el maestro de las ceremonias, que tanteó el campo y le paseó todo, porque en él no hubiese algun engaño, ni cosa encubierta donde se tropezase y cayese: luego entraron las dueñas, y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos y áun hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento, presente D. Quijote en la estacada. De allí á poco, acompañado de muchas trompetas asomó por una parte de la plaza sobre un poderoso caballo, hundiéndola toda, el grande lacayo Tosilos, calada la visera, y todo encambronado [1] con unas fuertes y lucientes armas. El caballo mostraba ser frison [2], ancho y de color tordillo: de cada mano y pié le pendia una arroba de lana. Paseó el valeroso combatiente la plaza, y llegando donde las dueñas estaban se puso algun tanto á mirar á la que por esposo

1 Al muy tieso, que no tuerce la cabeza. 2 De Friesland, en los Paises Bajos.

le pedia: llamó el maese de campo á D. Quijote que ya se habia presentado en la plaza, y junto con Tosilos habló á las dueñas, preguntándoles si consentian que volviese por su derecho D. Quijote de la Mancha. Ellas dijeron que sí, y que todo lo que en aquel caso hiciese lo daban por bien hecho, por firme y por valedero. Ya en este tiempo estaban el duque y la duquesa puestos en una galeria que caia sobre la estacada, toda la cual estaba coronada de infinita gente que esperaba ver el riguroso trance nunca visto. Fué condicion de los combatientes que si Don Quijote vencia, su contrario se habia de casar con la hija de doña Rodriguez: y si él fuese vencido, quedaba libre su contendor [3] de la palabra que se le pedia, sin dar otra satisfaccion alguna. Partióles el maestro de las ceremonias el sol [4], y puso á los dos cada uno en el puesto donde habian de estar. Sonaron los atambores, llenó el aire el son de las trompetas, temblaba debajo de los piés la tierra: estaban suspensos los corazones de la mirante turba, temiendo unos y esperando otros el bueno ó el mal suceso de aquel caso. Finalmente D. Quijote, encomendándose de todo su corazon á Dios nuestro Señor, y á la señora Dulcinea del Toboso, estaba aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida: empero nuestro lacayo tenia diferentes pensamientos.

Parece ser que cuando estuvo mirando á su enemiga, le pareció la más hermosa mujer que habia visto en toda su vida; y el niño ceguezuelo á quien suelen llamar de ordinario amor por esas calles, llegándose á él bonitamente sin que nadie le viese, le envasó al pobre lacayo una flecha de dos varas por el lado izquierdo, y le pasó el corazon de parte á parte. Digo pues que cuando dieron la señal de la arremetida estaba nuestro lacayo transportado, pensando en la hermosura de la que ya habia hecho señora de su libertad, y así no atendió al son de trompeta, como hizo D. Quijote, que apenas la hubo oido, cuando arremetió, y á todo el correr que permitia Rocinante, partió contra su enemigo; y viéndole partir su buén escudero Sancho, dijo á grandes voces: Dios te guie, nata y flor de los andantes caballeros: Dios te dé la vitoria, pues llevas la razon de tu parte. Y aunque Tosilos vió venir contra sí á D. Quijote, no se movió un paso de su puesto; ántes con grandes voces llamó al maese de campo, el cual venido á ver lo que queria, le dijo: señor ¿esta batalla no se hace porque yo me case ó no me case con aquella señora? Así es le fué respondido. Pues yo, dijo el lacayo, soy temeroso de mi conciencia, y pondríala en gran cargo si pasase adelante en esta batalla; y así digo que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella señora. Quedó admirado el maese de campo de las razones de

3 *Contendor*, el que pelea, lidia y disputa con otro. 4 Colocó á los combatientes de manera que á ninguno le diese de frente.

Tosilos, y como era uno de los sabidores de la máquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detúvose D. Quijote en la mitad de su carrera viendo que su enemigo no le acometia. El duque no sabia la ocasion porque no se pasaba adelante en la batalla; pero el maese de campo le fué á declarar lo que Tosilos decia, de lo que quedó suspenso y colérico en extremo. En tanto que esto pasaba, Tosilos se llegó adonde Doña Rodriguez estaba, y dijo á grandes voces: yo, señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alcanzar por pleitos ni contiendas lo que puedo alcanzar por paz y sin peligro de la muerte. Oyó esto el valeroso D. Quijote, y dijo: pues esto así es, yo quedo libre y suelto de mi promesa: cásense en hora buena, y pues Dios nuestro Señor se la dió, San Pedro se la bendiga. El duque habia bajado á la plaza del castillo, y llegándose á Tosilos le dijo: ¿es verdad, caballero, que os dais por vencido, y que instigado de vuestra temerosa conciencia os quereis casar con esta doncella? Sí señor, respondió Tosilos. Él hace muy bien, dijo á esta sazon Sancho Panza, porque lo que has de dar al mur [5], dalo al gato, y sacarte há de cuidado. Íbase Tosilos desenlazando la celada, y rogaba que apriesa le ayudasen, porque le iban faltando los espíritus del aliento, y no podia verse encerrado tanto tiempo en la estrecheza de aquel aposento. Quitáronsela apriesa, y quedó descubierto y patente el rostro del lacayo. Viendo lo cual Doña Rodriguez y su hija dando grandes voces, dijeron: este es engaño, engaño es este; á Tosilos el lacayo del duque mi señor nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo; justicia de Dios y del rey de tanta malícia, por no decir bellaquería. No vos acuiteis, señoras, dijo D. Quijote, que ni esta es malícia, ni es bellaquería; y si la es, no ha sido la causa el duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los cuales invidiosos de que yo alcanzase la gloria deste vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el deste que decís que es lacayo del duque: tomad mi consejo, y á pesar de la malícia de mis enemigos casaos con él, que sin duda es el mismo que vos deseais alcanzar por esposo. El duque que esto oyó, estuvo por romper en risa toda su cólera, y dijo: son tan extraordinarias las cosas que suceden al señor D. Quijote, que estoy por creer que este mi lacayo no lo es. Á lo que dijo la hija de la Rodriguez: séase quien fuere este que me pide por esposa, yo se lo agradezco, que más quiero ser mujer legítima de un lacayo, que no amiga y burlada de un caballero, puesto que el que á mí me burló no lo es. En resolucion, todos estos cuentos y sucesos pararon en que Tosilos se recogiese hasta ver en qué paraba su trasformacion. Aclamaron todos la vitoria por D. Quijote, y los más

5 Al raton.

quedaron tristes y melancólicos de ver que no se habian hecho pedazos los tan esperados combatientes, bien así como los mochachos quedan tristes cuando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado ó la parte ó la justicia. Fuése la gente, volviéronse el duque y Don Quijote al castillo, encerraron á Tosilos, quedaron Doña Rodriguez y su hija contentísimas de ver que, por una via ó por otra, aquel caso habia de parar en casamiento, y Tosilos no esperaba ménos.

Ya le pareció á D. Quijote que era bien salir de tanta ociosidad como la que en aquel castillo tenia, que se imaginaba ser grande la falta que su persona hacía en dejarse estar encerrado y perezoso entre los infinitos regalos que como á caballero andante aquellos señores le hacian, y parecíale que habia de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento, y así pidió un dia licencia á los duques para partirse. Diéronsela con muestras de que en gran manera les pesaba de que los dejase. Dió la duquesa las cartas de su mujer á Sancho Panza, el cual lloró con ellas y dijo: ¿quién pensára que esperanzas tan grandes como las que en el pecho de mi mujer Teresa Panza engendraron las nuevas de mi gobierno, habian de parar en volverme yo agora á las arrastradas aventuras de mi amo D. Quijote de la Mancha? Con todo esto me contento de ver que mi Teresa correspondió á ser quién es, enviando las bellotas á la duquesa; que á no habérselas enviado, quedando yo pesaroso, se mostrára ella desagradecida. Lo que me consuela es que á esta dádiva no se le puede dar nombre de cohecho, porque ya tenia yo el gobierno cuando ella las envió, y está puesto en razon que los que reciben algun beneficio, aunque sea con niñerías se muestren agradecidos. En efecto, yo entré desnudo en el gobierno y salgo desnudo de él, y así podré decir con segura conciencia, que no es poco: desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo ni gano. Esto pasaba entre sí Sancho el dia de la partida, y D. Quijote, habiéndose despedido la noche antes de los duques, á la mañana se presentó armado en la plaza del castillo. Mirábanle de los corredores toda la gente del castillo, y asimismo los duques salieron á verle. Estaba Sancho sobre el rúcio con sus alforjas, maleta y repuesto, contentísimo porque el mayordomo del duque, el que fué la Trifaldi, le habia dado un bolsico con doscientos escudos de oro para suplir los menesteres del camino, y esto áun no lo sabia D. Quijote. Estando, como queda dicho, mirándole todos á deshora entre las otras dueñas y doncellas de la duquesa que le miraban, alzó la voz la desenvuelta y discreta Altisidora, y en son lastimero dijo:

Escucha, mal caballero,
detén un poco las riendas,
no fatigues las ijadas

de tu mal regida bestia.
Mira, falso, que no huyes
de alguna serpiente fiera,
sino de una corderilla
que está muy léjos de oveja.
Tú has burlado, mónstruo horrendo,
la más hermosa doncella
que Diana vió en sus montes,
que Venus miró en sus selvas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabás te acompañe, allá te avengas.

Tú llevas ¡llevar impío!
en las garras de tus cerras [6]
las entrañas de una humilde,
como enamorada tierna.
Llévaste tres tocadores
y las ligas de unas piernas
que al mármol puro se igualan
en lisas, blancas y negras.
Llévaste dos mil suspiros,
que á ser de fuego pudieran
abrasar á dos mil Troyas
si dos mil Troyas hubiera.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas, etc.

Seas tenido por falso
desde Sevilla á Marchena,
desde Granada hasta Loja,
de Lóndres á Ingalaterra.
Si jugares al reinado,
los cientos, ó la primera [7],
los reyes huyan de tí,
ases ni sietes no veas.
Si te cortáres los callos,
sangre las heridas viertan;
y quédente los raigones
si te sacares las muelas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas, etc.

6 Voz de la Germanía *manos*. 7 El *Reinaldo*, los *Cientos* y la *Primera*, son tres juegos de naipes que se usaban en tiempo de Cervantes.

En tanto que de la suerte que se há dicho se quejaba la lastimada Altisidora, la estuvo mirando D. Quijote, y sin responderla palabra, volviendo el rostro á Sancho, le dijo: por el siglo de tus pasados, Sancho mio, te conjuro que me digas una verdad: dime, ¿llevas por ventura los tres tocadores [8] y las ligas que esta enamorada doncella dice? Á lo que Sancho respondió: los tres tocadores sí llevo, que son regalo por ella hecho á v. m.; pero las ligas, como por los cerros de Úbeda. Quedó la duquesa admirada de la desenvoltura de Altisidora, que aunque la tenia por atrevida, graciosa y desenvuelta, no en grado que se atreviera á semejantes desenvolturas: y como no estaba advertida desta burla, creció más su admiracion. El duque quiso reforzar el donáire, y dijo: no me parece bien, señor caballero, que habiendo recibido en este castillo el buen acogimiento que en él se os há hecho, os hayais atrevido á llevaros tres tocadores por lo ménos, y por lo más las ligas de mi doncella: indicios son de mal pecho, y muestras que no corresponden á vuestra fama; volvedle las ligas: sinó, yo os desafio á mortal batalla, sin tener temor que malandrines encantadores me vuelvan ni muden el rostro, como han hecho en el de Tosilos mi lacayo, el que entró con vos en batalla. No quiera Dios, respondió D. Quijote, que yo desenvaine mi espada contra vuestra ilustrísima persona, de quien tantas mercedes hé recibido: los tocadores volveré, porque dice Sancho que los tiene; las ligas es imposible, porque ni yo las hé recibido ni él tampoco; y si esta vuestra doncella quisiere mirar sus escondrijos, á buen seguro que las halle. Yo, señor duque, jamás hé sido ladron, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me deje de su mano. Esta doncella habla, segun ella dice, como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa, y así no tengo de qué pedirle perdon, ni á ella ni á vuestra excelencia, á quien suplico me tenga en mejor opinion y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino. Déosle Dios tan bueno, dijo la duquesa, señor D. Quijote, que siempre oigamos buenas nuevas de vuestras fechurías [9], y andad con Dios, que mientras más os deteneis, más aumentais el fuego en los pechos de las doncellas que os miran, y á la mia yo la castigaré de modo que de aquí adelante no se desmande con la vista ni con las palabras. Una no más quiero que me escuches, oh valeroso D. Quijote, dijo entonces Altisidora, y es que te pido perdon del latrocinio de las ligas, porque en Dios y en mi ánima que las tengo puestas, y hé caido en el descuido del que yendo sobre el asno le buscaba. ¿No lo dije yo? dijo Sancho; bonico soy yo para encubrir hurtos, pues á quererlos hacer, de paleta [10] me habia venido la ocasion en mi gobierno. Abajó la

8 Gorros de dormir. 9 Aqui es equivalente de hazañas. 10 Oportunamente, de molde.

cabeza D. Quijote, é hizo reverencia á los duques y á todos los circunstantes, y volviendo las riendas á Rocinante, siguiéndole Sancho sobre el rúcio, se salió del castillo, enderezando su camino á Zaragoza.

CAPITULO XLVII.

Que trata de como menudearon sobre D. Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras.

Cuando D. Quijote se vió en la campaña rasa, libre y desembarazado de los requiebros de Altisidora, le pareció que estaba en su centro, y que los espíritus se le renovaban para proseguir de nuevo el asunto de sus caballerías, y volviéndose á Sancho le dijo: la libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que á los hombres dieron los cielos: con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida, y por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir á los hombres. Digo esto, Sancho, porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dejamos hemos tenido: pues en metad de aquellos banquetes sazonados y de aquellas bebidas de nieve me parecia á mí que estaba metido entre las estrechezas de la hambre, porque no los gozaba con la libertad que los gozára si fueran mios: que las obligaciones que imponen las recompensas de los beneficios y mercedes recebidas son ataduras que no dejan campear el ánimo libre. Venturoso aquel á quien el cielo dió un pedazo de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo á otro que al mismo cielo. Con todo eso, dijo Sancho, que v. m. me há dicho, no es bien que se queden sin agradecimiento de nuestra parte docientos escudos de oro, que en una bolsilla me dió el mayordomo del duque, que como pítima [1] y confortativo la llevo puesta sobre el corazon para lo que se ofreciere; que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen, que tal vez toparémos con algunas ventas donde nos apaleen.

En estos y otros razonamientos iban los andantes caballero y escudero cuando vieron, habiendo andado poco más de una legua, que encima de la yerba de un pradillo verde, encima de sus capas estaban comiendo hasta una docena de hombres vestidos de labradores. Junto á sí tenian unas como sábanas blancas, con que cubrian alguna cosa que debajo estaba: estaban empinadas y tendidas y de trecho á trecho puestas. Llegó D. Quijote á los que comian, y saludándolos primero

1 *Pítima* ó *píctima* es el emplasto corroborante que se ponia sobre el lado del corazon para fortalecerle, desahogarle y alegrarle.

cortésmente, les preguntó, que qué era lo que aquellos lienzos cubrian. Uno dellos le respondió: señor, debajo destos lienzos están unas imágenes de relieve que han de servir en un retablo que hacemos en nuestra aldea: llevámoslas cubiertas porque no se desfloren, y en hombros porque no se quiebren. Si sois servidos, respondió D. Quijote, holgaría de verlas, pues imágenes que con tanto recato se llevan, sin duda deben de ser buenas. Y cómo si lo son, dijo otro, sinó dígalo lo que cuestan, que en verdad que no hay ninguna que no esté en más de cincuenta ducados: y porque vea v. m. esta verdad, espére, y verla há por vista de ojos; y levantándose dejó de comer, y fué á quitar la cubierta de la primera imágen que mostró ser la de San Jorge puesto á caballo con una serpiente enroscada á los piés, y la lanza atravesada por la boca, con la fiereza que suele pintarse. Toda la imágen parecia una ascua de oro, como suele decirse. Viéndola D. Quijote dijo: este caballero fué de los mejores andantes que tuvo la milicia divina: llamóse Don San Jorge, y fué además defendedor de doncellas. Veamos esta otra. Descubrióla el hombre, y pareció ser la de S. Martin puesto á caballo, que partia la capa con el pobre; y apenas la hubo visto Don Quijote, cuando dijo: este caballero tambien fué de los aventureros cristianos, y creo que fué más liberal que valiente, como lo puedes echar de ver, Sancho, en que está partiendo la capa con el pobre, y le dá la mitad; y sin duda debia de ser entonces invierno, que sinó, él se la diera toda, segun era de caritativo. No debió de ser eso, dijo Sancho, sino que se debió de atener al refran que dicen, que para dar y tener, seso es menester. Rióse D. Quijote, y pidió que quitasen otro lienzo, debajo del cual se descubrió la imágen del patron de las Españas á caballo, la espada ensangrentada, atropellando moros y pisando cabezas, y en viéndola dijo D. Quijote: este si que es caballero y de las escuadras de Cristo; este se llama Don San Diego Matamoros, uno de los más valientes santos y caballeros que tuvo el mundo, y tiene ahora el cielo. Luego descubrieron otro lienzo, y pareció que encubria la caida de S. Pablo del caballo abajo, con todas las circunstancias que en el retablo de su conversion suelen pintarse. Cuando le vido tan al vivo, que dijeran que Cristo le hablaba, y Pablo respondia: este, dijo D. Quijote, fué el mayor enemigo que tuvo la Iglesia de Dios nuestro Señor en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamás: caballero andante por la vida, y santo á pié quedó por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, doctor de las gentes, á quien sirvieron de escuelas los cielos, y de catedrático y maestro que le enseñase el mismo Jesucristo. No habia más imágenes, y así mandó Don Quijote que las volviesen á cubrir, y dijo á los que las llevaban: por buen agüero hé tenido, hermanos, haber visto lo que hé visto, porque

estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia que hay entre mí y ellos es, que ellos fueron santos, y pelearon á lo divino, y yo soy pecador, y peleo á lo humano. Ellos conquistaron el cielo á fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza y yo hasta ahora no sé lo que conquisto á fuerza de mis trabajos. Acabaron de comer, cargaron con su imágenes, y despidiéndose de D. Quijote, siguieron su viaje.

Quedó Sancho de nuevo como si jamás hubiera conocido á su señor, admirado de lo que sabía, pareciéndole que no debia de haber historia en el mundo, ni suceso que no lo tuviese cifrado en la uña y clavado en la memoria, y díjole: en verdad, señor nuestramo, que si esto que nos ha sucedido hoy se puede llamar aventura, ella ha sido de las más suaves y dulces que en todo el discurso de nuestra peregrinacion nos há sucedido: della habemos salido sin palos y sobresalto alguno, ni hemos echado mano á las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos: bendito sea Dios que tal me ha dejado ver con mis propios ojos. Tú dices bien, Sancho, dijo D. Quijote; pero has de advertir que no todos los tiempos son unos, ni corren de una misma suerte: y estos que el vulgo suele llamar comunmente agüeros, que no se fundan sobre natural razon alguna, del que es discreto han de ser tenidos y juzgados por buenos acontecimientos. Levántase uno destos agoreros por la mañana, sale de su casa, encuéntrase con un fraile de la órden del bienaventurado san Francisco, y como si hubiera encontado con un grifo, vuelve las espaldas, y vuélvese á su casa. Derrámasele al otro Mendoza la sal encima de la mesa, y derrámasele á él la melancolía por el corazon, como si estuviese obligada la naturaleza á dar señales de las venideras desgrácias con cosas tan de poco momento como las referidas. El discreto y cristiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hacer el cielo. Yo así lo creo, respondió Sancho, y querria que v. m. me dijese ¿qué es la causa por qué dicen los españoles cuando quieren dar alguna batalla, invocando aquel san Diego Matamoros, Santiago y cierra [2] España? ¿Está por ventura España abierta y de modo que es menester cerrarla? ¿ó qué ceremonia es esta? Simplicísimo eres, Sancho, respondió D. Quijote, y mira que Dios ha dado á España por patron y amparo suyo á este gran caballero de la cruz bermeja, especialmente en los rigurosos trances que con los moros los españoles han tenido, y así le invocan y llaman como á defensor suyo en todas las batallas que acometen. Mudó Sancho plática, y dijo á su amo, maravillado estoy, señor, de la desenvoltura de Altisidora la doncella de la duquesa: bravamente la debe de tener herida y traspasada aquel que lla-

2 Embiste, acomete.

man amor, que dicen que es un rapaz ceguezuelo, que con estar lagañoso, ó por mejor decir sin vista, si toma por blanco un corazon, por pequeño que sea, le acierta y traspasa de parte á parte con sus flechas. He oido decir tambien que en la vergüenza y recato de las doncellas se despuntan y embotan las amorosas saetas; pero en esta Altisidora más parece que se aguzan, que despuntan. Advierte, Sancho, dijo D. Quijote, que el amor ni mira respetos, ni guarda términos de razon en sus discursos, y tiene la misma condicion que la muerte, que así acomete los altos alcázares de los reyes, como las humildes chozas de los pastores, y cuando toma entera posesion de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor y la vergüenza, y así sin ella declaró Altisidora sus deseos, que engendraron en mi pecho antes confusion que lástima. ¡Crueldad notoria! dijo Sancho, ¡desagradecimiento inaudito! Yo de mí sé decir que me rindiera y avasallára la más mínima razon amorosa suya. Pero no puedo pensar qué es lo que vió esta doncella en v. m. que así la rindiese y avasallase. ¿Qué gala, qué brio, qué donáire, qué rostro, qué cada cosa por sí destas ó todas juntas le enamoraron? Que en verdad, en verdad que muchas veces me paro á mirar á v. m. desde la punta del pié hasta el último cabello de la cabeza, y que veo más cosas para espantar que para enamorar; y habiendo yo tambien oido decir que la hermosura es la primera y principal parte que enamora, no teniendo v. m. ninguna, no sé yo de qué se enamoró la pobre. Advierte, Sancho, respondió D. Quijote, que hay dos maneras de hermosura, una del alma y otra del cuerpo: la del alma campea y se muestra en el entendimiento, en la honestidad, en el buen proceder, en la liberalidad y en la buena crianza; y todas estas partes caben y pueden estar en un hombre feo; y cuando se pone la mira en esta hermosura y no en la del cuerpo, suele nacer el amor con ímpetu y con ventajas. Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso, pero tambien conozco que no soy disforme: y bástale á un hombre de bien no ser mónstruo para ser bien querido, como tenga los dotes del alma que te he dicho.

En estas razones y pláticas se iban entrando por una selva que fuera del camino estaba, y á deshora, sin pensar en ello, se halló D. Quijote enredado entre unas redes de hílo verde, que desde unos árboles á otros estaban tendidas, y sin poder imaginar que pudiese ser aquello, dijo á Sancho: paréceme, Sancho, que esto destas redes debe de ser una de las más nuevas aventuras que pueda imaginar. Que me maten si los encantadores que me persiguen no quieren enredarme en ellas, y detener mi camino como en venganza de la riguridad que con Altisidora he tenido: pues mándoles yo que si como son hechas de hilo verde estas redes fueran de durísimos diamantes, así las rompiera yo como si fueran de juncos marinos ó de hilachas de algodon: y queriendo

pasar adelante y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre unos árboles, dos hermosísimas pastoras, á lo ménos vestidas como pastoras, sino que los pellicos y sayas eran de fino brocado: digo que las sayas eran riquísimos faldellines de tabí de oro: traian los cabellos sueltos por las espaldas, que en rúbios podian competir con los rayos del mismo sol, los cuales se coronaban con dos guirnaldas de verde laurel y de rojo amaranto tejidas: la edad, al parecer, ni bajaba de los quince, ni pasaba de los diez y ocho. Vista fué esta que admiró á Sancho, suspendió á D. Quijote, y tuvo en maravilloso silencio á todos cuatro. En fin, quien primero habló fué una de las dos zagalas, que dijo á D. Quijcte: detened, señor caballero, el paso, y no rompais las redes, que no para daño vuestro, sino para nuestro pasatiempo ahí estan tendidas: y porque sé que nos habeis de preguntar para qué se han puesto, y quién somos, os lo quiero decir en breves palabras. En una aldea que está hasta dos leguas de aquí, donde hay mucha gente principal, y muchos hidalgos y ricos, entre muchos amigos y parientes se concertó que con sus hijos, mujeres é hijas, vecinos, amigos y parientes nos viniésemos á holgar á este sitio, que es uno de los más agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, vistiéndonos las doncellas de zagalas, y los mancebos de pastores: ayer fué el primer dia que aquí llegamos; tendimos la noche pasada estas redes de estos árboles, para engañar los simples pajarillos, que ojeados con nuestro ruido vinieren á dar en ellas. Si gustais, señor, de ser nuestro huésped, sereis agasajado liberal y cortésmente, porque por ahora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre ni la melancolía. Calló, y no dijo más: á lo que respondió D. Quijote: alabo el asunto de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos agradezco; y si os puedo servir, con seguridad de ser obedecidas me lo podeis mandar, porque no es otra la profesion mia sino de mostrarme agradecido y bienhechor con todo género de gente, en especial con la principal que vuestras personas representa: y si como estas redes, que deben de ocupar algun pequeño espacio, ocupáran toda la redondez de la tierra, buscára yo nuevos mundos por do pasar sin romperlas: y porque deis algun crédito á esta mi exajeracion, ved que os lo promete por lo ménos D. Quijote de la Mancha, si es que ha llegado á vuestros oidos este nombre. ¡Ay, amiga de mi alma, dijo entonces la otra zagala, y qué ventura tan grande nos ha sucedido! ¿Ves este señor que tenemos delante? pues hágote saber que es el más valiente, el más enamorado y el más comedido que tiene el mundo, sinó es que nos mienta y nos engañe una historia que de sus hazañas anda impresa, y yo he leido. Yo apostaré que este buen hombre que viene con él es un tal Sancho Panza su escu-

dero, á cuyas grácias no hay ningunas que se le igualen. Así es la verdad, dijo Sancho, que yo soy ese gracioso y ese escudero que v. m. dice, y este señor es mi amo el mismo D. Quijote de la Mancha, historiado [3] y referido. ¡Ay! dijo la otra, supliquémosle, amiga, que se quede, que nuestros padres y nuestros hermanos gustarán infinito dello, que tambien he oido yo decir de su valor y de sus grácias lo mismo que tú me has dicho, y sobre todo dicen dél que es el más firme y más leal enamorado que se sabe, y que su dama es una tal Dulcinea del Toboso, á quien en toda España la dan la palma de la hermosura. Con razon se la dan, dijo D. Quijote, si ya no lo pone en duda vuestra sin igual belleza: no os canseis, señoras, en detenerme, porque las precisas obligaciones de mi profesion no me dejan reposar en ningun cabo. Llegó en esto adonde los cuatro estaban un hermano de una de las dos pastoras, vestido asimismo de pastor, con la riqueza y galas que á las de las zagalas correspondia: contáronle ellas que el que con ellas estaba era el valeroso D. Quijote de la Mancha, y el otro su escudero Sancho, de quien tenia él ya noticia por haber leido su historia. Ofrecióselo el gallardo pastor, pidióle que se viniese con él á sus tiendas, húbolo de conceder D. Quijote, y así lo hizo. Llegó en esto el ojeo, llenáronse las redes de pajarillos diferentes, que engañados de la color de las redes caian en el peligro de que iban huyendo. Juntáronse en aquel sitio más de treinta personas, todas bizarramente de pastores y pastoras vestidas, y en un instante quedaron enteradas de quiénes eran D. Quijote y su escudero, de que no poco contento recibieron, porque ya tenian dél noticia por su historia. Acudieron á las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes y limpias: honraron á D. Quijote, dándole el primer lugar en ellas: mirábanle todos, y admirábanse de verle. Finalmente, alzados los manteles, con gran reposo alzó D. Quijote la voz y dijo: el mayor entre los pecados que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento, ateniéndome á lo que suele decirse que de los desagradecidos está lleno el infierno. Este pecado, en cuanto me ha sido posible, he procurado yo huir desde el instante que tuve uso de razon, y sinó puedo pagar las buenas obras que me hacen con otras obras, pongo en su lugar los deseos de hacerlas, y cuando estos no bastan, las publico, porque quien dice y publica las buenas obras que recibe, tambien las recompensára con otras si pudiera; porque por la mayor parte los que reciben son inferiores á los que dan, y así es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dádivas del hombre á las de Dios con igualdad, por infinita distancia, y esta estrecheza y cortedad, en cierto modo la

3 Puesto en historia.

suple el agradecimiento. Yo, pues, agradecido á la merced que aquí se me ha hecho, no pudiendo corresponder á la misma medida, conteniéndome en los estrechos límites de mi poderío, ofrezco lo que puedo y lo que tengo de mi cosecha; y así digo que sustentaré dos dias naturales en metad de ese camino real que va á Zaragoza, que estas señoras zagalas contrahechas que aquí estan, son las más hermosas doncellas y más corteses que hay en el mundo, excetando solo á la sin par Dulcinea del Toboso, única señora de mis pensamientos: con paz sea dicho de cuantos y cuantas me escuchan. Oyendo lo cual Sancho, que con grande atencion le habia estado escuchando, dando una gran voz, dijo: ¿es posible que haya en el mundo personas que se atrevan á decir y á jurar que este mi señor es loco? Digan vs. ms., señores pastores, ¿hay cura de aldea, por discreto y por estudiante que sea, que pueda decir lo que mi amo ha dicho? ¿ni hay caballero andante, por más fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi amo aquí ha ofrecido? Volvióse D. Quijote á Sancho, y encendido el rostro y colérico le dijo: ¿es posible, oh Sancho, que haya en todo el órbe alguna persona que diga que no eres tonto aforrado de lo mismo, con no sé qué ribetes de malicioso y de bellaco? ¿Quién te mete á tí en mis cosas, y en averiguar si soy discreto ó majadero? Calla y no me repliques, sino ensilla, si está desensillado Rocinante: vamos á poner en efecto mi ofrecimiento, que con la razon que vá de mi parte puedes dar por vencidos á todos cuantos quisieren contradecirla. Finalmente, habiéndole persuadido los circunstantes que no se pusiese en tal demanda, que ellos daban por bien conocida su agradecida voluntad, y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su ánimo valeroso, pues bastaban las que en la historia de sus hechos se referian; con todo esto salió D. Quijote con su intencion, y puesto sobre Rocinante, embrazando su escudo y tomando su lanza, se puso en la mitad de un real camino, que no lejos del verde prado estaba. Siguióle Sancho sobre su rúcio, con toda la gente del pastoral rebaño, deseosos de ver en qué paraba su arrogante y nunca visto ofrecimiento.

Puesto pues D. Quijote en mitad del camino, como se ha dicho, hirió el aire con semejantes palabras: oh vosotros, pasajeros, viandantes, caballeros, escuderos, gente de á pié y de á caballo, que por este camino pasais, ó habeis de pasar en estos dos dias siguientes, sabed que D. Quijote de la Mancha, caballero andante, esta aquí puesto para defender, que á todas las hermosuras y cortesías del mundo exceden las que se encierran en las ninfas habitadoras destos prados y bosques, dejando á un lado á la señora de mi alma, Dulcinea del Toboso: por eso el que fuere de parecer contrario, acuda, que aquí le espero. Dos veces repitió estas mismas razones, y dos veces no fueron oidas de ningun

aventurero: pero la suerte que sus cosas iba encaminando de mejor en mejor, ordenó que de allí á poco se descubriese por el camino muchedumbre de hombres de á caballo, y muchos dellos con lanzas en las manos caminando todos apiñados de tropel y á gran priesa. No los hubieron bien visto los que con D. Quijote estaban, cuando volviendo las espaldas se apartaron bien lejos del camino, porque conocieron que si esperaban les podia suceder algun peligro: solo D. Quijote con intrépido corazon se estuvo quedo, y Sancho Panza se escudó con las ancas de Rocinante. Llegó el tropel de los lanceros, y uno dellos que venia más delante, á grandes voces comenzó á decir á D. Quijote: apártate, hombre del diablo, del camino, que te harán pedazos estos toros. Ea, canalla, respondió D. Quijote, para mi no hay toros que valgan, aunque sean de los más bravos que cria Jarama en sus riberas. Confesad, malandrines, así á carga cerrada, que es verdad lo que yo aquí he publicado, sinó, conmigo sois en batalla. No tuvo lugar de responder el vaquero, ni D. Quijote le tuvo de desviarse aunque quisiera, y así el tropel de los toros bravos y el de los mansos cabestros, con la multitud de los vaqueros y otras gentes que á encerrar los llevaban á un lugar donde otro dia habian de correrse, pasaron sobre D. Quijote, sobre Sancho, Rocinante y el rúcio, dando con todos ellos en tierra, echándolos á rodar por el suelo. Quedó molido Sancho, espantado D. Quijote, aporreado el rúcio, y no muy católico Rocinante; pero en fin se levantaron todos, y D. Quijote á gran priesa, tropezando aquí y cayendo allí, comenzó á correr tras la vacada diciendo á voces: deteneos y esperad, canalla malandrina, que un solo caballero os espera, el cual no tiene condicion ni es de parecer de los que dicen que al enemigo que huye, hacerle la puente de plata. Pero no por eso se detuvieron los apresurados corredores, ni hicieron más caso de sus amenazas que de las nubes de antaño. Detúvole el cansancio á D. Quijote, y más enojado que vengado, se sentó en el camino, esperando á que Sancho, Rocinante y el rúcio llegasen. Llegaron, volvieron á subir amo y mozo, y sin volver á despedirse de la Arcadia fingida ó contrahecha, y con más vergüenza que gusto siguieron su camino.

CAPITULO XLVIII.

Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió á D. Quijote.

Al polvo y al cansancio, que D. Quijote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros, socorrió una fuente clara y límpia, que entre una fresca arboleda hallaron, en el márgen de la cual, dejando libres,

sin jáquima y freno al rúcio y á Rocinante, los dos asendereados amo y mozo se sentaron. Acudió Sancho á la repostería de sus alforjas y dellas sacó de lo que él solia llamar condúmio [1]: enjuagóse la boca, y lavóse Don Quijote el rostro con cuyo refrigerio cobraron aliento los espíritus desalentados: no comia D. Quijote de puro pesaroso, ni Sancho osaba tocar á los manjares que delante tenia de puro comedido y esperaba á que su señor hiciese la salva [2]; pero viendo que llevado de sus imaginaciones no se acordaba de llevar el pan á la boca, sin decir palabra [3], y atropellando por todo género de crianza, comenzó á embaular en el estómago el pan y queso que se le ofrecia. Come, Sancho amigo, dijo Don Quijote, sustenta la vida, que más que á mí te importa, y déjame morir á mí á manos de mis pensamientos y á fuerza de mis desgrácias. Yo, Sancho, nací para vivir muriendo, y tú para morir comiendo; y porque veas que te digo verdad en esto, considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas, y al cabo, al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas merecidas y granjeadas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado, acoceado y molido de los piés de animales inmundos y soeces. Esta consideracion me embota los dientes, entorpece las muelas, y entomece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer: de manera que pienso dejarme morir de hambre, muerte la más cruel de las muertes. Desa manera dijo Sancho, sin dejar de mascar apriesa, no aprobará v. m. aquel refrán que dicen: muera Marta y muera harta: yo á lo menos no pienso matarme á mí mismo; ántes pienso hacer como el zapatero, que tira el cuero con los dientes hasta que le hace llegar donde él quiere: yo tiraré mi vida comiendo hasta que llegue al fin que le tiene determinado el cielo; y sepa, señor, que no hay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como v. m.: y créame, y despues de comido échese á dormir un poco sobre los colchones verdes destas yerbas, y verá como cuando despierte se halla algo más aliviado. Hízolo así D. Quijote, pareciéndole que las razones de Sancho más eran de filósofo que de mentecato, y dijole: si tú, oh Sancho, quisieses hacer por mí lo que yo ahora te diré, serian mis alivios más ciertos, y mis pesadumbres no tan grandes, y es que mientras yo duermo siguiendo tus consejos, tú te desviases un poco léjos de aquí, y con las riendas de Rocinante, echando al aire tus carnes, te dieses trecientos ó cuatrocientos azotes, á buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea, que es lástima no pequeña que aquella pobre señora esté encantada por tu

1 El manjar que se come con el pan, como es cualquier cosa guisada, ó fiambre.
2 Empezase á comer el primero. 3 No habló palabra.

descuido y negligencia. Hay mucho que decir en eso, dijo Sancho: durmamos por ahora entrambos, y despues Dios dijo lo que será. Sepa v. m. que esto de azotarse un hombre á sangre fria es cosa récia, y más si caen los azotes sobre un cuerpo mal sustentado y peor comido: tenga paciencia mi señora Dulcinea, que cuando ménos se cate me verá hecho una criba de azotes, y hasta la muerte todo es vida: quiero decir que áun yo la tengo, junto con el deseo de cumplir con lo que he prometido. Agradeciéndoselo D. Quijote comió algo, Sancho mucho, y echáronse á dormir entrambos, dejando á su albedrío y sin órden alguna pacer de la abundosa yerba, de que aquel prado estaba lleno, á los dos contínuos compañeros y amigos, Rocinante y el rúcio.

Despertaron algo tarde, volvieron á subir y á seguir su camino, dándose priesa para llegar á una venta que al parecer una legua de allí se descubria. Llegaron, pues, á ella: preguntaron al huésped si habia posada. Fuéles respondido que sí, y con toda la comodidad y regalo que pudieran hallar en Zaragoza. Apeárouse, y recogió Sancho su repostería en un aposento, cuya llave le dió el huésped. Llevó las bestias á la caballeriza, echóles sus piensos, salió á ver lo que D. Quijote, que estaba sentado sobre un poyo, le mandaba, dando particulares grácias al cielo de que á su amo no le hubiese parecido castillo aquella venta. Llegóse la hora del cenar, preguntó Sancho al huésped qué tenia para darles. Á lo que el huésped respondió que su boca seria medida, y así que pidiese lo que quisiese, que de las pajaricas del aire, de las aves de la tierra y de los pescados del mar estaba proveida aquella venta. No es menester tanto, respondió Sancho; que con un par de pollos que nos asen tendremos lo suficiente, porque mi señor es delicado y come poco, y yo no soy traganton en demasía. Respondióle el huésped que no tenia pollos, porque los milanos los tenian asolados. Pues mande el señor huésped, dijo Sancho, asar una polla que sea tierna. ¡Polla, mi padre! respondió el huésped; en verdad en verdad que envié ayer á la ciudad á vender más de cincuenta; pero fuera de pollas, pida v. m. lo que quisiere. Desa manera, dijo Sancho, no faltará ternera ó cabrito. En casa por ahora, respondió el huésped, no lo hay, porque se há acabado; pero la semana que viene lo habrá de sobra. Medrados estamos con eso, respondió Sancho; yo pondré que se vienen á resumir todas estas faltas en las sobras de tocino y huevos. Por Dios, respondió el huésped, que es gentil relente el que mi huésped tiene; pues héle dicho que ni tengo pollas ni gallinas, ¿y quiere que tenga huevos? discurra si quisiere por otras delicadezas, y déjese de pedir gallinas. Resolvámonos, cuerpo de mí, dijo Sancho, y dígame finalmente lo que tiene, y déjese de discurrimientos. Señor huésped, dijo el ventero; lo que real y verdaderamente tengo son dos uñas de vaca que parecen manos de ternera, ó dos manos de terne-

ra que parecen uñas de vaca; están cocidas con sus garbanzos, cebollas y tocino, y la hora de ahora están diciendo: cómeme, cómeme. Por mias las marco desde aquí, dijo Sancho, y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mí ninguna otra cosa pudiera esperar de más gusto, y no se me daria nada que fuesen manos como que fuesen uñas. Nadie las tocará, dijo el ventero; porque otros huéspedes que tengo, de puro principales traen consigo cocinero, despensero y repostería. Si por principales va, dijo Sancho, ninguno más que mi amo; pero el oficio que él trae no permite despensas ni botillerías; ahí nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas ó de nísperos.

Llegóse, pues, la hora del cenar, recogióse á su estancia D. Quijote, trujo el huésped la olla así como estaba, y sentóse á cenar muy de propósito. Parece ser que en otro aposento que junto al de D. Quijote estaba, que no le dividia más que un sutil tabique, oyó decir D. Quijote: por vida de v. m., señor D. Gerónimo, que en tanto que traen la cena leamos otro capítulo de la segunda parte de D. Quijote de la Mancha. Apenas oyó su nombre D. Quijote, cuando se puso en pié, y con oido alerto escuchó lo que dél trataban, y oyó que el tal D. Gerónimo referido respondió: ¿para qué quiere v. m., señor D. Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leido la primera parte de la historia de D. Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda? Con todo eso, dijo el D. Juan, será bien leerla: pues no hay libro tan malo que no tenga alguna cosa buena. Lo que á mí en este más desplace es que pinta á D. Quijote ya desenamorado de Dulcinea del Toboso. Oyendo lo cual D. Quijote, lleno de ira y de despecho alzó la voz y dijo: quien quiera que dijere que D. Quijote de la Mancha há olvidado ni puede olvidar á Dulcinea del Toboso, yo le haré entender con armas iguales que va muy lejos de la verdad, porque la sin par Dulcinea del Toboso ni puede ser olvidada, ni en D. Quijote puede caber olvido; su blason es la firmeza, y su profesion el guardarla con suavidad y sin hacerse fuerza alguna. ¿Quién es el que nos responde? dijeron del otro aposento. ¿Quién há de ser, respondió Sancho, sino el mismo D. Quijote de la Mancha, que hará bueno cuanto há dicho, y áun cuanto dijere, que al buen pagador no le duelen prendas? Apenas hubo dicho esto Sancho, cuando entraron por la puerta de su aposento dos caballeros, que tales lo parecian, y uno dellos echando los brazos al cuello de D. Quijote, le dijo: ni vuestra presencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos, señor, sois el verdadero D. Quijote de la Mancha, norte y lucero de la andante caballería, á despecho y pesar del que há querido usurpar vuestro nombre y aniquilar vuestras hazañas, como lo há hecho el autor deste libro que aquí os entrego: y poniéndole un libro

en las manos, que traia su compañero, le tomó D. Quijote, y sin responder palabra comenzó á hojearle, y de allí á un poco se le volvió diciendo: en esto poco que hé visto hé hallado cosas en este autor dignas de reprension. Una de ellas es que yerra y se desvia de la verdad en lo más principal de la historia, porque aquí dice que la mujer de Sancho Panza mi escudero se llama Mari Gutierrez, y no se llama tal, sino Teresa Panza; y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demás de la historia. Á esto dijo Sancho: donosa cosa de historiador por cierto; bien debe de estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama á Teresa Panza mi mujer Mari Gutierrez. Torne á tomar el libro, señor, y mire si ando yo por ahí. Por lo que os hé oido hablar, amigo, dijo D. Gerónimo, sin duda debeis de ser Sancho Panza, el escudero del señor D. Quijote. Sí soy, respondió Sancho, y me precio dello. Pues á fé, dijo el caballero, que no os trata este autor moderno con la limpieza que en vuestra persona se muestra; pintaos comedor y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho que en la primera parte de la historia de vuestro amo se describe. Dios se lo perdone, dijo Sancho; dejárame en mi rincon sin acordarse de mí, porque quien las sabe las tañe, y bien se está San Pedro en Roma. Los dos caballeros pidieron á D. Quijote se pasase á su estancia á cenar con ellos, que bien sabian que en aquella venta no habia cosas pertenecientes para su persona. D. Quijote, que fué siempre comedido, condescendió con su demanda y cenó con ellos; quedóse Sancho con la olla, con mero mixto imperio [4], sentóse en cabecera de mesa, y con él el ventero, que no ménos que Sancho estaba de sus manos y de sus uñas aficionado.

En el discurso de la cena preguntó D. Juan á D. Quijote, qué nuevas tenia de la señora Dulcinea del Toboso, si se habia casado, ó si estando en su entereza se acordaba, guardando su honestidad y buen decoro, de los amorosos pensamientos del señor D. Quijote. Á lo que él respondió: Dulcinea se está entera, y mis pensamientos más firmes que nunca: las correspondencias en su sequedad antígua, su hermosura en la de una soez labradora trasformada; y luego les fué contando punto por punto el encanto de la señora Dulcinea, y lo que le habia sucedido en la cueva de Montesinos, con la órden que el sábio Merlin le habia dado para desencantarla, que fué la de los azotes de Sancho. Sumo fué el contento que los dos caballeros recibieron de oir contar á Don Quijote los extraños sucesos de su historia, y así quedaron admirados de sus disparates, como del elegante modo con que los contaba. Aquí le tenian por discreto, y allí se les deslizaba por mentecato, sin saber

4 Con jurisdiccion y dominio absoluto.

determinarse qué grado le darian entre la discrecion y la locura. Acabó de cenar Sancho, y dejando hecho équis [5] al ventero, se pasó á la estancia de su amo, y en entrando dijo: que me maten, señores, si el autor deste libro que vs. ms. tienen, quiere que comamos buenas migas juntos: yo querria que ya que me llaman comilon, cómo vs. ms. dicen, no me llamasen tambien borracho. Si llama, dijo D. Gerónimo; pero no me acuerdo en qué manera, aunque sé que son malsonantes las razones, y además mentirosas, segun yo echo de ver en la fisonomía del buén Sancho que está presente. Créanme vs. ms., dijo Sancho, que el Sancho y el D. Quijote desa historia deben de ser otros que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Ben-Engeli, que somos nosotros: mi amo valiente, discreto y enamorado, y yo simple, gracioso, y no comedor ni borracho. Yo así lo creo, dijo D. Juan, y si fuera posible se habia de mandar que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran D. Quijote, sinó fuese Cide Hamete su primer autor, bien así como mandó Alejandro que ninguno fuese osado á retratarle sino Apeles. Retráteme el que quisiere, dijo D. Quijote; pero no me maltrate, qué muchas veces suele caerse la paciencia cuando la cargan de injurias. Ninguna, dijo D. Juan, se le puede hacer al señor D. Quijote, de quien él no se pueda vengar, sinó la repara en el escudo de su paciencia, que á mi parecer es fuerte y grande. En estas y otras pláticas se pasó gran parte de la noche; y aunque D. Juan quisiera que D. Quijote leyera más del libro, por ver lo que discantaba, no lo pudieron acabar con él, diciendo que él lo daba por leido, y lo confirmaba por todo nécio, y que no queria, si acaso llegase á noticia de su autor que le habia tenido en sus manos, se alegrase con pensar que le habia leido, pues de las cosas obscenas y torpes los pensamientos se han de apartar, cuanto más los ojos. Preguntáronle que adonde llevaba determinado su viaje. Respondió, que á Zaragoza á hallarse en las justas del arnés, que en aquella ciudad suelen hacerse todos los años. Díjole D. Juan que aquella nueva historia contaba como D. Quijote, sea quien se quisiere, se habia hallado en ella en una sortija, falta de invencion, pobre de letras, pobrísima de libreas, aunque rica de simplicidades. Por el mismo caso, respondió D. Quijote, no pondré los piés en Zaragoza. Hará muy bien, dijo D. Gerónimo, y otras justas hay en Barcelona, donde podrá el señor D. Quijote mostrar su valor. Así lo pienso hacer, dijo este, y vs. ms. me den licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores. Y á mí tambien, dijo Sancho, quizá seré buéno para algo. Con esto se despidieron, y D. Quijote y Sancho se retiraron á su

5 Borracho.

aposento, dejando á D. Juan y á D. Gerónimo admirados de ver la mezcla que habia hecho de su discrecion y de su locura. Madrugó Don Quijote, y dando golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle que alabase ménos la provision de su venta, ó la tuviese más proveida.

CAPITULO XLIX.

De lo que sucedió á D. Quijote yendo á Barcelona.

Era fresca la mañana y daba muestras de serlo asimismo el dia en que D. Quijote salió de la venta, informándose primero cuál era el más derecho camino para ir á Barcelona sin tocar en Zaragoza. Sucedió pues, que en más de seis dias no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los cuales yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas ó alcornoques. Apeáronse de sus bestias amo y mozo, y acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que habia merendado aquel dia, se dejó entrar de rondon por las puertas del sueño; pero D. Quijote, á quien desvelaban sus imaginaciones mucho más que la hambre, no podia pegar sus ojos, ántes iba y venia con el pensamiento por mil géneros de lugares. Ya le parecia hallarse en la cueva de Montesinos, ya ver brincar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea, ya que le sonaban en los oidos las palabras del sábio Merlin, que le referian las diligencias que se habian de hacer en el desencanto de Dulcinea. Desesperábase de ver la flojedad y caridad poca de Sancho su escudero, pues á lo que creia solos cinco azotes sa habia dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban, y desto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso: si el nudo gordiano cortó el Magno Alejandro, diciendo: tanto monta cortar como desatar, y no por eso dejó de ser universal señor de toda la Asia, ni más ni ménos podria suceder ahora en el desencanto de Dulcinea, si yo azotase á Sancho á pesar suyo: que si la condicion deste remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, qué se me dá á mí que se los dé él, ó que se los dé otro, pues la sustancia está en que él los reciba, lleguen por do llegaren. Con esta imaginacion se llegó á Sancho, habiendo primero tomado las riendas de Rocinante, y acomodándolas en modo que pudiese azotarle con ellas, comenzóle á quitar las cintas, que es opinion que no tenia más que la delantera, en que se sustentaban los gregüescos; pero apenas hubo llegado, cuando Sancho despertó en todo su acuerdo, y dijo: ¿qué es esto, quién me toca y desencinta? Yo soy, respondió

D. Quijote, que vengo á suplir tus faltas, y á remediar mis trabajos; véngote á azotar, Sancho, y á descargar en parte la deuda á que te obligaste. Dulcinea perece, tú vives en descuido, yo muero deseando y así desatácate por tu voluntad, que la mia es de darte en esta soledad por lo ménos dos mil azotes. Eso no, dijo Sancho, v. m. se esté quedo; sinó, por Dios verdadero, que nos han de oir los sordos: los azotes á que yo me obligué han de ser voluntarios y no por fuerza, y ahora no tengo gana de azotarme, basta que doy á v. m. mi palabra de vapularme y mosquearme [1] cuando en voluntad me viniere. No hay dejarlo á tu cortesía, Sancho, dijo D. Quijote, porque eres duro de corazon, y aunque villano, blando de carnes; y así procuraba y pugnaba por desenlazarle. Viendo lo cual Sancho Panza se puso en pié y arremetiendo á su amo se abrazó con él á brazo partido, y echándole una zancadilla dió con él en el suelo boca arriba; púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenia las manos, de modo que ni le dejaba rodear ni alentar. D. Quijote le decia, ¿cómo traidor, contra tu amo y señor natural te desmandas? ¿con quien te dá su pan te atreves? Ni quito rey ni pongo rey, respondió Sancho, sino ayúdome á mí que soy mi señor: v. m. me prometa que se estará quedo, y no tratará de azotarme por agora, que yo le dejaré libre y desembarazado; donde no,

Aquí morirás, traidor,
enemigo de Doña Sancha.

Prometióselo D. Quijote, y juró por vida de sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa, y que dejaria en toda su voluntad el azotarse cuando quisiese.

Levantóse Sancho, desvióse de aquel lugar un buén espacio, y yendo á arrimarse á otro árbol, sintió que le tocaban en la cabeza, y alzando las manos topó con dos piés de persona con zapatos y calzas. Tembló de miedo, acudió á otro árbol, y sucedióle lo mismo: dió voces llamando á D. Quijote, que le favoreciese. Hízolo así D. Quijote, y preguntándole qué le habia sucedido y de qué tenia miedo, le respondió Sancho que todos aquellos árboles estaban llenos de piés y de piernas humanas. Tentólos D. Quijote, y cayó luego en la cuenta de lo que podia ser, y díjole á Sancho: no tienes de qué tener miedo, porque estos piés y piernas que tientas y no ves, sin duda son de algunos foragidos y bandoleros que en estos árboles están ahorcados, que por aquí los suele ahorcar la justicia cuando los coge, de veinte en veinte y de treinta en treinta, por donde me doy á entender que debo de estar cerca de Barcelona; y así era la

1 Espantarme las moscas, ó sacudirme.

verdad, como él lo habia imaginado. Al amanecer alzaron los ojos y vieron los racimos de aquellos árboles, que eran cuerpos de bandoleros. Y si los muertos los habian espantado, no ménos los atribularon más de cuarenta bandoleros vivos que de improviso les rodearon, diciéndoles en lengua catalana que estuviesen quedos y se detuviesen hasta que llegase su capitan. Hallóse D. Quijote á pié, su caballo sin freno, su lanza arrimada á un árbol, y finalmente, sin defensa alguna, y así tuvo por bien de cruzar las manos é inclinar la cabeza, guardándose para mejor sazon y coyuntura. Acudieron los bandoleros á espulgar al rúcio y á no dejarle ninguna cosa de cuantas en las alforjas y en la maleta traia: y avínole bien á Sancho que en una ventrera [2] que tenia ceñida venian los escudos del duque y los que habian sacado de su tierra, y con todo eso aquella buéna gente le escardára [3] y le mirára hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondido, sinó llegára en aquella sazon su capitan, el cual mostró ser de hasta edad de treinta y cuatro años, robusto, de más que mediana proporcion, de mirar grave y color morena. Venia sobre un poderoso caballo, vestida la acerada cota, y con cuatro pistoletes, que en aquella tierra se llaman pedreñales, á los lados. Vió que sus escuderos (que así llaman á los que andan en aquel ejercicio) iban á despojar á Sancho Panza: mandóles que no lo hiciesen, y fué luego obedecido, y así se escapó la ventrera. Admiróle ver lanza arrimada al árbol, escudo en el suelo, y á D. Quijote armado y pensativo, con la más triste y melancólica figura que pudiera formar la misma tristeza. Llegóse á él diciéndole: no esteis tan triste, buén hombre, porque no habeis caido en las manos de algun cruel Osíris, sino en las de Roque Guinart, que tienen más de compasivas que de rigurosas. No es mi tristeza, respondió D. Quijote, por haber caido en tu poder, oh valeroso Roque, cuya fama no hay límites en la tierra que la encierren, sino por haber sido tal mi descuido que me hayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, segun la órden de la andante caballería que profeso, á vivir contino alerta, siendo á todas horas centinela de mí mismo: porque te hago saber, oh gran Roque, que si me halláran sobre mi caballo con mi lanza y con mi escudo, no les fuera muy fácil rendirme, porque yo soy D. Quijote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe. Luego Roque Guinart conoció que la enfermedad de D. Quijote tocaba más en locura que en valentía; y aunque algunas veces le habia oido nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir á que semejante humor reinase en corazon de hombre, y holgóse en extremo de haberle encontrado para tocar de cerca lo que de léjos dél habia oido, y así le dijo: valeroso caba-

2 Faja que ciñe el vientre. 3 Le cutresacára.

llero, no os despecheis, ni tengais á siniestra fortuna esta en que os hallais, que podria ser que en estos tropiezos vuestra torcida suerte se enderezase, que el cielo por extraños y nunca vistos rodeos, de los hombres no imaginados, suele levantar los caidos y enriquecer los pobres; y mandando poner los suyos en ala, mandó traer allí delante todos los vestidos, joyas, dineros, y todo aquello que desde la última reparticion habian robado, y haciendo brevemente el tanteo, volviendo lo no repartible y reduciéndolo á dineros, lo repartió por toda su compañía con tanta legalidad y prudencia, que no pasó un punto ni defraudó nada de la justicia distributiva. Hecho esto, con lo cual todos quedaron contentos, satisfechos y pagados, dijo Roque á D. Quijote: sinó se guardase esta puntualidad con estos, no se podria vivir con ellos. Á lo que dijo Sancho: segun lo que aquí hé visto, es tan buéna la justicia, que es necesario que se use áun entre los mesmos ladrones. Oyólo un escudero, y enarboló el mocho de un arcabuz, con el cual sin duda le abriera la cabeza á Sancho si Roque Guinart no le diera voces que se detuviese. Pasmóse Sancho, y propuso de no descoser los lábios en tanto que entre aquella gente estuviese.

Llegó en esto uno de aquellos escuderos que estaban puestos por centinelas por los caminos para ver la gente que por ellos venia y dar aviso á su mayor de lo que pasaba, y este dijo: señor, no léjos de aquí, por el camino que va á Barcelona, viene un gran tropel de gente. Á lo que respondió Roque: ¿has echado de ver si son de los que nos buscan, ó de los que nosotros buscamos? No sino de los que buscamos, respondió el escudero. Pues salid todos, replicó Roque, y traédmelos aquí luego sin que se os escape ninguno. Hiciéronlo así, y quedándose solos D. Quijote, Sancho y Roque, aguardaron á ver lo que los escuderos traian, y en este entretanto dijo Roque á D. Quijote: nueva manera de vida le debe de parecer al señor D. Quijote la nuestra: nuevas aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos: y no me maravillo que así le parezca, porque realmente le confieso que no hay modo de vivir más inquieto ni más sobresaltado que el nuestro. Á mí me han puesto en él no sé qué deseos de venganza, que tienen fuerza de turbar los más sosegados corazones; yo de mi natural soy compasivo y bien intencionado; pero, como tengo dicho, el querer vengarme de un agravio que se me hizo, así da con todas mis buénas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado á despecho y pesar de lo que entiendo; y como un abismo llama á otro, y un pecado á otro pecado, hánse eslabonado las venganzas de manera, que no solo las mias, pero las ajenas tomo á mi cargo; pero Dios es servido de que aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperanza de salir dél á puerto seguro. Admirado quedó D. Quijote de oir hablar á Roque tan

buenas y concertadas razones, porque él se pensaba que entre los de oficios semejantes de robar, matar y saltear no podia haber alguno que tuviese buén discurso, y respondióle: señor Roque, el principio de la salud está en conocer la enfermedad y en querer tomar el enfermo las medicinas que el médico le ordena; v. m. está enfermo, conoce su dolencia, y el cielo, ó Dios, por mejor decir, que es nuestro médico, le aplicará medicinas que le sanen, las cuales suelen sanar poco á poco, y no de repente y por milagro: y más que los pecadores discretos están más cerca de enmendarse que los simples; y pues v. m. há mostrado en sus razones su prudencia, no hay sino tener buen ánimo y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia. Y si v. m. quiere ahorrar camino y ponerse con facilidad en el de su salvacion, véngase conmigo, que yo le enseñaré á ser caballero andante, donde se pasan tantos trabajos y desventuras, que tomándolas por penitencia, en dos paletas le pondrán en el cielo. Rióse del consejo de D. Quijote; y en esto llegaron los escuderos de la presa, trayendo consigo dos caballeros á caballo, dos peregrinos á pié, y un coche de mujeres con hasta seis criados que á pié y á caballo las acompañaban, con otros dos mozos de mulas que los caballeros traian. Cogiéronlos los escuderos en medio, guardando vencidos y vencedores gran silencio, esperando á que el gran Roque Guinart hablase, el cual preguntó á los caballeros que quién eran, adónde iban y qué dinero llevaban. Uno dellos le respondió: señor, nosotros somos dos capitanes de infantería española, tenemos nuestras compañías en Nápoles, y vamos á embarcarnos en cuatro galeras que dicen están en Barcelona con órden de pasar á Sicilia; llevamos hasta docientos ó trecientos escudos, con que á nuestro parecer vamos ricos y contentos, pues la estrecheza ordinaria de los soldados no permite mayores tesoros. Preguntó Roque á los peregrinos lo mismo que á los capitanes: fuéle respondido que iban á embarcarse para pasar á Roma, y que entre ambos podrian llevar hasta sesenta reales. Quiso saber tambien quién iba en el coche, adónde, y el dinero que llevaban, y uno de los de á caballo dijo: mi señora Doña Guiomar de Quiñones, mujer del regente de la vicaría de Nápoles, con una hija pequeña, una doncella y una dueña, son las que van en el coche: acompañámosla seis criados, y los dineros son seiscientos escudos. De modo, dijo Roque Guinart, que ya tenemos aquí novecientos escudos y sesenta reales; mis soldados deben de ser hasta sesenta: mírese á cómo le cabe á cada uno, porque yo soy mal contador. Oyendo decir esto los salteadores, levantaron la voz diciendo: viva Roque Guinart muchos años, á pesar de los lladres [1] que su perdicion

1 Pícaros, belitres, hombres viles y ruines.

procuran. Mostraron afligirse los capitanes, entristecióse la señora regenta, y no se holgaron nada los peregrinos viendo la confiscacion de sus bienes. Túvolos así un rato suspensos Roque; pero no quiso que pasase adelante su tristeza, que ya se podia conocer á tiro de arcabuz, y volviéndose á los capitanes dijo: vs. ms, señores capitanes, por cortesía sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la señora regenta ochenta, para contentar esta escuadra que me acompaña, porque el abad de lo que canta yanta, y luego puédense ir su camino libre y desembarazadamente, con un salvoconducto que yo les daré, para que si toparen otras de algunas escuadras mias, que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño, que no es mi intencion de agraviar á soldados, ni á mujer alguna, especialmente á las que son principales. Infinitas y bien dichas fueron las razones con que los capitanes agradecieron á Roque su cortesía y liberalidad, que por tal la tuvieron en dejarles su mismo dinero. La señora Doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besar los piés y las manos del gran Roque, pero él no lo consintió en ninguna manera, antes le pidió perdon del agrávio que le habia hecho, forzado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandó la señora regenta á un criado suyo diese luego los ochenta escudos que le habian repartido; y ya los capitanes habian desembolsado los sesenta. Iban los peregrinos á dar toda su miseria; pero Roque les dijo que se estuviesen quedos, y volviéndose á los suyos les dijo: destos escudos dos tocan á cada uno y sobran veinte, los diez se den á estos peregrinos, y los otros diez á este buén escudero, volviéndole cuanto se le há quitado, porque pueda decir bien de esta aventura: y trayéndole aderezo de escribir, de que siempre andaba proveido Roque, les dió por escrito un salvoconducto para los mayorales de sus escuadras, y despidiéndose dellos, los dejó ir libres y admirados de su nobleza, de su gallarda disposicion y extraño proceder, teniéndole más por un Alejandro Magno, que por ladron conocido. Uno de los escuderos dijo en su lengua gascona y catalana: este nuestro capitan más es para frade [5], que para bandolero: si de aquí adelante quisiere mostrarse liberal, séalo con su hacienda, y no con la nuestra. No lo dijo tan paso [6] el desventurado, que dejase de oirlo Roque, el cual echando mano á la espada, le abrió la cabeza casi en dos partes, diciéndole: desta manera castigo yo á los deslenguados y atrevidos. Pasmáronse todos, y ninguno le osó decir palabra: tanta era la obediencia que le tenian. Apartóse Roque á una parte, y escribió una carta á un su amigo á Barcelona, dándole aviso como estaba consigo el famoso D. Quijote de la Mancha, aquel caballero andante de quien

5 Fraile. 6 Tan en voz baja.

tantas cosas se decian; y que le hacia saber que era el más gracioso y el más entendido hombre del mundo; y que de allí á cuatro dias, que era el de San Juan Bautista, se le pondria en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rocinante su caballo, y á su escudero Sancho sobre su asno, y que diese noticia desto á sus amigos los Niarros, para que con él se solazasen, que él quisiera que carecieran deste gusto los Cadells, sus contrarios; pero que esto era imposible, á causa que las locuras y discreciones de D. Quijote, y los donáires de su escudero Sancho Panza, no podian dejar de dar gusto general á todo el mundo. Despachó esta carta con uno de sus escuderos, que mudando el traje de bandolero en el de labrador, entró en Barcelona, y la dió á quien iba.

CAPITULO L.

De lo que sucedio á D. Quijote en la entrada de Barcelona, de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerias que no pueden dejar de contarse.

Tres dias y tres noches estuvo D. Quijote con Roque, y si estuviera trecientos años no le faltára que mirar y admirar en el modo de su vida. Aquí amanecian, acullá comian: unas veces huian sin saber de quién, otras esperaban sin saber á quién. Dormian en pié, interrumpiendo el sueño, mudándose de un lugar á otro. Todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuces, aunque traian pocos, porque todos se servian de pedreñales. Roque pasaba las noches apartado de los suyos en partes y lugares donde ellos no pudiesen saber dónde estaba, porque los muchos bandos, que el visorey de Barcelona habia echado sobre su vida, le traian inquieto y temeroso y no se osaba fiar de ninguno, temiendo que los mismos suyos ó le habian de matar, ó entregar á la justicia; vida por cierto miserable y enfadosa. En fin, por caminos desusados, por atajos y sendas encubiertas partieron Roque, D. Quijote y Sancho, con otros seis escuderos á Barcelona. Llegaron á su playa la víspera de S. Juan en la noche, y abrazando Roque á D. Quijote y á Sancho, á quien dió los diez escudos prometidos, que hasta entonces no se los habia dado, los dejó con mil ofrecimientos que de la una á la otra parte se hicieron. Volvióse Roque, quedóse D. Quijote esperando el dia así á caballo como estaba, y no tardó mucho cuando comenzó á descubrirse por los balcones del oriente la faz de la blanca aurora, alegrando las yerbas y las flores, en lugar de alegrar el oido, aunque al mismo instante alegraron tambien el oido el son de las muchas chirimías y atabales, ruido de cascabeles, trapa, trapa, aparta, aparta de corredores, que al parecer de la ciudad

salian. Dió lugar la aurora al sol, que con un rostro mayor que una rodela por el horizonte poco á poco se iba levantando. Tendieron Don Quijote y Sancho la vista por todas partes, vieron el mar, hasta entonces dellos no visto: parecióles espaciosísimo y largo, harto más que las lagunas de Ruidera, que en la Mancha habian visto. Vieron las galeras que estaban en la playa, las cuales abatiendo las tiendas, se descubrieron llenas de flámulas y gallardetes, que tremolaban al viento, y besaban y barrian el agua: dentro sonaban clarines, trompetas y chirimías, que cerca y lejos llenaban el aire de suaves y belicosos acentos: comenzaron á moverse, y á hacer un modo de escaramuza por las sosegadas aguas, correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros, que de la ciudad sobre hermosos caballos y con vistosas libreas salian. Los soldados de las galeras disparaban infinita artillería, á quien respondian los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad, y la artillería gruesa con espantoso estruendo rompia los vientos, á quien respondian los cañones de crugia de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro, solo tal vez turbio del humo de la artillería, parece que iba infundiendo y engendrando gusto súbito en todas las gentes. No podia imaginar Sancho como pudiesen tener tantos piés aquellos bultos que por el mar se movian. En esto llegaron corriendo con grita, lililíes y algazara los de las libreas, adonde D. Quijote suspenso y atónito estaba; y uno dellos, que era el avisado de Roque, dijo en alta voz: bien sea venido á nuestra ciudad el espejo, el farol, la estrella y el norte de toda la caballería andante, donde más largamente se contiene. Bién sea venido, digo, el valeroso D. Quijote de la Mancha. No respondió D. Quijote palabra, ni los caballeros esperaron á que la respondiese, sino volviéndose y revolviéndose con los demas que los seguian, comenzaron á hacer un revuelto caracol al rededor dél, el cual volviéndose á Sancho, dijo: estos bien nos han conocido; yo apostaré que han leido nuestra historia. Volvió otra vez el caballero que habló á D. Quijote, y díjole: v. m., se venga con nosotros, que todos somos sus servidores, y grandes amigos de Roque Guinart. Á lo que D. Quijote respondió: si cortesías engendran cortesías, la vuestra, señor caballero, es hija ó parienta muy cercana de las del gran Roque; llevadme do quisiéredes, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y más si la quereis ocupar en vuestro servicio. Con palabras no ménos comedidas que estas le respondió el caballero, y encerrándole todos en medio, al son de las chirimías y de los atabales se encaminaron con él á la ciudad: al entrar de la cuál, el malo [1], que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son más malos que el malo, dos de-

1 El diablo.

llos traviesos y atrevidos se entraron por toda la gente, y alzando el uno de la cola del rúcio, y el otro de la de Rocinante, les pusieron y encajaron sendos manojos de aliagas. Sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas aumentaron su disgusto de manera, que dando mil corcovos, dieron con sus dueños en tierra. D. Quijote, corrido y afrentado, acudió á quitar el plumaje de la cola de su matalote, y Sancho el de su rúcio. Quisieran los que guiaban á D. Quijote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fué posible porque se cerraron entre más de otros mil que los seguian. Volvieron á subir D. Quijote y Sancho, y con el mismo aplauso y música llegaron á la casa de su guia, que era grande y principal, en fin, como de caballero rico, donde le dejaremos por ahora, porque así lo quiere Cide Hamete.

D. Antonio Moreno se llamaba el huesped de D. Quijote, caballero rico, discreto y amigo de holgarse á lo honesto y afable, el cual viendo en su casa á D. Quijote, andaba buscando modos como sin su perjuicio sacase á plaza sus locuras, porque no son burlas las que duelen, ni hay pasatiempos que valgan, si son con daño de tercero. Lo primero que hizo fué hacer desarmar á D. Quijote, y sacarle á vistas con aquel su estrecho y acamuzado vestido á un balcon que salia á una calle de las más principales de la ciudad, á vista de las gentes y de los muchachos, que como á mona le miraban. Corrieron de nuevo delante dél los de las libreas, como si para él solo no para alegrar aquel festivo dia, se las hubieran puesto, y Sancho estaba contentísimo por parecerle que se habia hallado sin saber cómo ni cómo no, otras bodas de Camacho, otra casa como la de D. Diego de Miranda, y otro castillo como el del duque. Comieron aquel dia con D. Antonio algunos de sus amigos, honrando todos y tratando á D. Quijote como á caballero andante, de lo cual hueco y pomposo no cabia en sí de contento. Los donáires de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de casa y todos cuantos le oian. Estando á la mesa, dijo D. Antonio á Sancho: acá tenemos noticia, buen Sancho, que sois tan amigo de manjar blanco y albondiguillas, que si os sobran las guardais en el seno para el otro dia. No señor, no es así, respondió Sancho, porque tengo más de limpio que de goloso; y mi señor D. Quijote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas ó de nueces nos solemos pasar entrambos ocho dias: verdad es que si tal vez me sucede que me den la vaquilla, corro con la soguilla: quiero decir, que como lo que me dan, y uso de los tiempos como los hallo; y quien quiera que hubiere dicho que yo soy comedor aventajado, y no limpio, téngase por dicho que no acierta, y de otra manera dijera esto, sinó mirára á las barbas honradas que están á la mesa. Por cierto dijo D. Quijote, que la parsimónia y limpieza con

que Sancho come se puede escribir y grabar en láminas de bronce para que quede en memoria eterna en los siglos venideros. Verdad es que cuando él tiene hambre parece algo tragon porque come apriesa y masca á dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto, y en el tiempo que fué gobernador aprendió á comer á lo melindroso, tanto que comia con tenedor las uvas y áun los granos de la granada. ¡Cómo! dijo D. Antonio, ¿gobernador ha sido Sancho? Sí, respondió Sancho, y de una ínsula llamada la Barataria. Diez dias la goberné á pedir de boca: en ellos perdí el sosiego, y aprendí á despreciar todos los gobiernos del mundo: salí huyendo della, caí en una cueva, donde me tuve por muerto, de la cuál salí vivo por milagro. Contó D. Quijote por menudo todo el suceso del gobierno de Sancho, con que dió gran gusto á los oyentes.

Levantados los manteles, y tomando D. Antonio por la mano á Don Quijote, se entró con él en un apartado aposento, en el cual no habia otra cosa de adorno que una mesa al parecer de jaspe, que sobre un pié de lo mismo se sostenia, sobre la cual estaba puesta al modo de las cabezas de los emperadores romanos, de los pechos arriba, una que semejaba ser de bronce. Paseóse D. Antonio con D. Quijote por todo el aposento, rodeando muchas veces la mesa, despues de lo cual dijo: ahora, señor D. Quijote, que estoy enterado que no nos oye y escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero contar á v. m. una de las más raras aventuras, ó por mejor decir novedades, que imaginarse pueden, con condicion que lo que á v. m. dijere lo ha de depositar en los últimos retretes del secreto. Así lo juro, respondió D. Quijote, y áun le echaré una losa encima para más seguridad: porque quiero que sepa v. m., señor D. Antonio (que ya sabia su nombre), que está hablando con quien, aunque tiene oidos para oir, no tiene lengua para hablar: así que con seguridad puede v. m. trasladar lo que tiene en su pecho al mio, y hacer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio. En fé desa promesa, respondió D. Antonio, quiero poner á v. m. en admiracion con lo que viere y oyere, y darme á mí algun alivio de la pena que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos. Suspenso estaba D. Quijote, esperando en qué habian de parar tantas prevenciones. En esto tomándole la mano D. Antonio, se la paseó por la cabeza de bronce y por toda la mesa, por el pié de jaspe sobre que se sostenia, y luego dijo: esta cabeza, señor D. Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era polaco de nacion, y discípulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan, el cual estuvo aquí en mi casa, y por precio de mil escudos que le dí labró esta cabeza, que tiene propiedad y virtud de responder

á cuantas cosas al oido le preguntaren. Guardó rumbos, pintó caractéres, observó astros, miró puntos, y finalmente la sacó con la perfeccion que veremos mañana, porque los viernes está muda, y hoy que lo es, nos ha de hacer esperar hasta mañana. En este tiempo podrá v. m. prevenirse de lo que querrá preguntar, que por experiencia sé que dice verdad en cuanto responde. Admirado quedó D. Quijote de la virtud y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer á D. Antonio; pero por ver cuán poco tiempo faltaba para hacer la experiencia, no quiso decirle otra cosa sino que le agradecia el haberle descubierto tan gran secreto. Salieron del aposento, cerró la puerta D. Antonio con llave, y fuéronse á la sala donde los demas caballeros estaban. En este tiempo les habia contado Sancho muchas de las aventuras y sucesos que á su amo habian acontecido.

Aquella tarde sacaron á pasear á D. Quijote, no armado, sino de rua, vestido un balandran [2] de paño leonado, que pudiera hacer sudar en aquel tiempo al mismo hielo. Ordenaron con sus criados que entretuviesen á Sancho de modo que no le dejasen salir de casa. Iba D. Quijote, no sobre Rocinante, sino sobre un gran macho de paso llano, y muy bien aderezado. Pusiéronle el balandran, y en las espaldas sin que lo viese le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes: *este es D. Quijote de la Mancha*. En comenzando el paseo llevaba el rétulo los ojos de cuantos venian á verle, y como leian: este es D. Quijote de la Mancha, admirábase D. Quijote de ver que cuantos le miraban le nombraban y conocian; y volviéndose á D. Antonio, que iba á su lado, le dijo: grande es la prerogativa que encierra en sí la andante caballería, pues hace conocido y famoso al que la profesa por todos los términos de la tierra: sinó mire v. m., señor D. Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad sin nunca haberme visto me conocen. Así es, señor D. Quijote, respondió D. Antonio, que así como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dejar de ser conocida, y la que se alcanza por la profesion de las armas, resplandece y campea sobre todas las otras. Acaeció pues que yendo D. Quijote con el aplauso que se ha dicho, un castellano que leyó el rétulo de las espaldas alzó la voz diciendo: válgate el diablo por D. Quijote de la Mancha; como ¿qué hasta aquí has llegado sin haberte muerto los infinitos palos que tienes acuestas? Tú eres loco, y si lo fueras á solas y dentro de las puertas de tu locura, fuera ménos mal; pero tienes propiedad de volver locos y mentecatos á cuantos te tratan y comunican: sinó, mírenlo por estos señores que te acompañan. Vuélvete, mentecato, á tu casa, y mira por tu hacienda, por tu mujer y tus hijos, déjate destas vacie-

2 Traje de casa que hoy solo usan los eclesiásticos.

dades, que te carcomen el seso y te desnatan el entendimiento. Hermano, dijo D. Antonio, seguid vuestro camino, y no deis consejos á quien no os los pide. El señor D. Quijote de la Mancha es muy cuerdo y nosotros que le acompañamos no somos nécios: la virtud se ha de honrar donde quiera que se halláre, y andad enhoramala, y no os metais donde no os llaman. Pardiez v. m. tiene razon, respondió el castellano, que aconsejar á este buén hombre es dar coces contra el aguijon; pero con todo eso me da muy gran lástima que el buén ingenio que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desagüe por la canal de su andante caballería; y la enhoramala que v. m. dijo, sea para mí y para todos mis descendientes, si de hoy más, aunque viviese más años que Matusalen, diere consejo á nadie aunque me lo pida. Apartóse el consejero, siguió adelante el paseo; pero fué tanta la priesa que los muchachos y toda la gente tenian leyendo el rétulo, que se le hubo de quitar D. Antonio, como que le quitaba otra cosa. Llegó la noche, volviéronse á casa, hubo sarao de damas; porque la mujer de D. Antonio, que era una señora principal y alegre, hermosa y discreta, convidó á otras sus amigas á que viniesen á honrar á su huésped, y á gustar de sus nunca vistas locuras. Vinieron algunas; cenóse espléndidamente, y comenzóse el sarao cási á las diez de la noche. Entre las damas habia dos de gusto pícaro y burlonas, y con ser muy honestas, eran algo descompuestas por dar lugar que las burlas alegrasen sin enfado. Estas se dieron tanta priesa en sacar á danzar á D. Quijote, que le molieron, no solo el cuerpo, pero el ánima. Era cosa de ver la figura de D. Quijote, largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desairado, y sobre todo nada ligero. Requebrábanle como á hurto las damiselas, y él tambien como á hurto las desdeñaba; pero viéndose apretar de requiebros, alzó la voz y dijo: *Fugite partes adversæ* dejadme en mi sosiego, pensamientos malvenidos; allá os avenid, señoras, con vuestros deseos, que la que es reina de los mios, la sin par Dulcinea del Toboso, no consiente que ningunos otros que los suyos me avasallen y rindan: y diciendo esto se sentó en mitad de la sala en el suelo, molido y quebrantado de tan bailador ejercicio. Hizo D. Antonio que le llevasen en peso á su lecho, y el primero que asió dél fué Sancho, diciéndole: nora en tal[3] señor nuestro amo, lo habeis bailado: ¿pensais que todos los valientes son danzadores, y todos los andantes caballeros bailarines? Digo que si lo pensais, que estais engañado: hombre hay que se atreverá á matar á un gigante ántes que hacer una cabriola: si hubiérades de zapatear, yo supliera vuestra falta, que zapateo como un girifalte; pero en lo del danzar no doy puntada. Con estas y otras razo-

3 Por enhoramala.

nes dió que reir Sancho á los del sarao, y dió con su amo en la cama, arropándole para que sudase la frialdad de su baile.

Otro dia le pareció á D. Antonio ser bien hacer la experiencia de la cabeza encantada, y con D. Quijote, Sancho y otros dos amigos, con las dos señoras que habian molido á D. Quijote en el baile, que aquella propia noche se habian quedado con la mujer de D. Antonio, se encerró en la estancia donde estaba la cabeza. Contóles la propiedad que tenia, encargóles el secreto, y díjoles que aquel era el primer dia, donde se habia de probar la virtud de la tal cabeza encantada y sinó eran los dos amigos de D. Antonio, ninguna otra persona sabía el busílis del encanto; y aún si D. Antonio no se le hubiera descubierto primero á sus amigos, tambien ellos cayeran en la admiracion en que los demás cayeron, sin ser posible otra cosa: con tal traza y tal órden estaba fabricada. El primero que se llegó al oido de la cabeza fué el mismo D. Antonio, y díjole en voz sumisa, pero no tanto que de todos no fuese entendida: díme, cabeza, por la virtud que en tí se encierra, ¿qué pensamientos tengo yo ahora? y la cabeza le respondió sin mover los lábios, con voz clara y distinta, de modo que fué de todos entendida, esta razon: yo no juzgo de pensamientos. Oyendo lo cual todos quedaron atónitos y más viendo que en todo el aposento ni al rededor de la mesa habia persona humana que responder pudiese. ¿Cuántos estamos aquí? tornó á preguntar D. Antonio, y fuéle respondido por el propio tenor, paso: estais tú y tu mujer, con dos amigos tuyos, y dos amigas della, y un caballero famoso, llamado D. Quijote de la Mancha, y un su escudero que Sancho Panza tiene por nombre. Aquí sí que fué el admirarse de nuevo: aquí sí que fué el erizarse los cabellos á todos de puro espanto. Y apartándose D. Antonio de la cabeza, dijo: esto me basta para darme á entender que no fuí engañado del que te me vendió, cabeza sábia, cabeza habladora, cabeza respondona, y admirable cabeza. Llegue otro y pregúntele lo que quisiere. Y como las mujeres de ordinario son presurosas y amigas de saber, la primera que se llegó fué una de las dos amigas de la mujer de D. Antonio, y lo que le preguntó fué: díme, cabeza, ¿qué haré yo para ser muy hermosa? y fuéle respondido: sé muy honesta. No te pregunto más, dijo la preguntanta. Llegó luego la compañera y dijo: querria saber, cabeza, si mi marido me quiere bien ó no. Y respondiéronle: mira las obras que te hace, y echarlo hás de ver. Apartóse la casada, diciendo: esta respuesta no tenia necesidad de pregunta, porque en efecto las obras que se hacen declaran la voluntad que tiene el que las hace. Luego llegó uno de los dos amigos de D. Antonio, y preguntóle: ¿quién soy yo? Y fuéle respondido: tú lo sabes. No te pregunto eso, respondió el caballero, sino que me digas si me conoces tú? Sí conozco, le respondieron, que eres D. Pedro No-

riz. No quiero saber más, pues esto basta para entender, oh cabeza, que lo sabes todo. Y apartándose, llegó el otro amigo y preguntóle: díme, cabeza ¿qué deseos tiene mi hijo el mayorazgo? Ya yo he dicho, le respondieron, que yo no juzgo de deseos; pero con todo eso te sé decir, que los que tu hijo tiene son de enterrarte. Eso es, dijo el caballero, lo que veo por los ojos, con el dedo lo señalo, y no pregunto más. Llegóse la mujer de D. Antonio, y dijo: yo no sé, cabeza, qué preguntarte; solo querria saber de tí si gozaré muchos años de mi buén marido. Y respondiéronla: sí gozarás, porque su salud y su templanza en el vivir prometen muchos años de vida, la cual muchos suelen acortar por su destemplanza. Llegóse luego D. Quijote y dijo: díme tú el que respondes, ¿fué verdad ó fué sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos? ¿Serán ciertos los azotes de Sancho mi escudero? ¿Tendrá efecto el desencanto de Dulcinea? Á lo de la cueva, respondieron, hay mucho que decir, de todo tiene: los azotes de Sancho irán despacio: el desencanto de Dulcinea llegará á debida ejecucion. No quiero saber más, dijo D. Quijote, que como yo vea á Dulcinea desencantada, haré cuenta que vienen de golpe todas las venturas que acertáre á desear. El último preguntante fué Sancho, y lo que preguntó fué: por ventura, cabeza, ¿tendré otro gobierno? ¿saldré de la estrecheza de escudero? ¿volveré á ver á mi mujer y á mis hijos? Á lo que le respondieron: gobernarás en tu casa; y si vuelves á ella verás á tu mujer y á tus hijos, y dejando de servir, dejarás de ser escudero. Buéno, par Dios, dijo Sancho Panza: esto yo me lo dijera, no dijera más el profeta Perogrullo. Bestia, dijo D. Quijote, ¿qué quieres que te respondan? ¿No basta que las respuestas que esta cabeza ha dado correspondan á lo que se le pregunta? Sí basta, respondió Sancho; pero quisiera yo que se declarára más, y me dijera más. Con esto se acabaron las preguntas y las respuestas, pero no se acabó la admiracion en que todos quedaron, excepto los dos amigos de D. Antonio, que el caso sabian.

Los caballeros de la ciudad, por complacer á D. Antonio y por agasajar á D. Quijote, y dar lugar á que descubriese sus sandeces, ordenaron de correr sortija de allí á seis dias, que no tuvo efecto por la ocasion que se dirá adelante. Dióle gana á D. Quijote de pasear la ciudad á la llana y á pié, temiendo que si iba á caballo le habian de perseguir los muchachos, y así él y Sancho, con otros dos criados que D. Antonio le dió, salieron á pasearse. Sucedió, pues, que yendo por una calle, alzó los ojos D. Quijote, y vió escrito sobre una puerta con letras muy grandes: *Aquí se imprimen libros*; de lo que se contentó mucho, porque hasta entonces no habia visto emprenta alguna, y deseaba saber cómo fuese. Entró dentro con todo su acompañamiento, y vió tirar en una parte, corregir

en otra, componer en esta, enmendar en aquella, y finalmente, toda aquella máquina que en las emprentas grandes se muestra. Aquel mismo dia ordenó D. Antonio de llevarle á ver las galeras que en la playa estaban, de que Sancho se regocijó mucho, á causa que en su vida las habia visto. Avisó D. Antonio al cuatralvo [3] de las galeras como aquella tarde habia de llevar á verlas á su huésped el famoso D. Quijote de la Mancha, de quien ya el cuatralvo y todos los vecinos de la ciudad tenian noticia, y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente capítulo.

CAPITULO LI.

De lo mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las galeras, de la aventura que más pesadumbre dió á D. Quijote de cuantas hasta entonces le habian sucedido, y de quién era el de la Bianca Luna.

Grandes eran los discursos que D. Quijote hacía sobre la respuesta de la encantada cabeza, sin que ninguno dellos diese en el embuste, y todos paraban con la promesa, que él tuvo por cierta, del desencanto de Dulcinea. Allí iba y venia, y se alegraba entre sí mismo, creyendo que habia de ver presto su cumplimiento; y Sancho, aunque aborrecia el ser gobernador, como queda dicho, todavía deseaba volver á mandar y á ser obedecido: que esta mala ventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas. En resolucion, aquella tarde D. Antonio Moreno, su huésped y sus dos amigos con D. Quijote y Sancho, fueron á las galeras. El cuatralvo, que estaba avisado de su buena venida, por ver á los dos tan famosos Quijote y Sancho, apenas llegaron á la marina, cuando todas las galeras abatieron tienda [1], y sonaron las chirimías: arrojaron luego el esquife al agua, cubierto de ricos tapetes y de almohadas de terciopelo carmesí, y en poniendo que puso los piés en él D. Quijote, disparó la capitana el cañon de crujía, y las otras galeras hicieron lo mismo, y al subir D. Quijote por la escala derecha toda la chusma [2] le saludó, como es usanza cuando una persona principal entra en la galera, diciendo: hu, hu, hu, tres veces. Dióle la mano el general, que con este nombre le llamarémos, que era un principal caballero valenciano: abrazó á D. Quijote, diciéndole: este dia señalaré yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida, habiendo visto al señor D. Quijote de la Mancha: tiempo y señal que nos muestra que en él se encierra y cifra todo el valor de la andante caballería. Con otras

3 El jefe ó comandante de cuatro galeras. 1 *Tienda* es la cubierta de la galera. Se dice *hacer tienda* cuando la ponen, y *abatir tienda* cuando la bajan. 2 *Chusma* es la gente de servicio de la galera.

no ménos corteses razones le respondió D. Quijote, alegre sobremanera de verse tratar tan á lo señor. Entraron todos en la popa, que estaba muy bien aderezada, y sentáronse por los bandines: pasóse el cómitre en crujía y dió señal con el pito que la chusma hiciese fuera ropa, que se hizo en un instante. Sancho, que vió tanta gente en cueros, quedó pasmado, y más cuando vió hacer tienda con tanta priesa, que á él le pareció que todos los diablos andaban allí trabajando; pero esto todo fueron tortas y pan pintado para lo que ahora diré. Estaba Sancho sentado sobre el estanterol junto al espalder [3] de la mano derecha, el cual, ya avisado de lo que habia de hacer, asió de Sancho, y levantándole en los brazos, toda la chusma puesta en pié y alerta, comenzando de la derecha banda, le fué dando y volteando sobre los brazos de banco en banco con tanta priesa, que el pobre Sancho perdió la vista de los ojos y sin duda pensó que los mismos demonios le llevaban, y no pararon con él hasta volverle por la siniestra banda y ponerle en la popa. Quedó el pobre molido, jadeando y trasudando, sin poder imaginar qué fuese lo que sucedido le habia. D. Quijote, que vió el vuelo sin alas de Sancho, preguntó al general si eran ceremonias aquellas que se usaban con los primeros que entraban en las galeras; porque si acaso lo fuese, él, que no tenia intencion de profesar en ellas, no queria hacer semejantes ejercicios, y que votaba á Dios que si alguno llegaba á asirle para voltearle, que le habia de sacar el alma á puntillazos; y diciendo esto se levantó en pié y empuñó la espada. Á este instante abatieron tienda, y con grandísimo ruido dejaron caer la entena de alto abajo. Pensó Sancho que el cielo se desencajaba de sus quicios y venia á dar sobre su cabeza, y agobiándola lleno de miedo, la puso entre las piernas. No las tuvo todas consigo D. Quijote, que tambien se estremeció y encogió de hombros, y perdió la color del rostro. La chusma izó la entena con la misma priesa y ruido que la habian amainado, y todo esto callando como sinó tuvieran voz ni aliento. Hizo señal el cómitre que zarpasen el ferro, y saltando en mitad de la crujía con el corbacho ó rebenque, comenzó á mosquear las espaldas de la chusma y alargarse poco á poco á la mar. Cuando Sancho vió á una moverse tantos piés colorados (que tales pensó él que eran los remos) dijo entre sí: estas sí son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi amo dice. ¿Qué han hecho estos desdichados, que ansí los azotan? ¿y cómo este hombre solo que anda por aquí silbando tiene atrevimiento para azotar á tanta gente? Ahora yo digo que este es infierno, ó por lo ménos el purgatorio. D. Quijote, que vió la atencion con que Sancho miraba lo que pasaba, le dijo: ¡ah, Sancho amigo, y con qué brevedad y cuán á poca costa os podiades vos, si quisiésedes, desnudar

3 Guicote que servia en la popa de la galera.

de medio cuerpo arriba y poneros entre estos señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea! pues con la miseria y pena de tantos no sentiríades vos mucho la vuestra; y más que podria ser que el sábio Merlin tomase en cuenta cada azote destos, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os habeis de dar. Pero no solamente estaba Sancho atento á lo que pasaba, sino tan distraido y pasmado con aquella novedad y multitud de cosas para él tan extrañas como incomprensibles, y de tan mal humor le habia dejado la burla y como manteamiento con que le habia obsequiado la chusma de las galeras, que ó no se apercibió del requerimiento de su amo, ó no se encontró con humor ni gusto para contestarle á tal impertinencia. Como quiera que ello fuese, y vistas las galeras, no mucho despues desembarcaron, siendo despedido D. Quijote á la salida tan á lo señor como habia sido recibido á la entrada, confirmándose con esto de nuevo en que solo en él se encerraba y cifraba todo el valor de la andante caballería.

Una mañana, saliendo D. Quijote á pasearse por la playa, armado de todas sus armas, porque, como muchas veces decia, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallaba sin ellas un punto, vió venir hácia él un caballero, armado asimismo de punta en blanco, [1] que en el escudo traia pintada una luna resplandeciente, el cual llegándose á trecho que podia ser oido, en altas voces encaminando sus razones á D. Quijote, dijo: insigne caballero, y jamás como se debe alabado D. Quijote de la Mancha, yo soy *el caballero de la Blanca Luna*, cuyas inauditas hazañas quizá te le habrán traido á la memoria: vengo á contender contigo, y á probar la fuerza de tus brazos, en razon de hacerte conocer y confesar que mi dama, sea quien fuere, es sin comparacion más hermosa que tu Dulcinea del Toboso; la cual verdad si confiesas de llano en llano, excusarás tu muerte y el trabajo que yo hé de tomar en dártela: y si tú peleares, y yo te venciere, no quiero otra satisfaccion sino que dejando las armas, y absteniéndote de buscar aventuras, te recojas y retires á tu lugar por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar mano á la espada, en paz tranquila y en provechoso sosiego, porque así conviene al aumento de tu hacienda y á la salvacion de tu alma: y si me vencieres, quedará á tu discrecion mi cabeza, y serán tuyos los despojos de mis armas y caballo, y pasará á la tuya la fama de mis hazañas. Mira lo que te está mejor, y respóndeme luego, porque hoy todo el dia traigo de término para despachar este negocio. Don Quijote quedó suspenso y atónito, así de la arrogancia del caballero de la Blanca Luna como de la causa por que le desafiaba; y con reposo y ademan severo le respondió: caballero de la Blanca Luna, cuyas hazañas

[1] Esto es, armado de todas armas.

hasta ahora no han llegado á mi noticia, yo os haré jurar que jamás habeis visto á la ilustre Dulcinea, que si visto la hubiérades, yo sé que procurárades no poneros en esta demanda, porque su vista os desengañára de que no há habido ni puede haber belleza que con la suya compararse pueda: y así no diciéndoos que mentís, sino que no acertais en lo propuesto, con las condiciones que habeis referido aceto vuestro desafio, y luego porque no se pase el dia que traeis determinado; y solo esceto de as condiciones la de que se pase á mí la fama de vuestras hazañas, porque no sé cuáles ni qué tales sean: con las mias me contento, tales cuales ellas son. Tomad pues la parte del campo que quisiéredes, que yo haré lo mismo, y á quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga. Habian descubierto de la ciudad al caballero de la Blanca Luna, y dichoselo al visorey que estaba hablando con D. Quijote de la Mancha. El visorey, creyendo seria alguna nueva aventura fabricada por D. Antonio Moreno, ó por otro algun caballero de la ciudad, salió luego á la playa con D. Antonio y otros muchos caballeros que le acompañaban, á tiempo que D. Quijote volvia las riendas á Rocinante para tomar del campo lo necesario. Viendo pues el visorey que daban los dos señales de volverse á encontrar, se puso en medio, preguntándoles qué era la causa que los movia á hacer tan de improviso batalla. El caballero de la Blanca Luna respondió: que era precedencia de hermosura, y en breves razones le dijo las mismas que habia dicho á D. Quijote, con la acetacion de las condiciones del desafio hechas por entrambas partes. Llegóse el visorey á D. Antonio, y preguntóle paso si sabia quién era el tal caballero de la Blanca Luna, ó si era alguna burla que querian hacer á D. Quijote. D. Antonio le respondió que ni sabía quién era, ni si era de burlas ni de veras el tal desafio. Esta respuesta tuvo perplejo al visorey entre si les dejaria ó no pasar adelante en la batalla; pero no pudiéndose persuadir á que fuese sino burla, se apartó diciendo: señores caballeros, si aquí no hay otro remedio sino confesar ó morir, y el Sr. D. Quijote está en sus trece, y v. m. el de la Blanca Luna en sus catorce, á la mano de Dios [5] y dénse. Agradeció el de la Blanca Luna con corteses y discretas razones al visorey la licencia que se les daba, y D. Quijote hizo lo mismo; el cual encomendándose al cielo de todo corazon y á su Dulcinea, como tenia de costumbre al comenzar de las batallas que se le ofrecian, tornó á tomar otro poco más del campo, porque vió que su contrario hacia lo mismo, y sin tocarse trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos á un mismo punto las riendas á sus caballos; y como era más ligero el de la Blanca Luna, llegó á D. Quijote á dos tercios andados de

5 Dios los ayude, ó encomiéndense á Dios.

la carrera, y allí le encontró con tan poderosa fuerza, sin tocarle con la lanza, que la levantó al parecer de propósito, que dió con Rocinante y con D. Quijote por el suelo una peligrosa caida. Fué luego sobre él, y poniéndole la lanza sobre la visera, le dijo: vencido sois, caballero, y aún muerto, sinó confesais las condiciones de nuestro desafío. D. Quijote, molido y aturdido, sin alzarse la visera, como si hablára dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo: Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero, la lanza, y quítame la vida, pues me has quitado la honra. Eso no haré yo por cierto, dijo el de la Blanca Luna: viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso, que solo me contento con que el gran D. Quijote se retire á su lugar un año, ó hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla. Todo esto oyeron el visorey y Don Antonio, con otros muchos que allí estaban, y oyeron asimismo que D. Quijote respondió, que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demás cumpliria como caballero puntual y verdadero. Hecha esta confesion, volvió las riendas el de la Blanca Luna, y haciendo mesura [6] con la cabeza al visorey, á medio galope se entró en la ciudad. Mandó el visorey á D. Antonio que fuese tras él, y que en todas maneras supiese quién era. Levantaron á D. Quijote, descubriéronle el rostro, y halláronle sin color y trasudando. Rocinante de puro malparado no se pudo mover por entonces. Sancho, todo triste, todo apesarado, no sabia qué decirse, ni qué hacerse. Parecíale que todo aquel suceso pasaba en sueños, y que toda aquella máquina era cosa de encantamento. Veia á su señor rendido, y obligado á no tomar armas en un año. Imaginaba la luz de la gloria de sus hazañas oscurecida, y las esperanzas de sus nuevas promesas deshechas, como se deshace el humo con el viento. Temia si quedaria ó no contrecho Rocinante, ó deslocado su amo: que no fuera poca ventura si deslocado quedára. Finalmente, en una silla de manos, que mandó traer el visorey, le llevaron á la ciudad, y el visorey se volvió tambien á ella, con deseo de saber quién fuese el caballero de la Blanca Luna, que de tan mal talante habia dejado á D. Quijote.

Siguió D. Antonio Moreno al caballero de la Blanca Luna, y siguiéronle tambien y áun persiguiéronle muchos muchachos, hasta que le cerraron en un meson dentro de la ciudad. Entró en él D. Antonio con deseo de conocerle: encerróse el caballero en una sala baja, y con él D. Antonio, que no se le cocia el pan hasta saber quién fuese. Viendo

6 Reverencia ó cortesía.

pues el de la Blanca Luna que aquel caballero no le dejaba, le dijo: bien sé, señor, á lo que venís, que es á saber quién soy; y porque no hay para qué negároslo, en tanto que este mi criado me desarma, os lo diré, sin faltar un punto á la verdad del caso. Sabed, señor, que á mí me llaman el bachiller Sanson Carrasco. Soy del mismo lugar de D. Quijote de la Mancha, cuya locura y sandez mueve á que le tengamos lástima todos cuantos le conocemos, y entre los que más se la han tenido hé sido yo; y creyendo que está su salud en su reposo, y en que se esté en su tierra y en su casa, dí traza para hacerle estar en ella, y así habrá tres meses que le salí al camino como caballero andante, llamándome el caballero de los Espejos, con intencion de pelear con él y vencerle, sin hacerle daño, poniendo por condicion de nuestra pelea que el vencido quedase á discrecion del vencedor; y lo que yo pensaba pedirle, porque ya le juzgaba por vencido, era que se volviese á su lugar, y que no saliese dél en todo un año, en el cual tiempo podria ser curado: pero la suerte lo ordenó de otra manera, porque él me venció á mí, y me derribó del caballo, y así no tuvo efecto mi pensamiento: él prosiguió su camino, y yo me volví vencido, corrido y molido de la caida, que fué ademas peligrosa; pero no por esto se me quitó el deseo de volver á buscarle y á vencerle como hoy se há visto. Y como él es tan puntual en guardar las órdenes de la andante caballería, sin duda alguna guardará la que le hé dado, en cumplimiento de su palabra. Esto es, señor, lo que pasa, sin que tenga que deciros otra cosa alguna: suplícoos no me descubrais, ni le digais á D. Quijote quién soy, porque tengan efecto los buenos pensamientos mios, y vuelva á cobrar su juicio un hombre que le tiene bonísimo, como le dejen las sandeces de la caballería. ¡O señor! dijo D. Antonio, Dios os perdone el agravio que habeis hecho á todo el mundo en querer volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él. ¿No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de D. Quijote á lo que llega el gusto que dá con sus desvarios? Pero yo imagino que toda la industria del señor bachiller no há de ser parte para volver cuerdo á un hombre tan rematadamente loco; y sinó fuese contra caridad, diria que nunca sane D. Quijote, porque con su salud, no solamente perdemos sus grácias, sino las de Sancho Panza su escudero, que cualquiera dellas puede volver á alegrar á la misma melancolía. Con todo esto callaré y no le diré nada, por ver si salgo verdadero en sospechar que no há de tener efecto la diligencia hecha por el señor Carrasco. El cual respondió, que ya una por una estaba en buén punto aquel negocio, de quien esperaba feliz suceso: y habiéndose ofrecido D. Antonio de hacer lo que le mandase, se despidió dél, y habiendo el bachiller hecho liar sus armas sobre un macho, luego al mismo punto sobre el caballo con que se en-

tró en la batalla se salió de la ciudad, y se volvió á su patria. Contó D. Antonio al visorey todo lo que Carrasco le habia contado, de lo que el visorey no recibió mucho gusto, porque en el recogimiento de Don Quijote se perdia el que podian tener todos aquellos que de sus locuras tuviesen noticia. Seis dias estuvo D. Quijote en el lecho, marrido [7], triste, pensativo y mal acondicionado, yendo y viniendo con la imaginacion en el desdichado suceso de su vencimiento. Consolábale Sancho, y entre otras razones le dijo: señor mio, alce v. m. la cabeza, y alégrese si puede, y dé grácias al cielo, que ya que le derribó en la tierra, no salió con alguna costilla quebrada; y pues sabe que donde las dán las toman, y que no siempre hay tocinos donde hay estacas, dé una higa [8] al médico, pues no le há menester para que le cure en esta enfermedad. Volvámonos á nuestra casa, y dejémonos de andar buscando aventuras por tierras y lugares que no sabemos; y si bien se considera, yo soy aquí el más perdidoso, aunque es v. m. el más malparado. Yo que dejé con el gobierno los deseos de ser más gobernador, no dejé la gana de ser conde, que jamás tendrá efecto si v. m. deja de ser rey dejando el ejercicio de su caballería, y así vienen á volverse en humo mis esperanzas. Calla, Sancho, pues ves que mi reclusion y retirada no há de pasar de un año, que luego volveré á mis honrados ejercicios, y no me há de faltar reino que gane y algun condado que darte. Dios lo oiga, dijo Sancho, y el pecado sea sordo, que siempre hé oido decir que más vale buena esperanza que ruin posesion.

CAPITULO LII.

Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escuchâre leer.

Al cabo de los seis dias y lo más presto que se lo concedió su caida se puso en camino D. Quijote con su cariacontecido Sancho, aquel desarmado y de camino, y este á pié por ir el rúcio cargado con las armas. Al salir de Barcelona, volvió D. Quijote á mirar el sitio donde habia caido, y dijo: aquí fué Troya, aquí mi desdicha, y no mi cobardía, se llevó mis alcanzadas glorias; aquí usó la fortuna conmigo de sus vueltas y revueltas; aquí se escurecieron mis hazañas; aquí finalmente cayó mi ventura para jamás levantarse. Oyendo lo cual Sancho, dijo: tan de valientes corazones es, señor mio, tener sufrimiento en las desgrácias como alegria en las prosperidades; y esto lo juzgo por mí mismo, que si cuando era gobernador estaba alegre, agora que soy escudero de á

7 Lo mismo que *amarrido*, esto es, afligido, melancólico. 8 No haga caso del médico, no cuente con él.

pié, no estoy triste: porque hé oido decir que esta que llaman por ahí fortuna, es una mujer borracha y antojadiza y sobre todo ciega, y así no ve lo que hace, ni sabe á quién derriba ni á quién ensalza. Muy filósofo estás, Sancho, respondió D. Quijote, muy á lo discreto hablas, no sé quién te lo enseña. Lo que te sé decir es que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas ó malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos; y de aquí viene lo que suele decirse, que cada uno es artífice de su ventura. Yo lo hé sido de la mia, pero no con la prudencia necesaria, y así me han salido al gallarin [1] mis presunciones, pues debiera pensar que al poderoso grandor del caballo del de la Blanca Luna no podia resistir la flaqueza de Rocinante. Atrevíme en fin, hice lo que pude, derribáronme, y aunque perdí la honra, no perdí ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra. Cuando era caballero andante, atrevido y valiente, con mis obras y con mis manos acreditaba mis hechos; y ahora cuando soy escudero pedestre, acreditaré mis palabras cumpliendo la que dí de mi promesa. Camina pues, amigo Sancho, y vamos á tener en nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobrarémos virtud nueva para volver al nunca de mi olvidado ejercicio de las armas. Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar á pié, que me mueva é incite á hacer grandes jornadas. Dejemos estas armas colgadas de algun árbol en lugar de un ahorcado, y ocupando yo las espaldas del rúcio, levantados los piés del suelo, haremos las jornadas como v. m. las pidiere y midiere: que pensar que tengo de caminar á pié y hacerlas grandes, es pensar en lo excusado. Bien has dicho, Sancho, respondió D. Quijote; cuélguense mis armas por trofeo, y al pié dellas ó al rededor dellas grabarémos en los árboles lo que en el trofeo de las armas de Roldan estaba escrito:

Nadie las mueva,
que estar no pueda
con Roldan á prueba.

Todo eso me parece de perlas, respondió Sancho: y sinó fuera por la falta que para el camino nos habia de hacer Rocinante, tambien fuera bien dejarle colgado. Pues ni él ni las armas, replicó D. Quijote, quiero que se ahorquen, porque no se diga que á buén servicio, mal galardon. Muy bien dice v. m., respondió Sancho, porque segun opinion de discretos, la culpa del asno no se ha de echar á la albarda: y pues deste suceso v. m. tiene la culpa, castíguese á sí mesmo, y no revienten sus iras por las ya rotas y sangrientas armas, ni por las mansedumbres de

1 Esto es, me han salido á la cara, me han costado caras.

Rocinante, ni por la blandura de mis piés, queriendo que caminen más de lo justo. En estas razones y pláticas se les pasó todo aquel dia y áun otros cuatro, sin sucederles cosa que estorbase su camino, y al quinto dia siguiendo su camino, vieron que hácia ellos venia un hombre de á pié, con unas alforjas al cuello y una azcona ó chuzo en la mano, propio talle de correo de á pié, el cual como llegó junto á D. Quijote, adelantó el paso, y medio corriendo llegó á él, y abrazándole por el muslo derecho, que no alcanzaba á más, le dijo con muestras de mucha alegría: ¡ó mi señor D. Quijote de la Mancha, y qué gran contento ha de llegar al corazon de mi señor el duque, cuando sepa que v. m. vuelve á su castillo, que todavía se está en él con mi señora la duquesa! No os conozco, amigo, respondió D. Quijote, ni sé quién sois, si vos no me lo decís. Yo, señor D. Quijote, respondió el correo, soy Tosilos el lacayo del duque mi señor, que no quise pelear con v. m. sobre el casamiento de la hija de Doña Rodriguez. ¡Válame Dios! dijo D. Quijote; ¿es posible que sois vos el que los encantadores mis enemigos trasformaron en ese lacayo que decís, por defraudarme de la honra de aquella batalla? Calle, señor buéno, replicó el cartero, que no hubo encanto alguno, ni mudanza de rostro ninguna: tan lacayo Tosilos entré en la estacada, como Tosilos lacayo salí della. Yo pensé casarme sin pelear, por haberme parecido bien la moza; pero sucedióme al revés mi pensamiento, pues así como v. m. se partió de nuestro castillo, el duque mi señor me hizo dar cien palos por haber contravenido á las ordenanzas que me tenia dadas ántes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la muchacha es ya monja, y Doña Rodriguez se ha vuelto á Castilla, y yo voy ahora á Barcelona á llevar un pliego de cartas al virey, que le envia mi amo. Si v. m. quiere un traguito, aunque caliente, puro, aquí llevo una calabaza llena de lo caro, con no sé cuantas rajitas de queso de Tronchon, que servirán de llamativo y despertador de la sed, si acaso está durmiendo. Quiero el envite [2], dijo Sancho, y échese el resto de la cortesía, y escáncie el buen Tosilos á despecho y pesar de cuantos encantadores hay en las Indias. En fin, dijo D. Quijote, tú eres, Sancho, el mayor gloton del mundo, y el mayor ignorante de la tierra, pues no te persuades que este correo es encantado, y este Tosilos contrahecho: quédate con él, y hártate, que yo me iré adelante poco á poco, esperando á que vengas. Rióse el lacayo, desenvainó su calabaza, desalforjó [3] sus rajas, y sacando un panecillo, él y Sancho se sentaron sobre la yerba verde, y en buena paz y compaña despabilaron y dieron fondo [4] con todo el repuesto de las alforjas, con tan buénos alientos, que lamieron el pliego de las cartas, solo porque olia á queso.

2 Acepto el convite. 3 Sacó de las alforjas. 4 Dieron fin, acabaron.

Dijo Tosilos á Sancho: sin duda este tu amo, Sancho amigo, debe de ser un loco. ¿Cómo debe? respondió Sancho, no debe nada á nadie, que todo lo paga, y más cuando la moneda es locura: bien lo veo yo, y bien se lo digo á él, pero ¿qué aprovecha? y más agora que va rematado, porque va vencido del caballero de la Blanca Luna. Rogóle Tosilos le contase lo que le habia sucedido; pero Sancho le respondió que era descortesía dejar que su amo le esperase, que otro dia, si se encontrasen, habria lugar para ello: y levantándose despues de haberse sacudido el sayo y las migajas de las barbas, antecogió al rúcio y diciendo á Dios, dejó á Tosilos y alcanzó á su amo, que á la sombra de un árbol le estaba esperando.

CAPITULO LIII.

De la resolucion que tomó D. Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo, en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos en verdad gustosos y buenos.

Si muchos pensamientos fatigaban á D. Quijote ántes de ser derribado, muchos más le fatigaron despues de caido. Á la sombra del árbol estaba, como se ha dicho, y allí como moscas á la miel le acudian y picaban pensamientos. Unos iban al desencanto de Dulcinea, y otros á la vida que habia de hacer en su forzosa retirada. Llegó Sancho, y alabóle la liberal condicion del lacayo Tosilos. ¿Es posible, le dijo D. Quijote, que todavía, oh Sancho, pienses que aquel sea verdadero lacayo? Parece que se te ha ido de las mientes haber visto á Dulcinea convertida y trasformada en labradora, y al caballero de los Espejos en el bachiller Carrasco: obras todas de los encantadores que me persiguen. Pero dime ahora, ¿preguntaste á ese Tosilos que dices, qué ha hecho Dios de Altisidora, si ha llorado mi ausencia, ó si ha dejado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos que en mi presencia la fatigaban? No eran, respondió Sancho, los que yo tenia tales, que me diesen lugar á preguntar boberías. ¡Cuerpo de mí! señor, está v. m. ahora en términos de inquirir pensamientos ajenos, especialmente amorosos? Mira, Sancho, dijo D. Quijote, mucha diferencia hay de las obras que se hacen por amor, á las que se hacen por agradecimiento. Bien puede ser que un caballero sea desamorado; pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido. Quísome bien, al parecer, Altisidora, dióme los tres tocadores que sabes, lloró en mi partida, maldíjome, vituperóme, quejóse á despecho de la vergüenza públicamente: señales todas de que me adoraba, que las iras de los amantes suelen parar en maldiciones. Yo no tuve esperanzas que darle, ni tesoros que ofrecerle, porque las mias las tengo entregadas á Dulcinea, y los teso-

ros de los caballeros andantes son como los de los duendes, aparentes y falsos, y solo puedo darle estos acuerdos que della tengo, sin perjuicio empero de los que tengo de Dulcinea, á quien tú agrávias con la remision que tienes en azotarte, y en castigar esas carnes, que vea yo comidas de lobos, que quieren guardarse ántes para los gusanos que para el remedio de aquella pobre señora. Señor, respondió Sancho, si va á decir la verdad, yo no me puedo persuadir que los azotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados, que es como si dijésemos: si os duele la cabeza, untaos las rodillas: á lo ménos yo osaré jurar que en cuantas historias v. m. ha leido, que tratan de la andante caballería, no ha visto algun desencantado por azotes; pero por sí ó por no, yo me los daré cuando tenga gana, y el tiempo me dé comodidad para castigarme. Dios lo haga, respondió D. Quijote, y los cielos te den grácia para que caigas en la cuenta, y en la obligacion que te corre de ayudar á mi señora, que lo es tuya, pues tú lo eres mio.

En estas pláticas iban siguiendo su camino, cuando llegaron al mismo sitio y lugar donde fueron atropellados de los toros. Reconocióle D. Quijote, y dijo á Sancho; este es el prado donde topamos á las bizarras pastoras y gallardos pastores, que en él querian renovar é imitar á la pastoral Arcádia; pensamiento tan nuevo como discreto, á cuya imitacion, si es que á tí te parece bien, querria, oh Sancho, que nos convirtiésemos en pastores; siquiera el tiempo que tengo de estar recogido. Yo compraré algunas ovejas, y todas las demás cosas que al pastoral ejercicio son necesarias, y llamándome yo el pastor Quijotiz, y tú el pastor Pancino, nos andarémos por los montes, por las selvas, y por los prados, cantando aquí, endechando allí, bebiendo de los líquidos cristales de las fuentes, ó ya de los límpios arroyuelos, ó de los caudalosos rios. Daránnos con abundantísima mano de su dulcísimo fruto las encinas, asiento los troncos de los durísimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los extendidos prados, aliento el aire claro y puro, luz la luna y las estrellas, á pesar de la escuridad de la noche, gusto el canto, alegría el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hacernos famosos y eternos, no solo en los presentes, sino en los venideros siglos. Pardiez, dijo Sancho, que me ha cuadrado y áun esquinado tal género de vida; y más que no la ha de haber aún bien visto el bachiller Sanson Carrasco y maese Nicolás el barbero, cuando la han de querer seguir y hacerse pastores con nosotros; y áun quiera Dios no le venga en voluntad al cura de entrar tambien en el aprisco, segun es de alegre y amigo de holgarse. Tú has dicho muy bien, dijo D. Quijote, y podrá llamarse el bachiller Sanson Carrasco, si entra en el pastoral gremio, como en-

trará sin duda, el pastor Sansonino, ó ya el pastor Carrascon: el barbero Nicolás se se podrá llamar Niculoso, como ya el antiguo Boscán se llamó Nemoroso: al cura no sé qué nombre le pongamos, sino es algun derivativo de su nombre, llamándole el pastor Curiambro. Podremos escoger como entre peras los nombres de las pastoras de quien hemos de ser amantes; y pues el de mi señora cuadra, así al de pastora como al de princesa, no hay para qué cansarme en buscar otro que mejor le venga: tú, Sancho, pondrás á la tuya el que quisieres. No pienso, respondió Sancho, ponerle otro alguno, sino el de Teresona, que vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa; y más, que celebrándola yo en mis versos, vengo á descubrir mis castos deseos, pues no ando á buscar pan de trastrigo [1] por las casas ajenas. El cura no será bien que tenga pastora, por dar buén ejemplo, y y si quisiere el bachiller tenerla, su alma en su palma.

¡Válame Dios, dijo D. Quijote, y qué vida nos hemos de dar, Sancho amigo! ¡Qué de churumbelas han de llegar á nuestros oidos, qué de gaitas zamoranas, qué de tamborines, qué de sonajas y qué de rabeles! ¿Pues qué si entre estas diferencias de músicas resuena la de los albogues? Allí se verán cási todos los instrumentos pastoriles. ¿Qué son albogues? preguntó Sancho, que ni los hé oido nombrar ni los hé visto en toda mi vida. Albogues son, respondió D. Quijote, unas chapas á modo de candeleros de azofar, que dando una con otra por lo vacío y hueco hacen un son, sinó muy agradable ni armónico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamborin; y este nombre *albógues* es morisco, como lo son todos aquellos que en nuestra lengua castellana comienzan en *al*: y hános de ayudar mucho á poner en perfeccion este ejercicio el ser yo algun tanto poeta, como tú sabes, y el serlo tambien en extremo el bachiller Sanson Carrasco. Del cura no digo nada: pero yo apostaré que debe de tener sus puntas y collares [2] de poeta, y que las tenga tambien maese Nicolás, no dudo en ello, porque todos [3] ó los más son guitarristas y copleros. Yo me quejaré de ausencia; tú te alabarás de firme enamorado; el pastor Carrascon de desdeñado, y el cura Curiambro de lo que él más puede servirse, y así andará la cosa que no haya más que desear. Á lo que respondió Sancho, yo soy, señor, tan desgraciado, que temo no há de llegar el dia en que en tal ejercicio me vea. ¡Ó, qué polidas cucharas tengo de hacer cuando pastor me vea! ¡Qué de migas, qué de natas, qué de guirnaldas y qué de zarandajas pastoriles! que puesto que no me granjeen fama de discreto, no dejarán de granjearme la de ingenioso. Sanchica mi hija nos llevará la comida al

1 Cosa fuera de sazon, inoportuna, irregular. 2 Esto es, presunciones ó pretensiones de poeta. 3 *Los barberos* se debe suplir aquí.

hato. ¡Pero guarda! que es de buén parecer, y hay pastores más maliciosos que simples, y no querria que fuese por lana y volviese trasquilada; y tan bien suelen andar los amores y los no buénos deseos por los campos como por las ciúdades, y por las pastorales chozas como por los reales palacios, y quitada la causa se quita el pecado, y ojos que no ven corazon que no quiebra, y más vale salto de mata que ruego de hombres buénos [1]. No más refránes, Sancho, dijo D. Quijote, pues cualquiera de los que has dicho basta para dar á entender tu pensamiento: y muchas veces te hé aconsejado que no seas tan pródigo de refránes, y que te vayas á la mano en decirlos; pero paréceme que es predicar en desierto: y castígame mi madre, y yo trompójelas. Paréceme, respondió Sancho, que v. m. es como lo que dicen: dijo la sarten á la caldera, quítate allá, ojinegra. Estáme reprendiendo que no diga yo refránes, y ensártalos v. m. de dos en dos. Mira, Sancho, respondió D. Quijote; yo traigo los refránes á propósito, y vienen cuando los digo como anillo en el dedo; pero tráeslos tú tan por los cabellos, que los arrastras y no los guias; y sinó me acuerdo mal, otra vez te hé dicho que los refránes son sentencias breves sacadas de la experiencia y especulacion de nuestros antíguos sábios; y el refrán que no viene á propósito, ántes es disparate que sentencia. Pero dejémonos desto, y pues ya viene la noche, retirémonos del camino real algun trecho, donde pasarémos esta noche, y Dios sabe lo que será mañana. Retiráronse, cenaron tarde y mal, bien contra la voluntad de Sancho, á quien se le representaban las estrecheзas de la andante caballería, usadas en las selvas y en los montes, si bien tal vez la abundancia se mostraba en los castillos y casas, así de D. Diego de Miranda como en las bodas del rico Camacho, y de D. Antonio Moreno; pero consideraba no ser posible ser siempre de dia, ni siempre de noche, y así pasó aquella durmiendo, y su amo velando.

Era la noche algo escura, puesto que la luna estaba en el cielo, pero no en parte que pudiese ser vista, que tal vez la señora Diana se va á pasear á los antípodas, y deja los montes negros y los valles escuros. Cumplió D. Quijote con la naturaleza, durmiendo el primer sueño, sin dar lugar al segundo; bien al revés de Sancho, que nunca tuvo segundo, porque le duraba el sueño desde la noche hasta por la mañana, en lo que se mostraban su buena complexion y pocos cuidados. Los de Don Quijote le desvelaron de manera, que despertó á Sancho, y le dijo: maravillado estoy, Sancho, de la libertad de tu condicion. Yo imagino que eres hecho de mármol ó de duro bronce, en quien no cabe movi-

1 Refrán que enseña que más aprovecha ponerse en salvo y escaparse, que no que pidan por él personas de suposicion y autoridad.

miento ni sentimiento alguno. Yo velo cuando tú duermes, yo lloro cuando cantas, yo me desmayo de ayuno, cuando tú estás perezoso y desalentado de puro harto. De buenos criados es conllevar las penas de sus señores, y sentir sus sentimientos, por el bien parecer siquiera. Mira la serenidad desta noche, la soledad en que estamos, que nos convida á entremeter alguna vigilia entre nuestro sueño. Levántate por tu vida, desvíate algun trecho de aquí, y con buén ánimo y denuedo agradecido dáte trecientos ó cuatrocientos azotes á buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea: y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo á los brazos como la otra vez, porque sé que los tienes pesados. Despues que te hayas dado, pasarémos lo que resta de la noche, cantando yo mi ausencia, y tú tu firmeza, dando desde ahora principio al ejercicio pastoral que hemos de tener en nuestra aldea. Señor, respondió Sancho, no soy yo religioso para que desde la mitad de mi sueño me levante y me discipline, ni ménos me parece que del extremo del dolor de los azotes se pueda pasar á la música. V. m. me deje dormir, y no me apriete en lo del azotarme, que me hará hacer juramento de no tocarme jamás al pelo del sayo, no que al de mis carnes. ¡O alma endurecida! ¡ó escudero sin piedad! ¡ó pan mal empleado, y mercedes mal consideradas las que te hé hecho y pienso de hacerte! Por mí te has visto gobernador, y por mí te ves con esperanzas propíncuas de ser conde, ó tener otro título equivalente, y no tardará el cumplimiento dellas más de cuanto tarde en pasar este año, que yo: *post tenebras spero lucem*. No entiendo eso, replicó Sancho; solo entiendo que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria; y bien haya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frio, frio que templa el ardor, y finalmente moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey, y al simple con el discreto. Sola una cosa tiene mala el sueño, segun hé oido decir, y es que se parece á la muerte, pues de un dormido á un muerto hay muy poca diferencia. Nunca te hé oido hablar Sancho, dijo D. Quijote, tan elegantemente como ahora, por donde vengo á conocer ser verdad el refrán que tú algunas veces sueles decir: no con quien naces, sino con quien paces. ¡Ah pésia tal, replicó Sancho, señor nuestro amo, no soy yo ahora el que ensarta refránes, que tambien á v. m. se le caen de la boca de dos en dos mejor que á mí, sino que debe de haber entre los mios y los suyos esta diferencia, que los de v. m. vendrán á tiempo, y los mios á deshora; pero en efecto todos son refranes. Señor, digo que durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerá Dios y medrarémos. Duerme tú, Sancho, respondió D. Quijote, que naciste para

dormir, que yo que nací para velar, en el tiempo que falta de aquí al dia daré rienda á mis pensamientos, y los desfogaré en un madrigalete, que sin que tú sepas anoche compuse en la memoria. Á mí me parece, respondió Sancho, que los pensamientos que dán lugar á hacer coplas no deben de ser muchos: v. m. coplée cuanto quisiere, que yo dormiré cuanto pudiere; y luego tomando del suelo cuanto quiso se acurrucó, y durmió á sueño suelto, sin que fianzas ni deudas, ni dolor alguno se lo estorbase. D. Quijote arrimado á un tronco de un haya, al son de sus mismos suspiros, cantó el madrigalete. Cada verso le acompañaba con muchos suspiros y no pocas lágrimas, bien como aquel cuyo corazon tenia traspasado con el dolor del vencimiento y con la ausencia de Dulcinea. Llegóse en esto el dia, dió el sol con sus rayos en los ojos á Sancho: despertó y esperezóse, sacudiéndose y estirándose los perezosos miembros.

Finalmente volvieron los dos á su comenzado camino, y al declinar de la tarde vieron que hácia ellos venian hasta diez hombres de á caballo, y cuatro ó cinco de á pié. Sobresaltóse el corazon de D. Quijote, y azoróse el de Sancho, porque la gente que se les llegaba traia lanzas y adargas, y venia muy á punto de guerra. Volvióse D. Quijote á Sancho, y díjole: si yo pudiera, Sancho, ejercitar mis armas, y mi promesa no me hubiera atado los brazos, esta máquina que sobre nosotros viene la tuviera yo por tortas y pan pintado; pero podria ser fuese otra cosa de la que tememos. Llegaron en esto los de á caballo, y arbolando las lanzas, sin hablar palabra alguna, rodearon á D. Quijote, y se las pusieron á las espaldas y pechos, amenazándole de muerte. Uno de los de á pié, puesto un dedo en la boca, en señal de que callase, asió del freno de Rocinante, y le sacó del camino; y los demas de á pié, antecogiendo á Sancho y al rúcio, guardando todos maravilloso silencio, siguieron los pasos del que llevaba á D. Quijote, el cual dos ó tres veces quiso preguntar adónde le llevaban, ó qué querian; pero apenas comenzaba á mover los labios, cuando se los iban á cerrar con los hierros de las lanzas; y á Sancho le acontecia lo mismo, porque apenas daba muestras de hablar, cuando uno de los de á pié con un aguijon le punzaba, y al rúcio ni más ni ménos, como si hablar quisiera. Cerró la noche, apresuraron el paso, creció en los dos presos el miedo, y más cuando oyeron que de cuando en cuando les decian: caminad, troglodítas [5]; callad, bárbaros; pagad, antropófagos; no os quejeis, scitas; ni abrais los ojos, Polifemos matadores, leones carniceros, y otros nombres semejantes á estos con que atormentaban los oidos de los miserables amo y mozo. Sancho iba diciendo entre sí: ¿nosotros

5 Hombres bárbaros y crueles.

tortolitas, nosotros barberos, ni estropajos, nosotros perritas, á quien dicen cita, cita [6]? No me contentan nada estos nombres, á mal viento va esta parva, todo el mal nos viene junto como al perro los palos, y ojalá parase en ellos lo que amenaza esta aventura tan desventurada. Iba D. Quijote embelesado, sin poder atinar con cuantos discursos hacia qué serian aquellos nombres llenos de vituperios que les ponian, de los cuales sacaba en limpio no esperar ningun bien, y temer mucho mal. Llegaron en esto un hora casi de la noche á un castillo, que bien conoció D. Quijote que era el del duque, donde habia poco que habian estado. ¡Válame Dios! dijo así como conoció la estáncia, ¿y qué será esto? Si que en esta casa todo es cortesía y buén comedimiento; pero para los vencidos el bien se vuelve en mal, y el mal en peor. Entraron al pátio principal del castillo, y viéronle aderezado y puesto de manera que les acrecentó la admiracion y les dobló el miedo, como se verá en el siguiente capítulo.

CAPITULO LIV.

Del mas raro y más nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino á D. Quijote.

Apeáronse los de á caballo, y junto con los de á pié, tomando en peso y arrebatadamente á Sancho y á D. Quijote, los entraron en el pátio, al rededor del cual ardian casi cien hachas puestas en sus blandones, y por los corredores del pátio más de quinientas luminarias, de modo que á pesar de la noche, que se mostraba algo escura, no se echaba de ver la falta del dia. En medio del pátio se levantaba un túmulo, como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandísimo dosel de terciopelo negro, á cuyo rededor por sus gradas ardian velas de cera blanca sobre más de cien candeleros de plata, y encima del túmulo se mostraba un cuerpo muerto de una tan hermosa doncella, que con su hermosura hacia parecer hermosa á la misma muerte. Tenia la cabeza sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas y odoríferas flores tejida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla y vencedora palma. Á un lado del pátio estaba puesto un teatro, y en dos sillas sentados dos personajes, que por tener coronas en la cabeza y cetros en las manos daban señales de ser algunos reyes, ya verdaderos ó ya fingidos. Al lado deste teatro, adonde se subia por algunas gradas, estaban otras dos sillas, sobre las

6 Sancho, equivocando esas palabras, toma *troglodítas* por tortol tas, *bárbaros* por barberos, *antropófagos* por estropajos y *escitas* por citas.

cuales sentaron á D. Quijote y á Sancho, todo esto callando y dándoles á entender con señales á los dos que asimismo callasen; pero sin que se lo señaláran calláran ellos, porque la admiracion de lo que estaban mirando les tenia atadas las lenguas. Subieron en esto al teatro con mucho acompañamiento dos principales personajes, que luego fueron conocidos de D. Quijote ser el duque y la duquesa sus huéspedes, los cuales se sentaron en dos riquísimas sillas junto á los dos que parecian reyes. ¿Quién no se habia de admirar con esto, añadiéndose á ello haber conocido Don Quijote que el cuerpo muerto que estába sobre el túmulo era el de la hermosa Altisidora? Al subir el duque y la duquesa en el teatro se levantaron D. Quijote y Sancho, y les hicieron una profunda humillacion, y los duques hicieron lo mismo, inclinando algun tanto las cabezas. Salió en esto de través un ministro, y llegándose á Sancho le echó una ropa de bocací negro encima, toda pintada con llamas de fuego, y quitándole la caperuza le puso en la cabeza una coroza, al modo de las que sacan los penitenciados por el santo Oficio, y díjole al oido que no descosiese los lábios, porque le echarian una mordaza ó le quitarian la vida. Mirábase Sancho de arriba abajo, veíase ardiendo en llamas; pero como no le quemaban, no las estimaba en dos ardites. Quitóse la coroza, vióla pintada de diablos, volviósela á poner, diciendo entre sí: áun bien que ni ellas me abrasan, ni ellos me llevan. Mirábale tambien D. Quijote, y aunque el temor le tenia suspensos los sentidos, no dejó de reirse de ver la figura de Sancho. Comenzó en esto á salir, al parecer, debajo del túmulo, un son sumiso y agradable de flautas, que por no ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mismo silencio guardaba silencio, asimismo se mostraba blando y amoroso. Luego hizo de sí improvisa muestra [1], junto á la almohada del al parecer cadáver, un hermoso mancebo vestido á lo romano, que al son de una arpa, que él mismo tocaba, cantó con suavísima y clara voz:

En tanto que en sí vuelve Altisidora
muerta por la crueldad de D. Quijote,
y en tanto que en la córte encantadora
se visticren las damas de picote,
y en tanto que á sus dueñas mi señora
visticre de bayeta y de anascote,
cantaré su belleza y su desgrácia
con mejor plectro que el cantor de Tracia.

No más, dijo á esta sazon uno de los dos que parecian reyes: no más,

1 Apareció, se dejó ver.

cantor divino, que sería proceder en infinito representarnos ahora la muerte y las grácias de la sin par Altisidora no muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la fama, y en la pena que para volverla á la perdida luz ha de pasar Sancho Panza, que está presente: y así, ó tú, Radamanto, que conmigo juzgas en las cavernas lóbregas de Dite, pues sabes todo aquello que en los inescrutables hados está determinado acerca de volver en sí esta doncella, dílo, y decláralo luego, porque no se nos dilate el bien que con su nueva vuelta esperamos. Apenas hubo dicho esto Minos, juez y compañero de Radamanto, cuando levantándose en pié Radamanto dijo: éa, ministros desta casa, altos y bajos, grandes y chicos, acudid unos tras otros, y sellad el rostro de Sancho con veinte y cuatro mamonas, y doce pellizcos, y seis alfilerazos en brazos y lomos, que en esta ceremonia consiste la salud de Altisidora. Oyendo lo cual Sancho Panza, rompió el silencio y dijo: voto á tal, así me deje yo sellar el rostro, ni manosearme la cara, como volverme moro. ¡Cuerpo de mí! ¿qué tiene que ver manosearme el rostro, con la resurreccion desta doncella? Regostóse la vieja á los bledos [2]: encantan á Dulcinea, y azótanme para que se desencante: muérese Altisidora de males que Dios quiso darle, y hánla de resucitar hacerme á mi veinte y cuatro mamonas, y acribarme el cuerpo á alfilerazos, y acardenalarme los brazos á pellizcos. Esas burlas á un cuñado, que yo soy perro viejo y no hay conmigo tus tus. Morirás, dijo en alta voz Radamanto: ablándate, tigre, humíllate, Nembrot soberbio, sufre y calla, pues no te piden imposibles, y no te metas en averiguar las dificultades deste negocio: mamonado has de ser, acribillado te has de ver, pellizcado has de gemir. Éa, digo, ministros, cumplid mi mandamiento; sinó por la fé de hombre de bien, que habeis de ver para lo que nacisteis. Parecieron en esto que por el pátio venian hasta seis dueñas en procesion, una tras otra, las cuatro con antojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con cuatro dedos de muñecas de fuera, para hacer las manos más largas, como ahora se usa. No las hubo visto Sancho, cuando bramando como un toro dijo: bien podré yo dejarme manosear do todo el mundo; pero consentir que me toquen dueñas, eso no. Gatéenme el rostro, como hicieron á mi amo en este mesmo castillo: traspásenme el cuerpo con puntas de dagas huidas: atenázenme los brazos con tenazas de fuego, que yo lo llevaré en paciencia, ó serviré á estos señores; pero que me toquen dueñas, no lo consentiré, si me llevase el diablo. Rompió tambien el silencio D. Quijote, diciendo á Sancho: ten paciencia, hijo, y da gusto á estos señores, y muchas grácias al cielo por haber puesto tal virtud en tu perso-

2 *Y no dejó verdes ni secos*, es el refrán entero.

na, que con el martírio della desencantes los encantados, y resucites los muertos. Ya estaban las dueñas cerca de Sancho, cuando él más blando y más persuadido, poniéndose bien en la silla, dió rostro y barba á la primera, la cual le hizo una mamona muy bien sellada, y luego una gran reverencia. Ménos cortesía, ménos mudas [3], señora dueña, dijo Sancho, que por Dios que traeis las manos oliendo á vinagrillo. Finalmente todas las dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizcaron; pero lo que él no pudo sufrir fué el punzamiento de los alfileres, y así se levantó de la silla al parecer mohino, y asiendo de una hacha encendida, que junto á él estaba, dió tras las dueñas y tras todos sus verdugos, diciendo: afuera, ministros infernales, que no soy yo de bronce para no sentir tan extraordinarios martírios.

En esto Altisidora, que debia estar cansada por haber estado tanto tiempo supina, se volvió de un lado: visto lo cual por los circunstantes, cási todos á una voz dijeron: viva es Altisidora, Altisidora vive. Mandó Radamanto á Sancho que depusiese la ira, pues ya se habia alcanzado el intento que se procuraba. Así como D. Quijote vió rebullir á Altisidora, se fué á poner de rodillas delante de Sancho, diciéndole: ahora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que escudero mio, que te des algunos de los azotes que estás obligado á darte por el desencanto de Dulcinea. Ahora digo, que es el tiempo donde tienes sazonada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de tí se espera. Á lo que respondió Sancho: esto me parece argado sobre argado [4], y no miel sobre hojuelas: buéno seria que tras pellizcos, mamonas y alfilerazos viniesen ahora los azotes: no tienen más que hacer sino tomar una gran piedra, atármela al cuello y dar conmigo en un pozo, de lo que á mí no me pesaría mucho, sí es que para curar los males ajenos tengo yo de ser la vaca de la boda. Déjenme; sinó por Dios que lo arroje y lo eche todo á trece [5] aunque no se venda. Ya en esto se habia sentado en el túmulo Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimías, á quien acompañaron las flautas y las voces de todos, que aclamaban: viva Altisidora, Altisidora viva. Levantáronse los duques y los reyes Minos y Radamanto, y todos juntos con D. Quijote y Sancho fueron á recibir á Altisidora y á bajarla del túmulo, la cual, haciendo de la desmayada, se inclinó á los duques y á los reyes, y mirando de través á D. Quijote, le dijo: Dios te lo perdone, desamorado caballero, pues por tu crueldad hé estado en el otro mundo á mi parecer más de mil años: y á tí, oh el más compasivo escudero que contiene el orbe, te agradezco la vida que poseo. Dispon desde hoy más, amigo Sancho, de seis camisas mias que te mando para que hagas

3 Ménos afeites ó unturas. 4 Trabajo sobre trabajo, burla sobre burla. 5 Y lo echo todo á rodar, ó con mil diablos.

otras seis para tí, y sinó son todas sanas, á lo ménos son todas límpias. Besóle por ello las manos Sancho, con la coroza en la mano y las rodillas en el suelo. Mandó el duque que se la quitasen, le volviesen su caperuza, le pusiesen el sayo y le quitasen la ropa de las llamas. Suplicó Sancho al duque que le dejasen la ropa y mitra [6], que la queria llevar á su tierra por señal y memoria de aquel nunca visto suceso. La duquesa respondió que sí dejarian, que ya sabia él cuán grande amiga suya era. Mandó el duque despejar el pátio, que todos se recogiesen á sus estáncias, y que á D. Quijote y á Sancho los llevasen á las que ya ellos se sabian. Durmió Sancho aquella noche en una carriola [7] en el mismo aposento de D. Quijote, cosa que él quisiera excusar si pudiera, porque bien sabia que su amo no le habia de dejar dormir á preguntas y á respuestas, y no se hallaba en disposicion de hablar mucho, porque los dolores de los martírios pasados los tenia presentes, y no le dejaban libre la lengua, y viniérale más á cuento dormir en una choza solo que no en aquella rica estáncia acompañado. Salióle su temor tan verdadero y su sospecha tan cierta, que apenas hubo entrado su señor en el lecho cuando dijo: ¿qué te parece, Sancho, del suceso desta noche? Grande y poderosa es la fuerza del desdén desamorado, pues por tus mismos ojos has visto muerta á Altisidora, no con otras saetas, ni con otra espada, ni con otro instrumento bélico, ni con venenos mortíferos, sino con la consideracion del rigor y el desdén con que yo siempre la hé tratado. Muriérase ella en hora buena cuando quisiera y como quisiera, respondió Sancho, y dejárame á mí en mi casa, pues ni yo la enamoré, ni la desdeñé en mi vida. Yo no sé, ni puedo pensar cómo sea, que la salud de Altisidora, doncella más antojadiza que discreta, tenga que ver, como otra vez hé dicho, con los martírios de Sancho Panza. Ahora sí que vengo á conocer clara y distintamente que hay encantadores y encantados en el mundo, de quien Dios me libre, pues yo no me sé librar; con todo esto suplico á v. m. me deje dormir y no me pregunte más, sinó quiere que me arroje por una ventana abajo. Duerme, Sancho amigo, respondió D. Quijote, si es que te dan lugar los alfilerazos y pellizcos recebidos y las mamonas hechas. Ningun dolor, replicó Sancho, llegó á la afrenta de las mamonas, no por otra cosa que por habérmelas hecho dueñas, que confundidas sean: y torno á suplicar á v. m. me deje dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertas. Sea así, dijo D. Quijote, y Dios te acompañe. Durmiéronse los dos, y en este tiempo quiso dar cuenta Cide Hamete, autor desta grande historia, qué les movió á levantar el edificio de aquella máquina referida, y des-

6 El sambenito y la coroza. 7 Cama, ó tarima con ruedas y movible, que se metia debajo de las camas grandes.

pues de darla, dijo más, que tenia para sí ser tan locos los burladores como los burlados, y que no estaban los duques dos dedos de parecer tontos; pues tanto ahinco ponian en burlarse de dos tontos, de los cuales al uno durmiendo á sueño suelto y al otro velando á pensamientos desatados, les tomó el dia y la gana de levantarse: que las ociosas plumas, ni vencido ni vencedor, jamás dieron gusto á D. Quijote.

Altisidora, en la opinion de D. Quijote vuelta de muerte á vida, siguiendo el humor de sus señores, coronada con la misma guirnalda que en el túmulo tenia, y vestida de una tunicela de tafetán blanco, sembrado de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arrimada á un báculo de negro y finísimo ébano, entró en el aposento de D. Quijote, el cual turbado y confuso se encogió y cubrió cási todo con las sábanas y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertase á hacerle cortesía ninguna. Sentóse Altisidora en una silla junto á su cabecera, y despues de haber dado un gran suspiro, con voz tierna y debilitada le dijo: cuando las mujeres principales y las recatadas doncellas atropellan por la honra y dan licencia á la lengua que rompa por todo inconveniente, dando noticia en público de los secretos que su corazon encierra, en estrecho término se hallan. Yo, señor D. Quijote de la Mancha, soy una destas, enamorada, apretada y vencida; pero con todo esto sufrida y honesta, tanto, que por serlo reventó mi alma por mi silencio y perdí la vida. Dos dias há que por la consideracion del rigor con que me has tratado, ¡oh más duro que mármol á mis quejas, empedernido caballero, hé estado muerta, ó á lo ménos juzgada por tal de los que me han visto; y sinó fuera porque el amor, condoliéndose de mí, depositó mi remedio en los martírios deste buén escudero, allá me quedára en el otro mundo. Bien pudiera el amor, dijo Sancho, depositarlos en los de mi asno, que yo se lo agradeciera. Pero dígame, señora, así el cielo la acomode con otro más blando amante que mi amo, ¿qué es lo que vió en el otro mundo? ¿qué hay en el infierno? porque quien muere desesperado, por fuerza há de tener aquel paradero. La verdad que os diga, respondió Altisidora, yo no debí de morir del todo, pues no entré en el infierno: que si allá entrára, una por una no pudiera salir dél aunque quisiera. La verdad es que llegué á la puerta, adonde estaban jugando hasta una docena de diablos á la pelota, todos en calzas y en jubon, con valonas guarnecidas con puntas de randas flamencas y con unas vueltas de lo mismo, que le servian de puños, con cuatro dedos de brazo de fuera, porque pareciesen las manos más largas, en las cuales tenian unas palas de fuego: y lo que me admiró fué el ver que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos y entristecerse los que pierden, allí en aquel juego todos gruñian, todos regañaban y todos se maldecian. Eso no es maravilla, respondió Sancho, porque los diablos,

jueguen ó no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen ó no ganen.

Iba Altisidora á proseguir en quejarse de D. Quijote, cuando este la dijo: muchas veces os hé dicho, señora, que á mí me pesa de que hayais colocado en mí vuestros pensamientos, pues de los mios ántes pueden ser agradecidos que remediados. Yo nací para ser de Dulcinea del Toboso; y los hados, si los hubiera, me dedicaron para ella; y pensar que otra alguna hermosura há de ocupar el lugar que en mi alma tiene, es pensar lo imposible. Suficiente desengaño es este para que os retireis en los límites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar á lo imposible. Oyendo lo cual Altisidora, mostrando enojarse y alterarse, le dijo: vive el señor, don bacallao [8], alma de almirez, cuesco de dátil, más terco y duro que villano rogado, cuando tiene la suya sobre el hito, que si arremeto á vos, que os tengo de sacar los ojos. ¿Pensais por ventura, don vencido, y don molido á palos, que yo me hé muerto por vos? Todo lo que habeis visto esta noche há sido fingido, que no soy yo mujer que por semejantes camellos habia de dejar que me doliese un negro de la uña, cuanto más morirme. Eso creo yo muy bien, dijo Sancho, que esto del morirse los enamorados es cosa de risa, bien lo pueden ellos decir; pero hacer, créalo Judas. Responder quisiera D. Quijote, pero estorbáronlo el duque y la duquesa, que entraron á verle, entre los cuales pasó una larga y dulce plática, en la cual dijo Sancho tantos donáires y tantas malicias, que dejaron de nuevo admirados á los duques, así con su simplicidad como con su agudeza. D. Quijote les suplicó le diesen licencia para partirse aquel mismo dia, pues á los vencidos caballeros como él más les convenia habitar una zahurda, que no reales palacios. Diéronsela de muy buena gana, y la duquesa le preguntó si quedaba en su grácia Altisidora. Él le respondió: señora mia, sepa v. s. que todo el mal desta doncella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupacion honesta y contínua. Ella me há dicho aquí que se usan randas en el infierno; y pues ella las debe de saber hacer, no las deje de la mano, que ocupada en menear los palillos no se menearán en su imaginacion la imágen ó imágenes de lo que bien quiere; y esta es la verdad, este mi parecer, y este es mi consejo. Y el mio, añadió Sancho, pues no he visto en toda mi vida randera que por amor se haya muerto; que las doncellas ocupadas más ponen sus pensamientos en acabar sus tareas que en pensar en sus amores. Por mí lo digo, pues mientras estoy cavando no me acuerdo de mi oíslo, de mi Teresa Panza, á quien quiero más que á las pestañas de mis ojos. Vos decís muy bien, Sancho, dijo la duquesa, y yo haré

8 Por lo enjuto y seco que era D. Quijote.

que mi Altisidora se ocupe de aquí adelante en hacer alguna labor blanca, que la sabe hacer por extremo. No hay para qué, señora, respondió Altisidora, usar dese remedio, pues la consideracion de las crueldades que conmigo há usado este malandrin mostrenco, me le borrarán de la memoria sin otro artificio alguno; y con licencia de vuestra grandeza me quiero quitar de aquí, por no ver delante de mis ojos, ya no su triste figura, sino su fea y abominable catadura. Eso me parece, dijo el duque, á lo que suele decirse, que aquel que dice injurias, cerca está de perdonar. Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lágrimas con un pañuelo, y haciendo reverencia á sus señores se salió del aposento. Mándote yo, dijo Sancho, pobre doncella, mándote, digo, mala ventura, pues las has habido con un alma de esparto, y con un corazon de encina: á fé que si las hubieras conmigo, que otro gallo te cantára. Acabóse la plática, vistióse D. Quijote, comió con los duques, y partióse aquella tarde.

CAPITULO LV.

De lo que á D. Quijote le sucedió con su escudero Sancho yendo á su aldea.

Iba el vencido y asendereado [1] D. Quijote pensativo ademas por una parte, y muy alegre por otra. Causaba su tristeza el vencimiento, y su alegria el considerar en la virtud que Sancho habia mostrado en la resurreccion de Altisidora, aunque con algun escrúpulo se persuadia á que la enamorada doncella fuese muerta de veras. No iba nada alegre Sancho, porque le entristecia ver que Altisidora no le habia cumplido la palabra de darle las camisas; y yendo y viniendo en esto dijo á su amo: en verdad, señor, que soy el más desgraciado médico que se debe de hallar en el mundo, en el cual hay físicos que, con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro sino firmar una cedulilla de algunas medicinas, que no las hace él sino el boticario, y cátalo cantusado [2]; y á mí á quien la salud ajena me cuesta gotas de sangre, mamonas, pellizcos, alfilerazos y azotes, no me dán un ardite: pues yo les voto á tal, que si me traen á las manos otro algun enfermo, que ántes que le cure me han de untar las mias, que el abad de donde canta yanta, y no quiero creer que me haya dado el cielo la virtud que tengo para que yo la comunique con otros de bóbilis bóbilis [3]. Tú tienes razon, Sancho amigo, respondió D. Quijote, y hálo hecho muy mal Altisidora en no haberte dado las prometidas

1 Fatigado de andar por sendas y caminos difíciles, disgustado y molido. 2 Engatusado, halagado. 3 Neciamente, sin retribucion alguna.

camisas; y puesto que tu virtud es *gratis data*, que no te há costado estudio alguno, más que estudio es recibir martírios en tu persona: de mí te sé decir que si quisieras paga por los azotes del desencanto de Dulcinea, ya te la hubiera dado tal como buena; pero no sé si vendrá bien con la cura la paga, y no querria que impidiese el premio á la medicina. Con todo eso me parece que no se perderá nada en probarlo: mira, Sancho, el que quieres; y azótate luego, y págate de contado y de tu propia mano, pues tienes dineros mios. Á cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos y las orejas un palmo; y dió consentimiento en su corazon á azotarse de buena gana, y dijo á su amo: agora bien, señor, yo quiero disponerme á dar gusto á v. m. en lo que desea con provecho mio: que el amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre interesado. Dígame v. m. cuánto me dará por cada azote que me diere. Si yo te hubiera de pagar Sancho, respondió D. Quijote, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio, el tesoro de Venecia, las minas del Potosí fueran poco para pagarte: toma tú el tiento á lo que llevas mio, y pon el precio á cada azote. Ellos, respondió Sancho, son tres mil y trecientos y tantos: dellos me hé dado hasta cinco, quedan los demas: entren entre los tantos estos cinco, y vengamos á los tres mil y trecientos, que á cuartillo cada uno, que no llevaré ménos si todo el mundo me lo mandase, montan tres mil y trecientos cuartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hacen setecientos y cincuenta reales, y los trecientos hacen ciento y cincuenta medios reales, que vienen á hacer setenta y cinco reales, que juntándose á los setecientos y cincuenta, son por todos ochocientos y veinte y cinco reales. Estos desfalcaré yo de los que tengo de v. m., y entraré en mi casa rico y contento, aunque bien azotado, porque no se toman truchas... y no digo más. ¡Oh Sancho bendito! ¡oh Sancho amable! respondió D. Quijote, y cuán obligados hemos de quedar Dulcinea y yo á servirte todos los dias que el cielo nos diere de vida. Si ella vuelve al ser perdido (que no es posible sino que vuelva), su desdicha habrá sido dicha, y mi vencimiento felicísimo triunfo: y mira, Sancho, cuándo quieres comenzar la disciplina, que porque la abrevies te añado cien reales. ¿Cuándo? replicó Sancho, esta noche sin falta: procure v. m. que la tengamos en el campo á cielo abierto, que yo me abriré mis carnes. Llegó la noche esperada de D. Quijote con la mayor ánsia del mundo, pareciéndole que las ruedas del carro de Apolo se habian quebrado, y que el dia se alargaba más de lo acostumbrado, bien así como acontece á los enamorados, que jamás ajustan la cuenta de sus deseos.

Finalmente, se entraron entre unos amenos árboles que poco desviados del camino estaban, donde dejando vacías la silla y albarda de

Rocinante y rúcio se tendieron sobre la verde yerba; y cenaron del repuesto de Sancho, el cual haciendo del cabestro y de la jáquima del rúcio un poderoso y flexible azote, se retiró hasta veinte pasos de su amo entre unas hayas. D. Quijote, que le vió ir con denuedo y con brio, le dijo: mira, amigo, que no te hagas pedazos, da lugar que unos azotes aguarden á otros, no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad della te falte el aliento; quiero decir, que no te des tan récio, que te falte la vida ántes de llegar al número deseado; y porque no pierdas por carta de más ni de ménos, yo estaré desde aparte contando por este mi rosario los azotes que te dieres. Favorézcate el cielo conforme tu buena intencion merece. Al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sancho; yo pienso darme de manera que sin matarme me duela, que en esto debe de consistir la sustancia deste milagro. Desnudóse luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel comenzó á darse, y comenzó D. Quijote á contar los azotes. Hasta seis ú ocho se habria dado Sancho, cuando le pareció ser pesada la burla, y muy barato el precio della, y deteniéndose un poco, dijo á su amo que se llamaba á engaño, porque merecia cada azote de aquellos ser pagado á medio real no que á cuartillo. Prosigue, Sancho amigo, y no desmayes, le dijo D. Quijote, que yo doblo la parada del precio. Dese modo, dijo Sancho, á la mano de Dios, y lluevan azotes; pero el socarron dejó de dárselos en las espaldas, y daba en los árboles, con unos suspiros de cuando en cuando, que parecia que con cada uno dellos se le arrancaba el alma. Tierna la de D. Quijote, temeroso de que se le acabase á Sancho la vida, y no consiguiese su deseo, le dijo: por tu vida, amigo, quédese en este punto este negocio, que me parece muy áspera esta medicina, y será bien dar tiempo al tiempo, que no se ganó Zamora en un hora. Mas de mil azotes, si yo no hé contado mal, te has dado: bastan por ahora, que el asno, hablando á lo grosero, sufre la carga, mas no la sobrecarga. No, no señor, respondió Sancho, no se ha de decir por mí: á dineros pagados brazos quebrados [4]: apártese v. m. otro poco, y déjeme dar otros mil azotes siquiera: que á dos levadas destas habremos cumplido con esta partida, y áun nos sobrará ropa. Pues tú te hallas con tan buena disposicion, dijo D. Quijote, el cielo te ayude, y pégate que yo me aparto. Volvió Sancho á su tarea con tanto denuedo, que ya habia quitado las cortezas á muchos árboles: tal era la riguridad con que se azotaba: y alzando una vez la voz y dando un desaforado azote en un haya, dijo: aquí morirá Sanson, y cuantos con él son. Acudió D. Quijote luego al son de la lastimada voz y del

4 Dícese este provérbio del oficial ó artesano, que habiendo recibido adelantada la paga de la obra tiene pereza de acabarla.

golpe del riguroso azote, y asiendo del torcido cabestro que le servia de corbacho á Sancho, le dijo: no permita la suerte, Sancho amigo, que por el gusto mio pierdas tú la vida, que ha de servir para sustentar á tu mujer y á tus hijos: espére Dulcinea mejor coyuntura, que yo me contendré en los límites de la esperanza propíncua, y esperaré que cobres fuerzas nuevas, para que se concluya este negocio á gusto de todos. Pues v. m., señor mio, lo quiere así, respondió Sancho, sea en buena hora, y écheme su ferreruelo sobre estas espaldas, que estoy sudando, y no querria resfriarme, que los nuevos disciplinantes corren este peligro. Hízolo así D. Quijote y quedándose en pelota, abrigó á Sancho, el cual se durmió hasta que le despertó el sol, y luego volvieron á proseguir su camino, á quien dieron fin por entonces en un lugar que tres leguas de allí estaba. Apeáronse en un meson, que por tal la reconoció D. Quijote, y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos y puente levadiza: que despues que le vencieron, con más juicio en todas las cosas discurria. Todo aquel dia esperando la noche estuvieron en aquel lugar y meson D. Quijote y Sancho, el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su disciplina, y el otro para ver el fin della, en el cual consistia el de su deseo.

Llegó la tarde, partiéronse de aquel lugar y pasaron la noche entre otros árboles, por dar lugar de cumplir su penitencia á Sancho, el cual la cumplió á costa de las cortezas de las hayas, harto más que de sus espaldas, pues las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca aunque la tuviera encima. No perdió el engañado D. Quijote un solo golpe de la cuenta, y halló que, con los de la noche pasada, eran tres mil y veinte y nueve. Parece que habia madrugado el sol á ver el sacrificio, con cuya luz volvieron á proseguir su camino. Aquel dia y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, sino fué que en ella acabó Sancho su tarea, de que quedó D. Quijote contento sobre modo y esperaba el dia por ver si en el camino topaba ya desencantada á Dulcinea su señora; y siguiendo su camino, no topaba mujer ninguna que no iba á reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible no poder mentir las promesas de Merlin. Con estos pensamientos y deseos subieron una cuesta arriba, desde la cual descubrieron su aldea, la cual vista de Sancho, se hincó de rodillas y dijo: abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve á tí Sancho Panza tu hijo, sinó muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos, y recibe tambien á tu hijo D. Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo, que segun él me ha dicho es el mayor vencimiento que desearse puede. Dineros llevo, porque si buénos azotes me daban, bien caballero me iba. Déjate desas sandeces, dijo D. Quijote, y vamos con pié derecho á entrar en nuestro lugar, donde daremos vado á nues-

tras imaginaciones, y la traza que en la pastoral vida pensamos ejercitar. Con esto bajaron de la cuesta, y se fueron á su pueblo.

CAPITULO LVI.

De los agüeros que tuvo D. Quijote al entrar en su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia.

A la entrada del cual [1], segun dice Cide Hamete, vió D. Quijote que en la eras del lugar estaban riñendo dos mochachos, y el uno dijo al otro: no te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los dias de tu vida. Oyólo D. Quijote, y dijo á Sancho: ¿no adviertes, amigo, lo que aquel mochacho ha dicho, no la has de ver en todos los dias de tu vida? Pues bien, ¿qué importa, respondió Sancho, que haya dicho eso el mochacho? ¿Qué? replicó D. Quijote, ¿no ves tú que aplicando aquella palabra á mi intencion, quiere significar que no tengo de ver más á Dulcinea? Queríale responder Sancho, cuando se lo estorbó ver que por aquella campaña venia huyendo una liebre, seguida de muchos galgos y cazadores, la cual temerosa se vino á recoger y á agazapar debajo de los piés del rúcio. Cogióla Sancho á mano salva, y presentósela á Don Quijote, el cual estaba diciendo: *malum signum*, *malum signum*: liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece. Extraño es v. m., dijo Sancho: presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la trasformaron en la labradora: ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de v. m., que la tiene en sus brazos y la regala: ¿qué mala señal es esta, ni qué mal agüero se puede tomar de aquí? Los dos mochachos de la pendencia se llegaron á ver la liebre, y al uno dellos preguntó Sancho, que por qué reñian. Y fuéle respondido por el que habia dicho no la verás más en toda tu vida, que él habia tomado al otro mochacho una jaula de grillos, la cual no pensaba volvérsela en toda su vida. Sacó Sancho cuatro cuartos de la faltriquera, y dióselos al mochacho por la jaula, y púsosela en las manos á D. Quijote diciendo: hé aquí, señor, rompidos y desbaratados estos agüeros, que no tienen que ver más con nuestros sucesos, segun que yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño; y sinó me acuerdo mal, he oido decir al cura de nuestro pueblo, que no es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerías; y áun v. m. mismo me lo dijo los dias pasados, dándome á entender que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros; y no es menester hacer hincapié en esto, sino pasemos adelante y entremos en nuestra aldea.

1 Del pueblo.

Llegaron los cazadores, pidieron su liebre, y diósela D. Quijote: pasaron adelante, y á la entrada del pueblo toparon en un pradecillo rezando al cura y al bachiller Carrasco. Y es de saber que Sancho Panza habia echado sobre el rúcio y sobre el lio de las armas, para que sirviese de repostero, la túnica de bocací pintada de llamas de fuego, que le vistieron en el castillo del duque la noche que volvió en sí Altisidora. Acomodóle tambien la coroza en la cabeza, que fué la más nueva trasformacion y adorno con que se vió jamás jumento en el mundo. Fueron luego conocidos los dos del cura y del bachiller, que se vinieron á ellos con los brazos abiertos. Apeóse D. Quijote y abrazólos estrechamente; y los mochachos, que son linces no excusados, divisaron la coroza del jumento, y acudieron á verle, y decian unos á otros: venid, mochachos, y vereis el asno de Sancho Panza más galan que Mingo, y la bestia de D. Quijote mas flaca hoy que el primer dia. Finalmente, rodeados de mochachos, y acompañados del cura y del bachiller, entraron en el pueblo, y se fueron á casa de D. Quijote, y hallaron á la puerta della al ama y á su sobrina, á quien ya habian llegado las nuevas de su venida. Ni más ni ménos se las habian dado á Teresa Panza, mujer de Sancho, la cual desgreñada y medio desnuda, trayendo de la mano á Sanchica su hija, acudió á ver á su marido, y viéndole no tan bien adeliñado como ella se pensaba que habia de estar un gobernador, le dijo: ¿cómo venís así, marido mio, que me parece que venís á pié y despeado, y más traeis semejanza de desgobernado que de gobernador? Calla, Teresa, respondió Sancho, que muchas veces donde hay estacas no hay tocinos [2], y vámonos á nuestra casa, que allá oirás maravillas. Dineros traigo, que es lo que importa, ganados por mi industria y sin daño de nadie. Traed vos dineros, mi buén marido, dijo Teresa, y sean ganados por aquí ó por allí, que como quiera que los hayais ganado no habreis hecho usanza nueva en el mundo. Abrazó Sanchica á su padre, y preguntóle si traia algo, que le estaba esperando como el agua de mayo; y asiéndole de un lado del cinto, y su mujer de la mano, tirando su hija al rúcio, se fueron á su casa, dejando á D. Quijote en la suya en poder de su sobrina y de su ama, y en compañía del cura y del bachiller.

D. Quijote, sin aguardar términos ni horas, en aquel mismo punto se apartó á solas con el bachiller y el cura, y en breves razones les contó su vencimiento, y la obligacion en que habia quedado de no salir de su aldea en un año, la cual pensaba guardar al pié de la letra, sin traspasarla en un átomo, bien así como caballero andante, obligado por la puntualidad y órden de la andante caballería; y que tenia pensado de

2 Sancho debió decir: Muchas veces donde no hay estacas hay tocinos.

hacerse aquel año pastor, y entretenerse en la soledad de los campos, donde á rienda suelta podia dar vado á sus amorosos pensamientos, ejercitándose en el pastoral y virtuoso ejercicio; y dijo que les suplicaba, sinó tenian mucho que hacer, y no estaban impedidos en negocios más importantes, quisiesen ser sus compañeros, que él compraria ovejas y ganado suficiente, que les diese nombre de pastores: y que les hacía saber que lo más principal de aquel negocio estaba hecho, porque les tenia puestos los nombres que les vendrian como de molde. Díjole el cura que los dijese. Respondió D. Quijote que él se habia de llamar el pastor Quijotiz, el bachiller el pastor Carrascon, el cura el pastor Curiambro, y Sancho Panza el pastor Pancino. Pasmáronse todos de ver la nueva locura de D. Quijote: pero porque no se les fuese otra vez del pueblo á sus caballerías, esperando que en aquel año podria ser curado, concedieron con su buena intencion, y aprobaron por discreta su locura ofreciéndosele por compañeros en su ejercicio: y más, dijo Sanson Carrasco, que como ya todo el mundo sabe, yo soy celebérrimo poeta, y á cada paso compondré versos pastoriles ó cortesanos, ó como más me viniere á cuento, para que nos entretengamos por esos andurriales donde habemos de andar: y lo que más es menester, señores mios, es que cada uno escoja el nombre de la pastora que piensa celebrar en sus versos y que no deje árbol por duro que sea donde no la retule y grabe su nombre, como es uso y costumbre de los enamorados pastores. Eso está de molde, respondió D. Quijote, puesto que yo estoy libre de buscar nombre de pastora fingida, pues está ahí la sin par Dulcinea del Toboso, gloria de estas riberas, adorno de estos prados, sustento de la hermosura, nata de los donáires, y finalmente sujeto sobre quien puede asentar bien toda alabanza, por hipérbole que sea. Así es verdad, dijo el cura; pero nosotros buscaremos por ahí pastoras mañeruelas, que si no nos cuadráren, nos esquinen. Á lo que añadió Sanson Carrasco, y cuando faltaren, darémosles los nombres de las estampadas é impresas, de quien está lleno el mundo, Filidas, Amarílis, Dianas, Fléridas, Galatéas y Belisardas, que pues las venden en las plazas, bien las podemos comprar nosotros, y tenerlas por nuestras. Si mi dama, ó por mejor decir mi pastora, por ventura se llamáre Ana, la celebraré debajo del nombre de Anarda, y si Francisca la llamaré yo Francenia, y si Lucia, Lucinda, que todo se sale allá; y Sancho Panza, si es que ha de entrar en esta cofradía, podrá celebrar á su mujer Teresa Panza con nombre de Teresaina. Riése D. Quijote de la aplicacion del nombre, y el cura le alabó infinito su honesta y honrada resolucion, y se ofreció de nuevo á hacerle compañía todo el tiempo que le vacase de atender á sus forzosas obligaciones. Con esto se despidieron dél, y le rogaron y aconsejaron tuviese cuenta con su salud, y con regalarse lo que fuese buéno.

Quiso la suerte que su sobrina y el ama oyeron la plática de los tres; y así como se fueron, se entraron entrambas con D. Quijote, y la sobrina le dijo: ¿qué es esto, señor tio? ahora que pensábamos nosotras que v. m. volvia á reducirse en su casa y pasar en ella una vida quieta y honrada, se quiere meter en nuevos laberintos, haciéndose pastorcillo, tú que vienes, pastorcico, tú que vas; pues en verdad que ya está duro el alcacer para zampoñas [3]. Á lo que añadió el ama: ¿y podrá v. m. pasar en el campo las siestas del verano, los serenos del invierno y el ahullido de los lobos? No por cierto, que este es ejercicio y oficio de hombres robustos, curtidos y criados para tal ministerio cási desde las fajas y mantillas: áun mal por mal, mejor es ser caballero andante que pastor. Mire, señor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estése en su casa, atienda á su hacienda, confiese á menudo, favorezca á los pobres, y sobre mi ánima si mal le fuere. Callad, hijas, les respondió D. Quijote, que yo sé bien lo que me cumple: llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy buéno, y tened por cierto que ahora, sea caballero andante ó pastor por andar, no dejaré siempre de acudir á lo que hubiéredes menester, como lo vereis por la obra; y las buénas hijas (lo eran sin duda) ama y sobrina, le llevaron á la cama, donde le dieron de comer y regalaron lo posible.

CAPITULO LVII.

De como D. Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte.

Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinacion desde sus principios hasta llegar á su último fin, especialmente las vidas de los hombres, y como D. Quijote no tuviese privilejio del cielo para detener el curso de la suya, llegó su fin y acabamiento cuando él ménos lo pensaba, porque, ó ya fuese de la melancolía que le causaba el verse vencido, ó ya por la disposicion del cielo, que así lo ordenaba, se le arraigó una calentura que le tuvo seis dias en la cama, en los cuales fué visitado muchas veces del cura, del bachiller y del barbero, sus amigos, sin quitársele de la cabecera Sancho Panza, su buén escudero. Estos, creyendo que la pesadumbre de verse vencido y de no ver cumplido su deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea le tenia de aquella suerte, por todas las vias posibles procuraban alegrarle, diciéndole el bachiller que se animase y levantase para comenzar su pastoral ejercicio, para el cual tenia ya compuesta una égloga, que mal año para

3 Refran usado para denotar que es ya tarde para hacer una cosa.

cuantas Sanazaro habia compuesto, y que ya tenia comprados de su propio dinero dos famosos perros para guardar el ganado, el uno llamado Barcino y el otro Butron, que se los habia vendido un ganadero del Quintanar. Pero no por esto dejaba D. Quijote sus tristezas. Llamaron sus amigos al médico, tomóle el pulso, y no le contentó mucho, y dijo que por sí ó por no atendiese á la salud de su alma, porque la del cuerpo corria peligro. Oyólo D. Quijote con ánimo sosegado; pero no lo oyeron así su ama, su sobrina y su escudero, los cuales comenzaron á llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fué el parecer del médico que melancolías y desabrimientos le acababan. Rogó D. Quijote que le dejasen solo, porque queria dormir un poco. Hiciéronlo así, y durmió de un tiron, como dicen, más de seis horas, tanto que pensaron el ama y la sobrina que se habia de quedar en el sueño. Despertó al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz dijo: bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me há hecho. En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres. Estuvo atenta la sobrina á las razones del tio, y pareciéndole más concertadas que las que él solia decir, preguntóle: ¿qué es lo que v. m. dice, señor? ¿tenemos algo de nuevo? ¿qué misericordias son estas, ó qué pecados de los hombres? Las misericordias, respondió D. Quijote, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, á las que, como dije, no impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre él me puso la amarga y continua leyenda de los detestables libros de caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño ha llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma. Yo me siento, sobrina, á punto de muerte; querria hacerla de tal modo que diese á entender que no habia sido mi vida tan mala que dejase renombre de loco: que puesto que lo hé sido, no querria confirmar esta verdad en mi muerte. Llámame, amiga, á mis buénos amigos el cura, el bachiller Sanson Carrasco, y á maese Nicolás el barbero, que quiero confesarme y hacer mi testamento. Pero deste trabajo se excusó la sobrina con la entrada de los tres. Apenas los vió D. Quijote, cuando dijo: dadme albrícias, buénos señores, de que ya yo no soy D. Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á quien mis costumbres me dieron el renombre de Bueno. Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje: ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería: ya conozco mi necedad y el peligro en que me pusieron haberlas leido; ya por misericordia de Dios escarmentando en cabeza propia, las abomino. Cuando esto le oyeron decir los tres, creyeron sin

duda que alguna nueva locura le habia tomado. Y Sanson le dijo: ¿ahora, señor D. Quijote, que tenemos nueva que está desencantada la señora Dulcinea, sale v. m. con eso? ¿y ahora que estamos tan á pique de ser pastores para pasar cantando la vida como unos príncipes, quiere v. m. hacerse ermitaño? Calle por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos. Los de hasta aquí, replicó D. Quijote, que han sido verdaderos en mi daño, los há de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi provecho. Yo, señores, siento que me voy muriendo á toda priesa; déjense burlas aparte y tráiganme un confesor que me confiese y un escribano que haga mi testamento, que en tales trances como este no se há de burlar el hombre con el alma: y así suplico que en tanto que el señor cura me confiesa vayan por el escribano. Miráronse unos á otros, admirados de las razones de D. Quijote, y aunque en duda, le quisieron creer; y una de las señales por donde conjeturaron se moria, fué el haber vuelto con tanta facilidad de loco á cuerdo, porque á las ya dichas razones añadió otras muchas, tan bien dichas, tan cristianas y con tanto concierto, que del todo les vino á quitar la duda y á creer que estaba cuerdo. Hizo salir la gente el cura, y quedóse solo con él, y confesóle. El bachiller fué por el escribano, y de allí á poco volvió con él y con Sancho Panza, el cual (que ya sabia por nuevas del bachiller en qué estado estaba su señor) hallando á la ama y á la sobrina llorosas, comenzó á hacer pucheros y á derramar lágrimas. Acabóse la confesion, y salió el cura diciendo: verdaderamente se muere y verdaderamente está cuerdo Alonso Quijano el Bueno: bien podemos entrar para que haga su testamento. Estas nuevas dieron un terrible empujon al ama, sobrina y Sancho Panza, su buen escudero, de tal manera, que los hizo reventar las lágrimas de los ojos y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente, como alguna vez se há dicho, en tanto que D. Quijote fué Alonso Quijano el Bueno á secas, y en tanto que fué D. Quijote de la Mancha, fué siempre de apacible condicion y de agradable trato, y por esto no solo era bien querido de los de su casa, sino de todos cuantos le conocian.

Entró el escribano con los demás, y despues de haber hecho la cabeza del testamento, y ordenado su alma D. Quijote con todas aquellas circunstancias cristianas que se requieren, llegando á las mandas, dijo: Item es mi voluntad que en órden á ciertos dineros que Sancho Panza, á quien en mi locura hice mi escudero, tiene y sobre que ha habido entre él y mí ciertas cuentas, dáres y tomáres, que no se le haga cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno, despues de haberse pagado de lo que le debo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buén provecho le haga: y si como estando yo loco fui parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera ahora estando

cuerdo darle el de un reino, se le diera, porque la sencillez de su condicion y fidelidad de su trato lo merece: y volviéndose á Sancho, le dijo: perdóname, amigo, de la ocasion que te hé dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo hé caido, de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo. ¡Ay! respondió Sancho llorando, no se muera v. m., señor mio, sino tome mi consejo, y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía. Mire no sea perezoso, sino levántese desa cama, y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado: quizá tras de alguna mata hallarémos á la señora Doña Dulcinea desencantada, que no haya más que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, écheme á mí la culpa, diciendo que por haber yo cinchado mal á Rocinante le derribaron: cuanto más que v. m. habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros á otros, y el que es vencido hoy, ser vencedor mañana. Así es, dijo Sanson, y el buén Sancho Panza está muy en la verdad destos casos. Señores, dijo D. Quijote, vámonos poco á poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño: yo fuí loco, y ya soy cuerdo; fuí D. Quijote de la Mancha, y soy ahora, como hé dicho, Alonso Quijano el Bueno: pueda con vs. ms. mi arrepentimiento y mi verdad volverme á la estimacion que de mí se tenia, y prosiga adelante el señor escribano.

Iten mando toda mi hacienda á puerta cerrada [1] á Antonia Quijana mi sobrina, que está presente, habiendo sacado primero de lo más bien parado della lo que fuere menester para cumplir las mandas que dejo hechas; y la primera satisfaccion que se haga, quiero que sea pagar el salario que debo del tiempo que mi ama me ha servido, y más veinte ducados para un vestido. Dejo por mis albaceas al señor cura y al señor bachiller Sanson Carrasco, que estan presentes.

Iten es mi voluntad que si Antonia Quijana mi sobrina quisiera casarse, se case con hombre de quien primero se haya hecho informacion que no sabe qué cosa sean libros de caballerías: y en caso que se averiguáre que lo sabe, y con todo eso mi sobrina quisiere casarse con él y se casáre, pierda todo lo que le hé mandado, lo cual puedan mis albaceas distribuir en obras pias á su voluntad.

Iten suplico á los dichos señores mis albaceas, que si la buena suerte les trujere á conocer al autor que dicen que compuso una historia que anda por ahí con el título de *Segunda parte de las hazañas de D. Quijote de la Mancha*, de mi parte le pidan, cuán encarecidamente ser pue-

1 A sola la sobrina.

da, perdone la ocasion que sin yo pensarlo le dí de haber escrito tantos y tan grandes disparates como en ella escribe, porque parto desta vida con escrúpulo de haberle dado motivo para escribirlos. Cerró con esto el testamento, y tomándole un desmayo, se tendió de largo á largo en la cama. Alborotáronse todos, acudieron á su remedio, y en tres dias que vivió despues deste en que hizo el testamento, se desmayaba muy á menudo. Andaba la casa alborotada; pero con todo comia la sobrina, brindaba el ama, y se regocijaba Sancho Panza; que esto del heredar algo borra ó templa en el heredero la pena que es razon que deje el muerto. En fin, llegó el último de D. Quijote, despues de recibidos todos los sacramentos, y despues de haber abominado con muchas y eficaces razones de los libros de caballerías. Hallóse el escribano presente, y dijo que nunca habia leido en ningun libro de caballerías que algun caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como D. Quijote, el cual entre compasiones y lágrimas de los que allí se hallaron, dió su espíritu: quiero decir que se murió. Viendo lo cual el cura, pidió al escribano le diese por testimonio como Alonso Quijano el Bueno, llamado comunmente D. Quijote de la Mancha, habia pasado desta presente vida, y muerto naturalmente; y que el tal testimonio pedia para quitar la ocasion de que algun otro autor que Cide Hamete Benengeli le resucitase falsamente, é hiciese inacabables historias de sus hazañas. Este fin tuvo el INGENIOSO HIDALGO DE LA MANCHA, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dejar que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí por ahijársele y tenérsele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grécia por Homero. Déjanse de poner aquí los llantos de Sancho, sobrina y ama de D. Quijote, y los nuevos epitáfios de su sepultura, mas no lo que el prudentísimo Cide Hamete dijo á su pluma: aquí quedarás colgada desta espetera, y deste hilo de alambre, ni sé si bien cortada ó mal tajada, péñola mia, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte. Pero ántes que á tí lleguen les puedes advertir, y decirles en el mejor modo que pudieres:

Tate, tate, folloncicos,
de ninguno sea tocada,
porque esta empresa, buén Rey,
para mí estaba guardada.

Para mí sola nació D. Quijote, y yo para él: él supo obrar, y yo escribir; solos los dos somos para en uno, á despecho y pesar del escritor fingido y tordesillesco, que se atrevió, ó se ha de atrever á escri-

bir con pluma de avestruz grosera y mal adeliñada las hazañas de mi valeroso caballero, porque no es carga de sus hombros, ni asunto de su resfriado ingenio; á quien advertirás, si acaso llegas á conocerle, que deje reposar en la sepultura los cansados y ya podridos huesos de Don Quijote, y no le quiera llevar, contra todos los fueros de la muerte, á Castilla la Vieja, haciéndole salir de la fuesa, donde real y verdaderamente yace tendido de largo á largo, imposibilitado de hacer tercera jornada y salida nueva: que para hacer burla de tantas como hicieron tantos andantes caballeros, bastan las dos que él hizo tan á gusto y beneplácito de las gentes á cuya noticia llegaron, así en estos como en los extraños reinos: y con esto cumplirás con tu cristiana profesion, aconsejando bien á quien mal te quiere; y yo quedaré satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseaba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero D. Quijote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna. Vale.

FIN DEL INGENIOSO HIDALGO.

ÍNDICE.

Pág.

PRÓLOGO DEL ABREVIADOR V
PRÓLOGO DEL AUTOR XXIX
AL LIBRO DE D. QUIJOTE DE LA MANCHA, URGANDA LA DESCONOCIDA XXXV

PRIMERA PARTE.

CAPITULO PRIMERO. *Que trata de la condicion y ejercicio del famoso hidalgo D. Quijote de la Mancha* 1
CAP. II. *Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso D. Quijote* 5
CAP. III. *Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo D. Quijote en armarse caballero* 9
CAP. IV. *De lo que sucedió á nuestro caballero cuando salió de la venta* 14
CAP. V. *Del donoso y grande escrutínio que el cura y el barbero hicieron en la librería de nuestro ingenioso hidalgo* 21
CAP. VI. *De la segunda salida de nuestro buén caballero D. Quijote de la Mancha* 25
CAP. VII. *Del buen suceso que el valeroso D. Quijote tuvo en la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento; del encuentro con dos frailes de San Benito, y de la estupenda batalla que con el gallardo vizcaino tuvo* 28
CAP. VIII. *De los graciosos razonamientos que pasaron entre Don Quijote y Sancho Panza su escudero* 35
CAP. IX. *De lo que sucedió á D. Quijote con unos cabreros* 39
CAP. X. *De lo que contó un cabrero á los que estaban con Don Quijote* 44

CAP. XI. *Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucesos*..... 48
CAP. XII. *Donde se cuenta la desgraciada aventura que se topó D. Quijote en topar con unos desalmados yangüeses*..... 55
CAP. XIII. *De lo que sucedió al ingenioso hidalgo en la venta que él imaginaba ser castillo*..... 60
CAP. XIV. *Donde se cuentan las razones que pasó Sancho Panza con su señor D. Quijote, con otras aventuras dignas de ser contadas*..... 71
CAP. XV. *De las discretas razones que Sancho pasaba con su amo, y de la aventura que le sucedió con un cuerpo muerto, con otros acontecimientos famosos*..... 79
CAP. XVI. *De la jamás vista ni oida aventura que con mas poco peligro fué acabada de famoso caballero en el mundo, como la que acabó el valeroso D. Quijote de la Mancha*..... 84
CAP. XVII. *Que trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas á nuestro invencible caballero*..... 93
CAP. XVIII. *De la libertad que dió D. Quijote á muchos desdichados que mal de su grado los llevaban donde no quisieran ir.* 102
CAP. XIX. *De lo que le aconteció al famoso D. Quijote en Sierramorena, que fué una de las mas raras aventuras que en esta verdadera historia se cuentan*..... 109
CAP. XX. *Que trata de las extrañas cosas que en Sierramorena sucedieron al valiente caballero de la Mancha, y de la imitacion que hizo de la penitencia de Beltenébros*..... 122
CAP. XXI. *De cómo salieron con su intencion el cura y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuenten en esta grande historia*..... 137
CAP. XXII. *Que trata del gracioso artificio y órden que se tuvo en sacar á nuestro enamorado caballero de la asperísima penitencia en que se habia puesto*..... 154
CAP. XXIII. *Que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y pasatiempo*..... 161
CAP. XXIV. *De los sabrosos razonamientos que pasaron entre D. Quijote y Sancho Panza su escudero, con otros sucesos*..... 168
CAP. XXV. *Que trata de lo que sucedió en la venta á toda la cuadrilla de D. Quijote*..... 175
CAP. XXVI. *Que trata de la brava y descomunal batalla que Don Quijote tuvo con unos cueros de vino tinto, y de otros raros sucesos que en la venta sucedieron*..... 180
CAP. XXVII. *Donde se prosigue la historia de la famosa infanta*

Micomicona, con otras graciosas aventuras, y se trata del curioso discurso que hizo D. Quijote de las armas y las letras..... 188
CAP. XXVIII. *Donde el cautivo cuenta su vida y sucesos*..... 198
CAP. XXIX. *Que trata de lo más que sucedió en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse*..... 218
CAP. XXX. *Donde se prosiguen los inauditos sucesos de la venta, se averigua la duda del yelmo de Mambrino y se trata de la notable aventura de los cuadrilleros*..... 227
CAP. XXXI. *Del extraño modo con que fué encantado D. Quijote de la Mancha*..... 235
CAP. XXXII. *Donde el canónigo trata la materia de los libros de caballerías*..... 243
CAP. XXXIII. *Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Panza tuvo con su señor D. Quijote, y de las discretas altercaciones que D. Quijote y el canónigo tuvieron, con otros sucesos*.... 249
CAP. XXXIV. *Que trata de lo que contó el cabrero á todos los que llevaban á D. Quijote*..... 260
CAP. XXXV. *De la pendencia que D. Quijote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los disciplinantes, á quien dió felice fin á costa de su sudor*..... 264

SEGUNDA PARTE.

DEDICATÓRIA AL CONDE DE LÉMOS..... 271
CAPITULO PRIMERO. *De lo que el cura y el barbero pasaron con D. Quijote cerca de su enfermedad*..... 273
CAP. II. *Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la sobrina y ama de D. Quijote, con otros sucesos graciosos*..... 280
CAP. III. *Del ridículo razonamiento que pasó entre D. Quijote, Sancho Panza y el bachiller Sanson Carrasco*..... 283
CAP. IV. *Donde Sancho Panza satisface al bachiller Sanson Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse*..... 288
CAP. V. *De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza y su mujer Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordacion*..... 291
CAP. VI. *De lo que le pasó á D. Quijote con su sobrina y con su ama; y es uno de los importantes capítulos de toda la historia*... 296
CAP. VII. *De lo que pasó D. Quijote con su escudero, con otros sucesos famosísimos*..... 300
CAP. VIII. *Donde se cuenta lo que le sucedió á D. Quijote yendo*

á ver á su Dulcinea del Toboso..... 305
CAP. IX. *Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar á la señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridículos como verdaderos*..... 313
CAP. X. *De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quijote con el carro ó carreta de las Córtes de la muerte*..... 319
CAP. XI. *De la extraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quijote con el bravo caballero de los Espejos, y del discreto y suave coloquio que pasó entre los dos escuderos*..... 324
CAP. XII. *Donde se prosigue la aventura del caballero del Bosque, y se da cuenta de quién era el caballero de los Espejos y su escudero*..... 332
CAP. XIII. *De lo que sucedió á D. Quijote con un discreto caballero de la Mancha*..... 341
CAP. XIV. *Donde se declara el último punto y extremo adonde llegó y pudo llegar el inaudito ánimo de D. Quijote, con la felizmente acabada aventura de los leones*..... 348
CAP. XV. *De lo que sucedió á D. Quijote en el castillo ó casa del caballero del Verde Gaban, con otras cosas extravagantes*..... 355
CAP. XVI. *Donde se cuenta la aventura del pastor enamorado, con otros en verdad graciosos sucesos*..... 360
CAP. XVII. *Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre*..... 364
CAP. XVIII. *Donde se da cuenta de la gran aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazon de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso D. Quijote*..... 375
CAP. XIX. *De las admirables cosas que el extremado D. Quijote contó que habia visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza hace que se tenga esta aventura por apócrifa*..... 380
CAP. XX. *Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia.* 387
CAP. XXI. *Donde se apunta la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino*..... 391
CAP. XXII. *Donde se prosigue la graciosa aventura del titerero, con otras cosas en verdad harto buenas*..... 398
CAP. XXIII. *Donde se da cuenta quiénes eran maese Pedro y su mono, con el mal suceso que D. Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, y se trata de cosas que las sabrá el que las leyere*..... 404
CAP. XXIV. *De la famosa aventura del barco encantado*..... 412
CAP. XXV. *De lo que le avino á D. Quijote con una bella caza-*

dora..... 417
CAP. XXVI. *Que trata de muchas y grandes cosas*..... 420
CAP. XXVII. *De la respuesta que dió D. Quijote á su reprensor, con otros graves y graciosos sucesos*..... 426
CAP. XXVIII. *De la sabrosa plática que la duquesa y sus doncellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea y de que se note*..... 436
CAP. XXIX. *Que dá cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se habia de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras más famosas de este libro*..... 441
CAP. XXX. *Donde se cuenta la extraña y jamás imaginada aventura de la Dueña Dolorida, ülias la condesa Trifaldi, con una carta que Sancho Panza escribió á su mujer Teresa Panza*..... 452
CAP. XXXI. *Donde se cuenta la que dió de su mala andanza la dueña Dolorida*..... 457
CAP. XXXII. *De la venida de Clavileño, con el fin de esta dilatada aventura*..... 466
CAP. XXXIII. *De los consejos que dió D. Quijote á Sancho Panza ántes que fuese á gobernar la insula, con otras cosas bien consideradas*..... 473
CAP. XXXIV. *De los consejos segundos que dió D. Quijote á Sancho Panza*..... 476
CAP. XXXV. *Como Sancho Panza fué llevado al gobierno, y de la extraña aventura que en el castillo sucedió á D. Quijote*..... 480
CAP. XXXVI. *De como el gran Sancho Panza tomó la posesion de su insula, y del modo que comenzó á gobernar*..... 487
CAP. XXXVII. *Del temeroso espanto cencerril y gatuno que recibió D. Quijote en el dircurso de los amores de la enamorada Altisidora*..... 492
CAP. XXXVIII. *Donde se prosigue cómo se portaba Sancho Panza en su gobierno*..... 496
CAP. XXXIX. *De lo que sucedió á D. Quijote con Doña Rodriguez, la dueña de la duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna*..... 502
CAP. XL. *De lo que sucedió á Sancho Panza rondando su insula.* 508
CAP. XLI. *Donde se declara quiénes fueron los encantadores y verdugos que azotaron á la dueña, pellizcaron y arañaron á Don Quijote, con el suceso que tuvo el paje que llevó la carta á Teresa Panza, mujer de Sancho Panza*..... 515
CAP. XLII. *Del progreso del gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos*..... 521
CAP. XLIII. *Donde se cuenta la aventura de la segunda dueña*

dolorida ó angustiada, llamada por otro nombre Doña Rodriguez. 527
CAP. XLIV. *Del fatigado fin y remate que tuvo el gobierno de Sancho Panza*..... 532
CAP. XLV. *De cosas sucedidas á Sancho en el camino, y otras que no hay más que ver*..... 536
CAP. XLVI. *De la descomunal y nunca vista batalla que pasó entre D. Quijote de la Mancha y el lacayo Tosilos: de cómo Don Quijote se despidió del duque; y de lo que le sucedió con la discreta y desenvuelta Altisidora*..... 546
CAP. XLVII. *Que trata de cómo menudearon sobre D. Quijote aventuras tantas, que no se daban vagar unas á otras*..... 552
CAP. XLVIII. *Donde se cuenta el extraordinario suceso, que se puede tener por aventura, que le sucedió á D. Quijote*..... 559
CAP. XLIX. *De lo que sucedió á D. Quijote yendo á Barcelona*... 565
CAP. L. *De lo que sucedió á D. Quijote en la entrada de Barcelona, de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías que no pueden dejar de contarse*..... 571
CAP. LI. *De lo mal que le avino á Sancho Panza con la visita de las galeras, de la aventura que más pesadumbre dió á D. Quijote de cuantas hasta entonces le habian sucedido, y de quién era el de la Blanca Luna*..... 579
CAP. LII. *Que trata de lo que verá el que lo leyere, ó lo oirá el que lo escucháre leer*..... 585
CAP. LIII. *De la resolucion que tomó D. Quijote de hacerse pastor y seguir la vida del campo, en tanto que se pasaba el año de su promesa, con otros sucesos en verdad gustosos y buenos*..... 588
CAP. LIV. *Del más raro y más nuevo suceso que en todo el discurso desta grande historia avino á D. Quijote*..... 594
CAP. LV. *De lo que á D. Quijote le sucedió con su escudero Sancho yendo á su aldea*..... 601
CAP. LVI. *De los agüeros que tuvo D. Quijote al entrar en su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia*..... 605
CAP. LVII. *De cómo D. Quijote cayó malo, y del testamento que hizo, y su muerte*..... 608

FIN DEL ÍNDICE.

CERVANTES

EL QUIJOTE

5475